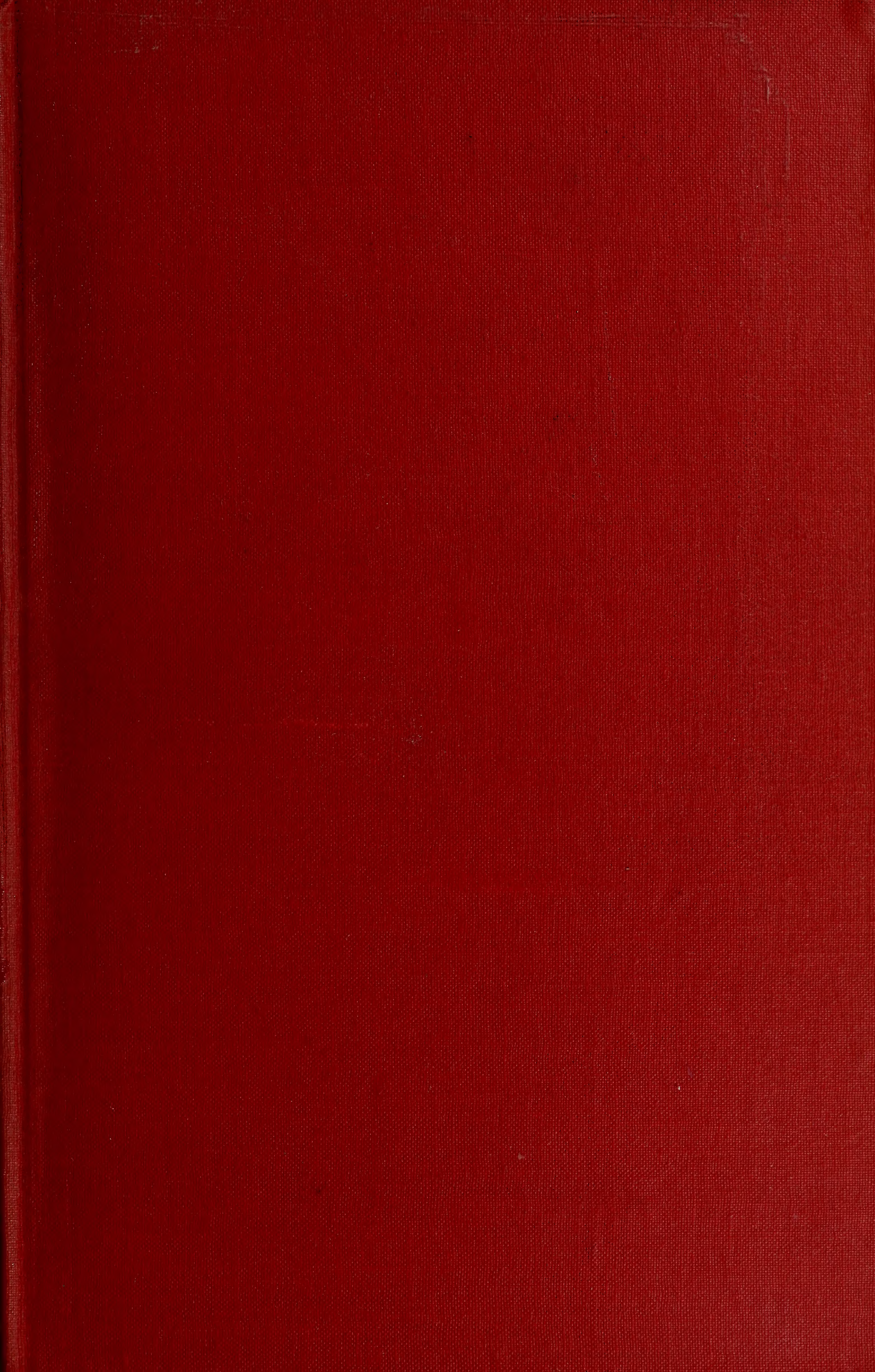
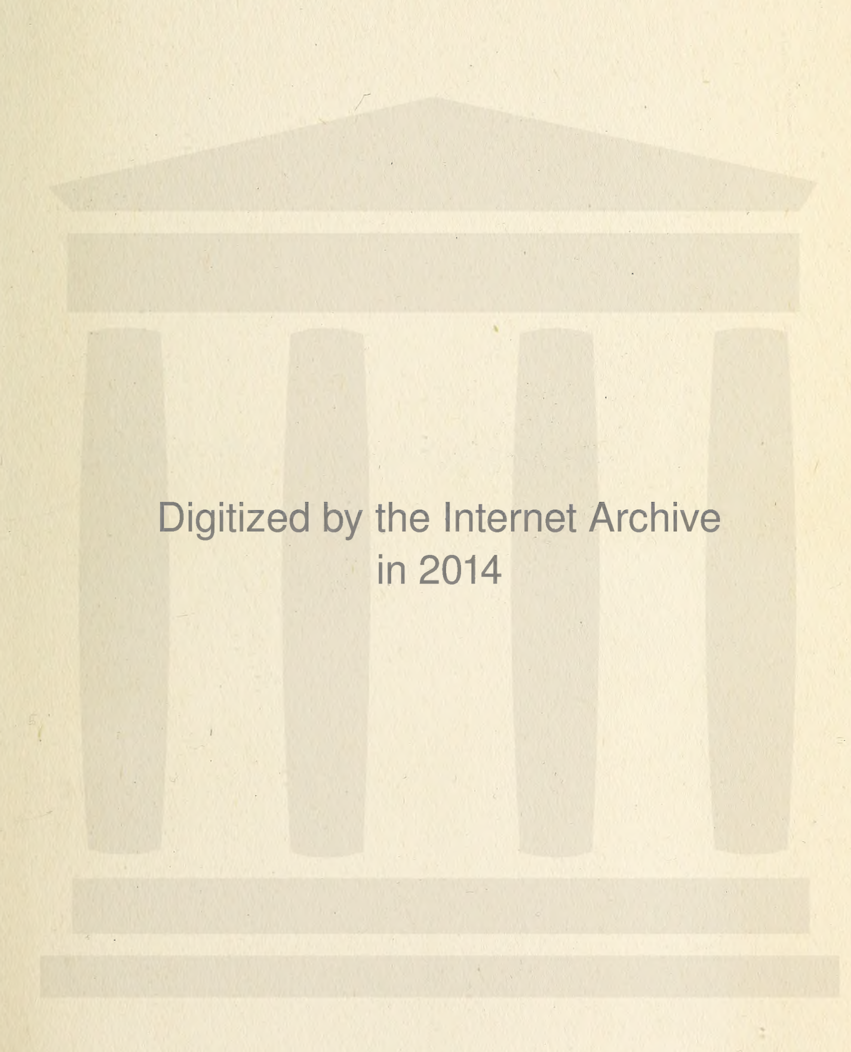




CUBA CONTEMPORÁNEA

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
CARLOS DE VELASCO

AÑO VI

TOMO XVIII
(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1918)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
O'REILLY, 11.
APARTADO 1909
LA HABANA
CUBA

REDACTORES:

Julio Villoldo.

Mario Guiral Moreno.

José S. de Sola.
(† el 6 febrero 1916,)

Max Henríquez Ureña.

Ricardo Sarabasa.

Leopoldo F. de Sola.

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVIII. Habana, septiembre de 1918. Núm. 1.

LEYES NUEVAS

(Discurso pronunciado por el Dr. Carlos Revilla, la noche del 30 de diciembre de 1916, en el teatro Campoamor, en la sesión solemne de clausura del primer Congreso Jurídico Nacional.)

Señor Presidente, señoras y señores:

L Comité Ejecutivo Nacional, a cuyo cargo estaba la organización de este Congreso Jurídico, se sirvió en su oportunidad, honrándome con ello sobremanera, designarme para llenar un turno desde esta tribuna en la sesión de esta noche, destinada a solemnizar la clausura del Congreso.

Alejado yo por más de veinte años de empeños de esta naturaleza, habituado a trabajos de índole muy distinta, hubiera probablemente retrocedido, atemorizado ante las grandes dificultades que se me habrían de presentar, si no hubiera pensado que esa designación hecha de mi persona había sido en consideración al cargo que ejerzo como Presidente de una de las Salas del Tribunal Supremo. Y por ello entendí que era un deber imperioso el que tenía yo de no escatimar mis esfuerzos para la obra del Congreso; que era necesario demostrar con palabras y con hechos, como ya lo habían entendido dignos compañeros míos en la magistratura, y muy especialmente su ilustre jefe, que tan brillante participación tomó en la sesión inaugural;

que era indispensable, digo, señores, que la magistratura no se mostrase indiferente a una obra tan meritoria y tan trascendental en el orden jurídico y social; que los funcionarios del orden judicial, si por razón del trabajo constante a que se dedican se mueven en esfera distinta de aquella en que se agitan sus compañeros que ejercen libremente la profesión, con verdadero entusiasmo unen a ellos sus esfuerzos y se compenetran con sus aspiraciones cuando se trata de actuar a impulsos de un interés científico, en aras de un ideal patriótico.

Y ahora, para dar satisfacción a mi espíritu y al mismo tiempo para hacer cumplida justicia, séame lícito consignar mi felicitación más sincera al Colegio de Abogados de La Habana y a su Junta de Gobierno por la oportunidad de su iniciativa. A su ilustre Decano, el Dr. Antonio Sánchez de Bustamante, por el entusiasmo y la competencia con que primero en su carácter de Decano, después presidiendo el Comité Ejecutivo, posteriormente como Presidente de este Congreso, ha sabido organizar y encauzar sus actos hasta lograr el éxito grande que ha obtenido, y últimamente a los abogados todos de la República, por la valiosa cooperación que han prestado, sin la cual ningún resultado hubiera seguramente podido obtenerse. Y, ¿por qué se ha obtenido esa valiosa y entusiasta cooperación de los abogados todos? ¿Por qué la obra de este Congreso ha encontrado desde sus primeros pasos un apoyo decidido en todas partes, como elocuentemente refería nuestro ilustre Presidente en la sesión inaugural? ¡Ah, señores! porque la obra del Congreso marca una grata orientación en el sentido de la reforma de las leyes, altamente sentida y constantemente ansiada por la opinión pública; porque, como vulgarmente se dice, la semilla ha venido a caer en tierra abonada.

Un filósofo, cuyo nombre en este momento siento no recordar, ha mantenido que todo lo que en la vida se realiza es racional, y que lo racional es lo único que se realiza. La obra de este Congreso es una obra racional, porque no es posible que nuestro Derecho positivo, al menos en cuanto se refiere a sus códigos fundamentales, el Código Civil, el Código Penal, el Código de Comercio, la Ley Hipotecaria, hasta el mismo procedimiento civil, permanezcan invariables a través de tantos acon-

tecimientos políticos que han conmovido profundamente al país y que han debido dejar huella profunda en esos Códigos.

El extranjero que llegase a nuestras playas ignorante completamente de los acontecimientos políticos ocurridos aquí en un período de veinte años atrás, si quisiese estudiar nuestra historia, al encontrar esos códigos redactados como en la época colonial, con todos los preceptos que allí se contienen, pertinentes en aquella época, y otros que se oponen a la conciencia pública tal como hoy existe en nuestro país, con perfecta lógica diría que en este país no ha sucedido nada. El Congreso, precisamente, viene a decir: en este país ha sucedido mucho.

En este país, en ese período de tiempo a que hace poco me refería, han ocurrido guerras desoladoras, tremendamente cruentas y destructoras de la riqueza. Una intervención extranjera, de ideas completamente distintas a las nuestras, ha puesto la mano principalmente en nuestro Derecho Procesal, porque era necesario que así se hiciese, y al mismo tiempo ha promulgado leyes, algunas de las cuales se avienen mal con el sistema de las nuestras. Aquí, el día 20 de mayo de 1902, surgió una República democrática sobre las ruinas de un gobierno colonial regido, desde una metrópoli lejana, mediante leyes especiales. Aquí se ha desarrollado una enorme cantidad de intereses que han transformado nuestro sistema económico, se ha modificado la base de los negocios sustancialmente; la influencia del exterior, que en la época colonial se detenía en nuestras costas, hoy penetra por todos los ámbitos del país, y las leyes tienen que adaptarse al nuevo ambiente para no estorbar el desenvolvimiento de la riqueza y el progreso del país, y para no quebrarse ellas mismas por la fuerza de intereses que contrariasen.

La clase de abogados conoce perfectamente esas circunstancias; por eso cuando se ha hablado de reunir un Congreso Jurídico que ahora en sus primeros pasos se dirige a reformar el Código Civil, que ya se ha acordado que no se detenga en esa obra, sino que posteriores congresos atiendan a las reformas de otros códigos, la clase de abogados, digo, ha acudido solícita, entusiasta, a emprender esa obra que ha tratado en estos tres días del Congreso con verdadero entusiasmo, permitiendo que haya podido tomarse en realidad como modelo, según nos dijo

nuestro ilustre Presidente en el banquete de hace dos noches, comparándolo con el espectáculo que ante su vista ofrecieran en otras oportunidades los congresos extranjeros.

Es indispensable la reforma de las leyes. En unos casos bastará reformar, en otros será necesario transformar completamente, en algunos casos anular y crear leyes nuevas. Podrán tomarse diferentes puntos de vista para sus modificaciones. Eso dividirá a los unos de los otros, como ya nos hemos dividido dentro del Congreso; pero eso queda en un segundo plano; en el primero está la necesidad imperiosa de la reforma, demandada por las causas a que anteriormente me refería, y en ese punto la opinión es unánime. En la sesión inaugural, uno de los oradores que tomó parte en ella os decía elocuentemente que las leyes tienen una enorme vitalidad y que los cuerpos legales perduran a través de los acontecimientos; y eso es cierto. No es seguramente la legislación una planta que haya que sembrar periódicamente, para que desaparezca por la siega en la próxima cosecha: es un árbol de profundas raíces, destinado a cobijar con su sombra a varias generaciones; pero no es un árbol petrificado: es un árbol que florece a influjo de las estaciones y que se mejora con el cultivo del hombre. A veces los acontecimientos, el tiempo, las circunstancias, hacen que ese árbol no fructifique; entonces es necesario cortar el tronco, arrancar las raíces, para, en el lugar que éstas ocuparon, procurar el nacimiento de otros árboles.

Es altamente satisfactorio, como decía elocuentemente quien me ha precedido en la tribuna, la obra de este Congreso que a todos convence, que a los más pesimistas habrá de animar; pero no estaría completo si no se hubiese tomado, como se ha tomado, un acuerdo para seguir la obra emprendida, para hacer igual labor de la que ahora se ha hecho con el Código Civil, con otro código de nuestro Derecho positivo, el Penal, que demanda reformas más imperiosamente aún que el Civil; y eso ya se ha acordado. Si el ejemplo de lo sucedido nos anima a todos, si estamos de acuerdo en que la obra no debe quedar en el punto a que ha llegado; si por parte del Poder Legislativo se presta a esta obra el amparo necesario, como nos lo prometió solemnemente el distinguido orador que me ha precedido en la tribuna

esta noche, entonces podremos decir que a la larga, si no decae nuestro ánimo, habremos realizado una obra magna de progreso, de trascendencia en el orden jurídico, en el social y en todos los órdenes de la vida humana. El éxito del actual Congreso es indudable: que él nos aliente para el porvenir.

El Tribunal Supremo de Justicia de Cuba puede enorgullecerse de contar entre sus miembros más distinguidos al Dr. Revilla, hombre de vasta cultura jurídica, formado por el propio esfuerzo, por la constancia en el estudio. Voluntad poderosa y carácter íntegro son sus características; y ávido de progreso, sin el misoneismo que a tantos ata al poste de la tradición y del estancamiento, él quisiera—como lo revela este enérgico discurso que CUBA CONTEMPORÁNEA publica por primera vez—ver ampliamente renovada y transformada la vida jurídica nacional. Grandes aplausos premiaron estas palabras suyas en el primer Congreso Jurídico, y ahora añadimos aquí los más calurosos nuestros.

UN CRÍTICO FRANCÉS EN AMÉRICA

EMILIO VAÏSSE (*OMER EMETH*)

ACIA el año de 1907 comenzáronse a publicar en *El Mercurio* de Santiago de Chile ciertos artículos de crítica literaria con la firma de Omer Emeth, nombre desconocido, pero que desde el primer momento atrajo la atención de los lectores, por la madurez, la erudición y el estilo de sus trabajos, estilo apreciable, aunque exento de una verdadera galanura castellana. Vióse a las claras que el nuevo escritor, hombre de luces y disciplinado humanista, no podía ser sino un europeo que manejaba el español pensando en otro idioma.

Vino luego a conocimiento común que el crítico era un sacerdote francés, de nombre Emilio Vaïsse, residente en Chile ya algunos años, donde ejercía su ministerio. Había sido el Sr. Vaïsse en su juventud misionero de indígenas bolivianos, luego cura párroco en las sierras desoladas del norte chileno, y capellán después en una hacienda del Perú. Meridional, nacido en Castres, hizo el Sr. Vaïsse sus estudios en el seminario de Chalons, sometido al programa clásico que caracteriza esa índole de educación. Después fué a continuar latines en París, hasta recibir las órdenes sagradas; y como misionero salió pronto para Sud América cuando tenía unos veinticinco años. Sin abandonar sus obligaciones, dedicóse al cultivo de las letras, empezando, como todo hombre serio, por el estudio. La soledad andina, por donde se movía llevando a lomo de mula sus libros, y la tranquilidad de alguna capellanía, fuéronle preciosos recursos para su infatigable laboriosidad.

Transcurrido cierto tiempo fué Vaïsse a instalarse en Santiago, con el cargo de capellán de un hospital, oficio que desempeñaba obscuramente mientras continuaba el trato íntimo de antiguos y modernos autores, en el retiro de su gabinete, hasta donde no llegaba sino uno que otro estudiante de medicina atraído por el saber de este *fraile* singular. Allí perfeccionó el griego, adelantó su caudal hebraico, dominó el español y el inglés y resucitó la memoria del alemán, que aprendiera en Francia a raíz del 70. De lenguas, ése es el capital que tenía, y bien sentado, pues la ciencia de Renan la cultivaba con arduos trabajos, algunos de los cuales permanecen inéditos, como sus diccionarios de las lenguas griega y hebrea.

No sé por qué, y esto he de preguntárselo algún día, se decidió Vaïsse a escribir para el público en los periódicos. Acaso la necesidad de ganar la subsistencia sin disputarla al clérigo nacional—y en un noble empleo—, le inclinó a ese género de actividad.

La literatura latinoamericana, desconocida de todo europeo, le interesó como fenómeno digno de minucioso examen y, naturalmente, hubo de fijar más de cerca su atención en el fruto del intelecto chileno, cuyo era el medio donde vivía.

El nuevo colaborador de *El Mercurio* regularizó sus trabajos a indicación de don Carlos Silva Vildósola, director del diario, quien comprendió inmediatamente la utilidad de esos artículos y fijó los lunes para publicarlos. Entonces ya nadie dejó de leer metódicamente al celebrado crítico.

Desde que *Omer Emeth* inició sus crónicas semanales, jamás las ha interrumpido hasta hoy. Esos centenares de artículos que versan en gran parte acerca de cuanto libro chileno ha aparecido en diez años, pero que también se refieren a obras americanas y europeas, constituyen la más constante y vasta labor crítica hecha en mi país. No están reunidos en volumen sino algunos de los primeros artículos, reimpresos por la misma empresa de *El Mercurio* a principios de 1910, con la circunstancia infeliz de haberse perdido gran parte de la edición en el incendio de la imprenta. El resto de la producción crítica de *Omer Emeth* está diluido en diez años de *El Mercurio* y al través de las más prestigiosas revistas chilenas: la *Revista de His-*

toria y Geografía, el *Boletín de la Academia, Familia, Zig-Zag,* etc.

En 1912, Vaïsse fué nombrado jefe de la sección de informaciones de la Biblioteca Nacional, y ya al frente de ese nuevo cargo, dió otro rumbo a sus investigaciones sobre literatura chilena, dedicándose a reedificar el monumento bibliográfico de Briceño y a completar y refundir la obra de otros muchos autores que el ramo de bibliografía cultivaron. Como elemento eficaz de información y de difusión intelectual americanista, ideó *Omer Emeth* la publicación de un órgano que pronto se fundó con el nombre de *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera,* cuya confección quedó a cargo de él y de quien suscribe. La revista tuvo pronto gran auge dentro y fuera de Chile, siendo la única del Continente en su género. Como anexo a la revista, Vaïsse ha publicado parte de su gran *Bibliografía Chilena,* cuyo primer volumen abarca hasta la letra B. Todo título e indicación de libros, folletos, hojas sueltas, artículos de diarios y revistas publicados en Chile por nacionales o extranjeros, son el objeto de las búsquedas del insigne bibliógrafo que ha logrado descifrar seudónimos olvidados, atribuir con certeza trabajos anónimos, corregir errores, desentrañar escritos desconocidos y formar un archivo muy completo de la producción intelectual chilena.

No quiero reunir aquí todavía los muchos pormenores que sobre la persona de *Omer Emeth* y su obra he logrado apuntar durante los dos años que le acompañé en la Biblioteca, porque esos datos los dejaré para quien después escriba un folleto sobre la vida y los trabajos de este sabio varón, continuador en Chile de la influencia intelectual francesa que se inició y desarrolló con maestros de tanta ciencia como Gay, Pissis, Courcelle-Seneuil, Doyere, etc. Sólo intentaré dos palabras relativas a las ideas y doctrinas de este crítico ya conocido fuera del país entre numerosos escritores latinoamericanos.

En más de algún lector habrá surgido cierto prejuicio contra *Omer Emeth* por el hecho de ser este hombre sacerdote católico. Es verdad que un sacerdote no puede ejercer, por lo general, ninguna actividad literaria o científica sin prescindir de su investidura; el sacerdocio es especialidad, y como sucede con

toda especialidad, sea cual fuere, el presbítero mira las cosas al través de su vidrio. Acontece lo mismo con los militares, los pintores, los cómicos, los ingenieros. Por eso es meritorio y digno de mención aquel especialista que tiene suficiente independencia moral para pensar o escribir libre de la tiranía que su principal oficio le impone. Comúnmente, *Omer Emeth* goza de este privilegio que la Iglesia le respeta y que, a espíritus timoratos, ha parecido más de una vez transgresión de los dogmas ortodoxos. Algunos de sus conceptos tocantes a filosofía, y la holgura que a las veces otorga a su lenguaje, dieron motivo para que en determinados círculos eclesiásticos se le tachara de modernista, como al abate Loisy o al padre Labertonniere; mas, sin que la especie ascendiera hasta conocimiento de la superioridad episcopal, que comprende demasiado el alcance tendencioso de tales murmurios.

Puedo resumir el criterio de *Omer Emeth*, diciendo: *Omer Emeth* es un católico ortodoxo; pero no es el credo religioso su norma para juzgar la literatura. El autor de una obra bella, tiene la certidumbre de que el crítico no ha de abominarla por que deje de invocar a Dios o porque desconozca el poder temporal del Papa.

Así como Vaïsse posee una vasta información literaria francesa, que lo hace apto para apreciar el espíritu de sus compatriotas, conoce mucho menos la actual producción española. Vaïsse ha leído atentamente los clásicos castellanos, se ha acercado a una fracción de los autores modernos de España, pero no sigue con tesón, no valoriza bien el movimiento contemporáneo de esa literatura, ignorada detrás de los Pirineos y tal vez excesivamente venerada a este lado del Atlántico. Lo que de letras castellanas tiene sabido, no alcanza a formarle una cultura española sobresaliente. Su molde es francés, sus modelos son franceses. Su cartabón crítico es de Francia. De aquí que su trabajo es positivo en beneficio de la influencia francesa o, mejor dicho, es él un poderoso agente de esa influencia en Chile. Siempre son mejores sus crónicas sobre libros franceses que las que escribe sobre producción americana, pues en aquéllas actúan libremente su gusto y su educación, y es entonces el misionero galo, enamorado de sus tradiciones, de su arte y de su

historia, quien habla al neófito inferior de ultramar. Ni más ni menos que el célebre y culto señor Groussac, director de la Biblioteca de Buenos Aires, que mira desde lo alto aquello que pretenda ser arte o civilización de América.

Si se examina la obra crítica de Vaïsse, pronto se notará en ella cierta rigidez y una marcada tendencia a la clasificación. Tiene trabajos que parecen compuestos mediante el orden riguroso de tarjetas, como las fichas de una colección o las piezas numeradas de un aparato científico que una mano mecanizada ordena. Desmerece con esto la factura del decir, quedando a menudo ausente la elegancia, secas las frases y ásperos los períodos, sin que pueda evocarse la majestad de Macaulay, o la uniforme severidad de Sainte-Beuve, o la soltura madrileña de *Azorín*. Surge luego a la vista en ciertos artículos de Vaïsse la ciencia del bibliógrafo, que, al sacrificar la amabilidad, exige índices precisos, sumario de capítulos y resúmenes de fuentes consultadas.

De esta particularidad, impuesta acaso en más de una circunstancia por el fin didáctico de la crónica o por las limitaciones de tiempo y espacio—como en toda labor periodística—, se ha colegido que Vaïsse no es un escritor de arranques, ni un hombre capaz de sentir las excelsitudes poéticas, ni las sutilezas del simbolismo, ni las emociones pasionales, ni las grandiosidades de la naturaleza. Admitiendo que así fuera, que no es de todo punto verdad esa aridez de Vaïsse, queda siempre la figura severa del crítico, desnuda de galas, si se quiere, pero profundamente disciplinada, que va escribiendo con equilibrada justicia los anales de una incipiente literatura.

Si a Vaïsse le falta algo de ritmo y de emotividad, sóbrale en cambio una de esas cualidades elegantes que tan rara es y que es tan valiosa cuando es de buena cepa: la ironía. No sería francés si no la hubiese heredado del ambiente en que nació. Para el ataque, el crítico jamás ha usado la frase cruel, el adjetivo duro, el desprecio escueto; siempre deja entender o esgrime la nobilísima saeta de M. Thibaut.

Elevada al rango de virtud, nuestro crítico observa la indulgencia sobre todo con aquellos autores en los cuales no se adivina gran responsabilidad de talento o de estudio. Omite fre-

cuentemente las observaciones sobre el lenguaje, pues, según dice, no es posible ejercer por entero el oficio de crítico en un país donde nadie sabe griego ni latín como base de la carrera literaria.

La juventud intelectual soporta con disgusto el imperio crítico de *Omer Emeth.* Son famosas sus discusiones con Valentín Brandau, nuestro más notable pensador; con Pedro Prado, nuestro poeta simbólico por excelencia; con Armando Donoso, ensayista de amirable erudición, que hizo de *Omer Emeth* un estudio atrevido en su libro *Los Nuevos.* Los poetas y cuentistas le reprochan insensibilidad ante la concepción artística; los pequeños historiadores, su minucia para juzgar los detalles; los oradores, su aridez; los novelistas, su desconocimiento del mundo profano. Acúsanle de menospreciar la literatura americana, sea por lo que él ha dado en llamar *tropicalismo,* constituido por la hueca frondosidad de las formas y el derroche de las figuras, vicio tan común entre los escritores de climas calientes, sea por esa deficiente preparación humanista que azota por parejo a casi todos los intelectuales de América, educados a la violeta en seminarios, colegios y liceos donde no se aprenden idiomas clásicos ni modernos, ni filosofía, ni retórica.

Esta opinión le ha valido a *Omer Emeth* momentos de desengaño. A tal punto, que después de algunos ataques demasiado fogosos por parte de escritores caídos bajo una censura de su pluma, pensó no comentar en lo adelante libros nacionales, y concretarse a reseñar solamente las nuevas obras europeas.

Vaïsse cree que la literatura de cada país americano debe tender a la formación de un carácter propio. La ''argentinidad'', la ''chilenidad'', la ''cubanidad'', son palabras provisorias, por él inventadas, que denotan una virtud literaria. El argentino que hace obra argentina, el cubano que recoge el ambiente de Cuba, el chileno que aprovecha temas chilenos, tienen mayor mérito que el *chroniqueur* cosmopolita, un indio a veces, tentado por describir la vida europea.

Con todo, Vaïsse es el mentor de libros para el público chileno. Su opinión es autoridad. Sus artículos nunca dejan de ser leídos. A él se le consulta siempre y con él alternan gustosos los hombres de edad madura y los viejos maestros. Sus mejo-

res amigos son liberales, librepensadores, positivistas, que no ven en el crítico sino a un hombre de ciencia que ama el trabajo y que de la crítica hace un sano empleo. Predica la resurrección de los estudios clásicos, la seriedad de la carrera literaria y la imitación de los grandes cerebros americanos como Bello, Cuervo, Caldas, Lastarria, Montalvo.

Los maestros de Vaïsse son Boileau, La Fontaine y Flaubert. De estos tres escritores toma preferentemente sus puntos de vista con una predilección tan asidua, que rara vez deja de citarlos o de reflejar las doctrinas de la augusta trinidad. De Boileau, el sentido crítico; de La Fontaine, cierta gracia filosófica; de Flaubert, la aspiración a un estilo puro, y de los tres, la orientación estética. También Rabelais, Renan, France y Gourmont, han ido dejando sus gloriosas huellas en los escritos de Vaïsse, menos expuesto a perder la ortodoxia en contacto con la libertad mental de estos autores, que a sacar de ellos sus moldes de ironía, sus elementos de juicio. Ni más allá ni más acá ha de buscarse el espíritu que preside la mentalidad de nuestro crítico, cuyo sistema va desde la reflexión profunda, apoyada y fundamentada, hasta el rasgo ingenioso que Pantagruel, Monsieur Hommais o el padre Longuemar suelen proporcionar generosamente.

A pesar de todo, *Omer Emeth* permanece escolástico. El silogismo brota de su tintero, se le escapa, le burla, le traiciona. Cuando trata de reprimirlo, se le transforma, y es Santo Tomás con la Summa bajo el brazo, discutiendo asuntos profanos mal que pese al fondo moderno que el crítico se ha formado bajo su nocharniega lámpara leyendo a Hume, a Haeckel, a Poincaré, a Le Bon, a Boutroux.

Con Vaïsse podría decirse lo que monseñor Mignot, el célebre obispo de Albi, escribía en una de sus pastorales tan censuradas:

. A notre époque, les études critiques et historiques ont pris une telle importance que nos travaux seraient stériles, que nous nous isolerions du vrai mouvement intellectuel, que nous perdrions contac avec la verité intégrale si nous négligions une sciencie dont cette lettre a pour but de vous signaler les avantages. De quelque crédit que jouisse l'œuvre de saint Thomas—nos avons montré en quelle estime nous la tenons—il seráit

regrettable que l'on s'en tînt exclusivement aujourd'hui á la forme extérieure de son enseignement...

L'Eglise n'est pas un axiome qui se déroule suivant des lois fatales. Elle est un organisme vivant. Comme tout ce qui vit, elle se développe en s'assimilant des éléments qui paraissent lui être primitivement étrangers, mais de plus elle communique sa vitalité à tout ce qui l'approche. La simple logique des raisonnements les plus ingénieux ne suffit pas à rendre compte de cette œuvre de Dieu créée et vivifiée au milieu des temps. Des vues générales, des points de comparaison, la recherche des causes et des faits, le soin de ne négliger aucun des éléments d'une question: une vraie synthèse, en un mot, voilà ce qui constitue la science, et voilà pourquoi l'histoire, qui rend compte des idées presque autant que des faits, est inséparable de la théologie.

La conciliación entre la exégesis moderna y el tradicionalismo teológico, como la quería monseñor Mignot, es de seguro un ideal de Vaïsse.

Quien dice escolástico, dice metafísico. *Omer Emeth* es metafísico. Pero aquí está acaso su clave, la razón de ese criterio particular que él tiene; porque su metafísica platoniana, cristiana y kantiana, alcanza algo de Cournot, ''le metaphysicien de la connaissance'', y de Bergson son su metafísica positiva y su indeciso concepto de la intuición, pero sin llegar al positivismo comptiano.

L'Evolution Créatrice dejó en el viejo maestro un asombro y una admiración que comunicó a sus lectores en numerosos trabajos y datos, y que informó durante algún tiempo el ánimo de sus escritos, hasta que la guerra vino a perturbar todas las especulaciones del espíritu humano. A *Omer Emeth*, con Bergson, le aconteció lo que a muchos: encontrar en la obra del filósofo judío una manera vaga de unir los conceptos de espíritu y materia, de intuición y experimentación, de creación y creador, para no atormentar más a la humanidad en la incertidumbre de principios que parecen diversos y acaso no lo son.

*

¿Qué sobrevivirá de Vaïsse? Primeramente el recuerdo de su severa enseñanza.

Sus innumerables artículos, clasificados y reunidos, se convertirán en muchos volúmenes llenos de interés. *Omer Emeth* será siempre el francés de rasgos geniales que durante mayor

tiempo hizo, lunes a lunes, la noticia literaria de la producción chilena, como Gauthier en *La Presse* y *Le Moniteur Universel,* unas veces de humor y otras sin él; unas veces en forma perdurable, otras a sabiendas de la vanidad efímera del comentario.

También subsistirá de Vaïsse una enorme obra bibliográfica, la bibliografía definitiva de Chile, con la cual pasará su nombre a la Historia.

FÉLIX NIETO DEL RÍO.

CLEMENCEAU

ASO al Artagnan de la República Francesa; con razón se apellida a Clemenceau, a Lockroy y a Perin, los Tres Mosqueteros de la Francia contemporánea; tal es su modo de ser.

Concedo que se crea a Georges Clemenceau todo lo que les plazca a sus detractores; será camorrista, irónico, sarcástico, exagerado, *clarioso,* atrevido; pero como patriota no tiene igual; es único en su especie.

Es tal la naturaleza del gobierno francés, que en esta tercera república, con la excepción de Thiers, ninguno de sus Presidentes ha sido capaz de dejar profunda huella de su personalidad entre su gobernados; más han hecho en ese sentido los Presidentes de la Cámara. Pero es porque en Francia no existen dos partidos políticos principales constituidos, sino multitud de grupos que tienen que sumarse de manera especial para conseguir la mayoría; eso, unido a la confianza que tiene que otorgar el Congreso a los ministros, pues ante él son responsables, hace de la política francesa algo *sui generis* y digno de estudio, y hace también comprensible, por tanto, una frase de Clemenceau: que "en su país se gobierna con incoherencia".

He aquí la composición de la primera Asamblea francesa poco después de la paz de Frankfort: Extrema derecha (legitimistas recalcitrantes), Derecha (monárquicos de ideas conciliadoras), Centro derecho (orleanistas monárquicos constitucionales), Centro izquierdo (republicanos conservadores), Izquierda Republicana, Unión Radical Republicana (oportunis-

tas de Gambetta), Extrema Izquierda (radicales de Clemenceau).

Thiers, como Jefe del Poder Ejecutivo en el Gobierno Provisional, encaminó la República, comenzó la marcha nacional; el antiguo orleanista puso un dique a las aspiraciones de una asamblea cuyos prohombres tendían a la monarquía; tuvo a menudo que imponerse en los dos años que duró su gobierno, e impresionó al mundo por su sagacidad, demostrada en el Pacto de Burdeos y en la manera como libró a su patria del sonrojo y humillación de los prusianos.

Con su renuncia, en momentos oportunos, dió paso al Mariscal de Mac Mahon, el vencido de Sedán, aristócrata, conservador *enragé,* monárquico, pero honrado, y que evitó, a pesar de todo, la restauración que sus ministros principales (el Duque de Broglie y M. Dufaure) hubieran llevado a cabo con otro hombre menos sincero. Era su lema o estribillo: ''sigamos el Orden Moral''.

De nada valió el sometimiento del Conde de Paris al Conde de Chambord: el orgullo de Enrique V en no aceptar la tricolor y seguir apegado al blanco oriflama de las flores de lis, salvó a Francia.

El Septenado y la Constitución del 75 son recuerdos del Duque de Magenta, quien, al ir extendiendo su autocracia, mereció la célebre frase de Gambetta: que el Presidente tenía que *se soumettre ou demettre,* someterse o dimitir. Mac Mahon escogió el último camino, y al renunciar la Presidencia, en enero del 79, dió entrada a Grévy, que aunque conservador económico y burgués, constituía un paso de avance en el campo de la democracia.

Grévy comenzó odiando a Gambetta, el ''loco furioso de Thiers'', con quien no quiso aquel buen viejo romper lanzas, y terminó a poco haciéndolo Presidente del Consejo de Ministros. Gambetta en el gobierno se moderó, se convirtió en oportunista; él en la Unión Republicana, Ferry en la izquierda republicana y Clemenceau de *leader* de la extrema izquierda, compusieron el célebre triunvirato del comienzo de la década de los ochenta, que dejó tras sí el neologismo que sirvió de epíteto a Gambetta contra Ferry: *nolonté,* es decir *noluntad.*

Clemenceau hizo la guerra a Gambetta, lo acusó de aspirar a

la dictadura y, en medio de los escándalos de Wilson, yerno del Presidente, surge Boulanger y renuncia Grévy en 1887.

Sadi-Carnot, hombre mediocre, Presidente por casualidad, candidato de compromiso para no elegir a Jules Ferry, ayudó a consolidar la República; fué su septenado una completa lucha. Se acentuó la campaña del bohemio Boulanger, cuya mejor acción fué saltarse los sesos en Bruselas. Como si eso fuera poco, tuvo lugar el Panamino, escándalo tremendo del que habían de aprovecharse con el tiempo los norteamericanos para abrir el Canal.

Realistas, bonapartistas y boulangistas campaban por su respeto. En el Partido Republicano la izquierda se subdividió mucho más: componíanla los antiguos moderados de Gambetta, los radicales de Flocquet y Brisson, la extrema izquierda de Clemenceau y Pelletan, y los socialistas, que ya surgían con marcado brío bajo la dirección de Millerand, Basly y Clovis Hugues. El asesino Caserio Santo, interponiéndose en el camino de Sadi-Carnot, cortó la vida de este hombre con un terrible acto de sangre.

A la muerte de Carnot sacudió la República el período presidencial relámpago, de menos de un año, de Casimir Perier. Presidente sin ideal y sin apoyo, ni aun el de su Ministro principal, Dupuy, renunció Perier, no sin antes consentir en la primera sentencia de Dreyfus.

Luchan por la primera magistratura Félix Faure y Waldek-Rousseau; vence el primero, hombre vanidoso y sin grandes méritos. Con ministerios presididos por hombres como Alexandre Ribot, Leon Burgeois, Jules Meline, Henri Brisson y Dupuy, no supo encausar el movimiento Dreyfus, condenándolo por segunda vez, pero necesitando para ello de esfuerzos sobrehumanos. Picquart, con gran valentía, denunciaba a Esterhazy como autor del célebre *bordereau,* y Zola, con su *J'accuse,* trocaba el asunto de judicial en político. Luchaban juntos antisemitas y católicos y la Justicia vagaba sola, con la espada rota, la balanza por el suelo y la venda muy lejos de sus ojos.

Trajo, sin embargo, Faure el *rapprochement* con Rusia, con motivo de la apertura del canal de Kiel; dió muestras de su vanidad con la visita que hizo a Rusia, y al aceptar en París

la devolución que de ella le hicieron el Czar y la Czarina. En medio de fiestas y saraos, y bajo circunstancias sospechosas, sucede la muerte repentina de Félix Faure en 16 de febrero de 1899.

Vence Loubet a Meline, el candidato de los progresistas y conservadores, acepta como su Primer Ministro a René Waldeck-Rousseau, Teniente que había sido de Gambetta, y surge en ese período el primer ministro socialista, Millerand, el autor del Programa de Saint Mandé, prueba de la importancia que iba tomando ese partido. Continúa el asunto Dreyfus y es otra vez condenado, campaña ésta que había de continuar hasta la próxima presidencia, la de Fallières.

Comenzó en este período la reorganización de las sociedades, terminada con la expulsión, del territorio francés, de múltiples congregaciones religiosas. Como resultado de la visita de Eduardo VII a París, se origina el *rapprochement* con Inglaterra; a poco se decide Francia por la intervención en Marruecos, y visita el Kaiser al Sultán, en Tánger, comenzando las humillaciones germanas a la Francia republicana; las objeciones de Delcassé traen la caída del Ministerio y se convoca la Conferencia de Algeciras para 1906.

Durante las alternativas de esta Conferencia, cuya importancia era de todos conocida, se cumple el septenado y recoge la herencia republicana el bonachón de Fallières. Continúan las provocaciones alemanas; la presencia del malhadado *Panther* en Agadir, pequeño puerto del Atlántico al Oeste de Marruecos, casi precipita la guerra, que sólo pudo evitar la cordura del gobierno francés; resuélvese definitivamente el asunto Dreyfus con su rehabilitación, trasladándose, en su consecuencia, los restos de Emilio Zola al Panteón. La Entente se consolida y se enturbia el porvenir: el conflicto europeo es ya cuestión de tiempo.

En medio de este embrollo cumple su tiempo Fallières, y al sucederle Poincaré, aunque Francia no estaba todavía preparada, ya nadie dudaba que la sangre correría de nuevo por la Champagne y Picardía. Visita Poincaré a Rusia, se pasa la Ley Militar de los tres años, y el puñal serbio en Sarajevo es la chispa que prende la hoguera que ha de alumbrar el mun-

do entero, y que al fin y a la postre tiene que asegurar el triunfo de la Democracia.

Y a orillas del Marne los hunos, se estremecen los parisienses; pero el brazo de un francés abnegado los detiene, y surge de nuevo el gran patriota Clemenceau aclamado hasta por las mujeres y, a imitación de Josué, lanza su reto formidable: *Ils ne passeront pas;* y los *boches* no progresan ni progresarán jamás...

Este bosquejo rápido y desaliñado de los actos más prominentes de la Tercera República, creímos que fuese necesario para poder esbozar siquiera ligeramente la hermosa figura de Georges Clemenceau. Estudiémosle con algún detenimiento: su patriotismo lo merece, sus hechos lo exigen, sus condiciones de *leader* político le ofrecen un magnífico fondo al lienzo donde han de quedar impresos sus rasgos de mayor importancia.

No es ningún niño el que tiene hoy gran parte en los destinos de la humanidad: cuenta ya cerca de setenta y seis años; y es figura simpática y singular.

*

Procede Georges Clemenceau de una familia de médicos y republicanos de la Vandee, la antítesis de los antiguos *chouanes* y realistas de los tiempos de la Revolución. Allí vino al mundo en 28 de septiembre de 1841. Ni en la escuela primaria, ni en la Superior de Nantes, en la que hizo sus estudios secundarios, despuntó como talento; era un escolar de tipo corriente, pero muy hablador y polemista; en lo único en que sobresalió fué en los idiomas, aprendiendo el inglés con pasmosa facilidad. A ejemplo de su padre, se decidió por la Medicina, en pos de la cual sentó sus reales en París, en el barrio latino. Casi al terminar la carrera trabó amistad con un tal Cluseret, aventurero que llegaba de América donde peleó contra los confederados en favor del gobierno de la Unión. Cluseret lo presentó a otros amigos que también habían residido en los Estados Unidos, y fué tan favorable la impresión que en él produjo esa república, que abandonando los estudios emprendió viaje hacia ella en 1865, provisto tan sólo de varias cartas de recomendación para Horacio Greely.

Durante cuatro años se ganó la vida en el Santuario de la Libertad dando clases de francés, en Stamford, Connecticut, y llevó como recuerdo, a su vuelta a Francia, una esposa—Mary Plummer—que había sido su discípula, y un hijo; lazos que lo han ligado para siempre con la cuna de la democracia. Apenas de regreso en su patria, concluyó su carrera; pero nunca la ejerció, consagrándose a la política.

En 1870, al declararse la guerra franco-prusiana, ocupaba el puesto de Maire del XVIII distrito de París (Montmartre), el que abandonó al año siguiente, en el período crítico de la guerra, para entrar en la Asamblea Nacional como Delegado, alistándose en seguida al lado de Gambetta en la extrema izquierda, e hizo su debut coadyuvando con este último a hacer la oposición a los términos de paz ofrecidos por Bismarck. Al trasladarse el Gobierno a Versailles y comenzar su lucha contra la Comuna, renunció su puesto a causa de las vivas simpatías que sentía por ella, aunque nunca figuró en sus filas, mas ingresó en seguida en el Consejo Municipal de París, en el cual duró poco, volviendo de nuevo a su campo de acción, a la Asamblea. Su primer discurso en esta etapa fué sobre la amnistía amplia y completa de los comunistas; lucha que evidencia su temple de alma y la nobleza de su corazón. No transigió con perdones a medias; luchó, luchó, y tras cinco años de tenaz oposición logró su objeto: ni en Cayena ni en Nueva Caledonia quedó uno solo de aquellos ofuscados.

Continuó siendo Teniente de Gambetta, ayudándolo brillantemente al resistir los deseos de Mac Mahon de disolver la Cámara en 1877; pero la consecuencia a su jefe tuvo fin al aceptar Gambetta las ofertas del Presidente Grévy, formando para él ministerio y convirtiéndose en oportunista; Clemenceau quedó entonces de *leader* en la extrema izquierda, junto con Pelletan. En ella hizo gala de una oratoria feroz, que le captó el nombre de *Destructor de Ministerios.* No es su clase de oratoria la impetuosa y vibrante; al contrario, caracterízale una calma imperturbable, pero irónica, satírica, intencionada, sin piedad para nadie; habla a veces con las manos en los bolsillos; es brusco, sarcástico, incisivo, candente; sabe llamar la atención y es práctico en entretener a su auditorio. En el debate,

sus interrupciones son tan magistrales que logra anonadar a su contrario. Pelletan dice de él que *tiene sangre fría alerta.* Sus frases y motes han adquirido celebridad: *la Revolución es un bloque,* fué causa de que a sus partidarios se les llamara *el bloque.* Insistía, con civismo sin igual, al dirigirse a los gobernantes, en su frase sacramental: *Vous serez toujours fort si vous gouvernez avec le pays.* ¿Se quiere verdad más grande en un país democrático? El gobernante que se impone y desdeña a sus gobernados, es un dictador; y las dictaduras, al fin y a la postre, conducen al desastre. El *J'accuse* de Zola lo popularizó él, y suyo es también el apodo de *Tonquinés* dado a Jules Ferry al hacerle oposición a su política colonial.

Debido a su carácter tiene muchos enemigos y cuenta sus duelos por docenas: los tres más célebres de su vida han sido con Paul Deschanel, Paul Déroulède y el Príncipe de Chimay. El primero es de todos conocido, al segundo, que lo acusó de traidor, le llamó *mentiroso* en plena Asamblea, y al tercero le echó en cara que al separarse de su esposa la dejó ir a ella, pero se quedó con el dinero que era de ella.

Desde 1878 dirigía *La Justice.* Es propagandista incansable de la enseñanza libre y de la separación absoluta de la Iglesia y del Estado. Sus consejos a los sacerdotes son muy conocidos: "Puesto que tanto conocéis y tanta influencia tenéis en el otro mundo, id a gobernar allá y dejadnos a nosotros en éste".

El escándalo de Panamá le hizo mucho daño a Clemenceau; se sospechó de él, se le creyó cómplice del judío Herz, accionista de *La Justice;* sus millares de enemigos hicieron presa de él, y aunque salió ileso de la mancha que se le imputaba, él, resentido, se separó de la política y durante mucho tiempo vivió en el ostracismo más completo.

En ese interregno, oasis de su vida, se dedicó a escribir dramas y novelas y a la filosofía; su novela *Les Plus Forts* y sus artículos filosóficos *Le Grand Pam,* son recuerdos de aquella época. Al fundar el periódico *L'Aurora,* insensiblemente volvió de nuevo sus pasos a la política. La ocasión se le presentó cuando menos lo esperaba: creyó inocente a Dreyfus, y con toda su alma y todas sus fuerzas se dedicó a defenderlo, a rehabilitarlo después, con una pertinacia, una insistencia dignas de la

causa que defendía; sus trabajos tuvieron éxito, la lucha fué tenaz, duró años, pero Dreyfus volvió al ejército y Francia abrió de nuevo sus brazos al infeliz judío.

En el curso de la defensa de su gratuito ahijado, salió electo Clemenceau senador y reanudó, en consecuencia, sus luchas políticas. En el ministerio Sarrien, bajo Fallières, en 1906, ocupó la cartera de Gobernación, y a la caída de aquel ministerio subió él a la Presidencia. Fueron siempre sus irreconciliables enemigos el Imperio y el Clero; y tan poco le importaba la crítica, que nombró Ministro de la Guerra al coronel Picquart, que había sido el todo en la defensa de Dreyfus. Su gran debate con el socialista Jaurés es histórico, y siempre ha descansado en M. Pichon como su irremplazable Ministro de Relaciones. El gabinete Clemenceau cedió a las interpelaciones de Delcassé en 1909, sobre la conducta de Francia ante Alemania.

Incansable siempre, y francés eterno, en 1917, estando la guerra en su período crítico y el mundo entero temeroso del resultado final de ella, cae de súbito el ministerio Painlevé, republicano socialista; y ante la necesidad de un patriota verdadero, en tan difíciles momentos todos se acuerdan del viejo Clemenceau; hasta las mujeres le aclaman, y sube de nuevo al Ministerio como Presidente y Ministro de la Guerra, con la siempre indiscutida ayuda de Pichon en Relaciones. El voto de confianza que se le otorga, 418 por 65, era consolador.

De que el hombre sigue siendo activo y valiente, ahí están los asuntos del día expuestos en su periódico *L'Homme Libre,* antes *L'Homme Enchainé.* El escándalo del periódico *Le Bonnet Rouge,* publicación vespertina, germanófila *enragée,* con el castigo de todos sus confabulados: Almereyda, su editor, que se suicidó; Duval, director, condenado a muerte, y a diferentes penas varios de sus redactores y reporters; Malvy, Ministro de Hacienda bajo Ribot, Leymarie, ex Director de Gobernación, todos cayeron. Bolo Bajá, fusilado en Vicennes por traidor, después de probada hasta la evidencia su connivencia con los *boches;* el Senador Humbert, Director de *Le Journal,* y sus cómplices Lenoir y Desouches, traidores junto con Bolo Bajá; los Diputados Turmel y Loustalot, vendidos también al oro alemán; Cailleaux, Presidente del Consejo bajo Fallières, acusado

desde hace tiempo por el *London Times* de intrigar en Italia en favor de la paz con Alemania y, después, de ejercer propaganda germanófila en periódicos tales como *Le Pays, L'Agence Republicaine d'Informations, Les Nations* y el mismo *Bonnet Rouge;* su influencia fué funesta y, con energía sin igual, fué llevado a la barra. Asuntos todos a cual más complicado y a los que no ha temido el enérgico patriota.

La guerra se sigue con inusitado vigor y rapidez, y eso no impide que en la Asamblea trate Clemenceau de otros asuntos importantes de orden interior, como la supresión de la inmunidad parlamentaria, por ejemplo. El Ministro de la Guerra no deja solos a sus soldados; él mismo recorre la línea de fuego, se expone en las trincheras y, en prueba de su sinceridad, condecora a múltiples sacerdotes que se distinguen por su lealtad y su bravura, exponiendo a menudo la vida por su patria. Clemenceau no se acobarda; sus titánicos esfuerzos tienen que ser reconocidos, no tan sólo por el pueblo francés, sino por los aliados todos, por la humanidad entera, por los mismos alemanes.

Demócrata hasta la exageración, su patria es su altar; sus faltas son debidas a su carácter. ¿Se las perdonaremos en atención a su inmaculado patriotismo? Paso al que lo supere.

F. de P. Rodríguez.

La Habana, 10 julio 1918.

POESÍAS DE MARÍA ENRIQUETA

RUEGO

Sobre mi portón ferrado,
un ancho buzón de acero
hay colgado.
Escucha, viejo cartero:
si tarda mucho en llegar
aquella carta que espero,
no la vayas a arrojar
dentro del ancho buzón
colgado en aquel portón,
ni te aprestes a llamar
con el pesado aldabón,
que ya entonces no he de estar
viviendo en esa mansión:
toma la carta que tanto
anhelé ver en el mundo,
y con un respeto santo,
entre un sigilo profundo,
llévamela al camposanto...

LEJANO RECUERDO

Haciendo remembranzas
de cuando fuimos niños:
—¿Recuerdas—me pregunta
sonriendo mi amigo—,

de aquel miedo salvaje,
de aquel miedo exquisito
que nos daban los gansos
al cruzar el molino?...
En bélica bandada,
con los cuellos tendidos,
con las alas abiertas
y dando agudos gritos,
corrían tras nosotros
por la orilla del río,
hasta que el molinero
iba a darnos auxilio
poniendo en retirada
el tropel enemigo...
¿Recuerdas? Temblorosos
por el miedo, y rendidos,
debajo de algún árbol
tomábamos respiro,
hasta que al fin calmaban
sus violentos latidos,
tus sienes y mis sienes,
tu corazón y el mío...
—¡Lejano está ese tiempo!—
dije, triste, a mi amigo—;
ya no nos acobardan
los gansos del molino...
—Es verdad—, él responde
con un largo suspiro—;
hoy, a mí no me asusta
nada... —¿Nada?...—repito.
—Sí, hay algo: la Muerte—,
dice presto mi amigo.
Y entonces yo respondo
en tono pensativo:
—¿Te intimida la Muerte?...
a mí... ¡sólo el Olvido!...

SÍMBOLO

Al débil y triste lampo
de un muerto sol de poniente,
cruzamos, pausadamente,
el fin del inmenso campo;

y al pie de una sementera,
entre la hierba polvosa,
vimos, de pronto, una fosa,
y a un lado, una calavera...

Los vientos arrulladores,
de muy lejanas orillas
trajeron raras semillas
de maravillosas flores.

Y en aquel cráneo sombrío
que hoy la tierra sólo llena,
una pálida azucena
ábrese al sol del estío...

—"¡Extraña combinación
de la muerte con la vida!"—
dije con voz conmovida,
levantando una oración.

Y mientras mi mente inquieta
piensa en la fosa, mi amado
dice: —"Aquí fué sepultado,
ha mucho tiempo, un poeta..."

—"Es por eso—luego advierte
el dueño de mis amores—
que, hasta después de la muerte,
ese cráneo engendra flores..."

CUANDO PARTE EL AMOR...

¿Dices que pronto nuestro amor inmenso
morirá como el humo del incienso
que se esfuma en la nave del santuario?
Yo le creí en macizo relicario,
de nuestro corazón siempre suspenso...

Mas nada importa que su luz naufrague
cual meteoro que la noche trague.
En el castillo donde Amor se hospeda,
un poco de ventura siempre queda,
aunque la lumbre de ese amor se apague...

Dejémosle partir si así lo quiere;
cantémosle un profundo miserere,
y que desaparezca en lontananza...
¿No sabes que una dulce remembranza
viene a suplir a todo lo que muere?

Por eso, cuando el tiempo despiadado
el color de mi trenza haya cambiado
por el blanco reflejo de la luna,
yo meceré un ensueño en blanda cuna
retejiendo la historia del pasado.

Y en mi invierno estaré, tras la vidriera,
diciendo, como cuento de hilandera,
la vieja historia de fastuoso brillo:
"Hubo una vez en mi alma un gran castillo
donde un rey fué a pasar la primavera..."

LA VI RONDANDO, CAUTELOSA...

Hoy que una flor azul brota en mi alma,
hoy que vuela hacia ti mi pensamiento
cual hoja que hacia el mar arrastra el viento,

viene a empañar mi calma
torvo presentimiento...
Hoy, al ir a exclamar: "Tuya es mi suerte,
yo la ofrendo a tus pies como una rosa",
hoy... he visto a la Muerte
rondando mis ventanas, cautelosa...
Su sombra se pintó en el viejo muro
más negra que la noche; a su conjuro,
calló el ave, y el can, sobrecogido
por inmenso temor, lanzó un aullido...
¡Oh, Muerte! que has hollado los senderos
que vienen a parar a mi ventana,
¡impide que mañana
suban los campaneros
a tocar por un muerto la campana!...
¡Aguárdate! no quiero que tus ojos
vengan hoy a atisbar tras la vidriera...
¡sólo un breve momento yo reclamo!...
¡Espera, oh Muerte!... ¡espera!
¡deja sólo decirle que le amo!...

EL RETRATO

Esa espaciosa cámara sombría
donde un retrato está colgado, es mía.

—"¡Qué dulzura, qué paz y qué fragancia
brinda el recinto de esta hermosa estancia!..."—

exclaman, al entrar, los visitantes
que van a ella, del reposo amantes.

La cámara es discreta y espaciosa;
siempre hay un vaso allí con una rosa...

El tapiz de los muebles es oscuro,
y del mismo color es el del muro;

son de felpa y de raso las cortinas,
son de laca y de oro las vitrinas.

Hay en el fondo un amplio ventanal
que recoge la luz en su cristal

y que mira hacia el bosque, donde empieza
a dorar el otoño la maleza.

Desde él se ve un estanque soñoliento
que no se riza cuando pasa el viento,

una calzada en la que la hoja rueda,
y un viejo banco al fin de la vereda.

Cerca del ventanal, sobre el oscuro
y anticuado tapiz que viste el muro,

colgado en el rincón más penumbroso,
está un retrato dulce y misterioso,

que por la luz perlada que destella,
parece, entre las sombras, una estrella...

Pálido el rostro es, y en la penumbra,
toda esa palidez que tiene, alumbra,

vierte luz, al igual del suave lampo
de la luna que baja sobre un campo...

Y allí está... escondido, misterioso,
colgado en el rincón más penumbroso...

En la cámara, suele un viejo piano
despertar al conjuro de mi mano

y evocar en sus voces destempladas
el recuerdo de cosas ya pasadas...

Un severo reloj canta la hora
mientras el piano su pasado añora;

y en el muro, un espejo biselado,
con marco de nogal, está inclinado

en actitud de oir con devoción
del reloj y del piano la canción...

—"¡Qué dulzura, qué paz y qué fragancia
brinda el recinto de esta hermosa estancia!..."—

repite el visitante, mientras mira
por el gran ventanal, el sol que expira

envolviendo con oro la arboleda,
las nubes, el estanque, la vereda...

Y juzga que la paz de ese retiro
viene de aquel paisaje en un suspiro

que se llega arrastrado por el viento;
atribuye ese gran recogimiento

a que la sala es alta y espaciosa;
a que en el vaso aquél, hay una rosa;

a que el péndulo oscila lentamente,
dividiendo la vida, indiferente;

a que son los sillones más süaves
que los blandos plumones de las aves...

Juzga que esa quietud mansa y divina,
llega allí con el aura vespertina;

piensa que esa dulzura embriagadora
es fruto del otoño y de la hora,

y acercándose al amplio ventanal,
descorre la cortina, abre el cristal

y manda, en un suspiro, un homenaje
a la bruma otoñal de aquel paisaje!...

...Mas esto no es verdad; sólo mi alma
sabe de dónde viene aquella calma,

esa dulzura suave y deleitosa,
esa quietud... ese perfume a rosa...

Tan sólo yo lo sé; nadie adivina
de dónde baja aquella paz divina...

Tú, que has sido mi amigo y confidente,
—antes cerca de mí, y ahora ausente—,

tú sabrás el secreto de la estancia
que se envuelve en silencio y en fragancia:

todo ese gran reposo que allí mora,
toda aquella dulzura embriagadora,

bajan de un bello rostro dulce y grato...
vienen de aquel rincón... de aquel retrato...

Parte de él una influencia peregrina
que cuanta cosa toca, hace divina...

No es el reflejo suave del poniente:
es la pálida luz de aquella frente;

no es el suspiro triste de la brisa:
es de su boca amarga la sonrisa;

no es el estanque oculto entre las frondas:
son sus miradas largas, dulces, hondas...;

no es la tristeza del muriente día:
es de su rostro la melancolía...

Cuanto se siente allí de amante y grato,
viene de aquel rincón, de aquel retrato.

Él es dulzura y paz, luz y fragancia...
Él es todo el secreto de esa estancia.

Yo, sin contar jamás las breves horas,
contemplo sus pupilas soñadoras,

y miro, en un silencio reverente,
pasar los pensamientos por su frente...;

—así pasan en tardes opalinas,
las bandadas de errantes golondrinas...—

Su boca, suave y breve, flor semeja;
si hablase, susurrara como abeja...

Mas esa boca está siempre cerrada,
cual un botón de rosa retardada...

—Me place ver entre los labios quietos,
presa la voz y mudos los secretos—.

Ese extraño retrato es un tesoro
que en el silencio de mi estancia adoro.

Allí estará por siempre, amigo mío,
dando su luz en el rincón sombrío...

...Suele en las noches arrancar mi mano,
del pálido marfil del viejo piano,

sones románticos, rondós, baladas
que hacen gemir las cuerdas destempladas.

El triste clavicordio ha envejecido;
mas por extraño soplo, sacudido,

pide a su juventud las bellas galas,
y deja que el minueto abra las alas

y vuele, cristalino y cadencioso,
como el canto del mirlo melodioso...

¿En dónde el viejo piano ha recogido
el matiz de cristal de su sonido?...

El sortilegio que hace el són tan grato,
viene de aquel rincón... de aquel retrato...

Por él las cuerdas suenan melodiosas,
por él se vuelven mágicas las cosas...

Y ese retrato del rincón sombrío...
ese retrato... es tuyo, amigo mío...

Es el que tú me diste... es un tesoro
que en el silencio de mi estancia adoro...

. . . .

De mí estás lejos... y mi suerte impía
te ha de llevar más lejos todavía...

(Tarde o temprano, tu silueta amada
será, en el horizonte, un punto... nada...)

Mas no temas partir, amigo mío...;
no sentiré que el mundo está vacío,

no me hundiré en la noche, ¡oh, dueño ingrato!
si al darme el triste "adiós", tu fiel retrato

brilla en la sombra de la estancia aquella...
...Para alumbrarme... ¡bastará esa estrella!...

MARÍA ENRIQUETA.

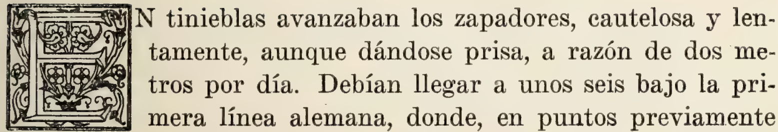
Con el nombre de María Enriqueta firma sus obras la distinguida poetisa mejicana señora María Enriqueta Camarillo de Pereyra, esposa del escritor político e historiador D. Carlos Pereyra, representante que fué de México en Cuba. La señora de Pereyra reside actualmente en Madrid. Ha publicado un libro de versos, *Rumores de mi huerto,* y varios en prosa. El último de éstos, bellísimo y recién publicado en la capital de España, se titula *Mirlitón el compañero de Juan.*

Es uno de los poetas más originales de México, y sus obras gozan de singular estimación entre los hombres de letras de su patria. CUBA CONTEMPORÁNEA le agradece hondamente el envío de este fragante manojo de bellos versos.

GOTAS DE SANGRE

(NOVELA DE LA GUERRA)

V



EN tinieblas avanzaban los zapadores, cautelosa y lentamente, aunque dándose prisa, a razón de dos metros por día. Debían llegar a unos seis bajo la primera línea alemana, donde, en puntos previamente designados, harían estallar dos minas. Sin capote ni chaqueta, a causa del calor, creciente con la profundidad, encogidos, iban los hombres colocando a cada metro ganado un marco de madera dura, con inclinación de veinte centímetros; enmaderando las galerías, entre las paredes y los marcos, con tablas de entibación; fijando en la parte superior las más resistentes, las de cielo, empujadas, a medida que progresaban, hacia el nuevo marco por colocar, a cada nuevo metro ganado; pasando la tierra extraída, de mano a mano, en sacos, cestas y cubos, hasta el pie de la entrada de la excavación en un ramal: el fondo de un gran pozo de quince metros, sombrío y pestilente, por cuyas paredes corrían escalas de cuerda y en cuya boca, provista de ventilador, encabalgábase un torno de mano donde se enredaban las cuerdas que subían y bajaban los cubos, cestas y sacos.

De seis en seis horas relevábanse las cuadrillas; y cada hora—faltábanles en ese momento los micrófonos que hacen perceptibles los más tenues ruidos; los tambores de piel tendida, que al más insólito murmullo resuenan bajo el repiqueteo de los guisantes secos repartidos sobre ellos; los variados y perfeccionados recursos científicos, tan generalizados—,

durante cinco minutos de reposo, cerrada herméticamente la entrada de la galería, acostábase un hombre sobre una tabla, en la extremidad más avanzada, esforzándose, la cabeza cubierta con un paño, una oreja pegada contra el suelo, por descubrir hasta diez metros de distancia cualquier ruido sospechoso, el avance del enemigo, la contramina.

Al atardecer de un día lloviznoso, colocados los hilos eléctricos y cegadas las galerías en la longitud necesaria, estallaron las minas: dos combas, coronas concéntricas, violenta proyección de enormes masas negruzcas, fantásticos monstruos surgiendo del fondo del universo, montañas al revés, elevándose y deshaciéndose en una lluvia de tierra, piedras, maderas, restos de hombres y armamentos.

Sacudidas, parecieron cerrarse las trincheras. Flotando todavía la tierra en el aire, y apenas iniciado el fuego de barrera, surgieron oficiales a derecha e izquierda, seguidos de dos compañías enviadas a ocupar los especie de embudos formados por la explosión, profundos de unos veinte metros con más de cien de diámetro.

El enemigo, después de sostener nutrido fuego durante horas, atacó esa noche; pasablemente consolidados ya los labios de los parapetos, espesos de varios metros, ligados a las posiciones de más atrás—, fué rechazado sin dificultad, debilitándosele algo su línea avanzada, muy fuerte todavía.

Una semana después, lejos del frente, en el quinto día del mes de junio de 1916, no se había despejado aún la neblina matinal cuando, apagados ya los proyectores que durante la noche desnudaron el cielo, fuera de los cobertizos los «bebes», los ligeros aviones de caza con sus ametralladoras Lewis, los reguladores del tiro, provistos de telegrafía sin hilos, los de reconocimiento, con sus cañoncitos, terminada la última inspección de los mecánicos, habiendo ya los observadores, mapa en mano, indicado a los pilotos el próximo itinerario, al tanto cada sección del objeto de su misión, ronronean con fuerza los motores, tiemblan las máquinas, pareciendo querer saltar y escapar a los zapadores que las contienen. Rueda una, abandona la tierra, llevando una luz que, subiendo en espirales, haciéndose cada vez más pequeña, llega a parecer una estrella antes de

desaparecer. Se deslizan otras, de treinta en treinta segundos, saltando suavemente hasta dejar las ruedas la tierra; elevándose, alcanzando los mil primeros metros. Suben un poco más, dando vuelta tras vuelta en la atmósfera cada vez más densa y fría. Marcan los altímetros mil ochocientos, novecientos, dos mil metros. Y toman los aparatos la dirección del campo enemigo.

Días antes el engranaje de la retaguardia ha acrecentado febrilmente su funcionamiento, sobre todo durante las noches. Nuevas y viejas canteras dieron la piedra necesaria para el ensanche y reparación de las vías deterioradas y para las nuevas, anchas, sólidas, capaces de resistir cualquier tráfico en su centro y el de la infantería y la caballería en sus costados; bosques y talleres, madera, miles de toneladas utilizadas desde la construcción de almacenes hasta la fabricación de mangos para granadas, elevándose aquí y allí, junto a enormes almiares de paja y heno y grupos de obuses, pilas de leños de doscientos cincuenta metros de largo por diez de ancho y cuatro de alto. Alargadas, duplicadas las líneas de ferrocarriles, empujadas hacia el frente las de vía estrecha, surgieron a los lados de ambas, de cinco en cinco días, completas estaciones con cómodos andenes; se han multiplicado los abrigos, puestos de socorro y ambulancias y, bajo tierra, en lo posible en ángulos muertos, en evitación de los golpes de la artillería, los depósitos de municiones y víveres; se han ampliado los ramales y las plazas de armas, desparramado miles de kilómetros de hilos telefónicos, repartido banderines, señales ópticas y acústicas, luces y pistolas Véry, inalámbricos y las drogas que calmarán los primeros latidos de las heridas y las agonías; se ha organizado el servicio de estafetas, el de la policía de circulación, que orientará a las tropas llegando y por llegar y a las extenuadas por retornar; sin cesar un instante de acumularse las granadas, los sacos vacíos, por enrollar con la manta de noche y la lona de tienda, los llenos de cartuchos para alimento de fusiles y ametralladoras, los cestones, el alambre barbado, piquetes de hierro con puntas en tornillo, a fin de poder ser plantados rápidamente y en silencio, el material de ingenieros y zapadores, obuses gruesos, medianos y también de aletas, para los cañoncitos de 58 que a un paso del

enemigo anularán a los diseminados centros de resistencia, agua potable, provisiones, proyectiles y más proyectiles, disimulado todo, desde los medios de transporte hasta las bestias, bajo pintura y pintarrajeadas telas que, de lejos, funden en armónica y confusa nota un paisaje en el cual existen falsos cañones de madera que arrojan humo cuando los verdaderos tiran, y falsos caminos, confusos y engañosos para los observadores enemigos.

Espiados continuamente los menores estremecimientos del campo contrario, sus más insignificantes síntomas de vida, hasta las más ligeras nubecillas de polvo, acopiando datos los globos cautivos, reveladas sin cesar nuevas placas fotográficas de la aviación, con objeto de confirmar o rectificar las últimas indicaciones de los mapas, cada hombre y cada cosa en su lugar, reducido a su menor expresión el papel que lo imprevisto pudiese representar, hállase preparado en largo frente, minuciosa y formidablemente, el alimento todo de la antebatalla, de la batalla, de depués de la batalla, de la batalla sin fin.

Perseguidos los aparatos por el shrapnel que deja blancas nubecitas, sacudidos por las explosiones, escrutan la tierra con sus anteojos los observadores, incomodados por la vibración de los aparatos y el viento, ven los disparos de las baterías, el correr de automóviles y ferrocarriles, los convoyes y el andar de tropas, manchando el espectáculo de juguete las llamaradas de los proyectiles franceses deshaciéndose en medio de ramilletitos de tierra y las de las bombas lanzadas desde el espacio. Máquinas enemigas, creciendo, surgen en el horizonte. Sobre los globos cautivos alemanes forman círculos los aviones franceses, conteniendo sus motores, disparando, incendiándoles; caen dos, envolviendo en sus grandes llamas a figurillas que en paracaídas bajaban graciosamente. Llegan las máquinas enemigas, color gris sucio, grandes y pesadas, con alas de buhos y colas de peces. Se inicia la lucha en los aires. Rodeos, rápidas viradas, saltos, caídas. Parecen los contendientes querer echarse unos sobre otros, disparándose metralla, evitando sin embargo inútiles riesgos. Da una vuelta completa un aparato alemán; diríase que otro le imita; caen ambos, cae uno francés. Seis enemigos atacan de dos en dos a otro francés, aislado,

allá lejos: se ve obligado uno a huir, la hélice en cruz, siguiéndole el compañero; el segundo par acribilla de balas un ala del aparato, retirándose, agotadas sus municiones; disparando, lánzase el piloto sobre el quinto rival; una bala le arranca el cubreorejas, la hélice se le rompe; de flanco le lanza el sexto enemigo terrible andanada; temblando, averiado el aparato, descendiendo—convertido el fuselage en espumadera, rebelde la dirección, desbocado el motor, imposible de contener, agitado por terribles convulsiones—, cabeza abajo, barrena el aire a doscientos kilómetros por hora, tan rápida la caída, que, de dos mil trescientos metros a los mil, ni un solo gesto puede esbozar el aviador; al fin, con sobrehumano esfuerzo, logra contener los gases y la esencia, agarrado a la palanca, obedeciéndole la profundidad aunque inservibles los alones, y, reduciendo su velocidad el bólido, barrenando siempre el aire, parte en dirección de un bosquecillo; un esfuerzo más, disminuye todavía la velocidad; y a cincuenta metros de los árboles, erguida ya la máquina, en vez de irse en punta va a dar a las ramas, de un lado, girando, aplastándose sobre un ala, ileso el piloto, impresas en el aparato las trazas de ciento diez y siete balas. Los soldados en las trincheras, ansiosos, dándole por muerto, celebran entusiasmados el coraje de un gran "as" más.

Reventados ocho globos cautivos, han emprendido brusca huida los aviones alemanes. ¿Triquiñuela? ¿Derrota? A poco regresa uno francés, perseguido por dos rivales. Desciende a mil metros. Le alcanza sin duda un proyectil. Vibra, inclinándose un poco, casi callado el motor. Resbala hacia él, de muy alto, un enemigo, ave de presa en el instante de ir a clavar su pico en el cráneo de su víctima; pasa sin embargo, azotándole casi con un ala, inundándole de metralla. Sacúdese el avión francés como gallo salpicado de agua, parece recuperar su energía, avanzando, subiendo. Va a su encuentro el otro contrincante. Calla definitivamente la máquina herida, intentando deslizarse a tierra en espirales. ¿Calcula entonces mal el segundo enemigo? ¿Calcula bien su rival vencido? Chocan. Y, torcidos los aparatos, formando embrollada masa de astillas de madera, restos de tela, hilos y fragmentos de metal, caen en un torbellino de llamas, dejando estela de chispas, fritos los ojos,

los cerebros, el corazón de los aviadores, dos grandes y fofos carbones que antes de apagarse definitivamente temblarán todavía durante segundos entre sus motores desbaratados, restos de tela, de cuero, del uniforme, astillas de madera, hilos y fragmentos de metal, allá en su inesperada tumba a flor de tierra; mientras, perseguido, se pierde en la lejanía, sobre el campo alemán, el último buho de alas gris-sucio con cola de pez.

En dos horas se le arrancan al enemigo los ojos que en las nubes tenía, recorriendo los aires, libres, los aviones franceses, perseguidos siempre por las explosiones de shrapnel, puñaditos de algodón deshaciéndose perezosos.

Es en una vasta meseta, entre el Oisa y el Aisne, en abandonados campos de trigo y avena, adornados con bosquetes casi aniquilados, a cuyas flacas sombras yacen los restos defensivos de granjas prósperas antaño.

A partir del mediodía, en temblorosas cavernas llenas de humo, en huecos, detrás de cercas, por entre ruinas, bajo árboles, ramas, paja, telas pintarrajeadas, comienzan los largos colosos descansando sobre vagones de ferrocarril o sobre bases de cemento, los rechonchos mostruos sin gracia, los delgados, larguiruchos, acostados sobre cureñas sostenidas por poderosas ruedazas, los finos, elegantes y violentos, las piezas de marina, los sapos de 270, los morteros de 370, la familia toda de los cañones, a estirar y encoger sus pescuezos verdes, grises, amarillos, terrosos, multicolores, pareciendo a cada disparo querer morder con sus bocas humeantes a invisibles enemigos.

Rápidas, precisas, las inmóviles baterías de 75 expulsan automáticamente los cartuchos usados. Los sirvientes de los arcones pasan los proyectiles a los cargadores, introduciéndolos éstos en las culatas, cerrándolos y disparando; sucediéndose los disparos, por momentos, en varias de las piezas, a la cadencia de veinte por minuto—una tonelada de acero tragada y liberada por cada una entre sesenta y setenta segundos—, repartiendo unas sus cargas de melinita de veinticinco en veinticinco metros, en todos sentidos, escarbando otras en puntos determinados, una docena de obuses por metro cuadrado, a fin de allanar parapetos de tierra de tres de espesor por dos y treinta de alto. Metódicamente se enlazan los tres sencillos gestos de

los tres servidores de cada arcón y los tres de los tres cargadores de cada pieza. De vez en cuendo parten de los lanzaminas proyectiles conteniendo noventa kilogramos de melinita que se abalanzan sobre sus objetivos desde mil metros de altura. Lanzan los Rimailhos de 155 trece kilogramos de explosivo a cada disparo; veinticinco los obuseros de 120; viejas y lentas piezas de 80 y 95, hábilmente modificadas, vomitan cinco, seis y hasta siete disparos por minuto; morteros de 220, reventando bajo capas de tierra de cuatro metros de espesor, forman embudos de más de veinticinco metros cúbicos, llevando a veinte de altura nubes de tierra dispersada en un radio de setenta; y cubren por instantes los disparos de los 105, 120 largos, 150 cortos, los disparos todos, las explosiones sobre macizas posiciones, en medio de deslumbradores relámpagos, de los torpedos aéreos, cuyas olas de tierra levántanse muy altas; dominando a su vez las diversas voces, llegando de muy lejos, la majestuosa, rodante y grave de las «abuela» que, también muy lejos, estalla con volcánico fragor.

En un infierno de estruendos, tuércense, rómpense, vuelan, las habilidosas telarañas de acero, tan aladas y feroces, tan finas y poderosas, contra las cuales, tan a menudo, se desgarran los bravos las carnes y se estrellan los impulsos de los arrojados, perdiendo su poderoso aliento, antes de torcerlas, cortarlas y diluirlas, las más furiosas bocas de fuego. Saltan las defensas accesorias, esparciéndose, pulverizados, erizos y caballetes, abrojos y caballos de frisa; revientan los sacos de tierra, destruyendo la circulación subterránea los empujados hacia el fondo de las trincheras; desmorónanse parapetos, ábrense brechas, nivélase la tierra, ciéganse ramales. Responden sin cesar los alemanes con sus maullantes 77 y con piezas poderosas que cubren el llano de grandes cráteres escupiendo espesas columnas de humo negro a veinte metros de altura, mientras los franceses, tras rachas violentas, dejan correr largos intervalos durante los cuales, en colaboración con la aviación, patrullas de treinta y hasta cien hombres, en raids audaces, examinan el estado de las defensas enemigas.

Forman los mil cien metros del en parte modificado frente alemán atacado, un saliente coronado en su extremidad más

avanzada por una especie de fortín excelentemente apoyado por obras de flanqueo. Reforzada la primera línea, a corta distancia, por una segunda en forma de diente de sierra, y en varios lugares por terceras, hállase su segundo frente en la cuerda del arco formado por el saliente.

En previsión de la ofensiva, las cuatro compañías de prusianos de la primera línea han sido reforzadas con dos de sostén, ocupando las posiciones de éstas dos de reserva.

Entre los bruscos escupitajos gris verde, cobrizo, blanco, negro, de las explosiones, son los hombres lanzados por los aires, como hojas secas, desparramándose a veces sus miembros con restos de armas, piedras, tierra, troncos descuajados; unos, cual vivos dormidos con los ojos abiertos, inmovilízanse para siempre en todas las posiciones, sin otras huellas en sus cuerpos que las erosiones cutáneas causadas por puntos de acero que al clavárseles cáusanles fulminantes hemorragias internas; la enorme compresión de grandes masas de gases en las capas de aire, seguida por la depresión resultante del estallido de los obuses, formando rosarios de burbujas de aire que obstruyen las arteriolas paralizando la circulación sanguínea, asfixian a muchos, que caen con los pulmones reventados; sordos y ciegos varios, cubiertos de heridas ligeras, sembrados sus semblantes de chichones causados por las astillas y las piedras, abatidos, anonadados por las trombas de metal, hasta los atalayeros se han visto obligados a apiñarse bajo tierra en abrigos de profundidad variable entre cuatro y diez metros, a los que va a descubrirles o enterrales, a veces, el acero.

Perseguidos siempre por floreo de mortíferos proyectiles, suben, bajan los aviones, describen círculos, observan, arrojan bombas sobre las estaciones, transportes de refuerzos y municiones, ametrallan trincheras a doscientos metros de altura, prestan precioso apoyo a la artillería, libran algún que otro combate.

Cae el día. Oscurece.

Por senderos especiales se acercan al frente las tropas de asalto, descansadas, frescas y animosas, procedentes de la reserva.

Comienza a llover.

No se ve el camino. Cada soldado coloca una mano en el hombro del compañero que le precede. Los oficiales, para no perderse, no dejan de la mano un alambre que les guía y se extiende a lo largo del sendero. En cierto lugar la explosión de un proyectil ha dado al traste con el alambre.

Tadeo tropieza dos veces con Collin, el cual se queja airado.

—Ten cuidado, le dice el marqués al primero. Si cae Herr Odio y estalla su bilis, no sé qué será de nosotros.

Pierde el regimiento algún tiempo antes de poder orientarse; dan al fin nuevamente los oficiales con el alambre; y una hora después, cuando cesa de llover, entran los hombres en un ramal.

La artillería responde al siempre violento bombardeo de los alemanes con lento y continuo goteo de obuses, recalcado durante minutos por descargas de fusilería y explosiones de torpedeos aéreos que les prohiben todo conato de salida de sus escondrijos.

Una vez en el frente comienzan los hombres a cavar las trincheras de donde partirán al combate, profundas de unos seis pies, sin escalón de tiro, dedicados entretanto los zapadores e ingenieros a la construcción de depósitos y abrigos.

Los hilos telefónicos son escondidos a dos varas de profundidad, se completan algunos puestos de observación, de concreto, aquí y allí alguno de acero, y los puestos de mando, con sus observatorios cercanos.

Va a amanecer.

Cada hombre tiene doscientos cincuenta cartuchos, provisiones para tres días y un saco que, lleno, le servirá de primera defensa a campo raso. El equipo es ligero: el morral, la cantimplora; la manta la llevan en bandolera; como armas sólo el fusil y la bayoneta; sin duda se les repartirán pronto unas granadas y, a algunos, un largo cuchillo.

Friolentos, despiertos a medias, refunfuñando, echando pestes, bromeando, criticando el detalle y el conjunto de la operación que se avecina, van avanzando, repartiéndose atrás en los oscuros ramales los batallones, azulosos arroyuelos deslizándose, espesos, hacia la primera línea, llenando los abrigos y las trincheras; ocupan las más avanzadas plazas de armas las sec-

ciones de segunda línea, a proximidad de los de primera, sin congestionarlas, yendo a esperar en las de segunda línea las secciones de la tercera.

Filtrándose la luz del día, sucédense jeroglíficas órdenes por los hilos telefónicos y comienza a inflarse la voz de las artillerías.

El coronel, afeitado, alto, canoso, flaco y nervioso, excesivamente cuidadoso de su persona, repite en el curso de largo recorrido:

—Como de costumbre la artillería nos preparará el camino; pero no hay que fiarse, la artillería no es todo... A la hora del ataque, ya sabéis lo que tenéis que hacer: posición ocupada, posición sostenida... El éxito está en nosotros, en la inteligencia y el valor de todos, en la amalgama de nuestras voluntades... Esto es lo necesario: mucha serenidad—valor, todos le tenéis—, mucha inteligencia, y, ¡nada de locuras!

En mayor número pasan los aviones las líneas alemanas. Internados en ellas les persiguen proyectiles que dejando oscuras nubes indicadoras del resultado de sus disparos, facilitan su tarea a los artilleros. Combaten, observan los emplazamientos de las baterías enemigas y los efectos del tiro francés, telegrafían las indicaciones del caso a la artillería; varían sus altitudes, realizan los más imprevistos gestos, arreciando el tiroteo, creciendo el peligro.

Con intenso, preciso e insistente riego de proyectiles, se completa la tarea del día anterior: desbaratándose, cegándose ramales enemigos, borrándose vías de comunicación y posiciones de apoyo, impidiéndose en las bases el menor esfuerzo en el abastecimiento de víveres y municiones, el funcionamiento de los ferrocarriles, incendiándose una pequeña estación y un cuartel general, aniquilándose el fuego de las baterías todavía intactas, atacándose el de las que van surgiendo.

De vez en cuando, en las paralelas, en las plazas de armas, algún que otro obús alemán abre enormes heridas en las masas de soldados, cubriéndolas de espesos copos blancos, verdes, negros. Los hombres, trémulos, contemplando los cuerpos destrozados de los compañeros, esperan resignados, porque tienen que esperar donde se hallan, porque no pueden sino esperar, esperar, esperar, hasta las 10.15.

Los oficiales consultan sus relojes en las muñecas y fijan la vista, una y otra vez, en los esquemas de las posiciones vecinas, aunque conocen el terreno a ojos cerrados. También lo conocen bastante sus soldados. Han ensayado cuidadosamente la acción en perspectiva.

A la hora prevista, cada batallón, con dos compañías de primera línea, deberá ir más allá de las primeras trincheras. debiéndose encargar la segunda línea de la limpieza y organización del terreno por conquistar.

Vuela el tiempo para unos soldados; para otros los minutos parecen eternizarse. En la tortura de la espera, con el calor y la humareda, crece la ansiedad de casi todos. A las nueve y media, hora y cuarto después de desencadenada una racha de fuego, la más larga, tan cercanos unos de otros los obuses que al caer confúndense sus manchas de color y sus cascos, sacudido sin cesar el campo vacilante, levantándose en líneas, revuelto repetidamente, temblando casi con ritmo, gimiente el aire, mezclados los estallidos de los variados proyectiles de ambas partes en un torbellino de ruidos sobrehumanos, de pateados tambores del tamaño de montañas, de inmensas puertas de hierro cerradas bruscamente, de silbidos de serpientes grandes como ríos, en tumulto jamás imaginado, imprevisto, de colisiones de mundos disgregándose en un cataclismo final, era a un tiempo comparable el estruendo al terrífico rodar de miles de truenos fundidos en uno solo, largo, imposible, en cuya cadencia un oído que no le hubiese sufrido desde su comienzo hubiera notado, sin embargo, ciertas interrupciones seguidas de ruido aún mayor, impuestas a la científica preparación del terreno por resistencias mayores a las previstas.

Soldados que llevan como insignia dos hachas cruzadas en la manga, abren en los muros grandes bocas que a poco escupirán vidas sobre el llano.

Apiñados en los abrigos de las primeras líneas, echados en el fondo de las trincheras casi brazo contra brazo, sentados, encogidas las piernas, hundidas las cabezas en los hombros, zumbándoles los oídos, sordos algunos; inmóviles, con dolor de cabeza y febriles otros, los cerebros martillados por el ruido, saltándoles, hirvientes, contra el cráneo; tendidos inútilmente los

torturados oídos ensordecidos, distendidos los nervios, sintiendo, convulsos, cuando las explosiones son muy cercanas, como si invisibles demonios quisiesen arrancarles los brazos, las piernas y los vientres y destornillarles los corazones, esperan, mudos, los hombres el minuto adusto y emotivo que no llega y se aproxima.

A pesar del aturdimiento, se les filtran en el pensamiento las ideas ora de golpe y a saltos, ora desenrroscándose lentamente. Hay soldados que, ceñudo el entrecejo, casi seguros de morir, recuerdan a los suyos enviándoles un triste adiós supremo; que vense escapando milagrosamente, marchando a la retaguardia, conquistada quizá una cruz o una medalla, a disfrutar de reposo bien ganado y enviar noticias a los familiares; que sienten—los más nuevos—el temor de tener miedo a la hora crítica. Los hay castañeteándoles los dientes, sacudidos por incombatible temblor, aunque todo les es indiferente, valientes sin embargo en la batalla; mueca de cansancio y dolor, de cansancio sobre todo, se asoma en algunos semblantes de enfermos de extraño mirar—hombres que al hablar hubieran dicho unas cosas por otras—, revelándose en los de otros el instante de despertar en medio del más lancinante episodio de una pesadilla; aunque en los más la expresión es de gravedad y decisión. Los ya veteranos de meses, imbuídos de cierto espíritu de calma conquistado en el aislamiento bajo tierra, satisfechos con el reconfortante diluvio de acero y fuego, descartados de sus mentes el sufrimiento físico probable o la muerte, todo aquello no relacionado con la acción, ven en pasados combates el próximo: logrando contacto con las obras más importantes del enemigo, a distancia de asalto, por medio de trincheras construidas durante la noche, sirviendo de paralelas de partida, aseguradas las comunicaciones por los ramales, uno cada doscientos metros, de nueve a once por frente de división, para el servicio de avance unos, para el de regreso otros, bastante anchos para dejar pasar una carretilla, provistos de abrigos, serpenteados de hilos telefónicos; saliendo como fieras desenjauladas, avanzando, ancha línea pensante, fuerte muralla movible de púas, hacia la primera línea alemana, desmoralizada, barriéndola de prisa, para llegar a la segunda, a la tercera, también barridas a la bayone-

ta, y seguir más lejos aún, de triunfo en triunfo. O avanzando dificultosamente por entre los huecos de obuses, en terreno trastornado, semejante a paisaje lunar, encaminando el avance hacia las más importantes brechas; llegando al borde de las trincheras, «limpias» ya gracias a las granadas, acabando con los centros vivos de resistencia, en lucha bestial contra hombres jugando su última carta, demacrados, aterrorizados por la metralla y la tierra que les llovió y el ruido embrutecedor que les rompió los oídos, ardientes los ojos, sucios, pestilentes, comidos por enormes chinches, defendiéndose exasperados, o arrodillándose, arrojando las armas, rindiéndose levantando los brazos.

Consultan los oficiales sus relojes con frecuencia.

Las 10.5.

Laboulle se aprieta las sienes. Mes y medio antes, después de una escaramuza sin importancia, le encontró el marqués por tierra, magullado, pareciendo salir de un síncope, sin memoria, contusionado por el monstruoso mazazo de un gran obús; ayudándole a levantarse, cayó de nuevo a la siguiente explosión, formando una etcétera en la tierra. Imposible le fué sostenerse en pie durante algún tiempo. Fenómenos histéricos, variados accidentes de conmoción, casos como el suyo son frecuentes. A algunos soldados no se les oblitera la memoria; recuérdanlo todo, aunque obran curiosamente, comparables sus gestos anormales a los de boxeadores atontados, severamente castigados en un *match;* vencidos generalmente por prolongado sueño, sin afectarles ningún ruido, recuperan unos, con el reposo, el equilibrio perdido, mientras a otros, agotados, irritables, háceles saltar del lecho el menor sonido, quedando a veces afectados por incómodo temblor de algún miembro durante meses. Después de cuatro pares de semanas de reposo, y contra los consejos de los médicos, había regresado Laboulle al frente, más delgado, sufriendo de una especie de nefritis, funcionándole desordenadamente el corazón, flojos los nervios, imposibilitándosele a veces concentrar la atención, gastado física y moralmente.

El marqués se lleva las manos a las orejas y hace muecas de disgusto a Marsouille, color de cera, adoloridos sus oídos, nublados los ojos, anonadado, empapado en sudor, sacudido como hoja por el viento, fijo el pensamiento en el horror de perecer,

arrepentido, so pretexto de traerle mala suerte, de haber tirado cerca su plancha de identidad, que busca por momentos inútilmente con la vista. Tadeo, los oídos llenos de algodón, con la esperanza del triunfo y de escapar, desea que comience y termine pronto la lucha. Perron, impasible, muerde su pipa apagada; la intensidad del ruido le produce, como a otros, la desagradable sensación de continuo escalofrío que le eriza los nervios, la piel, los cabellos. Collin maldice a los alemanes, a sus jefes, la guerra, su propia existencia.

Debilítase el bombardeo enemigo. Cava la artillería, abre, arranca, revuelve, trastorna, nivelando, devorando y lanzando prodigiosas cantidades de municiones en medio de inverosímil fragor. Arañado, rajado, es roto el aire por la metralla y los obuses. Agitado por horribles convulsiones cabrillea el campo convertido en caprichoso mar, elevándose y cayendo las olas de tierra fresca, levantándose, cambiando de fisonomía el terreno, transformado en un caos de excavaciones informes, sacudido por muchos terremotos a un tiempo, envuelto bajo humo, cenizas impalpables, tierra, sangre, carne, podredumbre, briznas de madera y ropa, pólvora, salitre, el amargo aliento de todos los explosivos.

Caen simultáneamente al borde del parapeto, sin estallar, frente a Laboulle, dos proyectiles nuevos para los soldados, una especie de tubo de cobre de unos sesenta centímteros de largo, y una gran bola algo oblonga.

El marqués se levanta para examinarlos de cerca. Indicando con un dedo el grueso proyectil intacto, se alza el bigote y hace gesto a Marsouille de que se trata de la cabeza del emperador alemán.

El teniente, severo, escurriéndose por entre los hombres apretados, le hace signo con la mano, después de mostrarle la hora en la muñeca, de que ya tendrá tiempo para mostrarse activo, de que se esté quieto.

Posando la vista fijamente un Marsouille y tres soldados junto a él, los cuales, paralizados por el temor, casi cerrados sus ojos por la transpiración, no hubieran podido hacer el menor movimiento, temeroso por los demás del contagio mental, en-

ciende un cigarrillo, e indicándoles que le sigan con la vista, aborda el parapeto.

La admiración sacude a los hombres. Marsouille cierra los ojos. A dos de los atemorizados, inmóviles, se les saltan unas lágrimas. Parecen estatuas que lloran.

Observa el oficial con los gemelos el frente; ante la zapa VI hállase intacta la alambrada. «Al asaltar... ¿Qué hacer?... Es demasiado tarde... ¡No poder nada!» Se le enciende el semblante, de rabia. Ligerito fragmento de proyectil le raspa una oreja, que gotea sangre.

Se vuelve hacia sus hombres. Tira el cigarrillo. Sin fanfarronería, sonriente, casi confidencialmente, *Eh bien?*, murmuran sus labios.

Y con calma desciende como ha subido.

Las 10.12.

Recupera su aliento la artillería alemana.

Las 10.13.

Se intensifica el estruendo.

Las 10.14.

Laten en el tiempo cincuenta segundos. Cinco más. Quedan cuatro. Dentro de tres muchos hombres cesarán de vivir. Dos. Uno. ¡Cuán largamente se desgranan los segundos! Uno, menos de uno, menos.

Callan súbitamente parte de las baterías francesas. Hubiérase dicho que han callado todas.

Sienten los soldados como si sus nervios aflojados, insensibilizados, se hubiesen muerto y sus cuerpos vaciado. Aumentando, disminuyendo, aumentando, disminuyendo, persiste en sus oídos ondulante vibración que se apaga. No oyen el vano clamoreo de los heridos, ni el ruido de las explosiones de los obuses enemigos fustigando un silencio para ellos ¡tan hondo, tan indefiniblemente reparador, profundo y mareador!, rápida sensación al parecer ¡tan larga!

El teniente ya está sobre el parapeto. Contempla rápidamente a sus hombres.

Ha surgido otra figura en el campo: la de otro oficial.

Otras. Desparramadas.

Parecen escrutar con recelosa curiosidad los invisibles escondrijos enemigos.

—Vamos!... Adelante!

Dos, tres, varios segundos, se deslizan lentos como una eternidad.

Algunos soldados se han dado la mano rápidamente o despedídose con una mirada. Reanimados, burbujeando en ellos la sangre estancada, siguen a los jefes, sin tiempo para pensar en nada.

—¡A ver quién espeta más panes de alajú!, grita Tadeo, sin ánimo, buscando la aprobación, inútilmente, en Laboulle que no le oye.

Lentamente comienza a adelantarse un fuego de barrera. Otro se extiende detrás de las líneas enemigas paralelamente al frente. Los cañones que no contribuyen al avanzante fuego de barrera, castigan duramente las baterías enemigas más hostiles y las segundas líneas. Una cadena de fuego a la derecha, hacia el frente, otra a la izquierda, acaban de encerrar a los alemanes en un cajón de proyectiles, impidiéndoles abandonar sus posiciones, retirarse, escapar por los costados o avanzar.

Detrás de cortinas de balas formadas por las baterías de ametralladoras, van descendiendo los hombres por el parapeto ligeramente inclinado, afiladas sus miradas, pisando como borrachos el campo, revuelto al parecer por increíble arado, temerosos de caer en alguna mina, lazo, trampa de lobo, o de enredarse en restos intactos de las alambradas, vagando sus ojos del suelo al misterio de las trincheras enemigas—¿borradas?—, algún que otro oficial de la artillería entre ellos.

Surgen más oficiales, bayonetas, cañones de fusiles, infantes, a lo largo del zigzagueante frente, saltando por los escalones, saliendo por las aberturas, ascendiendo el muro por escalas en los raros lugares donde es vertical.

Las líneas formadas detrás de los oficiales—que, andando, se destacan, separados, adelante—, se encogen al atravesar ciertos pasajes abordables entre las alambradas, formando como largas espadas humanas avanzando hacia el corazón del enemigo, extendiéndose nuevamente del otro lado, paralelamente al frente.

Aparecen más bayonetas, fusiles, soldados, rígidos sus cuellos

algo encogidos, serios y mudos los más, caras envejecidas, crispadas, de nerviosos dominando su temor; de asombro, de fieras sus miradas. Bayonetas, fusiles, hombres, gritando unos, entonando la Marsellesa, sedientos todos de movimiento, a cada segundo más ligeros de cuerpo y valientes, intoxicados por la fuerza nerviosa, toda hilaridad interior, de lo desconocido, del ataque, de la lucha inevitable, casi estéril, por la vida.

De pronto, entre las fuerzas más avanzadas, se forma una cadena infranqueable de llamas, vapores, explosiones en la tierra y los aires, inauditas tempestades condensadas, arrojadas a puñados por colérico alquimista sobrenatural—el fuego de barrera alemán, que les enloquece, picotea sus cuerpos, les atraviesa, les esparce, borra sus existencias.

Sofocados los hombres por el humo azufrado, el olor a tela quemada, a tierra calcinada, a laboratorio, a sangre, confusas sus ideas, triturados sus oídos, tupidos los parpadeantes ojos llorosos acuchillados por las fulguraciones, alucinados, cediendo el terreno a sus pies, giran, tropiezan, se agarran unos a otros, ruedan, se levantan, llenas de tierra las bocas, se detienen para observar, les arroja como pajuelas, les tira nuevamente contra los escombros el soplo inaudito de los obuses, se ponen nuevamente de pie, los que pueden—la conmoción vuelve locos a varios—, dan contra obstáculos, contra muertos, contra heridos que les echan mano a los capotes, les llaman, les suplican cosas que no oyen, ni tienen tiempo para escuchar; y, resignados sus pensamientos, aunque espantados sus cuerpos, juguetes del huracán, prosiguen con la prisa que pueden, embisten, toros desesperados, contra el colador de fuego, vapores, ruidos, metralla; le atraviesan, dan en la zona de alambradas del enemigo, casi apisonada; se enfrentan con sus trincheras.

No muy lejos, frente a ellos, se extiende otra relumbradora cadena de rayos, llamas, vapores y explosiones en la tierra y los aires—el fuego de barrera francés, el reconfortante, el hermoso, el bueno!

Alimentan las plazas de armas la primera línea, vaciándose en ella, pasando las unidades de tercera línea a las plazas de armas, sin cesar de surgir hombres, desgranados, formando líneas que avanzan, ora erguidos, ora "haciendo el caparazón",

se arrojan al suelo, se arrodillan, se levantan, se disgregan rápidamente y se sueldan para romperse nuevamente y avanzar de continuo hasta deshacerse definitivamente, cubierto el campo de desparramadas figuras en movimiento.

La primera línea enemiga parece borrada por completo, pudiéndose jurar que ni los insectos han escapado en ella. Sin embargo, brota aquí y allí nutrido tiroteo de grupos aislados, habiendo abierto fuego, intempestivamente, dos ametralladoras atacadas por los granaderos.

Cae el coronel, herido bajo la quijada, desbaratado un pie. El marqués se arrodilla junto a él poniéndose a hacerle la primera cura, ayudado por Marsouille. Les indica él con gestos —la voz no le sale, se le filtra sin cesar la sangre al través de la cura—, que no sufre, que le dejen. Intenta levantarse. No lo logra.

—Llévatelo.

El diputado toma en sus brazos al jefe, desmayado, creyéndole muerto.

Con ímpetu y cuidado a un tiempo prosiguen su avance los hombres, aplastándose muchos de ellos boca abajo cuando crece el tiroteo, dando un nuevo salto al disminuir las ráfagas; agazapándose, surgiendo, desapareciendo, para levantarse una y otra vez, caer, levantarse tambaleando, caer nuevamente, a cada momento menos soldados de pie.

En la primera línea, fuera de combate las ametralladoras, demacrados, desencajados los semblantes cubiertos de tierra, deshechos los uniformes, aterrorizados por el delirio del bombardeo, lívidos, dando diente con diente, agitados por irresistible temblor unos, llorando cual niños, bestial la expresión rencorosa en otros, exhaustos, perdidos todos en un enmarañamiento de alambres, restos de troncos de árboles, raíces, pedruzcos pulverizados, gorras, cascos, equipos, armas, sacos reventados, tiran sus fusiles los alemanes, levantan bien alto los brazos, murmuran palabras de súplica, repiten: *kamerad!... kamerad!... Pas kaput!...*

Vacíanse continuamente las trincheras sobre el campo, busca nuevamente la artillería las baterías vivas todavía, las que van surgiendo, paralizando los 75 a las compañías de sostén.

Por las nubes trabajan las escuadrillas de aeroplanos. Más bajo obedecen las máquinas las órdenes de la infantería, informándola sobre los movimientos del enemigo.

Zigzaguean las bayonetas. Tadeo repítese maquinalmente: «¡Clavar el alfiler, sacarle de prisa!, ¡clavar el alfiler, sacarle de prisa! ¡de prisa, de prisa!» Ágil, animado de salvaje alegría, desgañítase gritando el marqués: "¡Reims!, ¡Reims!" Algo inusitado hay en los gestos de Laboulle, menos sereno que de costumbre. Marsouille, temeroso, pálido, repítese mentalmente una frase, como Tadeo: «¡No morir, Dios mío, no morir Dios mío!», ritmando su paso las palabras, mientras el coronel en sus brazos destila sangre el través de la cura de la cara.

Antes de tomada la segunda línea se ha convertido el combate en una serie de dispersos episodios. Se ataca cada metro, cada resto de trinchera, cada cráter, a veces repetidamente, disputando tercamente el enemigo el terreno, dominado por terquedad mayor a la suya. En un lugar desarróllase pequeña batalla a descargas cerradas, chasquido seco de fusiles alemanes, ruido sordo de Lebels. A la izquierda sucédense cuerpo a cuerpos por palmos perdidos y defendidos hasta el último aliento: relámpagos de metal, tiros en las piernas, revolvers haciendo estallar cráneos, cascos y kepis rodando, culatazos, mordidas, maldiciones, entrecortadas desvergüenzas, vociferaciones incoherentes, órdenes, puñetazos, rugidos de pechos roncos y oprimidos por la marcha y la agitación, cóleras ruidosas, clamores de triunfo, puntapiés, gritos de terror, angustia y dolor; cada hombre, ágil y feroz, centuplicadas sus fuerzas musculares, trepidando de cólera y odio, fijando toda su furia en el hombre por derribar, en *su* hombre, vigilándole la mirada, los movimientos de sus brazos y manos, para agacharse, echarse de lado. recular unos pasos, escapar a los golpes traicioneros, saltar, abalanzarse, clavar y desclavar con prontitud la bayoneta, desgarrar la carne y los huesos, mutilar, matar. A la derecha el pánico de unos, contagiando a los más, significa la rendición de importantes núcleos, sin ensayo de defensa alguna. Hombres acosados como jabalíes por los perros, huyen angustiados, vuélvense de golpe, juegan sus vidas en un segundo—con picos, cuchillos, y hasta palas—, sacrificándose en últimas resistencias sig-

nificadoras de precioso tiempo ganado para los demás. Algunos, con astucias de animales o de insectos perseguidos, échanse a tierra, aterrorizados, creen confundirse con ella, hacen los muertos.

Desde las 10.40, ya partían camillas a la retaguardia y grupos de prisioneros de los dos batallones del 760.

Se ha iniciado la reconstrucción de las líneas conquistadas. Antes de hora y media conocerá el general jefe de las operaciones, por las fotografías de la aviación, la situación de sus tropas.

Atrás, por peligrosos caminos blancos y polvorosos, agujereados por los obuses, ruedan, indiferentes y atrevidos, los vehículos ligeros del estado mayor, los de las estafetas de la infantería, de la artillería y la aviación; menos rápidos los camiones cargados de tropas y aprovisionamientos, y menos rápidos aún los carros de la sección sanitaria de la división, llevando ocho y hasta diez heridos sentados, o seis acostados, recorriendo sin cesar el tramo entre los puestos de socorro y la ambulancia de primera línea, impávidos sus pares de conductores, fija la vista en la ruta.

Hombres y proyectiles se adelantan sin cesar hacia la batalla.

Tadeo, sin dejar de repetirse: «¡Clavar el alfiler, sacarle de prisa! ¡de prisa, de prisa!», cae en un resto de trinchera sobre tres camaradas que tampoco han podido ni detenerse a tiempo a su borde, ni atravesarla de un salto. No llega a hacer el menor esfuerzo para levantarse, cuando un compañero, de un tiro, le echa encima a un enemigo dispuesto a clavarle la bayoneta en la espalda. Poco después, tirando su fusil, parapetado detrás de una pila de sacos, colabora en la limpieza de un abrigo; pareciéndole jugar a los bolos, lanza granadas con mediocre puntería, a cerca de treinta metros; sus compañeros—llevan revolvers y una granada dibujada en el capote—, más expertos, midiendo mejor que él la distancia, "¡Vlan!—exclaman, unos limones más y los incrustamos a todos donde están!"

Salpican sin reposo, desordenadamente, los obuses alemanes el campo sembrado de heridos y muertos, defendiendo las baterías francesas el avance de las tropas, atacando las bases enemigas.

Lame la retaguardia el gran flujo de la batalla: el material ganado; catorce ametralladoras, un lanzaminas, mil quinientos fusiles, ciento veinte mil cartuchos, granadas, escudos, gemelos binoculares; los heridos, cojeando, saltando, arrastrando una pierna, mostrando sangrientas vendas de sumarias curas hechas por ellos mismos o por compañeros, desarmados muchos, sudorosos, llevando orgullosos algún casco, gorra o cualquier otro trofeo; los prisioneros—rendidos en las segundas líneas, en estrechas trincheras tortuosas, profundas, cortadas de túneles por los cuales circulaban los hombres a gatas, excelentemente defendidas con troncos y sacos de tierra, planchas de metal y masas de cemento—, doscientos quince hombres del 85º Fusilier regiment Koenigin, camino del puesto de mando para desfilar ante el general, las cabezas rapadas, roja cinta en las gorras, uniforme gris verdoso, resignados, aunque huraños, varios, satisfechos, sonrientes en su mayoría, esforzándose por conservar desdeñosa impasibilidad los oficiales seguidos por sus ordenanzas, repitiendo histéricos un *feldwebel,* dilatados los ojos, "¡Bayonett, bayonett!"

Hacia la batalla se escurre su alimento perpetuo de hombres y municiones. No deja el shrapnel ni dejan los obuses de barrer el campo y los aires.

Laboulle, roído por aplastante fatiga, la mirada perdida, sin saber a dónde iba, ni lo que hacía, sin poder dar un paso más, se había echado sobre un montón de cadáveres. Al comenzar la batalla, extraordinaria energía le empujó, contra sus principios, a realizar actos de inútil valentía. Luego dos veces había vuelto sobre sus pasos como decidido a regresar a la trinchera de partida, para, por último, seguir en su carrera a uno de los grupos de hombres avanzando más lejos de lo previsto.

A unos pasos suyos cavan la tierra, afanosos, los compañeros. "¡Darse prisa", oye sin comprender, causándole ligero estremecimiento el sonido de voz que conoce. Ensaya levantarse y no puede, invadido por mayor fatiga aún, de moribundo.

—El baile, exclama asqueado, poniéndose a llevar con una mano el compás de un aire sin duda recordado.

Muy ronco, entona el canto de asalto de los *camelots du roi:*

Demain sur nos tombeaux,
Les blés seront plus beaux. (1)

Salpícale duramente la tierra de un obús.

—El baile, ¡qué divertido!

Ríe a carcajadas.

De pronto da un salto. Le ha rozado un brazo un alemán macilento, barbudo y sucio, que, sentado a su lado, le contempla fija y dolorosamente con mirar de bestia acogotada, cayéndosele la cabeza sobre el pecho a cada explosión. Se miran. Adelanta el alemán los brazos implorante. Laboulle no comprende el gesto, se amedrenta y echa a correr sin objetivo, resbalando, tropezando, deteniéndose de vez en cuando, para, al volver la cara y dar con la mirada suplicante del enemigo—a su zaga cual perro tras de su amo, pisándole la sombra, resoplando, la lengua fuera—, volver a emprender furiosa carrera.

Con celeridad avanzaba la obra de reconstrucción y refección de las trincheras del nuevo frente, revolviendo, rápidos, los instrumentos de trabajo, los restos del tifón de metal y llama. Le clavaban piquetes, desenrrollándose el alambre barbado, se le daba forma a huecos deformes, se levantaban nuevos muros de tierra.

Conocedor del terreno el enemigo cubre de proyectiles con mortífera precisión la última línea perdida, perfeccionando el fuego de barrera iniciado, impidiendo el avance de refuerzos, esforzándose a un tiempo, débilmente, por desorganizar el funcionamiento del complicado mecanismo de la retaguardia francesa.

—¡No hay que dormirse!, ¡no hay que dormirse! repiten los oficiales, impávidos bajo el fuego, admirando la doble labor que rinden sus hombres.

El mediodía.

Hierve el lomo del campo acribillado de explosiones y aberturas humeantes, salpicado de muertos y heridos. Muertos parecidos a vivos hipnotizados y abandonados en curiosas posiciones, plácidos, casi alegres; verdes, morados, amarillos con pun-

(1) Mañana sobre nuestras tumbas,—El trigo será más bello. *(La France bouge,* canción.)

tos negruzcos, hinchados, aplastados, furiosos; sanguinolentos, paralizados en indescribible mueca de dolor y cólera; caras cubiertas de una especie de moho, semejantes a aceitunas roídas; heroicos, bellos, lamentables; cráneos diluídos, vientres vaciados, troncos sin extremidades, masas informes de hueso, cabellos y materia gris por cabeza, cuerpos agujereados, hechos jirones, deshilachados, tan alejados de la forma humana que no son ya sino dispersos restos de muertos; exangües, lívidos, con hermosos perfiles de marfil, pareciendo dormir boca abajo, extenuados. Heridos rugiendo como fieras martirizadas, enloquecidos, suplicando que no les toquen, apretándose desesperados un miembro desgarrado por el que a borbotones, o goteando, se les va la vida; retorciéndose en macabras contorsiones, tan ensangrentados algunos que dijérase que echan sangre todos sus poros; ocupados con sus piernas, sus brazos, sus caderas, sus pechos, sus cabezas, sus caras de púrpura y tierra, haciéndose, ensayando hacerse con paciencia la primera cura, desvistiéndose, llamando ''¡a mí!, ¡a mí!'', ''¡camilleros!'', pidiendo agua, sollozando los jóvenes ''¡mi madre!'', y los más viejos ''¡mis hijos!'', o nombres de mujeres; despidiéndose del mundo en grandilocuentes delirios, vomitando injurias y blasfemias, gritando, insultando, suspirando, extinguiéndose en plegarias, como niños que soñasen, apagándose en un suspiro, en un soplo, murmurando no se sabe qué, mudos como mártires, desmayados; unidos, dispersos, encogiéndose y estirándose, estremeciéndose y crispándose, asados por el sol, sedientos, comidos por la fiebre del cuerpo y la de la atmósfera y torturados por el dolor.

Créanse sin cesar bajo tierra nuevos abrigos y prepáranse nuevas defensas, dominados los hombres por la necesidad imperiosa e inmediata de conservar sus posiciones y sus existencias.

Aquí y allí los últimos camilleros se retiran, algunos heridos buscan a los compañeros, otros graves, valerosos, se arrastran hacia sus líneas de hueco a hueco, o se instalan en ellos. Unos instantes más y no va a haber, en cuanto alcanzan los ojos, señal alguna de la actividad humana soterrada, agazapada. Aunque en lo alto a los aviones que rayan el azul del cielo no escapará el hormigueo de miles de puntitos casi invisibles, moviéndose entre las al parecer arrugas de la tierra.

Laboulle reventadas las botas, desgarradas las piernas, sin casco, deshecho el uniforme, se ha dirigido al fin hacia los suyos como hubiérase podido ir al enemigo. Da de cabeza sobre un soldado, abriéndose una mejilla con el filo de una pala, al caer ambos, mientras el alemán que le sigue, arrojándose al borde de la trinchera, desfallecido, es hecho prisionero.

Se entrecruzan varias interjecciones brutales, palabras de sorpresa y también de simpatía y buen humor. Un hombre se echa a Laboulle al hombro, llevándoselo cual padre al hijo dormitando; parecen sus labios desgranar una oración y tan sólo repiten, muy bajo, el nombre de una mujer. El alemán, escapando a los que le sujetan, quiere seguirle. Le echan mano.

—Vaya, que lo hipnotizó el camarada.

—Está loco.

''Concusión... No sabe lo que hace... Si no está sordo lo parece... ¿Qué, no quiere beber un trago?... No, mi boche, no más carreras... Vamos a atarle, puede que sea cierto que esté loco. Por la noche le mandaremos al hospital...''

El hombre, sin pronunciar palabra alguna, agitado, se resiste. Con dificultad le envuelven una cuerda alrededor del cuerpo.

—Parece una salchicha rellena a medias.

Trata de romper las cuerdas que le enrojecen la carne.

—Me recuerda una bestia amarrada, estremeciéndose de dolor sobre la mesa de operaciones de un veterinario, dice un soldado.

Le derraman un poco de vino entre los labios. Tiembla; pero, calmándose, se duerme a poco, poniéndose a roncar.

La una de la tarde.

Continúa la dura labor en las trincheras.

Y, aunque con menor furia, el bombardeo.

Lamidas por las llamas, azotadas por el acero, destácanse sobre la trágica desnudez de la llanura revuelta, cual almas en pena condenadas a tormento eterno, los troncos recortados y pelados de los árboles, las deformes estacas por cuyos nudos se enredaron las telarañas de metal, aladas y feroces, finas y poderosas, contra las cuales, tan a menudo, desgarráronse las carnes de los más bravos, estrelláronse los impulsos de los más arro-

jados, perdieron su aliento antes de torcerlas, cortarlas, diluirlas, las más rabiosas bocas de fuego.

Unidos, dispersos, sedientos, comidos por la fiebre del cuerpo y del sol, esperando, desesperados, el misterio de la noche quizá propicia, encógense y estíranse, estremécense y arrástranse cual gusanos desenterrados, los heroicos heridos, estoicos, lamentables, perdidos, ahogados en un bosque de infierno: altos árboles de espeso humo negro exudados por la tierra tras las explosiones, desenrollándose, creciendo despacio, desvaneciéndose en la caldeada atmósfera.

Anima el mal el tumefacto, cubierto de chirlos, humoso y ensangrentado rincón del mundo donde, para siempre, parece borrada la piedad.

En el brazo estirado y seco de un largo y fino tronco en pie, varios halcones, inmóviles bajo el chaparrón de metralla, contemplan satisfechos el pelado paisaje, hurgándose de vez en cuando con el curvo pico en el plumaje.

Se hartan los cuervos.

Canta un mirlo invisible.

Tejen los aviones elegantes figuras contra el cielo.

. . . .

Enciéndense las estrellas.

Se acerca la noche.

No hay tregua en la batalla, pues que siguen dispersando muerte los cañones.

En las entrañas del campo anhelan vanamente reposo y paz las almas de los hombres apaciguados.

Apenas oscurece se procede a la ''limpieza'' del campo, al entierro de los cadáveres del día y de los insepultos de algún tiempo, cuyo penetrante e irrespirable hedor impregna hasta la ropa interior de los que a ellos se acercan. Avanzan los camilleros, contornean, escudriñan el terreno en busca de los heridos que se quejan desolada y levemente, de los desmayados o exhaustos, de los silenciosos, atemorizados, temerosos de caer en manos del enemigo, o de ser rematados. Mueven a veces cuerpos ya fríos, con la esperanza de advertir todavía un soplo de vida en ellos; tropiezan, resbalan, caen en un hueco, posan bruscamente la camilla en tierra y se acuestan cuando algún gran

obús se acerca. "¡Ojo!, un muerto a la derecha... un tronco... alambrada... ¡obús!... Cambian de hombro... ¡Adelante!, ¡de prisa!..." Cuando las explosiones se multiplican, emprenden carrera hasta los puestos de socorro—improvisados hospitales minúsculos en cuevas con lonas por puertas, divididas algunas en una especie de dormitorio o de vestíbulo, seguido de lugar para cura y de habitación de mayores—, donde, sudorosos, temblándoles las manos y las piernas, toman un sorbo de té o de café, si lo hay, y, un tanto reposados, regresan al campo abierto.

El capellán Leloir, activo, pasea su negra sombra de murciélago sin alas, se inclina sobre semblantes inanimados en busca de un soplo de vida, toma pulsos, abre capotes, registra, busca papeles, se los guarda, pronuncia palabras de aliento, en voz baja, a los más desesperados y a los que llaman. Se arrodilla, confiesa, se sienta, cura, absuelve, presta ayuda a los camilleros.

Parte a descubierto, parte por los caóticos surcos que fueron ramales, logran algunos refuerzos avanzar unas docenas de metros.

Arrecia el bombardeo.

—Bueno, me parece que hoy no cenamos, dice el marqués a Tadeo. Escucha.

Sentados, de pie, acostados sobre y bajo las camas, descansando en todas las posiciones, hállanse cien hombres en un gran abrigo, a treinta pies bajo tierra. Tres escaleras llegan hasta él, entrándose por la izquierda y saliéndose por la derecha, sirviendo la aberura del centro para suplir a las otras caso de ser cegadas. Sólo la entrada izquierda ha escapado a los desmoronamientos de la trinchera. Por ella llegaron los hombres al hasta horas antes hospital de casos muy graves, con espacio para treinta camas y su mesa de operaciones.

Una vela pegada sobre un atlas de guerra—"Kriegatlas, 1914", editado en Leipzig—, olvidado en una mesita, alumbra con su mortecina luz el lugar. Junto al atlas había dejado el médico el registro de sus pacientes. No hay sábanas, ni cobertores, sobre las camas, las almohadas carecen de fundas, los colchones, malolientes, están manchados y abollados. Un oficial prusiano encontrado muerto, todavía caliente, pendiéndole un

ojo sobre la mejilla, ha sido sentado en un rincón, contra el muro. Sobre las camas, por el piso, hasta sobre la mesa de operaciones obsérvanse síntomas de incertidumbre y de fuga desordenada: dos maletas a medio cerrar, cinturones, botas, uniformes, gorras, pinzas, vasos, botellas de vino rotas, frascos de medicina, instrumentos de cirujía, vendas intactas, cigarrillos, cartas, fotografías, un cubo repleto de sangre, carne, huesos y algodón, dos lámparas de petróleo desbaratadas, granadas, cartucheras llenas, cajas de conservas, un largo periscopio desbaratado. Un tonelillo de cerveza, encontrado en un rincón, fué vaciado en unos instantes.

De trincheras donde prevaleció la intención de pasajera estancia han pasado los hombres a nuevas donde quizá creyeron poder sostenerse meses y hasta años los que las ocuparon. Cerca del pequeño hospital, otros compañeros dieron con abrigo en una especie de villorrio escondido; encajonadas escaleras de fácil ángulo dan en treinta y seis escalones en galerías tuneladas, avanzando en cincuenta metros hacia el frente, con habitaciones y enmaderados pasajes a sus lados; en una parte, segunda escalera, o dos, conducen a piso inferior, a cerca de tres docenas de pies bajo el nivel de la trinchera; hay una cocina, una fragua; en una pieza un motor, en otra, maquinaria, un centro de socorros, dos depósitos de municiones; fabricadas de acero las puertas, los marcos, el enmaderamiento, el maderaje, las varillas y los otros artículos de metal, de idéntico tamaño todos, de acuerdo con modelo oficial, para facilitar su reposición.

—¡Con tal de poder salir! A mí no me gustan estas grandes cuevas de Alí Babá. Me parece que se le van a caer a uno encima. La idea de sentirme enterrado aquí me quita el apetito.

—Nada es inútil en la guerra, le responde el marqués. Si aquí estamos y aquí morimos, indispensable será que así sea. Lo mismo es morir en un lugar que en otro...

—*Non, mais sans blague?* pregunta una voz alegre.

—Vaya, que no me sienta el tratar de hablar como los personajes de Anatolio France, responde el marqués. Hablando como tú, Tadeo, si aquí estamos es sencillamente porque... no podemos estar en otra parte. ¿Para qué cacarear?

—Cuando no le espera a uno nadie y se tiene bastante guita

para bañarse en ella, se puede morir discurseando tranquilamente; no cuando en casa se queda casi sin comer la camada que a los pobres espera dos veces: una, por amor, y otra porque se la lleva la comida, le interrumpe Collin con mal humor.

El marqués:

—¿Sabes que hirieron a Citrouille? Metralla en un brazo. ¿Qué será de Laboulle?

—Alguien ha dicho que lo llevaron a la retaguardia, que parecía loco...

Otra concusión... Para mí, desde la primera no andaba bien...

—Ese sufre de concusión desde que nació, exclama Collin, riendo forzada y ágriamente. Morirá de un ataque de indigestión cerebral monárquica

—Y tú, le grita el marqués, acercando su cara a la suya y mirándolo fijamente, tú morirás envenenado por la envidia que te roe, porque hasta las balas te tienen asco.

Collin ríe nuevamente.

—Creo que no soy el único a quien no buscan las balas... Nada tan amargo como la verdad; esa sí roe y mata.

—Escuchen esto, exclama un soldado, dando una palmada sobre un librito en alemán que a la luz de la vela leía, edición popular de anécdotas, chascarrillos etc., publicados por diarios del imperio durante los seis primeros meses de la guerra. Escuchen: los soldados adoran al *clownprinz;* y también a la gente de las regiones invadidas: ''Jamás estos habitantes cuando le encuentran dejan de decirle respetuosamente: *Bonjour Kronprinz!''*

—*Nom d'une pipe!,* conmovedor.

—¡Silencio! Escuchen este poema: ''Una vez tomado París, —le tocará el turno a Londres.—Acto seguido, derecho a Petersburgo.—Después de lo cual, pasando por Moscú,—nos embarcaremos en el tren de Siberia,—para ir a conquistar el Japón. —Una vez dentro de Tokio—gozaremos al fin de la paz.—Entonces, sin falta, Guillermo dirá:—''Mis bravos, todo eso no ha sido sino una excursión alemana!—Una vez más es hemos mostrado—cómo hacemos bailar a nuestros enemigos¡ ''

Arroja el soldado el librejo al aire, esparciéndose sus hojas.

—He aquí otro... ¡Atención! Se llama el *Libro de las infamias de nuestros enemigos.* Lo publica en Berlín la sociedad de cultura y arte Ricardo Wagner, dedicada a la *kultur* política de la guerra... Recortes de periódicos... Ni una traza de garantía de autenticidad... Hechos acaecidos supuestamente en el 70, crímenes, sí señores, crímenes de este calibre: un general de brigada ¡a punto de ser envenenado con café conteniendo arsénico!, ¡oficiales prusianos esposados!, ¡italianos y rumanos maltratados!... Un oficial bávaro relata que... ¡Ah, no!, demasiado estúpido... Sin duda no falta más adelante lo de las mujeres belgas sacándoles los ojos a los boches con tirabuzones!

—Como son tan glotones, mejor hubiera sido pescarles con bolitas de tocino en los anzuelos, dice el marqués.

—¡Señores!, mil marcos por cada cañón, y setecientos cincuenta por cada ametralladora o *minnenwerfer* capturado...

—*On s'en fout!,* gruñe alguien.

—No hay que burlarse, son más prácticos que nosotros, dice Collin. Algunas cosas podíamos aprender de ellos. Tengo la seguridad de que con ese sistema pelearíamos aún mejor. El hombre es siempre interesado.

—No se recogen cañones como lechuga, le interrumpe Tadeo.

—Quisiera verte renunciando a mil francos frente a uno, aunque tuvieras que dividir el dinero con medio batallón!

El soldado que hablaba antes, agita en el aire, resumiéndola, una hoja impresa, larga y minuciosa orden del día con toda clase de instrucciones relativas a la vida en las trincheras, al material y al combate, completada con la oferta de que las sumas serán entregadas a las compañías ''con gran número de cruces de hierro.''

Repercute sordamente el estallido de un proyectil reventado cerca, escuchándose ruido de madera, tierra y piedras que se desmoronan. Luego el estallido de otro obús, y de otro más. Se apaga la vela.

—La *kultur* nos cierra la puerta de la trampa, dice Tadeo.

Collin se esfuerza por reir:

—Verdaderamente, esta guerra tiene de bueno que es la gran niveladora.

Agrega:

—Otro *kulturazo,* y con dos abogados en perspectiva, un marqués y su escudero, el primer panadero de la corte de Versalles, un pichón de ingeniero, un representante del «Louvre», de la tienda, se entiende; un barbero, el ilustre maestro de escuela que habla, campesinos y obreros, ¡qué tortilla!, perfumada con salsa del boche en el rincón.

—*La ferme!,* gritan casi a coro varios hombres.

Tadeo frota una cerilla sobre la mesa. Se le apaga. Tiene tanta sangre y tanta tierra en las manos que está a punto de frotarse una segunda cerilla en ellas. Enciende la vela. Estalla otro obús a la entrada del pasaje descendente. Desagradable ráfaga de humo penetra en el abrigo, apagando por segunda vez la vela. En la oscuridad, en el lugar donde hubo una puerta, se destaca el perfil deforme, casi redondo, de un hueco obstruido. Logra Tadeo encender nuevamente la vela. Consulta el reloj.

—Las diez y diez.

—*E ben, mon colon!,* comenta Perron asombrado.

El marqués:

—Yo creía que eran, por lo menos, las dos de la madrugada.

La lucha de toda la mañana, la labor en la trinchera abandonada a medio rehacer, el hambre, el calor, la corrompida y pesada atmósfera insoportablemente impregnada con la suciedad de los que partieron y han llegado, amodorra, vence a la mayoría de los hombres, que duermen profundamente; de vez en cuando algunos despiertan agitados; los más nerviosos conversan sin cesar en voz baja, deseosos de que llegue el día.

Collin repite coléricas interjecciones contra el lugar, contra la batalla, contra el ejército, contra la guerra, contra sus jefes, contra su mala suerte.

—¡Buena manera de pensar en los que se hallan en estas ratoneras!

¡C'est ignoble! ¡ignoble!

Nadie le responde.

El marqués, tranquilo, acurrucado junto a la mesa, escribe a su novia, en una libreta, a la desmayada luz de la vela, mientras Perron ronca a coro con otros soldados, inclinada la cabeza

sobre las rodillas que casi le tocan el pecho, los brazos alrededor de las piernas, el casco sobre la nuca.

Tadeo, algo atemorizado, deja vagar su pensamiento por la retaguardia. Ve el confuso mundo de la Francia en armas, disperso por montes y valles, moviéndose al parecer en el mayor desorden, agitándose sin embargo dentro de rígidos límites, sin cesar jamás de laborar; efímeras ciudades sin líneas, compuestas de cobertizos, barracas, ambulancias, talleres, depósitos, tiendas de campaña, casuchos y escondrijos de tribus nómadas. Ve batallones diezmados cruzándose con los frescos de refuerzo—«¿llegarán los refuerzos?», se pregunta—, convoyes de abastecimiento, camilleros, motociclistas, ambulancias, ferrocarriles de vía estrecha, estafetas surgiendo por todas partes, grupos de prisioneros, oficiales de estado mayor abriéndose paso entre grupos de heridos dirigiéndose a pie a las bases, desparramada caballería en perpetua espera de avance y cargas, ruinas, cenizas, gemidos... «¿Llegarán los refuerzos?»... Todo mezclándose en la mente: órdenes, exclamaciones en diversas lenguas, clamoreo de motores, rodar de automóviles idénticos a grandes cajones con ruedas, de lomo de tortuga unos, altos y estrechos muchos, parecidos a ómnibus los de telegrafía, a sarcófagos los de ametralladoras, autos de abastecimiento, de remolque, de transporte, caza-aviones, palomares; cochecillos de dos ruedas, tirados por mulas, de las compañías de ametralladoras; emplomados carros, cargados de misteriosas sustancias de destrucción; los parques de los diferentes vehículos, máquinas cojas, agujereadas, deformadas, torres de pneumáticos, cocinas rodantes, carros de agua, artillería mudando de emplazamiento... «¿Llegarán los refuerzos?»... Furgones, hospitales, obuses, cureñas, pirámides de ropa, pan, café, carne, legumbres secas, arroz, sal, pimienta, vino, tabaco, azúcar, aguardiente, avena y heno prensado, barriles de iodo, sacos de desinfectantes, cestas de vendas, tubos de sueros, quintales de quinina, miles de botellas de medicinas, pinzas, bisturíes, toneles de agua potable, obuses y más obuses—«llegarán los refuerzos?»—, globos, aeroplanos, cometas, bencina, tubos de hidrógeno, piezas de recambio, locomotoras bajo presión, vagones sin fin, cargados de hombres y bestias; alambre barbado, vigas, postes de telégrafo,

traviesas, palancas, placas giratorias, pujavantes, deboses, tirafondos, raíles, piezas cuyos nombres ignora la feria de casi todas las industrias, de todos los adelantos del maquinismo: «Llegarán los refuerzos?»... Cobertizos de aeroplanos, lavanderías, duchas, la tría de la correspondencia, tenduchos de sastres y talabarteros, caballerizas formadas con ramas, abrevaderos, pozos, largos cuellos de chimeneas borboteando humo, fulgurantes cataratas de acero en fusión, lagos de ígneo metal, hornos hirvientes, fraguas, prensas, ruedas, tornos, martillos-pilones, volantes, grúas giratorias, cizallas de palastros, pinzas, lingotes gigantescos, complicadas y enormes maquinarias funcionando eficientes, calmosas, en medio de sordo rugido, sin detenerse un instante, fraguando, por docenas, hecatombes como jamás el más airado cielo lanzó sobre los mundos—«¿llegarán los refuerzos?»—;más vagones, moviéndose hacia cada cuerpo de ejército, para abastecerlos, regresando cargados de heridos y de los sanos que gozan del ansiado permiso, hacia campos y ciudades de paz, de alegrías y también de lágrimas: ''El Pan de Oro'', el hogar, su mujer, sus hijos, las tumbas, dispersos e improvisados cementerios marcados con toscas cruces adornadas unas con coronas de silvestres flores marchitas, con el casco o el kepis del muerto, a veces un rosario, tallados en la madera su nombre, su grado y número del regimiento, o anotados en un papel metido en botella enterrada pico abajo... ¡Cuánta atolondrante sensación en la noche larga; los refuerzos sin llegar, sin llegar!... «¿Llegarán, llegarán?»...

Fuera, el vaho del campo de batalla ha ido formando un manto negruzco, una especie de nuevo y más bajo cielo-sudario. Hilillos de tímido aire se cuelan cautelosos por entre su opacidad, rota sin cesar por los voladores alumbradores—verdes, blancos, rojos, puntos, persistentes bolas pareciendo oscilar bajo paracaídas—, y las bombas de luz arrojadas por los aviones para guiar a los cañones.

Silban los obuses y el shrapnel en todos los tonos, desde el límite de la más furiosa rabia hasta el de la más plañidera de las canciones. Proyectores eléctricos escrutan la trágica grandeza del campo, Sin cesar el tumulto, consumidas por la conflagración las posiciones alemanas ganadas y por conquistar,

rasgando las sombras vivas lenguas de fuego, relámpagos que iluminan sinuosidades de terreno apuñaleado por el violeteo del shrapnel, animado por el pestañeo de la partida de los proyectiles, y el verdoso, rojizo, azuloso, blancuzco castañeteo de su llegada, hubiérase pensado no en concierto de furias en delirio, ni en macabro y estruendoso fuego de artificio, ni en que estornudase fuego la tierra, sino que vaciábanse las estrellas sobre el retumbante y resquebrajado mundo.

Tadeo siente crecer su inquietud. Desea dormir y teme dormirse. Y vela en espera de los refuerzos que espera que deben, tienen que llegar, recordando por momentos, sin saber por qué, cuando dirige la vista al hueco de salida, la ametralladora solitaria que en la formidable bastilla natural de Massiges, cuando la batalla de la Champaña, contuvo y segó durante una hora a tantos hombres.

«¿Llegarán los refuerzos?... ¿Llegarán?...»

No se ha del todo desvanecido la noche cuando, con delicia, comienza a respirar perfume de lilas filtrado al través de la atmósfera opaca que a todos envuelve.

Antes de darse cuenta exacta del significado del olor, se alza seca, imperativa, la voz de un joven teniente que no ha despegado los labios ni cerrado los ojos desde el instante de descender al abrigo.

—¡De pie todo el mundo! ¡Obuses lacrimógenos!

Muchos soldados, a pesar de la fatiga que los paraliza, dan un salto, sin comprender, al escuchar la voz del oficial cuya presencia habían olvidado.

—¡Obuses lacrimógenos! ¡Ponerse las caretas! ¡Las caretas... todos!

Buscan las manos los estuches metálicos de las caretas. Se entrecruzan exclamaciones. "¡Las caretas!, ¡las caretas!... ¡Ah!, ¿Los gases?... ¿Qué sucede?... ¿Dónde diablos está la mía?... *Nom de nom!... Sapristi!...* ¡Malditos boches!... *Sus aux vaches! Les chameaux!...* ¡Con este calor!... *On les aura!...*"

—*¡Merde!,* exclama Perron con sorda y colérica voz.

—¡Nada de *lacrimós* para mí!, ¡aire, y que vengan balas!,

grita un hombre, dirigiéndose, excitado, hacia el hueco de salida.

Son las cinco y media de la mañana.

Se empujan los soldados, pónense a ascender dificultosamente la corta pendiente obstruída, arrastrado el oficial entre ellos; dividiéndose a su extremidad en dos grupos, uno a la derecha, otro a la izquierda, repartiéndose en lo que queda de la trinchera.

Al olor a lilas, que hace llorar, únese uno más fuerte, mezcla de ajo y éter.

—¡Las caretas!, ordena una vez más el teniente, forzando su voz. ¡Calen bayoneta, que vienen los boches!

Las artillerías reanudan su duelo con furor.

Vapores color verde amarilloso, semejantes de lejos a nubes de polvo finísimo, salen del frente enemigo, elevándose, fundiéndose y formando ancha muralla impalpable, empujada hacia las francesas por brisa favorable.

Desfilan por la mente del marqués y Tadeo, en patética y rápida sucesión, las primeras víctimas de los gases. En 22 de abril de 1915 una división canadiense, provista de artillería pesada y de campaña, fuerte de tres brigadas de infantería, una de ellas de reserva, cubría una línea de cinco kilómetros hacia el noroeste del camino de hierro de Ypres a Roulers, hasta la ruta de Ypres a Poelcappelle, lugar donde se fundía con los franceses. Eran las cinco de la tarde. Soplaba la brisa del noroeste. De pronto los canadienses observaron, asombrados, cómo sus compañeros de la izquierda, angustiados, cubiertos sus labios de espuma, jadeantes, víctimas de espasmos, de horribles náuseas, se agitaban, ensayaban emprender carrera, huían, caían como moscas o como ratas, vencidos por la opresión y la tos, ulceradas sus gargantas, inflamadas sus tráqueas, escupiendo, vomitando sangre, presas de comienzos de bronquitis, de congestión pulmonar. ¡Oh, el recuerdo imborrable de los semblantes enrojecidos súbita y vívidamente, las lenguas negras, fuera de las bocas, los pulmones quemados, los cuerpos descomponiéndoseles en las manos a los médicos que, perplejos, recurrían al oxígeno y al éter!

«¡Como ratas, como ratas, como ratas!» se repite Tadeo. El

fusil tiembla en sus manos. Muchos otros fusiles tiemblan también.

Horrorizados, sienten algunos hombres deseo de saltar, escapar, correr; pero sabiendo que la muralla de humo esconde una de balas, que atrás el fuego de barrera les cerraría el paso, esperan poseídos de sombría y fiera determinación, crispadas las manos sobre las armas.

A la labor sin tregua de compañeros que han trabajado gran parte de la noche en la reparación de brechas débese la conservación del terreno conquistado. En ciertos lugares, sin embargo, caen los obuses revolviendo, abriendo grandes huecos, separando, aislando a las fuerzas en grupos ignorantes de lo que a su derecha e izquierda sucede, interrumpidos todos los medios de comunicación.

Avanzan las espesas nubes, crecen, se ensanchan.

Durante instantes, las masas de gases parecen detenerse, giran, se embrollan, se desembrollan en el mismo lugar, varían de dirección, vuelven hacia atrás, y luego avanzan de nuevo, oscilan, retroceden y, unidas nuevamente, avanzan, enmarañadas y confusas.

Lamen las nubes el borde de la línea de fuego. Avanzan un poco más, envolviendo a los hombres de arriba abajo, llenando la trinchera, infiltrándose hasta en las más insignificantes rendijas. Se multiplican las toses de los que perdieron o se ajustaron mal la careta.

Arrecia en intensidad el bombardeo.

Creen los soldados escuchar zumbido de voces enemigas detrás del misterioso telón de vapores. No les engaña la imaginación, aunque en realidad sólo oyen el silbido de los proyectiles, el ruido de las explosiones.

Les cubren las nubes por completo. Agrándanse en vano las pupilas, esforzándose inútilmente los hombres por distinguir algo al través de la fina y transparente abertura de mica.

Algunos soldados sienten cierta comezón en los ojos, intolerable irritación en la nariz y la garganta, dolores en el pecho. Sofocados, agitados por incoercible tos, aumentándoles la opresión, el dolor en los pechos, dejan caer sus armas. Atemorizados, tratan de huir, sin reflexionar, sin saber cómo. A más de

uno, en su lucha contra la asfixia, se le ocurre meterse yerba, hojas, piedras, en la boca. Los hay que se derraman agua en el semblante y el cuello, olvidando que el líquido descompondrá rápidamente sus tejidos. Se tambalean, tropiezan con compañeros que les repelen rudamente. Titubeando, presas de terrible malestar, vomitando hilos de sangre, asfixiados, desplómanse casi al mismo tiempo.

«Como ratas... Como ratas...», se repite Tadeo. «Como ratas...»

Ráfagas de balas salpican a los soldados.

Varias ametralladoras, montadas de flanco, abren fuego, abanicando con shrapnel a un enemigo que avanza en filas separadas unas de otras por tan corta distancia, a fin de poder asegurar el refuerzo de las más avanzadas, que hubiéranse contado veinte hombres por metro cuadrado.

Como soldaditos de plomo muerden la tierra docenas de alemanes. Avanzan otros, animados por oficiales, rifle en mano, confundidos entre sus hombres, procediendo las líneas de más atrás en formación cerrada antes de exponerse al fuego. Obsérvanse remolinos de soldados. Grupos desamparados, aterrorizados, arrójanse al suelo tras segundo de indecisión; otros, dominados por el pánico, emprenden la fuga, yendo muchos a chocar contra las bayonetas de avanzantes compañeros, nuevas masas que arremolinándose, diezmadas a su vez, contagiadas rápidamente por el temor, vanse a morir lejos, en confusión al pie de las que se elevan de la tierra, dispuestas a su vez a ir a romperse contra los franceses. Durante instantes parecen rechazadas definitivamente.

Mas, surgen nuevas masas de alemanes dóciles, compactos y temibles. Caen, por docenas, fúndense sus reservas, ocupan los espacios libres otras, y, sin cesar, ganan terreno. ¿No van a acabarse nunca? La tierra, ¿germina hombres sin fin? ¿Son sombras? ¿Ilusión?

Avanzan, rítmicas y pesadas las olas humanas, avanzan sin cesar. Hay bastantes para saciar y pagar el apetito de unas contadas ametralladoras.

Avanzan, avanzan siempre, ganando pulgadas de terreno.

A poco deberán caer sobre la posición, cubriéndola material-

mente, cual avalancha de langostas sobre campos de verdura.

Rodando las nubes de un lado a otro de la trinchera, escondiéndola bajo su manto, empujadas por un airecillo que abre brechas en ellas, se arrastran indecisas, pareciendo deshacerse; pero, recobrando su unidad, continúan su camino secando y matando a su paso la yerba y las raras plantas todavía vivas.

Disparan los franceses con toda la rapidez posible, apuntando bajo. Se cansan de matar, las armas hierven en sus manos. Devoran vidas las ametralladoras.

De una humareda gris verdosa, poco más alta que un hombre, surgen, avanzan siempre, amenazadoras filas de soldados decididos y dóciles, unidos, formidables. Hombres, hombres, hombres...

«¡Tántos hombres! ¡Cuántos hombres!, se dice Tadeo. ¡Cuántos hombres!»

Las nubes se van perdiendo atrás, perseguidas por los obuses explotando para rellenar los claros que en ellas se forman.

Las ametralladoras exigen demasiado. ¿Hay más de las previstas?

Las olas humanas se rompen y dispersan sin cesar. Avanzan, se rompen y dispersan, se dispersan aún más, van a morir lejos. ¿Definitivamente?

A poco, entre sombrío humo se mueven, se destacan otras masas de guerreros que, presurosos, van a avanzar, avanzan.

Y comienzan a rociar las trincheras las llamas ardientes en que se convierten los chorros de negro y aceitoso humo de las regueras de los lanzallamas. Algunos asaltantes atrevidos arrojan antorchas encendidas. Corroyendo vísceras, aniquilando pulmones, revientan atrás explosivos lacrimógenos, tozíferos, venenosos, con sus olores de sándalo, incienso y mostaza.

Chamusca el fuego, se come los uniformes, muerde las carnes, las hincha.

Desesperados, terribles, en el paroxismo de adolorida locura, incapaces de oir nada, de comprender nada, pensando tan sólo en matar, salen de sus huecos los hombres de uniforme azul-cielo, sin recibir orden alguna.

Y se incia entre curiosos personajes, semejantes a un tiempo, con sus cubrecabezas y sus especie de bozales en forma de

hocico, a una mezcla de grotescos buzos, de cerdos y sapos gigantes escapados de algún cuento de hada o fábula, y entre el humo y el aleteo de llamas esparciéndose por doquier, corta, salvaje y diabólica acción al arma blanca. Lucha inenarrable, no ya de enemigos que se odiasen a muerte, sino de magullados, heridos, torturados lobos hambrientos, contra crueles genios del mal.

*

—No se mueva, no se mueva... Tranquilo, tranquilo...

Lentas y firmes cayeron dulcemente las palabras en la conciencia de Tadeo.

—No se mueva... Tranquilo...

«No se mueva», díjose. «Tranquilo, tranquilo», tratando de sacudir el sopor que le dominaba, esforzándose por escuchar nuevamente esas palabras. «No se mueva, no se mueva...» No oyó nada más. Se había ido la voz. «No...»

Hizo un ligero movimiento. Sintió dos lancetazos, uno en cada pierna. Volvió a moverse. Se repitió la sensación, más fuerte, dibujándose una mueca en su semblante. Sediento, le pareció que la lengua le llenaba la boca. ¿Soñaba? ¿Y los tres dientes que de vez en cuando creía sentir clavados en sus piernas?

Raro ronroneo le cosquilleó en los oídos: toses, suspiros, respiraciones entrecortadas, estertor de pechos sofocados, el dificultoso funcionar de un gran fuelle agujereado.

Unos gritos de dolor le sacudieron de pies a cabeza. Abrió los ojos. A su izquierda una sábana moldeaba el cuerpo macilento de un jovenzuelo cadavérico, inmóvil la mirada fija en el techo. A su derecha dieron sus ojos con los fosforescentes, febriles, abiertos a medias, de otro jovenzuelo que se estremecía de vez en cuando. En las dos camas frente a las suyas, sentados, hallábanse dos heridos en el cerebro, enormes las cabezas bajo el algodón, agravados ambos por complicación pleuropulmonar.

Hallábase en una especie de establo de descascaradas y blanqueadas paredes, con dos pequeñas y altas ventanas y piso de tierra apisonada, abierto en el centro; a la izquierda y

junto a la entrada veíase la celda—una silla, varias maletas, una larga mesa, un crucifijo en la pared—, donde dormía la hermana Catalina. A la extremidad derecha de la gran pieza una puertecita daba acceso a la «sala» de operaciones, reducidísima, pero limpia y bien alumbrada. Veintidós camas de campaña, estrechas, pegadas unas a otras, ocupadas todas. Denso hedor, atmósfera de náuseas, tibia y desagradable, olor de cuerpos sucios recién desnudados, de ropa inmunda, impregnada de sudor, tierra y sangre seca, hálitos febriles, vahos de agonía, cloroformo, éter, yodo, antisépticos. Varios hombres, con un tubo en la boca, aspiraban difícilmente el oxígeno contenido en fúnebres globos anunciadores de muerte; otros, casi desnudos, cubiertos de ventosas, mostraban manchadas las carnes por el yodo; uno, desnudo, no podía resistir ni el más leve rozamiento. Los había disecados como ascetas e hinchados desmesuradamente. Un chiquillo, dilatados los ojos apagados ya, casi vencido, "¡mamá, mamá!", suspiraba, dibujándose imperceptible sonrisa en su semblante al repetirle una hermana, quedamente, al oído: "¡Mi hijito!, tu mamá... que te escucha... *mon petit, mon petit*!" Escupían hilos de sangre algunos. Se cruzaban pasos recios y frases en voz alta, de gente sin tiempo que perder en delicados miramientos. Pasaban angarillas de campaña, frascos, esponjas, rollos de vendas, algodón, jofainas llenas de sangre. Estallaban aislados alaridos que valor sobrehumano no hubiera podido ahogar.

Y no cesaba un intasnte el ronroneo jadeante de los bronquios y los pulmones achicharrados, averiados.

Por segunda vez desde el comienzo de la guerra, varias lágrimas, gruesas, le rodaron por el semblante a Tadeo. «Estoy vivo—decíase—, ¡vivo! Si me hubiesen matado, ¡mi pobre mujer, mis pobres hijos! ¡Vivo!, ¡vivo!»

Lloró, emocionado, la alegría de vivir.

Cuando se calmó, recordó los gases, el fuego líquido, la confusa refriega al arma blanca, corta carrera, cierta fatiga, hormigueo en las piernas, algo mojado que rodaba por ellas, ardor, unos pasos más, ligera conmoción en la espalda, otros pasos, las piernas sin querer andar, la caída, de bruces, sin poder evitarla, la careta que se arrancó, tirándola; al volverse, «*Nom*

d'un chien, creo que estoy herido, *mais ça va*!»; los compañeros pisándole varias veces, el deseo de encogerse para ocupar muy poco espacio, queriendo arrastrarse hasta un hueco de obús cercano, sin lograrlo; silbido de balas, gritos, ayes; el fin de la lucha, las horas sin correr, como paralizadas; sus esfuerzos por moverse, las botas pesándole como montañas amarradas a sus extremidades, ¡los quejidos!, —"¡agua!, ¡camillero!, ¡por aquí!, ¡mamá!, ¡a mí!"—; las piernas durmiéndosele, perdiendo su sensibilidad; los obuses pasando en lo alto; sus inútiles esfuerzos por mover los pies, para saberse vivo; el peso, el peso enorme de las botas, más grande hormigueo en las piernas, sus gemidos infantiles, "¡quítenmelas, quítenmelas, no puedo más!"; la completa insensibilidad primero de una pierna, luego de la otra, el miedo, sus gritos inútiles, el sol implacable, el aire ponzoñoso, "¡marqués, marqués!, ¡camillero!, ¡Cementerio!", su mujer, sus hijos, ¡cuánta vana imploración!; la sed; un chicuelo sentado junto a él, mascullando *N'passeron pas, n'passeron pas*!, mientras se vaciaba yodo en un hueco negro y rojo, un hombro sin brazo; otro herido, abierto el cráneo, paralizada la mitad del semblante; varios gaseados, unos sobre otros, desfigurados hasta lo inverosímil, tales fueron sus muecas de dolor, teñidos de otro color sus uniformes, rojizas sus armas, sin estar mohosas; el miedo, un gran miedo, más que miedo, el terror, la visión de la muerte; la obsesión de los cuervos que le vaciarían las órbitas; las ratas que le morderían, le comerían vivo, se morirían más tarde, quizá envenenadas, bajo sus restos putrefactos; "¡camillero!, ¡marqués!", la esperanza renaciente, la sed, obuses, obuses, la voz y el pensamiento apagándosele de prisa... «No se mueva, no se mueva, tranquilo...»

La opresión que sentía en el pecho, la comezón en la garganta, las vendas incómodas, el calor, la impresión de su desagradable suciedad, produjéronle, en medio de un ataque de tos, indecible sensación de asco.

Pasaron dos camilleros, despacio, con lo que de vida quedaba en los restos de un soldado a cuyos pies, llevándoselos, había reventado una bomba; desbaratado el semblante, más de

dos docenas de cascos de metal incrustados en su carne, era un grueso y rígido deforme paquete de gasa y algodón.

La hermana Catalina se le acercó a Tadeo para anunciarle que antes de terminarse la cura del recién llegado iba él a ser enviado a otra parte.

—Este es lugar para los más graves, le dijo, en voz baja; para los que no resistirían ir más lejos. Una ambulancia le dejó a usted aquí equivocadamente, o porque precisaba llevarse a...

Tadeo protestó. ¡Moverle, herido gravemente como sin duda lo estaba! Además, iba a sufrir mucho. La hermana no le dió tiempo para hablar más.

—Alégrese. Este no es lugar para los que, como usted, no tienen sino unos arañazos. Ya se lo he dicho, aquí sólo tratamos a los que están a punto de irse, aunque salvamos a muchos. Dentro de un cuarto de hora vendrán los camilleros.

—Hermana, llamó desde la puerta de su «sala» el cirujano.

—En seguida... Buena suerte.

Vencido por los sufrimientos, inmóvil y casi sonriente, dilatados sus ojos infantiles, pareciendo gustar la espuma sanguinolenta filtrada por sus labios entreabiertos, yacía el chiquillo que poco antes llamaba a su madre.

Tadeo cerró los ojos. Recordó a Marsouille hablando del horror de la infección; se le entrecruzaron en la memoria aterradoras frases suyas: «La piel sucia... Restos del uniforme llevados por el proyectil a la herida... El fósforo del explosivo mortificando los tejidos, favoreciendo la infección general y el tétano... La importancia de la cura precoz, de la limpieza de la herida... Gangrena... La a veces inútil defensa de la amputación...»

Se creyó infectado, pensó que le sacarían de donde se hallaba porque su caso era perdido. Esforzóse en vano por recordar cómo le recogieron en el campo de batalla; había un blanco en su pensamiento. Rememoró al fin el aclarecer frente a una enorme cantera, cercana a estrecha carretera, un camillero dándole agua, diciéndole que el primer puesto de refugio alcanzado estaba lleno; una gran excavación, destacándose en fachada de piedra caliza, protegida por sacos llenos de tierra,

con estrecha salida al fondo, dando a una especie de pozo, preparado de antemano para sepultar a los que fallecieren; caverna iluminada con lámparas de acetileno encendidas, bajo las cuales, y junto a braseros donde se calentaban alimentos y hervía agua, los enfermeros, sin tiempo para desnudar, cortaban la tela o el cuero sobre las heridas, mientras los cirujanos y sus ayudantes—en mangas de camisa, manchados de sangre de pies a cabeza, sin quitarse las pipas de la boca—operaban con presteza; él, quieto, sin sufrir, esperando su turno que no llegaba—pues los casos graves eran llevados sin cesar a la cabeza de las filas—, junto a dos víctimas de la vibración de los gases y la violencia de las explosiones, comparables a borrachos embrutecidos todavía por el alcohol y el sueño después de despertar; viendo llegar sin cesar parejas y grupos de compañeros satisfechos de haber escapado a bajo precio; camillas, ambulancias vaciadas rápidamente, partiendo a poco para la retaguardia con los heridos en los ojos y el bajo vientre; los médicos, reconociendo, sorteando los casos, moviéndose por entre las hileras de cuerpos tendidos, abotagados por la morfina, deprimidos, rota la tensión nerviosa de la batalla, casi anulada la resistencia física, sedientos, voraces unos, sin darse cuenta, demasiado impresionados todavía para comer otros, adoloridos, sin dolores, alelados, callados casi todos, la vista en las nubes y los aeroplanos veloces que las cruzaban; algunos gritos, palabras de aliento; de vez en cuando oleadas del vaho repugnante de la caverna, mezcla de suciedad de cuerpos y ropas, humedad, humo de alimentos, humo de pipas, olor a sangre, a trapos inmundos, y más gritos, los de aquellos donde la violencia de las heridas fué tal que quedaron anestesiadas localmente hasta el instante de sentir la cuchilla. Después... ¿Se había desmayado? No recordaba más. Otro blanco en su cerebro.

Sacaron los camilleros de la «sala» el último caso, fallecido antes de ser desvendado.

—Otro, ordenó el cirujano.

Dos camilleros se acercaron a Tadeo. Apuntó éste, interrogativamente, con un dedo, hacia la «sala». El corazón le latía

con fuerza. Uno de los hombres le indicó con la cabeza, sonriendo, la salida. Suspiró de satisfacción.

Los sacudimientos de la ambulancia donde le instalaron producíanle ligeras punzadas de dolor, exageradas por su imaginación.

Dos horas después, de un hospital de evacuación, en una estación de ferrocarril, le embarcaron para una estación reguladora en un largo tren sanitario permanente, provisto de vagones para los heridos acostados, los semi-permanentes y los sentados, tisanería-farmacia y sala de cura con su mesa de operaciones. A las seis de viaje fueron desembarcados varios casos graves, enviados a cercana formación sanitaria; unas enfermeras le atendieron y alimentaron. Por último, en una estación de repartición, a las siete de la noche, le pasaron a un automóvil ambulancia que le condujo a un hermoso castillo de la zona de hospitalización de dicha estación, en medio de enorme parque, convertido en lujoso hospital, con espaciosa sala provisional de operaciones y dotado de laboratorio de patología, gabinetes de radiografía y dental, estufas, numerosos baños, lavandería y unas piezas para los casos por aislar.

En la sala de operaciones le colocaron sobre la única libre de las numerosas, estrechas y ligeras mesas de metal, cubiertas con linoleo blanco. «Si me muevo, me caigo, se dijo. ¡Caerme mientras me operan!» Se estremeció de horror.

Los hondos gemidos de un operado le revelaron brutalmente el sufrimiento de los cuerpos en que, momentáneamente, sólo habíase apagado la conciencia. Parecióle que, cerca, alguien rugía entrecortadas palabras. Se operaban con rapidez los casos recién llegados: flemones voluminosos, semblantes desbaratados, sin narices, sin orejas, sin labios, dientes pulverizados, quijadas hechas pulpa, tuertos, ciegos, cuerpos mostrando enormes desgarraduras, insignificantes manchas moradas, piernas convertidas en informes masas, brazos arrancados, vientres llenos de metal.

Los globos eléctricos bañaban de luz, crudamente, el rudo semblante de un mozuelo bretón; leve el bozo, boquiabierto, mostrando separados y verdosos dientes, yacía inmóvil y alelado; dos horas antes perdía la vida en repetidas hemorragias;

la sangre de un compañero, llegándole al corazón, hinchaba ligeramente las venas de su cuello, hacía latir sus arterias y sienes, comenzando a colorearle la piel cerosa.

Sudando de temor, abriendo a medias los ojos, guardó silencio Tadeo. Y sonrió. Hubiera querido echar a correr, suplicar que le concediesen unas horas de respiro y le operasen más tarde. Se le heló el corazón. No pudo pronunciar una sílaba. Oyó gemidos, pasos, frases sueltas y borrosas, vió figuras moviéndose a su alrededor, percibió el ruido de cajas de cartón dando en el suelo, el rasgueo del duro papel de donde salían la gasa y el algodón caliente y puro, pareciéndole notar entre el olor del yodo, del cloroformo, del éter y los desinfectantes, el de carne quemada; le chocó, incomprensible, el escaleo, sin ton ni son, de una «filarmónica» en la que soplaba de una punta a otra, sin cesar, un soldado que, aterrorizado, como tantos otros, ante la idea del anestésico, prometió no exhalar una queja a condición de poder tocar su «música».

Rodearon su mesa cuatro enfermeros. Aspiró de prisa el cloroformo, creyendo ahogarse, queriendo olvidar; sintió que le tomaban el pulso, zumbaron unas palabras incomprensibles en su cabeza, perdió de prisa la conciencia.

Cuando despertó a medias en el tibio lecho, blanco y blando, limpio y fresco el cuerpo, le invadió nuevamente, pero sin emoción, dulcemente, la alegría de vivir, la indecible serenidad de debilitante y bien ganado bienestar, a pesar del escozor apagado producido por las heridas donde hurgó el bisturí. Se sintió tan ligero y satisfecho, que pensó en la muerte, pareciéndole que así debía ser la sensación al irse el alma del cuerpo; cerrando los ojos por temor a ver desvanecida tan dulce impresión, feliz, sin embargo, de sentirse vivo.

Eran las cinco y media de la mañana.

Deliciosa brisa penetraba en la amplia habitación del piso superior donde se hallaba. Dos grandes ventanas encuadraban el azulado gris pálido de un cielo limpio de nubes. Mirándole se quedó nuevamente dormido.

A las diez de la mañana abrió los ojos nuevamente, hambriento, sintiéndose sanado, deseoso de levantarse.

Empeñado en conocer los detalles de la gran batalla donde

cayó, logró que le procuraran dos diarios. Quiso devorarlos y la lectura de varios títulos le cansó. Asombrado, se guardó los periódicos bajo la almohada. No hubiera podido leer cinco líneas y decir lo que leyó.

Uno de sus vecinos de lecho le hizo varias preguntas sobre el combate.

—Otra vez le contaré. No podría poner coherencia en mi explicación. Algo como roto en mí, me impide poner a compás el pensamiento y la lectura. Necesito remendar la maquinaria.

Al día siguiente, pareciéndole muy agradable la estancia en el *hosteau* (1), pensó en la agradable posibilidad de curarse muy lentamente. «Entre esto y la trinchera, *E ben, mon colon*!, que diría Cementerio», pensó.

Al cuarto día pudo leer de cabo a rabo los comunicados sobre la batalla: uno, de doce líneas, mencionaba el ataque, severo bombardeo mutuo, el avance, los prisioneros hechos, los metros de terreno ganado y el botín conquistado; el otro, del siguiente día, reducíase a cuatro líneas relativas al ataque con gas y fuego líquido de la posición más avanzada, por enemigo rechazado. Tanto laconismo le pareció exagerado. Y le dejó perplejo.

Una de sus enfermeras, pequeña y regordeta, de oscuros ojos vivos y cabello gris, bondadosa y conversadora, le conocía. En su traje pulcro y ceñido, resaltaban dos crucecitas rojas: en el brazal y el pecho. ''Merengue'', llamábanla los soldados entre ellos.

Natural de Moyen, había sido muy amiga de los padres de la mujer de Tadeo, recordándola afectuosamente. Tadeo no lograba evocar su fisonomía, aunque guardaba vívidas impresiones de la época de su matrimonio.

—Amistad muy vieja, le decía ella, pero eso no le interesa a usted... ¡Cuánto gusto en tenerle aquí! Yo le reconocí en cuanto me lo trajeron, pensé escribirle inmediatamente a Francisca, pero no sabía su dirección... Todavía no he dado más que con un peludo de Moyen, y los hay, ¡y bravos!, cada mozo que vale tres boches! Bueno, hoy mismo escribiremos a Fran-

(1) Jerga de la guerra: el hospital.

cisca y la diremos que no se inquiete y que su marido tiene una nueva mamá que va a ponerle nuevo. ¡Ya verá usted cómo sale de aquí! No va a caber por esa puerta...

Hablaba mucho, de prisa, y sentíase orgullosa de cuidar a alguien que era casi de su pueblo.

—¿Que cómo vine a dar a este lugar?... Vaya, ¡a contar la historia otra vez!... Una tarde, a eso de las seis, un grupo de oficialillos boches fué preguntando de casa en casa si había mujeres de buena voluntad dispuestas a ir a recoger heridos. Unas doscientas nos ofrecimos. Nos reunimos en la plaza. Emprendimos la marcha entre una docena de soldados... Antes de dar la orden de partida nos felicitó un oficial, en tono zumbón—entonces no le comprendimos—, diciéndonos que prestaríamos gran servicio a los nuestros... Íbamos unas detrás de las otras, ¡qué silencio!, atravesando campos de trigo, dando rodeos, sin saber a dónde nos llevaban. Al llegar al bosque de Fraimbols, ¡alto! A eso de las once echamos a andar de nuevo; se nos dijo después que debíamos buscar cadáveres y llevarlos a un lugar, donde los hombres de Moyen ya abrían fosas. Nos separaron en grupos de tres, cada uno con un soldado que no permitía alumbrar la linternas que nos pidieron que llevásemos. Apenas si veíamos en la oscuridad a cuatro pasos de distancia. Tropezábamos continuamente, algunas nos caíamos a cada momento. El miedo nos paralizaba a veces, sin dejarnos caminar. Las balas de fusil chisporroteaban entre las hojas, y de vez en cuando venían obuses de los nuestros y reventaban entre los árboles. Por todas partes, centinelas alemanes. En un calvero dimos con un sinnúmero de cadáveres. Creímos morir de miedo allí. A culatazos nos obligaron los soldados a recogerlos. Una sostenía la cabeza, otra los pies, la tercera, uno, o, si posible, los dos brazos. Los llevábamos a unos doscientos metros. Cuando la fatiga nos rendía, no nos daban ni un minuto de reposo. Arrastrábamos los cadáveres por las piernas, como podíamos; una pierna se me quedó una vez entre las manos... Estábamos al fin tan cansadas, teníamos tal miedo, que no sabíamos cómo resistíamos, ni de dónde sacábamos fuerzas. Sin duda los nervios nos sostenían. Algunas reíamos a carcajadas, como locas, sin saber por qué. Creo que la risa nos daba fuer-

zas... Llegó un momento en que nada nos hubiese afligido, nada nos hubiese hecho llorar; la risa nos reanimaba sin cesar... Así, riendo y cargando o arrastrando muertos, fatigados hasta los soldados que al fin nos dejaban descansar un poco, cuando los hombres no acababan pronto de abrir y cerrar tantas fosas, llegaron las seis de la mañana. Entonces nos escoltaron al pueblo, los hombres de un lado, nosotras del otro. ¡Qué noche!

Se levantó, desapareció en el corredor y regresó a poco.

—Tres semanas después—continuó—ya yo era excelente enfermera. En aquellos días, ¡qué desorden!, hoy aquí, mañana allí, pasado allá, ¡los boches que vienen! , ¡los boches que van!, heridos por doquier ¡y nada listo en ninguna parte! Una amige me ha contado este caso: el 19 de septiembre se vió el jefe de la estación de Aubervilliers-la-Courneuve con tres mil setecientos heridos, y apenas si allí podían ser atendidos treinta! No fué el único. En París, todavía en diciembre, de cuarenta mil camas listas, sólo se hallaban ocupadas unas ocho mil, en los hospitales militares. Las gentes protestaban, con razón; las había que con el brazal de la Cruz Roja se iban en automóvil por las rutas de Arras, Amiens, Soissons y Reims en busca de los heridos y enfermos que las ambulancias de la retaguardia quisieran confiarles. Automovilistas hubo que cargaron con heridos sin autorización alguna. En septiembre se dió el caso tragicómico de la disputa por un herido, en una zanja, entre los delegados de dos hospitales! Sin embargo, a fines de diciembre empezaron a andar bastante bien las cosas.

Tadeo la escuchaba, entretenido y aturdido.

—Entonces, ¡había que ver los casos! Recuerdo una tarde: nos llegaron doce vagones de carga, llenos de boches la mitad, echados los hombres sobre paja, sin cura durante tres días de viaje, alimentados apenas, ¡sucios!, todos con fiebre alta, sin fuerzas, demacrados, ensangrentados, sin color ya los uniformes, abiertos sobre las heridas, con manchas negras en las vendas, saliéndoles paja por todas partes cuando se les desvestía. A uno, con el cerebro desnudo, paralizada la mitad del cuerpo, se le escapaban lágrimas de reconocimiento y daba las gracias con la cabeza. Brazos y piernas azuladas, enormes, vientres

rajados, jamerdados, huesos y carnes en gelatina. Las heridas, comidas por los bichos, babeaban pus. ¡Y el tétano, santo Dios!, esos hombres sí que sufrieron. Todos ustedes sois unos potrosos. ¿Y la gangrena? Los había esqueléticos por la mañana, podridos, desconocidos por la tarde, inflados por los gases hasta los ojos, a pesar del aire que evacuaban por tubos en unos recipientes llenos a medias de agua.

Hablaba tan de prisa y con tal vehemencia, que transpiraba y se veía obligada a pasarse el pañuelo por el semblante.

—Mi caso de Moyen: un hermano del marido de la prima de Francisca. Me llegó ya en los huesos, perdido. Le aparecían en el cuerpo manchas negras y azules, cualquier parte que se le tocaba le dolía, y cuando no variaba de posición se llagaba. Sin embargo, se creía mejor mientras empeoraba, se descomponía, se me quejaba de no poder mover los miembros atacados. Uno de tantos mártires. Su muerte me echó veinte años encima. ¡Cuando digo que sois todos vosotros unos potrosos! Herido que llega hoy a manos de los cirujanos, escapa aunque se quiera morir. El bisturí hace maravillas. En Tolosa hubo un individuo con la cara en tal estado que antes de rehacérsele una nueva, se le arrancó la nariz y se le puso en la frente; en cuanto comenzó a recobrar la forma humana le repusieron la trompa en su lugar. Lo que falta en parte visible se saca de otras. El caso es remendar y curar. ¡Qué suerte la suya! Unos cuantos días de hospital, y, ¡a casa!

Eran diez y ocho los heridos en la pieza. Tres de ellos, alemanes: dos soldados y un teniente muy joven. Uno de los soldados, un berlinés barbudo, grande y ventrudo, lanzaba profundos suspiros en cuanto se acercaba la hora de la cura. Apenas le tocaban, gritaba más de miedo que de dolor, habiéndose desmayado varias veces. Su compañero esforzábase en vano por aconsejarle calma. Habiéndole dicho una vez: ''Escucha, ¡nada de música de Wagner hoy! Se ríen de ti, un buen prusiano, ¿no te da vergüenza?''; alguien le tradujo la frase, y cada día, al comenzar los gritos, cruzábanse humorísticas exclamaciones sobre sus ''conciertos''. El mismo compañero había terminado por llamarle «Wagner», como los demás; y, porque, con paciencia a veces, perdiéndola otras, día tras día no cesaba de reco-

mendarle calma, llamábanle a su vez «el director de orquesta». El teniente, indiferente a todo, escuálido, agujereados sus pulmones, ligeramente inclinado hacia atrás sobre varias almohadas, escupía sangre de vez en cuando en una escupidera de mano. Era el único caso grave todavía allí, aunque contábase salvarle.

Un zapador, sin piernas, y con un brazo, deliraba de noche. "¡Por el flanco izquierdo!... ¡Adelante!... ¡Fuego!... ¡Ojo con la mina que no se ve!... ¡Adelante los chicos!..." El vecino a la derecha de Tadeo, el cabo Bertrand, había visto la muerte de cerca, debiéndole la vida, a su decir, a la medalla militar que ostentaba orgulloso. Con el cráneo trepanado, amputada la pierna izquierda, reseccionado un omoplato, "me iba, me iba—decía—, y a gran velocidad!" Al acercársele su General, en la ambulancia quirúrgica, con una cajita roja en la mano, al adivinar él una medalla en ella, comprendió que viviría. "¡Aquello valía todas las inyecciones y todos los bisturíes! Me pareció que la sangre perdida me venía de nuevo. Pude hasta hacer un esfuerzo por levantarme, a pesar de pedirme el general que no me moviese. ¡No moverme! (La medalla militar, mi general, no puede recibirse sino de pie). Y me senté. El general me dió la acolada y creo, no sé por qué, que se le iban a saltar las lágrimas, como a mí. ¡Qué jefe! ¡Y dicen que los peludos y los peludos! ¡No hay peludos sin esos jefes! Bueno, hemorragia y complicaciones y qué sé yo qué, pero aquí estaba esto y esto me salvó y no hay metralla que pueda conmigo. Yo quiero vivir y viviré. Cuanto al compañero de la izquierda, era un hombrón de aspecto brutal, con cara de rufián alcohólico; llevaba tatuados en los brazos, el busto y la espalda, retratos de mujeres y corazones atravesados por flechas; había sido a su arribo el terror de las enfermeras y sobre todo de Merengue, a la cual insultó muchas veces, sin motivo alguno, por la necesidad, imperiosa en él, de tener cerca mujer a quien insultar y maltratar. Llegó al hospital, sin sentido, con dos enormes globos de algodón pendiéndole de los brazos. Cuando se vió sin las manos que una bomba le arrancó, con las muñecas roídas al parecer por algún animal hambriento, tuvo tal acceso de cólera que fué preciso amarrarle al le-

cho. ¡La «Hiena de Montparnasse» sin manos para acariciar su pequeña navaja, ni para corregir a su *nôme!* (1) Profiriendo insultos, maldiciones, amenazando hacerle ''pasar la sed del vinagre'' (2) a cuanto bicho humano se le acercase, aunque fuere durante el sueño, pasó media semana. Vencido por el genio alegre y la paciencia de Merengue, que le alimentaba como a un niño, algo avergonzado, habiendo acabado por llamarse «Hiena de feria», conservaba sin embargo su mirada dura y oblicua y, taciturno, no despegaba los labios sino para, entre dientes, *jaspinear* (3) entrecortadas preguntas, repetida entre ellas la de que, quitándole Mariana los *mireltes* (4) de encima, ¿de dónde iban a caerle, una vez en la calle, los *fafiots* (5) que siempre le procuraron sus *frangines?* (6) Junto a él, otro convaleciente, llamado el Desenterrado, no sólo a causa de su flaqueza y cadavérica palidez, sino por la aventura de que escapó, relataba así su salvación: ''A mí me sucedió lo que al sargento zuavo Jourdan, en Roclincourt, cerca de Arras. Con esta diferencia: un obús me enterró, aunque yo no tuve perro, como el suyo, que me diese valor con sus gemidos y hasta removiese la tierra con las patas al verme hacer lo mismo con el brazo que me quedó fuera. El confite me llevó una pierna, me dejó un casco grande como la palma de una mano en el muslo derecho, me apachurró la pierna izquierda, y me salpicó de quemaduras. Durante una hora me vacié. Llegando al puesto de socorro se me cayó al suelo el pie, sin tomarse el trabajo de descalzarse, naturalmente. Entonces, inyección antitetánica, desmayo, excursión campestre, en una angarilla, hasta Anzin. De ahí a otro puesto de socorro, donde me dieron tijera. Luego, ambulancia de Houvin-Hauvigneul, cinco días. De allí a este paraíso. ¡Y todavía sin haber dado con un boche! ¡Si tendré que ir al cine para ver qué cara tienen!

El Desenterrado estaba enamorado de una enfermera, rubia alta y algo seca, de claros ojos azules, la cual paseaba por entre las camas, con andar pausado y quedo, su perfecta tranquilidad y afectuosa indiferencia ante los mayores sufrimientos. A él

---

(1) Pop. Mujer.—(2) Quitar la vida.—(3) Hablar, proferir.—(4) Ojos.—(5) Billetes de banco.—(6) Mujeres.

se le antojaba ella extraordinario ser de sublime valor y asombrosa ternura.

—¡Qué cuello! exclamaba. Esa mujer es un cisne disfrazado de ángel, no hay otra expresión. Se llama Marcela. ¿Eh?, ¿no os dice nada ese nombre? Mar-ce-la, repetía, Mar-ce-la, sílabas que tienen suavidad de plumas ¡Cuando os digo que es un cisne!

Sufría él mucho de la cabeza, al llegar a la sala; ella, paciente, mojando sus dedos en agua de colonia, se los pasaba por la frente, distrayéndole el dolor hasta dejarle dormido.

—Pónganme frente a una docena de molinillos de café (1), háganme puré, pero cuidar heridos, ¡jamás!—la decía—, no podría, no resistiría; mis sufrimientos sí, los de los demás no, me hacen sudar dolor; no la comprendo a usted.

—A todo se acostumbra una. Mi primer caso, una laparatomía, me costó un ataque de nervios; el segundo, una pierna amputada, un desmayo; cuando llegó el tercero, ayudé sin mirar mucho; al cuarto pude mirar sin estremecerme; al quinto con curiosidad, al sexto...

El sexto, un capitán de dragones, fué para ella un caso de inquietudes sin fin, de amistosa ternura transformada a poco en amor.

—Hay que ser un ángel, la digo...

Recordó ella que *él* también la llamaba ''su ángel''. «¡Qué manía la de los hombres de comparar a las enfermeras con ángeles! ¿Por qué no llaman también ángeles, o dioses, a los cirujanos? A ellos les deben la vida».

—Yo no sé si es el traje, su albura y sus crucecitas rojas, si es que, impotentes en los lechos, buscamos afecto y calor, cual perritos sin madre; si es reconocimiento, o si es que, en esta atmósfera de abnegación y dolor, tan necesitados de la enfermera, vuela nuestro pensamiento a ella, que nos dirige la palabra, nos consuela, nos cura, nos completa, nos envuelve y absorbe. Yo no sé si es sugestión, pero ¡qué quiere!, se nos antojan ustedes ángeles; no hay que darle vueltas... Y usted, no tengo para qué repetírselo, la reina de los ángeles para mí.

---

(1) Ametralladora, en la jerga militar.

—Yo sé de un ángel feo como el diablo, frío y sin corazón, casado por conveniencia con un coronel muy guapo, riquísimo y hasta con título.

—Hay ángeles buenos y malos. Usted es de los buenos.

—¿Yo? Como la mayoría: ni bueno ni malo, una mujer como otras, decidida a consagrarme a los heridos por deber, por piedad, por hacer algo bueno y útil. Nada más. Vecina suya antes de la guerra, me hubiese usted visto muchas veces sin ocurrírsele llamarme ni cisne ni ángel, sin siquiera encontrarme pasablemente bonita. No viva fuera de la realidad, no fantasee.

—Bueno, no será usted ni ángel, ni cisne, ni diablo, ni nada, pero tiene que casarse conmigo.

—¡Si tengo novio! ¿Cuántas veces voy a decírselo?

—Yo la quiero más que él.

—Déjese de fantasías, le digo.

—Desde mañana me dejo morir de hambre.

—La ilusión le alimentará y le salvará... Hablemos de otra cosa. ¿Sabe usted que dentro de una semana cada cirujano tendrá su sala de operaciones? Con esa innovación nuestro hospital será de los mejores.

—Si usted está dispuesta, sin darme ningún anestésico, a cortarme la cabeza, despacio, con unas tijeritas, inauguro la primera sala que se abra. Naturalmente, con tal de que me la vuelva a poner en su lugar.

Y mientras ella se marchaba, sin responderle, él, admirado, locuaz, decía a Tadeo:

—Mírela, Pan de Oro, un cisne hecho ángel y mujer a un tiempo. *Sacré capitaine*!

Cada herido conocía al detalle la vida de los demás. Bromeaban todos, se criticaban, discutían, poníanse motes, fumaban, leían los diarios, y, en vías de curación, dormían bien, excepción hecha del zapador y del teniente alemán, sin el temor a la especial atmósfera nocturna de las melancólicas salas de hospital—las inquietudes de la propia fiebre alta y la de los demás, los insomnios, delirios, pesadillas, quejidos, suspiros y agonías.

Muy temprano, los enfermeros llenaban de agua tibia las

palanganas, colocando las enfermeras, sobre las mesitas, peines, cepillos, jabones y toallas. Unos se lavaban, otros eran lavados; se les tomaba el pulso y la temperatura, como de noche, tomándose nota. Se procedía a la limpieza con escobas y telas humedecidas. Desayunaban. A la para todos temida hora de la cura, se esforzaban por rivalizar en indiferencia por sus sufrimientos, yendo los más fuertes a las salas donde se les descubrían las heridas, se las lavaban con antisépticos, cambiábanseles los drenajes. Después recibían los diarios y la correspondencia. Almorzaban. Dormitaban o leían; salían al jardín, si era posible. A las cuatro, nueva cura, si necesario, tomándoseles otra vez el pulso y la temperatura. Luego, lavado de caras y manos, la cena, las luces que se apagaban, quedando una sola, velada, sobre la mesa de la enfermera de guardia. Los días de visitas eran de gran alborozo.

La comida, el lecho, el lugar, las enfermeras, todo, parecíales tan bueno y hermoso que hasta Merengue inspiraba algo más que reconocimiento y simpatía, quejándose a Tadeo de que ''la tomaban el pelo''. Los territoriales la propusieron matrimonio inmediato—''¡A mi edad!''—empeñado el más joven en que era ella su ''ángel gordo y dulce.''

—Sois todos unos bandidos y unos niños a un tiempo. Ni uno vale veinte francos.

Reprochando a Tadeo su no disimulada admiración por la Torre Eiffel rubia, —*Mazette!,* me hace cosquillas en los ojos, ¿qué quiere usted que haga?, no se cansaba él de responderla.

—¿No le da vergüenza echarla piropos y mirarla como un ternero derretido? ¿Para qué tiene usted una mujer bonita y buena que le espera en casa? ¿Para qué?

—''Todas las bellas tienen derecho a encantarnos'', la interrumpió el cabo Bertrand, cerrando el *Don Juan* de Molière. El amor que tenemos por una no obliga a ser injustos con las demás...

—¿Usted también? ¡Lo que decía!, no lo hay que valga veinte francos. Todos iguales, no se contentan con una.

—Sí, nos contentamos a veces, pero ''todo el placer del amor está en el cambio''.

—No sea sucio.

—Mi cariño a mi mujer y mi admiración por el cisne son dos cosas muy distintas, dijo Tadeo.

—¡Cállese! ¿Qué quiere? ¿Un harén? Pues pierde el tiempo, porque ya lo sabe, la Torre es del capitán de dragones.

—Lo siento mucho, dijo alguien.

Tadeo envidió mentalmente al capitán de dragones.

El cabo Bertrand acababa de comentar, también en voz alta:

—Y yo también...

El Desenterrado fruncía el ceño.

WILLY DE BLANCK.

(*Continuará el cap. VI.*)

GRANOS DE ORO

PENSAMIENTOS SELECCIONADOS EN LAS OBRAS DE JOSÉ MARTÍ.

(*Conclusión.*)

El poeta debe callar su dolor hasta la hora sublime en que el verso tallado en él busca salida, despedazando las entrañas, para consolar la pena de los hombres con la poesía misma que la pena inspira.

La mente tiene, como la Naturaleza, sus leones pavorosos, sus tigres felinos, sus zorras aprovechadas y sus pájaros que vuelan y ven de alto.

Cada cosa, en sí, es suma y clave del conjunto de las cosas.

El que lleva la belleza en sí, ¿cómo creerá en lo feo del Universo?

Padecer es un deber, y, acaso, una necesidad de los poetas.

Lo que escribe el dolor es lo único que queda grabado en la memoria de los hombres.

Vivir en la Tierra no es más que un deber de hacerle bien. Ella muerde y uno la acaricia.

Créese riqueza pública, protéjase el trabajo individual; así, ocupadas las manos, anda menos inquieta la mente.

La facilidad del trabajo es el principal enemigo de las revoluciones.

La tierra es la gran madre de la fortuna. Labrarla es ir directamente a ella.

De la independencia de los individuos depende la grandeza de los pueblos.

Venturosa es la tierra en que cada hombre posee y cultiva un pedazo de terreno.

Toda muerte es principio de una vida.

Para hacer poesía hermosa, no hay como volver los ojos fuera: a la Naturaleza; y dentro: al alma.

Sólo para hacer el bien la fuerza es justa.

La riqueza exclusiva es injusta.

Es rica una nación que cuenta muchos pequeños propietarios.

En economía política y en buen gobierno, distribuir es hacer venturosos.

No hay en la tierra más vía honrada que la que uno se abre con sus propios brazos.

La dignidad es como la esponja: se la oprime, pero conserva siempre su fuerza de tensión.

La dignidad nunca muere.

La política grandiosa es el primer deber; la mezquina el mayor vicio nacional.

La actividad es el símbolo de la juventud.

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender.

Una escuela es una fragua de espíritus.

La educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas.

Sea la gratitud del pueblo que se educa, árbol protector, en las tempestades y las lluvias, de los hombres que hoy les hacen tanto bien. Hombres recogerá quien siembra escuelas.

Aire de ejemplo. riego de educación necesitan las plantas oprimidas.

La libertad y la inteligencia son la natural atmósfera del hombre.

Los ojos de los hombres, una vez abiertos no se cierran.

Los mismos padecimientos por el logro de la libertad encariñan más con ella; y el reposo mismo que da el mando tiránico permite que a su sombra se acendren y fortalezcan los espíritus.

Quien quiera pueblo ha de habituar a los hombres a crear.

Quien crea, se respeta y se ve como una fuerza de la naturaleza, a la que atentar o privar de su albedrío fuera ilícito.

Una semilla que se siembra no es sólo la semilla de una planta, sino la semilla de la dignidad.

La independencia de los pueblos y su buen gobierno vienen sólo cuando sus habitantes deben su subsistencia a un trabajo que no está a la merced de un regalador de puestos públicos, que los quita como los da y tiene siempre en susto, cuando no contra él armados en guerra, a los que viven de él.

No hay cosa que moleste tanto a los que han aspirado en vano a la grandeza como el espectáculo de un hombre grande.

Crecen los dientes sin medida al envidioso.

Es bueno que se truequen en universidades los conventos.

La grandeza, luz para los que la contemplan, es horno encendido para quien la lleva, de cuyo fuego muere.

Sentirse amado fortalece y endulza.

Honrar, honra.

No hay como vivir para aprender a tener compasión de los que viven.

La habilidad es la cualidad de los pequeños.

Las virtudes son menos estimadas por aquellos que viven en constante contacto con los virtuosos.

Hay sucesos tales, que exigen tanta grandeza en los que han de soportarlos como en los que los realizan.

¿Qué es la grandeza, sino el poder de embridar las pasiones, y el deber de ser justo y de prever?

El lamento es de ruines cuando está en frente la obra.

Suelen mezquinas causas domar a hombres egregios.

En tiempos de peligro, el pesar mayor es estar lejos de él.

¡Cuán poco puede el genio generoso contra la obra de la discordia de los hombres!

¡Qué dolor ver claramente en las entrañas de los siglos futuros y vivir enclavado en su siglo!

Es la palabra águila que no consiente tener plegadas las alas largo tiempo.

Hallan los hombres excusa a los actos censurables en la frecuencia con que éstos acontecen y en la impunidad en que queda el delito.

Es más fácil apoderarse de los ánimos moviendo sus pasiones, que enfrenándolas.

Traiciones tiene la Historia, y parricidios.

Prevenirse no está de más, si se quiere salvar el espíritu de América, y se le tiene en algo, y se sabe lo que vale.

Es de hijos poner, y no quitar, a la virtud y hacienda que les vinieron de sus padres.

Honrar en el nombre lo que en la esencia se abomina y combate, es como apretar en amistad un hombre al pecho y clavarle un puñal en el costado.

Tiene el chiste su decoro literario, y el buen ingenio desdeña esa barata jocosidad que está en hacer alusiones a cosas deshonestas.

Ni religión católica hay derecho de enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica.

Sea libre el espíritu del hombre y ponga el oído directa mente sobre la tierra; que si no hubiera debido ser así, no habría sido puesto en contacto de la tierra el hombre.

Poesía es un pedazo de nuestras entrañas, o el aroma del espíritu recogido, como en cáliz de flor, por manos delicadas y piadosas.

Entristece ver a los hombres movidos por sus pasiones o azuzando las ajenas.

Los siglos se petrifican y se hacen hombres; pero para eso es necesario que pasen siglos. Después, a gran distancia, se observan mejor su tamaño y su obra.

El que vió hervir en tacho burdo el hierro de que se hizo el primer clavo, no imaginó la fogueante y hendente locomotora, que cabalga en los montes y los lleva a rastras.

Savia quieren los pueblos y no llagas.

Es estéril el consorcio de dos razas opuestas.

Las grandes personalidades, luego que desaparecen de la vida, se van acentuando y condensando; y cuando se convoca a los escultores para alzarles estatuas, se ve que no es ya esto tan preciso, porque como que se han petrificado en el aire por la virtud de su mérito, y las ve todo el mundo.

Hay seres humanos en quienes el derecho encarna y llega a ser sencillo e invencible, como una condición física.

La Humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos.

Es dado a ciertos espíritus ver lo que no todos ven.

Para otros la Tierra es un plato de oro, en que se gustan manjares sabrosos; y los hombres, acémilas, buenas para que los afortunados las cabalguen.

La prosperidad que no está subordinada a la virtud, avillana y degrada a los pueblos; los endurece, corrompe y descompone.

La perla está en su concha y la virtud en el espíritu humano.

La virtud crece.

El honor humano es imperecedero e irreducible, y nada lo desintegra ni amengua, y cuando de un lado se logra oprimirlo y desvanecerlo, salta inflamado y poderoso de otro.

Odian los hombres y ven como a enemigo al que con su virtud les echa involuntariamente en rostro que carecen de ella; pero apenas ven desaparecer a uno de esos seres acumulados y sumos, que son como conciencias vivas de la Humanidad, y como su medula, se aman y aprietan en sigilo y angustia en torno del que les dió honor y ejemplo, como si temiesen que, a pesar de sus columnas de oro, cuando un hombre honrado muere, la humanidad se venga abajo.

Se afirma un pueblo que honra a sus héroes.

La vida es relativa y no absoluta.

Los pueblos pueden necesitar de la protección, como un niño de andadores.

Puede ser útil proteger una industria genuina, mientras las restricciones necesarias para protegerla no impongan a la nación un sacrificio superior al beneficio que a toda luz haya de sacar de ella.

Con el mucho auxilio sucede a las industrias lo que a la criatura a quien nunca saquen del andador: que no aprenderá a andar.

Lo que se vió es lo que importa, y no quien lo vió.

El apuntador molesta en los libros como en el teatro.

Lo que se quiere es saber lo que enseña la vida, y enoja que no nos dejen ver la vida como es, sino con estos o aquellos espejuelos.

Con tanto como se escribe está aún en sus primeros pañales la literatura servicial y fuerte.

El hombre es uno, y el orden y la entidad son las leyes sanas e irrefutables de la naturaleza.

Los pueblos no se rebelan contra las causas naturales de su malestar, sino contra las que nacen de algún desequilibrio o injusticia.

Todo acto equitativo en provecho de la masa laboriosa, contribuye a afirmar la seguridad pública.

La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos, y de abominar todo lo que los aparte.

Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la actividad fecundante y legítima de todos los pueblos.

Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios.

Los pueblos todos deben reunirse en amistad y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acercamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos.

IX

Del vol "Norteamericanos".

Se pelea mientras hay por qué, ya que puso la naturaleza la necesidad de justicia en unas almas, y en otras la de desconocerla y ofenderla.

Los bravos olvidan.

Se nota, después de las guerras, que los que olvidan menos son los menos bravos, o los que pelearon sin justicia y viven en el miedo de su victoria.

Pueblos hay y gentes, de oro por fuera, que son una cueva de duendes insomnes por dentro.

Sólo los pueblos pequeños perpetúan sus guerras civiles.

Como bueno, caballo contra caballo, se dirimen las contiendas que arrebata al dictamen de la razón la ferocidad del hombre.

Culminan las montañas en pico y los pueblos en hombres.

El silencio es el pudor de los grandes caracteres.

La queja es una prostitución del carácter.

Aquel que es capaz de algo y muere sin que le haya llegado su hora, muere en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está; ya es bastante grande el que es capaz de serlo.

En una República, un hombre que no vota es como en un ejército un soldado que deserta.

En el egoísta hay más personalidad, visible al menos, que en el desinteresado; pero sólo en el desinteresado hay verdadera grandeza.

Denuedo vence a denuedo.

A los hombres les importa más, a los hombres que llegan con el deseo a donde no les llega el patriotismo, les importa más quedar primero que salvar la patria.

No es lo mismo, por cierto, pelear donde el enemigo se ha preparado para resistir que donde tiene que acudir imprevista y precipitadamente.

Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con una época o con una nación.

No hay faena más complicada y sutil que la del gobierno, ni cosa que requiera más práctica del mundo, sumisión y ciencia.

El genio es conocimiento acumulado.

Por toda suerte de condiciones habrá sido útil pasar, para ser benigno y justo, según diferentes normas, con los hombres de todas condiciones.

Han de tenerse en grado igual sumo la conciencia del derecho propio y el respeto al derecho ajeno; y de éste se ha de tener un sentimiento más delicado y vivo que de aquél, porque de su abuso sólo puede venir debilidad, y del de aquél puede caerse en despotismo.

Todo lo que vive se expresa.

Lo que se contiene se desborda.

Tiene artes increíbles la lisonja.

Los talentos, para ser eficaces, han de reunir en sí ambos sexos; el hombre, que invade; la mujer, clemente.

Obscurecerse es bien, si así se evita ensangrentar la patria.

A ciertos actos no es dado el ser entendido por ciertas mentes.

La grandeza lastima a los que no son grandes.

Se han de poner las esperanzas en lo que no se pierdan; jamás en hombres, escurridizos como las serpientes.

Los pueblos yerran en las horas de crisis que les turban el juicio; pero, en reposo, es admirable su justicia: ven el hecho, el carácter, el peligro, como entre nubes; pero lo ven; y si por el odio, el interés o el amor, suelen extremar o desviar sus opiniones, es lo más común que las tengan justas y seguras.

La Tierra tiene sus cráteres; la especie humana sus oradores. Nacen de un gran dolor, de un gran peligro o de una gran infamia.

Los oradores, como los leones, duermen hasta que los despierta un enemigo digno de ellos.

Sólo resisten el vaho venenoso del poder las cabezas fuertes.

El espíritu despótico del hombre se apega con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño, y una vez que ha gustado de este gozo, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando lo privan de él.

No mueren nunca sin dejar enseñanza los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que, bien entendida, viene a ser un curso histórico la biografía de un hombre prominente.

En la elevación de cada hombre, por más que pueda parecer injusta y casual, hay causas fijas y de gran cuantía, ya residan por fuerza original en el encumbrado, ya dominen por fuerza nacional en el pueblo que los encumbra.

Todo gobernante representa, aun en las formas más extraviadas y degradantes del gobierno, una fuerza activa y considerable, visible u oculta; y cae, cualesquiera que sean su poder y aparato legal, cuando esta fuerza cesa, o él cesa de representarla.

No hay en los pueblos cosa más real que sus gobiernos.

Las repúblicas tienen, como excrecencias de su majestad y gusanos de su tronco, sus callejuelas y sus pasadizos; y así como en las horas de tormenta el instinto seguro del pueblo le lleva a elegir por guía el águila que cruza con más serenidad el aire, sucede en las horas de calma, cuando las águilas reposan, que las ambiciones, hábiles de suyo y agresivas, se entran por donde duerme la verdadera grandeza, que sólo da cuenta de sí cuando un peligro digno de ella viene a despertarla.

En un país de pensamiento, sólo por las sorpresas de la guerra puede subir un hombre inculto al poder.

No hay espectáculo, en verdad, más odioso que el de los talentos serviles.

Quien lisonjea, manda.

Domina a los hombres el que aparenta servirlos, y tiene más seguro el mando aquel que no deja ver que lo desea, ni lastima la ambición, orgullo o decoro de sus émulos con el espectáculo de su presunción o soberbia.

Dos que han pecado juntos, son eternos amigos.

Cuando todas las noblezas se han obscurecido en el hombre, aún es capaz de la pasión de amigo, y se encarniza en ella, como para probarse que no es enteramente vil.

Si hay algo sagrado en cuanto alumbra el Sol, son los intereses patrios.

No hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna.

Jamás debe apartarse de los cuidados públicos, ni en los momentos de mayor paz, la gente honrada.

No debe abandonarse por descuido lo que habrá de reconquistarse luego a gran costa.

No hay furia mayor que la de los caudillos rivales de un mismo partido.

Hay pocas cosas en el mundo que sean tan odiadas como los hipócritas.

El decoro encalla donde la intriga sale ilesa.

Donde se plantan pudres no hay que esperar olores.

El que viola el derecho, la paz y la independencia de la casa ajena, es como un bandido y rufián de las naciones, a la que lo de cesárea y omnipotente no quitaría la mancha de criminal y de villana.

Quien ha sabido preservar su decoro sabe lo que vale el ajeno, y lo respeta.

El talento la naturaleza lo da y vale lo mismo que un albaricoque o una nuez; pero el carácter no; el carácter se lo hace el hombre; y con su sangre lo anima y colora, y con sus manos lo salva de tentaciones que, como sirenas, le cantan; y de riesgos que, como culebras, lo vahean.

El carácter sí es motivo de orgullo, y quien lo ostenta, resplandece.

Como mármol ha de ser el carácter: blanco y duro.

¿Qué es, por desdicha, la política práctica, más que la lucha por el goce del poder?

El lenguaje es humo cuando no sirve de vestido al sentimiento generoso o la idea eterna.

Los partidos desdeñosos con quienes los solicitan, acaban por solicitar a quienes los desdeñan.

El necio sólo confía en los meros poderes naturales.

Cada condición lleva consigo, como todo lo que existe en lo material o espiritual, una cantidad igual de vida o muerte.

Al poder se sube casi siempre de rodillas. Los que suben de pie son los que tienen derecho a él.

Todo lo que no sea virtud pura es a la larga apoyo deleznable en política.

De cada nuevo hervor sale más bello el mundo.

El ejercicio de la libertad conduce a la religión nueva.

¿A qué sino a desconfiar de la eficacia de la existencia han de llevar las religiones que castigan y los gobiernos tétricos?

Donde la razón campea florece la fe en la armonía del Universo.

El hombre crece tanto, que ya se sale de su mundo e influye en el otro. Por la fuerza de su conocimiento abarca la composición de lo invisible, y por la gloria de una vida de derecho llega a sus puertas seguro y dichoso.

Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión, que es una parte de ella.

Cada sacudida en la historia de un pueblo altera su olimpo.

La entrada del hombre en la ventura y ordenamiento de la libertad produce, como una colosal florescencia de lirios, la fe casta y profunda en la utilidad y justicia de la Naturaleza.

La salud de la libertad prepara a la dicha de la muerte.

Cuando se ha vivido para el hombre, ¿quién nos podrá hacer mal, ni querer mal?

La vida se ha de llevar con bravura y a la muerte se la ha de esperar con un beso.

En vano concede la Naturaleza a algunos de sus hijos cualidades privilegiadas; porque serán polvo y azote si no se hacen carne de su pueblo, mientras que si van con él, y le sirven de brazo y de voz, por él se verán encumbrados, como las flores que lleva en su cima una montaña.

Los hombres son productos, expresiones, reflejos. Viven, en lo que coinciden con su época o en lo que se diferencian marcadamente de ella; lo que flota, les empuja y pervade; no es aire sólo lo que les pesa sobre los hombros, sino pensamiento; esas son las grandes bodas del hombre: sus bodas con la patria.

Hay palabras de instinto, que vienen sobre el mundo en las horas de renuevo, como los huracanes y las avalanchas; retumban y purifican, como el viento; elaboran sin conciencia, como los insectos y las arenas de la mar.

La religión venidera y perdurable está escrita en las armonías del Universo.

Los hombres abandonan a los que se deciden a vivir sin adularlos.

El mejor modo de servir a Dios es ser hombre y cuidar de que no se menoscabe la libertad.

El amor de una mujer joven trastorna a los ancianos, como si volviera a llenarles la copa vacía de la vida.

La piedad es el sello de las almas escogidas.

Cuando la Naturaleza escribe "Grandeza", escribe "Ternura".

El que la nación educa, si no aprende para vil, debe dar la flor de su trabajo, la flor de su vida, a la nación.

Los hombres pueden levantar puentes más fácilmente que levantar almas.

Los hombres gustan de comer y de dormir, y se entretienen en cortarse las alas y en ver caer al polvo sus mejores plumas, en vez de ceñírselas a los hombros, como para tenderlas vía del Cielo.

Dos madres tienen los hombres: la Naturaleza y las circunstancias.

Dan de sí las épocas nuevos hombres que las simbolizan.

Ya no fabrican los hombres en el fondo del río, sino en el aire.

Cada siglo que pasa es un puñado más de verdades que el hombre guarda en su arca.

Cuando el hombre ha vaciado su espíritu, puede ya dejar la Tierra.

Ua mujer buena es un perpetuo arco iris.

El soldado es el único que puede cometer crímenes sin deshonrarse.

Dentro de la maldad se crean virtudes relativas.

Sólo saca de sí su fuerza entera el que vive en la arrogancia interior de ser querido.

No hay fraternidad más temible en las repúblicas que la de los militares, por cuanto, a más de fortalecerse por el interés común, viene de hechos heroicos que apasionan con justicia a los pueblos y hacen conmovedora y sincera la unión de los que los realizaron juntamente.

La muerte engrandece cuanto se acerca a ella; y jamás vuelven a ser enteramente pequeños los que la han desafiado.

El triunfar no está en ser, sino en lucir.

La guerra es poética y se nutre de leyendas y asombros.

La guerra no es serventesio repulido con ribete de consonante y encaje de acentos.

La guerra es oda. Quiere caballos a escape, cabezas desmelenadas, ataques imprevistos, mentiras gloriosas, muertes divinas. Quiere héroes que sepan echar la vida al aire, como el matador echa al brindar el toro la montera.

La muchedumbre humana es aún servil y ama al que vence.

El alma humana es como una caja de colores que, al sol de la gloria, resplandece.

Los cráneos están llenos de colores.

El hombre ama lo centelleante y pintoresco.

La caballería es como el gerifalte de la guerra moderna, en caer cuando no se la espera, en venirse con la presa en los dientes, en recogerse cuando lo quiere el cazador.

El valor crece a caballo. En el caballo hay gloria.

El mejor modo de hacerse adorar por los soldados, es no sacrificarlos sin necesidad y pelear a su cabeza.

Hay batallas sin sangre; batallas en que la sangre corre donde no se ve.

Los que desdeñan el arte son hombres de estado a medias.

La paz es el deseo secreto de los corazones y el estado natural del hombre.

Los defectos nacionales, como las virtudes, son elementos políticos.

Puesto que hay tanto hombre-boca, debe haber de vez en cuando un hombre-ala.

El deber es feliz, aunque no lo parezca, y el cumplirlo puramente eleva el alma a un estado perenne de dulzura.

El amor es el lazo de los hombres, el modo de enseñar y el centro del mundo.

Se debe enseñar conversando, como Sócrates, de aldea en aldea, de campo en campo, de casa en casa.

La inteligencia no es más que medio hombre, y no lo mejor de él.

No sabe de la delicia del mundo el que desconoce la realidad de la idea y la fruición espiritual que viene del constante ejercicio del amor.

El juicio madura la sensibilidad.

En lo corpóreo, como en lo del espíritu, la salud es indispensable a la belleza, y ésta, en el hombre como en el mundo de que es suma, depende del equilibrio.

La ciudad extravía el juicio, el campo lo ordena y acrisola.

Antes se aplaudía al gladiador que mataba, y ahora al que salva.

La vida es un himno.

La muerte es una forma oculta de la vida.

El sufrimiento es menor para las almas que el amor posee.

La vida no tiene dolores para el que entiende a tiempo su sentido.

Del mismo germen son la miel, la luz y el beso.

Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos con más verdad que por sus cronicones y sus décadas.

No puede haber contradicciones en la Naturaleza.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos?

Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara.

La poesía que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida.

El alma sólo se complace en lo bello y grandioso.

La libertad debe ser, fuera de otras razones, bendecida, porque su goce inspira al hombre moderno—privado a su aparición de la calma, estímulo y poesía de la existencia—, aquella paz suprema y bienestar religioso que produce el orden del mundo en los que viven en él con la arrogancia y serenidad de su albedrío.

La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del Universo.

El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que sólo ve la prisión que la encierra y cree, en la obscuridad, que aquello es el mundo; la libertad pone alas a la ostra. Y lo que, oído en lo interior de la concha, parecía portentosa contienda, resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo.

El átomo que crea es de esencia divina.

El acto en que se crea es exquisito y sagrado.

El hombre debe abrir los brazos, y apretarlo todo contra su corazón, la virtud lo mismo que el delito, la suciedad lo mismo que la limpieza, la ignorancia lo mismo que la sabiduría; todo debe fundirlo en su corazón, como en un horno.

Dese fuerzas a los hombres, en vez de quitarles con lamentos las pocas que el dolor les deja.

X

Del vol. "Amistad Funesta".

El alma humana tiene una gran necesidad de blancura. Desde que lo blanco se oscurece, la desdicha empieza.

La práctica y conciencia de todas las virtudes, la posesión de las mejores cualidades, la arrogancia de los más nobles sacrificios, no bastan a consolar el alma de un solo extravío.

Ni a las mujeres está bien eso de cubrirse la frente, donde está la luz del rostro.

Cuando se padece mucho no se desea un beso en los labios, sino en la frente.

Hay algo de tenebroso e inquietante en esas frentes cubiertas.

Gustan siempre los jóvenes de lo desordenado e imprevisto.

Mejora y alivia el contacto constante de lo bello.

Conviene tener siempre delante de los ojos, alrededor, ornando las paredes, animando los rincones donde se refugia la sombra, objetos bellos, que la coloreen y la disipen.

Hay cierto espíritu de independencia en el pecado, que lo hace simpático cuando no es excesivo.

Pocas son por el mundo las criaturas que, hallándose con las encías provistas de dientes, se deciden a no morder, o reconocen que hay un placer más profundo que el de hincar los dientes, y es no usarlos.

Todos aquellos placeres que no vienen directamente y en sazón de los afectos legítimos, aunque sean champaña de la vanidad, son acíbar de la memoria.

Tiene el sueño pesado, en cosas de grandeza, y sobre todo en estos tiempos, el alma humana.

¿Qué es la música, sino la compañera y guía del espíritu en su viaje por los espacios?

Sólo los que persiguen en vano la pureza, saben lo que regocija y exalta el hallarla.

La conversación con las damas ha de ser de plata fina, y trabajada en filigrana leve.

Los estudiantes son el baluarte de la Libertad, y su ejército más firme.

Las universidades parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles.

Una mujer sin ternura ¿qué es sino un vaso de carne, repleto de veneno?

XI

Del vol. "Ismaelillo".—"*Versos sencillos*".—"*Versos libres*".

El hijo de un pueblo esclavo
vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
todo es música y razón,
y todo, como el diamante,
antes que luz es carbón.

Cuando al peso de la cruz
el hombre morir resuelve,
sale a hacer bien, lo hace y vuelve
como de un baño de luz.

¡La eternidad de los hombres
es la gran pena del mundo!

El verso, dulce consuelo,
nace alado de dolor.

El suelo triste en que siembran lágrimas
dará árbol de lágrimas.

La culpa es madre del castigo.

Copa de mago que el capricho torna
en hiel para los míseros, y en férvido
tokay para el feliz. La vida es grave,
y hasta el pomo ruín la daga hundida;
al flojo gladiador clava en la arena.

No es hermosa
la fruta en la mujer, sino la estrella.

La tierra ha de ser luz, y todo vivo
debe en torno de sí dar lumbre de astro.

¡Sólo las flores del paterno prado
tienen olor!

¡Sólo las ceibas patrias, del sol amparan!

Como en vaga nube por suelo extraño se anda.

De carne viva y profanadas frutas
viven los hombres, ¡ay! mas el proscripto
de sus entrañas propias se alimenta!

Grato es morir; horrible vivir muerto.

XII

DEL VOL. "VERSOS".—"*Abdala*".—"*Amor con amor se paga*".

Cuando el amor o el entusiasmo llora,
se siente a Dios, y se idolatra y ora.

...Cuando se muere
en brazos de la patria agradecida,
la muerte acaba, la prisión se rompe;
¡empieza, al fin, con el morir, la vida!

...Cuando la gloria
á esta estrecha mansión nos arrebata,
el espíritu crece,
el cielo se abre, el mundo se dilata
y en medio de los mundos se amanece.

¡Mata, déspota, mata!
¡Para el que muere a tu furor impío,
el cielo se abre, el mundo se dilata!

Nadie inculpe jamás a los sedientos
sin calmar con el agua sus afanes:
nadie inculpe jamás a los hambrientos
sino acabando de ofrecerles panes.

¿Quién sabe en los placeres lo que llora?
¿Quién conoce la sangre en la sonrisa,
y el odio en el amor, y la dolora
en el bullente fondo de la risa?

Mujer, y flor, y llanto se fecundan
en hijos, en aroma, en musgo, en flores,
y el universo terrenal inundan
con la savia vital de los amores.

¡Espíritu, a soñar! Soñando, crece
la eternidad en ti, Dios en la altura!

El Cielo y el Infierno
hermanos son, hermanos en lo eterno.

...¿Cuándo el martirio
no fué en la frente la mejor corona?

Ceder es dominar: sé siempre tierna:
¡jamás serás vencida!

...¡Doma potros
y fieras, la caricia!

...el dolor, como la nieve,
mantiene en fuego el corazón que enfría.

¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere
luchando audaz por defender la patria!

Hombre incompleto es el hombre
que en su estrecho ser se pliega
y sobre la tierra madre
su estéril vida pasea,
sin besos que lo calienten
ni brazos que lo protejan.

XIII

Del vol. "Crítica y Libros".

Se hacen versos de la grandeza, pero sólo del sentimiento se hace poesía.

Es ley que honren y acaten a los poetas que no pasan, reyes que pasan.

Conocer diversas literaturas es el mejor medio de libertarse de la tiranía de algunas de ellas.

Embellecer la vida es darle objeto.

Salir de sí es indomable anhelo humano, y hace bien a los hombres quien procura hermosear su existencia, de modo que vengan a vivir contentos con estar en sí.

No hay para odiar la tiranía como vivir bajo ella.

Los hombres aman en secreto las verdades peligrosas, y sólo iguala su miedo a defenderlas, antes de verlas aceptadas, a la tenacidad y brío con que las apoyan luego que ya no se corre riesgo en su defensa.

La sátira es el homenaje que la medianía celosa paga siempre al genio.

El amor al arte aquilata al alma y la enaltece.

Sobre el placer de poseer lo hermoso, que mejora y fortifica, está el placer de poseer lo hermoso, que nos deja contentos de nosotros mismos.

Alhajar la casa, colgar de cuadros las paredes, gustar de ellos, estimar sus méritos, platicar de sus bellezas, son goces nobles que dan valía a la vida, distracción a la mente y alto empleo al espíritu.

Se siente correr por las venas una savia nueva cuando se contempla una nueva obra de arte.

La tristeza pone en el alma prematura vejez.

No hay nada más temible que los apetitos y las cóleras de los ignorantes.

Un libro, aunque sea de mente ajena, parece cosa como nacida de uno mismo, y se siente uno como mejorado y agrandado con cada libro nuevo.

Manda sólo, y mandará siempre de veras, el que haya traído consigo de la naturaleza el derecho de mandar.

Un cajista es un hermano; y como el brazo de los autores, que deben cuidar y mimar bien sus brazos.

La herencia en la vida animal es la transmisión de los elementos de una existencia determinada de un individuo a otro.

La vida es sutil, complicada y ordenada, aunque parezca brusca, simple y desordenada al ignorante.

La vida es una agrupación lenta y un encadenamiento maravilloso.

El genio es simplemente una anticipación: prevé en sus detalles lo que otros no ven aún en sus líneas mayores, y como los demás no ven lo que ve él, lo miran con asombro, se fatigan de su resplandor y persistencia, y lo dejan a que se alimente de sí propio, y sufra.

Las obras de los grandes creadores en arte están hechas de manera que, salvo el obscuro color que les da el tiempo, parecen obras de ahora: es que los grandes creadores ven lo eterno en lo accidental; por lo que sus obras perduran.

Cuando un pueblo se divide, se mata.

El ambicioso ríe en la sombra.

Literatura no es otra cosa más que expresión y forma, y reflejo en palabras de la Naturaleza que nutre y del espíritu que anima al pueblo que la crea.

Leer una buena revista es como leer decenas de buenos libros.

Preocupar a los pueblos exclusivamente en su ventura y fines terrestres, es corromperlos, con la mejor intención de sanarlos.

Los pueblos que no creen en la perpetuación y universal sentido, en el sacerdocio y glorioso ascenso de la vida humana, se desmigajan como un mendrugo roído de ratones.

Quien no comulga en el altar de los hombres, es justamente desconocido por ellos.

Mal va un pueblo de gente oficinista.

Esclavo es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él.

Emplearse en lo estéril cuando se puede hacer lo útil; ocuparse en lo fácil cuando se tienen bríos para intentar lo difícil, es despojar de su dignidad al talento.

Todo el que deja de hacer lo que es capaz de hacer, peca.

El avaro es el tipo esencial del egoísta; el héroe es el tipo esencial del altruista.

La vida espiritual es una ciencia, como la vida física.

Las cualidades de los padres quedan en el espíritu de los hijos como quedan los dedos del niño en las alas de la fugitiva mariposa.

La individualidad es el distintivo del hombre.

El que desentierra una ciudad merece más aplausos que el que la devasta.

Sólo hay en nuestros países una división visible, que cada pueblo, y aun cada hombre, lleva en sí, y es la división en pueblos egoístas de una parte, y de otra generosos.

Títulos dan los reyes; pero de ennoblecimiento de alma, ninguno mayor que el que se saca de los libros.

Las ideas purifican.

Venir a la vida usual después de haber estado del brazo con ellas por bajo de los árboles o por espacios azules, es como dar de súbito en el vacío.

¿Criticar qué es, sino ejercer el criterio?

La aristocracia intelectual viene de pensar y de padecer.

El arte no es venal adorno de reyes y pontífices, por donde apenas asoma la cabeza eterna el genio, sino divina acumulación del alma humana, donde los hombres de todas las edades se reconocen y confortan.

El que ajuste su pensamiento a su forma, como una hoja de espada a la vaina, ese tiene estilo.

El verso se improvisa, pero la prosa no; la prosa viene con los años.

Las épocas de construcción, en las que todos los hombres son pocos; las épocas amasadas con sangre y que pudieran volver a anegarse con ella, quieren algo más de la gente de honor que el chiste de corrillo y la literatura de café, empleo indigno de los talentos levantados.

La gracia es de buena literatura; pero donde se vive sin decoro, hasta que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla.

La literatura verdadera está en la observación de los tipos originales, y en la expresión fiel e intensa de lo que el autor ve dentro y fuera de sí.

Escribir no es cosa de azar, que sale hecha de la comezón de la mano, sino arte que quiere a la vez martillo de herrero y buril de joyería; arte de fragua y caverna, que se riega con sangre, y hace una víctima de cada triunfador; arte de cíclope lapidario.

El sacrificio es un placer sublime y penetrante.

El desinterés es la ley del genio y de la vida.

Los pueblos son como los árboles, que no los conoce bien, ni sabe de los injertos que les puedan convenir o dañar, sino quien los conoce desde las raíces.

Quien en sí condensa un pueblo, es digno de figurar entre los que van a su cabeza.

Ningún espíritu extraordinario ama por sí, sino por no causar dolor a los que le han hecho la merced de quererlo.

La tierra está llena de espíritus. El aire está lleno de almas.

El que de su pueblo reniegue, de las propias alas de su cerebro y entrañas de su entendimiento sea, como un ladrón, privado.

Los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende, ¿no ven que con eso reconocen que no tienen patria, ni espíritu propio, ni son más que sombras de sí mismos, que de limosna andan vivos por la tierra?

Por cada siglo que los pueblos han llevado cadenas, tardan por lo menos otro en quitárselas de encima.

En este mundo no hay nada de verdadero más que la nobleza y la hermosura.

No es posible vivir en la tragedia perpetua, ni sin ella.

Contra la verdad, nada dura; ni contra la Naturaleza.

Un libro es estopa y espuma si no arranca naturalmente del carácter.

LA PROPAGANDA POR LA GUERRA EN CUBA

La Comisión Nacional de Propaganda por la Guerra y de Auxilio a sus Víctimas ha organizado, de acuerdo con la Academia Nacional de Artes y Letras, un concurso al cual convoca a todos los músicos, poetas y pintores de la República. He aquí las bases:

I.—CONCURSO LITERARIO

A. Se concederá un premio de doscientos cincuenta pesos ($250) *a una poesía de metro libre inspirada en la libertad del mundo, como finalidad que persiguen las naciones aliadas en guerra contra los Imperios Centrales.*

B. Se concederá otro premio de doscientos cincuenta pesos ($250) *a una poesía, también de metro libre, inspirada en el gesto de América al unirse a las naciones aliadas en la lucha por la libertad.*

C. Ambas poesías deberán tener una extensión no mayor de ciento cincuenta versos ni menor de setenta y cinco. Los concursantes enviarán cinco copias del original escritas a máquina, dirigidas a la Sección de Literatura de la Academia Nacional de Artes y Letras, altos de la antigua Estación de Villanueva, antes de las cinco de la tarde del día 11 de octubre de 1918, en que quedará cerrado el concurso. Dichas copias se enviarán anónimas, bajo un sobre con un lema, y en otro sobre con el mismo lema, cerrado y lacrado, una tarjeta con el nombre del autor.

D. Un Jurado compuesto de los cinco miembros de la Sección de Literatura de la Academia Nacional de Artes y Letras, doctores Antonio S. de Bustamante, Rafael Montoro, José Manuel Carbonell, Miguel de Carrión y Ramón A. Catalá, otorgará los premios a que se refieren los incisos A y B a las mejores de las poesías presentadas, teniendo en cuenta su mérito relativo.

II.—CONCURSO DE PINTURA

A. La Sección de Pintura de la Academia Nacional de Artes y Letras designará a diez artistas de notoria reputación, a cada uno de los cuales se encargará un cartel inspirado sobre temas relacionados con los fines que persigue esta Comisión. Estos carteles deberán tener un tamaño de un metro de alto por ochenta centímetros de ancho, y se deja a la libre inspiración del autor el desarrollo del asunto, debiendo incluir en él la frase o lema que haya de darle carácter. A cada uno de los autores de estos carteles se les abonará la suma de ciento cincuenta pesos ($150) *como compensación a su trabajo.*

B. Un Jurado compuesto de los cinco miembros de la Sección de Pintura de la Academia Nacional de Artes y Letras, señores Armando Menocal, Francisco Henares, José María Soler y Sras. Dulce María Borrero de Luján y Elvira Martínez de Melero, otorgará un premio consistente en ($200) doscientos pesos moneda nacional *al autor del cartel que haya interpretado mejor el pensamiento de la Comisión.*

III.—CONCURSO DE MÚSICA

A. Se concederá un premio de cuatrocientos pesos moneda oficial ($400) *al autor de un himno a la Libertad, para Gran Banda Militar, de carácter épico, de forma libre y de una extensión de 50 compases como mínimum.*

B. Se concederá un premio de trescientos pesos moneda oficial ($300) *al autor de una Marcha Militar para Banda, de carácter patriótico y popular, con letra adecuada elegida libremente.*

C. Los concursantes deberán enviar a la Sección de Música de la Academia Nacional de Artes y Letras, altos de la antigua Estación de Villanueva, una partitura de cada una de las dos obras a que se refieren los incisos A y B, así como todo el material de Banda necesario y una reducción fácil, para piano, en el caso del inciso A, y para canto y piano en el del inciso B, antes de las cinco de la tarde del día 11 de octubre de 1918, en que quedará cerrado el concurso. Ambas composiciones se enviarán anónimas, bajo sobre con un lema, y en otro sobre con el mismo lema, cerrado y lacrado, una tarjeta con el nombre del autor.

D. Un Jurado compuesto de los cinco miembros de la Sección de Música de la Academia Nacional de Artes y Letras, señores Guillermo M. Tomás, Emilio Agramonte, Hubert de Blanck, Rafael Pastor y Benjamín Orbón, se encargará de otorgar los premios a que se refieren los incisos A y B.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVIII. Habana, octubre de 1918. Núm. 2.

DOS ARTÍCULOS DE MARTÍ (*)

LA SOLUCION

EL gobierno de la República es un gobierno nuevo; nueva, pues, y lógicamente distinta de las anteriores, ha de ser su política en los asuntos cubanos.

No he de andar aquí pródigo de comentarios. Tan rápidamente se precipitan los sucesos; tanta luz de verdad los ilumina, que más que yo ellos han de decir lo que *La Cuestión Cubana* entiende, como yo lo entiendo, y lo entienden todos los que inspiran su patriotismo en las necesidades de su patria y la razón.

(*) A la bondad del señor Director de la Biblioteca Nacional, nuestro estimado amigo D. Domingo Figarola-Caneda, debe CUBA CONTEMPORÁNEA la satisfacción de ofrecer a sus lectores estos dos admirables artículos de José Martí. No aparecen en ninguno de los volúmenes que del Maestro editó Gonzalo de Quesada; y creemos, como quien nos ha hecho la merced de facilitárnoslos, que en Cuba no son conocidas estas fogosas páginas publicadas, respectivamente, en el periódico *La Cuestión Cubana*, de Sevilla, España, números del 26 de abril y 26 de mayo de 1873.

Que la divulgación de estos dos valientes y valiosos trabajos, donde aparece Martí, como siempre, luchando por la independencia de Cuba, sea como un homenaje a la excelsa memoria del que fué alma de la Revolución de 1895, y también a la inolvidable de cuantos iniciaron hace medio siglo, con la gran Revolución de los Diez Años, la incesante, cruenta y tenaz brega por el establecimiento de la República en nuestra patria; homenaje que CUBA CONTEMPORÁNEA les rinde de todo corazón, en el cincuentenario de la gloriosa fecha del 10 de octubre de 1868, al propio tiempo que honra este número publicando un excelente retrato del inmortal caído en Dos Ríos.

Ni hemos de necesitar insistir en la exigencia de que el gobierno que promete al país el planteamiento de un sistema regenerador, lo plantee en lo que a Cuba toca con toda la lógica precisa y toda la honradez valerosa que el sistema que promete reclama. Harto vacilante anda el Gobierno, harto tímido en todo lo difícil, harto silencioso en la cuestión de Cuba, para que no temamos que esta vez, como tantas otras veces, el clamoreo de la honra de oro se imponga y apague la voz de la verdadera honra. ¡Tanto se ha extraviado la firmeza de sus convicciones! ¡Tanto olvidan siempre, por exigencias extrañas, convicciones propias los que en España disponen del poder! ¡Tanto tememos de quien hasta ahora vacila, de quien vacila todavía en dar a la cuestión ensangrentada de la Antilla el carácter que necesariamente se desprende del sistema nuevo que ha entrado a gobernar!

*

O es vigoroso, o está mal seguro de su vigor el Gobierno.

Si sabe que es fuerte, si sabe que él es el país, si sabe cómo los hombres enérgicos y honrados llevan en todas las cuestiones el sistema a la práctica, si sabe que sólo así conquistan los gobernantes respeto y gloria; si todo eso sabe, y autoriza todos los tremendos dolores de la Isla, y los auxilia, y los prosigue, el Gobierno será entonces cobarde,—más que cobarde será el Gobierno.

Si sabe lo que su deber le impone, y cree que debe cumplirlo, y no lo cumple, confiesa así que vive vida mísera, sin fuerza y sin vigor.

¿No impone el sistema republicano, el sistema del respeto a las decisiones del sufragio, deberes al Gobierno en la cuestión de Cuba, deber de reparar males pasados? Traidor a la República será el Gobierno, traidor al sentimiento de humanidad, traidor a las necesidades de su conciencia, traidor a la dignidad y a la honradez, si no cumple todos los deberes que el sistema de la República impone.

¿No es razón la República? ¿No es sufragio? ¿No es respeto a la decisión popular? ¿No es libertad para los que merecen ser libres? ¿No es manera patriótica—que no ha de excluir para serlo lo justo ni lo recto—de resolver las cuestiones que las simpatías de los pueblos republicanos acogen y secundan?

O así resuelve estas cuestiones el Gobierno, o así respeta el sufragio, o así va a buscar sus determinaciones para el pueblo en lo que el pueblo decida, o desmiente, si no lo hace, todos los derechos que la alimentan, todos los principios que la fundan.

*

La honradez no es la debilidad, no es la cobardía, ni es el consejo pusilánime que se pide a los adversarios, ni la resolución que se inspira en lo que los adversarios quieren.

La honradez es el vigor en la defensa de lo que se cree, la serenidad ante las exigencias de los equivocados, ante el clamoreo de los soberbios, ante las tormentas que levanten los que entienden mejor su propio provecho que el provecho patrio.

Cuba se alzó, con más fe republicana que España, porque se alzó antes que ella, para conquistar los mismos derechos que la República conquista. ¿Qué tiene entonces que combatir España en Cuba?

Pero dicen que Cuba se alza, no por la República sólo, sino por la República contra España. ¡Cómo! Y ¿queréis vosotros, los hijos del sufragio y de la razón, gobernar a Cuba contra la razón y contra el sufragio, dominar a Cuba por la devastación y por la fuerza?

¡Cómo! ¿Vosotros, hijos de la República, ahogareis en sangre la petición de Cuba, petición de derechos y libertades republicanas? ¡Fratricidas e infames si por más tiempo la ahogáis!

Pero dicen que Cuba tuvo razón cuando se alzó contra España opresora y monárquica, que Cuba no tiene razón ahora que se alza contra España liberal y republicana. Y ¿por qué no os alzasteis al mismo tiempo que ella? ¿por qué no defendisteis con ardor sus libertades? ¿por qué no tuvisteis siquiera el valor de decir que tenía razón? ¿por qué fuisteis tan complacientes con la infamia? ¿por qué queréis que un pueblo que sabe defender con tanta energía su independencia, quede sujeto a la suerte de un país cuya salvación ni vosotros mismos podéis conseguir; que un pueblo tan decidido y tan firme se conserve contra su voluntad subyugado a un pueblo que no tiene en sus mismas cuestiones decisión, firmeza?

Y sobre todo: sobre estas razones de tiempo, sobre todos estos

derechos adquiridos por constancia y por los años que quiso Cuba adelantarse a vosotros, ¿vale la posesión de Cuba que la posean contra su voluntad, por derecho de sangre y por la fuerza, por un nuevo derecho de conquista, si execrable en todos los tiempos, doblemente en vosotros execrable?

Si queréis poseerla así, si podéis seguirla poseyendo, poseedla. Yo tendría un remordimiento eterno en conservar aquello cuya conservación me costara verter sangre noble y vigorosa de hermanos míos.

*

Y no podría tampoco el Gobierno evitar que al fin lograse Cuba la independencia por que lucha.

Si la escasez de las desventuradas tropas no bastara, las cuestiones tenebrosas de Hacienda bastarían.

Tropas desventuradas las que allí van a morir, tropas engañadas, que no combatirían si supieran bien por qué combaten, como no os atreveríais a combatir vosotros, hijos de la República que estáis en el poder,—porque sería demasiado peso de infamia para vuestra historia de mañana. Y enviáis, sin embargo, hermanos nuestros, enviáis españoles a que luchen y a que mueran por lo que vuestra conciencia os dice que no deben luchar ni morir, por lo que vosotros—yo os lo vuelvo a asegurar—no tendríais decisión bastante para luchar jamás.

*

El Gobierno no ha podido enviar este año a Cuba, no ya refuerzos para continuar la lucha, sino los soldados necesarios para cubrir las bajas. Los insurrectos, sin embargo, no ceden en su empeño, y se muestran ahora más que nunca fuertes y potentes.

El Gobierno necesita enviar, pues, para dominarlos, algo más que las tropas suficientes para que repararan las bajas del ejército. Los insurrectos de Cuba también reciben soldados nuevos que reparan las bajas en su filas, si no tan abundantes en número, equilibrados con ellos por la protección del clima a que están acostumbrados, de los naturales que los aman, y del entusiasmo fecundador que los anima.

Enviando, por tanto, el número exacto de soldados para

cubrir bajas, el Gobierno no lograría más que mantener la guerra en el mismo estado en que la ha mantenido hasta hoy.

¿A qué demostrar que para tener alguna probabilidad de triunfo contra aquel pueblo que ni cede, ni teme, ni descansa, había de enviar el Gobierno refuerzos de tropas, mayores que los que en vano le han pedido de Cuba?

Y no ha enviado estos refuerzos, no ha enviado siquiera el número necesario para reponer las pérdidas de las tropas: no ha enviado más que una parte pequeña del número pedido, como indispensable, de Cuba.

Los insurrectos han recibido refuerzos por su parte. Y yo aseguro al Gobierno que no serán estos refuerzos los últimos que reciban.

El Gobierno, pues, hoy por hoy, no consigue mantener en Cuba, como hasta ahora la mantuvo, la guerra; no sólo no ha podido enviar número bastante de soldados para aumentar sus probabilidades de victoria, sino que ni aun ha podido enviar el necesario para reponerse de sus pérdidas pasadas.

Y no se diga que quizás contribuya a esta escasez la necesidad de mantener las tropas en España por la sublevación carlista. ¿Permitirán, acaso, terminada la sublevación, las discordias de España que en largo tiempo se separe de ella el escaso ejército que hoy paga el Estado? Para España no podría desaparecer sin riesgo de correr gravísimos peligros.

No se diga que los voluntarios retribuidos suplirían al ejército que estuviese atado a la Península por sus contiendas continentales. ¿Daría el alistamiento nuevo más resultados que los que ha dado hasta ahora? No los daría, que la retribución no basta ciertamente a borrar de los voluntarios el temor de perder infructuosamente sus vidas.

Ni se diga tampoco que la guerra de Cuba concluirá ahogada por un alzamiento nacional. La nación no se alzaría, porque andan en España muy divididas las opiniones sobre Cuba, porque no pocos admiran la resistencia heroica de los cubanos, porque muchos entienden la justicia de su alzamiento, porque es cosa ya rara que alguien le niegue algún derecho para levantarse.

La nación no se alzaría, puesto que la nación es republicana, como asegura el Gobierno de la República; y si sus compromi-

sos especiales pueden estorbar al Gobierno, la nación, que sólo tiene compromisos con su honra, no querría mancharse con mancha de fratricidio.

No se alzaría la nación. Y si se alzara engañada, no tardaría en volver arrepentida sobre sus pasos, como quisieron volver al llegar los voluntarios catalanes republicanos, aquellos voluntarios que lenguas del Gobierno dicen, y el Gobierno sabe que dicen bien, que fué necesario prender antes de salir a campaña por sus manifestaciones favorables a la insurrección, arengar y sofocar su permanencia en La Habana, y volver a traer presos más tarde, cuando hubo, según lenguas del Gobierno dicen, alguno que no quiso *pelear contra sus hermanos.* Y no diré yo que muchos se pasaron al campo de la insurrección, porque no podría confirmarlo ni probarlo.

Y, al fin, si la nación engañada se alzara, la emigración cubana se alzaría; lo que en algunos ha sido hasta ahora simpatía ferviente, sería entusiasmo que correría a luchar; los que hasta ahora fueron sostenedores con su peculio, serían entonces sostenedores con su sangre; todos los que no luchan irían de una vez, e irían a un tiempo, y no tardarían mucho en ir, a reunirse con los que luchaban ya; y caerían potentes y rápidos y compactos sobre la nación alzada; y no es probable que se alce, que no podría por su parte caer sobre Cuba tan rápida y compactamente como ellos; que no podría llevar a Cuba, España desconfiada y desmembrada como está, ese inmenso ardor patriótico y ese empuje soberbio y vigoroso que sólo tienen las guerras en que los pueblos luchan por conseguir al fin su independencia.

¿No recuerdan los españoles cómo lucharon ellos contra los franceses? Así luchan, así lucharán siempre, así lucharían los insurrectos contra ellos.

¿No saben ya los españoles cómo una guerra de independencia es invencible; cómo si cae una vez subyugada y vencida, ayudada por la experiencia primera, exaltada por las victorias de los déspotas, se alza otra vez con más potente impulso y más seguros y decididos movimientos?

Aunque la nación se alzara, no vencería, pues, la voluntad unánime de Cuba.

Aunque la venciera, la voluntad que no se extermina, sino se comprime y se subyuga, surgiría de nuevo con todo ese vigor y esa potencia con que surgen las cosas comprimidas.

A más, es malvado que la República combata a la República, sólo porque la combatida tuvo el valor de despertar primero que ella a los latidos de su corazón esclavo y torturado.

Es repugnante, a más, es cruel, es imposible que la República de España conserve tierras por execrables derechos de conquista.

Y es también cosa de rudísima crueldad en los españoles que envíen otros españoles empujados e inconscientes a combatir por lo que los que los envían no se atreverían a combatir jamás, por lo que los míseros españoles empujados, españoles pagados para matar y dejarse matar, no combatirían por cierto si alguna vez supieran qué era lo que combatían.

Y habrá quien se lo haga saber.

Y he de hacer ahora brevísimas consideraciones sobre el estado de la Hacienda.

De dos Tesoros podría surgir alimento para los gastos de la guerra en Cuba. Podría pagarlos la Hacienda de la Península. Podría seguirlos pagando, como hasta aquí, la Hacienda de la Isla.

Los peninsulares de la Isla, interesados primero en el triunfo del Gobierno—y yo no me he de ocupar en hablar de aquellos altos Jefes españoles de voluntarios a quienes altos miembros del Casino Español han dicho en los periódicos peninsulares que son ellos de aquellos que, fingiendo ardor por extinguir la insurrección, la alimentan porque les produce, y enriquecen rápidamente a su sombra—; los peninsulares, excepto éstos, de la Isla son los llamados a agotar todos sus recursos para aplicarlos a las necesidades de la lucha. Pero, ¿durarán mucho tiempo los recursos de los peninsulares antillanos? ¿Querrían prestarlos por más tiempo de los que con tantos afanes han logrado para sí, y de los que a cuenta de mayores adelantos después de la victoria han dado hasta hoy, seguros de ella, los que ya dudan y desesperan, y no ocultan por cierto su desconfianza? ¿Se ha cubierto el *empréstito voluntario*? ¿No se rebelan contra el *empréstito forzoso?* ¿Acaso no es verdad que

del empréstito de veinte millones sólo se han reunido siete millones y medio? ¿Acaso no es verdad que ese empréstito se anunció como de urgencia tanta, que sin él no era posible terminar la guerra, y que con él se terminaría? ¿Acaso no es verdad que, a pesar de este angustioso llamamiento, no se ha cubierto más que la tercera parte del empréstito?

¿No muestra esto la desconfianza de los peninsulares de la Isla en el triunfo? ¿No dice esto de clarísima manera lo que puede esperar ya la lucha, si dura con algún tiempo, del Tesoro de la Isla, alimentado hasta hoy por los que hoy se niegan ya a alimentarlo?

El Gobierno en Cuba ha pedido sin éxito la acogida a un esfuerzo supremo para terminar la guerra. El esfuerzo supremo no ha sido ayudado por la parte del país que lo había de apoyar. El Gobierno, pues, no puede imponer a la guerra sino la marcha lenta e imponente que este fracaso económico arrastra.

Y esto respecto a la Hacienda de la Isla. Y esto, si es para España desconsolador, no es por eso menos real. Todos saben que esto es real. Busquen, pues, la solución digna,—que en la guerra de mi patria sólo hay una digna solución a la catástrofe cercana del crédito en la Antilla.

*

Pero, ¿puede mantener la guerra este exhausto y mísero Tesoro peninsular? ¿este Tesoro sobre el que pesan los intereses escandalosos de la deuda, no menos escandalosos que impacientes,—este Tesoro que no logra, a pesar de los empréstitos constantes que realiza, cumplir con las obligaciones que marca el presupuesto de la Península?

No podría en verdad, el Tesoro de la nación, que no puede cubrir las más urgentes necesidades de España, sostener aquellos crecidísimos gastos de la guerra de Cuba, allí donde la guerra absorbe cantidades tan considerables, mucho más considerables aun cuando hubiese de sostenerla con dinero del Continente, que en manera alguna podría guardar relación con la rápida formación y fecundos intereses de los capitales americanos.

¿Realizaría un nuevo empréstito España para sofocar la



José Martí.

1853-1895

guerra de Cuba? Lo realizaría, tal vez; pero, atendiendo a la extraordinaria falta de relación entre los exorbitantes gastos de guerra en la Antilla y el capital de Europa, por crecido que fuera el empréstito—y no anda por cierto seguro de sobra de crédito el español para que pudiese lograrlo muy crecido—, no bastaría al mantenimiento de la guerra durante todo el tiempo necesario para la derrota completa de la revolución, si es que alguna revolución puede ser derrotada.

El empréstito no lograría sostener la guerra. Ayudaría entonces a sostenerla el espíritu peninsular antillano, reanimado de seguro ante el aumento del Tesoro para los gastos de la lucha. Pero la guerra seguiría, como a pesar de las inmensas sumas invertidas hasta hoy, y el número considerable de cadáveres sepultados en la Isla, sigue indomable y potente; los recursos del empréstito concluirían, volvería la desanimación de los peninsulares, y tornarían las cosas de nuevo al estado en que hoy tan pesadamente se mueven, y aumentando el oscuro porvenir de esta tierra con un empréstito más. Y cuenta que todo esto podría suceder habiendo soldados que lucharan.

*

Difíciles y sombríos son los problemas que al Gobierno afligen en la cuestión de Cuba; pero sólo son sombríos y difíciles en tanto cuanto el Gobierno no tenga la virtud de la resignación y la energía de la virtud.

No repito ya que sea fratricida e impía la guerra de la República Española contra Cuba, no quiero repetir que es ahora más que nunca execrable e infausta; no quiero decir más, que temo que a la honra legítima y sagrada se sobreponga una vez más el clamoreo de la honra de oro; ni diré tampoco que, en honradez y justicia, el Gobierno no puede dar a la cuestión cubana más solución que aquella que unánime e inflexiblemente le señala el pueblo indomable de Cuba. Ni he de preguntar más al Gobierno si alguna vez no se confunde, si algún momento no se espanta, si en ciertos instantes no siente deseos angustiosos de morir, cuando piensa que sigue enviando españoles a que mueran, que siguen muriendo por conquistar un derecho supremo los republicanos de Cuba; que él podría con valor in-

signe y glorioso terminar tanto dolor, que ya es culpa suya toda la sangre que se vierta!

¡Ah! Pero el esfuerzo supremo es la independencia de Cuba!

¡Sí! Es la independencia; castigo tremendo de vuestros seculares errores de colonización, de vuestra política absolutista de conquistadores en tiempo de libertad, de vuestra opresión sin límite en lo dura, y sin descanso en lo cruel. ¿Cómo os atrevéis a combatir en los demás, como culpa, que combatan una culpa que fué vuestra, que como vuestra culpa reconoció?

Sí. Es la independencia el esfuerzo supremo de mi patria, porque se siente unida en una aspiración, fuerte, compacta, potente, ilustrada, rica, amada, requerida por la más fecunda prosperidad; y España dividida, desmembrada, en la política desmoralizada, en la administración corrompida, en la industria atrasada, en el comercio pobre, en todo devastada y decaída, no puede llevarla allí donde sus fuerzas vírgenes la arrastran, allí donde el comercio y el cuidado de un mundo nuevo y floreciente la atraen con invencible poder.

Sí. Es la independencia la aspiración unánime de Cuba, porque Cuba no quiere subyugar su vida joven y robusta a la vida débil y roída que arrastra la nación en el Continente; porque no quiere verse de nuevo sujeta, como España, a que un cambio político la arranque sus derechos como provincia española, si admitiera serlo, y la vuelva al estado mismo de postración y de riqueza infame en que la dominación de España la sujetaba y oprimía.

Potente, vigorosa, rica, ¿cómo pretendéis con razón que se someta a un país que ni prosperidad, ni vigor, ni potencia le brinda, porque en vano los busca para sí?

La monarquía pagó sus pecados inmensos con su caída del trono. Justo es que España pague sus pecados coloniales con la independencia de mi país, que no supo administrar ni hacer feliz, que ha devastado y ensangrentado sin piedad y sin compasión en la guerra.

*

Y ¿no creéis justo que recojáis vosotros el fruto de los pecados de la monarquía, vosotros que habéis trabajado por la ventura de vuestra patria?

Pues ¿cómo os atrevéis a tachar de injustícia que nosotros pretendamos recoger el fruto de vuestros pecados coloniales —pecados que no tenéis medio alguno de corregir—, nosotros que hemos trabajado por lo que entendemos que es la ventura y la prosperidad de Cuba?

LAS REFORMAS

Cuando Cuba estaba en paz, cuando la crueldad no la había exasperado por completo, cuando las divisiones no se habían ahondado, cuando los principios no se habían ahogado en sangre, eran lógicas, necesarias, imprescindibles las reformas. Así lo reconocen hoy los que se arrepienten de no haberlo conocido antes.

Ahora que la opresión ha provocado la guerra, ahora que la exasperación es completa, ahora que el cadalso ha sido la compasión, la crueldad el aspecto único, la sangre la única razón, todo se ha extremado, todo ha crecido, todo se ha precipitado; ahora es lógica, es necesaria, es imprescindible la independencia. Reconózcanlo así los que no creen, para que luego no se arrepientan por no haberlo reconocido antes.

Y es duro y es tremendo tener que arrepentirse de no haber sido justo, cuando la justicia podía evitar la muerte de los hombres.

*

La independencia es necesaria. No pasan en vano las revoluciones por los pueblos. No puede un pueblo enérgico ser igual a un pueblo al que falta la energía; no puede ser el mismo el estado de un país devorado en silencio por la sinrazón, al país potente y vigoroso que se ha lanzado a las armas, y las ha sostenido, y las ha arrancado, para pelear, de las manos de sus enemigos,—y fué generoso con ellos, y vió que eran crueles para él, y dió libertad a los prisioneros, y vió que mataban a los suyos, y vió que le devolvían cadáver a aquel que habían mandado como mensajero de paz, y supo luego que habían violado sus mujeres, y asesinado a sus hijos, y matado a sus ancianos, y

henchido de espanto todo aquello que había sido para él felicidad y respeto y alegría.

Pues si las revoluciones no pasan en vano por los pueblos, si un pueblo antes de la revolución no puede ser después de ella como era, si no puede olvidarse jamás una revolución ensangrentada, ¿cómo ha de ser ahora lógica—en situación distinta—la solución que lo era entonces? ¿Cómo, si las reformas eran entonces necesarias, han de ser bastante ahora?

Pasarían entonces en vano las revoluciones para los pueblos.

*

Cuba quería antes las reformas, avisaba a España de su necesidad, marcaba a España la manera de conservarla todavía. Cuba, antes de lanzarse a la lucha, avisó a España que iba a luchar.

España creyó que podía burlarse aún de la exasperada Antilla; creyó que la necesidad imprescindible puede vivir mucho tiempo de la prudencia; creyó que los dolores desgarradores y supremos se curan con las promesas de esperanzas, promesas crueles que arrojaban de las Cortes a los diputados, que hacían alarde culpable de fuerza cubriendo con una contribución crecidísima la petición cariñosa de libertad, promesa como aquella de abolir la esclavitud en las Antillas, cobardemente convertida en Puerto Rico en la manera de eludir la promesa por tres años.

Entonces, para curar el despecho, para no irritar a los prudentes, para no exaltar a los generosos, para dar al fin un tanto de ventura al que con tanta mansedumbre la pedía, eran las reformas para Cuba sistema de imprescindible aplicación. Entonces...

Pero el despecho fué irritado, la justicia fué olvidada, la mansedumbre escarnecida, la Isla más vejada. Y como consecuencia lógica, y como necesidad justificada, y como razón única ante la insolencia de la crueldad, Cuba exigió por las armas lo que pidió en vano por la paz, Cuba exaltó a sus hijos en la necesidad de su ventura; Cuba creyó que la energía podría lograr del dueño aquel intento justísimo que la paz no había logrado.

España llamó entonces a la justicia traición, a su ambición causa sagrada, a las necesidades de Cuba, infamia de sus hijos.

España no quiso reconocer nunca que para los hombres que nacen en la tierra en que el cielo se parece tanto a la libertad, vida de libertad es la única que asegura la paz y el amor.

Cuba tuvo que alzarse en armas para conseguir de España las reformas.

La España monárquica ahogó en sangre las peticiones de Cuba, como la España republicana las ahoga ahora; y esto es vergüenza e indignidad para la República.

Lógico es que Cuba se alce ahora en armas para conseguir su independencia.

Lógico es que Cuba pida su independencia, ahora, alzada sobre los cadáveres a que España ha arrebatado la vida porque combatían por la libertad.

*

Es lógica terrible para España, pero es lógica.

Y las reformas eran justas. Eran justas todas las que Cuba pedía, eran justas muchas reformas más, porque Cuba no llegó a pedir nunca todas las reformas que hoy pide para Cuba un ministro español.

Luego aquella causa era santa; luego el gobierno sabe que ha matado a unos mártires; luego está cerca de la infamia el gobierno que lo sabe y los mata; luego los cubanos que han muerto, han muerto asesinados; luego es espantoso que se les quiera seguir asesinando.

¡Ah! El gobierno no tiene medios para evitarlo. Triste gobierno que no tiene potencia para evitar que se mate; que no tiene energía bastante para evitar su vergüenza.

¿Acaso un gobierno puede dispensarse de ser honrado porque es gobierno?

¿Acaso hay consideración que valga más que la honra?

¿Acaso Salmerón no pide para Cuba lo mismo que Cuba ha pedido, casi todo lo que Cuba pide hoy?

¿Acaso Salmerón no entiende que Cuba ha llegado a su período de emancipación, como han llegado todas las colonias que saben morir durante cuatro años ante el ejército numeroso de

una potencia que no los vence, ni los doblega, ni humilla, ni altera su decisión?

¡Ah! Cuando se quiere ser libre, es infamia combatir a los que han merecido serlo, es infamia combatir a la libertad.

*

Yo iba a decir que las reformas eran ya tardías.

Si antes de la Revolución eran justas, si eran necesarias antes de que existiese la Revolución, después de la Revolución era necesario algo más que las reformas.

Y si el reconocimiento tardío de la necesidad ha traído la situación de mi patria a extremo tan lamentable para España, ¿por qué se empeña en hacerlo más lamentable todavía, no queriendo reconocer lo que ha de reconocer al fin?

¡Nación triste, condenada a verter siempre la sangre de sus hijos en empresas de violencia y de opresión!

*

La República vive, y en Cuba se mata en su nombre.

¡República tenebrosa esta que mata todavía por algo que no sea su propia independencia, causa única para que una guerra republicana sea honrada y santa!

*

Cuba ha pensado así. Cuba cree ya que la independencia es su única ventura, su único deseo, su única necesidad. ¿Qué va a hacer España ante esta enérgica resolución?

Comprendo que pretenda disuadirla, aunque sé yo que no la disuadirá, y pretendiéndolo será honrada todavía.

Pero no comprendo que siga combatiendo en América a los que luchan por lo que ella luchó en Europa.

No comprendo que la obstinación de una República valga la muerte de tantos hombres.

No comprendo que ante la verdadera honra española, valga la posesión de Cuba para España más que la vida de sus hijos, más que el acatamiento a la justicia, más que la necesidad de no ser opresora, más que el triunfo de todas las augustas ideas republicanas.

La tranquilidad es imposible: el silencio es criminal.

¿Quiere España conservar a Cuba? Sólo podrá conservarla por derecho de conquista, por derecho de fuerza, por el exterminio de sus hijos, por la devastación de la comarca,—"sólo así podrá conservarla".

Y no—¡no!—, no será tan infame la República que lo quiera.

José Martí.

EL CLERO EN LA REVOLUCIÓN CUBANA



ADA vez sienten más los pueblos la necesidad de nacionalizar sus instituciones; como que de ello dependen la buena marcha política y administrativa de los gobiernos, y la armonía, el bienestar, la solidaridad y los progresos sociales.

Es el clero una de esas instituciones que, por su espíritu y tendencias contrarios al avance de las ideas y renovación de todo lo existente, y por sus fines e intereses contrarios a los de la sociedad civil a cuyo amparo vive, requiere mayor cuidado y vigilancia por parte de los poderes públicos.

En Cuba el problema clerical ofrece mayores dificultades y reviste más gravedad que en otras partes. En Francia, Alemania, Austria y España, por ejemplo, los sacerdotes o ministros religiosos son franceses, alemanes, austriacos, españoles, respectivamente, y la lucha entre el poder civil y el eclesiástico no es tan enconada ni difícil; porque aunque se debaten intereses distintos y de clases, en el fondo todos esos intereses son nacionales. Pero aquí, entre nosotros, no sucede así. El clero y las órdenes o congregaciones religiosas de Cuba son españoles en casi su totalidad, y tienen fines contrarios en un todo a los de nuestra nacionalidad. Por eso la primera labor que debemos realizar es la de *cubanizar* nuestro clero, que ya es tiempo de que se lleve a cabo; porque, ¿acaso el pueblo de Cuba no tiene derecho, como el de las demás naciones, a que su clero y prelados sean nacionales?

Cavalario, en sus *Instituciones del derecho canónico* (1), dice:

Los beneficios, según las costumbres particulares de las iglesias y reinos, deben conferirse a los habitantes de la misma iglesia, provincia o nación; lo cual se observa también en Nápoles, pues por decreto de Carlos VI deben conferirse los beneficios y pensiones de este reino a los ciudadanos del mismo.

Y por nota (núm. 88) dice el traductor, Juan Antonio Ojea:

En España, desde la más remota antigüedad, sólo pueden obtener beneficios eclesiásticos los españoles (Ley 1ª, lib. 1º, tít. XIV, Nov. Rec.), lo cual debe observarse también en los beneficios reservados a su Santidad según el Concordato de 1753.

Por lo que hace a España—dice Golmayo (2)—, se ha dispuesto desde muy antiguo en diferentes leyes que los extranjeros no pueden obtener beneficios en ninguna iglesia de sus dominios, que se revocasen las cartas de naturaleza que se hubiesen concedido en estos reinos, y que no se concediesen en adelante sino con ciertas solemnidades, y *por alguna muy justa y evidente causa.*

De manera que ni siquiera por reciprocidad venimos obligados a otorgar a los españoles alguno de los beneficios eclesiásticos de la República.

El clero de España, todos lo sabemos, no está compuesto de cubanos; habrá alguno que otro, entre los miles de curas y frailes españoles, que ha sido admitido seguramente por existir alguna *muy justa y evidente causa,* como recomienda la ley 1ª, lib. 1º, t. XIV de la *Novísima Recopilación.* El padre Francisco Cabañas, por ejemplo, natural de Cuba, y cura que fué de Casa Blanca, es actualmente canónigo de Valladolid, habiéndolo sido antes de Cádiz; pero este sacerdote se sintió tan español, que, terminada la última guerra de independencia de Cuba, se embarcó para España, porque decía que él no podría vivir bajo los pliegues de la bandera de la República.

Los cubanos han sabido distinguir a un Espada, de un Claret; a un Chao, de un Caballer; a un Uncal, de un Pacín. Aunque pocos, ha habido prelados y sacerdotes españoles que se han

(1) Cap. XLVI, p. 509.
(2) *Inst. de Derecho Canónico,* t. II, cap. XXI, pfo. 239

hecho acreedores al respeto y estimación de los cubanos, por sus virtudes y talentos y buenas obras aquí realizadas. En cambio, para desgracia nuestra, los más han sido enemigos de los naturales de esta isla.

El hecho de que el Estado cubano no tenga celebrado concordato con la Santa Sede, no debe impedir ni ser obstáculo a la nacionalización del clero de Cuba; porque, haciendo uso del derecho de soberanía, puede vigilar la organización y los nombramientos eclesiásticos acordados por el Papa, bien oponiéndose a la constitución de nuevas diócesis, bien rechazando las designaciones hechas, por estimarlas inconvenientes o perjudiciales a los intereses políticos de la Nación.

El Gobierno de la República no puede seguir mirando con indiferencia estos asuntos, so pretexto de la separación del Estado y la Iglesia, que aquí existe; pues todo gobierno se halla en la obligación de cuidar y velar la organización, el desarrollo y funcionamiento de las instituciones que se encuentran en su seno; máxime cuando se trata de las de carácter religioso, que tienen siempre, como hemos dicho, fines e intereses contrarios a los de la sociedad civil. Pero, desgraciadamente, ninguno de los Jefes de Estado que hemos tenido ha querido ocuparse en esta cuestión; y las consecuencias ya las estamos palpando.

Como el clero nativo de la Isla no tiene representación en Roma y sí la tienen España y las órdenes religiosas españolas establecidas en Cuba, resulta que los que aconsejan y proponen los nombramientos de nuestros prelados, y, en definitiva, resuelven todos los asuntos eclesiásticos de la República, son sus enemigos. Ello es lo que explica que todos nuestros prelados no sean cubanos, y que los tres obispos hijos de esta tierra, que tenemos, no se distingan, ciertamente, por sus genuinos sentimientos cubanos, sino más bien por la tibieza de su patriotismo o por sus marcadas simpatías hacia España.

No vale el argumento que, en cuanto al clero católico romano, se sostiene: de que siendo su iglesia universal, no puede tener patria; y todos sus sentimientos, acciones y pensamientos son únicamente para esa Santa Madre, la Iglesia, a la cual vive consagrado; porque los hechos han demostrado siempre lo contrario.

Con hechos, y no con palabras, vamos a probar—y este es el objeto principal del presente trabajo—, en lo que al clero de Cuba se refiere, que éste, al menos, en todos los momentos de su vida, especialmente durante nuestras luchas por la libertad, se ha apartado de esos cánones sagrados, para actuar únicamente de acuerdo con sus sentimientos e intereses patrios.

La prueba que a este respecto vamos a presentar ha de ser abundante y elocuente, a fin de que se vea la *sana, recta* y hasta *evangélica* intención de los que, como *Fray Piedra,* han dicho refiriéndose a los sacerdotes españoles:

Ningún cura ha sido delator, ni espía, ni corruptor político; antes al contrario, se han dado casos de haber tenido que amparar a los cubanos perseguidos por separatistas. Ninguno ha salido al monte a pelear, y si alguno ha tenido que empuñar las armas, ha sido en defensa propia y del pueblo invadido y hasta pasto de las llamas (3).

Han sido y hecho todo eso, y algo más, recibiendo por ello honores, recompensas y ascensos.

Contra esa aseveración, tan llena de *verdad* y *buena fe,* de *Fray Piedra,* está esta otra hecha por más de 50 sacerdotes cubanos en la Exposición que dirigieron el Presidente de la República Cubana en 30 de septiembre de 1898 (4):

Si el clero español ha de permanecer en Cuba, no ha de ser con el carácter predominante sobre el clero cubano nativo, porque, de otra suerte, el odioso fermento de su masa anticubana será un perpetuo germen de perturbación y discordia. Por otra parte, hora es ya que renuncien a la soberanía espiritual de un pueblo que ya no es el suyo. *Suum uniquique.*

Dase como cierto que muchas cubanas se han resistido a confesarse con sacerdotes españoles, temerosas de que los secretos políticos del *confesonario* pasasen al *Pretorio Militar,* como aconteció en Filipinas, según la prensa periódica, al principio de la sublevación de los tagalos, y como quizás podría *suceder* en nuestra guerra, bajo el sistema de las *confidencias* arrancadas a las conciencias timoratas, *so pena de pecado mortal,* si no denunciasen a los conspiradores.

El sacerdote o ministro, cualquiera que sea el credo religioso en que milite, defiende su patria antes que su iglesia; y obe-

---

(3) *Fray Piedra.*—Malas Artes.—*Diario de la Marina,* Habana, 29 ag. 1899.
(4) *La Discusión,* Habana, 22 sepbre, 1917.

dece a Roma, si ésta protege sus intereses nacionales. Prueba de ello, y sobrada, la tenemos en la actitud adoptada, de una parte, por los Varela, Hernández, Valdés, Alfonso, Odio, Esquembre, Arteaga, Dobal, Santos, Palma, Castillo, Deulofeu, Duarte, Someillán, Clara, Arocha, Mustelier, y tantos otros, frente a la seguida por los Claret, Galdácano, González Cuervo, Pardo, Martín, Ceballos, González, Pacín, Caballer, Vidaurreta, Menéndez, Abella, Fernández, Santander, y muchos más representantes del clero español peninsular en esta isla. Los primeros trabajando y combatiendo por la libertad e independencia de Cuba; los segundos, en nombre de una misma iglesia e invocando un dios igual, luchando por conservar la Isla sometida a su metrópoli, y al par que bendecían a los suyos, condenaban y anatematizaban a los contrarios.

¿No fueron los propios sacerdotes españoles aquí residentes los que denunciaron, valiéndose hasta del secreto confesional, a muchos cubanos por conspirar contra España, y, entre esos, a más de un compañero de sacerdocio? Y no citemos, por ser de sobra conocidas, las protestas del obispo belga Mercier, contra los atropellos cometidos por los alemanes en Bélgica, negados o atenuados por los ministros de allende el Rhin. Y la actuación del clero francés, que en número de más de 40,000 está combatiendo al lado de sus hermanos.

Todos ellos se han comportado y comportan, no como ministros de Dios o de la Iglesia a que pertenecen, sino como ciudadanos de sus respectivos países.

*

No hemos emprendido este trabajo movidos por una creencia religiosa determinada, pues declaramos no tener ninguna; sino persiguiendo un fin patriótico y justiciero.

No somos tampoco partidarios de ningún clero; es más, lo consideramos innecesario y hasta perjudicial, sobre todo el católico romano, que por la boca sagrada de sus infalibles pontífices ha condenado las ciencias, el progreso y la libertad. Pero, a fuer de justos, debemos hacer una distinción con el clero de Cuba. Compuesto éste de españoles peninsulares y de naturales de la Isla, puede decirse que casi desde un principio estuvo

dividido por razón de su origen; división que cada vez se fué haciendo más honda, por ser mayor la diferencia entre las ideas, los sentimientos y los intereses políticos de unos y otros.

El clero español, al servicio del gobierno colonial que lo pagaba, fué aquí un instrumento más de tiranía y opresión, especialmente para sus hermanos en Cristo, los sacerdotes cubanos; no quedando de él más que un recuerdo odioso, por las vejaciones, infamias, delaciones y delitos de todas clases que impunemente realizó.

En cambio, el clero nativo ha sentido siempre como cubano; ha sido en todos los tiempos un defensor de la libertad e independencia de su patria, y tiene, a este respecto, una hoja de servicios muy honrosa: sufrió el martirio, fué encarcelado y perseguido, y no por eso se entibió su amor a Cuba y a la libertad.

José de la Luz, maestro de patriotismo, fué educado por un sacerdote cubano, su tío el padre José Agustín Caballero; y aunque no recibiera en las aulas, directamente, lecciones del padre Varela, se llamaba con orgullo su discípulo; y lo era por haber explicado y seguido sus doctrinas filosóficas. De Varela dijo Luz, en exacta y elocuente síntesis, que mientras se piense en la Isla de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero a pensar.

El clero cubano, que, por los dogmas y creencias de la iglesia en que la mayoría de sus componentes milita, puede ser un obstáculo para el progreso de las ciencias y el desenvolvimiento o implantación de nuevas instituciones, no lo es, ni podrá serlo en el mañana, para la obra de cubanización, que apenas si se ha iniciado entre nosotros y que tanta falta nos hace realizar; y a la cual no hay duda que contribuye, y podría contribuir más eficazmente, si llegase, sobre todo, a sustituir completamente al clero español, que es uno de los obstáculos que se oponen a esa obra de nacionalización.

El clero cubano, que tan bien supo demostrar su patriotismo, ama y venera la memoria de nuestros sabios y de nuestros héroes: Varela, Luz, Saco, Céspedes, Agramonte, Maceo, Martí.

En 10 de julio de 1862, cuando se había prohibido y era un delito hablar de José de la Luz, un sacerdote cubano que fué

también apóstol de la enseñanza, el padre Rafael A. Toymil, desoyendo las advertencias que se le hicieron y sin temor a las consecuencias del acto que entendió debía realizar, pronunció en Cienfuegos el panegírico del sabio mentor de los cubanos (5).

Los hechos ocurridos desde la implantación de la República, ¿no son bastante elocuentes y probatorios de que los españoles de Cuba no se han hecho acreedores ni han correspondido a la política de perdón y cordialidad que, desde la terminación de la guerra, vienen practicando los cubanos?

Los españoles de Cuba, incluyendo su clero, en la imposibilidad de reconquistar para España la Isla, quieren, al menos, conservarla espiritualmente. Y esa labor la vienen haciendo, por medio de la enseñanza, los colegios españoles que aquí existen: de jesuítas, escolapios, de monjas del Sagrado Corazón de María, del Apostolado de la Oración, de la Inmaculada... ; y los del Centro de Dependientes, Gallego, Asturiano... El resultado de esa obra hispanizadora y anticubana dará sus frutos, que serán de desprecio e indiferencia para las cosas de Cuba, y de admiración y reconocimiento a España por su acción *humanitaria* y *civilizadora* aquí realizada.

Es innegable que en todas partes es el clero el principal interesado en la enseñanza; porque si la fe decae, disminuye el dinero de San Pedro y el de las iglesias, y no tardaría en llegar el día en que por falta de fieles y de pecunia dejara de existir la clase sacerdotal. Pero en esto cabe hacer también una distinción entre el clero cubano y el español. El primero enseña y predica en cumplimiento de su ministerio y de las conveniencias de clase; pero, al propio tiempo, sabe inculcar el amor a la patria común y despertar el sentimiento nacional con el recuerdo de la vida de nuestros sabios, de nuestros héroes y de nuestros mártires. Y el segundo, que es reconocidamente el más fanático, intolerante y reaccionario que existe, y que aquí en Cuba tiene una historia tan abominable, no se concreta a enseñar la religión y los conocimientos que posee, sino que se vale de la enseñanza para infiltrar en las tiernas conciencias juveniles la indiferencia y el desprecio a nuestras instituciones

(5) ENRIQUE EDO Y LLOP.—*Memoria Histórica de Cienfuegos y su jurisdicción*.—Cienfuegos, 1888, p. 350.

y a nuestras figuras nacionales, aplaudiendo y justificando, en cambio, cuantos actos realizó en Cuba la ex metrópoli.

Hablemos, pues, del clero cubano y del clero español, para que se vea cuál ha sido la actuación de uno y otro y quede así demostrado el peligro que ofrece el segundo para la consolidación y el desenvolvimiento de nuestras instituciones republicanas.

1810-1856

El clero cubano ha respondido siempre a la voz del patriotismo, ha tomado parte activa y principal en los esfuerzos hechos por obtener de la Metrópoli derechos y libertades para Cuba, ya cuando éstos eran reclamados pacíficamente, ya cuando por medio de la fuerza, de la lucha armada, se demandaban la independencia y la libertad; pudiendo decirse que no ha habido movimiento político alguno, conspiración, alzamiento o revolución, en que no aparezca complicado un sacerdote nativo. Y aun cuando el hábito religioso les vedaba pertenecer a o formar parte de las logias y sociedades secretas, a ellas, sin embargo, acudían por ser esas entonces las únicas que ofrecían garantías para laborar por la emancipación de la Patria. Así, se dió el caso de ser un belemita habanero, el padre José Chávez, quien fundó en México, por el año de 1810, la sociedad *El Águila Negra,* cuyo fin no era otro que conseguir la independencia de todos los países de América, y la cual tuvo extensas ramificaciones en la Isla, según se evidenció al ser descubiertos sus planes aquí y procesados sus agentes el año de 1830.

Bien sabían los sacerdotes cubanos que su ministerio era de paz, de amor, de caridad; pero, como llegó un tiempo en que mantener o predicar esas doctrinas en Cuba equivalía a conservar la tiranía y la opresión, sintiéndose cubanos antes que todo, se apartaron, en buena hora, de los mandatos de la iglesia de Roma, que les pedía acatamiento y sumisión no sólo a ella, sino también al Gobierno de S. M. Católica de España: se les pedía que fueran a un mismo tiempo ministros de Dios y del gobierno español que los pagaba. Pero, entre la tiranía y la libertad, la elección no podía ser dudosa: optaron por la libertad.

El primer sacerdote cubano cuyas ideas fueron consideradas

peligrosas y sufrió persecución por amar la libertad, fué el Pbro. Félix Varela.

Al derrocar el escolasticismo secular que la Metrópoli nos importara, y enseñar la nueva filosofía que tan amplios horizontes abría al entendimiento humano, fué tachado, según nos dice Luz, de *incrédulo* e *inmoral* (6). Mas no habían de quedar ahí las cosas. La fuerza misma de los acontecimientos, contrariando su carácter, cambia el curso de su vida y hace del religioso, en cierta época, un político activo.

El liberalismo filosófico y político de Varela, tan elocuentemente expresado en sus enseñanzas, le valió ser nombrado, a su pesar, en 1821, profesor de la primera cátedra de Constitución que se explicó en Cuba, y, más tarde, Diputado a las Cortes españolas del año 22. Allí, en el Parlamento, consecuente con sus doctrinas e ideas, pidió la abolición de la esclavitud y mayores libertades y garantías para su patria. Y al votar, junto con los otros comisionados cubanos, la caída provisional del Rey, es condenado, por sentencia de 11 de mayo de 1825, a pena de muerte y confiscación de bienes; pena que, para suerte suya y de su patria, no se le pudo aplicar por haber logrado trasponer la frontera y trasladarse a los Estados Unidos de América, de donde no quiso salir más.

*

En la primera conspiración política de importancia que tuvo lugar en Cuba, el año de 1823, llamada de los ''Soles y Rayos de Bolívar''—famosa por las extensas ramificaciones que tenía en toda la Isla y por la calidad de las personas en ella comprometidas—, aparecen complicados tres sacerdotes: los Pbros. Domingo José Hernández, Luis Martínez y Felipe Merlo.

El primero era cura de Guamutas, Matanzas, y estaba considerado como uno de los principales Caballeros o Soles; el segundo era también del partido de Matanzas, y de Guanajay el último. Terminada la causa por sentencia de 23 de diciembre de 1824, el cura de Guamutas, que se hallaba prófugo—ignorándose su paradero desde el día 23 de septiembre, en que lo

(6) *Obras de Don José de la Luz Caballero,* por ALFREDO ZAYAS. Habana, vol. II, p. 307.

fueron a prender—, fué condenado a extrañamiento de la Isla y remisión a España, bajo partida de registro, a disposición del Supremo Gobierno; y el Pbro. Felipe Merlo, de Guanajay, a pagar $1,000 de multa. En cuanto al otro, padre D. Luis Martínez, no se siguió el procedimiento, ni aparece que fuera preso o mandado a detener, no obstante figurar en la lista de los implicados en dicha conspiración (7).

Sobre el cura de Guamutas, Pbro. Domingo José Hernández, recayó además sentencia eclesiástica en 3 de marzo de 1826, condenándolo en rebeldía "a privación perpetua y absoluta de dicho curato de Guamutas" (8).

*

Por *cadenistas y francmasones* fueron procesados en Puerto Príncipe, el año de 1824, los Pbros. Diego Alonso de Betancourt y Agüero y Tomás Borrero; y asesinado en su propia casa el Pbro. José Manuel Rivera (9).

Es sabido que las sociedades secretas desempeñaron en Cuba un papel muy importante, desde que los cubanos empezaron a laborar por la libertad e independencia de la Patria. A la masonería o francmasonería pertenecían todos aquellos que querían y anhelaban la emancipación de la colonia. No debe sorprendernos, por eso, ver procesados y perseguidos a los que aparecían afiliados a una de esas logias secretas.

Cadenistas eran llamados los miembros de la sociedad titulada "Cadena Triangular" o "Cadena de Bolívar", que existió en Puerto Príncipe, ciudad fecunda para esta clase de sociedades, que no perseguía otro fin que la independencia de la Isla.

*

La conducta observada por el clero de Santiago de Cuba, con motivo de la proclamación de la Constitución española por el general Lorenzo, en esa ciudad, señala oficialmente, en nuestra historia, la división entre los sacerdotes católicos de la colonia por razón de su nacimiento o de sus ideas políticas.

---

(7) Archivo Nacional.—Año 1823. Conspiración "Soles de Bolívar."

(8) Archivo Nacional.—Eclesiástico y Judicial: Legajos sin clasificar.

(9) VIDAL MORALES Y MORALES.—*Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, p. 281.

Los que deseaban un régimen de mayores garantías y libertades y se colocaron al lado del general Lorenzo, tuvieron que huir cuando éste fué depuesto, pues los que no lo hicieron fueron expatriados a España. En efecto; la Real Orden de 21 de agosto de 1837, dirigida al Capitán General D. Miguel Tacón, dictada con motivo de estos sucesos, encarga a éste:

que haga salir inmediatamente de Santiago de Cuba y de cualquier otro pueblo de la Isla a los eclesiásticos que se hayan insubordinado al legítimo gobierno y a las autoridades civiles, sea en el sentido que fuese (10).

Entre los que tuvieron que salir se cuenta, en primer término, el Arzobispo Fray Cirilo de Alameda y Brea, español, quien, según el dicho del Pbro. cubano Wenceslao Callejas, fué defensor de los naturales del país. Y entre los confinados se hallaban Bartolomé Mascareña, Deán de la Catedral de Santiago de Cuba, isleño; el Magistral Gabriel Marcelino Quiroga y Rubio, cubano, y demás capitulares de la misma.

Poco tiempo después, la Reina Gobernadora, por Real Orden de 26 de septiembre de 1838, levantó dicha pena a los expresados eclesiásticos; pero disponiendo

se ponga a la cabeza del gobierno de la Diócesis un eclesiástico constituído de dignidad, *español por origen* y voluntad y adicto a la causa de Isabel II;

y dando, al propio tiempo, las instrucciones necesarias para que el nombramiento recayese en D. Juan Pacheco, Arcediano de Madrid (11).

El Capitán General, al acusar recibo de la citada Real Orden, se expresa así:

El Deán y Capitulares en cuestión, aparentando un exaltado liberalismo, que suele ser en estos dominios sinónimo de emancipación, seguían la tendencia del clero americano en otros países que estuvieron bajo la dominación española, y que rompieron los vínculos que a ella les unía cooperando no poco o tal vez con más encarnizamiento que nadie los Eccos (12).

(10) Archivo Nacional.—*Reales Ordenes.*—Leg. 27, n.º 62.
(11) *Boletín del Archivo Nacional.* Año X, 1911, p. 85.
(12) *Boletín del A. N.* citado, p. 86.

"Acusado de partidario activo para sostener el alzamiento de Santiago de Cuba", se hallaba el Pbro. José Vicente Capote, cura y vicario de Jiguaní; y como "excitador a la rebelión y su panegirista en el púlpito", aparecía el Racionero de la Catedral de Cuba, Pbro. José Teodoro Martínez. Y no eran distintas las causas que motivaron en esa época la deportación de los Pbros. Ramón Sotomayor, capellán de la fortaleza de La Cabaña, Habana, y Bartolomé Fernández, de Santa Clara.

*

Los proyectos y conatos de Narciso López, de invadir la Isla en 1849, son apoyados por un grupo de cubanos, entre los cuales se destaca por su entusiasmo el teniente cura del pueblo de Sabanilla del Encomendador, Pbro. Joaquín Valdés. De la causa formada por la "Comisión Militar", en averiguación de los hechos, consta: que el padre Valdés, al bautizar en la casa de campo de Manuel Valera, a un hijo de éste, preguntó "qué se decía de la expedición de los americanos que venían a invadir la Isla". Y al responderle los concurrentes al bautizo, Sres. Manuel Valera, José de la Luz Zúñiga y Félix Jiménez, que nada sabían, pero que entendían que sería un mal para la Isla, el párroco les respondió:

> Que no fueran tontos, que ellos, los americanos, venían a hacer la felicidad del país y que entonces no habría pobreza y serían felices; que lo que debían hacer era, en cuanto supieran que habían desembarcado, unirse a ellos, pues lo que trataban era sólo que siguieran su gobierno: que aunque creía frustrada por entonces la expedición, en enero se verificaría positivamente (13).

Esto sucedía en el mes de julio de 1849, desde cuya fecha consta haber abandonado su curato el Pbro. Valdés y trasladádose a Nueva York. El juicio se le siguió, por consiguiente, en rebeldía; y no habiendo comparecido a los llamamientos hechos por edictos, el Consejo, por unanimidad, en sentencia de 11 de mayo de 1850, "teniendo por convicto al Pbro. Joaquín Valdés del delito de inductor a la rebelión y de consejo para que los súbditos de S. M. se unieran a sus enemigos", lo con-

---

(13) Archivo Nacional.—Gobr. Superior Civil.—Ecco.—Leg. 723, n.º 24197.

denó a la pena de muerte en *garrote vil.* Sentencia que fué aprobada por el Capitán General de la Isla en 23 de mayo del propio año (14). Y, por la de 1º de julio del mismo año, fué condenado canónicamente a perder dicho curato, en virtud de haberlo abandonado sin licencia (15).

*

En el alzamiento de Joaquín Agüero (1851), aparece complicado el Pbro. José Rafael Fajardo, de Bayamo, de 67 años de edad y cura-vicario de las Tunas, que fué condenado a ocho años de reclusión por sentencia de 9 de septiembre de dicho año.

Los cargos que aparecen de la causa contra el citado cura Fajardo, son: ''el haber sido designado depositario de los fondos que se reunieran y que habían de emplearse en pertrechos de guerra para los sediciosos alzados''; ''que recibía correspondencia de Joaquín Agüero y proclamas y papeles sediciosos''; ''que en 5 de mayo [1851], hablando con Joaquín Agüero, le dijo que *le avisaría cuando las cosas estuviesen mejor arregladas*''; y haber estado presente en la reunión que en la noche del 7 de julio se celebró en la casa de Manuel Facundo Agüero, un día antes de la llegada, al pueblo de las Tunas, de Joaquín Agüero y sus fuerzas. Todos estos cargos, a excepción del último, fueron negados por el cura de las Tunas; pero explicando que en esa reunión no se habló sino de Narciso López y sus proyectos de invasión de la Isla, a los cuales se mostró contrario, aconsejando siempre a sus amigos en ese sentido.

Fallada la causa en 9 de septiembre de 1851, fué condenado el Pbro. Fajardo a ocho años de reclusión en un seminario, o en otro establecimiento propio de su clase; y confirmada por el Capitán General de la Isla en 10 de octubre del propio año, éste dispuso, en cuanto al cura Fajardo, que cumpliera la pena en el Hospital Militar de la plaza de Ceuta; pero, en definitiva, fué confinado a La Habana, donde estuvo hasta 1853, que se le autorizó volver a las Tunas (16).

*

Cuando la conspiración llamada de ''Vuelta Abajo'', des-

(14) Id. id. id.
(15) Archivo Nacional.—Ecco. y Judicial.—Legs. sin clasificar.
(16) Archivo Nacional.—Comisión Militar.—Causa de Agüero.—1851.

cubierta en agosto de 1852, fué acusado el cura de Jibacoa, Pbro. Timoteo Rodríguez, "de haber tenido conversaciones contrarias al gobierno de S. M." (17).

*

Y en 1855, cuando la conspiración de Ramón Pintó, encontramos comprometidos a los Pbros. Calixto María Alfonso de Armas y José Cándido Valdés. El primero figuraba como jefe del movimiento que había de dirigir la sublevación en Puerta de Golpe, partido de La Esperanza, Santa Clara, de donde era cura. Según se dice en un informe *muy reservado* de 27 de enero de 1855, dirigido a la superioridad, dicho sacerdote "contaba con 60 hombres para la sublevación", y que no esperaba más que la llegada de una expedición que debía arribar por febrero o marzo del expresado año.

Muy graves eran las sospechas que se tenían contra el cura y muy importante el papel que debía desempeñar, cuando se dispuso por la autoridad que fuera registrada su casa a altas horas de la noche. Así se hizo: a la una de la madrugada del día 5 de febrero fué sorprendido el Padre, que se encontraba durmiendo en su casa, por la molesta e inoportuna visita de los esbirros del Gobierno. Registraron minuciosamente toda la casa, no hallando en ella nada de lo que buscaban; pero no quedando satisfechos, pasaron acto seguido a la iglesia, donde continuaron el registro, que terminó a las 2 de la tarde; sin que tampoco lograran encontrar la confirmación de las graves sospechas que existían contra el mencionado sacerdote. No obstante, terminadas las pesquisas, fué arrestado y conducido preso por los agentes policiacos, a pesar de tratarse de un anciano de 65 años y sordo, y recluído en el Castillo de Jagua, Cienfuegos (18 de febrero), de donde se le trasladó más tarde, en calidad de preso, a bordo del navío *Pontón*, surto en el puerto de La Habana, en el cual permaneció junto con Benigno Gener, Carlos del Castillo y otros, hasta el día 30 de mayo de 1855, que salió en libertad.

Las únicas pruebas que existían contra dicho párroco fueron las listas encontradas entre los papeles ocupados a Pintó

(17) Archivo Nacional.—Comisión Militar.—Conspiración de "Vuelta Abajo". 1852.

y a otros individuos sujetos al proceso, en las que figuraba el nombre del referido presbítero. Sin embargo, la Comisión Militar dispuso su relegación a la Península; pena que por suerte no le fué aplicada, porque, habiendo abortado el proyectado alzamiento con la captura de los principales jefes, y desaparecido en breve tiempo todo peligro, pudieron ser oídas y tomadas en consideración las alegaciones que hizo de que no se le expatriara, pues dada su avanzada edad y sus padecimientos del oído, era exponerlo a una muerte segura. En efecto; teniendo en cuenta la desaparición de todo peligro por causa de dicha conspiración, y "habida consideración a su edad", le fué conmutada por la de traslado a Baracoa (15 de mayo), adonde no llegó a ir porque en 22 del mismo mes se dispuso fuera a Isla de Pinos; prohibiéndosele volver a su curato y residir dentro de veinte leguas en contorno del mismo. En fin, en marzo de 1856, después de haber sido indultados la mayor parte de los comprendidos en esa conspiración, se le concedió autorización al citado Pbro. Calixto María Alfonso de Armas para volver a su curato (18).

El otro sacerdote, Pbro. José Cándido Valdés, cura de San Juan de Jaruco, fué también complicado en dicha conspiración y sufrió prisión, como el anterior, por aparecer su nombre inscripto en las listas de Pintó. En 12 de febrero de 1855 vino a La Habana a responder de los cargos que se le hacían, siendo encarcelado; y sin más prueba se dispuso su deportación a España (5 de mayo), la que no se llevó a cabo por haberse restablecido tan pronto la normalidad, según se ha consignado. A pesar de esto, y de haber sido sobreseída su causa, se le mandó, como medida gubernativa, fijar su residencia en esta ciudad, quedando sujeto a la vigilancia de la policía; hasta el 7 de abril del siguiente año, que fué repuesto en su curato (19).

Todos estos sacerdotes cubanos que dejamos mencionados en este primer período de nuestra reseña, deben, en justicia, ser colocados entre los precursores o protomártires de la libertad e independencia de Cuba.

*

(18) Archivo Nacional.—Gobo. Superior Civ.—Leg. 728 n.º 24350.
(19) „ „ „ „ „ „ 729 n.º 24433.

El padre Wenceslao Callejas y Asencio, natural de Santiago de Cuba, aunque no figuró, que sepamos, en los movimientos políticos de esta época, es acreedor a que lo citemos por la enérgica defensa que en 1856 hizo de los cubanos, en un artículo titulado *La justa vindicación,* que si la censura no dejó publicar, corrió, sin embargo, de mano en mano; donde no sólo defiiende a sus compatriotas de los villanos insultos que les prodigó, al ausentarse de aquí, el capuchino Galdácano en *La España,* de Madrid, sino que pone al descubierto los desmanes, excesos, atropellos e inmoralidades de todas clases cometidos por el clero y prelados españoles en Santiago de Cuba (20).

*

Contrasta con la actitud asumida por los clérigos cubanos, que dejamos citados, la seguida por los sacerdotes españoles Piñeres, Claret, Subirana, Lobo, Dotti, San Martín, Fernández Montaña, y capuchinos Galdácano y Andoin entre otros; y la de aquel hasta hoy desconocido confesor, que, violando el secreto de su penitente, reveló a las autoridades la proyectada conspiración de Román de la Luz.

No es nuestro propósito hablar aquí de la moralidad o inmoralidad del clero de Cuba; pero fué tan escandalosa, insultante y vejaminosa para la sociedad cubana la conducta de los Piñeres (21) en La Habana, y Claret, Subirana, Lobo, San Martín, Galdácano y Andoin en Santiago de Cuba (22), que sus nombres deben consignarse una vez más para execración eterna de la historia.

Los Pbros. Isidro Ramón Dotti y Nicolás Fernández Montaña, curas de Bainoa y Ceiba Mocha respectivamente, sí actuaron políticamente ayudando al Gobierno, cuando los sucesos de Narciso López. Del primero consta que prestó servicios en España, y que durante las situaciones críticas por que pasó esta Isla cuando la invasión de López, fué adicto al gobierno español, a quien donó una casa para cuartel, ofreciéndole además sus bienes y servicios personales; todo lo cual pidió que

(20) Emilio Bacardí.—*Crónicas de Santiago de Cuba,* t. III Apéndice.
(21) Francisco Calcagno.—*Diccionario Biográfico Cubano.* Ver la del Pbro. Piñeres (Tomás Gutiérrez).
(22) E. Bacardí, Ob. Cit., t. III. Apéndice.

se le hiciera constar en su expediente personal, del que solicitó y obtuvo certificación en 3 de febrero de 1857. El segundo pide (20 enero 1858) que se le declare benemérito de la patria, por su conducta durante la invasión de Narciso López (23).

De la abortada revolución de Román de la Luz (1810), tío de José de la Luz, nos dice Vidal Morales

que terminó por una de esas intrigas de convento que han desorganizado todo lo que han procurado organizar las gentes de honradez y de ilustración.

La esposa de Román de la Luz se informó de lo que pasaba, bien por las reuniones que se celebrasen en su casa, bien porque él le comunicara sus proyectos; y ella, débil e ignorante, se arrodilló junto al confesonario y dió aviso a un sacerdote de que

se atentaba contra el trono y el altar...; con lo cual descargó su conciencia de un grave peso, recibió la absolución de sus pecados y abrió las puertas a la persecución que practicó la autoridad competente contra su desleal y hereje marido. Ignoramos los otros pormenores del hecho a que nos referimos—continúa diciendo Vidal Morales—y tenemos entendido que obraron de mancomún el tribunal civil y la malicia eclesiástica, en contra de Román de la Luz, el cual fué deportado a España, en donde murió de abandono, miseria y nostalgia. Aunque era rico, no recibió nunca en su destierro socorro alguno, pues la suma que mensualmente le enviaba su esposa, pasaba por las manos de su confesor, y éste cuidaba de detenerla en el camino (24).

Siendo distintos y contrarios los intereses de los cubanos al interés de los españoles, no es extraño que unos y otros actúen de modo diferente: que el clero nativo de la Isla, desde los primeros brotes de rebeldía de sus hermanos, se coloque al lado de éstos, cooperando a los fines de libertad e independencia que ellos persiguen; y que el clero español peninsular labore y ayude a su gobierno en su empeño de conservar la posesión y el dominio de la colonia, aun cuando sea por medio de la fuerza, de la tiranía y la opresión.

---

(23) Archivo Nacional.—Ecco. y Judicial. Legs. sin clasificar.
(24) V. Morales.—Ob. Cit., p. 12.

1868-1878.

El sistema de gobierno seguido por España en Cuba, a partir de Tacón, fué en lo sustancial siempre el mismo; y si algún cambio experimentó fué sólo exteriormente y por corta duración, para agravarse después haciendo más dura la tiranía y la opresión y más evidente y necesaria para los gobernados la lucha por la libertad y la independencia.

Y no era distinto el sistema en lo eclesiástico. El Estado y la Iglesia españoles obraron aquí de consuno y persiguiendo un solo y único fin: la explotación. Ambos poderes, aunque distintos y separados en la forma, no eran más que uno en el fondo; pues no era el Papa, sino el monarca español, quien designaba los prelados que a esta isla venían, los cuales tenían que actuar constantemente de acuerdo con los intereses políticos del Gobierno de la Metrópoli o de su representante en la Colonia; a tal grado es esto cierto, que cuando dichos prelados de algún modo se oponían a secundar esos intereses, eran amonestados o llamados a España, como cualquiera otro empleado del Gobierno. Díganlo, si no, Espada y Fray Jacinto Mª Martínez, Obispos de La Habana, y Fray Cirilo, Arzobispo de Santiago de Cuba.

Así es lógico y natural, aunque no justo, que veamos el poder eclesiástico de la Isla, durante la dominación española, en manos de súbditos fieles de esa nación, y que el clero nativo sea postergado y preterido, no obstante su mayor ilustración y competencia, por el clero peninsular; que las mejores posiciones estén ocupadas por los sacerdotes de allende el mar; que para ellos sean los mejores curatos, los "de término", o "ascenso", y se les nombre casi siempre "en propiedad". Mientras que a los cubanos se les da los "de ingreso", y se les designa con el carácter de "interino"; siendo removidos y cambiados de sus curatos frecuentemente, "por convenir al mejor servicio", según la frase usada en esos expedientes.

El 10 de octubre de 1868 se inicia en Yara la gran lucha por nuestra independencia y libertad, demostrando una vez más al mundo los actos de abnegación, valor y heroísmo que puede realizar un pueblo cuando combate por tan altos ideales.

Y es en esta epopeya gloriosa donde el clero cubano, sin omitir sacrificio alguno, prueba más elocuentemente su amor a Cuba; y el clero español, por su parte, cuanto es capaz de hacer la tiranía por conservar la posesión de una colonia que no quiere ser esclava.

Esta revolución que tan grandes proporciones había de alcanzar, estuvo, en sus comienzos, a punto de ser sofocada por igual causa que aquella otra preparada por Román de la Luz en la primera década del siglo último, y de la que ya dejamos hecha mención.

La fecha del alzamiento se había señalado para el día 14 de octubre; pero, teniendo noticias los jefes del mismo de que el plan estaba descubierto, adelantaron los acontecimientos a fin de evitar ser capturados y que fracasara el movimiento.

La esposa de uno de los conjurados—dice Carlos Manuel de Céspedes (hijo), quien pone el relato en boca de su padre—reveló bajo el secreto inviolable de la confesión, a su director espiritual, los proyectos de los patriotas, y el sacerdote, alarmado, logró persuadirla de que su deber era el de denunciar a las autoridades, sin pérdida de tiempo, la existencia de la conspiración. No tardó la señora en obedecer los consejos de su *digno* confesor, ni el gobierno en tratar de sofocar el movimiento en su propia cuna (24).

En Filipinas es una india, hermana de uno de los conjurados, la que revela el secreto a su confesor, Fray Mariano Gil, agustino, el cual descubre al gobierno la conspiración. Y en Cuba, por dos veces, es la esposa de uno de los jefes de la sublevación la que, bajo el secreto de la confesión, impone del plan al sacerdote. Pero allá y aquí, y en todas partes, son siempre los hombres de sotana los que descubren las conspiraciones.

Los filipinos oprimidos, explotados y delatados por el feudalismo monacal allí imperante, supieron vengarse de sus señores pasando a cuchillo en Cavite a los compañeros de Fray Mariano, reunidos en la Iglesia de San Agustín con motivo de la fiesta anual que tenían por constumbre celebrar. La revolución de Cavite se ha dicho que fué contra los frailes agustinos.

---

(24) Carlos Manuel de Céspedes y Quesada. *Carlos Manuel de Céspedes*, París, 1895, p. 10.

Los cubanos, en cambio, han sido más magnánimos y clementes con sus verdugos de sotana, pues a pesar de haber cogido prisioneros a algunos de ellos, durante las dos guerras de independencia, sólo se registran dos casos de sacerdotes españoles muertos por los revolucionarios: el padre Román Cachafeiro, cura de Mayarí, y el de Sagua de Tánamo, fusilados el día 1º de febrero de 1869, en Mayarí, por las fuerzas del brigadier Monzón, que tomaron dicho pueblo.

Pero este hecho no le puede ser imputado en ningún tiempo a la Revolución, toda vez que lo condenó haciendo pasar por las armas al isleño Monzón, que había ordenado esas y otras ejecuciones en Mayarí.

Refiriéndose a la guerra del 95, el Obispo de La Habana, D. Manuel Santander, en su pastoral de 24 de octubre de 1898, se expresó así:

...durante la sangrienta lucha que ha terminado ya (g. a D.), no ha habido que lamentar ataque alguno a los ministros de la religión.

Entablada la contienda, el gobierno español se muestra desde el principio cruel e implacable con sus enemigos; no les da cuartel; prescinde de todo procedimiento legal, y en simples consejos de guerra verbales condena a muerte sin piedad no sólo a los cogidos con las armas en la mano, sino también a los acusados de conspirar o meros simpatizadores de la Revolución. No emplea tampoco mayores formalidades en la averiguación de los hechos, porque el denunciado vistiera el hábito sacerdotal: la mera acusación, hecha a un sacerdote cubano, de haber bendecido la bandera de los rebeldes, es bastante para que rápidamente, sin previa formación de proceso y sin defensa, sea pasado por las armas. Otros son expatriados por *no ensalzar ni hablar de España en sus sermones;* y algunos sufren prisión *por sospechas,* o son confinados en los presidios de África, *como medida gubernativa.*

El cura de Manatí, Pbro. Braulio Odio y Pécora, es uno de los primeros sacerdotes cubanos que se lanza al campo de la insurrección.

De la *Relación oficial del clero parroquial del arzobispado*

de Santiago de Cuba, hecha en 15 de marzo de 1876 por el padre Ciriaco Sancha, aparece lo siguiente:

D. Braulio Odio, cura propio de la Parroquia de Ingreso de Manatí, fué nombrado en 15 de enero de 1866 y tomó posesión en 8 de febrero del mismo año. No reside en su Parroquia por estar él en la insurrección (25).

Sobre el 20 de octubre de 1868 fué tomado e incendiado el pueblo e iglesia de San Miguel de Manatí por los revolucionarios; disponiéndose por el Gobierno Superior Civil, en 18 de noviembre, que

los vasos sagrados y demás efectos que condujo a este puerto el vapor de guerra *San Francisco de Asís,* pertenecientes a la iglesia abandonada de Manatí, sean depositados en el Arzobispado de Cuba (26).

Encontrándose por esta época el padre Odio en Santiago, a él le fueron entregados dichos objetos, según lo comunicó el Gobernador de dicho arzobispado, Dr. José Orberá, con fecha 5 de diciembre de 1868 (27). De todo lo cual se infiere que el citado cura se fué a la *manigua* en el mes de diciembre, saliendo de la ciudad de Santiago.

De él nos han hablado con encomio los Sres. coronel Manuel Sanguily y general Enrique Collazo, quienes le conocieron y trataron en la Revolución, donde estuvo los diez años que duró la guerra, distinguiéndose por sus virtudes y patriotismo.

El general Collazo ha referido que este sacerdote iba siempre al fuego, no a combatir, sino a auxiliar a sus hermanos; porque decía, cuando trataban de disuadirlo de que no fuera a exponerse, "que allí era donde más falta hacía para recoger y auxiliar material o espiritualmente a los que caían": no llevaba más arma que un revólver, y con el único objeto de defender su vida; pero del cual no tuvo, por suerte, que hacer uso nunca, pues refería "que si desgraciadamente hubiera llegado ese caso, habría dejado de ser sacerdote". Cumpliendo un tris-

(25) Archivo Nacional. Eclesiástico y judicial. Legajos sin clasificar.
(26) Archivo Nacional. Ecco. y Judicial. Legs. sin clasificar.—*Diario de la Marina,* Habana, 25 octubre 1868.
(27) Id. id. id.

te deber tuvo que acompañar *al cuadro* y prestarle los auxilios espirituales, al brigadier Monzón, al ser fusilado por orden del Gobierno de la Revolución, en virtud de los atropellos y demás actos criminales que ejecutó en Mayarí el día 1º de febrero de 1869. Operó por Oriente y Camagüey, principalmente por aquella región, habiendo alcanzado hasta el grado de coronel. Y terminada la guerra, pidió y obtuvo autorización—según nos ha referido Collazo—para celebrar una misa de campaña a las fuerzas insurrectas que habían capitulado en el Zanjón. Después de haber desempeñado distintos curatos pertenecientes todos al arzobispado de Santiago de Cuba, murió de cura de Santo Tomás y canónigo de aquella catedral el día 14 de noviembre de 1908; siéndole tributado a su cadáver grandes honores por los Veteranos y pueblo de Santiago.

Estuvieron también en el campo de la insurrección, durante la guerra de los Diez Años, los presbíteros Benito Castro, Julio Villasana, Jerónimo Emiliano Izaguirre, Pedro Soler, el padre Ibarra, José Joaquín Carbó y Serrano, y el entonces seminarista Desiderio Mesnier de Cisneros.

El primero fué hecho prisionero junto con otros patriotas, en Guano, Puerto Príncipe, el 15 de febrero de 1874. El *Diario de la Marina,* Habana, de ese día, de donde tomamos el dato, dice:

> Los exploradores de la fuerza que está a las órdenes del coronel Esponda, dieron muerte en el Guano a Pedro Urquiza, titulado Ministro de la fantástica República de Cuba libre y a tres insurrectos más, haciendo prisionero al padre Benito Castro.

Sobre este Padre no hemos podido obtener más informes. En ningún otro periódico de la época se refiere su captura, y personas bien enteradas de estos asuntos, a las que hemos consultado, ignoran hasta que existiera dicho sacerdote en Cuba.

Julio Villasana, oriental, capellán de la iglesia de Santa Lucía, en aquella región, y antes cura de Nuestra Señora de la Caridad de Puerto Príncipe, volvió de la Revolución por el año 72, embarcándose luego para Venezuela, donde murió.

Jerónimo Emiliano Izaguirre e Izaguirre, de Bayamo, es el primer sacerdote cubano que se va al campo insurrecto. En Ba-

rrancas, cuatro leguas de Bayamo, se hallaba de párroco, cuando llegaron, pocos días después del Grito de Yara, los soldados de la libertad: los recibe lleno de alborozo; les abre las puertas del templo, donde es bendecida por primera vez la bandera de la República en armas, y, después de exhortarlos desde el púlpito a luchar por la libertad e independencia de la Patria, se une a ellos para seguir la suerte de la Revolución.

Según consigna Pirala—cuyos datos erróneos en cuanto a fecha y lugar, hemos podido rectificar consultándole al Sr. Manuel Sanguily—ese sacerdote ofició como tal en la misa que en conmemoración del primer aniversario del Grito de Yara se celebró en los campos de Guaimarillo. Terminada esa ceremonia se pronunciaron varios discursos por Céspedes, Zambrana, Figueredo, Morales, Pérez Trujillo, "y el Pbro. Emiliano Izaguirre también saludó, como sacerdote, los triunfos de la naciente República" (28).

El Dr. Diego Tamayo, en un artículo publicado en la revista *Patria y Libertad*, que en parte reprodujo *El Debate*, dice:

> El primer sermón en la primera misa de campaña, lo pronunció el padre Emiliano Izaguirre. Murió en los campos de la Revolución (29).

Pedro Soler, catalán, que desde 1866 desempeñaba el curato de San Agustín de Aguarás, en las Tunas, correspondiente al Arzobispado de Santiago de Cuba, se marchó a la insurrección cuando los revolucionarios entraron en dicho pueblo, muriendo en el campo, según se cree. El hecho de haber desaparecido de su curato desde principios de la guerra, consta de la *Relación* oficial citada, en la cual se consigna "que se ignora su paradero desde que principió la insurrección".

Murió igualmente en el campo rebelde el padre Miguel Antonio García Ibarra, adonde partió cuando las fuerzas cubanas entraron en Holguín, donde desempeñaba el curato de Santa Margarita de Cacocúm.

---

(28) PIRALA, *Anales de la Guerra de Cuba*, t. II, ps. 20-21, dice que fué en el "segundo aniversario" y en los campos de "Cunimarillo"; lo que no es cierto; porque el 2º se celebró en el Cacaotal.

(29) *El Debate*, Habana, 4 mayo 1918. Según se cree, el padre Izaguirre falleció por Guáimaro, 1871-1872.

José Joaquín Carbó y Serrano, natural de Santiago de Cuba, siendo cura de Sibanicú, se incorporó a la Revolución. Este sacerdote fué quien le salvó la vida al cura-guerrillero español Manuel González Cuervo, al caer prisionero cerca de ese pueblo y ser condenado a la última pena. Falleció en agosto 2 de 1914, de Deán de la Catedral de Cuba.

Y el seminarista Desiderio Mesnier, que también hemos de ver figurar en la guerra del 95, se marchó a la insurrección junto con otros compañeros de estudios, en 1869, ingresando en las fuerzas de Silverio del Prado; pero por su poca edad fué devuelto a sus familiares.

Fueron asimismo de los primeros en manifestar su adhesión y simpatía a la causa de la independencia de Cuba, realizando actos suficientes entonces para haberlos pagado hasta con la vida, los Pbros. Dr. Diego José Batista y Juan Luis Soleliac, naturales de Bayamo y Santiago de Cuba respectivamente. El primero, párroco de la Iglesia Mayor de Bayamo, y el segundo de la de San Juan Evangelista, de la propia ciudad; ambos tributaron al Mayor General Carlos Manuel de Céspedes los honores correspondientes a su alta jerarquía: lo recibieron bajo palio en la puerta de dicha parroquial mayor, cantando un *Te Deum* en acción de gracias por la capitulación de esa plaza y entrada en ella del citado Jefe.

Refiriéndose a este mismo suceso, el Dr. Diego Tamayo ha escrito lo siguiente:

> El primer sacerdote que bendijo la Revolución fué al padre Diego José Batista, cura párroco de la Iglesia Mayor de Bayamo. Cantó un *Te Deum* y puso la Revolución bajo la égida religiosa; invitó personalmente a Carlos Manuel de Céspedes para que asistiera con su Estado Mayor; lo recibió en el atrio de la Iglesia, y, bajo palio, le paseó por la amplia nave de aquel antiguo templo, con la solemnidad majestuosa de una consagración.
>
> Fué secundado por el padre Soleliac, que repartía entre los soldados escapularios y estampas de la Virgen de la Caridad (30).

---

(30) *El Debate,* Habana 4 mayo 1918, inserta varios párrafos de un artículo del Dr. Diego Tamayo, titulado *Recuerdos del pasado,* que dice publicó éste en la revista *Patria y Libertad.*

Por consecuencia de esos hechos fueron presos y conducidos a Santiago los citados presbíteros; muriendo allí, privado de libertad y de toda clase de recursos, el octogenario padre Batista.

Por decreto de 12 de febrero de 1869 fueron sometidos a consejo de guerra y confinados a Fernando Poo, después de haber estado sepultados por más de tres meses en los calabozos de la Cabaña, 250 cubanos acusados del delito de *infidencia*. Entre éstos se contaban los siguientes sacerdotes:

Pbro. José Cándido Valdés, cura de Jaruco, de ¡60 años de edad!, natural de La Habana, y que había figurado antes en la conspiración de Pintó.

Pbro. José Miguel de Hoyos y Barrubia, párroco de Nuestra Señora de Guadalupe, partido de Peñalver o Pepe Antonio, de donde era natural. En 1877 ya lo habían dejado regresar a Cuba, porque aparece (17 de abril) desempeñando el curato de Corralillo.

Pbro. Adolfo del Castillo, hermano de Honorato y tío del General de su mismo nombre y apellido, que tanto figuró en nuestra última guerra de independencia; fué preso de los primeros (7 de febrero). Desempeñaba a la sazón el cargo de capellán del convento de monjas Hijas de María, de Sancti Spíritus, su pueblo natal. En la del 95 se vió obligado a ausentarse de su patria.

Pbro. José Cecilio Santa Cruz, de 53 años de edad, de La Habana, párroco de Guayabal.

Y Pbro. Rafael Sal y Lima, natural de La Habana, cura del Calabazar.

A ninguno de los 250 deportados, entre los cuales figuraban los cinco sacerdotes citados, se les formó causa; y sin embargo fueron embarcados con destino a Fernando Poo, en el vapor *San Francisco de Borja*, que salió del puerto de La Habana el día 21 de mayo del citado año de 1869. Se supo después, por manifestación de la misma autoridad, que la deportación se había decretado como *simple medida gubernativa*.

Los que quieran saber las vejaciones, los malos tratos, amenazas y privaciones de todas clases a que fueron sometidos estos patriotas, lean los libros que dos de esos mártires escribie-

ron: los señores Francisco Javier Balmaseda y Miguel Bravo y Senties (31).

Fué sometido también a consejo de guerra, y encarcelado en virtud del anterior decreto, el Pbro. Pedro Yera.

El cura párroco de Güira de Melena, Pbro. José Alemán, aparece denunciado en 17 de mayo de 1869 como desafecto al Gobierno, junto con 73 individuos más, vecinos de San Antonio de los Baños. Ignoramos la suerte que corrió este sacerdote; pero, a juzgar por los cargos que se le hacían, no debe haber sido muy buena.

Solía asistir—se dice—a los *clubs* revolucionarios, y si bien no ha hecho demostración alguna, ha auxiliado con dinero la insurrección del Departamento Oriental, y la familia con quien vive ha sido o era la primera en incitar a los hombres a que se rebelasen contra España (32).

Por sus ideas políticas sufrieron prisión o fueron perseguidos:

Amador de Jesús Milanés, natural de Bayamo y cura propio de la Santísima Trinidad, en Santiago de Cuba. Le ocuparon cartas de la correspondencia que sostenía con su hermano Diego José, que se encontraba en el campo de la insurrección, y lo encarcelaron. La hermana, acompañada de sus dos hijas, se acercó a Valmaseda para pedirle la libertad de su hermano, y oyó, llena de indignación y vergüenza, estas infames palabras: ''que estas dos señoritas que la acompañan vengan solas mañana, a pedirme la libertad del P. Milanés''. El honor y la virginidad de esas dos jóvenes eran el precio que el sátiro español quería cobrar por la libertad que se le pedía.

Manuel Serrano y Jaén, de Santiago de Cuba, cura de San Luis del Caney, fué encarcelado.

El anciano padre Pedro Alberro, de La Habana, cura de San Cristóbal, sufrió prisión.

Pbro. Tomás Demetrio Serrano, Puerto Príncipe. En la lista de las reclamaciones presentadas hasta 25 de agosto de 1870, contra los individuos cuyos bienes han sido embargados a con-

(31) *Los Confinados a Fernando Poo.* N. York, 1869.—*Revolución Cubana. Deportados a Fernando Poo.* N. York, 1869.

(32) *Boletín del Archivo Nacional,* año X, 1911, p. 94.

secuencia de las causas políticas que se les siguen, aparece una contra dicho presbítero (33).

Joaquín Alcarazo, cura de Guane, Pinar del Río, fué depuesto injustamente de su curato, en 1877, por el Gobernador del Obispado de La Habana, Sede vacante, Sebastián Pardo.

Ismael José Bestard y Romeu, de Santiago de Cuba, cura párroco y vicario foráneo de Manzanillo, fué suspenso en sus funciones y obligado a residir en Santiago.

Y Antonio Hernández, natural de Caracas, cura de Santa Rita, Holguín, considerado auxiliar de la rebelión, fué preso y conducido a la cárcel de Cuba, en unión de Batista y Soleliac.

Y llegamos al año de 1870, en que al clero nativo tocó pagar su cruento tributo a la patria. La pena fué desproporcionada al delito, si es que hubo delito, sin que el hábito de un sacerdocio de amor, de paz y de perdón lo librara del martirio.

A las 7 de la mañana del 30 de abril de ese año, no obstante haberse acogido al decreto de indulto del general Dulce, de 21 de febrero de 1869, fué pasado por las armas, en los campos de Marsillán, Cienfuegos, el Pbro. Francisco Esquembre y Guzmán, cura párroco de Nuestra Señora del Rosario, Yaguaramas, en virtud de sentencia impuesta en consejo de guerra verbal por delito de infidencia (34).

Había transcurrido algún tiempo de la realización de los actos que se le imputaban, y creyéndose, sin duda, amparado con el decreto de indulto citado, tuvo la mala ocurrencia de trasladarse un día a La Habana, en la época en que los llamados *guardadores del orden*—los voluntarios—cometían impunemente toda clase de desafueros y eran oídos y obedecidos en cuantas peticiones hacían, por criminales o injustas que fueran; así fué que enterados los voluntarios de la presencia del padre Esquembre en esta capital, lo denunciaron nuevamente, reviviendo hechos pasados, y lograron primero su encarcelación (26 de abril de 1869) y luego su ejecución en Cienfuegos, a donde lo trasladaron con ese objeto, en 11 de septiembre del propio año.

---

(33) *La Voz de Cuba*, Habana, 27 octubre 1870.

(34) Era natural de Santiago de Cuba; recibió las órdenes sagradas en La Habana, 1861, y fué nombrado cura de Yaguaramas en 23 de febrero de 1866.

El *Diario de la Marina* de 3 de mayo de 1870, al dar cuenta de esa ejecución, dice lo siguiente:

En carta de Cienfuegos, fecha 30 de abril último, que hemos tenido a la vista, se comunica el fusilamiento allí, el mencionado día, del Pbro. Francisco Esquembre, cura párroco que fué del partido de Yaguaramas. Juzgado en consejo de guerra por la conducta que observó al estallar la insurrección, siendo acusado, entre otras cosas, de haber bendecido la bandera rebelde y predicado con tal motivo un sermón subversivo a las gavillas reunidas en Yaguaramas, fué condenado a la última pena con arreglo a las leyes. ¡Que Dios se haya servido recibir con compasión su alma!

La Voz de Cuba, periódico que fundó y dirigió en esta capital el tristemente célebre D. Gonzalo Castañón, con el título *Justicia* publicó un artículo, el día 2 de mayo del propio año, aplaudiendo dicho fusilamiento.

El curato de Yaguaramas, consagrado por el martirio de un sacerdote cubano, es una página de gloria de nuestra historia, al par que de baldón e ignominia para España.

Una modesta y sencilla columna se alza hoy en el Paseo de la Independencia, antes de Vives, Cienfuegos, para recordar a las presentes y futuras generaciones que allí, por bendecir la bandera de la Patria, fué fusilado un sacerdote cubano, con escarnio de la Ley, del Derecho y de la Justicia.

Antes de 1870 ya se había hecho notar el curato de Yaguaramas, por haberlo desempeñado (1841-44) el Pbro. José Ramón de la Paz y Morejón, natural de San Antonio de los Baños, quien por invitación de la Sociedad Patriótica de La Habana, y poniendo a contribución sus aficiones a la historia natural, se dedicó a estudiar esa región, de donde estuvo enviando frecuentemente noticias, así como objetos, animales y plantas a dicha corporación.

En la Junta Revolucionaria de Nueva York, delegada del Gobierno de la República en armas, hubo también un sacerdote cubano, el Pbro. Joaquín de Palma, de la Iglesia Episcopal. Este sacerdote fué invitado, y tomó parte en ella, a la fiesta patriótica allí celebrada en conmemoración del segundo aniversario de la Revolución de Yara, asistiendo a las ceremonias religiosas efectuadas los días 9 y 10 de octubre y a la velada o

mass meeting que tuvo lugar ese último día en Irving Hall, donde pronunció un discurso alusivo al acto que se solemnizaba (35). Y el 10 de octubre de 1876 predica en la iglesia de Santiago, en Nueva York, de la que era Rector, para conmemorar esa fecha gloriosa (36).

No por tocar ya a su término la Revolución en 1876, y estar convencida España de la impotencia de aquélla para triunfar, cesó la cruzada que contra el clero cubano se había emprendido.

La envidia que la ignorancia ha tenido siempre al talento y al saber, dió en esta tierra sus frutos de infamia y cobardía. El clero español de Cuba, que nunca se distinguió—salvo raras excepciones—por su ilustración y cultura, sobre todo si lo comparamos con el clero nativo, no podía consentir ni tolerar verse deslucido por los talentos y elocuencia de los Dobal, Arteaga, Barnada, Fuentes, Santos, y tantos otros, que aquí habían nacido y hecho sus estudios. Había, por consiguiente, que callarlos, que quitarlos de la escena, para que sólo se oyera la voz bronca, dura y sin modalidades del aldeano-sacerdote, al cual, si le faltaban la verdadera fe y la instrucción, le sobraban, en cambio, el fanatismo y la ignorancia.

El día 10 de octubre de 1876, aniversario glorioso de la Revolución de Yara, fué el escogido por los sacerdotes españoles Dionisio González, teniente cura de la parroquia del Pilar, de La Habana, y Francisco Ceballos, capellán del Batallón de escribientes y ordenanzas de esta ciudad, para denunciar al gobierno a todos los sacerdotes cubanos, y especialmente a Dobal, Arteaga, Barnada, Santos, Fuentes y Almansa.

La delación la hicieron por medio de una carta dirigida al Sr. Francisco Cepeda, censor de imprenta y persona de la intimidad y confianza del Capitán General, Sr. Joaquín Jovellar. De esa carta son estos párrafos que vamos a copiar:

Efectivamente, no puede negarse que el Sr. Arteaga, con su compañero de colegio D. Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt, D. Miguel de los Santos y el P. Almansa, con el Dr. Barnada y cuantos sacerdotes

(35) *La Revolución*, Nueva York, 13 octubre 1870. Periódico dirigido por E. Piñeyro y J. C. Zenea.

(36) Sermón pronunciado por el Rev. Joaquín Palma... el 10 de octubre de 1876.... Nueva York, 1876.

cubanos suben al púlpito, todos sin excepción alguna lo hacen con el firme propósito de privarnos de ese medio poderoso, más que el fusil y el cañón, para llevar a los ánimos primero y después a los campos la paz que tanta falta hace... y por eso sin duda los sacerdotes de este país, que no se distinguen por cierto por su moralidad ni por su celo religioso, tienen sin embargo un empeño decidido por dedicarse a la predicación.

Y más adelante agrega:

Efectivamente Sr. Cepeda; no sólo son los sacerdotes que le he nombrado *perjudiciales*, sino que algunos de ellos, si la autoridad fuese ejecutiva con ellos, pudiera, después de muchos de los sermones que predican en La Habana, *fusilarlos*, o al menos desterrarlos para siempre de su país que los mira como su más firme sostén y como la bandera risueña de sus esperanzas (37).

Esta carta-denuncia la envió el Sr. Cepeda, con otra suya, de 10 de octubre, al Capitán General, en que le decía:

Excmo. Sr. D. Joaquín Jovellar.

Mi querido General: antes de ahora he clamado, aunque en vano, por que se vigilase muy de cerca la cátedra sagrada, porque conozco las tendencias de muchos clérigos cubanos y el inmenso daño que han hecho y hacen a nuestra causa.

Hoy son, por desgracia, ciertos mis temores y tengo mucho y muy grave que decirle.

Todo cuanto V. hace, todo cuanto le podamos ayudar sus leales amigos se estrella, sin remedio, contra el púlpito. La idea separatista se ve alentada y robustecida por unos cuantos *predicadores* que dicen siempre y con cortas alteraciones el mismo sermón. Esto no es un secreto para los que conocen la índole y tendencias de una gran parte del país.

Como conoce V. que nada me arredra ante el deber; como en estas cosas procedo con la mesura que procuro imitar de V., me permito incluir esa carta para que adquiera una idea de nuestra polémica—con dos o tres sacerdotes peninsulares—y la nota final que le dará la clave de todo.

Sé que mi amigo Pardo, Gobernador hoy de la Mitra, sabe algo y está sobre la pista; pero esto no basta para que me calle y deje de advertirle el peligro que corremos.

Hay más: en Colón tienen de párroco a otro individuo de quien he leído, en periódicos rebeldes, grandes bellezas: era el señalado para un alto puesto por los de Yara, y cuentan que el Arzobispo de Cuba lo echó de aquel Departamento.

Queda como siempre suyo, besándole las manos, su buen servidor y leal amigo, *Franco. Cepeda.*—10 de octubre de 1876.

---

(37) Archivo Nacional. Gobierno Gral. Leg. 356, n.º 17,070.

P. S. El Reverendo padre Llanas puede informarle detenidamente sobre el caso de estos predicadores (38).

Si no fueron fusilados esos sacerdotes, lo deben sin duda a la suerte de no hallarse rigiendo los destinos de esta Isla entonces el feroz y sanguinario Valmaseda, sino un hombre más templado y liberal, como lo era Jovellar.

Sin embargo, la denuncia no dejó de surtir sus efectos. En el obispado se instruyó el oportuno expediente, que por ser largo no insertamos íntegro; pero del cual diremos lo bastante para que sea más conocido y se vea la inconsistencia de los cargos hechos y la injusticia de la pena impuesta.

Dicho expediente se inicia con el informe que al obispado remite el cura de la iglesia del Pilar, Sr. Francisco Arriaga, en queja contra los citados presbíteros cubanos Sres. Ricardo Arteaga, Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt, Miguel D. Santos, Manuel José Dobal, Francisco de Paula Barnada y Pedro Francisco Almanza, por los sermones que predicaron en la referida iglesia con motivo de las fiestas de la virgen del Pilar.

Los mencionados sacerdotes fueron invitados a ocupar la cátedra sagrada—dice el cura del Pilar— por la camarera de la virgen, Sra. de Sigarroa, a lo que no se opuso, ni se creyó en el deber de impedir, por estar dichos predicadores en uso de sus licencias ministeriales. Empero, más bien parece que D. Francisco Arriaga quiso aprovechar la ocasión que se le presentaba de poder observar de cerca y tomar nota de cuanto dijeran esos oradores, gloria de la elocuencia sagrada en nuestro suelo, a los que deseaba callar de una vez; como se demuestra con lo que el propio Arriaga refiere después.

Si como hombre de conciencia—dice—debí respetar este derecho, el que tenían a predicar, como sacerdote español y como párroco me preparé para impedir que en mi iglesia se alentara a nadie directa ni indirectamente a la anticristiana y antipatriótica rebelión que asolando esta Isla, desangra a la madre Patria, con los enormes sacrificios de sangre y de dinero que la demanda todos los días.

---

(38) Archivo Nacional, Gobo. Gral. Leg. 356 n.º 17,070.—Francisco Cepeda y Taborcias, después del Zanjón, se distinguió como periodista y por sus ideas liberales; fundó en la Habana *La Revista Económica*, y fué expulsado de la Isla por su artículo *Los Cipayos en Campaña*.—Eduardo Llanas era, ese año, Rector de las Escuelas Pías de Guanabacoa.

Al efecto pues, y para poder observar con certeza y exactitud todo lo que ocurriese dentro del templo en los cultos que habían de celebrarse, determiné que el Teniente cura de esta Parroquia, D. Dionisio González, sacerdote peninsular, y de ideas y sentimientos en religión y patriótico, cual conviene a un sacerdote celoso y a un buen español, alternase en el altar con el Pbro. D. Francisco Ceballos, Capellán del Batallón de escribientes y ordenanzas de esta ciudad, también peninsular y dotado de las excelentes cualidades que en el nombrado Teniente cura reconozco (39).

El resultado de lo que estos dos curas españoles observaron, ya lo conocemos por los párrafos que copiamos antes de la carta-denuncia que mandaron al censor Sr. Francisco Cepeda.

Ahora, las acusaciones que el propio cura del Pilar hace a cada uno de los oradores, las vamos a referir en seguida.

El primero que ocupó el púlpito fué el Pbro. Dr. Francisco de Paula Barnada, que predicó los días 3 y 4 de octubre de 1876. De éste dice el cura del Pilar lo siguiente:

...fué en Santiago de Cuba, de donde es natural, abiertamente insurrecto, llevando sus convicciones y adhesión a la causa de la independencia hasta el punto de ser expulsado de allí de orden de la Autoridad, porque con sobrado fundamento fué acusado de ocultar en su casa a los que como enemigos de la Patria eran perseguidos.

Estos son como los antecedentes penales que se ha querido traer, ya que, según se verá, no fué posible cogerle ninguna palabra en sus sermones que sirviera para hacerle una acusación seria y fundada.

Es verdad—dice Arriaga—que en los sermones que predicó en esta Iglesia... no dijo cosa alguna manifiestamente hostil a la nacionalidad española; pero para el que conoce la astucia y doblez con que trabajan en su propaganda esta clase de personas, basta que el Dr. Barnada hablase con sólida doctrina, es cierto, de la devoción a María Santísima sin ocurrírsele una vez siquiera apellidarla con la simpática y patriótica advocación del Pilar, con que es venerada en esta parroquia, para reconocer en el Sr. Barnada la deliberada intención de no añadir un grano más de arena al templo que a la devoción de María ha tenido siempre erigido cada español en su corazón.

---

(39) *Boletín del Archivo,* año XI, 1912, ps. 136-148.—Todo lo que sigue, referente a este expediente, está tomado de dicho *Boletín,*

El día 5 tocó hablar al padre Arteaga. Nada hubo tampoco en su prédica que pudiera servir para fundar un cargo contra él. Pero como el cura del Pilar deseaba de todos modos encausar a estos sacerdotes, no encontrando en ninguno de los sermones de estos dos primeros oradores palabra alguna subversiva en contra de España, quiere a su guisa interpretar o descubrir la intención de sus palabras y condenarlos hasta *por lo que no dijeron.*

Al referirse a Arteaga, empieza también por traer sus antecedentes, como en el caso anterior, y además los de su familia; y dice:

El Pbro. D. Ricardo Arteaga, quien tiene para este pueblo el raro y extraordinario mérito de mártir de la patria por haber sido en Santiago de Cuba fogoso y activo partidario de la causa separatista, al extremo que fué considerado reo de pena capital por una parte del Consejo de Guerra que entendió en su causa, y por los nueve meses de cárcel que en tal concepto sufrió, amén de las circunstancias agravantes de pertenecer a una de las familias que en el Camagüey han dado a las filas insurrectas más contingente personal.

Este sacerdote—continúa—que mientras fué cura de la vecina parroquia de Regla, es voz pública que mereció la confianza de los grandes secretos de la insurrección y no falta quien lo haga también recaudador de fondos para remitir a la Junta de New York, éste que sostiene aún allí cierto espíritu de rebelión entre sus adictos por imposibilitar la acción de todo cura, y que a pesar de tan pésimos antecedentes fué tratado primero con tanta lenidad por la autoridad de esta Diócesis que le nombró desde luego Teniente cura de la parroquia del Santo Ángel en esta ciudad y más tarde cura párroco interino de Regla, ha sido de día en día más audaz en sus manifestaciones desde el púlpito.

Esta audacia no aparece, al menos, en el sermón que pronunció en el Pilar el indicado día, y que es objeto de la denuncia dada por el cura de dicha parroquia, quien al juzgar el sermón se concreta a decir, entre otras cosas,

...que predicó, no de la devoción a María Santísima ni de máxima alguna conducente a la salvación de las almas, sino del nacimiento y progreso de las bellas artes...: que malicia más que ignorancia arguye el silencio que respecto de España guardó al recorrer los pueblos que habían contribuido al progreso de las bellas artes a impulso de la devoción a María Santísima...: que del sermón del P. Arteaga nadie saldría más cristiano que entró en la Iglesia, pero sí es posible y casi seguro que sa-

lieron todos más insurrectos que lo eran al entrar o que odiaran más que antes a España.

Lo que parece deducirse de las observaciones hechas es que al buen cura D. Francisco Arriaga no le gustaban las bellas artes, o no entendía de ellas.

Al siguiente día ocupó la cátedra del Espíritu Santo el presbítero Miguel D. Santos. Su sermón versó sobre la diferencia que media entre la palabra divina y la humana. Tampoco le gustó a Arriaga la predicación de este orador. Verdad es que él tenía a Santos por un ''hombre de limitada inteligencia y de escasos conocimientos''. Sin embargo, tanto éste como Arteaga fueron aplaudidos por los concurrentes a la fiesta.

Al fin, después de tanto esperar, pudo el capellán Ceballos hacer uso de su buena memoria y del lápiz, que muy a la mano debía tener, para escribir estas frases que dijo el orador:

Y en los intersticios de la tiranía, de esa tiranía odiosa, inconcebible, monstruosa, la palabra se ha abierto camino, las víctimas, los espíritus han resucitado, han tomado vida en un día para dar gloria a la Patria.

Resulta extraño e incomprensible que a pesar de esa ''proposición subversiva'', como la llama el denunciante, dejasen subir otra vez al púlpito a Miguel D. Santos, dos días después; pero no si tenemos en cuenta que lo que se deseaba era que hablaran en esa fiesta solamente los expresados sacerdotes cubanos.

En el discurso del día 8 habló Santos de los tres ministerios de la mujer. Y fué entonces cuando el otro cura-espía, Dionisio González, que también estaba provisto, como el anterior, de lápiz y papel, pudo copiar estas palabras:

Crían hijos que sufren con la mayor resignación los trabajos y peligros de una campaña prolongada por conseguir su independencia.

Lamentamos en alto grado que no nos haya sido dable averiguar si fueron realmente pronunciadas esas frases transcriptas por los dos espías de sotana. Ciertas o falsas, de cualquier manera que sea, ellas no han debido ser motivo de un proceso, y menos de una expatriación. Pero como se quería eliminar de

todos modos a esos sacerdotes que por su ilustración, cultura, talento y elocuente verbo eran orgullo de esta sociedad, y particularmente del clero cubano, por eso a unos, porque no pronunciaron las palabras ''virgen del Pilar'', o no hablaron de España, y a otros porque se expresaron en los términos ya dichos, considerados subversivos, a todos juntos les retiraron las licencias de predicar, y cuatro de ellos fueron además enviados a España.

Prosigamos nuestra reseña de los sermones predicados durante las fiestas del Pilar.

Después de Miguel D. Santos, tocó su turno a los Pbros. Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt y Pedro Francisco Almanza. Las únicas observaciones desfavorables que pudo hacer Arriaga de sus oraciones, fueron las de que ''no nombraron a España'', ni aludieron a la patriótica advocación con que en esa iglesia se celebraba la virgen María. En cambio, y siguiendo la misma táctica que con los dos primeros había empleado, nos trae sus antecedentes revolucionarios. Del primero dice:

que le fué preciso huir de Cuba por insurrecto comprometido con los que estaban en armas contra nuestra querida patria.

Y del segundo:

que estaba en Cuba tan comprometido que tuvo que salir de allí para esta capital, donde está dedicado a la enseñanza y no sin trabajar en la causa insurrecta, según podría informar el Sr. Cura párroco del Cerro, [Cristóbal Suárez Caballero] si necesario fuese.

El obispado de La Habana, del que era Gobernador a la sazón el Pbro. Sebastián Pardo, por muerte del obispo Apolinar Serrano Diez, ocurrida en 14 de junio de 1876, con vista de la denuncia dada por el cura del Pilar en 13 de octubre del propio año, y de los informes pedidos y suministrados por los párrocos, presidentes y rectores de las iglesias de esta capital, ''acerca del espíritu—según dice el expediente—que predomina de ordinario en los sermones de dichos predicadores'', resolvió con fecha 8 de noviembre del citado año:

que cesen en el uso de las licencias de predicar Dn. Ricardo Arteaga, Dn. Emilio de los Santos Fuentes y Dn. Miguel de los Santos, como ya

hace días dispuse cesara Dn. Manuel de Jesús Doval [*sic*], en fuerza del mismo deber ineludible.

Mas, doliéndose el obispado de ser ''esta providencia la única que puede tomar en su esfera de acción'', llama la atención del Capitán General de la Isla, a quien remite el expediente, de esta sugestiva y elocuente manera que deben leer con detenimiento los que hoy todavía se oponen en Cuba a la reglamentación de la enseñanza privada:

Si se les cierra el púlpito, se les abren en cambio de par en par las puertas de todos los colegios donde, según ya es público, difunden doctrinas en contra de nuestra nacionalidad y gobierno, ultrajan nuestras glorias o las callan maliciosamente, ejerciendo, por tanto, una predicación continua e incesante, tanto más perjudicial cuanto que va dirigida por lo común a niños sin talento para discernir, cuyos tiernos corazones son materia dispuesta a todos los afectos, a todos los odios como a todos los amores, y cuyas primeras impresiones no se borran jamás.

Ese es, precisamente, el mismo fundamento que hoy asiste a los cubanos para mirar con recelo y considerar peligrosa, desde el punto de vista nacional, la enseñanza que a la infancia y juventud de nuestra patria vienen dando las congregaciones religiosas enseñantes y los colegios de los centros regionales españoles que aquí existen. Máxime cuando ya ha sido denunciada más de una vez, ante la opinión pública, la manera pérfida que tienen de inculcar a los niños cubanos los deberes del ciudadano y el amor a la Patria. Silencian nuestras fechas gloriosas y los nombres de nuestros sabios y de nuestros héroes, y alaban con frecuencia a España y a sus hombres, en los cuales no ven más que virtudes, heroísmo y saber: no dicen palabra alguna de los crímenes, injusticias y horrores sin cuento cometidos por los españoles en toda la América por ellos descubierta y colonizada; no hablan del suplicio de Hatuey, ni de la negativa de éste a ser bautizado y confesarse antes de morir, a pesar de los dones que se le ofrecían, por no encontrarse con los españoles en el cielo; pero, en cambio, explican que los norteamericanos mataban a los indios pieles rojas, y que los soldados españoles (como los del batallón de Arapiles, ponemos por caso) venían a Cuba con una sola esperanza: *la de vengar a su*

madre, la de verter la sangre de sus venas para lavar con ella la honra de su madre querida, de su ultrajada España. (40).

Y recientemente (fines de 1917), el Presidente de la Sección de Educación del Centro de Dependientes de La Habana, Máximo Casal, ¿no protestó en junta de que con la enseñanza de la Historia de Cuba se lastimaba el sentimiento español, con el propósito, según se dice, de que se explicara también la de España, como en efecto se acordó?

Los españoles sí pueden lastimar el sentimiento nacional cubano, sin que nuestras autoridades les cierren sus colegios o lo impidan por medio de la inspección de sus escuelas; ¡mas los cubanos no pueden herir el sentimiento español! ¿A qué esperan, pues, los cubanos? ¿Quieren seguir siendo extranjeros en su tierra?

Reanudemos nuestro interrumpido relato.

Como era de esperarse, surtió sus efectos la advertencia episcopal. El Capitán General dispuso, en 11 de noviembre de 1876, el destierro de esos cuatro sacerdotes a quienes el obispado había prohibido ya predicar.

Es curioso el fundamento de la resolución dictada.

No es posible—dice—dejar sin correctivo tan antipatriótico proceder, y como por otra parte no pueda exigírseles responsabilidad por sus actos, encubiertos para el orden judicial, y claros y patentes en el moral, que produce la convicción, he resuelto que los cuatro referidos sacerdotes aludidos sean desterrados de esta Isla para la Península, hacia donde se dirigen por el correo del 15 del presente mes.

De suerte que, *por actos encubiertos para el orden judicial,* fueron desterrados a España los sacerdotes cubanos Ricardo Arteaga y Montejo, Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt, Miguel Domingo Santos y Manuel José Dobal y García.

¡Loor a la Iglesia Católica y al Gobierno de S. M., también católica, por tan cristiano y justo proceder!

Fueron expatriados asimismo, durante la guerra de los Diez Años, los presbíteros Juan Casto Rossell y Carrión, actual cura

---

(40) *"Las lecturas que se recomiendan a los niños cubanos de Belén".* Artículo de *La Noche,* Habana, 18 diciembre 1917.—Inserta párrafos del artículo *Deuda Sagrada,* que publicó la Revista *Apostolado de Belén,* enero 1917.

de la parroquia de Regla, Habana; Juan Jenaro Mata, cura que fué de Madruga; José Hilario Valdés, cura propio de Colón, que murió en España, desterrado, y Luciano Santana, isleño, vicario de Santa Clara.

El primero, natural de Santiago de Cuba y cura entonces de Santa Margarita de Cacocúm, Holguín, fué preso y encarcelado en 23 de junio de 1870 en La Periquera (cárcel de Holguín), pasando de allí a Gibara, para ser conducido, junto con otros presos políticos, a la cárcel de La Habana, en la cual estuvo hasta los primeros días del siguiente mes, en que salió, "bajo partida de registro", para Isla de Pinos.

En los periódicos de esa fecha, que hemos podido consultar, no hay constancia de por qué fuera preso y deportado este sacerdote. Lo único que hemos leído es la noticia de haber llegado a esta capital, el 27 de junio del 70, el vapor *Pájaro del Océano*, conduciendo los presos políticos procedentes de Cuba y Gibara, entre los cuales figura, aunque con nombres equivocados, dicho padre (41). Este sacerdote tuvo un hermano nombrado Justo Rossell, que murió en el campo de la insurrección.

Del cura de Colón, Pbro. José Hilario Valdés, decía Francisco Cepeda, en su carta-denuncia citada, dirigida a Jovellar:

> Hay más: en Colón tienen de párroco a otro individuo de quien he leído, en periódicos rebeldes, grandes bellezas; era el señalado para un alto puesto por los de Yara y cuentan que el Arzobispo de Cuba lo echó de aquel Departamento. (42).

Finalizando la Revolución, en mayo de 1877, el Pbro. Lcdo. Bartolomé Camejo y Camejo, natural de Sancti Spíritus y cura de la parroquia de término de esa ciudad, tuvo que abandonar dicho curato en virtud de orden verbal dada por el General en Jefe del E. M. del ejército en campaña, D. Luis Prendersgast. La causa de su expulsión fué, según se consigna en el oficio que el Teniente Gobernador de esa plaza, D. Cándido Latorre, dirigió (29 de enero 1878) al Capitán General de la Isla,

> la participación que en asuntos políticos tomaba el Sr. Camejo como Vicepresidente que era de la Junta Revolucionaria de esta localidad (43).

---

(41) *Diario de la Marina*, Habana, 28 junio 1870.
(42) Archivo Nacional. Gobo. Gral. Leg. 356, n.° 17,070.
(43) Archivo Nacional. Ecco. y Judicial. Legs. sin clasificar.

Del expediente formado al citado padre con motivo de esos sucesos, consta que, ''por tratarse de un sacerdote ejemplar en el desempeño de su santo ministerio'', fué tratado con mucha consideración por el General Prendersgast, quien ''debiendo procesarlo se limitó a hacerlo salir de aquella jurisdicción donde resultaba peligroso''. Quien así se expresaba era el propio Sebastián Pardo, Gobernador Sede vacante del obispado de La Habana.

Antes de terminar este período debemos decir algo de algunos curas españoles, que cual los Ceballos, González y Pardo ya citados, persiguieron y vejaron a los cubanos en esa época.

Manuel González Cuervo, que desempeñaba el curato de Cubitas en Puerto Príncipe, es el primer sacerdote español que combate con las armas a los revolucionarios cubanos. Personas que viven todavía y lo conocieron, nos han referido que dicho sacerdote andaba siempre con su fusil al hombro y salía a pelear en las columnas españolas; que fué hecho prisionero y estuvo en poder de los rebeldes varios meses, hasta que lo indultaron, mediado el año 70; y que por su comportamiento y atrevida actitud estuvo a punto de ser fusilado, lo que no se llevó a efecto por la mediación del cura párroco de Sibanicú, Pbro. José Joaquín Carbó, cubano.

Muy en cuenta le hubieron de ser tenidos estos hechos al belicoso Padre, por las autoridades eclesiásticas, cuando andando el tiempo lo hemos de ver de canónigo de la Catedral de La Habana. Calmados sus ardores bélicos, se dedicó, en mala hora, a encauzar y dirigir la educación de algunos jóvenes seminaristas cubanos, entre otros la del que hoy es obispo de Pinar del Río, padre Ruiz, a quien, para desgracia nuestra, logró inculcar más amor a España que a Cuba.

El padre Ceferino Silva, cura párroco de Nuestra Señora de la Soledad de Puerto Príncipe, ''en atención a sus buenos servicios y a los prestados *muy particularmente* desde que estalló la insurrección'', pide en enero de 1871 que se le dé una plaza de canónigo en cualquiera de las catedrales de la Isla.

A Pedro Caballer y Mercadall, que tanto se había de distinguir en la guerra del 95, emulando a su predecesor González Cuervo, lo vemos en este período dedicado a la enseñanza

en su colegio "El Pilar de Zaragoza" (1870), con el objeto de hacer buenos católicos y buenos españoles, y contrarrestar así la educación antiespañola dada por los maestros cubanos.

> Hoy que las creencias flaquean—dice en el prospecto de su plantel—y una enseñanza basada en el odio contra nuestra *Nacionalidad* ha pervertido tantos corazones inocentes, ¿en qué otra cosa puede emplearse mejor el sacerdote español que en educar a la juventud, según las máximas de la doctrina católica, y según los principios del verdadero patriotismo? (44).

Por su intransigencia y odio a los cubanos se distinguieron en la Diócesis de Cuba, José Orberá, Gobernador que fué de aquella mitra; y en la de La Habana el Pbro. Toribio Martín, Secretario del obispado de La Habana, en tiempos del célebre Sebastián Pardo.

Y no olvidemos la ofensa que en la persona de Luz y Caballero infirió a todos los cubanos el padre Homobono Nogueras.

Ningún español se ha atrevido nunca a arrojar tantas injurias y afrentas sobre el justo y piadoso Maestro, como ese ministro del Señor: fué en un discurso pronunciado ante el Comité Nacional Conservador de Matanzas, en la noche del 10 de octubre de 1869 (45).

1895-1898.

Durante la última guerra de independencia no fué tan perseguido y maltratado el clero cubano como en la de los Diez Años, pues aunque algunos sacerdotes tuvieron que ausentarse, bien por órdenes verbales que recibieran de salir de la Isla, o porque anticipándose a ellas se fueran para evitarse las molestias de un proceso y el destierro forzado, en general puede afirmarse que no sufrió los rigores a que se vió sometido en el transcurso de la primera guerra. Sin que ello signifique que no le prestase a esta última epopeya igual apoyo que a la anterior. La experiencia de lo pasado tal vez los hizo más cautos y precavidos; esto aparte de que su número en esta época era pro-

---

(45) *Cuba y América*, Habana, noviembre 1899.
(45) *La Revolución*, Nueva York 18 noviembre 1869.

porcionalmente mucho más reducido, en relación al clero español residente aquí.

En cambio el clero español, de allende y aquende el mar, se caracterizó en esta contienda por su excitación y combatividad. Las exhortaciones de los prelados a los soldados eran a la guerra santa. Se les decía que había que exterminar a los enemigos de España y de la religión. Y el Sumo Pontífice mandaba su santa bendición al ejército español que venía a combatir en Cuba la Justicia, el Derecho y la Libertad:

Vais a sostener una guerra de religión—les decía el Arzobispo de Compostela a los soldados—, porque los insurrectos destruyen las iglesias, impiden el culto divino... (46).

Ignoraba este prelado, seguramente, que todas las iglesias de Cuba habían sido convertidas en fuertes o en cuarteles, cuando no en ambas cosas a la vez; y que desde sus torres se vigilaba y disparaba al enemigo.

En parecidos términos se expresan los demás prelados de España; y a su excitación y propaganda bélica se van formando distintos batallones de voluntarios que salen para Cuba.

El primero de los obispos españoles que se dió a esa labor de reclutar soldados que vinieran a matar cubanos, fué el de Oviedo, padre Martínez Vigil, que formó el batallón de voluntarios de Asturias. Le siguen el de Valladolid, Antonio María Cascajares, que forma el batallón que lleva el nombre de esa provincia; el de Madrid, José María Cos; el de Santiago de Galicia, padre José Martín de Herrera; y los de Sevilla, Granada, Zaragoza, etc. ''En casi todas las diócesis españolas se daba el mismo hermoso espectáculo'' (47).

Al *Diario de la Marina* no podía pasársele por alto ese hecho, y menos siendo comprovinciano del Director de ese periódico el que iniciaba dicho reclutamiento.

Patria y religión es el título del editorial del *Diario,* correspondiente al 7 de mayo de 1896, y de él copiamos este párrafo:

---

(46) *Diario de la Marina,* Habana, 17 septiembre 1896.

(47) *El Episcopado español y los batallones de voluntarios.—Blanco y Negro,* Madrid, mayo 1896.

Hermoso y consolador es el espectáculo que está dando en los momentos actuales la nación española, merced al férvido celo de los prelados de todas las provincias, que siguiendo el nobilísimo camino que con su iniciativa trazó el ilustre Obispo de Oviedo, excitan a sus feligreses, exaltando en ellos el sentimiento del amor patrio, a formar batallones de voluntarios que vengan a Cuba a compartir con el heroico y también voluntario ejército las fatigas, los peligros y la gloria de la campaña. Aragón, Galicia, Andalucía, Cataluña, Valencia han seguido en orden a Asturias en esa noble empresa.

Los prelados españoles concurrentes al Congreso Eucarístico de Lugo, dirigieron (10 de septiembre de 1896) un mensaje de adhesión a la Reina, haciendo votos por la causa de España, a fin de que sus ejércitos obtengan con la intervención y favor del Apóstol Santiago el triunfo contra sus enemigos. (48).

Un sacerdote español, el padre Juan Bautista Casas, Gobernador que fué del obispado de La Habana, por ausencia de su prelado Manuel Santander y Frutos, idea con *muy buena y recta intención*—según dice—un siniestro plan de campaña para exterminar la Revolución; superior, por las medidas de exterminio que aconseja, al que más tarde pusiera en práctica Weyler.

Y el obispo Santander no actúa con menos celo y ardor bélico que los prelados de allende el mar. Ahí están sus *santas* pastorales y circulares que no nos dejarán mentir: desde la de 23 de junio de 1895, cediendo las iglesias de su diócesis para fortalezas o cuerteles, hasta la de 22 de julio de 1898, excitando a combatir al *yankee.*

La Iglesia española, al declarar la guerra a los cubanos, la hizo santa por parte de España; y fué un auxiliar eficaz y poderoso con que contó el Gobierno de esa nación en su campaña de extinción de los cubanos.

De España venían ya santificados los soldados españoles, a fuerza de bendiciones, medallas y escapularios; y como si esto no fuera bastante, al llegar a Cuba se repetían las mismas ceremonias; quedando así abroquelados contra el enemigo, y seguros, si morían, de entrar en el reino de los cielos, que es el reino de Dios...

---

(48) *Diario de la Marina,* Habana, 7 octubre 1896.

El Sr. Manuel Sanguily, en su discurso pronunciado el 10 de octubre de 1896 en Chickering Hall, Nueva York, al referirse a este hecho dijo:

...el episcopado español, desentendiéndose de los intereses del cielo y los sagrados votos de su ministerio de amor y de piedad cristiana, atiza contra nosotros las pasiones inclementes de la plebe; mientras el vicario del Cristo dulcísimo que murió perdonando a sus mismos enemigos, bendice desde la Silla de San Pedro a los bárbaros que se aperciben a la matanza de gente que ni siquiera conocen, como si fantástico y sepulcral, entre los pliegues de su blanca túnica, reapareciese aquel Pontífice mundano y depravado que se atrevió a santificar la carnicería de los Hugonotes.

Tantas exhortaciones a la guerra habían de despertar, como despertaron, el espíritu bélico y sanguinario de la raza, dando ocasión a que, como en tiempos pretéritos, surgiera el monje-soldado, que aquí tomó el nombre de cura-guerrillero. Los Caballer, Pacín, Vidaurreta, Abella, Baliñas, Fernández, Pérez, Rivero, González, Montero... son pruebas elocuentes de la existencia de esa casta en Cuba.

Fiel y sumiso rebaño, a la voz de su pastor que les decía que eran compatibles y hasta divinas ambas ocupaciones, la de las armas y la del sacerdocio (49), se dedica sin temor a la santa labor de matar cubanos, so pretexto de defensa propia o de los poblados e iglesias atacados.

Animados—como los cree *Fray Piedra*—del sagrado derecho de defensa, lo defienden todo: el pueblo, la iglesia y la vida de los soldados, de sus feligreses y la propia. Cuando los insurrectos invadían o atacaban un poblado, el cura, si se llamaba Caballer, Pacín, Pérez, etc., iba al fuerte, que casi siempre era la iglesia, a defenderse; si se emboscaba por la noche en lugar estratégico, y hacía fuego y mataba al *mambí* que confiado cruzaba por allí, se defendía; si salía con la columna o la guerrilla de recorrido, y entraba en acción, se defendía también; en fin, si denunciaba un conspirador o imponía al jefe español del lugar donde se hallaban los insurrectos, se defendía igualmente.

---

(49) *Carta Pastoral* del Obispo de la Habana, 22 julio 1898. *Boletín Eclesiástico,* 1898, p. 171-177.

¡Cuántas víctimas no causó a los patriotas cubanos esa santa defensa de que estaban poseídos los citados curas españoles!

Hay que creer que si todo esto hacían era porque se olvidaban, ellos y sus prelados, del precepto canónico que prohibe ser sacerdote al militar y hasta a los jueces de causas criminales,

no porque el Evangelio ni las leyes eclesiásticas prohiban la justa defensa por medio de la guerra, y el castigo de los delincuentes por la administración de justicia, sino porque al fin es necesario derramar la sangre humana, y el cumplimiento de este triste deber repugna al espíritu de mansedumbre evangélica (50).

Debieron, por tanto, ser considerados dichos curas ''irregulares por falta de lenidad'', y suspendidos perpetuamente del ministerio sagrado que desempeñaban; ya que la *irregularidad*, según el derecho canónico, es un impedimento perpetuo establecido por la Iglesia, que incapacita para recibir las órdenes o ejercerlas después de recibidas. Ahora; en esto, como en otras muchas cosas más, la Iglesia, a pesar de la infalibilidad de sus Pontífices, sigue la *opinión más probable*; es decir, la que mejor convenga, según las circunstancias de persona, tiempo y lugar.

Así, no debe extrañarnos ver elogiada, al par que recompensada por ambas potestades, la militar y la eclesiástica, la conducta de esos curas-guerrilleros.

La seguida por los sacerdotes cubanos es, en cambio, más evangélica, o por lo menos más humana. Verdad es que con ellos no estaba el Dios cruel y sanguinario de los Ejércitos. Auxilian a sus hermanos en armas, pero tratan siempre de evitar todo derramamiento de sangre.

El padre Clara en Alquízar, cuando la invasión de dicho pueblo (5 de enero 1896), sirve de intermediario y consigue la rendición de las fuerzas que lo guarnecían, evitando el sacrificio inútil de sus exiguos defensores.

El párroco de Güira de Melena, Agustín David Castañeda, obtuvo de los insurrectos, cuando tomaron dicho pueblo (5 de enero de 1896, que les perdonara la vida a los voluntarios que desde la iglesia habían hecho fuego contra los sitiadores (51).

(50) GOLMAYO. Ob. cit. t. I, cap. XXXI, pfo. 388.
(51) *Diario de la Marina*, Habana, 21 enero 1896.

El cura de El Santo, Sagua, Pbro. Angel Haza, detenido por los insurrectos el 8 de octubre de 1895, cuando salía al campo a ejercer su sagrado ministerio, y llevado al campamento del jefe insurrecto José de Jesús Rodríguez, logra del mismo la vida de un reo sentenciado a muerte, al que se le había dicho que prestara los últimos auxilios de su religión, y hasta llevárselo consigo para el pueblo (52).

*

Por sus hechos de armas se distinguieron en esta guerra los curas españoles de La Esperanza, Santa Clara; Cumanayagua; Cárdenas; Quemado de Güines; Aguacate; Jaruco; Alquízar; Candelaria; La Palma; Hoyo Colorado; Baja...; el capellán del batallón de Las Navas; el de Tarragona...; recibiendo por tal motivo honores, recompensas o ascensos.

El pueblo de La Esperanza, Santa Clara, fué atacado por los insurrectos la noche del 3 al 4 de mayo de 1896. La defensa la hizo un corto número de vecinos,

mereciendo especial mención el padre Caballer, que con dos individuos más se apoderó del fuerte de la iglesia y estuvieron haciendo fuego hasta que se les acabaron las municiones, logrando contener al enemigo (53).

El corresponsal del *Diario,* ampliando el parte anterior dijo:

Desde los primeros tiros acudió al fuerte de la iglesia el valiente Pbro. Pedro Caballer y Mercadall, que en unión de su sobrino Rafael Alba y Caballer y del voluntario Pedro Valiente hicieron una defensa tan heroica, que durante las dos horas en que ordenadamente consumieron las 100 municiones que entre los tres reunían, tuvieron a raya al enemigo (54).

Tamaña heroicidad no podía quedar sin resonancia: toda la prensa española de la Isla elogia la actitud del cura, y más de un periódico de España aplaude su valor.

La Campaña de Cuba y Actualidades, semanario ilustrado de Madrid, publicó en su número del 24 de mayo de ese año un grabado que representa el momento en que el general Bazán,

---

(52) *La Lucha,* Habana, 12 octubre 1895.
(53) *Diario de la Marina,* Habana, 9 mayo 1896.
(54) *Diario de la Marina,* Habana, 12 mayo 1896.

que llegó a socorrer al pueblo asaltado, abraza conmovido al valiente cura Caballer, delante de las tropas formadas en la plaza principal.

Y corroborando este hecho, dice el padre Juan Bautista Casas, historiador oficial de las heroicidades de los curas-guerrilleros españoles en Cuba:

...poniéndose al frente de las tropas el Sr. Caballer y derrotando al enemigo, por lo cual le abrazó el general Baztán [*sic*] y le propuso como modelo a su brigada (55).

Después de la alabanza la recompensa.

Por ese hecho de armas le fué otorgada al padre Caballer la *cruz roja del mérito militar de 2ª clase.* Pero como los habitantes del pueblo de La Esperanza, teatro de tal hazaña, no habían de permitir que el propio cura comprara la condecoración, todos dieron su óbolo para la suscripción que con ese objeto inició el Pbro. Jesús Menéndez, párroco interino de dicho lugar.

El *Diario de la Marina* (3 de agosto de 1897) da cuenta de este hecho en la forma siguiente:

Iniciada por el padre Menéndez, se ha efectuado una suscripción entre los comerciantes, industriales y propietarios, para regalar al padre Caballer la cruz roja del mérito militar de 2ª clase con que ha sido recompensado por su heroico comportamiento en la noche del 3 al 4 de mayo del año último, cuando los insurrectos volaron e incendiaron este pueblo.

La autoridad eclesiástica, por su parte, lo nombró, después de este hecho, cura párroco de Guanabacoa. Y en junio de 1903 todavía se hallaba entre nosotros, optando a la plaza de canónigo magistral de la Catedral de La Habana.

Este Padre, que desde 1864 se encontraba en la Isla, fué cura, maestro, periodista y guerrillero, todo en una pieza; distinguiéndose siempre por su intransigencia y su mala voluntad a los naturales del país. Desde las columnas de *El Observador,* que dirigió por muchos años en Sagua la Grande y en La Habana, "fustigó sin piedad—dice Casas—a los enemigos de la religión y de la patria (56).

(55) *La Guerra Separatista de Cuba,* p. 394.
(56) JUAN B. CASAS, Ob. cit. p. 110.

Ultramontano exaltado, fué procesado por negarse a expedir certificaciones bautismales a los que iban a contraer matrimonio civil.

De Guanabacoa, último curato que desempeñó, tuvo que salir expulsado por defraudador de los bienes de esa parroquia.

Otro cura español, el capellán del batallón de Las Navas, Hermenegildo Vidaurreta, había de reverdecer, dos años después, en el propio pueblo La Esperanza, los laureles conquistados por Caballer.

Atacado nuevamente el citado poblado en 20 de enero de 1898, por fuerzas del general Monteagudo, se presentó la ocasión al padre Vidaurreta de poner a prueba su valor, que sería muy digno de elogio, tanto en este caso como en el anterior, si no se tratara de hombres investidos de tan pacífico y manso ministerio.

A las fuerzas insurrectas que entraron en el pueblo y se habían posesionado de la calle del Rosario, salieron a combatirlas el Teniente del batallón de Luzón, el capellán de Las Navas, un cabo y varios números de tropa, los que ''haciéndose fuertes—dice el parte—en la esquina del Rosario y Mar, atacaron duramente al enemigo'', saliendo herido en la refriega el citado capellán.

El *Diario*, comentando lo sucedido y refiriéndose a Vidaurreta, dijo:

> se portó como un héroe arengando a los soldados y ocupando los puestos de más peligro. ¡Noble ejemplo de abnegación y patriotismo digno de una buena recompensa que de seguro le será otorgada! (57).

El capellán de cada batallón era, en la mayor parte de los casos, un soldado más que entraba en acción disparando o arengando a los soldados.

Cambra, capellán del batallón de Tarragona, se distingue por sus hechos de armas en el combate del potrero México, Puerto Príncipe, con fuerzas de Roloff y José María Rodríguez. Se pidió también que fuera recompensado (58).

---

(57) *Diario de la Marina*, Habana, 23, 24 enero 1898.
(58) *Diario de la Marina*, 14 enero 1896.

Patricio Pérez, cura de Candelaria, antes de ser atacado el pueblo por las fuerzas de Maceo, recibió del general insurrecto Miró una carta pidiéndole que interpusiera sus buenos oficios a fin de que la guarnición se rindiera; pero el *pater* se apresta a combatir colocándose el primero delante de sus feligreses, y, unido a las escasas tropas e invocando la divinidad, resiste las 32 horas que duró el ataque. El pueblo no pudo ser tomado, y Maceo, según dice Casas, "juró matar al valiente sacerdote" (59).

Tan bravamente se portó este cura, que el general Canella, en el parte militar que produjo, elogia su comportamiento (60).

El vicario de Cárdenas, padre Antonio Pacín, salía a campaña a combatir al enemigo; y cuando la inminencia de una guerra con los Estados Unidos de América, se dirige al Capitán General de la Isla ofreciéndole sus servicios y pidiendo le señale un puesto de peligro en el combate.

El *Diario* (12 de abril de 1898), felicita al padre Pacín

> por su noble actitud que tanto ha de complacer al Iltmo. Sor. Obispo de la Habana, cuya conducta en estas circunstancias ha sido un brillante ejemplo que deben imitar todos los católicos.

Para calmar los ardores bélicos de este cura no son suficientes las campañas terrestres; por eso lo vemos embarcarse a bordo de una cañonera española para combatir la escuadra norteamericana.

En 8 de mayo de 1898, las cañoneras *Ligera, Alerta* y *Antonio Lópcz,* salen de Cárdenas y encuentran entre los cayos Buba y Manglar a dos buques de guerra norteamericanos, entablándose combate.

> En la cañonera *Ligera* iba voluntariamente el padre Pacín, cura de Cárdenas; y, según el parte del comandante de este barco, se portó con gran valor durante el bombardeo (61).

Donato García Abella, en Alquízar, demostró en muchas ocasiones que sabía hacer uso del fusil. Y comprendiendo que en

(59) Casas. Ob. cit. ps. 394-395.
(60) *Diario de la Marina,* 10 febrero 1896.
(61) *La Discusión,* Habana, 8 mayo 1905.

tiempo de guerra huelgan iglesias, emplea su dinero, mejor dicho, el de sus feligreses, en la construcción de un fuerte que, al decir del *Diario,* era el mejor del pueblo:

Es patriota de gran calibre y buen español. Ha tomado un mausser en las manos cuando las circunstancias lo han compelido a ello (62).

Una hazaña más quiso realizar este cura: según nos han referido vecinos de Alquízar, a quienes damos entero crédito, el padre Abella fué acusado de complicidad en el siniestro plan —que por suerte no se llevó a cabo—de envenenar las aguas del campamento de Nodarse y Acea.

Terminada la guerra, continúa desempeñando su curato, impasible, cual si nada tuviese que temer; hasta que un día, un mal día, se amotinó el pueblo, y lista estaba ya la soga sacrílega con que había de ser ahorcado, cuando ¡oh suerte sacerdotal! la Divina Providencia, representada en este caso por el negro Acea, se interpone y salva tan preciosa vida.

El cura de Cumanayagua, Cienfuegos, Pbro. Luis Montero y Reza,

...ha probado en cien ocasiones—dice Casas—su valor y pericia, batiéndose intrépidamente en los fortines y aconsejando con gran tino a los jefes de nuestras columnas (63).

El de La Palma, Pinar del Río, Pbro. Nicolás González, al ser atacado dicho pueblo en 29 de marzo de 1896, hizo la defensa desde la iglesia convertida en fuerte. Se pidió que fuera recompensado (64).

Tres curas españoles, por lo menos, se encuentran todavía en Cuba—uno de los cuales ha cambiado su ciudadanía—que no hicieron menos que los anteriores: Baliñas, Rivero y Fernández.

En Quemado de Güines, el padre Teófilo Baliñas

Pedía a gritos, durante la guerra, el exterminio de los cubanos; se emboscó varias veces en un sitio que tenía próximo al pueblo, y desde allí

(62) *Diario de la Marina,* 11 octubre 1896.
(63) CASAS. Ob. c. p. 394-395.
(64) *Diario de la Marina,* 10 abril 1896.

hacía fuego durante la noche a nuestros patriotas; burlábase inhumanamente de los infelices reconcentrados que iban al campo a buscar maíz; se negaba a dar sepultura en sagrado a los cadáveres de los cubanos, y se mofaba escandalosamente de los que traían atravesados en las cabalgaduras (65).

El de Guatao y Hoyo Colorado, que servía también el curato de Punta Brava, padre Celestino Rivero, hermano del director del *Diario de la Marina,* sin ser capellán del ejército, salía a operaciones, revólver al cinto, con la columna de su amigo Cirujeda y guerrilla Peral (66).

Por sus buenos servicios e influencias fué nombrado después canónigo de la Catedral de Santiago de Cuba. Actualmente desempeña el curato del Pilar, en esta capital.

Y el padre Emilio Fernández, que se ha hecho ciudadano norteamericano, tuvo por teatro de sus hazañas el pueblo de Baja, Pinar del Río, haciéndose acreedor, como Caballer, a la cruz del mérito militar.

Sabido es que el padre Emilio, en la época del sanguinario Weyler, secundó sus miras de exterminio, y muchos cubanos pasaron a la eternidad por los auxilios que él prestó... Medroso y cobarde, no supo quedarse en Baja, donde a estas horas estaría a muchos palmos bajo tierra, después de haber exhibido su gallarda figura en alguna corpulenta guásima (67).

Según se cuenta, muy cerca estuvo una vez este Padre de ser *estirado* de una guásima; pero los cubanos, siempre clementes y magnánimos con el enemigo, le perdonaron la vida.

El obispo Santander supo aquilatar sus méritos y servicios; y muy recomendado debió dejarlo a su sucesor, Sbarretti, cuando éste lo nombró párroco de la iglesia de Monserrate, Habana; y el actual obispo Pedro González Estrada—a quien más que la capacidad le seduce la santidad de las costumbres—, considerando "digno y competente" a dicho párroco, y que su vida se "ajusta a la más estricta disciplina eclesiástica", como exige la circular número 3, de 3 de noviembre de 1903, firmada

(65) *El Mundo,* Habana, 14-17 julio 1902.—A este cura el pueblo le obligó a abandonar su curato.

(66) *Patria,* Habana, 2 septiembre 1899.

(67) *El Mundo,* Habana, 9 mayo 1903.

por el propio Pedro, lo ha mantenido en su curato, sin dar oído a las protestas.

Guerrillero fué también Juan Rafael María Vivó, párroco de Jaruco, quien tuvo la osadía, después de la guerra, en 30 de agosto de 1899, de crear dificultades para impedir la inhumación, en el cementerio de Aguacate, de los restos del Teniente del E. L. Miguel Duarte (68). Denunció además, como desafecto a España, al párroco de Jesús del Monte, Manuel de Torres y Feria.

En Ceiba del Agua entran sin resistencia las fuerzas del general Maceo, la noche del 6 de enero de 1896, y al hacer los registros en busca de armas, encuentran en casa del párroco, Saturnino Bajos, y en su iglesia, como 100 fusiles y más de 5,000 cápsulas.

> El *pater* que era un integrista furibundo—dice el general Miró—, había puesto los pies en polvorosa, no sabemos si encomendándose a San Pelayo (69).

Cuando el ataque a la villa del Cobre, Santiago de Cuba (16 de abril de 1896), el capellán del Santuario, Pbro. Anastasio Miguel Martínez, en cuyo lugar se refugiaron las fuerzas españolas para defenderse, ''estuvo al lado de los soldados exhortándolos con patrióticas frases'' (70).

Para terminar esta lista de curas-guerrilleros, citemos al traidor Carlos Bozzi, párroco de San Antonio de los Baños, que ''se condujo de análoga manera'' a los ya citados, según refiere Casas (71). Y el párroco de Viñales, Pinar del Río, J. Fernández Graña, gallego, quien no sólo hizo armas contra los *mambises*, durante la guerra del 95, cooperando con las guerrillas y columnas españolas, sino que, poseído de un fiero anticubanismo, maltrató de obra en 1900 a un campesino cubano que se negó a tocarle la *muñeira* en su acordeón, como el cura le había pedido. Gracias al escándalo que este hecho produjo

---

(68) *Patria,* Habana, 2 septiembre 1899.—*La Discusión,* Habana, 5 septiembre 1899.

(69) José Miró. *Crónicas de la Guerra,* t. I, p. 248.

(70) *Diario de la Marina,* 23 abril 1896.

(71) Casas. Ob. c. ps. 394-395.

y a la sentencia condenatoria que dictó la Audiencia de Pinar del Río (abril o mayo de 1900), se vió libre Viñales de tan peligroso sacerdote.

Puede decirse, en tesis general, que los sacerdotes españoles, unos con las armas y otros con la palabra, todos combatieron la Revolución.

Por su marcada intransigencia y odio a los cubanos, a los que vejaron a su antojo, se distinguieron los párrocos siguientes:

Matías Cuevas, de Güines, que pedía desde el púlpito que salieran de la iglesia los que no fueran españoles; Joaquín Rodrigo Cuervo, de Güira de Melena; Simón Sánchez, de Regla; Dionisio de la Concha, de Canasí; Isidro Millás, de Santa María del Rosario; Gumersindo Rodríguez, de Guadalupe, Habana; el padre Macías, del Mariel; Rouco Varela, de El Cano, que profanó el cadáver del general Juan Delgado; Manuel Menéndez, de Pinar del Río, quien tuvo que salir de esa ciudad, al ser juzgada públicamente su conducta por el Sr. Leandro González Alcorta en un pequeño folleto que imprimió al efecto. Hoy disfruta de una de las mejores parroquias de la diócesis de la Habana, la de Jesús del Monte, y es consejero privado del virtuoso Pedro, obispo de la Habana. Vicente Ferrer de la Cruz, de La Esperanza, Santa Clara; y José Riu, vicario de Guantánamo, desde 1886, que tanto contribuyó a la persecución de los cubanos.

Los canónigos de la Catedral de La Habana: Manuel Rodríguez Cuervo, guerrillero del 68; Francisco Clarós; Manuel Espinosa, y Toribio Martín, no fueron menos intransigentes que los anteriores. El Director que fué del Seminario de San Carlos, Habana, Benito Conde, expulsó a los seminaristas cubanos Juan Manuel Sarmiento y Pablo Alonso Sotolongo, por su manifiesta simpatía a la Revolución; y algún otro estudiante que se significara en igual sentido, como Ortiz, por ejemplo, se vió precisado a salir, para evitar que con él se tomara idéntica medida. En agosto de 1899, Dn. Benito—según denunció *La Discusión* (7 de agosto)—seguía limpiando de cubanos el Seminario.

No conservan tampoco los sacerdotes nativos buen recuerdo del padre Juan José Santander y Piernavieja, sobrino del obispo de La Habana.

En todos estos sacerdotes tuvo España celosos defensores de su pabellón en Cuba, quienes al condenar y combatir la Revolución satisfacían sus sentimientos patrios, al par que los intereses de la iglesia española.

El obispo Manuel Santander, con su secretario Toribio Martín, alienta y estimula a su ejército de sotana, y sigue atento desde su cuartel general la marcha de la guerra. Ora manda a hacer rogativas en los templos por el triunfo de las armas españolas (en la ''oración por tiempos de guerra'' se pedía el ''aniquilamiento de los mambises'', textual); ora hace cantar *Te Deums* en acción de gracias por la caída de Martí, Maceo...; y cuando la de este último, según refiere el Ldo. L. Fernández (72), se llegó hasta disponer que en el púlpito se dijera ''que Dios había querido con la muerte de Maceo y Gómez señalar el aniversario de la concepción de María''. O bien confecciona cartas pastorales que por su texto más parecen proclamas o arengas de un jefe de ejército en campaña.

En 23 de junio de 1895, el Obispo, por medio de una circular, autoriza a los curas párrocos para que entreguen las iglesias, si es necesario convertirlas en fortalezas para defensa de los pueblos (73).

Escoge el 10 de octubre de 1895, aniversario glorioso del Grito de Yara, para lanzar una pastoral insultante y ofensiva para los cubanos en armas. Como muestra insertamos este párrafo:

> Un genio maléfico—dice—parece haber encarnado en esos hombres que hacen el mal sin objeto definido, porque nadie sabe lo que se proponen, como no sea la ruina de esta rica porción de tierra española y el exterminio de sus habitantes. Por donde ellos pasan no quedan sino cenizas, ruinas, cadáveres horriblemente mutilados o entregados a las llamas, sangre y luto, degradación y miseria. No tienen corazón, no se detiene su arma homicida ni su tea incendiaria, ante la majestad del infortunio, de la orfandad, de la inocencia o de los años. El pobre, el niño, el anciano, la débil mujer no les inspiran sentimientos de compasión. No parece sino que una mano invisible los arrastra y empuja, y una voz les dice: ''Adelante, vosotros sois el azote de Dios'', como confesaba de sí propio en el siglo V el feroz y salvaje Atila (74).

---

(72) *El Mundo,* Habana, 28 julio 1902.
(73) *Boletín Eclesiástico,* Habana, 1895, p. 244.
(74) *Boletín Eclesiástico* cit., 1895, p. 430.

En la de 16 de julio de 1896, dirigida al ejército, dice:

Defendéis una causa justa, una causa santa, la causa del derecho contra la injusticia, de la civilización contra la barbarie...

Siendo esta guerra justa, está con vosotros el Dios de los ejércitos. Su Vicario en la tierra os ha bendecido, los obispos os han animado, los hijos de la Iglesia piden por vosotros (75).

Siguiendo el ejemplo de los prelados españoles, pone la plata de las iglesias a disposición del Gobierno, y pide al clero y a las comunidades religiosas de su diócesis que contribuyan por lo menos con un día de haber para los gastos de la guerra. Él, por su parte, cede un día de haber y dona 500 pesos (76).

La guerra con el *yankee* aumenta más las iras del prelado; pero sus denuestos y amenazas van dirigidos ahora contra ese pueblo, del cual dice "que no tiene más Dios que el dinero" (77).

*

Lo que el clero nativo pudo hacer en esta guerra, resulta pálido al lado de lo que hemos visto que ejecutaron los curas españoles.

Los sacerdotes cubanos no fueron esta vez al campo de la insurrección a ayudar a sus hermanos en armas; aunque no por eso dejaron de auxiliarlos desde los pueblos o ciudades donde desempeñaban sus cargos, o desde el extranjero los que emigraron. Algunos, los que más dieron a conocer sus simpatías por la causa separatista, o por sus antecedentes revolucionarios, como Castillo, Dobal, Castañeda, Mustelier, Clara, Beltrán, Rivero, se vieron precisados a ausentarse de la Isla. Otros, tal vez por no infundir sospechas, o porque estuvieron dispuestos a arrostrar todos los peligros, como González Arocha, Mesnier, Gonfau, Santos, Hoyos, Marrero, se quedaron en sus puestos trabajando por la independencia de la Patria.

Sólo un sacerdote prestó servicios en el campo insurrecto, durante la última guerra de independencia; y éste fué el Pbro.

---

(75) *Boletín Eclesiástico* cit., 1896, p. 232-235.

(76) *Carta Pastoral* de 30 noviembre 1896. *B. Ecco.* 1896, p. 397-399.

(77) C. P. 2 mayo 1898. *B. Ecco.* 1898, p. 107-109.

Ricardo Elízari López, cura de la villa del Cobre, de nacionalidad española, el cual estuvo en las fuerzas del general Manuel Alfonso.

Simpatizador de la causa cubana, fué preso en 27 de noviembre de 1895 y conducido a la fortaleza del Morro de Santiago de Cuba; mas, puesto en libertad luego, marchó a la Revolución.

La detención se llevó a cabo, según dicen los periódicos de esa época, por no tener dicho sacerdote sus papeles en regla; es decir, por no aparecer debidamente autorizado para ejercer su ministerio sagrado; pero esto más bien parece ser un pretexto que la verdadera causa de su detención, pues no era eso motivo bastante para que se le recluyera en una fortaleza (78).

Hubo otro sacerdote, el padre Ramón Ventin, español, párroco de San Juan y Martínez desde 1853, quien, no obstante sus 82 años de edad, se marchó con su familia al campo revolucionario el día 21 de febrero de 1896, muriendo de fiebres, en el Sábalo, el último día de septiembre del propio año (79).

El caso de este cura es verdaderamente singular, porque parece inexplicable que a tan avanzada edad se corran esas aventuras. Ignoramos las causas de tan heroica determinación; pero suponemos que muy poderosos motivos lo impulsaron a ello: tal vez el temor de una muerte segura en manos de los suyos, o el de ser perseguido y encarcelado.

Eduardo Clara y Menón, cura de Alquízar, después de conseguir que las fuerzas del pueblo no ofrezcan resistencia ninguna a los revolucionarios, sale a recibirlos y manda echar las campanas a vuelo para celebrar la entrada triunfante de las huestes de Máximo Gómez.

Por este hecho fué mandado a buscar por el Obispo, quien después de insultarle, le obligó a ausentarse de la Isla, saliendo para Veracruz, México. Allí, no obstante tener que librar su subsistencia, contribuye y hace propaganda por la independencia de su patria, manteniéndose en relación con la Junta Revolucionaria de Nueva York.

---

(78) *Un cura preso.—La Lucha,* Habana, 2 diciembre 1895.—*El cura chileno en traje de campaña del E. L.*—(Retrato). *Cuba y América,* Habana, marzo 1899.

(79) Ricardo V. Rousset. *Historial de Cuba,* Habana, 1918, p. 103.

Como una demostración de sus sentimientos y anhelos por la libertad e independencia de Cuba, vamos a transcribir la carta que desde Jicaltepec, Veracruz, dirigió en 1º de mayo de 1898 al Sr. Tomás Estrada Palma:

Mi distinguido y respetado compatriota:

Ahora, como siempre, ayer para protestar, hoy para regocijarme y creyendo a su vez interpretar el sentimiento patrio de todo sacerdote cubano digno, me dirijo a Vd. saludando en ésta a la patria naciente que después de 400 años de vejámenes e injusticias, realiza al fin el ideal de su dignidad y grandeza, debido al esfuerzo valeroso de sus propios hijos, interpretado fielmente por el pueblo americano, único que en el ocaso de este siglo llamado de luz levanta su espada para salvar a Betulia de la opresión de Israel: ¡siendo lástima de ver que la nación por tantos títulos llamada católica, prefiera primero pactar con deshonra en medio de tanta sangre, hoy tal vez más abundante, que con gloria y amor en medio de sus laureles!

Con un viva a mi patria redenta de todos sus victimarios, con un saludo para los héroes de faz tostada por el sol de las batallas y con respetos también para los mártires del sufrimiento, que lo forman el ejército de emigrados, se pone como siempre a sus órdenes S. S., Capn. Br.—*Eduardo Clara.*

Falleció el 8 de septiembre de 1915, de cura de Jesús María, Habana.

Contra Manuel José Dobal y García se dictó orden de detención y destierro; pero, avisado a tiempo, salió para México. Este sacerdote, por sus antecedentes revolucionarios, se hizo sospechoso desde el principio. Estando en contacto directo con los delegados de la Revolución en esta capital (Sres. Lanuza y Viondi), a él acudieron algunos jóvenes que querían marchar a la *manigua,* a quienes instruía o indicaba lo que debían hacer. En México, al igual que los otros emigrados cubanos, trabaja todo el tiempo que dura la guerra por la independencia de Cuba, organizando o formando parte de distintos clubs revolucionarios. El 27 de agosto de 1899 regresa nuevamente a la patria amada; y el que por sus virtudes, su saber y su probado patriotismo debió ser el primer obispo de La Habana, fué destinado, en cambio, al pobre curato de Jesús María y José en esta capital, donde murió el 7 de noviembre de 1914. Si en Cuba hubiera habido Presidentes dispuestos a hacer lo que el de la República de Santo Domingo hizo con el padre Meriño,

Dobal habría sido obispo de esta Diócesis, y a estas horas no estarían nuestras mitras en poder de un *vizcaíno* descalzo, de un *italiano,* o de cubanos más amantes de España que de Cuba.

Pedro Pablo Dobal, hermano del anterior, tuvo también que emigrar. En 1895, desde Santiago de los Caballeros, Santo Domingo, escribe a Estrada Palma y a Quesada sobre la recaudación de fondos para la Revolución y sobre la formación del *club* ''Yaque'', en dicha ciudad. Falleció en el pueblo de Regla, Habana, el 24 de abril de 1897.

En Santiago de Cuba, Desiderio Mesnier de Cisneros, cura de Dolores, y Luis A. Mustelier y Galán, canónigo de aquella Catedral, hermanando el patriotismo y la religión, son allí ardientes defensores de la causa de la independencia. El primero remitía correspondencia al general Calixto García, y, no obstante su carácter vehemente, pudo capear la situación y mantenerse en Cuba todo el tiempo que duró la guerra. El Gobierno revolucionario le confirió el grado de coronel. El segundo, de carácter enérgico y decidido y de verbo elocuente, no cree que puede mantenerse por mucho tiempo en su país sin ser encausado o deportado, y opta, como tantos otros, por el destierro voluntario. Se va a México, y junto con los Dobal, Clara, Castillo, Castañeda, sigue trabajando en pro de la Revolución.

Al finalizar la guerra vuelve a su patria, y aquí, en La Habana, agita la opinión y da comienzo a su propaganda en favor del clero cubano. La Exposición que en 30 de septiembre de 1898 dirigió el clero de Cuba, al Presidente de la República Cubana en armas, ciudadano Estrada Palma, rebosante de verdad, de justicia y patriotismo, fué obra suya. De esa Exposición son estos elocuentes párrafos:

> Las mismas razones, M. H. Presidente, que ha tenido el pueblo cubano para levantarse en armas, las tiene el Clero Nativo, para no querer depender ya jamás del Clero Español: no por soberbia ni rencores; sino porque de ese Clero no hemos recibido más que vejámenes, en castigo del inmenso amor que siempre hemos profesado a este pedazo de tierra en que nacimos y sed insaciable de su Libertad e Independencia, sucumbiendo unos, como los Esquembres, bajo el plomo mortífero, y expulsados los otros al destierro, como los Varelas, Santanas, Dobales, Castillos, Hoyos, Arteagas, Fuentes, Castañedas, Claras y... tanta muchedumbre de sa-

cerdotes cubanos, por el horrendo crimen de haber pensado con la cabeza y sentido con el corazón del noble pueblo cubano.

Hecha por España la renuncia *con todos sus derechos* de su soberanía sobre la Isla, a los Estados Unidos, para establecer en ella el *Gobierno Libre e Independiente a que se obligaron,* gobierno que no puede ser otro que la República Cubana, a ésta incumbe el derecho de rechazar a un Clero que le sea hostil o haya exhortado a hacer armas contra los hijos del país y sus aliados, teniéndoles por enemigos declarados y malditos ¡a pesar de ser sus diocesanos! (80).

Removido al fin Santander de la Mitra de La Habana, y cuando el pueblo todo de la Isla esperaba que fuera sustituido por un sacerdote cubano, recibe un desengaño al saber que ha sido nombrado un italiano: Donato Sbarretti.

Nueva campaña emprende el Clero de Cuba en pro de su indiscutible derecho a que sean sacerdotes nativos los que gobiernen la Iglesia Católica en esta Isla; a la cabeza de esa campaña se halla Mustelier, quien redacta una representación dirigida ahora directamente al Papa León XIII, diciéndole que sustituya a Sbarretti por un sacerdote cubano. Esta representación es de fecha 15 de julio de 1900, y la firman, entre otros, Dobal, Mustelier, Marrero, Arocha, Hoyos, Rossell, hasta el número de 17. Fué llevada a Washington por los Comisionados elegidos por el Comité Popular de Propaganda y Acción, Sres. Salvador Cisneros, Tomás Estrada Palma y Luis Mustelier, y a Roma por el Sr. Miyeres, hoy magistrado de la Audiencia de La Habana.

Los Pbros. Manuel Martínez Saltage y Pablo Gonfau, representantes del clero cubano en Camagüey, contribuyen y propagan igualmente el ideal de la independencia.

El primero, nacido en La Habana, pero educado en Oriente, de donde es su familia, durante la guerra del 68, y siendo capellán del hospital de San Juan de Dios, tuvo el honor de lavar el cadáver del Mayor Ignacio Agramonte, antes de ser expuesto al público en dicho hospital de Camagüey (81); y en cumplimiento de un deber sagrado, pudo prestar consuelo a muchos de los cubanos que fueron pasados por las armas.

(80) *La Discusión,* Habana, 22 septiembre 1917.

(81) *Efemérides de la Revolución Cubana.—La Discusión,* Habana, 12 mayo 1916.

En la última guerra fué perseguido y denunciado ante las autoridades españolas como conspirador; pero, defendido por el Vicario eclesiástico Felipe Llanos, español, y no pudiéndosele probar los cargos, fué puesto en libertad. Por sus buenos servicios prestados a la Revolución, se le expidió un atestado por el Gobierno de la República en armas.

Hombre de ideas liberales, contribuyó después del Zanjón al sostenimiento de los periódicos de esa índole en Camagüey. En la actualidad es canónigo honorario de la Catedral de Cuba y cura propio de la Soledad, de Camagüey.

El padre Gonfau, natural de Camagüey, ayudó a sus hermanos en armas, con quienes se entrevistaba y sostenía correspondencia. A ese efecto, y de acuerdo con el Marqués de Santa Lucía, tenía alquilada una quinta a la salida de la sabana del Padre Porro, Camagüey. Desempeña actualmente el curato del Cristo en dicha ciudad.

Adolfo del Castillo y Cancio, cura del Jíbaro, Sancti Spíritus; de abolengo revolucionario y muy significado en esta última guerra, considerando insostenible su situación en Cuba, sobre todo desde que se lanza al campo de la Revolución un pariente suyo muy allegado, emigra a México para poder seguir laborando por la redención de la Patria oprimida.

Volvió a Cuba en 1898, trasladándose en seguida a Sancti Spíritus, su pueblo natal; y para consolarse tal vez de la profunda herida que la guerra le causó con la muerte de un ser para él tan querido como el general Adolfo Castillo, se dedica allí a curar y asistir, en los hospitales de campaña, a los patriotas enfermos (82). Falleció en su curato del Jíbaro el 15 de febrero de 1910.

Tuvo también que ausentarse de la Patria el Pbro. Agustín David Castañeda, natural de Sancti Spíritus y párroco entonces de Güira de Melena, donde vimos que salvó la vida a los voluntarios prisioneros que hicieron fuego desde la iglesia a las fuerzas invasoras. Se fué a México; y murió, en 21 de noviembre de 1907, siendo cura de Jesús del Monte, Habana.

Lo propio hicieron Francisco Aurelio del Rivero, natural de

---

(82) *El Fígaro*, Habana, 4 diciembre 1898.

El Cano, cura en Vuelta Abajo, que falleció en 16 de enero de 1898, y Luis Felipe Beltrán y Díaz, párroco de San Luis, Pinar del Río.

Un auxiliar eficaz y decidido tuvo la Revolución en el cura de Artemisa, Pbro. Guillermo González Arocha. Delegado allí del Sexto Cuerpo del Ejército Libertador, trabajó sin cesar y sin miedo exponiendo constantemente su libertad y su vida. Fué perseguido, pero no dejó un momento de servir a la causa de la independencia de Cuba, en cuyo altar hubiera con gusto sacrificado la vida, según dijo en el discurso que pronunció en la Cámara de Representantes el 28 de noviembre de 1904. Todavía desempeña dicho curato.

Le prestaron su concurso a la Revolución, distinguiéndose siempre como buenos cubanos:

Miguel Domingo Santos, cura de Jesús del Monte; deportado a Fernando Poo en 1869, murió en marzo de 1904. Luis Marrero y Valdés, párroco del Cerro, Habana; compuso un himno: *Dios Salve a la República,* que era cantado en su iglesia en las grandes fiestas; murió el 24 de junio de 1911. José Miguel Hoyos, cura de la iglesia de La Salud, en esta capital: deportado en la guerra del 68. Clemente Pereira, hijo de Güines, cuyo curato desempeñó durante los primeros años de la guerra, siendo trasladado en 1897 a la parroquia de San Nicolás, Habana. Fué injustamente despojado del curato de Cienfuegos, que obtuvo por oposición, para dárselo al padre Abello, español. En cumplimiento de su ministerio tuvo la gloria de asistir y consolar en sus últimos momentos al patriota Domingo Goicouría agarrotado en las faldas del Castillo del Príncipe el día 7 de mayo de 1870. Escribió un breve y sentido artículo relatando esa escena, de la que fué testigo, el cual vió la luz en la revista *Cuba y América,* Habana, julio de 1899. Enrique Beltrán; Juan Bautista Mignagaray, cura de Matanzas; Santiago Papiol, párroco de Wajay; el de Nueva Paz, Eusebio Moreno; el padre Martínez, del Espíritu Santo, en esta ciudad, y Manuel Torres Feria, párroco de Jesús del Monte, que tuvo que dejarle la parro-

quia a su propio denunciante, el teniente cura de dicha iglesia, Rafael María Vivó.

Sobre el padre Torres, de La Habana, tenemos un hecho muy interesante que referir, que nos ha contado el que fué su sacristán durante mucho tiempo:

La crueldad española, que no reconocía límites en esta tierra, hizo que este sacerdote se viera obligado a pasar por el duro trance de tener que asistir en sus últimos momentos y acompañar "al cuadro" al autor de sus días. Fué durante la guerra del 68 cuando a D. Anselmo Torres, padre de este sacerdote, lo condujeron preso, a la Cabaña, acusado de infidencia; y próximo estaba el día de la ejecución, cuando recibe aviso el hijo de trasladarse a dicha fortaleza. Una vez allí, se entera con sorpresa de que su padre había de ser fusilado al siguiente día; pero ya no era posible que el hijo abandonara al padre en momentos tan terribles, y dominando sus sentimientos filiales, ocultando su inmenso dolor, se queda con él toda una noche, la noche última que habían de estar juntos, para, a la mañana siguiente, acompañarlo con lágrimas y oraciones al lugar del suplicio. Suena la fatídica descarga, y ambos, padre e hijo, caen al suelo; el primero, muerto; el segundo, transido de dolor. Terminada la ejecución, pudieron observar que el padre Torres no hablaba: se había quedado mudo; y ya no volvió a recobrar por completo el uso de su elocuente y culta palabra.

*

No fueron sólo los sacerdotes cubanos de la religión católico-romana los que prestaron servicios a la Revolución, pues los que militaban en las distintas sectas protestantes, creyendo, como sus otros hermanos en Cristo, que no es posible divorciar la religión del patriotismo, sembraron en Cuba y en el extranjero la simiente de la libertad e independencia de la Patria. Así los nombres de Deulofeu, Duarte, Someillán, Barredo, Díaz, Planas, O'Halloran, aquí deben figurar, porque fueron otros tantos ministros religiosos que contribuyeron a la emancipación de la colonia esclavizada.

Manuel Deulofeu y Leonard, emigrado a Key West en 1886, lo vemos desde entonces laborar incesantemente en pro de la causa separatista. Fué un propagandista entusiasta, que auxi-

lió con eficacia la Revolución y que alivió moral y materialmente a muchos de los cubanos emigrados. Contribuyó en 1887 a la formación en dicho *Cayo* de la Sociedad de Instrucción y Recreo "El Progreso", desde cuya tribuna habló siempre a todos sus compañeros de emigración, de dignidad, de patriotismo y libertad.

Estalla la Revolución de Baire, y el Pastor de la iglesia metodista de Key West atiende y remedia muchas de las necesidades de los patriotas cubanos que venían para la Revolución. Su casa fué albergue de más de uno de los comisionados que venían del campo de la insurrección; y de allí salían llevando medicinas, calzado, hilas, vendas...

Sus discursos pronunciados en conmemoración de algunas de las fiestas de la Patria, revelan la firmeza de un carácter que ama ardientemente la libertad y la independencia, por la cual quiere que se luche hasta que caiga el último cubano.

Antes que el poder español en Cuba—dijo en el del 10 de octubre de 1897—, preferimos que allí, sobre un montón de escombros, se levante una señal que muestre a las generaciones del porvenir la muerte de un pueblo entero, antes que el pendón español que señala hoy la muerte de nuestra honra y del prestigio moral de cada cubano (83).

No regresó a su patria hasta que ésta no fué libre. Y en ella murió, hace pocos años, siendo ministro de la iglesia metodista.

Pedro Duarte y Domínguez, pastor de la iglesia episcopal de Matanzas, fué allí, antes de la última guerra, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, y "con su poderosa influencia, esfuerzos, grandes sacrificios y constante exposición de su vida, ayudó a preparar la guerra del 95" (84). Tuvo que emigrar yéndose a Tampa, donde siguió trabajando por la causa de Cuba. Hoy se encuentra en La Habana dedicado a su misión evangélica.

Prestó también valiosos servicios a la Revolución el Rev. Isidoro Barredo, pastor metodista en La Habana.

Alberto J. Díaz, de la iglesia bautista, por sus ideas sepa-

(83) MANUEL DEULOFEU. *¡Souvenir! Remembranzas de un proscripto.*—Tampa, Fla., 1900, p. 111.

(84) MANUEL DEULOFEU. *La Emigración, Martí, Cayo Hueso y Tampa.*—Cienfuegos 1905, p. 104.

ratistas fué sometido a consejo de guerra, y si no lo fusilaron lo debió, sin duda, a su condición de ciudadano norteamericano (85).

H. B. Someillán, actualmente pastor de la iglesia presbiteriana en Caibarién, desde muy niño sufrió los rigores del despotismo español, al ser preso su padre por los voluntarios en Caibarién el año de 1869, y deportado a Fernando Poo. Para verse libre de más atropellos y vejaciones, el resto de la familia emigró a los Estados Unidos de América. En Tennessee hizo sus estudios Enrique Someillán, terminados los cuales fué a reunirse con su familia en Key West (1873), desde cuya fecha estuvo laborando por la libertad de su país y el bien de sus semejantes (86).

Emilio Planas, de la iglesia episcopal, hoy en Limonar, educado en el histórico ''San Carlos'', de Key West, centro perenne de conspiración y patriotismo, tuvo que ser, como lo fué, un obrero más que trabajó desde muy temprano por la libertad e independencia de su patria; sentimientos ambos que desde la cátedra del templo y de la escuela viene inculcando hace más de treinta años.

El Rev. José O'Halloran funda en Key West el *club* ''Hospitalarias Cubanas'', sociedad en la cual, como en otras tantas de índole análoga, se auxiliaba a la Revolución y mantenía vivo el espíritu patriótico (87).

Y Alberto Vidaurre, jefe de la iglesia evangelista, presidía en Iquique, Chile, el *club* revolucionario cubano (88).

*

No habían de ser esta vez inútiles los sacrificios y esfuerzos de los cubanos por conquistar su independencia; el día vino; y Cuba, después de un siglo de luchas cruentas, y sin protección del Altísimo—que le fué negada por su Vicario en la tierra—, aunque con el auxilio de los norteamericanos, pudo obtener su ansiada libertad.

*

---

(85) M. Deulofeu.—*La Emigración*, Ob. cit., p. 104.
(86) M. Deulofeu.—*Héroes del Destierro*. p. 34.
(87) M. Deulofeu.—*Héroes del Destierro*. Ob. cit., p. 28.
(88) *Cuba y América*, New York, 1.° junio 1897, p. 10.

El trabajo que dejamos realizado, aunque representa una larga, paciente e ímproba labor, está lejos de ser completo; pero otros, sin duda con más suerte y competencia, podrán perfeccionarlo.

Los hechos aquí reseñados han sido sacados: unos, de las distintas obras sobre nuestra historia que se han publicado, donde se encuentran diseminados y como perdidos, por lo difícil que es dar con ellos; otros, del Archivo Nacional de la República; no pocos de las colecciones de periódicos existentes en las bibliotecas públicas de La Habana, y algunos nos han sido suministrados por amigos o personas que, interesándose por la historia de Cuba, han correspondido a las peticiones y súplicas que les hemos hecho. Y mucho más rica en datos hubiera podido ser esta narración, de haber respondido a la invitación que les hiciéramos ciertas personas que fueron testigos o protagonistas de determinados acaecimientos que aquí debían figurar.

El empeño nuestro de acopiar datos no recopilados hasta el presente, y muchos de ellos completamente ignorados, ha tropezado con todas las dificultades que son inherentes a esta clase de obras, y , además, con la insuperable de existir pocos testimonios originales de donde tomarlos.

El Archivo Nacional, por ejemplo, que es la fuente primordial a que debe acudirse cuando se trata de hacer investigaciones de esta naturaleza, no contiene completa, como es sabido, la documentación de los procesos políticos que por alzamiento, conspiración o revolución se han seguido en la Isla durante la última centuria; llegando hasta faltar, en lo absoluto, respecto de períodos tan interesantes de nuestra historia como el comprendido de 1868 a 1878. Así, no ha de ser extraño que este trabajo, que se acomete por primera vez y sin fuentes suficientes de información, se vea rectificado mañana en algunos extremos, al aparecer nuevos documentos, hoy ignorados o fuera de nuestro alcance. Empero, para satisfacción de los que nos lean, debemos advertir que nada de lo que aquí se ha consignado deja de tener su correspondiente comprobante.

Con los elementos que dejamos reunidos creemos haber escrito un capítulo de la Historia de Cuba, hasta hoy inédito, que no será de los más brillantes—sobre todo desde el punto

de vista épico, por no comprender ni describirse en él grandes hazañas o actos de sumo valor y heroísmo—, pero que no por ello deja de tener interés e importancia para nosotros, ni de ser fuente de provechosas y útiles enseñanzas para el presente y porvenir de la República.

Bien quisiéramos que del clero nativo hubieran surgido figuras cual Morelos, Hidalgo, Arispe... No ha sido así; no importa, si, como es cierto, ha sabido probar que amaba la libertad e independencia de la Patria, por la que sufrió martirio y persecución.

Al principio de este estudio hablamos de la necesidad y conveniencia de que el clero y los prelados de Cuba fueran cubanos; y ahora, al final del mismo, después de los hechos que van relatados, podemos decir que ha quedado demostrada la necesidad de esa *cubanización.*

Porque no es cierto que el sacerdote católico-romano tenga por patria el mundo y por única madre la Iglesia; él es un ciudadano como otro cualquiera, que ama a su familia y el país en que nació, y cuyos intereses defiende en primer término. Porque la existencia de una iglesia y de un clero universales es una idea forjada en las soledades del Vaticano, que los hechos han destruído por completo; pues hay iglesias locales, con intereses propios, particulares, distintos y contrarios muchas veces a los de Roma, pero que ésta atiende, casi siempre, para evitarse conflictos que puedan mermar su autoridad y respeto. Porque el sacerdote o ministro, cualquiera que sea el credo religioso en que milite, ama su patria antes que su iglesia, y obedece a Roma si ésta defiende o protege sus intereses nacionales. Porque el sentimiento de la patria es más fuerte, más vital, tiene una raigambre más profunda en la naturaleza humana, que el sentimiento religioso; lo que hace que éste no pueda ser divorciado de aquél; y si se pretende, el primero reclama sus fueros, se impone.

La actitud adoptada por la iglesia española, aplaudida y aprobada por el Papa, durante nuestra última guerra de Independencia, ¿no es una prueba de que Roma sigue la conducta que los gobiernos políticos de las naciones señalan a sus respectivas iglesias y súbditos? Por ser Cuba, entonces, una colo-

nia y no tener gobierno propio, el Sumo Pontífice no se creyó en el deber de protestar, siquiera, de las medidas inhumanas que la *católica* España tomó para exterminar a los cubanos; de condenar, mandándolo al *Índice,* el libro en que un sacerdote español, Pbro. Juan Bautista Casas, prescribía *mejores medios* que los de Weyler para acabar pronto la guerra separatista; de oponerse a que los templos de la Isla fueran convertidos en cuarteles y fuertes; de suspender o inhabilitar, de acuerdo con el derecho canónico y la doctrina cristiana, a los sacerdotes españoles peninsulares que pelearon con las armas en la mano y mataron cubanos, obteniendo por ello cruces y honores militares; de enviar, en fin, una dádiva tan sólo, para aliviar la miseria de los pacíficos habitantes de Cuba que morían de hambre, en los pueblos y ciudades, en virtud del decreto de Reconcentración.

Pero hoy no hay pretexto alguno que aducir; ya es tiempo de que la iglesia católica de Cuba deje de ser española; de que su clero y sus prelados estén identificados con nuestra historia y sientan amor por la Patria; y de pedirle, y hasta exigirle a Roma—que no nos ha querido oir todavía—, que la iglesia de Cuba se constituya de acuerdo con las conveniencias y los intereses políticos y sociales de la República.

FRANCISCO G. DEL VALLE.

La Habana, 27 de junio de 1918.

LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

TERCERA PARTE

Sumario.

La Doctrina de Monroe considerada en sus diversos aspectos.

I. Verdadera significación de la Doctrina de Monroe.—II. Contribuyó a darle popularidad y fuerza, la circunstancia de que defendiera el principio del gobierno propio.—III. Su mantenimiento es siempre de actualidad para los Estados Unidos.—IV. Sobre los casos en que ha sido infringida la Doctrina.—V. Es una doctrina ''presidencial''.—VI. A menudo se incurre en confusiones sobre su alcance y significación.—VII. La Doctrina de Monroe y el Derecho Internacional.—VIII. Sobre la actual y la futura evolución de esta Doctrina.

I.—Verdadera significación de la Doctrina de Monroe.

Los hechos que han sido objeto de los capítulos anteriores, en los que se ha expuesto cómo surgió la Doctrina de Monroe y cómo se la ha aplicado, evidencian, sin lugar a dudas, que nació y vive dicha doctrina por el interés y para la seguridad de la República Norteamericana. Así se reconoce en el Mensaje de Monroe; así se consigna en despachos oficiales, según se ha visto; así lo han proclamado los tratadistas y escritores que han estudiado esta materia.

Desde los mismos días de la fundación de la República Norteamericana, sus estadistas se dieron cuenta de que el bienestar, la paz y la seguridad de la nación iban a depender, en gran parte, de que los otros territorios de la América no fueran cam-

po de la colonización o de la expansión europea; y en verdad que no se equivocaron. Si las naciones de Europa hubieran hecho a la América teatro de su expansión y de sus luchas, por lo pronto los Estados Unidos se hubieran visto obligados a perder su estructura de nación eminentemente industrial y comercial, para convertirse en potencia militarista. Nos hubiéramos visto obligados, como dijo Olney en su famosa nota a Lord Salisbury, a armarnos hasta los dientes; y al tener que ingresar nuestra juventud en la Marina o en el Ejército, la habríamos distraído de las industrias de la paz, suprimiendo, en gran parte, nuestra poderosa energía productora.

Por lo demás, los principios en que se inspiró la Doctrina de Monroe no encierran ninguna novedad. Guardan cierta analogía con aquellos que constituyen el sistema político de Europa, que se ha denominado ''Equilibrio Político'', y según el cual la fuerza entre los Estados se debe contrabalancear, evitando que uno de ellos se engrandezca en forma tan excesiva que constituya una amenaza para la seguridad y los derechos de los otros.

El ''equilibrio europeo'' surgió como una reacción contra la política agresiva iniciada por Luis XIV; y aunque unas veces se ha roto, y otras ha sufrido múltiples vicisitudes, las naciones de Europa han puesto siempre gran empeño en mantenerlo; hasta el punto de que al distribuirse entre ellas, durante el siglo pasado, algunos territorios de África, de Asia y de Oceanía, o al llevar a otros sus ''esferas de influencia'', se han tenido en cuenta, para contrabalancearlas, las fuerzas que mantienen dicho equilibrio.

Eso mismo se quiso evitar con la Doctrina de Monroe. La seguridad y la paz de los Estados Unidos quedaban garantizadas si se impedía que las grandes potencias europeas convirtieran el suelo americano en nuevo elemento que aumentara sus fuerzas y que acrecentara sus rivalidades. Pero, obsérvese esta diferencia: mientras el ''equilibrio europeo'' no tiene más finalidad que la de la propia conveniencia de las naciones que lo mantienen—que no han tenido escrúpulo en recurrir, cuando lo han juzgado preciso, nada menos que a la represión de toda aspiración democrática, como hizo la Santa Alianza en 1815—, la

Doctrina de Monroe ha podido promover ajenos intereses; ha podido producir el efecto de mantener la independencia de otros Estados, que por sí solos quizás no hubieran podido defender el gobierno propio.

La Doctrina de Monroe ha tenido, pues, una causa: la conveniencia de los Estados Unidos; pero ha producido dos efectos: el de favorecer tanto esa conveniencia como la de las naciones hispanoamericanas. Con esta otra particularidad: que las ventajas que han derivado estas últimas son mayores, si cabe, que las que ha obtenido la nación norteamericana, pues mientras para ésta la expansión de Europa en territorio americano no hubiera significado otra cosa que su ingreso en el número de las potencias eminentemente navales y militaristas, al estilo de Alemania o del Japón, para los países de nuestra raza habría supuesto la pérdida de la nacionalidad.

Esta manifestación nuestra será tal vez acogida con gesto de desdén o de desagrado por los escritores, nacidos en otros pueblos de nuestra habla, que se indignan ante quienes, observando la realidad sin prejuicios ni apasionamientos, reconocen los grandes beneficios que de la Doctrina de Monroe han derivado las Repúblicas Hispanoamericanas. Nada más que empeñándose en cerrar los ojos a la realidad, puede ésta ser desconocida. Si los casos en que el Gobierno de Washington ha detenido la acción de las naciones europeas seducidas por las riquezas de los territorios de América, de que se encuentran muchos ejemplos en el capítulo precedente, no les pareciese a dichos escritores una demostración elocuente de nuestra afirmación, les aconsejamos que aparten la vista de este Continente y la fijen en África o en Asia, y observen lo que han hecho los europeos en estas partes del mundo, durante el siglo pasado especialmente.

En África no existen más Estados independientes que Marruecos, Abisinia, Liberia y El Congo, con una extensión superficial de 3.736,600 kilómetros cuadrados y unos 38.000.000 de habitantes; mientras que las colonias europeas ocupan un área de unos 26.000,000 de kilómetros, con una población de más de 110.000,000 de habitantes; y con respecto al Asia, de los 825.000,000 de habitantes que la pueblan, según datos que tenemos a la vista, 430.000,000 habitan en los Estados indepen-

dientes, y los 395.000,000 restantes, en las posesiones extranjeras. Nada ha podido, pues, detener la expansión de las naciones de Europa en las otras partes del mundo; y ofreciendo, como ofrece, la América mayores riquezas que aquellos continentes y, en consecuencia, mayores alicientes, cabe preguntar: ¿qué cosa les hubiera impedido a dichas naciones repartirse la América en la forma en que se repartieron el Asia y el África? ¿Qué otra fuerza, qué otro principio, de no ser el que encierra la Doctrina de Monroe, ha podido detener la ambición de las naciones europeas? Confesamos que no los conocemos; pero estamos seguros de que no se han detenido por falta de deseos ni de recursos.

II.—Contribuyó a darle popularidad y fuerza, la circunstancia de que defendiera el principio del gobierno propio.

No porque la Doctrina de Monroe haya sido promulgada por exigirla la conveniencia de la nación norteamericana, podemos encogernos de hombros ante quienes nos hablen de gratitud hacia los Estados Unidos, aduciendo que los beneficios alcanzados por estas Repúblicas los han obtenido de rechazo, pero no porque esa fuera la intención del Gobierno de los Estados Unidos. No; cuando el Presidente Monroe envió al Congreso su famoso Mensaje, concurrieron determinadas circunstancias que provocan nuestra gratitud hacia el pueblo norteamericano. Veamos en lo que nos fundamos para hacer esta afirmación. En los tiempos en que se promulgó dicha Doctrina, los Estados Unidos estaban muy lejos de ser un factor importante en los destinos del mundo; pero la sagacidad de los hombres de estado de aquella época, anticipándose a los acontecimientos, quiso asegurar el porvenir de la nación evitando que los territorios de América fueran objeto de la expansión de Europa. Aquellos hombres vieron las cosas con claridad: se inspiraron en los grandes intereses de los Estados Unidos, más importantes para el futuro que por el momento. Pero el pueblo, que por lo regular sabe sentir, más bien que pensar, no se deslumbró tanto por ese aspecto, que se podía escapar a su vista, como por este otro que lo atrajo y sedujo: la Doctrina iba a defender, desde aquel mo-

mento, el principio del gobierno propio en los pueblos del continente americano; principio por el cual los norteamericanos acababan de luchar y del que iban a ser en lo adelante los más esforzados defensores.

A ese sentimiento, a esa simpatía del pueblo por la causa del gobierno propio, de la que constituyen buena prueba las propias Repúblicas de Hispanoamérica—simpatía que no se supo disimular durante las luchas de Italia, de Grecia, de Hungría, y de otras nacionalidades que no son americanas, por la libertad—, se debe, en gran parte, la popularidad de la Doctrina; que ha arraigado tan hondamente en la conciencia pública, como algo vinculado en la vida misma de la nación, que un escritor ha podido decir que la devoción de los norteamericanos hacia ella es algo así como un ''fetichismo''.

III.—El mantenimiento de la Doctrina de Monroe es siempre de actualidad para los Estados Unidos.

No fué la idea de la defensa del principio del gobierno propio la única que le dió popularidad a la Doctrina de Monroe. Ya antes vimos que surgió dicha Doctrina dentro del ambiente de opinión según el cual los dos continentes eran cosas completamente distintas, separados idealmente por una línea trazada en el Océano, y que de ese orden de ideas surgió la doctrina de ''las dos esferas'', de la cual la de Monroe, en cierto modo, no era más que una aplicación. Se pensaba entonces que si la Providencia había formado dos mundos diferentes, en los que se gobernaban los hombres por principios y sistemas distintos, los del uno no podían mezclarse en el gobierno ni en las cosas del otro.

Ya ese estado de opinión pasó a la historia. Poco a poco el tiempo ha ido borrando la línea que separaba los dos continentes, y hasta el gobierno popular, que se creyó era patrimonio de los gobiernos de América, está más caracterizado en algunas monarquías de Europa, que en muchas repúblicas de nuestro Continente. Los Estados Unidos, dice el Profesor Coolidge, están más cerca, en todos los órdenes, de Europa que de la América del Sur; y nadie puede negar que guarda más semejanza

un norteamericano con un inglés, con un alemán, con un francés o con un ruso, que con un mejicano, un peruano o un brasileño. Es lo singular que no es Europa la que ha borrado esa línea, mezclándose en los asuntos de América; es la nación norteamericana (es decir la misma que discurrió lo de ''las dos esferas'') la que ha tomado acción en muchos asuntos del viejo continente. En 1885, los Estados Unidos toman parte en la conferencia de Berlín, en la que se acordó fundar el estado libre del Congo; en 1898 ocupan a Hawai, por una causa, y por otra distinta a las Filipinas; y poco tiempo después toman una participación directa en los asuntos de China; en 1906, al tomar parte en la Conferencia de Algeciras, intervienen en los asuntos de Marruecos, y hasta han mediado en los que son genuinamente europeos: la Secretaría de Estado protestó contra los atropellos de que fueron víctimas los judíos en Rumania, y protestó también, ante el Gobierno de Rusia, por los asesinatos cometidos en Kishinew.

El hecho de que el progreso en el orden comercial, en el político y en el científico, el cosmopolitismo, en una palabra, nos haya llevado y nos siga conduciendo de manera lenta, pero segura, al acercamiento de los dos continentes, ha impresionado a muchos escritores hasta el punto de que llegan a decir que no se explican por qué razón, cuando tal acercamiento ocurre, los Estados Unidos se aferran en el mantenimiento de la Doctrina de Monroe, hija, si cabe la expresión, de la de ''las dos esferas'' o del ''aislamiento'', ya tan caduca.

Todo esto tiene una explicoción, que se deriva de lo que antes, en este mismo capítulo, hemos dicho: la Doctrina de Monroe se enunció por y para la conveniencia de los Estados Unidos; y aunque los pueblos de Europa se asemejen en muchos de sus aspectos a los de América y se acerquen, en muchos órdenes ese acercamiento no podrá nunca revestir la forma de dominación de aquéllos sobre éstos, porque, desde el momento en que tal cosa ocurriese, los Estados Unidos perderían la posición privilegiada que ocupan en el mundo.

En esto precisamente estriba el mérito grande de los estadistas que concibieron la Doctrina de Monroe. Dando muestras de gran sagacidad, de verdadera perspicacia, la idearon para

que rigiera en todos los tiempos, a despecho de que variaran, como han variado, las circunstancias que los decidieron a establecerla. Ya la "Santa Alianza" desapareció; pero han surgido después, y no han desaparecido, otros peligros. Los enormes armamentos de las potencias europeas y su ambición desmedida de establecer nuevas colonias, han sido un peligro constante que los Estados Unidos no han perdido de vista; y hasta los mismos malos gobiernos de algunas Repúblicas americanas, en sus cuestiones y enredos con las cancillerías europeas, originadas muchas de esas cuestiones por litigios derivados de las célebres "concesiones" de explotaciones de minas, tierras, ferrocarriles, etc., a extranjeros, se han encargado de darle una constante actualidad a la "doctrina" que nos ocupa.

A los que piensan y dicen que ya América nada tiene que temer de Europa, les aconsejamos que observen el ejemplo de Asia y de África, a que antes nos referimos; y, sobre todo, que lean la muy abundante literatura alemana en que se exponen las miras de los teutones sobre la América Meridional; señaladamente, el libro de Mauricio Tannenberg, en el que con asombrosa serenidad se hace un proyecto de reparto de la América Central y de la Meridional entre los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania; reparto que se debe hacer, dicen, no sólo porque lo exige la conveniencia de esas potencias, sino porque de esa manera—según dichos escritores—la civilización obtendría, de esas regiones, mayores beneficios de los que derivan los pueblos que en ellas moran.

Un distinguido escritor argentino, Manuel Ugarte, en su libro *El Porvenir de la América Latina,* muestra su asombro por que se piense en el peligro europeo.

> Europa, dice, no sacrificará jamás sus intereses continentales, ni detendrá el curso de sus ríos, para lanzarse a una conquista inverosímil y aleatoria que sólo le prometería un imperio de inquietudes en el confín del Océano.

Ese libro fué publicado el año 1910. Hoy, al conocer su autor las obras de profesores y militares alemanes, en las que con sencillez y franqueza se dice que Alemania va al decaimiento

si no se procura colonias donde se pueda y como se pueda, creemos que habrá modificado su criterio.

IV.—Sobre los casos en que ha sido infringida la Doctrina de Monroe.

Algunos escritores iberoamericanos, entre otros el mejicano Carlos Pereyra en *El Mito de Monroe,* y el brasileño Eduardo Prado en *La Ilusión Yanqui,* en su afán de desacreditar ante nuestra vista la eficacia de la Doctrina de Monroe, se dedican a exponer los casos en que el Gobierno de Washington permaneció impasible ante agresiones de las potencias de Europa contra las Repúblicas americanas. No compartimos la opinión de tan ilustrados escritores. Entendemos que ni la actitud de la Gran Bretaña, en 1833, ocupando las Islas Falkland o Malvinas frente a las costas de la República Argentina, y contra la voluntad del Gobierno de esta nación, ni la que tomó a mediados del siglo pasado al ocupar en territorio hondureño la Mosquitia y las Islas de la Bahía, invocando en uno y otro caso títulos que databan de épocas remotas; ni la que adoptó Francia, en 1838, al bombardear el Castillo de San Juan de Ulúa en Veracruz, y al bloquear ese mismo año los puertos del Plata—casos que entresacamos como los más importantes—, tienen fuerza bastante para quitarle su tonalidad a la línea de conducta caracterizada por los hechos expuestos en el capítulo anterior, en el que enumeramos los casos en que el Gobierno de Washington había aplicado o invocado la Doctrina de Monroe.

Es lo cierto, a despecho de cuantas excepciones se quieran encontrar, que después que el mundo conoció el Mensaje del quinto Presidente de los Estados Unidos, las naciones europeas no han fundado ninguna colonia en América. No por esto dejamos de reconocer que ha habido casos en que, positivamente, la Cancillería Americana se ha olvidado de la Doctrina de Monroe. Tal ocurrió en 1850, al suscribirse por la Gran Bretaña y los Estados Unidos el Tratado Clayton-Bulwer para la construcción de un canal interoceánico, empresa en la que, según se estipuló, las dos naciones tendrían la misma ingerencia, garantizando por igual la neutralidad de dicho Canal; por más

que no se realizó la empresa en aquel entonces; y cuando los Estados Unidos se decidieron a acometerla, derogaron aquel Tratado. Esto se hizo, en 1901, por el que se denomina Hay-Pauncefote; y tal ocurrió también, en 1877, al cederle Suecia a Francia la Isla de San Bartolomé.

Hay otro caso en que el Gobierno de Washington infringió la Doctrina, y que por sí solo debía redimir a los norteamericanos ante quienes afirman que la Doctrina de Monroe no es más que la máscara con que se encubren propósitos imperialistas: nos referimos al caso de Cuba, en 1898, cuando los Estados Unidos, para libertarla, se apartaron de la regla según la cual dicha Doctrina no rezaba con las Colonias que existían cuando fué promulgada.

V.—Es una Doctrina "presidencial".

Se habrá observado que a pesar de la firme adhesión del pueblo de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe; a pesar de ocupar ésta sitio tan preferente en la política de dicha nación, el Congreso no la ha sancionado: es una doctrina concebida y aplicada por el Poder Ejecutivo. Se han hecho, sin embargo, esfuerzos infructuosos para que las Cámaras la aceptan.

En enero de 1824, Henry Clay, siendo Presidente de la Cámara de Representantes, presentó en dicho Cuerpo el siguiente proyecto de resolución o declaración, que no fué aprobado:

> El pueblo de estos Estados no vería sin seria inquietud cualquier intervención de las potencias aliadas de Europa, por la fuerza, en favor de España, para reducir a su antigua condición de vasallaje aquellas partes del Continente de América que se han pronunciado y constituido por sí mismas, respectivamente, en Gobiernos independientes y que han sido con toda solemnidad reconocidas por los Estados Unidos.

El mismo inútil resultado obtuvo meses después el Representante Poinsett, por la Carolina del Sur, animado del mismo propósito.

Creemos que el Congreso de los Estados Unidos nunca ha aceptado de una manera formal la Doctrina de Monroe, no tan sólo porque la dirección de las relaciones diplomáticas es mate-

ria de la incumbencia del Presidente de la República, sino porque los norteamericanos no son amigos de formular declaraciones que les tracen líneas de conducta.

Sin embargo, hoy día puede decirse que el Senado ha reconocido y aceptado la Doctrina de Monroe.

Al suscribir los Delegados de los Estados Unidos la Convención de La Haya, hicieron la declaración, a que antes ya nos referimos, de que nada de lo pactado en dicha Convención apartaría a los Estados Unidos de su tradicional política en los asuntos que fueran genuinamente americanos; esa Convención fué ratificada después por el Senado, y en 1912, al aprobar la proposición Lodge, en el caso de la Bahía Magdalena, de hecho aceptó también la Doctrina.

VI.—A MENUDO SE INCURRE EN CONFUSIONES SOBRE SU ALCANCE Y SIGNIFICACÓN.

Es lamentable, y no se explica, la confusión en que incurren muchos de los escritores que se han ocupado en la Doctrina de Monroe. Comprenden, bajo esta denominación, cuantos actos realiza el Gobierno de Washington en relación con las Repúblicas Hispanoamericanas, especialmente aquellos que constituyen la llamada política imperialista de los Estados Unidos. En esa confusión incurre, entre otros muchos autores, Carlos Pereyra, quien dice que

> La Doctrina de Monroe es una realidad flamante; un mito que sirve de envoltura a este hecho natural: las ambiciones de un pueblo fuerte que pretende ejercer su hegemonía sobre un grupo de pueblos débiles, dando a su dominación las apariencias hipócritas del desinterés y de la benevolencia.

Es indudable, aparte del juicio que se quiera formar del imperialismo de los Estados Unidos, que con éste nada tiene que ver la Doctrina de Monroe; y tan es así, que nos ha sido fácil dividir en dos partes este trabajo. La primera, que es ésta en la que estudiamos dicha Doctrina, y la segunda, en la que estudiaremos, con la denominación de "doctrina americana", los actos del gobierno de aquella nación en que se comprende su ingerencia en la vida interior de algunos países de la América

Latina. Son, pues, una y otra materia, cosas perfectamente distintas.

La Doctrina de Monroe no tiene otra finalidad, y se refiere solamente a la oposición que ha hecho el Gobierno de los Estados Unidos a las ambiciones de Europa; pero, cuando ese Gobierno se mezcla en cualquier asunto de otro Estado de este hemisferio, no procede en nombre de dicha doctrina. No es una doctrina de expansión, dice Coolidge, sino sólo de defensa propia.

El alcance de esta doctrina, dice Root, es estrictamente limitado. Se refiere solamente a la ocupación del territorio del Nuevo Mundo, con exclusión de un gobierno americano preexistente. No tiene ninguna otra relación con los asuntos de los Estados americanos o europeos. En la buena o mala conducta, en el respeto o violaciones de derechos, en el acuerdo o en la controversia, en el daño o en la represalia, en la coerción o en la guerra, los Estados Unidos no encuentran justificación en la Doctrina para intervenir.

No es de extrañar que algunos escritores de nuestra habla incurran en esta confusión, cuando en ella ha caído nada menos que el propio Presidente de los Estados Unidos. El general Grant, en su Mensaje al Congreso, de 31 de mayo de 1870, proponiendo la anexión de Santo Domingo, invocaba, para justificarla, la Doctrina de Monroe.

Aun en nuestros días, con ocasión de los recientes trastornos ocurridos en la República Mejicana, no faltaron políticos y periodistas que le pidieran al Gobierno que realizara una intervención armada en dicha República, en nombre de la "Doctrina de Monroe". Júzguese hasta qué punto no llegará la confusión de algunos en esta materia, que Eugenio Wambaugh, profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Harvard, en una conferencia pronunciada en una de las sesiones celebradas en Washington, en 1914, por la Sociedad Americana de Derecho Internacional, se creyó en el caso de demostrar que en nombre de la Doctrina de Monroe no se podía hacer oposición a la inmigración de los europeos en América; ni se podía suponer, tampoco, que los Estados Unidos, para defenderla, tuvieran que monopolizar el comercio latinoamericano.

VII.—La Doctrina de Monroe y el Derecho Internacional.

Una de las cuestiones que más viva discusión ha suscitado alrededor de esta materia, es la relativa a si la Doctrina de Monroe forma parte, o no, del Derecho Internacional.

Dice Hiram Bingham, apoyándose en la opinión del profesor Theodore S. Woolsey, que la Doctrina de Monroe no encierra ninguno de los principios que sirven de base al Derecho Internacional; y que ningún estadista, por eminente que sea, ni ninguna nación, por mucho poder que tenga, tienen autoridad bastante para incluir entre los cánones de dicho derecho los principios de la referida doctrina. A juicio de Merignac, la Doctrina es contraria al derecho de las naciones, supuesto que ninguna puede cerrar por completo un continente a la colonización de los pueblos de otro hemisferio; y para Beaumarchais, ninguna nación ha reconocido nunca el principio de la no colonización, que los Estados Unidos pretenden imponer a Europa, ni puede tampoco ningún Estado fundarse en el Derecho Internacional para modificar la situación de territorios que no le pertenecen. Por su parte Martens, profesor en la Universidad de San Petersburgo, dice que el Derecho Internacional no admite que una sola nación sea la señora de todo un continente.

Frente a esas opiniones se ofrece la de muchos escritores norteamericanos, para quienes la doctrina de Monroe forma parte del Derecho Internacional.

Dice Philip H. Brown que ningún principio es tan básico ni tan sagrado en materia de Derecho Internacional, como el derecho que tiene toda nación a su independencia y soberanía; y que la soberanía e independencia de las Repúblicas latinas del Continente Americano ha sido defendida siempre por aquel que sostiene la Doctrina de Monroe. No compartimos la opinión de Brown. En nombre de ese mismo principio de la soberanía, toda nación puede celebrar libremente pactos o alianzas con otros Estados; y, sin embargo, cuando se dijo en 1912 que la República Mejicana había enajenado la Bahía

Magdalena al Japón, se aprobó en el Senado la "Proposición Lodge", basada en la Doctrina de Monroe, a que en el capítulo anterior nos referimos, por la que se declaró que los Estados Unidos impedirían las enajenaciones de puntos o lugares estratégicos cuya posesión, por otra potencia, pudiera afectar la seguridad de los Estados Unidos.

Elihu Root dice que la Doctrina de Monroe no forma parte del Derecho Internacional, pero que descansa en el derecho de la propia protección, reconocido por aquel derecho. Este mismo parecer se recordará que fué expuesto por el Presidente Cleveland en su Mensaje especial de 17 de diciembre de 1895, sobre el conflicto anglo-venezolano.

No comparte estas opiniones el tratadista alemán Herbert Krauss, quien dice que nunca que los Estados Unidos han invocado la Doctrina de Monroe ha sido amenazada su existencia nacional.

En nuestra opinión, los principios en que descansa la Doctrina de Monroe no forman parte del Derecho Internacional. Son cosas totalmente distintas el conjunto de reglas que forman el ordenamiento jurídico que se denomina Derecho Internacional, y la actividad política de la nación que se excede de sus linderos y toma medidas para mantener determinado *status* político en otros pueblos, como medio de garantizar su propia seguridad.

Creemos, con el autor inglés W. F. Reddaway, y con el francés Hector Petin, que la Doctrina de Monroe no es más que una declaración política, que no se relaciona con el Derecho Internacional. Esto no le quita autoridad ni prestigio a dicha doctrina. ¿Acaso todas las potencias, constantemente, no intervienen y les hacen imposiciones a otros pueblos de menor importancia y poderío? Hasta tal punto es esto exacto, que, después de todo, la historia de Europa, en la edad contemporánea, no es más que una serie ininterrumpida de esos casos.

Véase lo que fueron los Congresos de Viena. Los soberanos europeos, titulándose delegados de la Providencia, se reparten, movidos por su conveniencia y a despecho del principio de las nacionalidades, a base de ganancias e indemnizaciones, los territorios de otros pueblos a los cuales se suponía débiles para

resistir le desmembración. Esa misma conveniencia determinó la creación de Bélgica, en 1831, como Estado neutro; e impuso, por el Tratado de París (1856), por un lado la integridad del Imperio Otomano, garantizada por las potencias, y por otro la neutralidad del Mar Negro; con lo que se obligó a Rusia a desmantelar las fortificaciones construidas en sus costas. Impulsado también por lo que a su juicio constituía la conveniencia de la nación, Napoleón III, temeroso de la influencia del rey de Prusia en la Península Ibérica, quiso exigirle a éste, cuando se trató de la candidatura de un Príncipe Hohenzollern para la corona de España, la promesa de que nunca aceptaría dicha corona; y al negarse el soberano prusiano a contraer semejante compromiso, sobrevino la guerra del año 1870. Pero, es más: ¿quién no sabe que una de las causas de la guerra actual la constituye el afán de Austria por tener un completo predominio sobre los Balkanes?

Se ve, pues, que al aplicar los Estados Unidos la Doctrina de Monroe, movidos por su propia conveniencia, no han hecho otra cosa que seguir las huellas de las potencias europeas, a las cuales de seguro no les habrá preocupado que las medidas de seguridad tomadas por ellas en otros pueblos, se ajusten o no a los cánones del Derecho Internacional. Con esta diferencia en favor de la República norteamericana: que ésta, con su política, produce el resultado de favorecer y garantizar la independencia de otros pueblos, mientras la de las potencias europeas, en la generalidad de los casos, no tiene otra consecuencia que no sea la de beneficiarse ellas mismas.

Leo S. Rowe, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Pennsylvania, hace algo más que convenir en que la Doctrina de Monroe no es más que un principio de política. Entiende y dice que a los Estados Unidos no les conviene que dicha doctrina forme parte del Derecho Internacional, porque desde ese momento pertenecería a otros pueblos y no a la nación norteamericana exclusivamente; lo que a ésta, desde luego, no le convendría. Al pensar de esa manera, tiene en cuenta los mismos intereses que preocuparon a los estadistas que han desenvuelto el criterio, según vimos en el capítulo precedente, de que el Gobierno de Washington no podrá hacer ma-

teria de pacto los principios contenidos en la Doctrina de Monroe.

Cualquier tentativa que se haga para incluir la Doctrina de Monroe en el cuerpo del Derecho Internacional, dice Rowe, equivaldría a querer colocar una parte importante de nuestra política exterior fuera del alcance de nuestro régimen nacional; situación que a todas luces sería de lamentar, por ser contraria a nuestros verdaderos intereses nacionales.

Mientras la Doctrina de Monroe sirva los intereses fundamentales de la protección nacional; mientras nos permita evitar la amenaza de las complicaciones europeas en el continente americano; mientras contribuya a preservar la integridad territorial y el bienestar nacional de las repúblicas americanas; mientras reúna todas esas condiciones, será digna de seguir formando parte integrante de nuestra política extranjera y nos ayudará a cumplir esa altísima misión, como uno de los guardianes de la paz del Nuevo Mundo.

VIII.—Sobre la actual y la futura evolución de la Doctrina de Monroe.

Se habrá observado en la exposición de hechos que fué objeto del capítulo anterior, al estudiar las distintas formas o afirmaciones de la Doctrina de Monroe, según la aplicación que les ha dado en la práctica el Gobierno de los Estados Unidos, que en tesis general, hasta el día, dicha doctrina no ha evolucionado. Nada más que una de sus afirmaciones ha sufrido alteración; aquella de carácter negativo que comprendimos bajo la letra (F), y según la cual

los Estados Unidos no intervienen en las demostraciones puramente punitivas que hagan los gobiernos europeos contra naciones americanas, con tal de que, de esos actos, no se derive una ocupación de territorio;

alteración que ha consistido en modificar dicho aspecto o forma de la Doctrina, para darle paso a la política de prevención o previsión, que consiste en cierta ingerencia que el Gobierno ha tomado en determinados asuntos de algunas de dichas Repúblicas, como medio de evitar que se produzcan las circunstancias que puedan servir de pretexto a las reclamaciones extranjeras.

Recientemente, sin embargo, se ha discutido acerca de establecer cambios importantes en la aplicación de la Doctrina

de Monroe. Se ha hablado de aplicar la Doctrina, en lo sucesivo, nada más que a las Repúblicas que se encuentran en la zona del Mar Caribe; fundándose los que así piensan, unos, en que la suerte de las naciones que se encuentran más al sur, o sea más lejos de los Estados Unidos, no debe preocupar a éstos, y otros, en que la Argentina, Brasil y Chile cuentan ya con recursos para defenderse y no necesitan del auxilio extraño.

Se ha hablado también de modificar otro de los aspectos más esenciales de la Doctrina: el relativo a que el Gobierno no celebre alianzas o pactos para mantenerla. Se ha discutido mucho sobre la conveniencia de que la Doctrina no sea sostenida solamente por la voluntad del Gobierno de Washington, sino por el acuerdo y la cooperación de todas las Repúblicas latinas de América; de darle, para seguir la frase en uso, una base panamericana. Están divididos los partidarios de este cambio. Unos creen que ese acuerdo debe adoptarse entre todas las naciones americanas, y otros entienden que se debe tomar, solamente, por las más fuertes e importantes.

La sugestión de estos cambios tiene una causa, obedece a un propósito. Una gran parte de la opinión pública en los Estados Unidos se da cuenta de que la desconfianza y el recelo con que en la América Latina se ve la Doctrina de Monroe, obedece al hecho de que no existe una noción clara y exacta acerca de su significación; y en parte, también, a que los que la conocen saben que ha sido promulgada y mantenida por el interés de los Estados Unidos.

No queremos extendernos en consideraciones sobre la posibilidad de este cambio o evolución, por la sencilla razón de que todas estas cuestiones, por el momento, han perdido su interés, concentradas como se encuentran las miradas del mundo entero en la gran contienda europea, de la que quizás salga, al obtener el triunfo las armas aliadas, y de constituirse la ''sociedad de las naciones'', la consagración definitiva del principio del respeto a las nacionalidades pequeñas y débiles; con lo que, prácticamente, perderá su importancia e interés la Doctrina de Monroe al verse relevados los Estados Unidos del esfuerzo de mantenerla.

Raúl de Cárdenas.

(Continuará.)

GOTAS DE SANGRE

(NOVELA DE LA GUERRA)

VI

Comenzaba el tercer invierno de la guerra.

A lluviosos días, semejantes a plomizos amaneceres, sucedían noches igualmente lluviosas y sombrías, glaciales e interminables.

Eran las dos y cuarto de la mañana.

Perron y Tadeo hallábanse en un improvisado puesto de observación, desprovisto de placa de acero para defensa, y de tela metálica contra las granadas.

Dormía el primero, en cuclillas, junto al compañero, el cual, en el escalón de tiro, friolento, inmóvil, mojado, rojo el semblante, apretadas las quijadas, comprimidos dolorosamente los violáceos pies por las costuras de duras botas rajadas, sin forma, endurecidas y encogidas, con la cabeza bajo una tela que, de día, no hubiera revelado a los observadores alemanes sospechosa leve línea de cielo o de tierra, no desclavaba un ojo de la rendija donde, durante una hora, debía concentrar toda su atención.

A fuerza de querer ver más de lo que podía, apenas veía Tadeo; a fuerza de querer oir lo imposible, apenas oía, la vista y el oído exasperados en la oscuridad por la ausencia de sensaciones esperadas y la irrealización de imaginadas.

En un nicho, a estirar de un brazo suyo, se apilaban dos docenas de granadas. De un madero pendía un cartucho vacío de obús; en él debería pegar con la bayoneta, una piedra o un palo, si surgiese el peligro de los gases, contra los cuales—ele-

mental precaución—, en especie de rústicas cestas, conservábanse trapos y papeles que, incendiados con petróleo, les levantarían, arrojarían de las trincheras.

Cerca, a ángulo recto con la línea donde se hallaba de guardia, avanzaba hacia el frente enemigo una zapa vigilada de día por seis hombres y un cabo, cuidada desde el anochecer por diez números y un sargento: dos a la extremidad del trabajo, dos atrás, dos a medio camino entre el puesto y la trinchera, para asegurar el enlace de las fuerzas en caso de ataque.

Acababa de regresar una patrulla después de cierta comisión de menor importancia: cerciorarse de no haber sido cortadas las alambradas, ni tocados los caballos de frisa, ni las asas de cestas (1).

Perron se puso a roncar. Tadeo le echó mano al casco, sacudiéndole la cabeza. Cementerio bostezó; calló.

Tadeo percibió familiar sonido: el roce o tropezón de algo o alguien contra una de las latas vacías colgadas entre las alambradas. «¿Algún boche por ahí?», preguntó.

Estuvo a punto de mandar aviso al jefe de sección, a quien tocaba decidir en caso de ruidos sospechosos. «El viento», se dijo después.

Y aguzó más aún el oído, un ojo sin cesar pegado a la abertura entre los sacos.

A poco creyó observar indefinidos movimientos de sombras que se arrastrasen y ensayasen levantarse. «¡No será a mí a quien sorprenderán!» Se sintió inquieto. Nada temía, pero no ignoraba los peligros que le rodeaban. Algo muy leve murmuró el viento. Le pareció que su corazón se inmovilizaba, dejó de respirar para oir mejor. Un tronco de árbol acostado en un declive del terreno, junto a un esqueleto dentro de un uniforme, pareció estremecerse ¿Veía o no veía él bien? ¿Tratábase en verdad de un tronco? ¿De un hombre? Y el esqueleto, ¿no sería acaso un enemigo con una careta?

Se frotó los ojos, se aplastó las orejas. «Tronco, tronco... ¡Moverse! ¡No faltaba más!... ¡Un boche esos huesos del ca-

(1) Obras de defensa, de alambre barbado.

marada metidos todavía dentro del uniforme!...» Se empeñó en no dejarse sorprender por una alucinación, decidido a no disparar su arma contra fantasmas de su cerebro.

Sin embargo, poco a poco, las sombras, los relieves del terreno volvieron a cobrar cierta vida. No le cabía duda, el tronco tomaba forma humana por instantes. ¿Sería en verdad un hombre? ¿Se escondería alguien en su interior? Recordó un gran árbol solitario, sustituido en cierta noche por una fiel reproducción suya, hueca, de metal, con sus ramas y hojas artificiales, indispensable punto de observación durante largos días. Recordó también que justamente en la posición en que veía el tronco había él pasado una vez media hora, el semblante metido en el fango, inmóvil, haciendo de muerto, de madero, de lo que a los centinelas enemigos que le contemplaban se les quiso antojar, con un compañero a su lado, muriéndose, atravesado cinco veces por una ametralladora, inmóvil como él, lo que de pensamiento les quedaba a ambos, fijo en la sola idea de no moverse, callar, para escapar más tarde si era posible.

Se frotó nuevamente los ojos, dándose palmaditas en las orejas. Distinguió otra vez la línea sinuosa de la organización alemana, la ancha banda de terreno entre los frentes rivales con sus, de cada parte, triples redes de alambradas. El tronco era un tronco, no le cabía duda. Un tronco y nada más. ¡Las jugarretas de la imaginación! «No es práctico fijar los ojos en un solo punto». Se decidió a no olvidar su decisión «!Qué frío!»

Unos instantes sentía, mezclados, rabiosos deseos de lucha, de algo imprevisto, movido, o de un baño tibio y un lecho mullido; otros, soñoliento, se preguntaba si no iba a convertirse donde estaba, a fuerza de no moverse, en una gran piedra, en algo petrificado, con ojos turbios y oídos llenos como de menudas, imperceptibles, palpitantes alas de insectos.

Perron pronunció varias palabras incoherentes.

Tadeo le sacudió nuevamente.

Lanzada por el enemigo, se elevó a no muy grande altura, con lenta y floja gracia, dirigiéndose en espirales hacia la trinchera, iluminándola, una estrella artificial, grande y brillante.

Tadeo, curioso, se echó de lado, levantando la cabeza para observarla.

No se había deshecho cuando una bala se coló por la aspillera, atravesando la tela que detrás la tapaba.

Otra.

Dos escalofríos le sacudieron. «¡Por la rendija!» Cualquiera de las dos balas le hubiera atravesado la cabeza con ruido tan mate ¡tan de prisa! que sin duda se hubiese él quedado allí de pie, la frente contra los sacos, como dormido, junto a Perron dormido, hasta la llegada del relevo. «¡Por semejante abertura!»

Se apoyó contra el muro, desalentado, comido por el frío, lamiéndole la llovizna el semblante. «No hubiera sido el primer caso, pensó; ni el último; pero *nom d'un chien*! ¡qué suerte!»

Se levantó otra estrella artificial.

Bajó algo la cabeza, instintivamente, mientras dos balas pasaban, que le hubieran arañado el casco. Sin perder tiempo disparó hacia el punto de donde partió el volador iluminador. Varias balas incrustáronse en los sacos.

Perrón gruñó.

Silencio.

El botón de una lámpara eléctrica de bolsillo, apretado durante una fracción de segundo, a su izquierda, le llevó la impresión de la tela que cerraba un extremidad de la trinchera para evitar las corrientes de aire, echada de lado a fin de dar paso a una figura. Sin embargo, no había tal tela. Pero por la trinchera, convertida en canal, avanzaba, tropezando, hundiéndose hasta las rodillas, haciendo sonar el líquido, un hombre ante cuya presencia recobraban cierta forma humana los, desde el anochecer, triplicados centinelas, envueltos en sus impermeables o en sus mantas, doblados, encogidos, rígidos como embalsamados, agobiados en las sorprendentes y patéticas actitudes en que moldean a los humanos la incomodidad exasperante, la casi extenuación, la casi congelación, el sueño en el instante casi definitivo de su victoria.

—Mi teniente.

—¡Oh!

El teniente había puesto el pie en una piedra resbalosa; perdiendo el equilibrio trató de agarrarse con la mano izquierda

a una masa que se le antojó de tierra. Cayendo hacia atrás llevóse hacia él a Perron.

—¡Condenado boche!, exclamó éste, despierto a medias, echando las manos al cuello del oficial, hundido en el fango hasta la barba.

—¡Cementerio!, ¡embrutecido! ¿Estás loco?, le dijo Tadeo tirándole del uniforme y haciéndole caer a su vez de espaldas.

—¡Pshshsh! No hablemos tanto... A ver, ayudadme a salir de este baño.

Se elevaron simultáneamente varios voladores iluminadores lanzados de las trincheras enemigas, escuchándose dispersos tiros y descargas.

—Le quieren alumbrar el camino, mi teniente.

—Buenas noches, muchachos.

Se sacudió el agua.

—Y dormid menos, le dijo a Perron.

El largo pincel de luz de un poderoso faro francés barnizó de claridad las alambradas frente a las primeras líneas alemanas. Luego el perfil de sus trincheras.

Se alejó el oficial dando tropezones, avanzando con dificultad, hundiéndose hasta las rodillas en el agua.

Pasaron unos minutos.

Escucháronse tenuemente los primeros compases de una canción francesa entonada por voz al parecer lejana, enterrada en algún abrigo cercano, callando la voz súbitamente.

A la derecha surgió del frente alemán, describiendo una curva, clara línea encendida que dejaba corta estela de chispas; en lo más alto del cuarto de círculo, se apagó, esfumándose las chispas; se oyó una explosión, un torpedo. Las ranillas francesas respondieron a coro, durante un rato.

Silencio.

De ambos lados partieron luces a lo alto, repetidamente.

A la izquierda, unos latigazos, fusilería; el rítmico tap-tap-tap de dos ametralladoras rociando a patrullas descubiertas que, lentas, silenciosas y prudentes, se arrastraban por la zona de las diarias audacias y heroicidades sin historia.

Silencio.

Tadeo, bien despierto, sentíase regocijado. Recordaba que

saldría para el acantonamiento; no le cabía duda; a pesar del misterio de los jefes, la partida se adivinaba, se sabía siempre de antemano; ciertos síntomas lo decían.

No vió más fantasmas, ni sintió más frío, ni advirtió más de la tortura de sus pies, pensando que iban a relevarle a poco, y que dentro de unas horas... de unas horas nada más... ¿horas?... menos... antes del amanecer...

Clavó nuevamente un ojo en la aspillera.

La oscuridad se había tragado el pincel de luz del faro.

Lloviznaba imperceptiblemente.

La aparente soledad quedó sumida en un vasto y constante silencio.

*

Las tres y media de la mañana.

Se dieron los buenos días, con sordina, varias baterías de 75 y de 77.

Alegres los soldados, como estudiantes al partir del colegio en vacaciones, doblaron las mantas y el saco de dormir, colocándolos con la escudilla sobre la mochila echada en la espalda. Se pusieron las botas embreadas, se ajustaron el pasamontaña unos, apretada una bufanda alrededor del cuello, sobre el capote; arrebozáronse algunos en colchas de vivas rayas, echándose otros encima ancho y flotante impermeable amarillo.

Bruma viscosa y opaca tapaba la poca luz de esa hora y los sonidos. Los parapetos mostrábanse ligeramente blanqueados de nieve. Miles de diseminados agujeros de obuses, colmados de agua helada, parecían no muy bruñidos espejos de acero, tirados al azar por el campo.

Salieron los soldados de los abrigos, lanzando el humo de la respiración por bocas y narices, y emprendiendo la marcha al llegar las secciones de relevo.

El frío mordía las narices, los labios, las más calientes lanas; estiraba como púas los pelos de las pieles de cabra, endurecía los uniformes. Trincheras y ramales hallábanse convertidos en canales donde se elevaba por sobre las rodillas un líquido pestilencial, a medio helar, inmundo, espeso, color de pus, mezcla de agua, tierra, sangre y restos de cadáveres en descomposición. Aunque andando con tiento y sondeando con gruesos pa-

los el lecho de cieno atestado de hoyos y resquebrajaduras de dudosa profundidad, hundíanse en él los hombres, resbalaban, caían, se empujaban, saliendo del paso con el trabajoso auxilio unos de otros. Hombros y codos, mochilas, las gruesas botas claveteadas que a sus costados pendían, cantimploras, cartucheras, fusiles, se frotaban contra los muros pegajosos, acumulando fango.

Tardaron más de media hora, tal era el asolador esfuerzo exigido por cada paso, en recorrer los primeros ciento veinte metros.

De pronto se vieron obligados a detenerse, corriendo a lo largo de la columna, en voz baja, insultos sin cólera, imprecaciones, exclamaciones. Habían tropezado con compañeros que, equivocándose de camino, se veían precisados a recular, de acuerdo con la consigna.

Al iniciarse de nuevo la marcha corrió otra vez inútil invitación al silencio. Tadeo amarró un trapo alrededor de la vaina de su bayoneta, evitando el ruido de su choque contra el muro.

Saliendo del estrecho ramal a uno más ancho, les dijo el teniente, mientras esperaban a los fatigados, enfermos y cojos, y a los centinelas, tardos en llegar:

—Ni cigarrillos, ni pipas, ni una palabra, insistió el oficial, antes de ponerse de nuevo en movimiento, haciéndoles tomar el paso de los que llevaban cargados a dos soldados, uno con las extremidades heladas, el otro con un pie, que no se le calentaba, envuelto en algodón.

Dejaron atrás tres kilómetros, atravesaron unas ruinas ligadas a la retaguardia por interminables ramales, defendidos por trincheras de repliegue con sus habituales defensas.

Recorrieron dos kilómetros más.

Y las lenguas se desataron al desembocar al fin de un ramal en un camino duro como hierro y resbaloso, que daba en un villorrio situado a media colina, como si, perezoso, habiendo emprendido marcha hacia arriba, se hubiese arrepentido después de dar unos pasos. Seiscientos campesinos le animaron antes con sus vidas pausadas y oscuras. Durante la retirada del enemigo, en 1914, la artillería francesa le agujereó algunos mu-

ros sin causarle gran daño. Desde entonces alguna que otra vez le caía encima un obús de grueso calibre, abriéndole heridas del tamaño de una, dos o tres casitas. Pero gracias a la rápida limpieza de los escombros, conservaba sin embargo sus líneas. Construido en parte sobre antiguas canteras, podía esconder bajo tierra varias veces su población y servía de sólido depósito de víveres y municiones.

El oficial que en los blanqueados sótanos reinaba, los había provisto de dormitorios, con ducha caliente, lavaderos, aparatos para esterilizar el agua y puesto de socorro con sala para heridos, cuyo techo podía resistir hasta los proyectiles de 220.

Al hacer alto se les redujo la carga a los soldados, de doscientos cartuchos a ochenta y ocho; lo que representaba tres kilos menos de peso; permitiéndoseles encender las pipas y los cigarrillos.

Desaparecía la neblina. En el cielo color de ceniza, ensayaba abrirse paso el sol.

Laboulle, al pie de un árbol cuyas descarnadas raíces adornaban las paredes de un ramal, se puso a fumar su pipa.

Tadeo le entregó dos cartas que le esperaban.

—Del marqués y de Citrouille.

—¿Por qué no las abriste?... Marsouille, letra de mujer... debe ser su mujer la que escribe... De París... El marqués, desde Normandía... Vamos a leer la de Citrouille primero...

Leyó:

—"París, 31 de octubre de 1916.—Mis queridos amigos: Como sin duda no lo ignoráis—todos los diarios lo han mencionado—, perdí el brazo derecho. Ya no puede el marqués burlarse de mí. El otro día le encontré y se lo dije: mutilado por la patria, como él, tengo tanto derecho al reconocimiento de ella como al respeto del más burlón de los burlones!

"Mi labor en el frente ha terminado; escapé y no puedo quejarme; los hay menos afortunados. Sigo, sin embargo, cumpliendo mi deber, consolando a los más desgraciados, contribuyendo a la posible obra de reconstrucción. Nuestros métodos, dicen que decía hace unos días, coincidiendo conmigo, la gran figura de nuestra política—he nombrado a Briand—, sólo necesitan ser revisados, refundidos, readaptados. Pienso que nues-

tros códigos deben ser renovados, modernizados; me doy cuenta de que nuestra organización administrativa imperial es deficiente, carece de iniciativa y autoridad, es irresponsable y está ridículamente pagada, ejerciendo además sobre ella perniciosa influencia la política; no ignoro que el sufragio, si no debe restringirse, necesita algo así como una de esas sacudidas que se dan a las cortinas o alfombras viejas y empolvadas, a fin de que en el parlamento se haga oir la representación de las actividades económicas, productoras, en vez del graznido de las ambiciones personales; y me digo que nuestra instrucción, en general, necesita ser encaminada más hacia lo práctico que hacia el nebuloso mundo de las ideas; pero la labor es tan grande, que su realización exigirá mucho tiempo; no será sola para esta generación.

''El parlamento—¡no hay que ser tan pesimista, Laboulle!—ha rectificado; su actitud es digna; le faltó previsión—¿al parlamento y al gobierno, o a todos los franceses?—; pero hoy día su apoyo a la república no flaquea un instante, su devoción a la nación no puede ser más grande. En el futuro será menos jaula de loros, como decía el marqués, y más el primer gabinete de trabajo de la patria, laborando en la tarea de—necesidades primeras— la reconstrucción del territorio devastado, en la resurrección de las industrias paralizadas, en la resolución de la cuestión de la mano de obra, la protección amplia de las víctimas vivas de la guerra, mejoramiento de la higiene pública—alcohol, tuberculosis, etc.—, haciendo frente al enorme problema financiero; sin olvidar, en vista de la lección recibida, la cuestión de la defensa nacional, de acuerdo, naturalmente, con las necesidades futuras.

''El otro día se reunió el Comité ejecutivo de los partidos radical y radical-socialista, adoptándose la interesante orden del día que extracto: tregua en las luchas de partido, a fin, en interés de la nación, de no nublar la unión sagrada; gerencia de los asuntos públicos en fraternal armonía con todos los ciudadanos franceses; cordial saludo a los heroicos aliados, afectuoso y fraternal a los habitantes de las regiones invadidas, a los ejércitos de la república; testimonio de profunda gratitud a los obreros y obreras de las fábricas de guerra, así como a las

valientes poblaciones de nuestros campos; decisión de apoyar la continuación de la guerra hasta el triunfo de los aliados, por medio de paz que restablezca la integridad de sus derechos a las pequeñas naciones, restitución del territorio perdido, con garantías indispensables a su seguridad, y resolución de exigir para el porvenir, y preparar por la acción de los gobiernos y parlamentos, un sistema eficaz de garantías internacionales que coloquen definitivamente la civilización al abrigo de las potencias de agresión y asegure la paz del mundo, fundada en la victoria de la libertad y del derecho. Imposible sería formular otro programa más patriótico.

''La confianza, la seguridad del triunfo es aquí tan grande, tan descontada como en la línea de batalla, abordándose cada día el porvenir con mayor tranquilidad. Se piensa en el futuro. Hablando Paul Deschanel, el 26, a nombre de la Academia, en la sesión anual del Instituto de Francia, no trató sino ese particular. Los germanos, dijo, nos han invadido más de veinte veces, cinco veces después de la Revolución. De ahí, para nosotros, estos deberes esenciales, mandamientos de la patria: continuar unidos; hacer conocer mejor a Francia; no olvidar jamás; prever, desarrollando, detallando con gran talento ese programa. Sin poder citar el discurso entero, quiero sólo transcribir estas palabras: 'Escuchemos la voz de las trincheras y las tumbas: es un grito de amor lo que viene de ellas. Jamás la familia francesa se ha visto más unida. Franceses siguiendo caminos diferentes se han reunido en la cima. Idéntica abnegación, idéntico ideal. Los héroes que afrontan la muerte saben que antes de apagarse sus vidas, breves llamas, encienden otras inmortales. El enemigo no comprende que lo que nos desgarraba es lo que nos une: la pasión del derecho. Sublime juventud va a la muerte como a una vida más alta. ¿Será esa vida, mañana, la de la patria?' En la lucha entre los dos espíritus, el alemán y el nuestro—dijo—, sucumbirá, como sucumbieron otros sueños de hegemonía, el alemán, quedando vengado una vez más el derecho público europeo. 'La fuerza es al derecho lo que el cuerpo al espíritu: la vida circula en el cuerpo, pero es el pensamiento el que gobierna.'

''No faltan sin embargo los estrategas de café, para quienes

los acontecimientos no se precipitan con la velocidad con que ellos los resuelven, lápiz en mano, sobre el mármol de las mesitas. A éstos no estaría de más mostrarles, en Tito Livio, el discurso de Lucio Emilio-Paulo al ponerse al frente de los ejércitos romanos, poco antes de vencer a los macedonios en la batalla de Pydna y de hacer prisionero al rey Perseo: 'Si hay alguno que se crea capaz de poder ofrecerme útiles consejos sobre la guerra que voy a hacer, invítole a no rehusar sus servicios a la república y a venir conmigo a Macedonia—navíos, caballos, tiendas, provisiones, todo le ofreceré; pero si se juzga la tarea como muy penosa, si se prefiere el reposo de la ciudad a las fatigas, que no se tenga la pretensión de manejar el timón desde la costa.'

''No dejéis, les repito, de venir a verme pronto: 28, calle Copérnico. Comeremos juntos, discutiremos un poco—me hallarán quizá menos ''nebuloso''—, me atacará el marqués con sus ametrallantes jocosidades, se entretendrá en darme mazazos en el cráneo el más fiel de los sujetos de S. M., y Tadeo, el verdadero sentido en persona, resumirá o pondrá fin a la discusión, estrechándose aún más nuestra amistad... cada uno en su trinchera y todos franceses!''

Laboulle sonrió.

—¿Por qué no le fuiste a ver la última vez?

—No tuve tiempo. Todos los permisos no son de convalecencia, unos días pasan volando. Además, ¡se siente uno tan bien en casa! Fuí una sola vez a París, al cine: con mi mujer y Cementerio. Por cierto que *mon colon* se dió la gran aburrida. ''¿La guerra?, dijo, *je m'en fous*!'' Y se puso a dormir hasta que llegaron las películas cómicas... Durante el próximo permiso le iremos a ver, y al marqués también...

—Irás tú. A mí, o se me entierra en el frente o no se me saca más de París, si pongo alguna vez los pies en él.

A Tadeo le pareció su amigo, una vez más, un hombre incomprensible y, sin saber por qué, admirable.

—''Bueno, mis amigos—leyó Laboulle—, aquí me tienen en el castillo, algo avergonzado de no haberles enviado antes sino unas postales. Cierto es que la felicidad lo hace a uno egoísta.

''Aunque a veces siento deseos de abrir un hueco en el jar-

dín, sazonarle con un puñado de pulgas y chinches, acurrucarme en él y ponerme a soñar con boches en broqueta, mientras mi mujer y los sirvientes disparasen mi revólver y arrojasen por las ventanas la batería de cocina, en medio de una algarabía de fuegos artificiales; aunque a veces siento la nostalgia de la trinchera, del combate y de ustedes, lamento a un tiempo, casado y feliz, como otros tantos enamorados, los días perdidos antes de unirme a la mujer querida. Nada es comparable al entendimiento con un buen ejemplar del sexo inquieto. (¿Se enamorarían ustedes de una mujer a la que la faltase una oreja y un brazo y exhibiese un ojo artificial? Pues bien, la mía tiene el mal gusto, que celebro, de encontrarme de su agrado, diciéndome que justamente a causa de todos esos estragos me quiere más. ¡Explíquense eso! Bien es que hay mujeres y mujeres, y que todos los hombres... somos iguales!)

''Mis padres se han marchado a París. Yo, sediento del campo—la guerra me ha enseñado a admirarle y quererle—, pienso criar gallinas y dedicarme a distintos cultivos en compañía de viejos campesinos y de una colección de peludos cuyas geografías hállanse tan completas, más o menos, como la mía.

''Hace unos días di en París con Citrouille. El peso que se le cayó del cuerpo no parece haberle aligerado mucho el cerebro. No ha variado, sigue siendo un buen sujeto y, por momentos, insoportable cómico de la legua. Hallábase sentado en los Campos Elíseos, cerca del Grand Palais, viendo pasar la gente. Peroraba, moviendo el minutero que le queda, en medio de un grupo: su mujer, su hija, un tío suyo chocho, tres polluelos, sobrinos. Presentación: ''Mi mejor amigo, el marqués de Leray''; cumplido a mi mujer que ha sabido ganarse un héroe, elogio de su gloriosa mutilación, de la mía también. Y: ved, le falta el izquierdo; a mí el derecho—acercándoseme—, parecemos casi uno solo. ¡Si tuviésemos un aparato fotográfico aquí! ¡Buena escapada la nuestra! Cierto es que lo ha dicho el autor de *Jack*, aun en las más terribles batallas, la muerte en la guerra es una eventualidad, un accidente. Y a propósito de Alfonso Daudet: recordando otra frase suya, más de una vez he pensado en el bien moral que me hizo la guerra. He cambiado mucho. ¡Qué escuela tan magnífica es para el alma! Sí—dijo, extasiada, la

mujer, una buena gansa, gorda e insignificante—, ahora cree en Dios. No pareció agradarle mucho a él la observación, porque inmediatamente se puso a disertar rápidamente sobre el socialismo, el partido radical-socialista, el parlamento y el porvenir de Francia. Cuando más desbocado se hallaba le eché un cubo de agua fría diciéndole que los parlamentarios, una vez pasados los primeros momentos de temor y peligro, no habían hecho, en realidad, desde 1914, ni hacían otra cosa que política. Lamento—agregué—no tener el valor de irme una tarde al parlamento en compañía de veinte hombres, veinte nada más, armados con escobas; deciros que la guerra toca hacerla a los militares y al gobierno, aconsejaros tomar camino de vuestros hogares, donde podréis meditar para el futuro sobre cambios de orientación, interpelaciones, caídas de ministerios, campañas de opinión, indignaciones, quejas, y problemos de partidos; y si resistieseis, barreros de allí a toda prisa y enviaros a las trincheras.'' —¡Este hombre es imposible!, exclamó Citrouille. La guerra no le ha disciplinado! Entonces, murmurando el tío chocho, visiblemente contrariado, algo sobre lo que él—Citrouille—nos estaba contando, escapamos, temerosos de vernos obligados a escucharle una buena sarta de espeluznantes hazañas de su cosecha.

''París ha llegado casi casi a recobrar su fisonomía. Mi mujer me lo cinematografiaba así durante los días siguientes a su llegada, el 23 de agosto del 14. De noche, huérfano de medios de comunicación, muy restringidos aun de día, sin extranjeros, vaciados los hombres válidos en el ejército, cerradas las tiendas, sin sus alegres terrazas los cafés, oscuros a las ocho, como el resto de la ciudad; flacos y atacados de la peladera los diarios, concretados a comentar en los editoriales las escasas noticias, salpicadas con el nombre de alguna que otra ciudad, de los comunicados oficiales; desiertos los hoteles, transformados muchos de ellos en hospitales a donde no llegaban los heridos; recorridas las calles, los desiertos suburbios por patrullas, de cuatro en cuatro, de policía secreta en bicicleta, y por las de la guardia republicana, policía y fusileros marinos. Rumores de batallas, prisioneros alemanes conducidos al Sur, exhibición de las banderas de tres regimientos enemigos, llamando la atención el

creciente luto de las mujeres por las calles; tranquilidad, seriedad y cierta opresión en los ánimos. El 24, ninguna noticia militar de importancia; sin embargo, se habla de una derrota sufrida en Charleroi; un manto de estupor y tristeza parece envolver la capital. El gobernador acaba con el ajenjo, el juego y, al parecer, con los apaches. El 28, el tráfico hállase más restringido aún, se pagan a muy altos precios los servicios de viejos coches salidos no se sabe de donde. El 29 el pesimismo reina; se comentan las crueldades alemanas. El 30 es mayor aún la sensación general de opresión. Nada se sabe en concreto, no se citan fechas, ni datos; pero la palabra *derrota* está en los labios y se asegura la presencia del enemigo no lejos de la ciudad; por la tarde, a eso de las 6, un aeroplano arroja varias bombas, lanzando su piloto, von Heidssen, proclamas en las que anuncia la presencia de sus compatriotas a las puertas de la ciudad e indica la rendición como única solución. El 31 arroja otras bombas el mismo piloto. El 1º de septiembre ya el pánico de parte de la población ha sucedido a la creciente ansiedad; docenas de miles de personas, convencidas, sin prueba alguna, del peligro de la avanzante sombra alemana, de la certeza de la caída de la capital, se empeñan en partir, corren a los bancos, se disputan los vehículos a punto de ser desocupados, parten en los de cualquier clase que logran alquilar, y hasta a pie, porque en los trenes no hay espacio para todos los deseosos de embarcar; atravesando a un tiempo las calles los centenares de fugitivos del norte; y a las 6 en punto tres bombas del Taube diario, atacado sin éxito por diversas baterías y un avión nuestro, espectáculo contemplado como una gran diversión por enorme gentío. El 2, decisión del gobierno de salir para Burdeos, nueva capital. El 3, el pánico en todo su apogeo se apodera hasta de los representantes de las naciones neutrales; el embajador de los Estados Unidos, Mr. Myron T. Herrick, es el único diplomático que no parte; encargado, desde el comienzo del conflicto, de los intereses alemanes y austro-húngaros, complica su labor la representación de Inglaterra y del Japón. Los hospitales de la Cruz Roja están todavía desiertos. El 4 no llega el Taube de las 6; un aparato francés le espera hasta el anochecer volando alrededor de la torre Eiffel; sobre el bosque de Vin-

cennes, una bala le ha atravesado el corazón al piloto alemán, el cual es encontrado muerto en el asiento de su máquina intacta, después de haber aterrizado. Por las calles se ven soldados ingleses y belgas, procedentes éstos últimos, en su mayoría, de Namur y Lieja; hablan de batallas cruentas, no sienten admiración alguna por el soldado enemigo, el cual sólo debe sus pasajeros éxitos a su superioridad numérica; los belgas mencionan, asombrados, la potencia de los enormes cañones de sitio alemanes, reduciendo a polvo las fortalezas y emplazados a distancia tal que es imposible localizarlos. El 6, ¡los alemanes en Compiègne!, sus avanzadas en Senlis y Coulomiers, su caballería en Pontoise y Chantilly, ¡a quince millas de París! Y los diarios, mudos sobre el particular, hablando de probables victorias rusas! La irritación causada por la ausencia de noticias es notable y crece. Luego pasan unos días de lluvia y pesimismo, y, al fin, con lentitud, se filtra el éxito del Marne, con tal lentitud, que no se pone en pie la retaguardia para lanzar entusiasta grito, sino se bebe el triunfo, sorbo a sorbo, con inefable satisfacción; entonces comienzan a llegar los heridos, los diarios son más explícitos, renace la confianza, reabre sus puertas el comercio, levantan sus telones los teatros, aparecen libros nuevos en las librerías y chisporrotea el esprit. En este instante, si ha perdido la nocturna alegría de ciertos barrios, si se barzonea poco, si el movimiento es menos intenso y si a la luz artificial se vive menos, a mí se me antoja París, a pesar de la ausencia de la juventud masculina y de las sin cesar crecientes notas negras de los lutos, contrastando con los uniformes, la más discreta y bella ciudad de provincia imaginable. Ahora bien: pienso que todavía se vive con demasiada comodidad para estos tiempos y me digo que sin duda nos veremos obligados a imponernos mayores restricciones; por suerte todos estamos decididos a soportar los mayores sacrificios, bien poca cosa por cierto si se piensa en la victoria.

''Poco nuevo por los teatros, aunque hay unos treinta abiertos, cines incluidos, siempre llenos. En la *Ópera Cómica* estuvimos a punto de asistir a la representación de una obra que me gusta, la *Afrodita,* de Erlanger. Al llegar, dos peludos se marchaban porque no había más asientos en el gallinero. En-

vueltas en un billete de cien, les ofrecí nuestras localidades, (uno me miró atónito, sin despegar los labios; el otro, 'gracias, general', me dijo, exclamando *l'est fath le civlot*!), volviéndonos a casa, yo, sin razón, avergonzado de poderme pagar fácilmente un goce vedado para tantos de los que todo se lo merecen. Desde esa noche decidí no asistir a ningún espectáculo. Mientras dure la guerra—me dije—sólo tienen derecho a divertirse los que, por nuestro bien, vienen de las puertas de la Muerte y vuelven a ellas sin temor a traspasar sus umbrales para siempre.

''Van con ésta varios bultos; mi mujer les envía cosas útiles a ustedes y a Cementerio. Además, para ti, Maboul, *Gaspar*, de René Benjamin—tipo de parisiense *dèbrouillard* y buenhumorado con el que tantas veces hemos tropezado—y la *Historia de dos pueblos,* de Jacobo Bainville. Este luminoso resumen de las enseñanzas de nuestra historia, abriéndome los ojos, me ha dejado a un tiempo cierta sensación de vacío; quiero decir que tratándose de atractivo estudio para la mayoría de las gentes, complacerá sin embargo más a los hombres cultos que a los de cabeza desamueblada como la mía; si yo fuese Bainville, pondría inmediatamente manos a... la misma obra en edición más llena, más completa. Dice él, abordando el conflicto actual, que residiendo el prestigio de Alemania en las victorias de la Prusia que la formó—1864-1866-1870—, las condiciones de esa formación obligaban al imperio a apoyarse en fuerza cada vez más grande y capaz de intimidar a los vecinos; cometiendo Europa el error de creer que novecientos mil hombres podían hallarse continuamente en pie para conservar la paz. Semejante fuerza, exaltando, tentando al pueblo que la creó—y como Francia, Rusia e Inglaterra no iban a atacar—, no podía sino azuzar los sueños alemanes, acabando de decidir al imperio a provocarnos hasta la provocación definitiva. 'Una de las peores ilusiones que puede mantener una nación—termina diciendo Bainville—consiste en pensar que en su poder está, por su sola voluntad, escapar a las consecuencias del pasado; en declarar eficazmente que por ella están resueltos todos los problemas; que, satisfecha de lo que es, encerrada en sus fronteras, intenta no vivir sino por su cuenta. Semejante ilusión, habiendo ten-

tado a casi todas las democracias, ha estado a punto de costarnos nuestra existencia nacional. Francia no deberá caer más en ese error. Los franceses de 1914 y 1915 han pagado heroicamente las faltas de sus antepasados. Preparando a las próximas generaciones mejor porvenir que los tiempos vividos por ellos.'

"En un paquete de los últimos números de *L'Illustration* encontrarás, Maboul, varios artículos de una serie dedicada por Enrique Lavedan a *La familia francesa.* He ahí un problema —nuestra despoblación—sobre el cual nunca te oí disertar. Dame tu opinión. La restricción de la natalidad obedece ante todo, no cabe duda, a consideraciones de orden económico. La vida se complica. Artículos de lujo de los ricos de antaño—el azúcar, uno de tantos—son hoy artículos de primera necesidad general. Los hijos, si las rentas no aumentan, significan sucesivas hipotecas. Antes, cuando el bienestar era sencillo—no encuentro otra palabra—representaban un capital; hoy, con el creciente bienestar, crecientes obligaciones económicas. Lo que no me explico es la premeditada restricción de los ricos, síntoma del más feroz egoísmo. A las muchas soluciones propuestas para la resolución del complicado problema—tan flojas unas como otras—, agrego la mía: el amor. Las mujeres deben escoger y no ser las escogidas, como tan frecuentemente sucede. Ambos sexos deben abordar el matrimonio unidos por el amor. Sin amor no hay más hijo que el primero, el único, el de la casualidad, el que en los ardores del preludio de la unión escapa inevitablemente al cuidadoso fraude futuro. Sin amor, el hijo —tan necesario al hogar, pequeña patria primero, a la nación después, a sus padres siempre—espanta, es una amenaza al bolsillo y, mentira de la madre, a sus líneas. Sin amor el matrimonio es la prostitución limitada generalmente, por cada prostituido al otro, a un cliente único. Cuanto a la cuestión económica: amor, repito, amor y nada más que amor. El matrimonio-negocio debe ser condenado por la sociedad y, si posible, castigado por la ley. Millones y millones de parejas de todos los grados sociales se casan diariamente en el mundo, sin el régimen de la dote; y no por ello dejan de formar grandes familias, ni de ser felices. La dote, sí, si posible; pero en otra forma. El di-

nero se ha hecho para ser gozado en la juventud, y hay un gran egoísmo en los padres de posición desahogada que en vida no se desprenden de parte de sus fortunas en beneficio de los hijos. Pero, ante todo, amor, te digo. La guerra está haciendo milagros, aumenta, multiplica las uniones de amor. Ya verás como crece la población a pesar de todos los muertos que se está tragando la tierra. Y cómo aumentará más todavía después del triunfo, dicho sea de pasada.

''Envío unas traducciones de Wells para Tadeo, dada su afición a las obras de fantasía; y dos años encuadernados de *Le Sourire*; éstos se los leerá él a Cementerio, a quien sin duda le sigue haciendo falta aceitarse con unas carcajadas sus quijadas petrificadas. No se me olvida nunca—entonces, si no me equivoco, tú, Maboul, te hallabas en el hospital—, cierta representación en campos de Artois, en la que se nos sirvió una verdadera avalancha de versos patrióticos, además de un par de aburridas escenas de los clásicos y de los inevitables piropos a bravos, héroes y santos que hubieran preferido algún vaudeville, chistes de cualquier calibre, pantorrillas y baile, a tanta «elevación». Citrouille, aburrido como los demás, no había acabado de exclamar: ¡Muy hermoso, muy hermoso todo!, cuando un estallido de carcajadas, al oirse cierto sordo *E ben, mon colon*!, delató el estado de ánimo de los bostezantes peludos. Ya que hablo de Cementerio, dile que le necesito aquí después de la guerra; y que, entretanto, al primer permiso, venga a verme con Tadeo. A ti, Maboul, no te invito porque es imposible desclavarte las ideas.

''Paréceme inútil repetirles que nadie pone en duda, en campos y ciudades, el éxito final, cuestión de tiempo. Yo, como todos, deseo que ese tiempo sea bien corto. Los imperios centrales, con su aliados, se me antojan desde aquí una enorme plaza cercada, en el momento de la defensa exterior. ¿Te acuerdas, Maboul, de los grandes temores nuestros que en los primeros tiempos apenas osábamos dejar transparentar? Exagerados nos parecían a veces y, sin embargo, ¡cuán lejos hallábanse de serlo siquiera medianamente! A pesar de la desorganización causada a la industria por la igualitaria movilización, ladrona de brazos, y, de lo que es peor, especialistas; de encon-

irarse los arsenales del Estado reducidos al empleo del personal estrictamente previsto, no logrando sino fabricar al día 7,500 obuses de 75 y 300 de 120 o 155; de la rápida pérdida de toda la metalurgia, y de la hulla del norte y del este; de vernos obligados a ir a buscar maquinaria y materias primas al extranjero, y de tener que improvisar la movilización industrial jamás siquiera soñada, ¡cuánto se ha hecho! En la batalla de Charleroi, me decía esta mañana un oficial, sus piezas de 75 disparaban de 25 a 30 tiros por día, cifra que subió a 100 cuando la batalla del Marne (6, 7 y 8 de septiembre), a 200 los días 9 y 10, a 240 en 26 de septiembre, cuando la primera ofensiva de Champaña, a 320, en diciembre, siempre en Champaña, a 400 durante la segunda batalla de Champaña, del 22 al 30 de diciembre de 1915, a 600 durante la del Soma. ¿Sabes que debutamos en el 14 con 300 piezas pesadas, y que para junio de 1917 contaremos con más de 6,000; que tenemos cañones de 400, que va a debutar el 520, y que hemos suministrado material a rusos, rumanos, italianos, belgas y portugueses? Cuando se conozcan claramente ciertas cifras, asombrará la labor realizada. Sin embargo, como a los ingleses, nos hacen falta, por lo menos, millón y medio de obuses diarios para romper el frente. Los tendremos. Y hasta quizá alguna vez nos parezca modesta semejante cifra.

''Antes del Marne queríamos triunfar, aunque—matiz que no debe olvidarse—, ante la imprevista fuerza desencadenada a nuestra vista, decíamosnos que no queríamos, no podíamos sucumbir. Después, no pensamos sino en vencer, en que venceríamos, ¡y nada más! Para mí nuestro optimismo fué, más que otra cosa, un acto de fe en la bondad de una causa cuyo fracaso hubiese sido irreparable catástrofe para la conciencia universal. Por eso nuestros pechos fueron nuestras alambradas, nuestros músculos nuestras armas, nuestros cuerpos nuestras fortalezas. Por eso nos deshilachamos contra el material enemigo en espera del nuestro. El sentimiento de la justicia realizó el milagro de la más milagrosa resistencia. ''La guerra se hace con almas'', decía el otro día a un periodista el general Lokhvitzky, jefe de las fuerzas rusas en Francia. Vencemos los aliados porque son nuestras almas las que luchan, es decir, algo

más fuerte que los cañones, los explosivos y nuestros cuerpos; algo invencible. También tienen alma los enemigos, podría objetarse; pero yo quiero creer que entre dos almas en lucha vence aquella en que la conciencia de la justicia y no la creencia en la justicia de la causa, es más firme, o, mejor dicho, es la expresión diáfana de la realidad. Si no, ¿por qué aún actualmente, y más que antes y a pesar de la sangre perdida, y ocupado parte del territorio, y sin hallarnos todavía en posesión de todos los medios materiales capaces de forzar al enemigo a confesarse vencido, no ponemos un instante en duda la victoria?

''Hasta pronto, mis buenos amigos. Buena suerte. Escriban con frecuencia al compañero que no les olvida.''

Iba Laboulle a doblar la carta para guardársela en el bolsillo, cuando al través del pliego de papel que acababa de leer observó uno más, encabezado con la siguiente advertencia subrayada: *Para Maboul.*

Leyó:

''Sí, Maboul, para ti solamente. Eres un jeroglífico indescifrable, o un canalla. Y, si esto último, no quiero avergonzarte delante de Tadeo y Cementerio!

''Escúchame bien. Llevado más por el deseo de conocer tu negocio que por la necesidad de hacer compras, estuve en tu tienda con mi mujer, hace unas semanas. Conversamos largamente con Mauricio, tu empleado. Por cierto que la alegría de nuestra visita, dicho sea de pasada, le hizo olvidar la cuenta. Mucho nos habló él de ti. Te tiene sincero afecto.

''Al salir tropezamos con una chica que entraba de prisa, y al parecer preocupada. ''Buenos días, dijo, acercándose al viejo, ¿no hay noticias?'' —''Ninguna. No ha escrito. El caballero—Mauricio apuntó para mí— no le ve desde hace algún tiempo, pero supe ayer que está bien. ¿Sabe usted que su opinión sobre él es la mía? El mejor de los hombres: valiente, bueno, generoso, inteligente, pero algo chiflado.'' —''Volveré el miércoles'', le interrumpió ella volviéndole la espalda y dirigiéndose a la puerta.

''No había dado tres pasos la joven cuando ya el recuerdo de una carta azul, de varios habanos y de cierto inolvidable

foie-gràs, surgía en mi pensamiento. «Esta es ella», pensé. ''Señorita, a título de compañero de...'' Se turbó, pero se volvió. Me presenté y la presenté mi mujer.

''A los pocos momentos éramos amigos. Pero, como la tía la esperaba en la calle y tenía prisa, se despidió de nosotros, encendido el semblante, encantada con mi afirmación de que sólo una mujer, ella, te había escrito a las trincheras. ''Tenía mis dudas—me dijo—, ya no; sin embargo, no le comprendo.'' —''Yo menos.''

''Habiéndonos brindado su casa, varios días después fuimos a ver a su tía. Ésta nos acogió con frialdad, indudablemente por el hecho de ser yo amigo tuyo. Sin embargo, después se ha amansado, llegando a prometernos una visita al castillo en el verano. La muchacha, por su parte, es actualmente una de las mejores amigas de Leocadia. Nos escribe con frecuencia.

''Maboul, estás descubierto, ¡déjate, pues, de tapujos! Nunca tuve secretos para ti. Sé, pues, sincero conmigo. Eres reo del delito de abandono, sin causa, de tu amada, con la agravante de injustificado misterio. Por ello me creo con derecho a hacerte estas preguntas: ¿Por qué dejaste a tu novia? ¿La querías? ¿Quieres o otra?

''No trato, créeme, de satisfacer mi curiosidad. Tu novia —ella así se considera todavía—es encantadora; une a su discreta belleza y elegancia, admirable inteligencia; es verdaderamente encantadora y buena. La última vez que la vi me dijo: ''Si le escribe a Enrique no le haga pregunta alguna, se lo suplico. Le conozco, es algo testarudo. No variará de idea. Cuando se acabe la guerra nos veremos—tengo la certeza de que vivirá—, y entonces, si él no rehusa verme, las cosas se aclararán y arreglarán. Nada tengo que reprocharme, nada quiero reprocharle a él.''

''Como ves, ella no pierde la esperanza de reanudar las relaciones contigo. Cree que todavía debes quererla un poquito, insiste en que te conoce. ''Él no es como muchos otros'', dice. Naturalmente, no comprende tu actitud. ¿Quién la comprendería? A veces me digo que la has pasado el microbio de tu semilocura. La encuentro chiflada a medias, como a ti. Después rectifico—así me sucedía contigo—, y acabo por no com-

prender a ninguno de los dos. ¡Vaya un par! Mi mujer, más simplista, dice "Tu amigo será excelente persona, pero no la quiere; es lástima, porque ella es digna de hacer feliz a cualquiera, y se ha encaprichado por él. Contra el amor muerto no hay remedio."

"Bueno, no quiero perder parte de la razón con que todavía cuento. Explícate, sé franco, dime si es cierto—¿es posible?—que no la quieres. No, no me digas eso; dime que la quieres, y ponte a pensar en el matrimonio. En ninguna divagación más agradable podrías lanzar tu imaginación."

Laboulle rompió la carta en pequeños pedacitos y se puso a encender su pipa que se le había apagado.

—Uno más para quien el porvenir no tiene ya nubes, comentó Tadeo... Le envidio... El maqués es más serio cuando escribe ¿no lo ha notado usted? Será que reflexiona más ahora.

Laboulle no le escuchó.

Murmuró:

—Ha escapado... Lo merecía... Además, es feliz. Me parece muy justo... En cambio, yo no realizaré un ideal con el que tanto he soñado. Esa es la vida, o la suerte: algo tan injusto como justo a veces, algo incomprensible.

—Usted siempre pesimista.

—No sabes lo que dices, Tadeo; los pesimistas nunca sueñan, y yo no hago sino soñar—¿no es esa la opinión de la mayoría de mis compañeros?—, soñar con una patria, quimérica para tantos, soñar con algo vulgar y corriente a que todos los hombres tienen derecho: un hogar feliz; soñar con... Una ilusión, vamos...

Tadeo se sintió emocionado. Por vez primera Laboulle descorría ligeramente el velo de su vida sentimental. En algunos momentos había él sospechado la crisis, deseando franqueza en su amigo, para consolarle, animarle o demostrarle de alguna manera su sincera amistad. Llegado el momento no sabía qué decirle, rabiaba por no poder decirle nada.

—Pesimismo, le digó; fué todo lo que se le ocurrió después de largo silencio. Pesimismo incomprensible.

Calló, avergonzado de su ausencia de elocuencia.

Laboulle no le respondió.

Contemplaba en el ramal cercano la llegada, del frente, de unos hombres de desmayado mirar, pálidos, fatigados, sudorosos, descuidados, crecidas sus barbas y largas sus cabelleras, esforzándose por exteriorizar su alegría algunos, duros sin embargo casi todos los semblantes, graníticos, contraídos por el largo esfuerzo; encorvados, cargados de mil cosas, como camellos de caravanas, marcando el paso con pesadez, apoyándose en gruesos y nudosos bastones o levantándolos en alto, pendiéndoles de las puntas pequeños bultos; cubiertos de fango sus pies, sus piernas, sus manos, sus bustos, sus ropas, sus cascos, sus caras, hasta sus pestañas; fango sobre todo lo que llevaban encima, moldeados de fango, deformes seres salidos del fango, abandonados bocetos de estatuas en proyecto, animadas moles de fango.

Tan fijamente les contemplaba Laboulle, que acabó por perder la noción de la realidad, por no ver sino una como procesión de fango, de nubes de fango, de masas de fango; la tierra, desperezándose, animándose, tornándose en vagas formas humanas, andando; la tierra de Francia andando, andando pesadamente.

*

De noche clavó Tadeo una vela en su bayoneta y, seguido de Laboulle, tomó la estrecha escalera que conducía a la pieza subterránea donde iban a dormir unas horas; pequeña, oscura y húmeda, insignificante abertura casi al ras del camino, cubierto de paja el piso sobre el cual doce hombres se acurrucaban.

Tadeo, envolviéndose en la manta, murmuró satisfecho:

—¡Si todos los días tuviésemos una cama así!

—¡Y una chimenea y un poco de carbón!, dijo un soldado.

—¡Lolotte, qué frío!, exclamó otro.

Respondiéndole el primero:

—Si Enrique IV viviese no nos desearía a todos ni la gallina en la olla, ni carbón en la chimenea, pero sí una gallina bajo la manta.

La frase fué acogida con exclamaciones de aprobación.

Bastó para hacer olvidar el frío que se colaba por la abertura, acabada de cegar en parte con paja y papeles.

A poco todos dormían.

Laboulle, agitado, soñaba. Moviéndose nervioso, hubiérasele creído despierto si el timbre de su voz no revelara cierto monótono sello de lejanía.

—Muros, piedras—decía muy despacio—, piedras, muros, ruinas, ruinas, ruinas... En las afueras... Ellos en los sótanos, nosotros escondidos detrás de los sacos y en las ruinas. ¡Cuánta metralla!... Callaron las artillerías gruesas, hablaron los lanzaminas y los lanzatorpedos, las granadas y los fusiles... Paso a paso... Salían tiros de detrás de todas las piedras, de debajo de las piedras, de la tierra... Un hombre saltaba aquí, deslizábase allí, desaparecía para volver a saltar, deslizarse y desaparecer... Dame de tu agua, Tadeo, se me acabó la mía... ¡Qué noche! Color de tinta de China... Balas, balas, balas... Luego, gruesas gotas de lluvia tibia de agosto, más gotas, torrentes de agua, los heridos mojándose... Una ametralladora cambiando de lugar. ¡Sacos, sacos para defenderla!... Bien, bien... Balas y agua... El salto final: de las ruinas de afuera a las de adentro. Cuerpo a cuerpo, granadas, ametralladoras conteniendo a los refuerzos enemigos... ¡Hacia adelante siempre!... Una ruina, otra ruina, otras, el cementerio, los mármoles desbaratados, huesos, ropas, carnes podridas, sarcófagos hechos añicos, los alemanes fusilándonos a boca de jarro en trincheras cavadas entre las tumbas, la posición conquistada... ¡Fleury nuestro!... Pero, ¿dónde está?... ¡Muros, piedras, piedras, muros!... Los heridos mojándose, los muertos descansando, los vivos muriéndose de alegría, de fatiga y de dolor... Caras cuestan las victorias...

Tadeo se despertó sobresaltado. Laboulle continuaba hablando despacio, en voz muy baja. Parecía orar.

Tadeo estuvo a punto de despertarle. No se atrevió. Laboulle calló durante unos instantes. Se acarició la frente y continuó:

—Muros, piedras, piedras, muros, lluvia, balas...

Contrastaba su agitación con el apagado timbre, uniforme, lejano, de su voz, aunque comenzaba a expresarse cada vez más alto:

—Frío, cadáveres, balas... Victorias, bueno, eso es lo que cuenta... Decirlas, ¡qué importa!... Pero cuestan caras las victorias... Lo dijo un alemán, el del diario... Me espanta pensar en el precio de la definitiva... ¿A ti no, Tadeo?... Tadeo, tu gota de sangre, la mía, las demás, ¡cuántas!... Mares de sangre... ¡Los pobres heridos mojándose entre las ruinas!... La noche color de tinta de China... Y, entre tanta oscuridad, no hay, no se ven indicios materiales de la inmortalidad... ¿A dónde van las almas de todos esos cuerpos?... ¿Han tenido almas? ¿Las han tenido?... ¿Si no, para qué han vivido?... Tadeo, ¿tú me escuchas?, te estoy hablando... ¿Sabes?, esa es la más alta preocupación de los hombres inteligentes, y de los que, como yo, aman y están seguros de no volver porque tienen, por ahí, una cita con la muerte... ¡No verla más, Tadeo!... ¿Es posible?...

Un sollozo le hizo callar.

—¡Maboul!

Sin quererlo Tadeo había llamado «Maboul» al compañero.

—¡Maboul!

Tadeo le sacudió bruscamente.

—Eh...

—¡No más boberías!... Vamos, ¡a dormir de verdad!... ¡A dormir!...

Laboulle no le respondió. Suspiró hondamente. Al parecer le habían quitado un gran peso de encima. No despegó más los labios.

Tadeo se durmió a su vez.

Dentro de unas horas iban ambos, con los compañeros, a emprender una marcha de diez kilómetros. Cincuenta y seis camiones en fila les esperarían para transportarles—cuarenta kilómetros de distancia—a un lugar de donde, reformadas las compañías, tambores y clarines a la cabeza del regimiento, irían a la reserva, tres kilómetros más lejos aún.

Por los ramales que llegaban al villorrio, que le atravesaban y extendíanse por los campos cual quietos reptiles, veía Laboulle, en su sueño, pasar hombres sudorosos, pálidos, de desmayado mirar, descuidadas y crecidas sus barbas y cabelleras, fatigados, esforzándose por exteriorizar la alegría del regreso al-

gunos, duros sin embargo casi todos los semblantes, graníticos, contraídos por el largo esfuerzo; cargados de mil cosas, encorvados, con lomos de camellos de caravana, marcando el paso pesadamente; cubiertos de fango sus pies, sus piernas, sus manos, sus bustos, sus ropas, sus cascos, todo lo que encima llevaban; marcando el paso pesadamente, apoyándose en gruesos y nudosos bastones o levantándolos en alto, pendiéndoles de las puntas pequeños bultos; deformes seres salidos del fango, exageradamente moldeados de fango, abandonados bocetos de estatuas en proyecto, moles de fango, el suelo desperezándose, animándose, tornándose en vagas formas humanas, la tierra de Francia andando, andando hasta parecer no andar más, convertido el desfile en largo, interminable monótono motivo mural de elocuente tristeza.

*

—¿No ha llegado nada para mí?

—No, le respondió Tadeo a Laboulle.

—Es natural.

Laboulle arrojó con disgusto un diario atrasado que le había caído en las manos y acababa de hojear distraidamente.

Parecía preocupado y descontento.

—Evoca esta escena, Tadeo, dijo con cierto malhumor: unos soldados convalecientes, un día de campo, alegría, champaña, la puesta del sol, la hora de regresar a la ambulancia, sordo ruido de cañón hacia el Este. ¡El cañón!, dice uno. —Sí, el cañón de Verdun, asegura el capellán que les acompaña. Semblantes serios: "los ojos brillan, los labios se aprietan, las manos se abren como si, instintivamente, buscasen el fusil ausente para volar al socorro de los camaradas..." Un buen cuadro sentimental de revista de café-concierto, ¿eh? La retaguardia se ha empeñado en hacer de nosotros ora personajes de comedias militares divertidas, ora actores de dramas sublimes.

Como Tadeo no le respondiese:

—Va resultando aburrida la leyenda del peludo.

Hablaba, contra su costumbre, de prisa; había algo cortante en su voz:

—El peludo reidor, ya clásico, se codea con el peludo hijo perfecto, hermano perfecto, padre perfecto, perfecto nieto, per-

fecto masón, perfecto socialista, perfecto católico, protestante o judío, perfecto patriota, perfecto héroe. ¡La santificación!, como si el cumplimiento del deber militar borrase las fealdades morales de tantos hombres...

—Sobre todo, perfecto contento... Pero, que vengan a vernos y ya verán cómo nos asquea tanto «peludismo», el no tener bastante agua, ni jabón, ni navaja, ni lecho, ni hogar, ni teatro, ni café, ni taberna, ni nada. Que venga la retaguardia y escuchará aterradores reniegos y dará con tipos que de bello no tienen siquiera el pensamiento, y verá más caras serias que alegres y escuchará menos chistes y grandes frases de las que se publican. ¡Tanta idiotez sobre el peludo esto y el peludo lo otro! ¡Y sólo somos franceses que cumplimos nuestro deber, y nada más!

—Eso es. Franceses siempre, con nuestras cualidades y nuestros defectos, y franceses serios, porque ante el horror no hay risa posible. Lo que los extranjeros han observado, con asombro, en el frente. Naturalmente, relampaguea en nosotros el espíritu alegre de la raza, amable, sonriente y sólo pasajeramente nublado. Pero los chispazos espirituales de los mejores, o, por lo menos, más sensibles o inteligentes, estoicismo delicado y pudoroso, exquisito velo echado sobre nuestros sufrimientos, o el buen humor de los momentos en que toda la realidad se olvida, diríase que no se sabe interpretar. ¡Las novelas que se van a hacer con peludos declamando frases de tragedia, cuando no lanzando chistes al ver acercarse a ellos enormes obuses disfrazados de magnums de champaña!, porque, por desgracia, las guerras producen pocas buenas novelas.

—Quizá, por reconocimiento, se nos quiere elevar, santificar. Al fin y al cabo, mejor así. Ser guerrero hoy día es bien difícil; a pesar de todo lo impreso, nadie sabe lo que es esto. Hay que vivirlo. ¡Y como nosotros no decimos nada!...

—¿Sabes la razón?

Tadeo guardó silencio.

—Es que, al revés de lo que debía ser, nos esforzamos por consolar a los que atrás se apiadan de nuestra suerte. Las mentiras de nuestras cartas, nuestro empeño en limar toda aquella sensación capaz de apocar o de hacer sufrir, son síntomas de

una civilización superior. La risa, la aparente y necesaria resignación son nuestro escudo; pero lloramos detrás de él. ¡Cuántos días, a la hora de afrontar la muerte, desesperados, fijamos en el papel nuestra conformidad serena, y quizá sincera, aunque en realidad no quisiéramos morir, ni vernos obligados a pensar siquiera en la posibilidad del fin!... Sólo en los diarios íntimos somos nosotros mismos, a pesar de la ligera e inevitable actitud que se adopta siempre en toda nota personal. Cuando se publiquen muchas cartas y notas de los anónimos, de los que no hacen literatura, entonces solamente se revelará el alma francesa tal cual es, profundamente sensible, desinteresada, abnegada, valerosa, y siempre amable.

—Nosotros siempre escondemos algo. Los alemanes se afligen, detallan la piltrafa que comen y hasta el más insignificante cólico que sufren. Quizá porque son más animales, se apiadan de ellos mismos y buscan en sus quejas piedad y simpatía.

—Sin jactancia, sin ser mártires, ni fraseadores felices, ni títeres divertidos, somos más grandes de lo que se cree; estamos por encima de la leyenda.

—*Nom d'un chien!*, decir que partimos una y cien veces para el frente es el mayor elogio que podría hacérsenos... Usted debía escribir un libro...

—Esta guerra es tan huraña y salvaje, sobrepasa tanto lo verosímil, alcanza tal grandeza sombría, es algo tan enorme, que nadie podrá detallar su mecanismo funcional, la poética potencia de su maquinismo, de su forma industrial, la penetrante belleza del inmenso esfuerzo realizado sin tregua; ni pintar su color, ni evocar su olor, ni reproducir sus ruidos, ni decir el tesón abnegado de los que la hacen, ni explicar la científica preparación de las batallas, ni describir la batalla, ni cantar sus grandezas morales, su ferocidad criminal, sus bajezas, crueldades y horrores arcaicos. Los límites del arte son demasiado estrechos para ella. El más elocuente de los literatos, agrupando detalles en páginas desbordantes de minucioso y vívido realismo a un tiempo, sólo logrará darle vida a monstruoso cuadro, cansado e incompleto. Humanizándole, colocando en él a varios personajes, caerá en el episodio, reduciendo los límites de su concepción a los de la tela del pintor, a cuadritos.

meras escenas, detalles. Esta guerra se desarrolla en tales extensiones de terreno, en tan movido campo científico y psicológico a un tiempo, que a los pintores, escultores y escritores sólo les es dado aprisionar algunos de sus momentos, ¡centímetros de psicología y color arrancados a la gran tela imposible de hacer! *Las escenas de la vida militar,* "la parte más difícil de mi obra", decía Balzac. ¡Escenas nada más, y es Balzac quien habla! Por otra parte, si la guerra dura mucho, acabará por no estimular más la imaginación. No, no hay marco donde meterla; los desborda todos. Además, yo no sé escribir; y si supiese, ni tendría tiempo; ni, si lo tuviese, le perdería en ello. Vencer, que se acabe, y no pensar más en ella, es lo que yo quiero.

—Y yo, y tantos otros!

Laboulle encendió un cigarro.

—Pero precisa vencer, vencer bien, definitivamente, dijo a poco.

—Hay que aplastarlos... Diente por diente...

Laboulle tiró el habano.

—Paja seca, murmuró. Dame un cigarrillo... No, deja, no me gustan; gracias.

Calló.

Tadeo, después de corto silencio, anunció un aguacero para dentro de unas horas.

Laboulle se contentó con responderle:

—Hoy estoy descontento con todo y, sobre todo, conmigo mismo, aunque debía sentir la satisfacción del deber cumplido.

—¡Qué raro es usted!

Laboulle sacó un sobre de su cartera, se lo entregó a Tadeo, y

—Toma, le dijo, hazme el favor de echarlo al correo.

«Le escribe al marqués—pensó Tadeo, leyendo la dirección—, y está descontento por haber cumplido con su deber de amigo. No hay quien lo entienda.»

Decía así la carta:

"Mi querido amigo: No contesté recientemente el final de tu última. Ahora bien, en la seguridad de que insistirás, y sinceramente deseoso de demostrarte, en parte, el reconocimiento a que tu amistoso interés es acreedor, he aquí mi respuesta.

"Ella es aún mejor de lo que me imaginaba, puesto que no me olvida. Por ese motivo sigo creyendo que olvidarme sería su mejor recompensa. Por mi parte, aunque lo dudes, soy también mejor de lo que ella se figura. Así, pues, lo que hice, bien hecho estuvo. Mi conciencia me lo dice.

"Tu invariable amigo, MABOUL.

"*P. D.* Que de estas líneas ni una sola palabra llegue a aquella para quien no debo ser sino el mal hombre, el novio que sin motivo alguno la dejó."

*

La división regresaba al frente.

Hallábanse Tadeo, Perron y Laboulle, una hora después del rancho nocturno, en una estación de ferrocarril de provincia, no muy grande, sucia y humosa. Poderosas lámparas alumbraban parte de un largo convoy arrimado a un andén. Treinta y dos, treinta y seis, cuarenta hombres iban llenando cada vagón de carga, tomando asiento, frente a frente, en los bancos colocados dos en medio, dos contra las paredes laterales, libre el paso entre las dos puertas, una vez abandonados los fusiles y las mochilas en los extremos. Varias docenas de caballos caracoleaban asustados martillando duramente la madera con sus cascos al atravesar las rampas; después, tranquilos, se dejaban amarrar, la cabeza hacia el centro del carro, la grupa contra el fondo. Por las rampas movibles seis cuadrillas empujaban variados vehículos, consolidándolos una vez sobre las bateas.

—¡Cuántas caras nuevas en este nuevo viaje al infierno!, exclamó Collin.

De los hombres que debutaron en el Marne con el mismo número en el capote, todos amigos, el cuarenta por ciento regresó de los hospitales para volver a ellos o morir desbaratados en las trincheras. Rehecho una y otra vez el regimiento, pocos eran los veteranos vivos aún. De los oficiales, ni uno escapó. De sus compañeros—se dijo Collin—, quedaban justamente los que bien poco se ocupaban de él y él menos todavía de ellos. A Laboulle le seguía odiando a causa de sus ideas políticas, significadoras siempre, a su buen juicio, de aristocracia—palabra que, afirmaba, le enfermaba—, desigualdad y tiranía. Cuanto a Tadeo, era un mentecato sin instrucción ni ideas sobre nada, mien-

tras Perron no llegaba "a ser siquiera un hombre primitivo"; le interesaba menos que sus botas. "Por suerte—decía—el *aristó* no está ya aquí para pujar gracias sin ton ni son, ni tampoco el aburguesado, y traidor a su partido, Citrouille, porque de lo contrario la vida en campaña sería todavía más insoportable." Flacucho, pero fuerte, irritado y descontento, sin cesar de refunfuñar agriamente por todo, cumplía su deber; había recibido la medalla militar y sido citado dos veces por actos de valor. Tadeo, por su parte, duro como un roble, menos grueso, afeitado y rapada la cabeza, optimista, pues las balas no querían saber de él, forjaba planes para el futuro y esperaba satisfecho un nuevo hijo. Perron, cada vez más huesoso, más hundidas su mejillas, seco y frío, era el mismo de veintinueve meses antes. Ni siquiera su vocabulario había variado. Repetía, como el primer día, en rarísimos momentos de locuacidad, haciendo gesto de indicar al enemigo: "Hay que sacarles de ahí, aunque sea a puntapiés". Un día del mes de agosto de 1915, descansaba apoyado en su azadón, fumando su pipa, cuando se le acercó el generalísimo. —*Eh bien, comment cela va-t-il mon vieux?* —*Très bien,* le respondió impasible. *Et toi, mon général?* La anécdota le hizo popular en el regimiento, llegando su mutismo a no ser más, para algunos, que prueba de borriquería. Sentía honda simpatía por Laboulle y Tadeo, pero era al marqués a quien de veras quería. "¿Cómo está?", preguntaba a menudo, sin mencionar quién. "Muy bien, te manda recuerdos." Y parecía satisfecho con la respuesta. Collin le era antipático. «Saliva amarga», le llamaba. "¡Lástima que no seas un boche!", le dijo una vez al oirle denigrar a Laboulle, lanzándole una bocanada de humo en el semblante. Tadeo le leía los diarios, empeñado a veces en explicarle las ideas de Laboulle, que no le interesaban, aunque se esforzaba vanamente por comprenderlas sólo por ser de él.

Laboulle, grisácea la cabellera, de delicado aspecto a pesar de la nueva piel que el sol, el frío y la lluvia le habían formado; de equilibrada serenidad siempre, más aferrado cada día a sus convicciones políticas, preguntábase si habría después del conflicto bastante virilidad para abordar la cuestión de las responsabilidades, o, por lo menos, para afrontar resueltamente

el problema del régimen del porvenir, aterrándole la idea de la satisfacción del triunfo. ''Doctrinas de partido aparte—insistía—no puede dejar de surgir, fuerte y osada, la interrogación nacional, todavía dormida a medias en las conciencias, sobre las causas de los sufrimientos y horribles pérdidas de los primeros tiempos de la guerra. Cierto es que entonces deberemos todos confesar nuestras culpas, hacernos concesiones, colaborar en la tarea de la reconstrucción del bien común; pero precisará rectificar, eso sobre todo.'' Había hecho testamento y dividido su modesta fortuna entre su viejo empleado y Collin. ''No me será necesario resucitar para ver en la cara de éste un relámpago de codicia y satisfacción, y también oirle una vez más expresar su odio y su desprecio por mí y mis ideas'', decíale confidencialmente a Tadeo. ''Tú no sabes, agregaba, del goce anticipado de ciertas sensaciones en perspectiva; por eso te asombras. Naturalmente, mi idea es llevarle cierta holgura a su hogar; porque, como le conozco, su mujer me inspira lástima; pero ¡que no le toque a ella la lectura de mi disposición, que sea él quien la lea!, ¡que viva Tadeo!, ¡la expresión de su semblante!''

Laboulle le dió un golpecito en un hombro a Tadeo.

—Somos algo así—le dijo apuntando para Collin y Perron—como plantas vivificadas por el abono, exagerando nuestras existencias para aumentar nuestro rendimiento.

—De mucho nos sirve ser legumbres, le respondió Collin dirigiéndose a Tadeo. Para cuando uno menos se lo espera, como decía usted antes, se nos venga a clavar un punto de plomo en cualquier parte y enfriarnos para siempre! Plantas, sí, de muerte, o, mejor, abono para plantas; eso somos, para eso servimos.

Tadeo estimó prudente no iniciar una discusión.

¡Cuán rápidos habían pasado para el regimiento las días de reposo en la reserva: agua y ropa limpia, gimnasio, juegos, deportes, diarios, conferencias sobre los acontecimientos y las exigencias del momento y del futuro, las bandas reorganizadas, cinematógrafo, teatro con representaciones *artisticomiquexcentriquanticafardicopatriotiques,* monólogos, canciones, danzas, el «Paso del ramal», prestidigitación, acrobacia! ¡Con qué rapi-

dez les había «arreglado» el cuerpo y el espíritu la higiene y la disciplina en la tranquilidad! Hombres nuevos eran ya cuando recomenzaron nuevo período de instrucción y entrenamiento: largas marchas, tiro de fusil, por salvas, manejo del fusil-ametrallador, familiarización con las ametralladoras; lanzamiento, primero, de granadas de ejercicio; después, de las cargadas, sobre un blanco, tras rápida carrera en diferentes posiciones, sobre trinchera de práctica; construcción de trincheras, abrigos, ramales y alambradas; cursos de telefonía y telegrafía, de señales; los coheteros, estafetas, zapadores, gastadores y exploradores perfeccionándose en sus ocupaciones; los ingenieros y artilleros perfeccionándose igualmente en las escuchas en la utilización de aparatos de gran sensibilidad, reveladores de la presencia del enemigo a cincuenta metros; en la ejecución de excavaciones, enmaderajes, evacuación del escombreo; cálculo del tiempo indispensable para tal o cual trabajo, y del material necesario para el mismo, no sin olvidar el estudio de los medios para su transporte y repartición, así como el del personal de rigor; reconocimientos, las labores nocturnas frente al enemigo; conocimientos sobre el encajonamiento; contenido de los carros técnicos—a fin de no ignorar en un momento dado dónde pudiera hallarse cada objeto—, y de las variadas formas de la puentería y minería. Veteranos—veteranos de meses—y novatos, frescos y decididos, ¡con cuánta elasticidad y marcialidad marchaban, los fusiles bien plantados en su lugar!

Hora y media había bastado para dejar listo un convoy de cincuenta vagones que, inspeccionado por los empleados de la estación, partió ocupando otro su lugar.

Dos «azulillos» de veinte años cambiaban impresiones entre sí. La guerra era todavía algo nuevo para ellos.

—A pesar del entrenamiento y la instrucción, yo me pregunto todavía lo que es.

—¡Déjate de historias! ¿No sabes lo que es? ¿Qué te han contado tus primos y los amigos? ¿Y lo que has leído?

—No me creas tan estúpido, comprende lo que quiero decir: quisiera saber de antemano las sensaciones de la vida en la trinchera, del ataque, de la batalla. Esta manera de hacer la

guerra no me atrae, es repulsiva. ¡Si las batallas fuesen como en tiempos de Napoleón, o como la del Marne!

—¿Has pasado noches y noches sin dormir, junto al lecho de un enfermo querido? Velar por la patria, penar por ella, eso es lo que me parece a mi la guerra.

—No, eso no es la guerra; eso es sencillamente el amor a la patria.

—¿La guerra?—les interrumpió Collin frotándose las manos—, músicas variadas, las caretas de todos los sufrimientos, el carnaval; ni más ni menos.

—¿Saben ustedes lo que es reventarse por algo que os tenga a pecho? Bueno, eso es la guerra: reventarse por la patria, sin creer uno que se revienta, o saber uno que se revienta y reventarse sin chistar, porque es necesario, y también porque no hay otro remedio, si queréis una razón más, dijo Tadeo.

—La guerra—intervino en la conversación Laboulle—es, ante todo, deshacerse de golpe del pasado. Después, enterrarse en una fosa o un chiquero, no desnudarse, no lavarse, verminoso, dejarse comer por los insectos, tragar polvo y tierra, respirar nuestra suciedad, la de los compañeros, los olores de los explosivos, de los gases, el hedor de los cadáveres de nuestros hermanos; dejarse levantar la piel por el sol, dejarse mojar hasta el pensamiento por la lluvia, helarse, dejarse arrancar la ropa, las armas, la carne, los huesos, por los cascos de los obuses y las granadas, sin pestañear, clavados los pies donde lo quieran los jefes; caer en celadas preparadas para fieras que no existen, o prepararlas; avanzar unas docenas de metros cuando se nos ordene, sin escuchar los ruidos más infernales ni prestar atención a la metralla que nos agujerea; nunca recular; clavar la bayoneta en el pecho de un enemigo, o sentir la suya desgarrarnos el vientre; resistir más que combatir, resistir alrededor de una bandera que nunca perdemos de vista con el pensamiento; avanzar y resistir, resistir siempre, en la fosa y al aire libre; resistir hasta cuando el arco tendido de todos los sufrimientos revienta en lágrimas o hace saltar nuestros nervios, nuestros músculos, nuestra voluntad; resistir siempre, nunca recular; avanzar y resistir; no olvidar un instante que resistir, nunca recular, resistir y avanzar, resistir siempre, es avanzar y es vencer: ¡eso es la guerra!

—*Cristo*!, la feria de la resistencia, ¡cuántas palabras para decirlo!, exclamó Collin. Ea, polluelos, y los gallos viejos también, mejor es cerrar los ojos que hablar. Una vez en la fiesta, ya sabéis, no nos dejará dormir la música de esos puercos.

—Eso—agregó Laboulle, el cual, como de costumbre, no había prestado atención a las palabras de Collin—, eso no es sino el deber militar; lo que tantos han hecho, lo que todos hacemos y harán muchos. Lo terrible para ciertos hombres, no es quizá el oficio de guerrero, sino el vivir durante meses en estrechos rediles, no en rebaños, sino todos los rebaños, todas las bestias y fieras juntas, en continuo contacto buenos y malos, en medio de los peores paisajes, los peores miasmas, los peores cuadros, los peores ruidos, las peores molestias, preocupados solamente con que el vino no falte nunca, el rancho sea bueno, que llegue puntual, que las ratas y los insectos no aumenten, que la ropa dure... Tener la certeza de que no hay sino eso, peor aun que la tuberculosis y el alcohol y el cólera, y todas las plagas, de que de eso no se sale sino incompleto, inutilizado, casi inservible; y esforzarnos con la fe, con la voluntad, aferrándonos a un ideal fuerte e hipnotizante, para que nuestro pensamiento no se empañe, no se envilezca, no se deteriore ante tanto aburrimiento, tanto embrutecimiento, tal inconsciente degradación de la máquina humana, tan enorme desintegración de la doble disciplina mental y física; eso sí es hermoso, eso sí es el mayor, el más sublime de los esfuerzos contemplados por la humanidad, pues que es algo quizá demasiado pesado, demasiada carga para los hombros del hombre.

Calló un instante. Hubiera querido poder esforzarse por borrar del pensamiento de los que le escuchaban la amargura de sus palabras. Pero, franco, no pudo. Y, aunque sonriente, terminó:

—Bien es verdad que existe, por suerte, la válvula de escape de la muerte. Aunque a veces no trabaja bien...

—Por mí, que no trabaje nunca, le respondió Collin. Todas las podredumbres menos la de bajo tierra.

—Yo no sé sino de ese sacrificio, dijo Laboulle, abstraído, a Tadeo. Pero admiro, con una piedad inmensa, el de los humildes, fatalistas quizá inconscientes, el de los hombres de cere-

bro apagado que sólo llevan dos palabras talladas en sus pensamientos: deber y patria.

—Carneros y matadero, le interrumpió Collin. ¡Y tan indispensables!

Perron le miró fijamente, colérico.

Aumentó la velocidad del convoy.

Laboulle, los ojos fijos en las estrellas, se puso a rememorar una hermosa y no lejana mañana de revista en un gran llano. Músicas, banderas, miles de hombres alineados, aeroplanos perdidos unos en el cielo, tan bajo el vuelo de otros que echaban fresco con su alas. Allá lejos, en un grupo de oficiales franceses e ingleses, el hombre de Francia, Joffre, con su gorra de ancho borde dorado, chaqueta clara, pantalón oscuro y botas; corpulento, ancho de espaldas, voluminosa la cabeza, ancha la frente, los azules claros ojos separados bajo marcadas cejas, grande y espeso el bigote blanco algo erizado; silueta de hombre de mando y de buen padre, reveladora de fría resolución, de tranquila y metódica fuerza, de confianza, salud y rectitud. Junto a él, el hombre de Inglaterra, Kitchener, alto, de kaki, un poco cargado de hombros, escondidos los claros ojos escrutadores en la sombra del ala aplastada de la gorra, bajo las oscuras cejas, esbozada una sonrisa de satisfacción detrás del grisáceo y coposo bigote, cayendo armonioso. Los dos jefes andando sin prisa, Joffre derecho, el vientre marcado, macizo; Kitchener ligeramente cargado de hombros, algo rígido, un bastón en la mano izquierda. Evocó Laboulle, en un relámpago, una noche oscura, un mar agitado, un barco hundiéndose y, en un semblante endurecido por la impotente cólera de primera y definitiva derrota, el centelleo de dos ojos desesperados, los ojos de Kitchener ahogándose, un cuerpo humano balanceado, tirado de un lado a otro por las olas, con otros cuerpos; una buena gota de sangre deshaciéndose en el mar, en la guerra, con otras tantas!

Nadie hablaba.

El silencio del vagón estaba cargado de recuerdos. El pensamiento de Laboulle voló hacia una mujer lejana que... «¿a pesar de todo?»... ¿seguiría pensando en él?

Willy de Blanck.

(*Concluirá.*)

NOTAS EDITORIALES

BOLÍVAR, WASHINGTON Y CUBA.

N el número de noviembre, 1917, de CUBA CONTEMPORÁNEA, al publicar un excelente trabajo histórico del Dr. Gabriel Porras Troconis, notable escritor colombiano que en su país ha sido Rector de la Universidad de Cartagena y es miembro de la Academia de la Historia de dicha ciudad, y de la de Venezuela, escribimos una nota que *El Nuevo Diario* de Caracas, por la pluma del ilustre hombre público D. Santiago Key Ayala, recogió en su número del 5 de enero del año actual, bajo el título de *El Libertador y la Independencia de Cuba*, en los términos siguientes:

A propósito de un artículo del doctor Gabriel Porras Troconis, el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, señor don Carlos de Velasco, inicia con las bellas palabras que se insertan al pie, la idea de que la República Cubana tribute un homenaje de admiración y gratitud al Libertador. CUBA CONTEMPORÁNEA es una de las revistas más importantes de América, y su Director goza de merecida reputación literaria por la profundidad y trascendencia de sus obras. Estas cualidades le valieron que nuestro Gobierno, hace dos años, lo hiciera miembro de la Orden del Libertador en la Tercera Clase. Nuestros compatriotas leerán con satisfacción y simpatía los conceptos del señor de Velasco y disfrutarán desde luego del placer del homenaje que a Bolívar se rinda en la patria de Martí, cuyo recuerdo tan querido en Venezuela se perpetuará, acaso no muy tarde, en alguno de los sitios públicos de Caracas.

Inserta aquí *El Nuevo Diario* la nota nuestra, que decía:

¿Por qué nuestra patria no ha cumplido aún con el deber de honrar la memoria insigne del primer guerrero americano que pensó en libertarla? En deuda, ciertamente, estamos los cubanos con muchos ilustres compatriotas cuyos nombres semiolvidados aguardan el tributo que ha debido ya rendirles el pueblo libre de Cuba, y que les rendirá, de seguro, en plazo más o menos breve; pero Bolívar, el primer hombre de la América nuestra, el más grande de los caudillos y el más glorioso de los libertadores de pueblos, merece que aquí se le tribute, sin más demora, algún homenaje digno de su fama, y demostrativo de que Cuba sabe agradecer el empeño generoso que quiso inten-

tar el brazo incansable de aquel genio cuya figura, reproducida en bronce o mármol, quisiéramos ver honrando y decorando alguno de nuestros principales sitios públicos. Mas ya que esto no es posible por ahora, al menos pudiera el Ayuntamiento de La Habana dar el nombre de Bolívar a una calle principal de la capital de esta tierra que él ansiaba libertar; y al efecto CUBA CONTEMPORÁNEA *excita a los ediles habaneros para que cumplan este deber. Bolívar podría llamarse, en lo adelante, la calle todavía denominada de la Reina, o la de San Rafael, u otra cualquiera importante. Y el día en que fuera puesta la primera tablilla en la calle que lleve el nombre del ínclito hijo de Venezuela, rendir a su memoria, al Inmortal, el tributo de respeto y de amor que toda América le debe, y que especialmente le debemos los cubanos por haber sido él quien primero soñó con darnos lo que hoy tenemos por el esfuerzo impagable de nuestros libertadores: la República.*

A lograr el fin propuesto en lo que acaba de leerse, un entusiasta concejal del Ayuntamiento habanero, el Sr. Lorenzo Fernández Hermo, presentó en 4 de junio de este año al Consistorio la moción que, copiada a la letra, dice:

Habiendo llegado el momento de levantar el espíritu a la altura de los tristes acontecimientos que se desarrollan con motivo de la actual conflagración universal y de traer a nuestra mente la rememoración de los actos realizados, a través de todos los tiempos, por los próceres de la verdadera libertad y democracia a quienes la humanidad entera debe la más sentida gratitud; resultando que de este nuevo Continente han surgido, entre aquellos próceres, un Simón Bolívar, que fué el primer americano que pretendió luchar por la libertad de Cuba, y un Jorge Washington, exponente, también, de la mayor grandeza de alma, cuyas dos figuras ocupan puestos de honor en la Historia de América.

El Concejal que suscribe, como el más modesto homenaje a la memoria de esos dos grandes hombres,

PROPONE

SE ACUERDE: que en lo sucesivo las calles de Reina y la de Marina en toda su extensión (que, en no lejano tiempo, habrá de ser una de las más importantes de la Ciudad, con la prolongación de las obras del Malecón), se denominen, respectivamente, Avenida ''Simón Bolívar'' y Avenida ''Jorge Washington'', celebrándose dichos actos, al ejecutarse opor-

tunamente esos acuerdos, con la mayor solemnidad posible, invitándose al efecto al ilustre Cuerpo Diplomático en nuestra Nación, elementos representativos de las diversas colonias extranjeras, etc., etc.

Y aunque todavía el Ayuntamiento de La Habana no ha tomado acuerdo definitivo acerca de tan oportuna cuanto plausible moción, confiamos en que dentro de breve plazo el Sr. Fernández Hermo logrará sus deseos y será pagada por Cuba esa deuda de gratitud; gratitud que merecen, principalmente, las dos inmortales figuras históricas mencionadas por él en la proposición que ha hecho, secundando y ampliando la nuestra, al Consistorio de la capital de la República.

Así, al propio tiempo que honrará Cuba la memoria insigne de tan altos próceres, se verá también que Venezuela, por lo que a ella respecta, sabrá corresponder poniendo el nombre de nuestro Martí a una de las principales calles de su ciudad capital, Caracas, como podemos afirmarlo no sólo por los informes privados que obran en nuestro poder, sino por lo que revelan los conceptos finales del párrafo en que *El Nuevo Diario* recogió nuestra nota al artículo del Dr. Porras Troconis (titulado *Bolívar y la independencia de Cuba*), donde éste prueba, con documentos irrefutables, que Bolívar quiso libertar a nuestra tierra del yugo que la patria de Washington le ayudó después a sacudir, contribuyendo eficazmente a poner término a la secular dominación de España en América.

¿No creen los ediles habaneros que sería hermoso, para conmemorar con un brillante acto de fraternidad americana el cincuentenario de la primera revolución por nuestra independencia—esa independencia que a Cuba quiso dar Bolívar, y que los Estados Unidos nos ayudaron a lograr después de muchos años de incesante lucha—; no creen que sería oportuno fijar el 10 de octubre de este año, en que se cumple medio siglo del Grito de Yara, para cambiar los nombres de las calles de Reina y Marina por los de Bolívar y Washington?

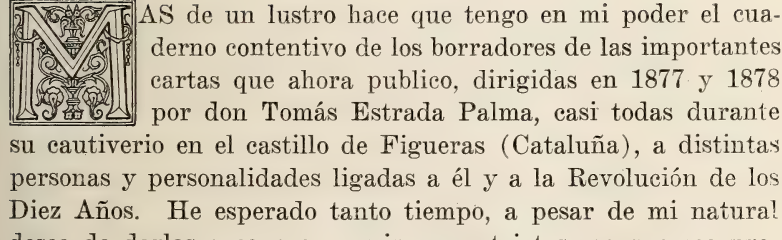
IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVIII. Habana, noviembre de 1918. Núm. 3.

ESTRADA PALMA
Y LA FORMACIÓN DE CIUDADANOS (*)



MAS de un lustro hace que tengo en mi poder el cuaderno contentivo de los borradores de las importantes cartas que ahora publico, dirigidas en 1877 y 1878 por don Tomás Estrada Palma, casi todas durante su cautiverio en el castillo de Figueras (Cataluña), a distintas personas y personalidades ligadas a él y a la Revolución de los Diez Años. He esperado tanto tiempo, a pesar de mi natural deseo de darlas a conocer a mis compatriotas, porque me propuse no divulgarlas sino cuando se cumpliese el décimo aniversario de la muerte del ilustre patricio que las escribió.

El 4 de noviembre actual hace una década que Estrada Palma falleció en la ciudad de Santiago de Cuba, donde descansan sus restos, y donde en la fecha gloriosa del 10 de octubre último, al cumplirse medio siglo del comienzo de la magna e incesante lucha de los cubanos por tener una patria propia, se le ha erigido una estatua por subscripción popular: la segunda que en Cuba se levanta a su alta memoria. Cábele a la ciudad de Cárdenas

(*) Introducción al libro titulado *Desde el Castillo de Figueras. Cartas de Estrada Palma (1877-1878)*, que aparece en este mes como segundo volumen de la *Biblioteca de "Cuba Contemporánea"*.

la honra de haberle erigido la primera el 20 de mayo de 1911; y tal vez, cuando este libro vea la luz, La Habana, capital de la República que él presidió el primero, haya honrado también su recuerdo imborrable con la inauguración de otra estatua suya en la Avenida de los Presidentes, donde se la está emplazando con el propósito de descubrirla el mismo día en que se cumplen los primeros diez años de su muerte.

Si, desgraciadamente, no pudiera serle rendido en tal fecha ese tributo, este libro conmemorará bien el infausto 4 de noviembre de 1908; este libro revivirá, a los dos lustros de la llorada desaparición de aquel cubano sencillo y probo, su espíritu recto y noble, una parte de sus dolores y sus anhelos; este libro pondrá de relieve, al par que el firme temple de su alma, las amarguras que siempre sufrió, como tantos otros conciudadanos dignísimos, por la maledicencia de compatriotas inconscientes, injustos o perversos; este libro mostrará a muchos cubanos un Estrada Palma ignorado por ellos, más grande, más puro, más digno de respeto aún que el Estrada Palma juzgado superficialmente y a la medida de quienes no le conocían bien o no pudieron, ni pueden, ni podrán jamás, levantarse a su altura y codearse con él en las regiones reservadas a los espíritus verdaderamente superiores.

Su viuda, la virtuosa y amante compañera elegida por él para compartir los sinsabores y alegrías de la vida, la señora Genoveva Guardiola, me dió gran prueba de confianza y estima al entregarme el valioso cuaderno original donde el secretario de Estrada Palma y del Consejo de Gobierno de la Revolución, José Nicolás Hernández, fue copiando muchas de las cartas que en la misma prisión de ambos escribía él a cuantos creyó verdaderamente interesados en el triunfo de la justa causa cubana; y esas cartas son éstas que los muchos amigos y ya pocos enemigos del primer Presidente de Cuba van a leer, anotadas por mí en todas aquellas partes donde me ha parecido necesario hacerlo.

Advierto que, aunque revisadas por el propio Estrada Palma, no me he creído obligado, por no estar escritos de su mano los borradores, a respetar la ortografía de ellos, buena siempre, pero anticuada en cuanto al uso de algunas letras como la g y la j, la x y la s, la c y la z. He mantenido el mismo orden con

que aparecen en el cuaderno, sin alterar ese orden lo más mínimo, y las abreviaturas y la acentuación, así como el empleo que el secretario Hernández hacía de la y griega en vez de la i latina que siempre usó el autor de este interesantísimo epistolario.

Por él, cuya copia impresa es fiel reflejo de los borradores originales todavía en mi poder, se verá cuán equivocados estaban quienes juzgaron a Estrada Palma hombre de escaso mérito para el puesto que sus conciudadanos le confiaron durante la Revolución del 68 y al constituirse la República en 1902; por él se aquilatará lo mucho que valía, si ya no estuviere hasta la saciedad probado; por él se aclararán algunos puntos aún obscuros de la historia revolucionaria iniciada en Yara; por él se conocerá la sincera y profunda admiración que le inspiraba la gallarda figura de Antonio Maceo; por él se convencerán, quienes no le comprendieron, de la gran suma de abnegación y de patriotismo que siempre tuvo, demostrados en todo tiempo y en las más difíciles y dolorosas circunstancias para su persona y para su patria. Él revela la entereza de su carácter, la firmeza de sus convicciones y la magnitud de su sacrificio.

En este epistolario, donde cada carta tiene indudable valor para nuestra historia, me he fijado especialmente en las marcadas con las cifras XVI y XXXI. La XVI contiene sus opiniones sobre la religión católica, apostólica y romana, mantenidas por él a través de toda su azarosa vida, y de las cuales se desprenden enseñanzas que ojalá fueran divulgadas en todo el país cubano, donde esta religión es la predominante y pretende ya ejercer no sólo dominio sobre las almas, sino en la vida pública (lo cual sería el más grave peligro para nuestra nacionalidad, tan combatida siempre por la iglesia católica, y especialmente hoy desde las escuelas dirigidas o administradas por comunidades obedientes a sus jefes) ; y la XXXI, notabilísima, en que trata de la perfección humana, de la necesidad de que Cuba tenga hombres antes que sabios, de la educación maternal en nuestra patria, del concepto de los deberes, etc., entre los cuales deberes tiene por principal ''el de emancipar a Cuba y el de educarnos al propio tiempo para el ejercicio de la libertad'', porque —dice—''es más fácil ser súbdito de una monarquía absoluta

que ciudadano de una república democrática''. Y agrega: ''Nuestra obra es, en esencia, creadora; pues si avienta las cenizas del pasado, es con objeto de levantar el edificio del porvenir.''

¡Cómo resuenan hoy estas admirables palabras, al contemplar con dolor el espectáculo incalificable de una juventud egoísta que se niega, en gran parte, a cumplir con sus deberes cívicos cuando la Patria la llama a servirla! ''Tenemos República, pero no hay ciudadanos'', dijo él después, mucho después, al ser preguntado en 1905 por un periodista que estampó esa amarga frase en el diario *La Discusión* del 4 de septiembre de dicho año. ''Éstos se irán formando a medida que vaya infiltrándose la verdadera democracia, sana y disciplinada, en las costumbres del pueblo. Hasta ahora, la condición de colonos no nos ha permitido educarnos políticamente. Nos hallamos en pleno ensayo'', —añadió como corolario a esa frase tan diversamente comentada y hoy en boca de todos cuando, con motivo del servicio militar obligatorio, las gentes se preguntan: ¿y los ciudadanos?

Hay también en estas cartas una en que sus opiniones sobre el porvenir de Cuba, como nación independiente, son reflejo exacto del concepto entonces predominante entre muchos de los principales cubanos que desafiaron el poder de España, exposición de las dudas que les asaltaban respecto a nuestra aptitud, como pueblo libre, para la vida republicana. Tristeza, profunda tristeza produce la lectura de tales páginas, en que su pensamiento respecto a la anexión de Cuba a los Estados Unidos de la América del Norte no es otra cosa que el pensamiento general de muy ilustres cubanos revolucionarios, del propio Gobierno de la República en armas, quienes decididos a no pactar con España e impotentes para triunfar de ella, desesperados los patriotas ante la situación del país y contemplando sus propias luchas intestinas, temerosos de terribles represalias por parte del enemigo común y sin hallar apenas eco en los corazones de sus hermanos de América, faltos de recursos propios y de auxilios del exterior, oficialmente solicitaron del Presidente de los Estados Unidos esa solución extrema, siempre repugnada. *Todo antes que pactar con España,* parecía ser la consigna y la resuelta actitud de cuantos peleaban entonces en los campos de Cuba; y tal

es la aspiración constante revelada en estas cartas, donde apenas si hay una en que no se haga patente el esfuerzo por evitar el fracaso del ingente empeño de libertarse del yugo español.

*

He aquí ahora la carta que he marcado con el número XXXI, última del epistolario, la cual recomiendo a los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA en el décimo aniversario de la muerte del primer Presidente cubano. Mediten acerca de ella cuantos vean en sus párrafos algunos aplicables a la situación actual de nuestra patria, y que sirva para señalar a muchos el recto camino, el único camino por el cual llegaremos a obtener la consolidación de nuestras instituciones republicanas conquistadas a tanto precio, a afianzar el porvenir de esta tierra por la que luchó como el primero el grande hombre cuyo más firme monumento está en el corazón de cuantos no le olvidamos y veneramos su recuerdo.

CARLOS DE VELASCO.

La Habana, nov. 1918.

*

Sres. Benigno y Plácido Gener.

Mayo 26 1878.

¡Cuán rápidas se suceden las emociones en esta agitada existencia, llena de incertidumbre, de esperanzas y temores! Puedo asegurar—no incurriendo en hipérbole—que durante los nueve años en que llevé sin interrupcion la vida de patriota militante, no me vi asaltado por tan contrarias impresiones como las que vengo experimentando de tres meses a esta parte, en mi vida de patriota cautivo.

¿Se hundirá la revolucion, o saldrá triunfante de la tempestad que la azota? He aquí los extremos del problema; pero ¡ay!, que entre uno y otro se alza para el infeliz recluso un abismo de cruel ansiedad, en donde solo penetra, de vez en cuando, algun rayo de benéfica luz.

Para dar a Uds. una idea de la condicion a que debe hallarse reducido mi espíritu, bastará decirles lo que sigue.

Recibí hace pocos días—procedente de París—un ejemplar del Boletín extraordinario de "La Verdad", en que se da cta. de la feliz organizacion en Cuba de un gobn.º provisional y en que se lee una dignísima carta del Gral. Maceo, expresion elocuente de heroica firmeza en el inquebrantable propósito de sostener y defender a todo trance la bandera de la patria. Esta carta dilató mi alma, que se abrió francamente a la esperanza, disfrutando de reposo, de bienestar no sentido en largo tiempo. Vi establecida la base de una resistencia organizada, q.e permitía aguardar con menos impaciencia la reaccion de dentro y los socorros de fuera. Vi hábilmente combinados los elementos discordes del ejército patriota y afianzada de pronto la union, tan indispensable p.a hacer frente con buen éxito a nuestro poderoso adversario. Pude, pues, dar a mi espíritu descanso y reconciliarlo con el porvenir.

Pero, no comenzaba a disfrutar de este beneficio cuando me sorprende la noticia, publicada en un periódico de Barcelona, de haber confiado el Gral. Maceo su madre y hermana a la hidalguía de Martínez Campos. Pocos días después leo en el mismo periodico que, antes de terminar el presente mes, se habría adherido aquel Gral. al pacto del Camagüey, y, últimamente, un telegrama de Madrid expresa que el Ministro de Ultramar ha asegurado a las cortes ser cierto q.e "el cabecilla" Maceo, herido y enfermo, se había embarcado p.a Jamaica.

Aunque Udes. no conocen personalmente al Jefe de que me ocupo, no dejarán por esto de apreciar su significacion y su importancia, teniendo en cuenta la fama de sus hechos de armas y la noble actitud que asumió en el mes de Mzo. último. Fácil les será, por lo mismo, comprender por qué razon yo, que poseo perfecto conocimiento de la influencia ejercida por Maceo en gran parte de las tropas de Oriente, así como de las cualidades de valor, intrepidez y actividad que le distinguen, considero su ausencia de los campos patrios, en las actuales circunstancias, como un suceso funestísimo a la causa de Cuba.

No se dice si Maceo salió para la isla vecina, directamente del territorio de la república, o por las líneas españolas. Esta incertidumbre es un motivo de temor y de esperanza; pues en el caso de q.e haya tenido lugar el 1.er extremo, explícase satisfacto-

riam.te su traslacion a Jamaica, como indispensable para atender a la curacion de la herida, grave sin duda, que parece ha recibido en estos días. Partiendo de este supuesto, debemos creer que los demás jefes de Oriente continúan a la cabeza de sus tropas y que no se ha celebrado pacto alg.o con el Gral. en Jefe del Ejército enemigo. Tales ideas me consuelan un tanto; pero no llegan a vencer la inquietud de que es presa mi ánimo ante la gravedad q.e implica el hecho de encontrarse Maceo fuera del campo cubano.

Agrégase a esta legítima zozobra, la débil confianza q.e me asiste en que lleguen con la debida oportunidad los auxilios q.e los cubanos del Exterior se proponen remitir a los patriotas en armas. Mucho temo que se continúe malgastando el tpo. en mezquinas rivalidades, tan indignas de la augusta causa en cuyo nombre se sostienen, como perjudiciales a los intereses que se trata de servir.

Cuando recorro los periodicos q.e representan la opinion de los cubanos avecindados en N. Y.: cuando leo los art.s y correspondencias y remitidos, aplicados, no por cierto, a levantar el espíritu público contra el enemigo común, a dar direccion al amor patrio, a educar el sentimiento de libertad, ni a conducir al ciudadano por la senda de la virtud en el ejercicio de sus dros. y en el cumplimiento de sus deberes; sino—¿quién lo creyera?—a sustentar con ardor una contienda criminal entre hermanos, que han hecho de la prensa libre palenque estrecho de polémicas estériles, notables sólo por la saña que ostentan y por las ofensas q.e infieren: Cuando pienso en los elementos que se desperdician, por tan reprobada conducta, y contemplo a la vez, allá a lo lejos, aquel puñado de esforzados guerreros que tiñen con su sangre el suelo de Cuba, que caen diezmados por el plomo enemigo, reduciéndose de día en día su exiguo número; entonces llénase mi alma de amargura y me parece tan negro el porvenir, que recuerdo, como con envidia, a los que tuvieron la fortuna de volar al seno de la muerte en tiempos más felices, cuando a todos nos sonreía la esperanza de seguro triunfo.

Aviva mi pesar la condicion a que me veo reducido por este malhadado cautiverio, que si puede encadenar la actividad del cuerpo, dentro de las espesas bóvedas de una fortaleza, no ha

logrado debilitar mi inquebrantable voluntad, mi ardiente deseo de contribuir con mis esfuerzos a conquistar la libertad patria.

En medio de la penosa situacion a que me veo reducido, sintiéndome, por un lado, con vigor para trabajar, y condenado, por otro, a permanecer inactivo, he tratado, no obstante, de hacer lo único que me es posible. Escribí la semana última a Echeverría y he escrito en ésta al Gral. Sanguily, exponiendo al 1.º algunas indicaciones q.e considero practicables de momento, p.a socorrer a nuestros hermanos en armas, e invocando los levantados sentimientos del 2.º para que cumpla la mision que parece naturalmente encomendada a su prestigio, a su mérito superior y a su probado patriotismo; mision q.e tanto tiene por objeto propender a auxiliar por sí mismo y con prontitud a los q.e militan en los campos de Cuba, como atraer a una concordia sincera a todos los que en el Exterior "laboran" en la causa común.

Estas débiles manifestaciones de interés q.e la patria me inspira, no satisfacen con mucho la necesidad q.e tiene mi espíritu de ocuparse de cuanto se refiere al presente y porvenir de ella. Sírvame de excusa tal circunstancia, si continúo cansando la atencion de Udes., al someter a su consideracion y a la del Dr. Cartaya, de un modo más directo, el pensamiento que apunté en mi anterior de 16 de Abril.

La propia y la ajena experiencia, la historia de todos los pueblos, antiguos y modernos, y el simple análisis de la naturaleza del hombre, nos dará a conocer el origen salvaje de éste, que ponen a cada paso en evidencia ciertos instintos no sofocados por largos siglos de civilizacion. No se entienda que participo de las teorías de Spencer y de Darwin sobre la formacion de la especie humana por el principio de las evoluciones. Tengo bien clara conciencia de mi ser moral, para no dejarme seducir por el brillo de semejantes paradojas. Creo, sí, que existen en el hombre dos naturalezas contrarias, en lucha constante, dispuestas a sobreponerse la una a la otra y representadas respectivamente por los instintos animales y por la razon: creo también que en los tiempos prehistóricos los primeros prevalecieron sobre la segunda, y no me cabe duda de que el trabajo social operado a través de las edades ha sido insuficiente, aun en los pueblos

más cultos, para dar a la razon el predominio que la ley de perfectibilidad le señala.

Queda sentado, pues, que existen en el hombre de hoy, como en el de ayer, tendencias antagónicas, una de las cuales lo inclina hacia la naturaleza común de los seres irracionales y la otra lo separa p.r completo de todos ellos, poniéndole en relacion con un Espíritu superior, que entrevé en el camino de purísimas aspiraciones.

El hombre, en su afán por alcanzar la felicidad, ha inquirido sin descanso los medios de conseguirla; ha cultivado las artes y las ciencias, ha desarrollado la industria y el comercio, ha amontonado riquezas fabulosas; y las generaciones y los pueblos, al sucederse unos a otros, en el curso de los siglos, nos han dejado testimonios ostensibles de los progresos que obtuvieron. Mas —pregunto—, ¿se encuentra, por ventura, la anhelada felicidad en ese movimiento prodigioso de la inteligencia y el ingenio? Encárgase de responder Aimé-Martin, autor de "La educacion de las madres de familia", obra que leí algunos años ha y a cuyo prólogo les remito.

Las ventajas del mayor progreso industrial y del más lato desarrollo de las facultades intelectuales no bastan, por sí solas, para dar al hombre la ventura a que dirige sus afanes. El conocimiento de sí mismo, la conciencia del deber y la práctica de la virtud, he aquí los únicos medios de alcanzar en la tierra una felicidad cierta y estable.

No diré, con Sócrates, que el estudio de las ciencias nos hace más desgraciados, porque aumenta nuestras dudas en vez de resolverlas; pero sostendré con este filósofo-mártir, modelo de ciudadanos e intachable en su vida privada, que la más util, la más provechosa de las aspiraciones del hombre es la perfeccion moral.

No repetiré con Rousseau, "la civilizacion corrompe las costumbres"; pero exclamaré con Luz y Caballero: "Necesitamos hombres, antes que sabios."

Ahora bien, ¿de qué manera podremos llegar a ser "hombres"?: encaminando nuestros esfuerzos hacia la perfeccion moral. ¿Cómo obtendremos este fin? Combatiendo, hasta vencer, las tendencias de nuestra naturaleza salvaje, que se rebela no

pocas veces contra la razon y que nos arrastra con frecuencia, en pequeña y en grande escala, en la vida privada y en la pública, a cometer actos contrarios a los eternos principios de "lo bueno" y "lo verdadero" y contrarios al dro. natural y a la justicia.

Quiero decir que es necesario que nos eduquemos a nosotros mismos, ya que por desgracia la Sociedad no ha colocado todavía a la mujer—generalmente hablando—en condiciones de poder educar y formar "hombres" en el regazo materno. Cuando logremos persuadirnos de que inútilmente buscaremos en el exterior la soñada felicidad; cuando nos convenzamos de que ella no existe ni en la gloria de las armas, ni en el brillo de las riquezas, en el lustre de antiguos pergaminos o de elevada posicion, en el poder de la inteligencia, ni en la fama de vastos conocimientos; cuando lleguemos a comprender que la felicidad sólo puede residir en el interior de cada cual, y, haciendo nuestra propia alma objeto primordial de nuestra ciencia, lleguemos a poseer la suficiente fuerza de voluntad p.ª cumplir con religiosa exactitud nuestros deberes de hijos, de herm.ˢ, de esposos, de padres y de ciudadanos; entonces podremos afirmar que somos "hombres", aptos completamᵗᵉ. para vivir en familia, para formar pueblos y naciones.

Inspirado yo en el espíritu y en el sentimiento de las anteriores doctrinas, procuré, desde el principio de la guerra de independencia, inculcarlas en nuestros compatriotas y convencer a éstos de q.ᵉ teníamos a nuestro cargo una doble tarea: "la de emancipar a Cuba y la de educarnos al propio tiempo para el ejercicio de la libertad". Repetíales con frecuencia: "es más fácil ser súbdito de una monarquía absoluta, que ciudadano de una república democrática; tomemos empeño, pues, en hacernos dignos de la sublime empresa que hemos acometido, ajustando a ella nuestra conducta pública y privada".

Siempre he creído q.ᵉ el hombre lleva del seno de la familia al seno de la sociedad sus virtudes y sus vicios. Cuando traducía, siendo niño, las selectas profanas, me sentí fuertemente impresionado por la sig.ᵗᵉ máxima que nunca olvidé: "cuida de no proceder, estando solo, como no lo harías a la vista de los demás; muchos actos en presencia de nosotros mismos, deben ser dignos

de ejecutarse en la plaza pública". Practiquemos esta máxima y quedará completa nuestra educacion.

Al llegar aquí me parece oirles preguntar: ¿qué objeto tiene todo esto? A lo cual respondo: asentar los fundamentos de la recomendacion que me atrevo a dirigir a Udes. y al Dr. Cartaya, en quienes concurren las condiciones que se necesitan para su desempeño.

Laudables son, y no han dejado de aprovechar, las asociaciones patrióticas que se han venido organizando fuera de la Isla, desde el comienzo de la guerra. Pero es preciso convenir en q.ᵉ habrían resultado mayores y más estables los beneficios de las propias asociaciones, si ellas hubieran participado del doble carácter que para los patriotas honrados—en la acepción moral de esta palabra—debe tener la revolución cubana. Ésta representa, en efecto, la emancipación de un pueblo y su regeneración bajo todos los aspectos de la vida humana, en las relaciones del individuo consigo mismo y con los demás a quienes se asocia para formar cuerpo político.

Por tanto, los clubs cubanos y toda clase de asociación formada por nuestros compatriotas, deben proponerse realizar dos fines: el de contribuir con sus trabajos a separar a Cuba de España, y el de ejercitar a los asociados en la práctica de todas aquellas virtudes que son compañeras inseparables de la libertad. Nuestra obra es, en esencia, creadora; pues si avienta las cenizas del pasado, es con objeto de levantar el edificio del porvenir. En consecuencia, es preciso q.ᵉ en el seno de esas agrupaciones el patriota aprenda a ser ciudadano, esto es, a hacer uso de sus derechos individuales y colectivos, pero un uso discreto, ajeno a torcidas pasiones e inspirado siempre en el bien de la comunidad, antes que en el suyo propio. Es preciso que el patriota aprenda allí a amar y respetar a sus herm.ˢ y a conocer el estímulo del verdadero mérito, que descansa exclusivamente sobre una conducta intachable en las distintas fases de la vida.

La asociación que llene este fin será una escuela de ciudadanos, el gimnasio de la libertad, el templo de la virtud; y los que tengan la gloria de pertenecer a ella se hallarán en condiciones de prestar a Cuba, en cualquier tiempo, muy señalados servicios.

Toda concepción humana tropieza en la práctica con algunos

obstáculos; la de que me ocupo encuentra una seria dificultad en los hábitos adquiridos por nuestros compatriotas, bajo el coloniaje español. Por eso es forzoso proceder con método, cuando se trate de realizarla. Lo que importa primero es fundar la base; después se irá alzando el edificio. Para establecer aquélla, de un modo estable, será conveniente reunir los elementos más afines, los que estén mejor preparados para identificarse con el alma de la obra.

Hay en Cádiz núm.º de cubanos suficiente para hacer un ensayo de la asociacion que propongo. Bien sé que no podrá contarse con todos; pero creo que no faltarán algunos, capaces de responder al pensamiento. Si éste recibe de Udes. y del simpático doctor acogida favorable, me prometo que pronto quedará organizado en esa ciudad un centro de enseñanza práctica p.ª formar ciudadanos cubanos.

En el caso de que las circunstancias les obliguen a mudar la residencia, dentro o fuera de España, confío en que allí, doquiera que se establezcan, trabajarán en la forma indicada y harán propaganda de ella—salvo el mejor parecer de Udes.

La asociacion que les recomiendo debe revestir carácter político y no ha de tener nada de común con esas sociedades secretas, abrumadas de signos, de ritos, de exterioridades, q.ᵉ han acabado por matar su espíritu. Se redactará un reglamento orgánico, claro, preciso y calcado en el doble fin que ha de realizar la patriótica sociedad. No se tolerará la transgresion de ninguno de sus artículos, ejerciéndose, a este respecto, la mayor severidad posible.

He insinuado el mismo asunto a algunos amigos de Barcelona, en donde hay gran número de cubanos. Es verdad q.ᵉ no poseen, según entiendo, moral muy levantada; pero esta circunstancia no me desalienta; antes bien, la considero como una razon más para que nos tomemos empeño en constituir en la capital del antiguo principado un centro que estimule a nuestros jóvenes compatriotas a trillar mejor senda, cultivando en sus corazones el sentimiento de la patria libre.

Ruego a Udes. encarecidamente que no atribuyan la más ligera pretension a las ideas expresadas en esta carta; les agradeceré que sólo vean en ellas el reflejo de mi ardiente amor a la Li-

bertad, así en la causa de Cuba como en la del género humano.

Acàbo de recibir carta del Gral. Maceo fhada. el 25 de Mzo. El noble espíritu que revela su contenido acrecenta el pesar que me produce la noticia de haber pasado a Jamaica, herido y enfermo, este denodado Jefe.

Llegaron oportunamente a mis manos las cartas de N. York y las de Ceuta, remitidas por Udes., así como los números de "La Verdad", las copias de las correspondencias de Filadelfia y la Habana, el impreso q.e contiene el discurso del Gral. Salamanca y contestacion del Ministro de Ultramar &.

José N. y yo abrazamos a Joseito, enviamos afectuosos recuerdos a todos los miembros de la colonia y repetimos a Udes. la expresion de nuestro profundo aprecio.

Su afctmo. amigo.

T. ESTRADA.

RUBÉN DARÍO

(Conferencia pronunciada en la Academia "Domingo Delmonte", Teatro Martí, Santiago de Cuba, el 22 de febrero de 1916, por el Dr. Max Henríquez Ureña.)

I

La revolución modernista

UBÉN Darío fué el abanderado de la revolución más importante que conocieron las letras castellanas en las postrimerías del siglo XIX. Hoy, cuando el período revolucionario ha pasado, dejándonos muchas y muy valiosas conquistas, podemos analizarlo con imparcial serenidad de espíritu. Con respecto a esa revolución, los hombres de hoy, los que pertenecemos a la generación subsiguiente a aquella que levantó el lábaro de la rebeldía, tenemos ya el derecho de considerarnos heraldos de la posteridad. No hicimos la revolución: la encontramos hecha. Hemos convivido dentro de ella, porque nos sentimos hijos de nuestro siglo. Si nos hubiéramos alejado de su influencia y de su acción, nos habríamos alejado igualmente de las palpitaciones de nuestro tiempo, y habríamos cultivado acaso una poesía pretérita, semejante a un cadáver galvanizado que simulara sobrevivirse a sí mismo.

Esa revolución—el nombre salta a flor de labio—ha sido llamada "modernismo". ¿Qué es el modernismo? Difícil sería definirlo de manera concreta, porque, ante todo, es preciso hacer una salvedad: el modernismo no es una escuela. Podrá

haber sido una congregación, podrá haber constituído un ejército, podrá haber tenido un credo y una bandera, pero literariamente nunca ha sido una escuela. El modernismo no es más que un grupo de tendencias, unas de orden espiritual, otras de orden formal.

Modernismo en literatura y arte—dice quien mejor ha tratado el tema, Manuel Díaz Rodríguez—, no significa ninguna determinada escuela de arte o literatura. Se trata de un movimiento espiritual muy hondo a que involuntariamente obedecieron y obedecen artistas y escritores de escuelas desemejantes. De orígenes diversos, los creadores del modernismo lo fueron con sólo dejarse llevar, ya en una de sus obras, ya en todas ellas, por ese movimiento espiritual profundo. (1)

Ese movimiento espiritual, para Díaz Rodríguez, se distingue en tres rasgos fundamentales. El primero,

la tendencia a volver a la naturaleza, a las primitivas fuentes naturales, tendencia que no es propia sólo del modernismo, como no lo ha sido ni lo es de ningún especial movimiento y escuela de arte, porque es causa primera y patrimonio de todas las revoluciones artísticas fecundas.

Y, aclarando el concepto, agrega que

el naturalismo literario, en su escrúpulo histórico del dato, del documento o del hecho, llegó a confundir la naturaleza con el detalle, e imaginó, con sólo un cúmulo de vanos detalles, representar el movimiento de la vida... La naturaleza está, más bien que en el detalle o en el hacinamiento de innúmeros detalles, en la *ingenuidad* y la *sencillez,* caracteres que por sí solos harían del modernismo un perfecto renuevo del clasicismo puro, a no ser aquel otro carácter de *intensidad* impreso al arte modernista por la violencia de vida de nuestra alma contemporánea, ansiosa y compleja.

He ahí, pues, el segundo rasgo fundamental: la intensidad del espíritu contemporáneo.

Y si a la intensidad propia de nuestra vida de hoy—añade Díaz Rodríguez—, si a la sencillez y la ingenuidad reconquistadas por la tendencia a volver a la naturaleza, agregamos los caracteres de la tendencia paralela o hermana, que es una indisputable tendencia *mística,* tendremos todos los rasgos principales del modernismo verdadero, o si se quiere del

(1) *Camino de perfección,* París, Ollendorff, 1909.

modernismo como algunos lo entendemos y amamos, tal como balbucea y canta en el verso de Verlaine, tal como surge con voz cristalina de surgente en la prosa de Maeterlinck, tal como enguirnalda con lirios de candor la santa y dulce gloria de Genoveva en los frescos de Puvis de Chavannes.

Y, para precisar el alcance de la idea, en lo que se refiere a la vuelta a la naturaleza y al misticismo, agrega:

A la natural progresión de la doble tendencia en el segundo Renacimiento, corresponde una ascensión progresiva y luminosa del arte. Mientras la tendencia a volver a la naturaleza va, refinándose, a cumplirse en la perfección de la forma, la tendencia mística va, depurándose, a un misticismo lleno de gracia y fineza, como es al decir de Pater el misticismo de Leonardo, misticismo que ha perdido su religiosidad, si lo estimamos con el criterio de las religiones positivas, pero haciéndose religioso en otro sentido más universal y profundo. Leonardo lo extrae de sí propio y del alma de la naturaleza, y luego lo esparce por la faz de su obra, y como si fuese el alma de la obra, en la luz de una sonrisa. Es la misma sonrisa que a través de toda la obra de Leonardo, como la luz del día hasta su triunfo en la más alta cima del oriente, va progresando y subiendo a florecer en la sonrisa de la Gioconda. Es la misma sonrisa de los lagos y de los mares, la sonrisa ambigua que nuestro miedo ha calumniado de traidora, convirtiéndola en un símbolo de la perfidia, cuando sería lo justo hacer de ella la poética cifra de nuestra ignorancia, o lo que de ella hizo Leonardo, y es en definitiva igual cosa: la artística enunciación del eterno misterio.

En suma: los tres rasgos espirituales del modernismo en arte y literatura, son: el retorno a la naturaleza, buscando en ella la fuente de la ingenuidad y de la sencillez; la vibración intensa de la vida contemporánea; y un misticismo que busca la revelación artística del indescifrable misterio.

Esto, dicho del modernismo en general, puede aplicarse sin vacilaciones al modernismo hispanoamericano. Pero en el modernismo hispanoamericano debemos considerar, sobre todo por lo que respecta a la forma (cosa que señala en términos generales Díaz Rodríguez como una consecuencia legítima de la tendencia a volver a la naturaleza), un caso semejante al que determinó el advenimiento de la poesía parnasiana en Francia, y que más tarde caracterizó el proceso general del modernismo francés: la reacción contra el desaliño poético, la reivindicación de los supremos derechos de la forma, la supresión de los luga-

res comunes, de la frase hecha, de los clisés de expresión, y por ende, si tomamos en cuenta la íntima relación que tiene la forma con el pensamiento, la supresión total de los clisés de ideas. Clisé de forma envuelve forzosamente el concepto de clisé de idea. La estereotipia de la expresión es, en suma, la estereotipia del pensamiento.

Tal carácter tuvo la reacción literaria iniciada en América durante la década que va de 1880 a 1890. El romanticismo, considerado como escuela, tocaba ya a su fin. La edad de los grandes gritos líricos, de los paroxismos, de las exaltaciones, había pasado ya. La espontaneidad del grito dejó de ser efectiva. Ese grito no respondía ya al dictado del momento. La compleja vida contemporánea necesitaba otras manifestaciones. Desprovista de espontaneidad, aquella forma, sin superior aliño, de los románticos, degeneró en insustancial y monótona. La fuerza del romanticismo estaba en la esencia, no en la expresión. Si robáis la esencia, la expresión se vuelve trivial y prosaica en la literatura romántica. La vulgaridad de la forma brotó a flor de luz, en la agonía del romanticismo, como una consecuencia de la vulgaridad del fondo, dicho sea esto en cuanto a los imitadores de última hora, que no hicieron más que repetir clisés gastados y desprovistos de su primitiva fuerza original.

La primera y exterior tendencia del modernismo en América fué, por lo tanto, la de defender la aristocracia de la forma. Es en eso, y no en otra cosa, en lo que se aproxima a la revolución iniciada en Francia por los parnasianos, si bien es verdad que tendencia semejante fué acogida por las demás escuelas modernistas de Francia. En cambio, escasa repercusión tuvo en América la escuela parnasiana en su tendencia a la mal llamada impasibilidad, o, por mejor decir, al lirismo abstracto, que consiste en no exponer directamente las emociones íntimas, sino sugerirlas, de manera indirecta, escogiendo temas que de algún modo pudieran provocar otras emociones análogas. De esa suerte, el poeta canta, en abstracto, emociones semejantes a las suyas, que él parece acallar y envolver con avaricia en los repliegues recónditos de su psiquis (2). La impasibilidad parnasia-

(2) Alfonso Reyes, en su trabajo sobre Augusto de Armas, ha analizado ya esta cuestión. (*Cuestiones estéticas*, Ollendorff, París, 1911.)

na, el lirismo abstracto, no tuvo eco en América sino por excepción o por accidente. Jacinto Gutiérrez Coll quiso vestirla con ropaje romántico. Julián del Casal intentó hallar en vano, dentro de los procedimientos parnasianos, el molde de su personalidad, por idiosincrasia emotiva y vibrante. Leopoldo Díaz inundó sus poemas de un dulce y vago simbolismo, y por eso, aunque en su obra muchos han querido ver un reflejo de la escuela parnasiana francesa, es lo cierto que Leopoldo Díaz tiene más afinidades con los simbolistas que con los parnasianos. Este último epíteto sólo podría aplicarse con justicia, en la literatura hispanoamericana, a Guillermo Valencia, no sólo por la suprema perfección de su verso, sino por ciertas condiciones temperamentales que lo inclinan a disfrazar plásticamente sus emociones.

La resurrección de la Grecia antigua fué otra tendencia que se advirtió desde temprano en el Parnaso francés. Esta tendencia arranca de Chénier, cuya voz de aeda apolíneo se perdió entre el tumulto de la revolución francesa, continuó apagada un tiempo en medio del furor del romanticismo, y resucitó más tarde, entrecortada y fragmentaria, para vibrar en la eternidad, ofreciéndonos en su antigüedad prematura y mutilada la misma sugestión de incógnitas sublimes que encontramos en los brazos tronchados de la Afrodita de Milo.

Esta tendencia encontró eco en América, y Grecia, madre inmortal de la belleza y de la gracia, resucitó en los versos de nuestros poetas. Ya fué Gutiérrez Nájera el que, con el beso apasionado de sus *Odas Breves,* despertó la vieja musa helénica; ya fué Julián del Casal el que trazó aquellos admirables *Bocetos Antiguos;* ya fué Rubén Darío el que escanció el vino añejo que encerraban *Las Anforas de Epicuro.* El retorno a Grecia implica, en buena parte, el retorno a la sencillez y a la ingenuidad de la naturaleza, que señala Díaz Rodríguez como uno de los caracteres distintivos del modernismo.

También la escuela simbolista francesa, que ocupó puesto de honor dentro de la revolución modernista, tuvo repercusión en América, acaso porque en el seno del simbolismo se encuentra una manifestación menos velada del lirismo abstracto. El simbolismo fué una escuela que cultivó el impersonalismo a

medias: el poeta simbolista disfrazaba las ideas y las emociones en el ropaje de una imagen, y después, cual un prestidigitador que se complaciera en descubrirnos el milagro de sus dedos, levantaba levemente ese ropaje y nos las dejaba ver al desnudo.

La escuela poética francesa que más directamente influyó sobre el modernismo hispanoamericano fué el decadentismo. Esta palabra, proferida despectivamente por algunos periodistas y escritores parisienses que no supieron apreciar claramente la importancia del movimiento, fué recogida por algunos poetas de esa escuela como bandera de combate. Sí, proclamaron, somos poetas de decadencia, pero no se olvide que el refinamiento en el decir y la explosión de un arte desinteresado y sin consecuencias sociales, son aspectos típicos de las literaturas de decadencia: tal sucedió en Byzancio; y acaso París, frente al desastre de 1870, sea una evocación simbólica del imperio de oriente en plena decadencia. Y por eso, un malogrado poeta cubano que escribió deliciosamente en francés, Augusto de Armas, aunque afiliado a la secta parnasiana y no a la decadente, puso este título a su libro de versos: *Rimas Bizantinas.*

Si en alguna escuela literaria se sintetizan cabalmente las tendencias espirituales del modernismo, tal como sabiamente las señala Díaz Rodríguez, es en la escuela decadente que floreció en Francia en el último cuarto del siglo XIX. Tomemos como arquetipo a Verlaine. Nadie como él, el pintor exquisito de *Paisajes Tristes,* hizo arte desinteresado y sencillo, dicho sea atendiéndonos a la sencillez y a la naturalidad del sentimiento más que a la forma, más que a la expresión. Su famosa *Canción de Otoño*—vertida libremente al castellano por Darío Herrera, de manera admirable—demuestra cómo en Verlaine se cumple la ley de ingenuidad y sencillez de la poesía modernista frente a la naturaleza:

Los sollozos largos, lentos,
de los vientos
en las tardes otoñales,
van resonando en mi alma
con la monótona calma
de los toques funerales.

Todo lívido y convulso,
obedeciendo al impulso
del quebranto,
de mis antiguas historias
siento llegar las memorias
humedecidas con llanto.

Y a un viento malo, sin rumbo
voy marchando, tumbo a tumbo,
por mi existencia desierta,
como al hálito glacial
de la ráfaga otoñal
la hoja muerta.

También encontramos en Verlaine la concepción de un misticismo trágico de la vida. No hay que olvidar que, aunque Verlaine fuese un poeta creyente—aún puede decirse mejor: un poeta católico—, ese misticismo no está esencialmente ligado a ninguna religión: es el recogimiento del alma humana ante lo indescifrable, ante lo desconocido, o como dijo Rubén Darío, en compendiosa frase de alto sentido místico y de alto sentido trágico: ''ante la eternidad de lo probable''.

Además, en ningún poeta encontramos como en Verlaine el sacudimiento intenso, vertiginoso, que agobia y extenúa el alma contemporánea. La neurosis prendió sus garfios en él, el ajenjo enfiebró sus sienes, el vicio estremeció sus carnes. Al través de sus versos vemos desfilar, en feérica teoría, todo un cortejo funambulesco de ansiedades y pasiones, de angustias y de ensueños, de pecados y arrepentimientos. Confundido en ese cortejo abigarrado, el poeta a veces semeja ser el penitente fatigado que reclina la cabeza sobre la roca agreste para orar a su madre María, y otras veces se disfraza de arlequín o se transforma en un paje de fiestas galantes, se tiende sobre el césped, a la luz complaciente de la luna, aprisiona en sus brazos un frágil capullo de mujer, y roba de unos labios de marquesa un fragante beso de amor...

II

El modernismo hispanoamericano.

El modernismo francés tuvo, por lo tanto, influencia inmediata sobre el modernismo hispanoamericano. Y a esas tendencias espirituales que sintetiza Díaz Rodríguez en la ingenuidad y la sencillez de la naturaleza, en la intensidad de la vida contemporánea y en el misticismo; y al culto refinado por la aristocracia de la forma; y a la resurrección de la Grecia antigua; y a la emotividad de las fiestas galantes del siglo XVIII, los poetas abanderados del modernismo hispanoamericano añadieron el conocimiento íntimo y superior de la edad de oro de la literatura española, con un repiqueteo armonioso y lejano de gongorismo, de culteranismo... No se trataba, pues, de un movimiento iconoclasta. Sólo la ignorancia de los críticos de gacetilla pudo estampar en letras de molde la inconcebible afirmación de que el modernismo era la guerra al clasicismo. Frente al modernismo, el clasicismo no representaba ningún problema, cualquiera que fuese la acepción que se le diese a la palabra, ya sea atendiendo a la esencia, a ciertas modalidades de espíritu, que son de todos los tiempos y que cabían dentro del modernismo, como cabía mucho del alma de Grecia, porque esas modalidades están relacionadas con cualidades temperamentales del escritor, no importa la escuela a que pertenezca; ya sea atendiendo a la consagración que por su valor intrínseco, y por obra del tiempo, alcanzan las obras maestras de todas las literaturas, y que en este sentido merecen el nombre de clásicas, sin tener en cuenta sus tendencias y su espíritu.

¿Contra quién se dirigía la revolución modernista hispanoamericana? Contra el residuo romántico del desaliño poético, según ya he indicado antes, y contra una tendencia anterior al romanticismo; pero que, por desgracia, no pudo ser desterrada ni vencida, sino que en algunos aspectos fué acatada por el romanticismo: contra la escuela pseudo-clásica del siglo XVIII en las letras españolas. Esa escuela redujo la literatura a reglas arbitrarias, dejó anquilósica la métrica castellana por un

total desconocimiento del problema acentual del verso en nuestro idioma, exorcisó como producto del averno toda obra que se apartara de los cánones establecidos en unos inmundos tratados de retórica (o de "literatura preceptiva", como dicen hoy aquellos que quieren disfrazar la mercancía), y en los cuales no se sabe qué admirar más, si la ausencia completa de criterio artístico, o la ignorancia audaz e inverecunda de sus autores. No profano los manes de Luzán y de Hermosilla, quienes, al menos, erraron con sabiduría, y aun, como pretende Eduardo Benot respecto de Luzán, con malicia (3). Pero fuerza es declarar que ellos, al imponer sus doctrinas, contribuyeron poderosamente al empobrecimiento de la literatura castellana, y que sus continuadores Coll y Vehí, Gil y Zárate, Campillo y Correa, Arpa y López, si hubieran tenido igual influencia, la habrían reducido al mayor raquitismo estético, a no ser porque, aun antes de la reacción modernista, en la misma España ya nadie escribía con sujeción a todas las reglas preconizadas por ellos como intangibles.

El pseudo-clasicismo del siglo XVIII restó lustre y grandeza a la literatura castellana, floreciente hasta la víspera con vigor original y prepotente. Las reglas rígidas absurdas de aquella escuela ahogaron despidadamente esa potencia original. Sobrevino la literatura de calcomanía, con sujeción al servilismo de las reglas. Se imitaba, no se creaba. El arte era sustituído por el artificio. Leandro Fernández de Moratín denigraba a Shakespeare porque éste no se había sometido a los preceptos retóricos mediante los cuales se debe hacer una buena obra teatral. ¡Hasta la inspiración estaba tasada, termométricamente, en esa escuela!

Bueno es observar un fenómeno curioso. El pseudo-clasicismo fué importado de Francia a España. El advenimiento de Felipe V, nieto de Luis XIV, al trono de España, aunque no fué la causa directa del fenómeno, sirvió para estimular, por razones de orden político, la influencia francesa en la literatura española, al comenzar el siglo XVIII. El pseudo-clasicismo español no fué sino la caricatura del pseudo-clasicismo francés,

(3) *Prosodia Castellana y Versificación*, por EDUARDO BENOT, Madrid, sin fecha. Tomo I, págs. 24-25 y 235-243.

que alcanzó más alta elevación y que nació con la noble tradición de La Pléyade. Pues bien: en Francia, la revolución monernista de la segunda mitad del siglo XIX tuvo que desterrar, junto con los residuos caducos de la expresión romántica, los residuos escolásticos del pseudo-clasicismo, que el romanticismo no había podido desterrar completamente. La influencia francesa fué, por lo tanto, la que trajo a la literatura española el pseudo-clasicismo; y la propia influencia francesa, siglo y medio más tarde, al favorecer la revolución modernista hispanoamericana, contribuyó también a desterrar de las letras españolas los vestigios de esa rancia escuela. Lo que Francia nos trajo, Francia contribuyó, en buen hora, a quitarnos después.

He ahí, pues, cómo, por encima de la barrera del pseudoclasicismo, modernismo y clasicismo podrían darse la mano. El pseudo-clasicismo condenó en sus reglas no pocas combinaciones de los clásicos españoles, y el modernismo resucitó muchas de ellas. Por eso Menéndez y Pelayo, cuando alguien tachó de hereje a Rubén Darío por haber dado vida al endecasílabo llamado dactílico por Eduardo de la Barra y anapéstico por Milá y Fontanals:

> ...y esto pasó en el reinado de Hugo,
> emperador de la barba florida...

demostró que esos eran, sencillamente, los viejos endecasílabos de la "gaita gallega":

> Tanto bailé con el ama del cura,
> tanto bailé que me dió calentura (4).

De igual suerte, no faltaron quienes, con las retóricas en la mano, condenaran a Ricardo Jaimes Freyre y a Julián del Casal por el uso de tercetos y cuartetos monorrimos, olvidando seguramente que esa era la manera de rimar de Gonzalo de Berceo y del Arcipreste de Hita.

Fenómeno análogo hubo de apreciarse cuando Rubén Darío, en *Cantos de Vida y Esperanza,* comenzó a usar el endecasíla-

---

(4) Véanse las *Dilucidaciones* que, a modo de introducción, coloca Rubén Darío en su libro *El Canto Errante,* Madrid, 1907.

bo no acentuado en la sexta sílaba, pues ningún profesor de retórica advirtió que esa clase de versos había sido empleada por casi todos los poetas de la edad de oro de la literatura castellana, según han comprobado estudios posteriores (5).

En otros casos, algunos que se llaman modernistas sin saber lo que es el modernismo, son los que han dado pábulo a una supuesta y encarnizada lucha entre el modernismo y el clasicismo, como si la misión del modernismo hubiera sido, anticipándose al vértigo del *futurismo,* la de desconocer y condenar la producción literaria acumulada durante siglos por la mente humana, y consagrada ya por su excelencia y por su antigüedad. Y es que existe el pseudo-modernismo, como existió el pseudo-clasicismo. De uno y de otro es forzoso huir, como de todo aquello que convierta el arte en artificio. El modernismo no es la rima huera y vana, la combinación estéril de fantasmas de ideas, el uso inadecuado de vocablos raros sin oportuna consulta del diccionario, la confusión arbitraria de palabras que no dicen nada.

Ya Rubén Darío, con clarividencia de maestro, protestó en las *Palabras Liminares* de *Prosas Profanas* contra el pseudo-modernismo, cuando dijo:

> La obra colectiva de los nuevos de América es aún vana, estando muchos de los mejores talentos en el limbo de un completo desconocimiento del Arte a que se consagran.

Y, a la vez, protestaba de

> la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente, en la cual impera el universal personaje clasificado por Remy de Gourmont con el nombre de *Celui-qui-ne-comprend-pas. Celui-qui-ne-comprend-pas* es entre nosotros profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, rastaquouer.

Y de esa suerte lanzaba primero su anatema contra los que, deseosos de figurar como aliados del modernismo, no conocían los fundamentos de su arte; y después contra los que censuraban la revolución modernista porque no la comprendían.

---

(5) *Ensayos Críticos,* por Pedro Henríquez Ureña, Habana, 1905, págs. 60-61; y *Horas de Estudio,* del mismo autor, París, 1910, págs. 138-174. (*El verso endecasílabo.*)

III

Los iniciadores.

El modernismo hispanoamericano tuvo cuatro iniciadores: Manuel Gutiérrez Nájera, José Martí, Julián del Casal y Rubén Darío. En Gutiérrez Nájera se insinúa, desde 1877, la tendencia a la aristocracia de la forma. En su composición *Para entonces,* que data de esa fecha, estampó entre otras esta imagen:

...morir, cuando la luz triste retira
sus redes áureas de la onda verde...

Hoy quizás no nos ofrezca ninguna novedad ni interés esa forma de expresión, pero no debemos olvidar que en aquel tiempo lo normal hubiera sido manifestar la misma idea de un modo bastante parecido al siguiente: ''morir, cuando el rubicundo Febo se hunde en el ocaso'', o bien: ''morir, cuando el Astro-Rey de la Naturaleza se oculta en el horizonte''. Gutiérrez Nájera, con esa composición publicada en 1877, sentó el precedente de una nueva y refinada expresión poética. Desde ese momento estalla la guerra a la frase hecha. El pensamiento del poeta aparece aún más refinado en 1880, en unas estrofas arrancadas *Del Libro Azul.* ¿No véis en este título un antecedente del primer libro revolucionario de Rubén Darío, *Azul...*, publicado años después, en 1888? Un sello de elegante parisianismo esmalta posteriores producciones de Gutiérrez Nájera: *La Duquesa Job* (1884), *Calicot* (1886), *Para un Menu* (1888). El alma de las cosas asoma en su *Invitación al Amor* (1882), en *Para el Corpiño* (1887) y en *De Blanco* (1888).

En José Martí estalla la prosa nueva, alada, rítmica, florecida de imágenes, deslumbrante como pedrería. Fué el mago innovador de la prosa. Rubén Darío lo reconoce como uno de los principales maestros en el arte de cincelar la prosa artística (6). Sorprende en José Martí el poderoso alarde verbal,

(6) Además de la semblanza que aparece en *Los Raros,* Rubén Darío consagró a Martí un extenso estudio que apareció en *La Nación,* de Buenos Aires, en 1912 o 1913, y que, en parte, fué reproducido en la *Colección "Ariel",* de Costa Rica. (Cuadernos 3 y 4, 1914.)

pero sorprende también la precisión con que destaca su pensamiento, forjando frases que expresan más de lo que dicen. Sus párrafos musicales y brillantes nos hacen soñar con la sinfonía de una selva fantástica donde gnomos invisibles encantasen nuestros oídos con un tropel de armonías y nuestras retinas con una tempestad de colores...

Frecuentemente esmaltan su prosa gemas de la más pura cepa clásica, cosa nada sorprendente, dado el profundo conocimiento que Martí tenía de la literatura española.

> Usando casi siempre de una sintaxis arcaica—dice Rubén Darío—, a punto de que se pensaría ya en Saavedra Fajardo, ya en Santa Teresa, ponía en la forma anticuada un brío y una fantasía llenos de ideas y conocimientos universales, y así resulta moderno y actual como pocos. Sus períodos caudalosos reflejan cosas estelares, y resuenan con magníficas armonías. Hay que leerlos de cierta manera, a que obliga el imperio de la cadencia y la voluntad de la música.

Martí llevó también al verso su acción reanimadora. No fué atrevido en punto a métrica, pero volvió por los fueros de la ingenuidad poética en sus *Versos Sencillos,* publicados en 1891, así como en *Ismaelillo,* que había visto la luz en 1882, tuvo hallazgos de expresión novísima tan felices como éste:

Por las mañanas,
mi pequeñuelo
me despertaba
con un gran beso.
Puesto a horcajadas
sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos.
Ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,
me espoleaba
mi caballero:
¡Qué suave espuela
sus dos pies frescos!
¡Cómo reía
mi jinetuelo!
Y yo besaba
sus pies pequeños,
¡dos pies que caben
en solo un beso!

Julián del Casal fué el último en llegar. Su primera obra, *Hojas al Viento,* data de 1890, dos años después de *Azul...* Empero, conviene tener en cuenta que en ese volumen fueron recogidas composiciones de años anteriores. Por eso se coloca a Casal, con justicia, entre los iniciadores del modernismo. Y no sólo por eso, sino porque Casal, en la breve obra que compuso durante su corta vida, contribuyó notablemente a dar carácter definido al movimiento. Las torturas del pensamiento contemporáneo, las complicadas e intensas emociones del espíritu de nuestro tiempo, fueron expresadas por él, antes que por otros, con acentos difíciles de igualar. Sólo José Asunción Silva, entre sus coetáneos, pudo traducir, dentro de su peculiar manera, notas que revelaran en tan alto grado el hastío del siglo y el dolor de vivir.

En la poesía de Casal se advierte desde temprano la influencia de las escuelas poéticas francesas: el precioso *soneto pompadour, Mis Amores,* evoca el siglo XVIII, redivivo por los decadentes; *La Canción de la Morfina* y más tarde *Neurosis,* nos revelan más de un aspecto de la complicada vida contemporánea; el *Idilio Realista* nos acerca, con más refinamiento de expresión, a los idilios del pueblo cantados por Richepin; *Mi Museo Ideal* recuerda la factura de los sonetos de Heredia, el parnasiano de *Los Trofeos; Kakemono* es un brote de exotismo japonés, puesto ya de moda en Francia desde que Judith Gautier y Pierre Loti dieron al público una pintura bonita, aunque falsa, del Japón; y en *Páginas de Vida, Nihilismo* y otras composiciones, estalla una suprema nota de desencanto y de misticismo trágico.

Rubén Darío, con la publicación de *Azul...*, que tuvo la resonancia de un manifiesto literario, había señalado ya, en 1888, la fecha simbólica del advenimiento del modernismo. Así como el romanticismo francés se llama la revolución de 1830, el modernismo hispanoamericano puede llamarse la revolución de 1888.

Hoy en día, *Azul...* no parece ya un libro atrevido. Hay que colocarse, sin embargo, en el estado de ánimo de un lector de 1888 para darse cuenta de la importancia de la tentativa. Desde el punto de vista del verso, el libro contiene una audacia métrica: el verso de diez y siete sílabas (compuesto de un ver-

so de siete sílabas y otro de diez, siendo este último anapéstico), en el soneto *Venus:*

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría.
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.
En el oscuro cielo, Venus blanca temblando lucía,
como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

El dodecasílabo de seguidilla (compuesto de un verso de siete sílabas y otro de cinco), metro en el cual están escritos los sonetos *Walt Whitmann* y *Salvador Díaz Mirón,* no fué creación de Rubén Darío, pues ya lo había usado, aunque tímidamente, Gertrudis Gómez de Avellaneda (7); pero en *Azul..* aparece por vez primera en forma sistemática, para quedar como una de las conquistas del modernismo:

Tu cuarteto es cuadriga de águilas bravas
que aman las tempestades, los oceanos;
las pesadas tizonas, las férreas clavas,
son las armas forjadas para tus manos.

Por lo que respecta a nuevas combinaciones métricas, también inicia *Azul...* el soneto a la moderna, el soneto libre, esto es, sin sujeción a la distribución tradicional de las rimas, ni a la medida invariable del endecasílabo. Rubén Darío trae en su libro los primeros sonetos que en castellano se hicieron en alejandrinos, a la manera francesa, en dodecasílabos y en versos de diez y siete sílabas. Si se entiende que el soneto no admite más forma esencial que la derivada de la tradición italiana, en verso endecasílabo y con la conocida distribución de los consonantes, no serían sonetos, en el sentido estricto del vocablo, estas composiciones o combinaciones métricas de catorce versos, con libre consonancia y con medida varia. Sin embargo, ciertas semejanzas fundamentales de su estructura obligan a emplear el mismo vocablo para distinguirlas de cualquier otra clase de combinaciones métricas, aunque con el aditamento de alguna palabra que indique claramente que no se trata de un soneto hecho de acuerdo con la manera tradicional, molde en el

(7) Véase *La Avellaneda como metrificadora,* por Regino E. Boti. Cuba Contemporánea, Tomo III núm. 4, Habana, diciembre 1913.

cual se encuentran encerradas tantas y tan valiosas joyas de la literatura castellana. Acaso el nombre más adecuado sea el de "soneto libre", que lo distingue perfectamente del soneto clásico. Rubén Darío desmintió, con los sonetos libres de *Azul...*, la afirmación de que esa combinación métrica pierde su belleza cuando no se ajusta a las reglas de la tradición italiana. La mejor prueba la tenemos en el soneto *De Invierno,* en alejandrinos, lleno de armonía y encanto:

En invernales horas mirad a Carolina.
Medio apelotonada, descansa en el sillón,
envuelta con su abrigo de marta cibelina
y no lejos del fuego que brilla en el salón.

El fino angora blanco junto a ella se reclina,
rozando con su hocico la falda de Alençon,
no lejos de las jarras de porcelana China
que medio oculta un biombo de seda del Japón.

Con sus sutiles filtros la invade un dulce sueño;
entro, sin hacer ruído, dejo mi abrigo gris;
voy a besar su rostro, rosado y halagüeño
como una rosa roja que fuera flor de lis;
abre los ojos; mírame con su mirar risueño,
y en tanto cae la nieve del cielo de París.

El mismo Rubén Darío, al hacer la *Historia de mis Libros,* expone sintéticamente el carácter de las innovaciones que pueden atribuírsele en *Azul...*:

Abandono de las ordenaciones usuales, de los clisés consuetudinarios; atención a la melodía interior, que contribuye al éxito de la expresión rítmica; novedad en los adjetivos; estudio y fijeza del significado etimológico de cada vocablo, aplicación de la erudición oportuna, aristocracia léxica. En *Primaveral*—de *El Año Lírico*—, creo haber dado una nueva nota en la orquestación del romance, con todo y contar con antecesores tan ilustres al respecto como Góngora y el cubano Zenea. En *Estival* quise realizar un trozo de fuerza.

A igual altura que el poeta, en *Azul...* se revela el prosista. Rubén Darío fué un admirable prosador, y a no ser porque en casi toda su posterior obra en prosa, en vez de continuar desarrollando sus sorprendentes aptitudes de cuentista, se dedicó

principalmente al comentario de hechos culminantes de nuestro tiempo y a la crítica circunstancial de obras de arte y de literatura, tal como lo exigían los periódicos para los cuales escribía, nos encontraríamos hoy vacilantes entre su obra de poeta y su obra de escritor. Empero, según queda dicho, la índole de su labor de prosista impide que ésta pueda codearse con su labor de poeta, si bien su estilo fué siempre brillante y pulcro.

Los cuentos de *Azul...* son verdaderas joyas de antología. La joya más preciada es, acaso, *El Rubí,* lleno de facetas luminosas y fantásticas. Pero de igual suerte que *El Rubí* deslumbran al lector, provocando en su mente deliciosas sensaciones estéticas, *La Muerte de la Emperatriz de la China, La Ninfa* y *El Pájaro Azul,* finos *bibelots* de corte parisiano. *El Sátiro Sordo* es una delicada ironía de sabor helénico, aunque también con algo del espíritu del *boulevard. El Velo de la Reina Mab* seduce el espíritu como si fuera una maravillosa fantasía oriental. Refiriéndose a esta preciosa página, dice Rubén Darío:

> El deslumbramiento shakespereano me poseyó y realicé por primera vez el poema en prosa. Más que en ninguna de mis tentativas, en ésta perseguí el ritmo y la sonoridad verbales, la trasposición musical, hasta entonces—es un hecho reconocido—desconocida en la prosa castellana, pues las cadencias de algunos clásicos son, en sus desenvueltos períodos, otra cosa.

Y agrega después, refiriéndose a otra parte importante del volumen:

> La parte titulada *En Chile,* que contiene *En Busca de Cuadros, Acuarela, Paisaje, Agua Fuerte, La Virgen de la Paloma, La Cabeza,* otra *Acuarela, Un Retrato de Watteau, Naturaleza Muerta, Al Carbón, Paisaje* y *El Ideal,* constituyen ensayos de color y de dibujo que no tenían antecedentes en nuestra prosa. Tales trasposiciones pictóricas debían ser seguidas por el grande y admirable colombiano José Asunción Silva—y esto, cronológicamente, resuelve la duda expresada por algunos de haber sido la producción del autor del *Nocturno* anterior a nuestra Reforma.

Don Juan Valera, la pluma más autorizada y amena de cuantas han corrido al margen de *Azul...*, se mostró sorprendido, al leer el libro, de que Rubén Darío no hubiese estado en París antes de escribirlo. Y aún más le sorprendía que, siendo perfecto

y profundo el galicismo de la mente, no existiese el galicismo de la expresión, sino, muy por el contrario, un conocimiento cabal de los resortes propios del idioma castellano. Y, encantado, afirmaba: ''Usted es usted: con gran fondo de originalidad, y de originalidad muy extraña'', agregando, más adelante: ''El libro está impregnado de espíritu cosmopolita'' (8).

Ese espíritu cosmopolita es el que nos hacía falta, sin renegar por ello de la buena tradición española. Darío, lo mismo que Gutiérrez Nájera, lo mismo que Martí, lo mismo que Casal, conocía a fondo la literatura castellana: sólo con preparación semejante hubieran podido ellos ir a la cabeza del movimiento literario que les tocó iniciar. Ese conocimiento de las tradiciones literarias de nuestro idioma, así como el del idioma mismo en su estructura y en sus leyes fundamentales, fué, pues, la base necesaria para estudiar cuáles eran los elementos de otras literaturas y de otros idiomas, que podían ser admisibles en castellano. Pero no se trataba sólo de innovaciones relativas a la forma, sino que también se relacionaban con la esencia artística de la obra literaria, pues dentro de las férreas mallas del pseudoclasicismo el *idearium* español se había circunscrito a un círculo limitado, y parecía sufrir un empobrecimiento igual al de la forma poética esclavizada por las reglas del retoricismo.

Por sí solo, el título, *Azul...*, es todo un programa de revolución ideológica. Es una hábil transmutación de lo objetivo en subjetivo. Don Juan Valera, sin embargo, no lo entendía así:

Victor Hugo dice: ''L'art c'est l'azur'', pero yo no me conformo ni me resigno con que tal dicho sea muy profundo y hermoso. Para mí, tanto vale decir que el arte es lo azul, como decir que es lo verde, lo amarillo o lo rojo. ¿Por qué, en este caso, lo azul (aunque en francés no sea *bleu*, sino *azur*, que es más poético) ha de ser cifra, símbolo y superior predicamento que abarque lo ideal, lo etéreo, lo infinito, la serenidad del cielo sin nubes, la luz difusa, la amplitud vaga y sin límites, donde nacen, viven, brillan y se mueven los astros? Pero aunque todo esto y más surja del fondo de nuestro ser y aparezca a los ojos del espíritu, evocado por la palabra *azul*, ¿qué novedad hay en decir que el arte es todo esto? Lo mismo es decir que el arte es imitación de la Naturaleza, como lo definió Aristóteles: la percepción de todo lo existente y de todo lo posible, y su

(8) *Cartas Americanas*, por don JUAN VALERA. Madrid, 1889.

reaparición o representación por el hombre en signos, letras, sonidos, colores o líneas. En suma: yo por más vueltas que le doy, no veo en eso de que "el arte es lo azul" sino una frase enfática y vacía.

Y, sin embargo, sin esfuerzo alguno podremos apreciar el matiz ideológico que Rubén Darío da al color azul, con sólo leer el siguiente *Soneto Azul,* humorístico en cierto modo, que le dedicó la poetisa venezolana Polita de Lima:

El azul es lo etéreo, lo impalpable;
son azules los ritmos de la lira,
azul es la de amor dulce mentira,
¡el azul es lo bello inagotable!

El azul es lo hermoso por lo amable,
todo ser ideal por él delira.
¿Por la región azul quién no suspira
si azul es la verdad de lo inmutable?

Viste de azul eterno la memoria,
de azul el pensamiento, y la violeta;
pintan azul el manto de la gloria.

En su góndola azul la dicha avanza;
y si todo es azul ¿por qué, poeta,
no has dibujado azul a la esperanza?

Ciertamente, el poeta no podría pintar azul a la esperanza, porque no corresponde al mismo conjunto de las restantes ideas que la señora de Lima, a su modo, condensa en su soneto. El azul es el color de las distancias máximas. La esperanza, que puede ser tangible, no puede tener ese color, que queda para lo meramente ideal o inasequible.

IV

Antes y después de "Azul..."

Antes de *Azul...,* publicado en Valparaíso en 1888, Rubén Darío había escrito ya algunas obras. A los trece años publicaba versos en algunos periódicos de Nicaragua, como *El Ensayo,* que veía la luz en León. Se le llamaba, según él mismo ha con-

tado, "el poeta niño". El público aplauso le movió, en 1881, a los catorce años, a recoger sus poesías y artículos en un cuaderno que nunca se dió a las prensas, pero que se conserva aún, en manos amigas, gracias a lo cual el poeta pudo volver a releer sus páginas en uno de sus últimos viajes a la tierra natal (9).

Más tarde, probablemente en 1885, publicó Rubén Darío su primer libro: *Primeras Notas*, que tiene además el subtítulo de *Epístolas y Poemas*, y del cual apenas se conservan uno o dos ejemplares, sin portada, lo que impide conocer hoy la fecha exacta de su publicación (10).

El Rubén Darío que aparece en este libro es un poeta que aspira a ser elegante y novedoso en la factura, pero que todavía no puede dejar el lastre romántico. Faltábale entonces a Rubén Darío, ya buen conocedor de las letras españolas, el contacto con otras literaturas, principalmente con la francesa, cuya influencia le fué tan útil para su labor innovadora. Pero ya en este libro se advierten unos primeros ensayos de adaptación

---

(9) Después de escrito lo anterior, se han publicado fragmentos de este cuaderno y varias poesías de las primeras que escribió Rubén Darío. Véanse *Los Primeros Versos de Rubén Darío*, por VENTURA GARCÍA CALDERÓN (*Revue Hispanique*, París, Tomo XL) y *El Primer Libro Original de Rubén Darío*, por ANDRÉS LARGAESPADA (Ateneo de El Salvador, Año IV No. 34 (consagrado a la memoria de Rubén Darío), San Salvador, febrero de 1916.—Entre los ensayos de adolescencia de Rubén Darío figuran el drama *Manuel Acuña* y el proverbio *Cada oveja...*, representados con aplauso en Nicaragua, y perdidos, porque ningún interés tenía el autor en conservarlos.

(10) Uno de esos ejemplares sin portada, y con algunas páginas suprimidas, ha sido examinado por Andrés González Blanco al escribir su *Estudio Preliminar* de las *Obras Escogidas de Rubén Darío* (Madrid, 1910). Rubén Darío, en su autobiografía, declaró que el libro era inencontrable. Posteriormente he leído un artículo de W. Jaime Molins, escrito en febrero de 1916, intitulado *"Primeras Notas" de Rubén Darío*, y en dicho artículo (que ha sido reproducido en el libro *El Mundo de los Sueños*, formado con algunas "prosas póstumas" de Rubén Darío, Madrid, 1917) declara el señor Molins lo siguiente: "De esta obra rara poseo un ejemplar, tal vez el único que supervive a la edición y que quizá mañana, reproducido en nuevas impresiones, salve del olvido algunas trovas de mérito singular y de gran importancia para los críticos del ilustre cantor." Es de desear que cuanto antes se reimprima el volumen y se precise la fecha de su impresión, pues en el artículo del señor Molins se afirma que el libro "fué editado en Managua, por la Tipografía Nacional, el año 1888". Es forzoso suponer que en el artículo del señor Molins aparece la fecha con un error de imprenta, y que no es la misma que tiene estampada el libro que él posee. Ni estaba Rubén Darío en Managua, en 1888, ni se concibe que después de publicados *Abrojos*, en Chile (1887), y seguramente *Azul...* también (1888), diese a la estampa este libro de ensayos, que en su autobiografía supone de época muy anterior, lo mismo que en la *Historia de mis Libros*. En la selección hecha por González Blanco se señala como fecha de publicación la de 1885, probablemente por indicación del mismo Darío.

afortunada del alejandrino francés al castellano. Esta innovación no fué de Darío, sino de Francisco Gavidia, en unión del cual hizo Darío, de 1882 a 1884, numerosas lecturas francesas, pues Gavidia dominaba cabalmente ese idioma, mientras que Darío ha confesado que, aun algunos años después, su francés era todavía precario. Francisco Gavidia fué el primero en adaptar la forma libre y desenvuelta del alejandrino francés al verso castellano de catorce sílabas, tradicionalmente sometido a una acentuación rigurosamente uniforme. Gavidia adoptó, por vez primera en castellano, al hacer una traducción de Victor Hugo, la misma libertad que en los cortes, en la cesura y en la distribución de los acentos tiene el alejandrino francés. De ese modo adquirió la métrica castellana un verso amplio y sonoro, que a pesar del número de sílabas que lo componen no puede estimarse más que como verso simple y nunca como verso compuesto, categoría a la cual pertenece, en cambio, todo alejandrino matemáticamente dividido en dos hemistiquios de acentuación uniforme. Claro está que uno y otro verso—el alejandrino compuesto y el simple—pueden usarse combinados, pero antes de esta innovación sólo se concebía en castellano el verso de catorce sílabas compuesto de dos eptasílabos. El primer ensayo de Gavidia, al traducir una página de *Los Castigos*, de Victor Hugo, intitulada *Stella*, comienza así:

Yo dormía una noche a la orilla del mar.
Sopló un helado viento que me hizo despertar.
Desperté. Ví la estrella de la mañana. Ardía
en el fondo del cielo, en la honda lejanía,
en la inmensa blancura, suave y soñolienta.
Huía Aquilón llevándose consigo la tormenta.
Aquel astro en vellones el nublado cambiaba.
Era una claridad que vivía y pensaba.

Siguiendo estas huellas, decía Rubén Darío en su extensa composición *Victor Hugo y la Tumba*, inserta en *Primeras Notas:*

¡Alondra! Cuando el alba su abanico de oro
mueve, regando aromas en el aire sonoro,
y se visten de púrpura la cima, el bosque, el mar;
él se remonta al cielo, un himno inmortal canta,

y la invisible cítara que lleva en la garganta
de melodía unísona un son deja escapar.
¡Alondra! Y a medida que al éter se levanta,
hace su dulce trino sentir, creer y amar.

Más tarde, Rubén Darío, guiado por su afán innovador, llevó a su más amplia expresión el uso libre del alejandrino, según puede apreciarse en los siguientes ejemplos:

Sus puñales de piedras preciosas revestidos
—ojos de víboras de luces fascinantes—
al cinto penden; arden las púrpuras violentas
en los jubones; ciñen las cabezas triunfantes
oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,
son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,
y en sus manos de ambiguos príncipes decadentes,
relucen como gemas las uñas de oro fino.

(El Reino Interior).

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?
Se han sabido presagios y prodigios se han visto
y parece inminente el retorno de Cristo.

(Canto de Esperanza).

Saluda al sol, araña, no seas rencorosa.
Da tus gracias a Dios, oh, sapo, pues que eres.
El peludo cangrejo tiene espinas de rosa
y los moluscos reminiscencias de mujeres.

(Filosofía).

Seguramente, Rubén Darío llevó la innovación más lejos de lo que Gavidia pensó, y el mismo Gavidia, en un artículo publicado en San Salvador en 1904 (11), defendió la tesis de que el que él llamaba "nuevo alejandrino" debía estar constituído por la combinación de eptasílabos del mismo estilo y flexión, tal como él lo había hecho en *El Idilio de la Selva,* escrito en

(11) *Historia de la introducción del verso alejandrino francés en el castellano,* por Francisco Gavidia. Este artículo, no muy extenso, fué publicado, según se indica, en San Salvador, en 1904, y reproducido, en el mismo año, en la revista *Cuba Libre,* de La Habana, que es la que utilizo para esta cita. Véase también, como antecedente de la cuestión, el libro de *Versos* de Francisco Gavidia, edición de 1884. Gavidia volvió a tratar el asunto en un extenso trabajo que, con el título de *Los nuevos versos en la América Latina,* publicó en la revista *Centro-América Intelectual.* (San Salvador, junio-agosto 1909.)

1883, con lo cual, según se ve, limitaba considerablemente la innovación. Fundamenta Gavidia su teoría en que es preciso buscar "una conciliación entre los sendos genios de los dos idiomas, francés y castellano", pues de otro modo algo perdería "la vieja contextura de la frase castellana".

*

Despues de *Primeras Notas,* Rubén Darío publicó, en 1887, un manojo de rimas con el título de *Abrojos.* En esta obra, el poeta, a veces elude la forma y rehuye un metro exacto:

¡Día de dolor
aquel en que vuela para siempre el ángel
del primer amor!

———

¡Qué bonitos
los versitos!
me decía
don Julián...

Y aquella frase tenía
del diente del can hidrófobo,
del garfio del alacrán.

———

...en donde oscuras y gruesas
caen sedosas
las gordas trenzas,
y en donde al amor platónico
huye, baja la cabeza...

No son estos ejemplos, sin embargo, los que más abundan en el libro, que contiene redondillas y quintillas, trozos de romance en octosílabos y eptasílabos, frecuentes combinaciones de versos endecasílabos con eptasílabos, en estancias más o menos caprichosas, fragmentos en forma de seguidilla, tercetos de arte menor, sin que falte algún soneto ni tampoco alguna estrofa en dodecasílabos compuestos. No hay, pues, ninguna innovación métrica, pues aun las libertades más arriba señaladas tenían el antecedente de Bécquer.

La esencia de los versos, sin embargo, no es becqueriana Hay no poco conceptismo en el libro y se advierte la influencia

de Campoamor. Una décima escrita por Rubén Darío en aquel entonces como semblanza de Campoamor—la cual mereció el premio ofrecido por el director de *La Epoca* de Santiago de Chile a aquel de los redactores del periódico que escribiera ''la mejor cosa sobre Campoamor''—, comprueba mejor que ningún otro ejemplo esa influencia:

> Este del cabello cano
> como la piel del armiño,
> juntó su candor de niño
> con su experiencia de anciano.
> Cuando se tiene en la mano
> un libro de tal varón,
> abeja es cada expresión,
> que volando del papel
> deja en los labios la miel
> y pica en el corazón.

En su ensayo *A. de Gilbert* confiesa Rubén Darío esa influencia, aunque se la atribuye mayor todavía a un autor de segundo orden, como Leopoldo Cano:

> Sí; mis *Abrojos*, ''vividos'', por decir así, eran desahogos. En cuanto al procedimiento técnico, nacieron de las *Humoradas*, de Campoamor, y, sobre todo, de las *Saetas*, de Leopoldo Cano.

De todas suertes, los *Abrojos* que más alta resonancia alcanzaron fueron los que ofrecían mayor sello de originalidad, como aquel poemita comprimido que ha corrido, de unos en otros labios, por todo el Continente:

> Cuando la vió pasar el pobre mozo,
> y oyó que le dijeron:—¡Es tu amada!...
> lanzó una carcajada,
> pidió una copa y se bajó el embozo.
> —¡Que improvise el poeta!
> Y habló luego
> del amor, del placer, de su destino.
> Y al aplaudirle la embriagada tropa,
> se le rodó una lágrima de fuego,
> que fué a caer al vaso cristalino.
> Después, tomó su copa
> y se bebió la lágrima y el vino.

A la misma época de *Abrojos* y *Azul...* pertenecen las *Rimas* de Rubén Darío. No conozco edición independiente de las mismas, pero sí aparecen en un opúsculo intitulado *Las Rosas Andinas,* publicado en Valparaíso en 1888, con el subtítulo de *Rimas y Contra-Rimas,* por Rubén Darío y Rubén Rubí. Las "contra-rimas" son parodias hechas por Eduardo de la Barra, con el pseudónimo ya mencionado de Rubén Rubí (12). En la *Introducción* del opúsculo, *Rubén Rubí* pide permiso a Rubén Darío para imitarlo, y utiliza, por primera vez en castellano, el metro de diez y seis sílabas, compuesto de dos octosílabos:

En las selvas de tu tierra, donde crece sin igual
una fauna multiforme y una flora colosal,
donde bullen los insectos de metálico color
y hay aromas que envenenan escondidos en la flor;
donde hay mujeres cual palmas de cadencioso cimbrar,
donde hay palmas cual mujeres que saben acariciar,
donde mugen los volcanes contestándole al ciclón,
más ardiente es la mirada, más fogoso el corazón;
y de su cielo candente, de oro, cinabrio y turquí,
tienen tus rimas reflejos, como tiene el colibrí.

En las selvas de tu tierra hay un pájaro sin par
cuyo nombre no recuerdo, y me lo has de perdonar;
es un pájaro modesto, mas, primoroso cantor
cuando trina en su garganta como un numen el amor.
Tiene a más el picarillo, como nadie, el raro don
de imitar todas las voces que encantan la creación.
Si ese pájaro escuchara la música tropical
de tus Rimas encantadas, quisiérala modular.
¿Te ofendiera si lo hiciera?... ¡Estoy seguro que no!
Perdóname si lo intento, que ese pájaro soy yo.

---

(12) También figuran las "rimas" y las "contra-rimas" en el tomo II de las *Poesías* de Eduardo de la Barra, Santiago de Chile, 1889, y en el cuaderno que contiene los trabajos premiados en un certamen abierto en Valparaíso el 21 de mayo de 1887, y uno de cuyos premios se concedía "a la mejor colección (de doce a quince) de composiciones poéticas del género sugestivo e insinuante de que es tipo el poeta español Gustavo A. Bécquer." La Barra y Darío concurrieron al certamen. El premio discutido fué repartido entre dos colecciones de *Rimas* presentadas por la Barra, y a la colección de Darío llamada *La Noche Lírica,* porque fué escrita en una sola noche, sólo se le concedió una mención laudatoria. La afirmación, hecha por alguien, de que el premiado era incapaz de hacer algo "tan artístico, tan lleno de frescura y savia juvenil, tan lleno de colores y reflejos tropicales como son las *Rimas* de Darío", movió a la Barra a escribir sus parodias humorísticas aceptando tácitamente ese reto, según su propia declaración.

Es interesante comparar las *Rimas* de Rubén Darío—algunas de ellas admirables y exquisitas, y casi todas con algo del espíritu de Becquer—con las contra-rimas humorísticas de Eduardo de la Barra. He aquí una de las *Rimas:*

Hay un verde laurel. En sus ramas
un enjambre de pájaros duerme
en mudo reposo
sin que el beso del sol los despierte.

Hay un verde laurel. En sus ramas
que el terral melancólico mueve,
se advierte una lira
sin que nadie esa lira descuelgue.

¡Quién pudiera al influjo sagrado
de un soplo celeste,
despertar en el árbol florido
las rimas que duermen!

Y flotando en la luz el espíritu,
mientras arde en la sangre la fiebre,
como ''un himno gigante y extraño''
arrancar a la lira de Bécquer.

La ''contra-rima'' correspondiente dice así:

Hay un charco verdoso. En sus aguas
de batracios un cúmulo duerme
en mudo reposo,
sin que el viento ni el sol los despierte.

Hay un charco verdoso. En sus aguas
que se agitan al soplo del *puelche*
se advierte una caña
que sonidos armónicos tiene.

¡Quién pudiera al influjo divino
de un numen celeste,
despertar con la caña sonora
los sapos que duermen!

¡Y sus voces oir, cristalinas,
en coro solemne,
cual plegaria elevada a los cielos,
cual ¡adiós! a la tarde que muere!

*

Algunos años después Rubén Darío, acogido con entusiasmo en Buenos Aires, que fué campo propicio para el desenvolvimiento de sus aptitudes máximas, realizó una campaña de divulgación de la obra de no pocos escritores que, en un sentido o en otro, tuvieran relación con el movimiento modernista. Para la América española ese libro fué una revelación: ese libro era, en su parte fundamental, una especie de guía del movimiento literario contemporáneo. Sólo tres escritores de América figuraban en él: Edgar Poe, por lo que respecta a la América inglesa, y por lo que respecta a la América española, dos cubanos: José Martí, compañero de Rubén Darío en la cruzada del modernismo, y Augusto de Armas, cuya producción poética pertenece a Francia, como la de Heredia, el autor de *Los Trofeos.* No faltan en el libro evocaciones del pasado, como la de Fra Domenico Cavalca, ni todos los autores que en él se estudian merecen el epíteto de "raros"; pero, en su conjunto, el libro se refiere principalmente a autores contemporáneos. Predominan los autores franceses (Leconte de Lisle, Villiers de Lisle Adam, Verlaine, Richepin, Moréas, Tailhade, Paul Adam, Rachilde). Hay además un artículo sobre Ibsen, que entonces (1892) empezaba a ser universalmente conocido, otro sobre el portugués Eugenio de Castro, y otro sobre el belga Théodore Hannon.

La publicación de la serie de *Los Raros* que después formó volumen —dice Rubén Darío en su autobiografía—causó en el Río de la Plata excelente impresión, sobre todo entre la juventud de letras, a quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza. Cierto que había en mis exposiciones, juicios y comentos, quizás demasiado entusiasmo; pero de ello no me arrepiento, porque el entusiasmo es una virtud juvenil que siempre ha sido productora de cosas brillantes y hermosas, mantiene la fe y aviva la esperanza.

*

En posteriores años Rubén Darío publicó otros volúmenes en prosa, en los cuales recogió sus crónicas escritas para *La Nación,* de Buenos Aires. Algunos de esos volúmenes contienen la visión de España y otros la de Francia, pues en uno y otro país vivió casi siempre en la segunda mitad de su vida.

Es admirable la sinceridad y exactitud con que Darío cuenta sus impresiones sobre *España Contemporánea* (1901). El poeta dice realmente lo que siente y lo que piensa, y lo dice demostrando poseer una sagaz comprensión de cuanto observa. Esa labor se completa con la parte principal de *Tierras Solares* (1904), pues en *España Contemporánea* es al través de Madrid que se ve a España (salvo un capítulo dedicado a Barcelona), mientras que en este nuevo libro se la contempla otra vez desde Barcelona, pero también desde Málaga, Granada, Sevilla, Córdoba, y, por último, aun desde Gibraltar. Las restantes *Tierras Solares* de que habla el libro son Tánger, Venecia y Florencia, y después el poeta pasa "de tierras solares a tierras de bruma" y visita los imperios centrales: Alemania y Austria-Hungría.

En *Peregrinaciones* (1901), en *La Caravana Pasa* (1903), en *Parisiana* (1908), se agita la imagen de París, que reaparece en todos sus libros posteriores. *Peregrinaciones* contiene, como *Tierras Solares,* impresiones de Italia, y *La Caravana Pasa* nos trae también un eco de Londres. Pero tanto en estas obras como en *Opiniones* (1906), *Letras* (1911) y *Todo al Vuelo* (1912), lo que seduce y atrae es el espíritu de esteta y de analista que inunda sus páginas de sutiles y exquisitas observaciones, formuladas en un estilo lleno de elegancias y de imágenes.

Fuera de esos volúmenes, Rubén Darío no publicó en prosa más que *El viaje a Nicaragua* (1909), en el cual narra sus emociones de repatriado e intercala un *Intermezzo Tropical* en verso; su autobiografía (escrita en 1912, a petición del semanario *Caras y Caretas,* de Buenos Aires) y el folleto *A. de Gilbert* (Santiago de Chile, 1889), cuyo aspecto más interesante es el de los recuerdos personales que encierra, pues en lo demás se consagra a revelar como exquisito soñador y artista al hijo de Balmaceda, el presidente suicida.

Al publicar su autobiografía, Rubén Darío anunció la próxima aparición de una novela que había escrito poco antes con el título de *Oro de Mallorca.* Dicha obra está aún inédita. Otros muchos trabajos suyos en prosa están por recoger aún en volúmenes: de su primera época merece recordarse el artículo sobre *Los Grandes Ancianos,* fantasía de *chroniqueur* en torno a las figuras de León XIII, Gladstone, Bismarck y Lesseps,

y de épocas posteriores, las *Cabezas* o siluetas que sobre Lugones, Rodó, Zorrilla de San Martín, Graça Aranha y otros escritores contemporáneos de América y de España escribió para la revista *Mundial,* que dirigió en París (13).

La obra escrita en prosa por Rubén Darío, como se ve, es variada y abundante. Sólo la índole circunstancial y transitoria del género—la crónica literaria y periodística—, pudo restar importancia esencial a producción tan múltiple y tan bella, en la cual palpita siempre el alma refinada del poeta.

V

Rubén Darío y sus principales obras poéticas.

En 1896, cuando Rubén Darío publicó *Prosas Profanas,* sus compañeros en la iniciación del modernismo habían desaparecido ya, por singular conjura de la suerte.

Julián del Casal había muerto en 1893, cuando entraba ya en el período de la producción madura y perdurable. La muerte le sorprendió súbitamente en la grata sobremesa de un hogar amigo: un golpe de tos, un leve quejido, un gesto de agonía... y el aristocrático cantor de *Nieve* dejó de existir. En *Nieve* trató Casal de seguir las huellas del parnasismo francés, pero en *Bustos y Rimas,* que dejó en prensa, volvió a ser el poeta emotivo y vibrante, torturado por el dolor de vivir y por el ansia de emociones nuevas.

Manuel Gutiérrez Nájera murió en 1895, dejando una vasta producción en prosa y verso. Llegó a popularizar su pseudó-

---

(13) De 1916 a 1917 han visto la luz algunos volúmenes con trabajos de Rubén Darío, dispersos hasta la víspera. Esos volúmenes llevan por título: *Sol del Domingo, El Mundo de los Sueños,* y *Ramillete de Reflexiones* (Madrid, 1917). En la colección *Ediciones Mínimas* (Buenos Aires, 1916), se han publicado las *Cabezas.* Además, según afirmó el propio Rubén Darío en un artículo sobre *Carlos Ezeta en Monte-Carlo,* publicado en *La Nación,* de Buenos Aires, la relación de la caída de los Ezeta, en el Salvador, a la cual puso Darío el título de *Historia Negra,* vió la luz en forma de folleto, en Guatemala, en 1890. También declaró Rubén Darío, en el epílogo de su autobiografía, que había publicado en la casa Maucci "la traducción de una novela, que firmó en gracias a la adorada bohemia, y de la cual no se quería acordar". Por último, Emilio Berisso ha declarado, en reciente artículo (véase el volumen *Ramillete de Reflexiones*), que Rubén Darío le dió a conocer, hace años, las primeras páginas de una novela intitulada *El hombre de oro.*

nimo del *Duque Job,* y a ser, en México, el poeta predilecto. En la *Revista Azul,* que recogió el símbolo representado en el título del libro de Rubén Darío, tremoló la bandera del movimiento modernista. Aquella revista fué, para las generaciones subsiguientes, un evangelio, y fué considerada siempre, en México, como la viviente encarnación del modernismo; por eso, cuando, doce años después de muerto Gutiérrez Nájera, un mercader de la literatura quiso resucitarla para, desde esa tribuna, librar recia campaña contra las nuevas tendencias literarias, gran parte de la juventud intelectual de México se irguió indignada para protestar contra esa profanación, y la nueva *Revista Azul,* la apócrifa, no pudo subsistir después de esa protesta, que asumió la forma de una ruidosa manifestación pública, la cual recorrió las calles de la capital con el mismo clamoreo de una asonada política.

Y José Martí, que desde hacía años no era un hombre, sino una patria errante convertida en verbo apocalíptico para pedir a toda América un collar de rimas con que tejer la última estrofa del poema de la libertad del continente, cayó también en 1895. El revolucionario de la libertad nos arrebató al revolucionario de la poesía, si bien su nombre se convirtió en himno que cantaron las selvas y los ríos y en grito de guerra que entonaron al unísono los clarines en la manigua fulgurante de heroísmo.

Rubén Darío quedó, de entonces, como jefe único e indiscutible del movimiento. Las filas engrosaban cada día, y si bien caía, víctima del plomo suicida, José Asunción Silva, surgía Leopoldo Lugones, deslumbrador y magnífico; aparecían como estrellas nuevas en el horizonte Leopoldo Díaz y Julio Herrera y Reissig; se destacaba Ricardo Jaimes Freire por su sabio espíritu innovador; esculpía versos impecables Guillermo Valencia; y merced a esas influencias, renovaban más tarde su primitiva forma Salvador Díaz Mirón, José Santos Chocano y Luis Urbina, y se anunciaban Amado Nervo, José Juan Tablada y tantos más.

José Enrique Rodó saludó la aparición de *Prosas Profanas* con un estudio insuperable, que más tarde recogió Rubén Darío como prólogo para una nueva edición de su libro. La sig-

nificación especial alcanzada por Rubén Darío en la poesía hispanoamericana en ese momento, se condensa en este párrafo sintético:

Habíamos tenido en América poetas buenos, y poetas inspirados, y poetas vigorosos; pero no habíamos tenido en América un gran poeta exquisito. Joya es ésa de estufa; vegetación extraña y mimosa que mal podía obtenerse de la explosión vernal de savia salvaje en que ha desbordado hasta ahora la juvenil vitalidad del pensamiento americano; algunas veces encauzada en toscos y robustos troncos que durarán como las formas brutales, pero dominadoras, de nuestra naturaleza, y otras muchas veces difusa en gárrulas lianas, cuyos despojos enriquecen al suelo de tierra vegetal, útil a las florescencias del futuro.

Y refiriéndose a las novedades técnicas del libro, el crítico se expresa así:

La crítica no ha detenido hasta ahora su atención en un aspecto tan interesante de las *Prosas Profanas* como el de las cuestiones relacionadas con la técnica de la versificación y de la forma que este libro promueve, y que conducirían a estudiar una de las manifestaciones más positivas y curiosas del talento innovador de Rubén Darío.

No aludo, ciertamente, con ello a originalidades tan poco recomendables como la de la híbrida contextura de *El País del Sol;* composición en prosa que lleva intercalada, al mediar y al concluir de cada párrafo, una frase que aconsonanta, a modo de informe verso, con la que le precede. ¿Quién duda ya de que la caricia para el oído, la virtud musical, sean tan propios de la prosa como del verso? Midas no serviría más para prosista que para versificador. Toda frase tiene un oculto número. El párrafo es estrofa. Rubén Darío, que domina con soberana majestad el ritmo del verso, ha probado que domina, soberanamente también, el ritmo prosaico. Ved la *Canción del Oro, La Ninfa,* ciertos *Raros* que están hechos en bronce... Pero, por lo mismo que es indudable que hay un ritmo peculiar y distinto para cada forma de expresión, uno y otro ritmo no deben confundirse nunca, y mucho menos debe intentar combinarse la flotante armonía de la prosa con el recurso de la rima, para obtener una hibridación comparable a la de ciertos cronicones latinos de la Edad Media; porque esta rima *parvenue,* interrumpiendo el curso libre y desembarazado de la elocución prosaica, hace el efecto de un incómodo choque, y porque le acontece al poeta que, por tal medio, ha intentado refundir dos modos diversos de armonía, lo que al enamorado voraz que, presuroso por besar las dos mejillas a un tiempo, no acertó a poner el beso en ninguna.

Al hablar de las novedades técnicas de *Prosas Profanas,* me he referido a las que pienso que pueden dejar una huella más o menos durable

en el procedimiento poético, y que consisten principalmente en la preferencia otorgada a los metros que llevan menos nota de clásicos y más generosos en virtualidad musical; la consagración de nuevas formas estróficas, como el monorrimo ternario de dodecasílabos; la frecuencia y la ilimitada libertad con que se interrumpe métricamente la conexión gramatical de la cláusula, deteniéndola aun en palabras de simple relación, y la libre movilidad de la cesura, considerada independientemente de las pausas de sentido; y—como nota *aventurera* de la reforma—las disonancias calculadas, que de improviso interrumpen el orden rítmico de una composición con versos de una inesperada medida, o simplemente con una línea amorfa de palabras.

Hay que advertir que el terceto monorrimo ya había sido empleado por Julián del Casal, en su composición *En el Campo,* aunque no en dodecasílabos, como aparece en *El Faisán* de Rubén Darío. Empero, Rubén Darío comunicó a esta combinación estrófica singular animación y flexibilidad. Además, aunque el endecasílabo anapéstico, empleado por Rubén Darío en el *Pórtico* del libro *En Tropel,* de Salvador Rueda, no sea una invención, tiene todo el carácter de una resurrección valiosísima: y aunque un joven modernista, Carlos Alberto Becu, fué, según declara el propio Rubén Darío en su autobiografía, el primero que ensayó el metro libre en castellano, y antes que Rubén Darío utilizó Jaimes Freire esta nueva forma, ya en *La Página Blanca* se advierte la tendencia al metro-librismo. La combinación métrica del *Responso a Verlaine,* derivada de otra francesa análoga, tenía el carácter de una verdadera novedad en castellano.

Desde el punto de vista espiritual conviene hacer resaltar que, según Díaz Rodríguez, la aspiración mística

en Rubén Darío empieza con poemas como *El Reino Interior,* de *Prosas Profanas,* recordando el suave y delicioso misticismo de ciertas pinturas prerrafaelistas. Luego cobra aquel perfume y frescor de espontaneidad que esparcen algunos de los *Cantos de Vida y Esperanza* del maestro.

¿Cuáles son las poesías predilectas de *Prosas Profanas?* El gusto popular se ha decidido por el soneto *Margarita* y por la *Sonatina,* y después por *Era un aire suave...* y por *Divagación.* Pero todo el libro es un joyel. *El Faisán* es una maravillosa fantasía, llena de juventud y de locura. *La Sinfonía en Gris*

Mayor es un prodigio de habilidad descriptiva. *El Reino Interior* esta lleno de emotividad y de místicas seducciones, con algo del espíritu de Dante Gabriel Rosetti, esto es, con algo de prerrafaelismo, según hizo notar Díaz Rodríguez.

Prosas Profanas es el alarde de rica expresión verbal de un poeta que se siente dueño de grandes tesoros en la imaginación, pero es también la expresión fecunda de un credo artístico y la revelación inusitada de un temperamento. América no había tenido hasta entonces, como observa Rodó, lo que Rubén Darío significaba con ese libro: un gran poeta exquisito.

*

El libro más notable de cuantos dejó Rubén Darío como concreción de su personalidad poética es *Cantos de Vida y Esperanza,* publicado en 1905. Es obra de madurez, y la inspiración del poeta alcanza en ella su más alta expresión. Rubén Darío no es aquí solamente un poeta exquisito, como en *Prosas Profanas,* sino que también es el poeta de una generación y de todo un continente. Ya en lo adelante no pudo aplicársele en justicia el juicio formulado en una tertulia literaria del Plata, y recogido por Rodó para iniciar su trabajo crítico: "¡No es el poeta de América!"

No obstante, si algún libro de Rubén Darío no puede llegar fácilmente a la más alta popularidad, es éste. Ni las rimas se acoplan en él a gusto de las muchedumbres, ni la música del verso es tan sensible para oídos no acostumbrados a ciertos refinamientos de la expresión, como la de los ritmos elegantes y embriagadores de *Prosas Profanas.* Disminuye aquel alarde verbal, propio para fiestas galantes, y la palabra alcanza vigor excepcional.

No faltan en este libro tampoco las innovaciones métricas. La primera y más significativa de todas ellas es el uso sistemático del metro libre, con notorio vigor y elegancia. En ocasiones Darío utiliza el metro libre sin base rítmica fija, como en la *Salutación a Leonardo:*

Pasa su Eminencia.
Como flor o pecado en su traje
rojo;

como flor o pecado, o conciencia
de sutil monseñor que a su paje
mira con vago recelo o enojo.
Nápoles deja a la abeja de oro
hacer su miel
en su fiesta de azul; y el sonoro
bandolín y el laurel
nos anuncian Florencia.

En otros casos, como en *Helios,* la combinación se basa en eptasílabos y alejandrinos (versos que tienen entre sí relación estrecha, pues el alejandrino es el doble del eptasílabo) hermanados con endecasílabos. Es la combinación métrica de la silva, complicada por la duplicación frecuente del eptasílabo en alejandrino. Esa misma combinación es la que existe en el formidable himno a la hembra:

¡Carne, celeste carne de la mujer! Arcilla,
dijo Hugo—ambrosía más bien ¡oh maravilla!
La vida se soporta,
tan doliente y tan corta,
solamente por eso:
Roce, mordisco o beso
en ese pan divino
para el cual nuestra sangre es nuestro vino!
En ella está la lira,
en ella está la rosa,
en ella está la ciencia armoniosa,
en ella se respira
el perfume vital de toda cosa.

Eva y Cipris concentran el misterio
del corazón del mundo.
Cuando el áureo Pegaso
en la victoria matinal se lanza
con el mágico ritmo de su paso
hacia la vida y hacia la esperanza,
si alza la crin y las narices hincha
y sobre las montañas pone el casco sonoro
y hacia la mar relincha,
y el espacio se llena
de un gran temblor de oro,
es que ha visto desnuda a Anadiomena.

En otros casos, Darío utiliza el metro libre con base rítmica fija. Esta forma de metro libre ha adquirido extraordinaria popularidad con el *Nocturno* de José Asunción Silva, cuya base rítmica fundamental es la de cuatro sílabas:

Una noche...
Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas...

En la *Marcha Triunfal,* una de las composiciones más sonoras y armoniosas que se han escrito en idioma castellano, Darío eligió la base trisílaba:

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros;—
las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.—
Las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan...
—A aquellas antiguas espadas,
a aquellos ilustres aceros,
que encarnan las glorias pasadas;—
y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
al que ama la insignia del suelo materno,
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha triunfal!...

Otra innovación importante, en la cual no pareció Rubén Darío haber logrado en un principio igual acierto, es la introducción del exámetro, a imitación del metro griego y latino, en castellano. En la *Salutación del Optimista* el metro aparece revestido de excesiva rudeza, de poco sentido musical, aunque sí posee gran fuerza y vigor:

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos; mágicas

ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
se nuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,
la divina reina de luz, la celeste Esperanza!

Más tarde, al igual que Guillermo Valencia en su magnífica oda *Popayán,* Rubén Darío supo sacar mejor partido del exámetro, dotándolo de rica musicalidad gracias al efecto que producen asonancias o consonancias agudas distribuídas convenientemente a lo largo de la composición. Valga una muestra, de su *Salutación al Águila,* publicada en *El Canto Errante:*

Bien vengas, mágica Águila de alas enormes y fuertes,
a extender sobre el Sur tu gran sombra continental,
a traer en tus garras, anilladas de rojos brillantes,
una palma de gloria del color de la inmensa esperanza,
y en tu pico la oliva de una vasta y fecunda paz.

También Francisco Gavidia ha ensayado el exámetro, en las varias formas que pudiera ofrecer su adaptación sistemática del griego y del latín, en su canto a Santos Dumont.

En *Cantos de Vida y Esperanza* resucita Darío, con indiscutible acierto, el uso del endecasílabo sin la acentuación rigurosa y tradicional impuesta por los contemporáneos tratados de retórica. Los clásicos españoles mezclaban, aunque no sistemáticamente, unos endecasílabos con otros, y suprimían a veces el acento en la sexta sílaba. En esto no se apartaban de la manera italiana, pues los italianos mezclan endecasílabos de diversa acentuación en una misma estrofa (14). Empero, esa tradición, que arranca del más puro clasicismo español, había sido desechada por el retoricismo del siglo XIX. Rubén Darío la resucitó, y obtuvo singular éxito en la adopción del endecasílabo sin acento en la sexta sílaba, que fué acogido de entonces por otros muchos poetas, mezclándolo con otros endecasílabos que sí llevan dicho acento, como se ve en esta estrofa:

---

(14) Véase *El Verso Endecasílabo.* (*Horas de Estudio,* por PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. págs. 138-174. Ollendorff, París, 1910.)

Yo supe de dolor desde mi infancia.
Mi juventud... ¿fué juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan su fragancia...
Una fragancia de melancolía.

*

En *Cantos de Vida y Esperanza,* como libro de madurez, estallan las melancolías del otoño. El otoño se acerca, pero el alma está todavía en plena primavera. Ha pasado la locura, pero queda aún la esperanza. Ya Anatole France ha observado que la perspectiva de la vejez produce más honda melancolía que la vejez misma: la vejez, después que llega, es amable y suave, pero el hombre no puede ver sin tristeza que ella se acerca. Este sentimiento se revela en no pocas páginas de *Cantos de Vida y Esperanza,* principalmente en la admirable y emotiva *Canción de Otoño en Primavera,* y en estas dos estrofas intituladas *De Otoño:*

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora
con aquella locura armoniosa de antaño?
Esos no ven la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa,
cuando empecé a crecer, un vago y dulce son.
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:
¡Dejad al huracán mover mi corazón!

El libro está lleno de explosiones anhelantes. En el preámbulo lírico *(Yo soy aquel que ayer no más decía...)* se siente ya el mismo soplo melancólico, no obstante pertenecer al grupo de los cantos que expresan vida y esperanza, y que constituyen la primera parte del volumen: en esta primera parte es donde se advierten todavía los gritos de optimismo y de fe; el elogio de *Pegaso;* la *Salutación del Optimista* a las "razas ubérrimas, sangre de Hispania"; el saludo fraterno a los poetas, a quienes llama "Torres de Dios"; y el himno a *Helios;* y se corona el conjunto con la armonía maravillosa y solemne de la *Marcha Triunfal.* En *Los Cisnes* ya comienzan las interrogaciones indecisas al futuro, y en el grupo de *Otros Poemas* es donde se manifiestan con más fuerza las melancolías del otoño, no obstan-

te la salutación a la divina estación de la primavera *(Por el influjo de la primavera);* y el canto del poeta se eleva bajo *La Dulzura del Angelus,* o en la *Tarde del Trópico,* o en el silencio de la noche, para lamentar la ''miseria de toda lucha por lo finito''; para decir *A Phocás el Campesino:* ''Ya tendrás la vida para que te envenenes''; para filosofar pitagóricamente con *Cleopompo y Heliodemo,* mientras ''rueda en un ritmo invisible la música del mundo''; para departir, ''ciego de ensueño y loco de armonía'', con el hermano ''que tiene la luz''; o para concentrar, en fin, todo el dolor de su existencia, en estrofas dolientes como las de este *Nocturno:*

Los que auscultásteis el corazón de la noche,
los que por el insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su prisión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,
sabréis leer estos versos de amargor impregnados!...

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que un instante pude no haber nacido,
y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

Todo esto viene en medio del silencio profundo
en que la noche envuelve la terrena ilusión,
y siento como un eco del corazón del mundo
que penetra y conmueve mi propio corazón.

*

Además, en *Cantos de Vida y Esperanza* se revela Rubén Darío poeta continental, poeta de su América. El que en *Azul...* cantó a *Caupolicán,* el que en *Prosas Profanas* ensalzó las bellezas de la pradera bonaerense, en *Cantos de Vida y*

Esperanza se yergue, haciéndose portavoz de toda una luminosa constelación de naciones, y lanza un apóstrofe *A Roosevelt,* para decirle: "Tened cuidado. ¡Vive la América española!"; y le pregunta al cisne: "¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?".

Es el mismo poeta que más tarde ha de elevar su *Canto a la Argentina* y ha de pronunciar, ante el sepulcro recién abierto de Bartolomé Mitre, una oración sentida y elocuente; es el mismo que en *El Canto Errante* canta al *Momotombo* y a *Tutecotzimí,* y formula esta imprecación al descubridor de América:

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,
tu India virgen y hermosa de sangre cálida,
la perla de tus sueños, es una histérica
de convulsivos nervios y frente pálida.

Su obra tuvo, de entonces, un carácter más trascendental y significativo. El poeta tomó para sí la voz de su siglo y de su continente. Sus himnos más nobles y más bellos fueron los que brotaban al toque de esos leimotivos, o bien los que, como el *Poema del Otoño,* significaban un renacimiento de amor y de esperanza:

¡Adolescencia! Amor te dora
con su virtud;
goza del beso de la aurora,
¡oh juventud!

¡Desventurado el que ha cogido
tarde la flor!
Y ¡ay de aquel que nunca ha sabido
lo que es amor!

Yo he visto en tierra tropical
la sangre arder,
como en un cáliz de cristal,
en la mujer.

Y en todas partes la que ama
y se consume
como una flor hecha de llama
y de perfume.

Abrasaos en esa llama
y respirad
ese perfume que embalsama
la Humanidad.

Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos;
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía
que a Apolo invoca;
gozad del canto, porque un día
no tendréis boca.

Gozad de la tierra, que un
bien cierto encierra;
gozad, porque no estáis aún
bajo la tierra.

Apartad el temor que os hiela
y que os restringe;
la paloma de Venus vuela
sobre la Esfinge.

Aún vencen muerte, tiempo y hado
las amorosas;
en las tumbas se han encontrado
mirtos y rosas.

Aún Anadiómena en sus lidias
nos da su ayuda;
aún resurge en la obra de Fidias
Friné desnuda.

Vive el bíblico Adán robusto,
de sangre humana,
y aún siente nuestra lengua el gusto
de la manzana.

Y hace de este globo viviente
fuerza y acción
la universal y omnipotente
fecundación.

El corazón del cielo late
por la victoria
de este vivir, que es un combate
y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia
el sino adverso,
en nosotros corre la savia
del universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar
de tierra y sol,
como el ruido de la mar
el caracol.

La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,
frondas espesas:
tenemos carne de centauros
y satiresas.

En nosotros la Vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!

VI

La autobiografía

La última obra publicada por Rubén Darío son las memorias que escribió, hilvanando recuerdos de manera inconexa, para el semanario argentino *Caras y Caretas.* Esta obra, que lleva por título *La vida de Rubén Darío contada por él mismo,* nos da a conocer la existencia novelesca y aventurera del poeta. En rea-

lidad, más que autobiografía, la obra tiene el corte de una novela picaresca. No resultan más interesantes, en algunos aspectos, las aventuras del *Lazarillo de Tormes* o de *Guzmán de Alfarache.*

No toda la vida de Rubén Darío está en esta obra: algo quiso olvidar y callar el poeta, y así lo confiesa. En ocasiones, la realidad de lo ocurrido ha sido modificada, y es patente el empeño del autor en mantener un carácter novelesco a su narración. No obstante, Rubén Darío no ocultó sus vicios, o, por mejor decir, su vicio: la dipsomanía. A veces habla de ello, sin afectación y sin *pose.* ''Como yo, abusaba de los alcoholes'', dice al hablar de un bohemio parisiense que le presentó Gómez Carrillo. Y en la *Historia de mis Libros* hace esta declaración:

> En cuanto a la bohemia inquerida, ¿habría yo gastado tantas horas de mi vida en agitadas noches blancas, en la euforia artificial y desorbitada de los alcoholes, en el desgaste de una juventud demasiado robusta, si la fortuna me hubiera sonreído y si el capricho y el triste error ajenos no me hubiesen impedido, después de una crueldad de la muerte, la formación de un hogar?...

Sean cuales fueren las atenuaciones que acaso quepan a esa gran debilidad del poeta, la crítica no debe silenciar ningún detalle de su vida. A la postre, el vicio fué la causa indirecta de su muerte, relativamente temprana; pero, en cambio, quizás si, como pudiera suponerse en el caso de Edgar Poe, el alcohol influyera en dar ciertos matices intensos y originales a su poesía.

Rubén Darío nació el 18 de enero de 1867 en Metapa o Chocoyos, pueblecito de Nueva Segovia, en Nicaragua. Su familia era de León. Su verdadero nombre era Félix Rubén García Sarmiento, pero como allí le decían ''los Darío'' a toda esa familia de Garcías, el poeta acabó por usar el nombre con que ha pasado a la inmortalidad. Por desavenencias ocurridas en el hogar de sus padres, y por otras cuestiones de familia, fué educado por una tía abuela materna. Escribió versos desde temprano: los primeros los publicó antes de cumplir los trece años. En su país comenzó a llamársele ''el poeta niño''. Cuando tenía quince años y hacía odas, visitó la república del Salvador y mereció la protección presidencial del doctor Rafael Zaldívar, que entonces gobernaba aquel país. Dos años después fué a Chi-

le y de allí data su renombre continental. En Chile publicó *Abrojos* y *Azul*... Lastarria consiguió para él el puesto de corresponsal del gran diario argentino *La Nación,* que siempre conservó, y para el cual fué nombrado por Mitre en 1889.

De regreso al Salvador pocos meses después, el Presidente Francisco Menéndez le confió la dirección del periódico semioficial *La Unión Centro-Americana.* El 22 de julio de 1890 contrajo matrimonio civil con la señorita Rafaela Contreras, a reserva de contraer poco después el matrimonio religioso, cosa que no pudo efectuarse inmediatamente porque la misma noche estalló una revolución en el Salvador, capitaneada por el general Ezeta, que era, hasta ese momento, una de las más firmes columnas del gobierno del Presidente Menéndez; éste murió, al saber la noticia, de un síncope cardíaco, y Rubén Darío—que, aunque llamado por Ezeta, no quiso sancionar su traición—logró escapar a Guatemala, donde el Presidente Barillas, amigo del difunto Presidente del Salvador, lo hizo nombrar director del diario *El Correo de la Tarde.* Siete meses después se celebró el matrimonio religioso de Rubén Darío con la señorita Contreras.

Rubén Darío pasó más tarde a Costa Rica, y allí nació su primer hijo, Rubén Darío Contreras. Recuerda haber visto a Antonio Maceo y le consagra este párrafo:

> Un día ví salir de un hotel, acompañado de una mujer muy blanca y de cuerpo fino, española, a un gran negro elegante. Era Antonio Maceo. Iba con él otro negro, llamado Bembeta, famoso también en la guerra cubana.

Los errores contenidos en tan breves líneas, demuestran que la memoria no fué muy buen auxiliar de Rubén Darío en este punto. Ciertamente, no podría exigírsele que recordase que la española a quien acompañaba el mulato inmortal era la tiple María Nalbert, pero un elemental conocimiento de la historia de las revoluciones cubanas le habría hecho recordar que *Bembeta,* o sea Bernabé Varona, patriota camagüeyano, de raza blanca, había sucumbido en 1873, en la hecatombe del *Virginius.* Probablemente el amigo acompañante de Maceo era otro mestizo ilustre en las guerras de Cuba: Flor Crombet, a quien nunca se llamó *Bembeta,* aunque entre este apodo y su apellido hay

cierta afinidad fonética que acaso fué la causa de la confusión sufrida a este respecto por Rubén Darío.

Poco después, el gobierno de Nicaragua nombró a Rubén Darío miembro de la delegación que dicha república enviaba a España con motivo de las fiestas del centenario del descubrimiento de América. En España fué objeto de agasajos y muestras de simpatía. Entre sus principales amistades se contaron, de entonces, Menéndez y Pelayo, Castelar, Valera, Núñez de Arce, Campoamor, y Zorrilla.

En su viaje de regreso visitó a Cuba. Estuvo en La Habana varios días y pasó algunas horas en Santiago de Cuba. En su autobiografía no hace Rubén Darío alusión a su permanencia en Cuba, no obstante haber conocido entonces personalmente a Julián del Casal, con el cual le ligó, durante tan breve lapso, fraternal intimidad. Sólo en un artículo intitulado *El general Lachambre* y en una carta pública dirigida a Enrique Hernández Miyares (15) ha recordado Rubén Darío esa visita a Cuba y su amistad con Casal. Este último ha perpetuado, en una de sus mejores poesías (*Páginas de Vida*), el afecto que los unió y la singular antítesis de sus caracteres, evocando el momento en que Rubén Darío embarcó para continuar su viaje:

En la popa desierta del viejo barco
cubierto por un toldo de frías brumas,
mirando cada mástil doblarse en arco,
oyendo los fragores de las espumas;

mientras daba la nave, tumbo tras tumbo,
encima de las ondas alborotadas,
cual si ansiosa estuviera de emprender rumbo
hacia remotas aguas nunca surcadas;

sintiendo ya el delirio de los alcohólicos
en que ahogaba su llanto de despedida,
narrábame, en los tonos más melancólicos,
las páginas secretas de nuestra vida.

*

—Yo soy como esas plantas que ignota mano
siembra un día en el surco por donde marcha,
ya para que la anime luz de verano,
ya para que la hiele frío de escarcha.

(15) *La Habana Elegante*, Año X, No. 24, Habana, 17 de junio de 1894.

Llevado por el soplo del torbellino
que cada día a extraño suelo me arroja,
entre las rudas zarzas de mi camino
si no dejo un capullo, dejo una hoja.

Mas como nada espero lograr del hombre,
y en la bondad divina mi ser confía,
aunque llevo en el alma penas sin nombre
no siento la nostalgia de la alegría.

¡Ignea columna sigue mi paso cierto!
¡Salvadora creencia mi ánimo salva!
¡Yo sé que tras las olas me aguarda el puerto!
Yo sé que tras la noche surgirá el alba.

Tú, en cambio, que doliente mi voz escuchas,
sólo el hastío llevas dentro del alma:
Juzgándote vencido por nada luchas
y de ti se desprende siniestra calma.

Tienes en tu conciencia sinuosidades
donde se extraviaría mi pensamiento,
como al surcar del éter las soledades
el águila en las nubes del firmamento.

Sé que ves en el mundo cosas pequeñas
y que por algo grande siempre suspiras,
mas no hay nada tan bello como lo sueñas,
ni es la vida tan triste como la miras.

Si hubiéramos más tiempo juntos vivido
no nos fuera la ausencia tan dolorosa.
¡Tú cultivas tus males, yo el mío olvido!
!Tú lo ves todo en negro, yo todo en rosa!

Quisiera estar contigo largos instantes
pero a tu ardiente súplica ceder no puedo:
¡Hasta tus verdes ojos relampagueantes
si me inspiran cariño, me infunden miedo!

*

Genio errante, vagando de clima en clima,
sigue el rastro fulgente de un espejismo,
con el ansia de alzarse siempre a la cima,
mas también con el vértigo que da el abismo.

Cada vez que en él pienso la calma pierdo,
palidecen los tintes de mi semblante
y en mi alma se arraiga su fiel recuerdo
como en fosa sombría cardo punzante.

Doblegado en la tierra luego de hinojos,
miro cuanto a mi lado gozoso existe
y pregunto, con lágrimas en los ojos,
¿por qué has hecho ¡oh Dios mío! mi alma tan triste?

Continuó Rubén Darío su viaje y, de paso por Colombia, en Cartagena, conoció al ex presidente y poeta Rafael Núñez, el cual le ofreció obtener que lo nombrasen cónsul de Colombia en Buenos Aires. Meses después le fué extendido a Rubén Darío ese nombramiento por el presidente Miguel Antonio Caro, también poeta y traductor de Virgilio, pues dijérase que, para honor de Colombia, el título de intelectual ha sido siempre la más segura credencial para escalar las alturas del poder.

Rubén Darío siguió viaje a Nicaragua a dar cuenta de su misión y a esperar el nombramiento ofrecido. En León recibió la terrible noticia de la muerte de su esposa, que no lo había acompañado en su viaje oficial y lo aguardaba en el Salvador. El poeta cayó en cama, extenuado de dolor, porque su esposa era para él ''consolación y apoyo moral''.

Repuesto de su quebranto se dirigió a Managua, para gestionar el pago de seis meses de sueldo que le adeudaba el gobierno. Y aquí sobreviene, algún tiempo después, la que él mismo califica como la página más novelesca de su vida. He aquí lo que dice a ese respecto en sus memorias:

Llegué a Managua y me instalé en un hotel de la ciudad. Me rodearon viejos amigos; se me ofreció que se me pagarían pronto mis sueldos, mas es el caso que tuve que esperar bastantes días; tantos, que en ellos ocurrió el caso más novelesco y fatal de mi vida, pero al cual no puedo referirme en estas memorias por muy poderosos motivos.. Es una página dolorosa de violencia y engaño, que ha impedido la formación de un hogar por más de veinte años, pero vive aún quien como yo ha sufrido las consecuencias de un familiar paso irreflexivo y no quiero aumentar con la menor referencia una larga pena. El diplomático y escritor mejicano Federico Gamboa, tan conocido en Buenos Aires, tiene escrita desde hace muchos años esa página romántica y amarga, y la conserva inédita, porque yo no quise que la publicase en uno de sus libros de recuerdos. Es precisa, pues, aquí, una laguna en la narración de mi vida.

La vida de un escritor pertenece a la posteridad, y el señor Gamboa debe publicar esa página, que es la que se refiere al segundo matrimonio de Rubén Darío, el que contrajo con la señorita Rosario Murillo. Rubén Darío habla de ''un familiar paso irreflexivo'', así como habla de violencia y de engaño; pero hace constar que hay otra víctima de esos hechos, y que en obsequio a ella ''no quiere aumentar con la menor referencia una larga pena''. Es lo cierto, en suma, que Rubén Darío contrajo un matrimonio que no hubiera querido contraer, y que acaso, libre de la influencia del alcohol y de la presión que se ejerció sobre él, no hubiera contraído. Este matrimonio infortunado le impidió, durante veinte años, según él mismo declara, consolidar su nuevo hogar, el que formó en Europa con la Sra. Francisca Sánchez, a la cual reiteradamente consagró durante sus últimos años versos llenos de gratitud y de ternura. De esta última unión tuvo un hijo, Rubén Darío Sánchez, que fué el consuelo y la alegría de sus postreros años.

A esta época y a los años precedentes (de 1891 a 1893), corresponde la amistad íntima de Rubén Darío con un cubano distinguido, inspirado poeta, hijo de Santiago de Cuba: Desiderio Fajardo Ortiz, que hizo popular su simbólico pseudónimo de *El Cautivo,* y que vivió, inválido y resignado, uncido al carro del dolor. Rubén Darío, que no menciona esta amistad en su autobiografía, consagró a Fajardo Ortiz estos versos, apenas conocidos:

Como el príncipe del cuento
las piernas tienes de mármol;
como poeta y artista
tus ojos miran los astros.

Si eres *cautivo,* eres grande;
si eres poeta eres mago;
si eres vate, tienes flores;
y si eres dios, tienes rayos.

Tienes tus mil y una noches
como el bello solitario,
las tormentas de tus himnos
y las nubes de tus cantos.

Ansía todos los cielos,
ama todos los zodiacos,
y haz dos alas inmortales
con las ruedas de tu carro.

Y en un ejemplar de *Azul...*, destinado a *El Cautivo,* puso Rubén Darío esta dedicatoria autógrafa:

Arte y amistad nos ligan.
Mientras yo exista y tú existas,
seamos hermanos y artistas:
arte y amistad obligan.

Arte es religión. Creamos
en el arte, en él pensemos;
a sus altares llevemos
nuestras coronas y ramos.

Hagamos de la expresión
que siempre armoniosa sea,
y hagamos de cada idea
una cristalización.

La prosa es el material;
adorno, las frases mismas,
y las letras son los prismas
del espléndido cristal.

Y dejemos sus enfáticas
reglas y leyes teóricas,
a los que escriben retóricas
y se absorben las gramáticas.

Pensar firme; hablar sonoro;
ser artista, lo primero:
que el pensamiento de acero
tenga ropaje de oro.

*

Poco después de su segundo matrimonio, Rubén Darío recibió una carta de Rafael Núñez, en la cual éste le avisaba que podía ir a recoger a Panamá el nombramiento de Cónsul de Colombia en Buenos Aires. Rubén Darío partió para Europa, para de allí encaminarse a la Argentina, no sólo porque el viaje

se realizaba entonces en condiciones más cómodas por esa vía un poco larga, sino también guiado por el deseo de visitar a París. Se detuvo en Nueva York, para seguir luego a Europa, y allí conoció a Martí. Se vieron una sola vez, pero eso bastó para estrechar la amistad que los unía, cimentada de antemano en la recíproca admiración que se profesaban. La entrevista con Martí es una de las más bellas páginas de su autobiografía.

En París estuvo Rubén Darío, en esa su primera visita, poco tiempo. Los literatos franceses que entonces le distinguieron con su amistad fueron, principalmente, Jean Moréas, Charles Morice y Maurice Duplessis.

Al llegar a Buenos Aires fué cordialmente recibido. Allí, puede decirse, se puso al frente del movimiento literario. Argentina fué su segunda patria y a ella consagró profundo amor y perpetua gratitud. Se formó el grupo del Ateneo y se vió al modernismo en acción. Muerto Rafael Núñez poco después, Rubén Darío dejó de ser Cónsul de Colombia y se consagró por entero a la vida del periodismo, colaborando principalmente en *La Nación,* de la cual siguió siendo redactor toda la vida. Fundó con Ricardo Jaimes Freire la *Revista de América.* Publicó *Prosas Profanas,* y provocó una tempestad de loores y diatribas.

A raíz de la guerra hispanoamericana Rubén Darío fué enviado a España por *La Nación.* En el libro *España Contemporánea* figuran sus crónicas de esta época. Más tarde siguió a París, para enviar al gran diario argentino sus impresiones sobre la Exposición Universal de 1900, recogidas en el libro *Peregrinaciones.* Después visitó, siempre por encargo de *La Nación,* diversos países de Europa: Inglaterra, Italia, Alemania, Bélgica, Austria-Hungría, pero su residencia habitual y preferida era París. Algún tiempo después el gobierno de Nicaragua lo nombró Cónsul General en París.

En 1906 fué nombrado Delegado de Nicaragua al Congreso Pan-Americano de Río de Janeiro. De regreso del Brasil, fué designado como miembro de la comisión de límites entre Nicaragua y Honduras, que debía reunirse en Madrid, pues el árbitro era el rey Alfonso XIII, y después de cumplido este cometido Rubén Darío se dirigió a su tierra natal, la cual no visitaba desde hacía diez y ocho años. Fué recibido por sus compatrio-

tas con inusitado entusiasmo y el Presidente Zelaya lo nombró Ministro Plenipotenciario en Madrid. En su libro *El Viaje a Nicaragua* ha condensado sus impresiones de esta visita a su patria y ha hablado del afecto entrañable de amigos como el doctor Luis Debayle.

De regreso a España, investido con los pergaminos de la diplomacia, compareció ante el joven monarca que rige los destinos de la nación descubridora. La afabilidad con que se le recibió en Palacio le hizo ver que sus mejores credenciales eran las de poeta. El Rey, terminada la ceremonia oficial, le habló de sus versos, y le demostró de esa suerte que aquella ceremonia no era más que la sanción oficial de un hecho ya conocido: que Rubén Darío era en España el embajador intelectual de América.

En 1910 el joven e ilustrado Presidente de Nicaragua, el doctor José Madriz, abogado de talento y hombre de noble corazón, que sustituyó a Zelaya en el poder, nombró a Rubén Darío Enviado Extraordinario ante el gobierno de México en las fiestas del centenario de la independencia mexicana. Rubén Darío emprendió viaje de España hacia México. Hizo escala en La Habana y allí se enteró de que el doctor Madriz había sido derribado por la revolución que capitaneaba el general Estrada. Telegrafió al gobierno de Nicaragua y no recibió respuesta. Los que estuvimos cerca de él durante los instantes que pasó en La Habana—instantes de cordialidad, cuya nota culminante fué un banquete de escritores—tratamos de acallar sus inquietudes, estimando que en las escasas veinticuatro horas de su paso por La Habana apenas había tiempo de que el cablegrama fuese contestado, pues considerábamos, además, que un cargo como el que llevaba el poeta a México era de índole esencialmente nacional y nada tenía que ver con los accidentes de la vida política.

Estábamos, sin embargo, profundamente engañados. Estrada, que contaba con el favor de la cancillería de los Estados Unidos, temió desagradar a ésta manteniendo en ese cargo al poeta del apóstrofe *A Roosevelt,* y telegrafió a México destituyéndolo. Al llegar a Veracruz, una muchedumbre inmensa acudió a recibir a Rubén Darío, pero un comisionado del gobierno mexicano informó al poeta de su destitución. Se le indicó que era conveniente que no siguiese a la capital, pues allí se le prepara-

ba un recibimiento popular ruidoso, que se temía culminara en manifestaciones de indiscreta hostilidad a gobiernos amigos, cosa doblemente impropia y mortificante en una ocasión solemne como la conmemoración del centenario de la independencia. El poeta descansó unos días en Jalapa, que lo recibió triunfalmente, y regresó a La Habana, no sin que el gobierno mexicano nombrase un comisionado para que lo acompañase durante dos meses y cuidase de que no le faltare ninguna clase de comodidades. En La Habana pasó Rubén Darío cerca de tres meses, presa de gran abatimiento. Al fin trató de salir de esa inacción, en vista de que se encontraba sin recursos, una vez que el enviado del gobierno de México hubo cumplido su misión de acompañarlo. Le auxilió el Ministro del Brasil, el distinguido poeta Fontoura Xavier; además *La Nación* le situó fondos por cable, así como el general Bernardo Reyes, que se encontraba en París, y Rubén Darío pudo regresar a Europa.

Poco después fundó en París la revista *Mundial* con los hermanos Guido, y fué obsequiado por los escritores franceses con un banquete, que presidían Paul Fort, Remy de Gourmont y Anatole France. Emprendió luego una peregrinación de propaganda de su revista y fué recibido con vivas muestras de entusiasmo en Madrid, en Barcelona, y después en Río de Janeiro y otras poblaciones de la América del Sur. La gran guerra de 1914 interrumpió la publicación de la revista; y ya antes Rubén Darío, sintiéndose enfermo, había ido a Palma de Mallorca, de donde después, un tanto mejorado de sus quebrantos, se dirigió a Barcelona, donde residió algún tiempo.

El problema de la guerra mundial le llenaba de inquietudes. Profesaba un gran amor a Francia, según lo había expresado, haciéndose eco del corazón de América, en versos franceses de sonora melodía, que fueron recitados en una fiesta del comité France-Amérique; pero le torturaba el temor de que Francia pudiera ser aniquilada por la embestida de los ejércitos teutones. Gómez Carrillo, en una bella página que escribió a raíz de la muerte de Darío, habla de ese amor sincero y profundo por Francia, y de esas inquietudes, que los hechos comenzaron felizmente a desvanecer en su espíritu.

Un nicaragüense llamado Alejandro Bermúdez insinuó a

Rubén Darío la idea de hacer un último viaje a Nicaragua. Emprendieron ambos el camino de Nueva York, donde Rubén Darío fué objeto de múltiples deferencias. La Sociedad Hispánica de América, fundada por Mr. Archer M. Huntington, le otorgó su medalla de honor—deferencia excepcional que a muy escasas personalidades ha sido concedida— y tanto la Academia Nacional de Artes y Letras como la Liga de Autores, de Nueva York, le tributaron grandes honores (16).

En Nueva York sufrió Rubén Darío una pulmonía doble, que agravó su estado de salud, de suyo delicado. Repuesto un tanto y desligado de Bermúdez, siguió viaje a Guatemala, donde agravó, y entonces el gobierno de Nicaragua lo hizo conducir a León, donde murió el 6 de febrero de 1916. La que fué su segunda esposa, Rosario Murillo, que siempre había vivido separada de él, acudió a acompañarlo en el trance decisivo y el doctor Debayle se encargó desde un principio de su asistencia.

VII

La estatua

Un día, en charla amena y fraterna, alguien hablaba a Rubén Darío, con frivolidad indiscreta, de la consagración de su gloria en el mármol, el día en que su nombre y su obra fueran ya el patrimonio de la posteridad.

—"El busto sobrevive a la ciudad" según Gautier, y no será, sin duda, un solo monumento el que se alzará, ni en un solo lugar, como símbolo de la supervivencia de la obra de Rubén Darío. ¿Dónde se alzará el primero?

—En Nicaragua, dijo sencillamente el poeta, o en Argentina.

Y se habló de otra cosa.

El cable nos transmite, sin embargo, una noticia que modifica esencialmente ese vaticinio del poeta en el ara de sus dos patrias, la natal y la adoptiva. Un grupo de escritores y artistas

(16) En marzo de 1916, después de muerto Rubén Darío, la Sociedad de la Poesía, de Nueva York, tomó un expresivo acuerdo en honor del poeta. Este acuerdo fué adoptado por iniciativa del exquisito poeta norteamericano Joyce Kilmer, que acaba de morir gloriosamente en el frente francés, el 30 de julio de 1918.

de Madrid, entre los cuales se cuentan Pío Baroja, Valle Inclán y los Romero de Torres, ha tomado la iniciativa de erigir un monumento a Rubén Darío en uno de los principales paseos de la capital española. De esa suerte, si cristaliza ese noble propósito, en el viejo solar de las letras castellanas, dentro de las cuales representa Rubén Darío tan profunda y brillante revolución, será donde se alzará el primer monumento en su honor.

Mañana, cuando allí se levante la efigie del poeta en mármol impoluto, que, mejor que el bronce rudo, cuadra a los tributarios del ensueño; cuando las rachas frescas acaricien aquella faz, que la piedra perpetuará eternamente joven, y ante el sencillo pedestal se detengan las nuevas generaciones, y se prosternen los que harán el arte de las edades futuras, los que llevarán, con la virtud del entusiasmo, el ímpetu de renovación y de conquista, creerán acaso oir una voz misteriosa que viene del pasado, y que les dice:

—Este poeta, cuya imagen aquí se perpetúa, nació en el Nuevo Mundo, en un rincón fabuloso cuajado de selvas milenarias y coronado de ignívomos volcanes. Rudo debió haber sido su canto en mitad de esa naturaleza salvaje y bravía. Empero, él pidió alas a la imaginación y se forjó un paraíso artificial, y dueño ya de una Acrópolis de ensueño y de un París fantástico, rompió a cantar de un modo nunca oído en lengua castellana. El canto voló con alas de quimera por sobre las olas del Atlántico y trajo a España la nota nueva y joyante de su verso maravilloso. El canto voló y nos reveló tesoros ignorados u olvidados ya en la cantera prolífica de nuestra poesía. El canto voló otra vez y nos trajo ritmos y acentos cumplicados de la intensa vida contemporánea. El canto volvió a volar y nos dió a conocer modos de expresión inusitados, refinamientos exquisitos, gemas, riquezas y golcondas, pedrería... Y más tarde, ese canto se sublimó: se elevó gradualmente como por imperceptible escala melódica y se fué haciendo cada vez más vigoroso y altivo, hasta que estalló, grandioso y formidable, como la voz de todo un continente. ¡Y el canto cruzó el mar, mas no con alas de quimera, sino con vuelo de cóndor andino, y recorrió del uno al otro océano, y con fragor de trueno apocalíptico estremeció las vértebras del mundo!

NUESTRA GENERACIÓN

LA generación cubana anterior a la nuestra cúpole la ruda, larga, dolorosa y necesaria tarea de derribar la vieja sociedad podrida. Asentábase aquella sociedad sobre un crimen social: la esclavitud del negro; y sobre un crimen político: la esclavitud del blanco. Sobre la conciencia colectiva pesaban con peso equivalente los dos crímenes. Por lo demás, una diferencia radical existía entre el esclavo blanco y el esclavo negro: la condición material del primero era en general buena, desahogada, cómoda, en numerosos casos abundante: cabíale, en efecto, el derecho, de que usó corto tiempo, de enriquecerse con el esfuerzo del segundo, de explotar el trabajo del segundo. La condición material de éste era, en conjunto, análoga a la de las bestias. Doble ignominia pesaba, pues, sobre el cubano blanco; pues a la de su propia servidumbre uníase la de la explotación y el usufructo de la servidumbre ajena.

La grandeza suprema de los hombres del 68 consistió en sentir clara y vivamente la doble ignominia, y en la resolución de libertarse simultáneamente de las dos. En un mismo acto y punto, el siervo blanco se rebeló contra su señor y libertó a su propio siervo. Es decir, renunció a ser esclavo y renunció también a ser dueño. Porque era esclavo y dueño; y su esclavitud propia le aseguraba la posesión de su bien, cimentado en la propia opresión. Con lógica inmortal vió claramente desde el primer instante, como doble, y sin embargo idéntica, la causa de su miseria y su abundancia: su servidumbre y su propiedad. Erale preciso libertarse, y, al hacerlo, libertar al negro, de cuyo traba-

jo procedía su riqueza material. Y al proclamar su propia libertad proclamó la de aquellos que le pertenecían. El respeto a su propia dignidad le hizo alzarse iracundo; el respeto a la dignidad humana, y la lógica misma de su acto heroico y grave, libertar a los otros. El 10 de octubre de 1868 señaló, en la historia de nuestras revoluciones, no tan sólo el comienzo de una de las etapas decisivas, y la más larga, de la Revolución de Cuba, sino también una como suerte de 4 de agosto de la gran Revolución de Francia: la plutocracia cubana, a falta de títulos nobiliarios, renunció espontánea y entusiásticamente a su riqueza (1).

Tal fué la obra grandiosa comenzada por nuestros predecesores inmediatos. La sociedad cubana, la riqueza, la vida toda en Cuba dependían del trabajo del negro, es decir, que tenían su asiento en la injusticia. Y se hallaban garantidas por la opresión metropolitana que coronaba y legalizaba la injusticia a cambio de la sumisión. Tarea de Hércules fué la emprendida por la generación precedente, tarea trascendental y buena, de libertad y purificación, sublime triunfo de las fuerzas espirituales, tarea patriótica ante todo, conscientemente patriótica y consciente o subconsciente, y altísimamente humana.

Era tan formidable la tarea, que superaba las fuerzas de una sola generación o, por lo menos, de un solo empuje. El pacto del Zanjón señaló un intermedio de reposición necesaria, interrumpido por erupciones parciales del volcán que algunos ciegos juzgaban apagado y que rugía y se alimentaba de recuerdos sagrados, y de esperanza cierta. Martí *sabía,* y organizaba con celeridad, sabiduría y silencio la fuerza esparcida y potente. ''Tenemos—escribía—tenemos que pagar con nuestros dolores la criminal riqueza de nuestros abuelos.'' Martí supo ver (2) y no dudó un instante. Porque era un genio vidente, supo ver; y porque en sí guardaba toda la energía de acción del sacrificio, supo realizar. El 24 de febrero señaló el comienzo del último acto de la larga tragedia, no su más largo acto, pero sí el más

(1) Por lo demás, aquellos de los revolucionarios que poseían tales títulos —ejemplo, el venerable e inolvidable Salvador Cisneros Betancourt—renunciaron asimismo a ellos, siguiendo la propia lógica inflexible de los hechos y de su conciencia. (N. del A.)

(2) Por la propia época escribía también: "Para ir adelante de los demás se necesita ver más que ellos."

terrible de todos—y también el decisivo. Y en él se unió ya de lleno, para dar remate a la obra ingente, nuestra generación a su inmediatamente antecesora. Se unió en los campos y en la emigración, aprendió a vivir en la lucha directa o en el destierro ansioso, estrecho, incierto, mas iluminado por la fe cada vez más resplandeciente, que vigorizaba y elevaba el alma, mostrándole la necesidad, la hermosura y la fecundidad del sacrificio.

Surgió, pues, nuestra generación a la vida en tiempos de tragedia. De un suelo amasado con sangre y lágrimas brotó la flor de nuestra pubertad. Llegamos a la razón entre chasquidos de armas y gritos de cólera y muerte. Tiempos apocalípticos fueron para nosotros—como lo son para el mundo todo los actuales—los tiempos en que comenzamos a ser hombres. El ideal brillaba en lo alto, con más fulgor que nunca había brillado; pero ¡qué tremendo holocausto de dolor y de ruinas subía a su altura inmensa!

El triunfo fué, tras de la larga espera angustiosa, tan súbito y diverso en cierto modo a la plenitud soñada, que el alma cubana toda tuvo, en la alegría inefable de la consecución, y pasada la primera alegría de la victoria, un momento de desorientación agravada por la muerte de tantos héroes y mártires, directores naturales de nuestro pueblo, y, a la cabeza de todos, Martí, que al comienzo mismo de su radiante sueño y de su obra la había coronado con la ofrenda de su alta y breve vida.

Después vinieron la intervención, el 20 de mayo, fecha suprema de la historia patria, consagración y resumen glorioso de todas las otras grandes fechas. Y más tarde, tras el período de destrucción parcial y necesaria del pasado, el período, aún no terminado, de reconstrucción no menos necesaria, interrumpido por las revoluciones de agosto, de mayo, de febrero, y que aún continúa.

Nuestra generación se halla colocada al final del prolongado período de liquidación de la sociedad antigua, y del sistema antiguo, y del difícil preparar de la nueva, surgida de la revolución y de la paz. Nació nuestra generación entre escombros materiales y morales, y lo halló casi todo por hacer. Su tarea es sobre todo constructora, evidentemente, si bien asimismo de vigilancia y combate sistemáticos y perseverantes, en la vida, en la

escuela, en la legislación, en el libro y la prensa, con la palabra y la pluma, contra los arrastres impuros del pasado, sin condenar éste en bloque, pero discerniendo lo que de dañino pueda abrigar en su seno. A nadie mejor que a nosotros, y nunca tal vez mejor que en el presente momento de nuestro desarrollo nacional, se aplican estas palabras de alta previsión del malogrado e ilustre Rodó, dirigidas a toda nuestra América:

> El anhelo del porvenir, la simpatía por lo nuevo, una hospitalidad amplia y generosa, son naturales condiciones de nuestro desenvolvimiento; pero, si hemos de mantener alguna personalidad colectiva, necesitamos reconocernos en el pasado y divisarlo constantemente por encima de nuestro suelto velamen.

Un nacionalismo *liberal* en sus miras—en el sentido más amplio y sincero—ha de guiar en sus pasos a la generación a que pertenecemos. Porque ella, y su obra misma, son las herederas legítimas, y las continuadoras de la Revolución. En ésta lógicamente ha de inspirarse la generación nuestra, y en el ideal de ella, encarnado en Martí, y por él formulado luminosamente. Ha de mirar hacia lo porvenir, guardando en sí el recuerdo reverente y las enseñanzas del pasado, y teniendo en cuenta las realidades ineludibles del presente. Ha de avanzar, no de modo ciego, sino con energía y vista clara, y después de haber examinado. Ha recibido una patria, y su misión es afianzarla, aumentarla, si puede, en belleza, libertad y justicia, y ello no para sí tan sólo, sino principalmente para las generaciones que la habrán de seguir.

LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL.

GOTAS DE SANGRE

(NOVELA DE LA GUERRA)

VII

(Finaliza)

Del marqués a Tadeo y Laboulle.

París, 20 de febrero de 1918.

''Mis queridos amigos:

''La grave enfermedad de mi hijo, salvado al fin, y el reumatismo, causas por las cuales me hallo en París, me impidieron ponerles unas líneas después de mi última postal.

''Poco de interés puedo contarles de la retaguardia. Llegó un momento en que, en realidad, se estuvo viviendo demasiado bien. No diré que se volvió, en ciertos medios, al lujo ostentoso y la molicie, pero sí a un conjunto de lo que podría llamar facilidades, quizá algo exagerado. De más de un año a la fecha, si nada falta, nada sobra tampoco y la vida se desliza en armonía con los tiempos.

''Relegado a segundo término el mariscal Joffre, necesitados de una figura en quien depositar nuestra confianza, encarnar nuestras esperanzas, estuvimos padeciendo de sed de dictatoritis, o lo que es lo mismo, de la sed de un hombre que no aparecía. Alguien escribió en *Le Rire* que, seguramente, mucha gente se dijo ante el espejo: ''¿Un dictador?... ¡Héme aquí! Reúno todas las condiciones indispensables para el cargo... ¡Ah!, si Francia lo supiese!'' Pero que, por desgracia, Francia nada sabía, aunque los vecinos de los candidatos sí sabían que a los aspirantes a Cromwell... sus mujeres los gobernaban autocráticamente!

''Un senador avanzó la necesidad de un gobierno de guerra, que hiciese la guerra, que supiese la guerra, que osare la guerra. Un diputado proclamó la necesidad del jefe, uno de los numerosos errores de los aliados—cada uno hemos cometido alguno—, por agregar a la serie ya conocida. Y al fin, ante la imperiosa necesidad, se impuso la unidad de mando, sin llegarse al dictador. La competencia de Foch está fuera de discusión. Su nombre me suena como un latigazo corto, seco, cortante... sobre las sílabas de su rival Hindenburgo.

''La jaula de loros, no quiero exagerar, ha realizado alguna que otra buena tarea; expresar lo contrario sería condenar nuestra inteligencia. (Si me oye Citrouille, hace un gesto teatral y lo completa con una frase sonora!). Ahora bien, sigue siendo en realidad un gran bloque en la ruta. Me he entretenido en anotar las diversas fases de sus intrigas, de su incoherencia, demencia, idiotez, vanidad, ambición, inconsciencia y pedantez. (Maboul, espero poder saborear la colección alguna vez en tu compañía.)

''Para citarles un detalle. Briand, en pocos meses de poder, compareció cuarenta y una veces ante las comisiones parlamentarias, perdiendo además su tiempo frecuentemente en las sesiones, no sólo públicas, sino de los comités secretos de ambas cámaras. En el curso de una de ellas suplicó que no le interpelasen sin ton ni son, que le citasen hechos. 'Una vez más, dijo, mis colaboradores en el gobierno y yo venimos a entregarnos a todas las críticas; pero cuando hayamos discutido libremente, cuando vosotros terminéis todas vuestras preguntas, cuando no os contentéis con acoger rumores que se hacen circular y atraviesan borrascosamente los pasillos, turban los espíritus y crean la desconfianza hacia el gobierno; cuando, esclarecida la verdad, atentamente estudiados los hechos, la conozcáis toda, entonces, si no os sentís satisfechos del gobierno, decidlo. Pero que no salga de esta discusión debilitado y en la imposibilidad casi física de realizar su misión. Sí, tengo derecho a expresarme así. Digo que jamás ha existido en ninguna época, ni en país alguno del mundo, un gobierno obligado a hacer frente a labor tan terrible, sobre el que hayan pesado tantas dificultades, que haya sido incomodado en su trabajo como lo ha sido éste.'

''Ribot se ha quejado de no dejársele trabajar, de verse obli-

gado a llamar al orden a la pajarera. 'La Cámara es soberana, dijo. El gobierno no se sustituye a ella, pero tiene el derecho y el deber de tener una idea personal; el ministerio no se halla a remolque de nadie. En las circunstancias actuales, sobre todo, tiene el deber de tener voluntad; y la tiene.'

"La discusión sobre el mariscalato y el decreto que lo confirió al generalísimo, fue una de las más deliciosas muestras de amor a la pérdida de tiempo exhibidas por parlamento alguno. El general Lyautey, ministro de la guerra, se contentó con ponerle punto al cacareo, manifestando haber tenido el insigne honor ante el país, el ejército, los aliados y el enemigo, de refrendar el decreto que confería la dignidad suprema al jefe símbolo de la defensa nacional y del sublime esfuerzo del pueblo.

"Un diputado, a comienzos del pasado año, refiriéndose al gobierno, habló de insuficiencia de organización y previsión rayanas en la improvisación, en el *à peu près;* a lo que muchas voces le respondieron razonablemente: 'Esas faltas datan de antes de la guerra!'

"Todo eso, sin embargo, ¡qué poca importancia reviste ante la magnitud del conflicto! Mientras éste dure, sólo la guerra, su fin, la victoria, importan.

"Los asuntos de Rusia, tan inquietantes, tan amenazadores para nuestra causa durante algún tiempo, se me antojan ahora algo lejano y lastimoso. No hay quien pueda predecir cómo terminará el caos actual, aunque probablemente, las masas, desencantadas, se volverán contra el bolshevikismo, cuyas falaces promesas de tranquilidad y bienestar general no llevan trazas de realizarse. Lo cierto es que si el gobierno de los czares dejaba que desear, la inexistencia de todo gobierno y el actual desencadenamiento de odio hacia la inteligencia y la fortuna es tan execrable como perjudicial para la nación. Por de pronto, sólo una dictadura de arriba, fuerte e inteligente, salvaría al imperio de la tiranía de abajo, cruel y estúpida, la cual, saciada, casi arrepentida y desconcertada, terminaría por aclamar a su rival.

"La abdicación de Nicolás II debió bastar a nuestra aliada. Su sucesor, instruído por la experiencia, hubiera sabido renovar el régimen. Abdicó también, surgió la figura del socialista Alejandro Kerensky; y éste—sin la talla ni la energía necesarias

para la tarea—, olvidando sustituir su régimen personal, o cualquier otro, al caído, para proseguir la guerra en que estaba empeñado no el czar, sino Rusia, permitió a todas las facciones aspirar al gobierno provisional, acabando de dejar rodar por tierra no a un régimen, sino a su patria que se tambaleaba.

''Esperemos poder reanudar nuestra amistad con Rusia. Todo lo mejor de ella está con nosotros. La crisis no puede durar. Las fiebres les pasan a las naciones como a los individuos.

''Acabo de leer *El Fuego,* de Enrique Barbusse. Es un gran fresco miguelangesco, dibujado al carbón sobre un horizonte acerado. Algunos rayos de sol como el que, tímido, surge al terminarse el libro, alargados, dispersos, el sol mismo, sus brazos bien abiertos, la luz, la gran luz en fin, hubieran vivificado aún más el cuadro. La guerra es para Barbusse: fango, agua, negros vapores, entre los cuales se destacan, cincelados con extraordinario relieve, las sólidas figuras de marmóreos soldados.

''Nuestros jefes parecen no existir para Barbusse, ni la religión, ni nuestra risa, desesperada mueca, ni el amor, reducido a mínima expresión; la retaguardia no es sino vil manada de emboscados y *poseurs,* aunque ella es nuestro manantial de guerreros y las madres y padres y hermanos de los que combaten; y sólo los pobres, los humildes, parecen arriesgar sus vidas. Este exceso de sombra daña la obra.

''Además, el final cojea, se arrastra. El escritor, no contento con anotar las palabras de sus soldados, se sale de los límites de la realidad, y hasta del sentido común y del arte, y se lanza en una serie de divagaciones—dirigidas en parte contra los reyes, los grandes y también los modestos financieros, los que aman lo militar, los tradicionalistas, los sacerdotes, abogados, economistas, historiadores y sabios—dignas del más vacío cerebro de cualquier bien o mal intencionado socialista.

''Cierto es que sus tipos son hombres sacados de las masas, ignorantes, llenos de sentido común, descarrilado frecuentemente, sencillos, simplificados ''por la fuerza de las cosas'', de los cuales, por intermitencia, se escapan ''de lo negro y del silencio de sus grandes almas humanas'' gritos de humanidad, estremecimientos, emociones profundas; cierto es que superficialmente considerada, la gloria personal del soldado ''es una mentira'',

que su sacrificio es una ''supresión oscura'', que cuando asalta no hay recompensa (inmediata), pues que corre a arrojarse en una ''espantosa nada de gloria''. Pero, por otra parte, ¿y los miles y miles de soldados inteligentes, y porque inteligentes, más sufridos, acaso no cuentan? Cierta debilidad de razonamiento, ciertos exabruptos de barata sentimentalidad, les liman a mi juicio, a los peludos, el más que sobrio, brutal relieve con que el autor les ha burilado. ''Máquinas de olvidar'', llama él a sus hombres. Eso y sólo eso somos; sin olvidar, la lucha sería imposible. En resumen, la novela—desearían leerla?—, aunque imperfecta, es quizá lo mejor que hasta ahora nuestra lengua ha producido como cuadro de la guerra actual.

''Díganle a Cementerio que, como le prometí, en el castillo tengo desde enero a su madre. Está completamente sorda, y aunque gastada por los años y el trabajo, fuerte todavía. No desea saber sino cuándo se acabará la guerra, porque tiene la seguridad de volver a abrazar a su hijo. 'Él tiene mucha calma y sabe lo que hace, dice; a ese no habrá boche que lo ensarte.'

''Tadeo: estuve en *El Pan de Oro*. Los chicos están bien. Quieren que les traigas un casco alemán. Francisca espera verte pronto. Dice que ya te toca nuevo permiso. Si vienes, no olvides donde vivo.

''Su amigo que les quiere,

Jacobo.''

P. D.

''Maboul, tu novia te espera siempre. Confía tranquilamente en una reconciliación. Semejante expresión asombra si se recuerda tu conducta. Diablo de hombre, ¿dónde has metido tu corazón? Si le tienes en el pecho, ¿qué haces de él, para qué te sirve? ¿Qué se ha hecho de tu bondad? Piensa que lo menos que se debe a un ser que mucho nos quiere, es hacerle creer en una reciprocidad de afecto. Tu comportamiento con ella sigue siendo un misterio para mí... y sin duda más que un misterio para ella, aunque no lo dice.''

De Laboulle al marqués.

En el frente, junio 6 de 1918.

''Mi querido amigo:

''Cementerio acaba de ser fusilado. Víctima de uno de esos súbitos desfallecimientos de la voluntad, que a veces sorprenden hasta a los más bravos, abandonó una posición importante, dándose a la fuga, seguido de cincuenta hombres contagiados con su pánico. Treinta de ellos corrieron la misma suerte de su teniente abandonado. Una ametralladora les segó en unos segundos.

''Ni los esfuerzos de la defensa, ni nuestras declaraciones, ni las de algunos de los compañeros que le siguieron, pudieron salvarle. Cierto es también que ni una palabra de explicación quiso dar. *J'suis foutu!,* nos dijo desde el principio. Variaba de conversación o no respondía en cuanto se abordaba el asunto. Su tranquilidad nos acongojaba y hasta irritaba.

''Me dejó su gran reloj de nikel y su gruesa cadena de plata. A Tadeo le entregó once francos que tenía. ''Compre bombones para las pequeñuelas'', le dijo. Me encargó sencillamente que te diese recuerdos cuando te escribiese. ''Gallo-liebre es bueno—agregó—, dígale que siga siendo bueno con mi vieja''.—''¿Quieres enviarle a decir algo a ella?''—''No, mejor será que no sepa nada. Que siga viviendo en paz.''

''Cayó impasible, como vivió. La convicción, no diré de su culpabilidad, pero sí de su falta, su serena resignación—en su oscura inteligencia no mentía el sentido honrado del deber—, le convierten para mí en algo más que un héroe, en un verdadero, puro patriota.

''Muchas vidas costó su debilidad. El Código militar tuvo razón. Pero el código del sentimiento ha protestado y protesta aún en nosotros contra las durezas de la necesidad. Tadeo y yo estamos desolados. Nos vamos quedando solos.

''Afectuosamente te estrecha la mano,

Maboul.''

Del marqués a Tadeo y Laboulle.

París, 23 de agosto de 1918.

''Mis queridos amigos:

''No llego a acostumbrarme a la idea de la desaparición de Cementerio. Todavía no me he decidido a darle la noticia a su madre. Es tan vieja, está tan gastada, no viviendo ya en ella más que el recuerdo de su hijo, que temo asesinarla al apagarla la única luz que la queda en la vida.

''Raro es el día en que no sabe uno de la desaparición, lejana o reciente, de algún amigo o conocido. Jamás ha presenciado la humanidad el espectáculo de tantos millones de familias enlutadas.

''Sólo ayer vine a enterarme de la muerte de mi amigo el dragón conde Yves de Colleville, de quien varias veces les hablé. Su fin fue una de las tantas tragedias de la guerra actual, quizá demasiado grandes para una escena. Hallábase el 17 de enero del 15 en Vieux Than, sentado en medio de una especie de gran caja de vidrio, en el despacho del director de una importante fábrica. Su caballo le esperaba en el patio, con los de sus hombres, guarecidos en ese momento en el sótano del edificio. Él, en un cómodo sillón, junto al teléfono, le escribía a su madre. Impasible ante las explosiones de los obuses: ''No me escondo, la dice. Escribo.'' Salta un vidrio, hecho añicos. ''Nuestros cañones responden'', anota. Las explosiones se hacen más amenazadoras a cada instante. ''Quisiera conocer a Arlette'', la hija nacida durante su ausencia. Los obuses se multiplican. ''Mamá, te confío a María y a las pequeñuelas''. Le queda un pequeño espacio en blanco en el papel. Desea conservarle, dice, para relatarla luego cómo terminará el episodio. ''Enciendo una pipa y espero. Nuestros 75 responden por baterías! Continúo mi pipa!'' Y fumando, esperando, sentado junto al teléfono, en la mesa donde escribía, le mata un obús!

''¿Recuerdan a aquel Roberto Martin, clarín del 14º de cazadores alpinos, evocado también por mí frecuentemente? Era una especie de Cementerio impulsivo y medio salvaje, como les decía. Había hecho la campaña de Marruecos. Herido en los

Vosgos, va a dar a un hospital auxiliar de Lyon, donde las religiosas le hablan de cosas que nadie nunca mencionó en su presencia. Prende en él el catolicismo, estudia el catecismo, hace su primera comunión, se confiesa al fin; y es tal su piedad, que durante dos días arrostra las burlas de algunos de sus compañeros, asombrados de verle orar de rodillas. Al tercer día, le dice a uno: "Si tienes alma, haz como yo. Si no la tienes, imita a nuestro perro: échate, nariz entre las patas, y duerme! Cuando sale del hospital es un católico perfecto y no olvida a sus amigas las religiosas. Poco después, en junio del 15, en el frente, pregunta el comandante de su batallón si alguno de sus hombres tendrá el valor de volar dos ametralladoras alemanas colocadas a ocho metros de la trinchera. "¡Presente!", grita él. Le escribe entonces su última carta a una religiosa y va a cumplir la misión, de donde no regresa!

"No veo a Citrouille desde hace algún tiempo, aunque nos hemos escrito varias veces. Debe de continuar planeando nuestra felicidad futura con más proyectos de leyes que cabellos le quedan (se está quedando calvo). Tiene también en cartera su plan de Liga de naciones. "Victor Hugo soñó con los Estados Unidos de Europa, me dijo: palabras escritas en las nubes. Mi idea es algo práctico y estudiado en detalle". Le pregunté si no estimaba que bastarían los acuerdos de las dos Conferencias del Haya, suplementados con el arbitraje obligatorio universal para todas las cuestiones de importancia. Y me respondió: "Voy a publicar un folleto sobre la Liga. En él está mi idea, ya verás lo interesante que es. Te lo enviaré". Hasta ahora no ha llegado a mis manos. En opinión suya, con o sin liga de naciones no habrá más grandes guerras en un par de siglos. "No las permitirá el mundo entero. El conflicto ha afectado hasta a los neutrales más lejanos y le va saliendo demasiado caro a la humanidad para meterse en semejantes andanzas con frecuencia, ni tolerarlas". Afirma haber meditado mucho sobre la república. "Los autores de las leyes constitucionales de 1875—dice—organizaron una república despojada de todo elemento constitutivo de semejante régimen, es decir, establecieron solamente el poder absoluto de los irresponsables elegidos por el voto. Semejante sistema político no tiene precedente en la historia, ni nom-

bre en la lengua del derecho, y es generador de anarquía, de despotismo y de ruina! Mis conclusiones no son ni más ni menos que las de Julio Roche. (En cuanto me mencionó ese nombre me di cuenta, como les habrá sucedido a ustedes, de que resumía las ideas de su colega y ex ministro). Durante cuarenta y un años el régimen constitucional nos ha infligido sesenta y ocho gobiernos que no han gobernado! Después de la victoria se impondrá la redacción de una Constitución republicana y democrática, adaptada a nuestras necesidades, a nuestro genio... último paso antes del triunfo socialista inevitable y no lejano!'' Sin darle tiempo para recitarme la nueva Constitución y detallarme la Liga, me despedí de él, acordándome de ti, Maboul: porque esa sed de mejoramiento, tan en el aire, no nos la ha traído solamente la guerra; se debe en muy gran parte a la obra de formidable crítica y también de ardiente aspiración reconstructiva de Maurras, tu maestro, y de sus discípulos.

''A varios kilómetros de distancia todavía de la Liga, hablemos de la paz, más cercana. Estas son mis condiciones. (¿Quién, frente al mapa, se ha privado del placer de variarle la faz al mundo. de acuerdo con sus ideales? ¿Quién, a veces, no se siente todo un Talleyrand a medias?) Restitución de Alsacia y Lorena; línea del Rin; restauración de las regiones invadidas y devastadas; supresión o reducción del ejército alemán a cifra por fijar. Restitución del Schleswig y Holstein a Dinamarca. Restauración de Bélgica, completado su territorio con el de Luxemburgo, de Rumanía, Serbia y Montenegro, completados con los territorios que les corresponden, de acuerdo con el principio de las nacionalidades. Restitución a Italia de sus tierras en manos austro-húngaras y restauración de su territorio invadido. Restauración de los territorios rusos invadidos y cesión a dicha nación de la Turquía europea. Cesión de Chipre a Grecia y restitución de los territorios a que tiene derecho en el viejo mundo y en Africa. Independencia de Polonia y de Finlandia, con los territorios que a ambas les correspondan. Desmembración de Austria-Hungría e independencia de Bohemia, etc. Dejar en pie, en cualquier forma, como nación, tan absurdo mosaico, sería posponer la solución de un enojoso problema. Hay quien habla de la desmembración de Alemania, pero no veo lo práctico de la

idea; dentro de unos años aspiraría nuevamente a formar un bloque y, calmadas las pasiones, nadie se opondría a la reunión de pueblos de los mismos hábitos y lengua. Al desmembrar a Austria-Hungría, podría la casa reinante quedar al frente del pequeño territorio alemán que solo formaría el reino austriaco, si el pueblo deseare conservar la dinastía a su cabeza; a Hungría tocará decidir con respecto a su separación o continuación con Austria. Turquía, confinada a África y vigilada; y liberación y protección de los pueblos sometidos hasta el presente a su tiranía. Devolución a China de Kiaochao, a título de ensayo de gobierno de esa parte modernizada de su territorio, con promesa de renunciamiento a la extraterritorialidad y privilegios gozados por los extranjeros en dicha nación, una vez renovada toda su legislación criminal y civil en colaboración los legistas chinos con los de las naciones aliadas, y sometida a prueba dicha renovación. Repartición de las colonias alemanas africanas entre Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos, si éstos también desearen colaborar en la tarea africana, con las rectificaciones de fronteras necesarias a Portugal y demás naciones interesadas en dicho continente. Cesión de las colonias alemanas del Pacífico al Japón. Repartición de la flota—actualmente en Alemania—mercante y de guerra entre Rusia, Portugal y las naciones aliadas poco favorecidas en ese sentido antes del conflicto. Amistosa cesión, por nosotros e Inglaterra, a los Estados Unidos, de parte de nuestras posesiones antillanas. Compromiso de facilidades aduanales y de supresión de impuestos a los productos de las naciones que como Cuba, el Brasil, China, Uruguay, Guatemala, Siam, etc., se colocaron junto a los aliados, bien declarándoles la guerra a los poderes centrales, bien rompiendo sus relaciones con ellos. Pago, por parte de Alemania y sus aliadas, de los gastos de restauración de las naciones que invadieron y devastaron y de los gastos de guerra incurridos por Bélgica, Rumanía, Serbia y Montenegro.

"Además todas las naciones deberían concurrir a una especie de segunda parte de la Conferencia de la paz. Y una vez terminadas las negociaciones entre los que fueron beligerantes, los representantes de los demás estados podrían exponer los agravios o problemas de sus respectivos países (Filipinas, por ejem-

plo, podría lograr el reconocimiento de su neutralidad, para el día que cesare la ocupación provisional de su territorio por los Estados Unidos; ese es un ejemplo de los muchos y variados casos que podrían tratarse), los cuales serían sometidos a las resoluciones inapelables del conjunto de delegados. En esas sesiones se solucionarían derechos, se sentarían las bases de nuevos tratados, se complementarían los acuerdos internacionales del Haya, se implantaría al fin el derecho internacional, se trataría del arbitraje obligatorio. De ese modo se daría un paso más hacia la equidad universal. Otras guerras, o el siempre creciente sentimiento de la justicia, resolverán o suavizarán en lo futuro, poco a poco, las docenas de conflictos e ideas que separan a tantas razas.

''Volviendo a la realidad del momento. Nuevamente vino a romperse la ola alemana a orillas del Marne. Los últimos meses fueron de prueba. Pero ya podrán fluctuar las batallas y hasta repetirse tanto las victorias de una parte como de otra; el primer disparo de los artilleros norteamericanos, en un 75 nuestro, sobre las trincheras boches, el día 23 de octubre de 1917, debió sonar siniestramente en los oídos de los imperios centrales y sus aliados. Ese obús fue el primero de la serie final.

''Visité hace unos meses parte del frente actual. Regresé asqueado y tan afligido como pudiera haberse sentido cualquier civil trasladado súbitamente de su hogar al campo de batalla. Recorrí unos cincuenta kilómetros de largo por diez y seis de fondo.

''¡Aridez, ni una hierba rala, ni un junco, ni siquiera raíces, restos de troncos y ramas carbonizadas, huesos, metal, un desierto sin oasis, desventrado, revuelto y atormentado, silencio—eso era lo que fue el fértil valle del Soma. La gran batalla saltaba a la vista, escrita en la naturaleza, en las trincheras, los ramales, las alambradas y depósitos de municiones, los huecos de proyectiles, las posiciones de la artillería, las tumbas, los villorrios borrados, Curlu, Mariecourt, Maurepas, Hardecourt, Ginchy, Longueval, Guillemont, Montauban, Mametz, Fricourt, Contalmaison, Baxentin, Thiepval, Beaumont-Hamel, Hebuterne, Gommecourt, donde, si acaso, salta todavía a la vista algún rincón de cementerio civil. No recuerdo los nombres de todos los pueblos

devastados por donde anduve. Muchos caminos habían sido reparados, pero tal iglesia, tal casa, tal lugar... bueno, había que creer lo que algún que otro oficial de memoria privilegiada nos decía.

"Guncy, los dos Coucy, Trosly-Loire, quemados, arrasados hasta el punto de no quedar intacto siquiera a medias, un sótano, algún rincón de huerto. Anduve por el dédalo de nuestras defensas, por las líneas alemanas, con sus letreros, abrigos y mohosas alambradas, tan distintas de las nuestras gris-plateadas, pequeño detalle casi simbólico para mí.

"¡Cuántas leguas de árboles y postes de telégrafo por tierra, de rutas averiadas, minadas, intransitables, antes de llegar a Noyon, donde entraréis dentro de poco! En esa ciudad encerraron los alemanes a los habitantes de los cercanos lugares incendiados, menores de catorce años y mayores de sesenta; a los demás, excepción hecha de las madres de familia, les deportaron como esclavos. Niños y ancianos me relataban su llegada, en la lluvia, contemplando a lo lejos las llamaradas de los incendios, los boches dedicados entretanto al saqueo—de la catedral se llevaron el órgano, las campanas, las imágenes; el Cristo de bronce lo arrancaron de la cruz; se robaron hasta la caja del ayuntamiento, y una vez en retirada el grueso de las fuerzas, las últimas guardias apoderáronse de lo poco que quedaba!—, esperando ellos en medio de las calles el momento de ir a buscar asilo.

"En Coucy vieron los campesinos—obligados en muchas partes a destruir sus siembras—la caída de miles de árboles frutales, serruchados a un metro del suelo, hasta en las colinas. Gigantescos troncos, formando dibujos en cruz, fueron cortados al ras, el villorrio dinamitado y veinte mil kilogramos de explosivos derribaron las poderosas murallas del castillo que se reía de los siglos. Ante tanta ira, tanto odio desencadenado, debieron estremecerse las cenizas de aquel fiero Enguerrando III de la divisa: "Rey no soy, nacido príncipe, nacido duque, nacido conde también: señor de Coucy soy". Algún que otro bosque quedó en pie; no les alcanzó el tiempo para aniquilarlos.

"En Ham di con un segundo refugio de niños y ancianos. De dos horas nada más dispusieron todos los habitantes deportables, para partir con un equipaje cuyo peso no excediese de

treinta kilogramos. De allí se llevaron hasta la más coja silla. Media hora antes de marcharse arrojaban piedras en las ventanas y vidrieras, y cuatro tenientes se divertían disparando sus revólvers sobre las fachadas. La destrucción del castillo puede considerarse más inútil y cruel que la del de Coucy, pues se halla en terreno llano.

''Emery-Hallen, Libermont, Eschen, Solente, Champien, ¡escombros! En ese último lugar las tumbas fueron violadas. Las grandes losas de los panteones estaban arrancadas, desbaratadas; los sarcófagos veíanse abiertos, dispersas las osamentas, con toda clase de basuras, vidrios, cajas de conservas. Alrededor de la iglesia no escapó ni una tumba. Parecería inverosímil semejante gesto, si no nos dijésemos que nuestros enemigos son los supremos organizadores de la ciencia del mal... y de la mentira para justificarla. ¡Eternamente nos separarán de ellos la pequeña diferencia de mil años de civilización, y por lo tanto de mil diferencias de temperamento; y, sobre todo, el hecho, tan lamentable como inevitable, de no ser ellos sino germanos y nosotros galos, los galos de Tácito, batiéndose por la libertad, *Gallos pro libertate,* y los germanos por la presa y el pillaje, *Germanos ad prædam!*

''Los obreros habían sustituído a los soldados. En vagoncillos de transporte se acumulaban basuras útiles: rifles enteros, y despedazados, bayonetas, cañones de trinchera, obuses, cascos, cartuchos, alambre barbado, granadas, carros, maderos, cantimploras, utensilios de metal, zurrones, correas, botas. Todo se aprovechaba, se separaba, se embarcaba. El valor de la tierra hundida, calva, empobrecida a pesar del abono humano revuelto en ella, ascendía... a medio millón de kilogramos de metal. Se proyectaba, se me dijo, sembrar toda la región de pinos; única esperanza de ver renacer el valle dentro de veinte o treinta años. Para entonces los miles de proyectiles enterrados por doquier, sin explotar, mohosos, cesarán probablemente de ser un peligro.

''Les sigo con la vista, entusiasmado y también indignado por no poder hallarme junto a ustedes. Sé que las batallas se hacen más recias cada día. Me veo entre las cuatro paredes de los fuegos de caja; siguiendo con matemática precisión a los de

salto, que avanzan después de martillar ciertos lugares; detrás de los de arrastre, camino del enemigo, deteniéndose aquí y allí para quebrantar tal o cual línea, deslizándose a velocidad prevista; escucho el espeluznante tamborileo de las ametralladoras, las titánicas, asombrosas explosiones de gruesas piezas; siento el calor de la careta puesta durante no horas, sino días, lo mismo al frente que kilómetros atrás y las quemazones del fuego líquido; creo respirar gases, no varios, sino muchos, cada uno nuevo, más sutil y cobarde en el arte de ahogar al enemigo; me zumban en los oídos los motores de las bandadas de aeroplanos, el rodar de centenas de tanques, el silbido de la metralla, el clamoreo de los combates al arma blanca, los ayes de los heridos; me hundo en un lodazal, me empapa la lluvia; creo exagerar la inexagerable crueldad a donde se ha llegado, el caos de ruidos, los sufrimientos de un infierno destapado; pues bien, créanme, me volvería a colocar el ojo, la oreja y el brazo que me faltan, para perderlos gustoso nuevamente! Porque hay que hacer recular al monstruo ''borracho de rabia e infamia'', y pegarle duro y mucho. Abrumarle bajo la reprobación del universo, no basta, no bastaría, como dice Maeterlinck, porque eso, ''poco le desasosegaría'', caído como ha caído donde la vergüenza no puede alcanzarle, ''pues que la vergüenza tiene todavía ascos'' que él ya no tiene! No escuchando más ''las palabras que guían a la humanidad'', no sintiendo ''los golpes que doman a las fieras, precisa por lo tanto pegarle donde se pueda, como se pueda, cuando se pueda, mientras se pueda, en su vanidad, en sus afecciones, en sus relaciones, y sobre todo en su bolsillo y su vientre, los dos asientos de su vida!''

''Ahora, al notarse la presencia del ejército de los Estados Unidos en los campos de batalla, me viene otro recuerdo a la mente: la llegada de un transporte el día 13 del pasado agosto, a uno de nuestros puertos, el mismo donde en 26 de junio desembarcó el primer destacamento de fuerzas del general Pershing. Apenas anunciado, dos grandes máquinas salieron a su encuentro, aves de presa a caza de submarinos enemigos. En la mayoría de las casas, en los edificios públicos, ondeaban, unidas, nuestra bandera y la norteamericana. Por las ventanas frente al mar se asomaban semblantes curiosos; los muelles, sus alrededores,

las compuertas, rebosaban de gente. Un crucero rompía la marcha; detrás del transporte, rodeado de numerosas barcas de pescadores, se multiplicaban los *destroyers;* los aviadores volaban, muy bajo, sobre el convoy. Los soldados del nuevo mundo respondían con entusiasmo a nuestros vítores. Una banda del transporte tocaba alternativamente La Marsellesa y el Star Spangled Banner. Pañuelos, gorras, sombreros, hasta corbatas y cinturones se agitaban. A mucha gente se le saltaban las lágrimas. *Take heart, you folks, for we're going to paste hell out of the Boches!,* gritaba un norteamericano. *Uncle Sam is on the job now!,* gritaba otro. Las más imprevistas preguntas y respuestas se entrecruzaban entre gentes que no se entendían y sin embargo gesticulaban, reían y se hacían comprender como niños de distintas nacionalidades. Las tropas no pudieron desembarcar esa tarde. Los transportes fueron inundados de frutas y flores. Durante la noche, algunos hombres se deslizaron sobre los muelles y burlando la vigilancia de los centinelas se esparcieron por la ciudad. *Great place, this France,* afirmaba uno, admirado. *Folks in this burg wouldn't let me pay for a blamed thing; never saw so much wine in my life. It must rain booze in these parts!* Al día siguiente, durante el desembarco, el entusiasmo fue enorme.

''Un soldado con quien trabé amistad, llamado Osborne de Varila, creía hallarse en medio de una escena de ópera antigua vista por él hacía tiempo, en San Francisco. Su impresión era seguramente la de todos. El color local que, felizmente, conserva todavía nuestro pueblo en muchas regiones, el corte de nuestras ciudades pequeñas y sus caracteres distintos, aunque siempre franceses, tienen que llamar poderosamente la atención del país del *standard,* de la simetría práctica, de la uniformidad de tipos, vestimentas y construcciones. El *sammy* mencionado, saludable, alegre, optimista, jactancioso sin pedantismo, bien intencionado, deseoso de acción, empeñado, como buen aficionado al deporte, en batir algún record, se me antojó, a pesar de su origen—su padre francés, su madre descendiente de irlandeses—, el tipo corriente del soldado norteamericano. Con hombres así, con los millones de ellos necesarios para sustituir a los rusos, reunidos a nosotros y los ingleses, en un frente relativa-

mente reducido y bien preparado, ¡cuántos sufrimientos, cuántas vidas, cuánto oro se hubiese ahorrado la humanidad si hubieran comenzado a llegar antes! Pero mejor tarde que nunca. Lamentar el pasado, ¿de qué sirve? El fuerte patullar de los millones de soldados aliados, resuena en mis oídos como un himno de paz, casi divino en su monotonía—una sola nota apagada, surgida del infinito, que se acerca, se hincha, crece y crece por instantes y se agiganta, hasta estallar, grandiosa, en un grito universal de sosiego y alegría, ¡la paz!, ¡la paz!

"Una vez más se despide de ustedes, deseándoles buena suerte, y al grito de ¡siempre adelante!, su invariable amigo,

Jacobo."

De Tadeo y Laboulle al marqués.

En el frente, 9 de octubre de 1918.

"Mi querido amigo:

"Desde que comenzó en marzo la segunda y enorme ofensiva alemana no cesamos de batirnos, primero reculando, como en el 14, después avanzando. Los boches se encuentran desconcertados, el gran plan de sus jefes se ha quedado en el papel, han perdido una fabulosa cantidad de material, Bulgaria se ha visto obligada a abandonarles, Turquía y Austria boquean; ellos se baten todavía con encarnizamiento, pero van retirándose, siempre volando nuestras ciudades, materialmente raspándolas de la tierra, pidiendo a un tiempo la paz, o mejor dicho, un armisticio para discutir la paz que les convendría! Inútil nos parece a los soldados toda discusión con ellos. Nuestras condiciones se reducen actualmente a: rendición incondicional y aceptación de las bases aliadas, o solución por las armas! Los preliminares de paz quisiéramos verlos firmar en Berlín. Los detalles pueden completarlos y discutirlos nuestros diplomáticos con los de ellos, donde les plazca!, pero si no vamos a tener la satisfacción ni el tiempo para castigarles por todo el daño inútil que nos han causado,, que nos quede, al menos, el placer de pasearnos por sus ciudades y, a nosotros los franceses, el de rehacer o completar

nuestro territorio en Berlín o Potsdam, como en el 70 completaron e hicieron ellos a Alemania en Versalles.

"La idea de la paz me atolondra. La guerra me estaba ya pareciendo una ocupación fastidiosa e inevitable. Ayer le decía yo a Laboulle que a mi regreso temo morirme de una indigestión de cosas buenas, haciéndoseme agua la boca al recordar nuestros vinos, nuestra deliciosa caza, nuestra mesa variada, rica y ligera a un tiempo. "¡Qué feliz eres! Ves la paz como un gran atracón", me respondió. Acto seguido, como le gustara el tema, se puso a hacerme una conferencia sobre la influencia de la cocina en el patriotismo. ¡Ciruelas de Agen, pasteles de Tolosa o de Chartres, longanizas de Vire, caracoles de Borgoña, chicharrones finos de Tours, membrillo de Orleans, trufas perigordinas, salchichones de Arlés o de Lyon, turrón de Montélimar, caramelos de Rouen, blancas y gordas pollas cebadas de Bresse, macarrones de San Emilion, corazones de Arras, *berlingots* de Carpentras, galletitas rellenas de Cambrai, galletas de Reims, mirabels de Metz, lenguas de Valenciennes, desfilaban entremezcladas con variadísimos peces, ostras, sopas, legumbres, salsas, asados y ensaladas, en una evocación que me derretía. Él, aunque no es comelón, creo que gozaba tanto como yo en medio de su evocación gastronómica. ¡Cuántas centenas de ranchos estoy dispuesto, sin embargo, a digerir contra la seguridad de volver a mi *Pan de Oro,* al hogar, a mi café, a la sombra del gran palacio y a sus jardines!

"El fusilamiento de Perron le ha aumentado su neurastenia a Laboulle; pero, como le digo: ¡qué toque madera! Cada día les quedan a las balas menos oportunidades de mordernos. En mi opinión, en cuanto suelte el uniforme, será otro hombre. El otro día por poco se van a las manos él y Collin. Herr Odio sostenía que nada se había perdido con la supresión de Cementerio, "uno de tantos ceros"; Laboulle afirmaba que sus últimos días le habían transformado en un sér de grande belleza moral; los compañeros, sin excepción, eran de su opinión.

"Mil gracias por los últimos envíos. No nos mande libros; no hay tiempo para nada y menos aún para la lectura. Dígale al encargado de la tienda de Laboulle que a éste le vendrían bien unos calcetines y ropa interior de lana, como la que siempre le

mandó y le gusta, y que se le ha perdido su máquina de afeitarse; le sorprendería agradablemente el envío de todo, además de algunos de sus habanos favoritos.

''Con saludos para la señora marquesa, se despide muy cordialmente de usted,

Tadeo.''

En el frente, 9 de octubre de 1918.

''Mi querido amigo:

''Tú conoces la fatiga de los combatientes. Sabes de su silencio, de su sordera a todo, de lo que es estar a punto de caer, como cloroformado, dura la mirada, estirado el semblante, de algodón los músculos, instantes antes de acero; del deseo inmenso de sueño interminable, de la muerte del cuerpo y del alma, y sin embargo, de los ojos quemados abiertos y de las piernas en marcha! Pues bien, exagera todo eso y piensa que así se siente muy a menudo tu amigo. Tengo los nervios desmadejados; les comparo a madeja de cordeles gastados, deshilachados, a punto de romperse por cualquier parte en cuanto se tratare de usarlos. Durante los acerbos momentos de prueba de la primavera, la impresión de ver al enemigo a un estirar de brazo de París y la de la posible repetición de la tarea del 14, acabaron de rendirme. Me domina un gran deseo de reposo. Si logro llegar hasta la conclusión de la guerra—Tadeo y la realidad me tratan de convencer de la posibilidad de tanta suerte—, el día que entregue mi fusil tomo camino de un sanatorio, me meto en una cama y me echo a dormir tres meses! Entretanto sigo cumpliendo mi deber y para ello no sé, en verdad, de dónde saco fuerzas.

''De muchas cosas quisiera hablarte, mucho desearía poder contestar tus cartas en detalle, pero la guerra no es ahora ya inacción, ya asalto, sino un continuo bregar; y las horas de descanso no nos alcanzan para las más perentorias necesidades. Además, hasta el pensar me fatiga.

''Ponme a los pies de tu señora, un beso para el chiquitín, y déjate abrazar fuertemente por tu invariable amigo,

Enrique.''

De Laboulle a Marsouille.

En el frente, 9 de octubre de 1918.

"Querido amigo:

Recibí tu postal del día dos. El folleto anunciado en ella no ha llegado todavía a mis manos. Lo leeré con atención, y cuando me sobre un momento contarás con mi opinión. Por de contado quiero decirte que el lento aunque creciente sentimiento de la justicia universal es la mejor Liga de las naciones. Recuerda que el 10 de marzo de 1814 el tratado de Chaumont unió a los aliados contra Francia por veinte años. En el desenvolvimiento de la personalidad de la Humanidad nos hallamos todavía en la etapa de las coaliciones, es decir, dentro de los límites de esa clase de acontecimientos. Más claro: durante varios siglos, todavía se impondrán ciertas alianzas contra los gestos de ciertos pueblos. La actual, contra Alemania y sus aliadas, es una necesidad no por veinte años, sino por ochenta o cien. Si naciones como esas requieren castigo ahora, otras podrían requerirlo en el porvenir. El día, muy lejano, en que todos los pueblos alcancen cierto nivel moral, ese día no precisará Liga universal alguna. Por otra parte, actualmente la Liga no sería la unión—única deseable—de todos los buenos, sino la de todos a un tiempo—el hecho del vencimiento de Alemania, por ejemplo, no borra sus hechos—y con semejante idea no estoy de acuerdo. Las reglas de ciertos clubs y ciertas asociaciones, tienen que ser las de las naciones.

"El futuro te preocupa, no sólo el nuestro, sino el universal. Me parece bien. A mí, sin embargo, del futuro me interesa el de la Humanidad, pero me preocupa el nuestro. Cuento con la sensatez que los acontecimientos habrán llevado a los ánimos, sobre todo a los ánimos de los honrados y osados a un tiempo, para la rectificación de lo que Renan llamó nuestro reciente defecto favorito: el gusto de la democracia superficial, la única democracia realizable, espejismo que nos llevaba al abismo donde el mundo, casi entero, nos evitó rodar.

"Justicia y libertad, justicia sobre todo, porque donde reina la justicia la libertad es un hecho, son los principios hacia los

que hay que tender sin cesar. "Francia sobresale en lo exquisito, es mediocre en lo común", es decir, en la democracia, como diría el autor de *La Reforma intelectual y moral.* Rectifiquemos, dejémosnos de ideales vacíos, enfrentémosnos con la realidad, abordemos con sinceridad la libertad y la justicia, fundamentos esenciales, únicos, de toda sociedad que aspire a perdurar, reanudemos la tradición interrumpida, elevemos la patria al lugar que le corresponde; solamente guiados por el humano interés del bien, de la justicia y de la libertad, reconstituiremos nuevamente a la gran Francia de antaño. Llevando a buen fin esa obra colocaremos nuestra piedra en la todavía incompleta armazón de la Humanidad.

"Ponme a los pies de tu esposa. Hasta uno de estos días, se despide de ti tu amigo,

Laboulle."

*

Dedicados los Estados Unidos, durante el año siguiente al de su entrada en la guerra, a prepararse en la escala necesaria para en el conflicto sustituir a Rusia y hasta sobrepasarla militarmente, y restablecer la balanza de las fuerzas aliadas, reducidas por la defección que siguió a la revolución rusa y subsiguientes acontecimientos en dicho país, Alemania, esperanzada, recuperaba el aliento que parecía faltarla doce meses antes; y en la primavera de 1918, decidida a aprovechar la circunstancia del debilitamiento del principal frente aliado, inició en Francia, en 21 de marzo, una acometida formidable, osada y peligrosa.

Victoriosa primeramente, pronto la sabia contraofensiva del mariscal Foch paralizó su enorme esfuerzo. Entretanto, terminados en parte los preparativos iniciales de los Estados Unidos, los acontecimientos obligaron a dicha nación no sólo a apresurarlos, sino a acelerar extraordinariamente el envío de sus fuerzas al viejo continente. Obligado el ejército alemán, batido, a retroceder, perdiendo inmensa cantidad de material imposible de retransportar o destruir, su retirada se convirtió en grave derrota, en su persecución y expulsión de territorios ocupados por ella desde el comienzo de la guerra.

Jugada la última carta de los imperios centrales, la convicción de la imposibilidad de su triunfo dió por resultado los pri-

meros serios sondeos de paz del extenuado imperio austro-húngaro, seguidos por los de Alemania, una vez rendida Bulgaria, y en realidad fuera de combate Turquía.

A comienzos del otoño, fuerte todavía Alemania, desde el punto de vista militar, pero moralmente ya derrotada, sin más perspectiva que un nuevo invierno de serias privaciones y crecientes dificultades económicas, se batía sin cesar, cediendo terreno a diario, regateando a un tiempo las condiciones de su rendición, la aceptación de una paz inevitable y que, aun ilusoria como la por ella pretendida, rudo golpe significaba para el orgulloso imperio que durante tanto tiempo, y gracias a su extraordinaria preparación, creyóse destinado a la realización de grandiosos planes de conquista casi universal.

Durante la noche del 11 de octubre reinaba relativa tranquilidad en la parte del frente donde operaba el regimiento de Laboulle y Tadeo. La artillería pesada alemana, obligada a frecuente movilidad a causa de la incesante presión aliada, no respondía con energía a la voz de su enemiga.

Hacía frío en el escampado donde pernoctaban las tropas. En los villorrios cercanos no hubiera cabido un hombre más. El cielo, borroso, amenazaba lluvia.

El terreno donde se batían los alemanes encontrábase siempre defendido con verdaderos matorrales, hábilmente distribuídos, de alambradas e innumerables avisperos de ametralladoras. A pesar de la labor de los carros de asalto, progresaban los soldados azotados por repetidos chubascos de metralla y obuses de las piezas ligeras. El avance de los aliados era, sin embargo, tan rápido en ciertos lugares, considerado el estado de los caminos minados y bombardeados y de los campos agujereados por la artillería, que a pesar de los valiosos informes de la aviación, precisaba frecuentemente, a causa del tiempo, recurrir repetidamente a los servicios de patrullas y parejas de observadores.

Tadeo y Laboulle habíanse ofrecido para informar sobre un amenazador blocao, excelentemente situado y defendido en un pliegue de terreno por dispersos nidos de ametralladoras.

Escurriéndose detrás de los setos, aprovechando la cuneta de un caminillo, y luego los huecos formados por las explosiones

de los proyectiles, dos horas antes del amanecer partieron ambos, armados sólo con sus revólvers, Laboulle llevando un teléfono portátil.

Sobre ellos formaban fugaces arcos los obuses franceses. De vez en cuando alguno alemán caía cerca de ellos. Entonces se arrojaban al suelo, bien pegados a la tierra, e instantes después proseguían su marcha.

Su objetivo eran las ruinas de una casa de campo, en una pequeña eminencia de donde se dominaba cierta parte de las posiciones enemigas. Más de una hora tardaron en abordarla.

Laboulle, primero en llegar, se acostó, encogido, detrás de dos grandes pilas de escombros, y se puso con cuidado a colocar, unos sobre otros, unos ladrillos, a fin de poder observar con facilidad por entre las rendijas que iba a dejar. Tadeo hallábase todavía a una docena de metros de distancia.

Laboulle telefoneó:

—Ya llegamos. Estamos frente a los boches, pero veo poco. Hay que esperar a que se disipe algo más la bruma. Creo, rectificaré dentro de poco, que precisará apuntar a mil quinientos metros al norte de estas ruinas, donde se hallan los arbolillos anotados en el mapa.

Tadeo, arrastrándose, dió con el cañón de un fusil. Estremecido, le arrojó violentamente a cierta distancia. ¡Tantos compañeros habían sido víctimas de las variadas trampas del enemigo! Empapado en sudor, aterrorizado por haber hecho ruido, y consciente de su imprudencia, se arrojó hacia atrás, permaneciendo inmóvil durante varios minutos.

Cuando los latidos de su corazón se normalizaron, suspiró satisfecho, se sentó. Después, a gatas, se dirigió hacia donde se hallaba Laboulle. ¡Buen susto acababa de pasar! Cierto es que ¡tuvo tan poco tiempo para reflexionar! Pero, ¿a que no le sucedería nunca más lo mismo? Hay que cuidarse el pellejo y cada cual no cuenta sino con uno.

Se movía con cuidado, avanzaba con suma lentitud. Abría bien los ojos y ponía las manos donde, seguramente, no podía haber debajo sino tierra dura. Todas las precauciones son buenas, se decía. ¡Esos cochinos son capaces de todo! Dió con unos ladrillos. Decididamente, cada día le gustaba menos meterse

en aventuras. Con Laboulle iría él al fin del mundo; con otros, ¡cá! Exponerse en las batallas era bastante. Se apoyó en un ladrillo, en otro, en otros. ¡Qué pesado era eso de hacer de perro! Resbaló un ladrillo y, abriéndosele el brazo que en él dejó descansar, cayó de lado, lastimándose una oreja. ¡Vaya con la diversión de hacer de perro! Anduvo dos metros más. Explotó una bomba disimulada bajo un ladrillo. Le llevó la cabeza y un brazo, dejándole desbaratado parte del tronco.

Una rociada de piedras había caído sobre Laboulle. Antes de tener éste tiempo de reponerse de la impresión, se esparció sobre las ruinas una lluvia de shrapnel.

Laboulle se cubrió el semblante con un pañuelo y le metió entre las piedras, pegando su cuerpo todo lo que podía contra la floja pila de escombros que debían defenderle. Temió morir donde se hallaba, muerto cobardemente, como Tadeo, sin siquiera poder cumplir con su deber. Y esperó.

Cuando aclaró, varias rachas de metralla se esparcieron sobre las ruinas. Varios proyectiles le habían rozado el uniforme, rasgándoselo, causándole superficiales rasguños en la piel.

A poco, consideró seguro el lugar, libre de toda sospecha para el enemigo. Se incorporó todo lo que las circunstancias se lo permitían y se acercó el teléfono a los labios:

—Comandante... No, yo ni un rasguño. Mi compañero debe haber muerto instantáneamente. Sólo le veo un brazo inmóvil... Gracias... Mil doscientos metros, sí, doscientos, donde le dije, los arbolillos en el mapa...

Los cañones hablaron.

—Algo corto, comandante. Cincuenta metros más lejos.

Se rectificó el tiro.

—Demasiado a la derecha... Algo más hacia la izquierda... ¡Así!... ¡Justo!...

Los proyectiles caían donde debían, repetidamente. Se abrió el cemento del blocao, voló el hierro, una pieza ligera surgió ante los gemelos de Laboulle.

—El último obús ha matado diez boches lo menos... No veo a nadie... La pieza está desmontada... Allí no se mueve un gato...

La artillería continuó su obra, durante diez minutos,

—Comandante, cese el fuego, es ya inútil... Un obús parece haber descubierto algún nido que no tenemos en el mapa... Los boches escapan en dirección del... del... hacia la derecha... Son unos quince... Sí, hacia la derecha... No, cambian de dirección... Vienen hacia aquí... ¿Tratar de escapar? ¿Hacia dónde?... Un balazo por la espalda, ¡jamás!... Seguramente, darán conmigo... ¡Si tuviese unas granadas!... Detrás de unas pilas de piedras... Comandante, cuando estén a veinte pasos, haga fuego... Dispararemos juntos... Le avisaré con tiempo...

Su voz se hacía dura y cortante. «¡Perdido!» se dijo. «Me llevaré unos cuantos conmigo». Y no pensó en nada más, los ojos clavados en los alemanes que avanzaban con prisa hacia donde él se hallaba.

—Sí, quizás escape... Cuestión de suerte. Siempre la he tenido... Ya están a veinte metros... A diez... No, comandante, ¡imposible! Usted hará fuego, no hay más remedio...

Los alemanes se acercaban, buscando abrigo.

—¡Fuego!, comandante... Yo voy a disparar... ¿Sobre mí?, ¡qué importa!... Me han oído... ¡Fuego!...

Laboulle, de rodillas hasta entonces, disparó su revólver, apuntando bien. Cayó un alemán. Los demás, tras un gesto de asombro, mientras caía otro, dispararon sus fusiles en su dirección; sólo le veían el brazo armado, la frente y la cabellera. Uno se aprestó a arrojarle una bomba, mientras él, de pie en un salto, disparaba con presteza. Estallaron varios obuses franceses, seguidos, seguros, rápidos, formando una nube de humo, polvo, piedras, calientes piltrafas humanas. Laboulle había arrojado su revólver, echando a andar, pues entre los escombros no hubiera podido correr. ¿Escaparía?

Varios minutos después, reanudada la lucha de las artillerías y de los hombres, el único superviviente del incidente, un soldado alemán, herido en una pierna, se acercó al cadáver de Laboulle, un tronco sin piernas, la cabeza casi arrancada del cuello. Le registró, dió solamente con unos papeles, hizo gesto de dejarlos, se arrepintió, se los guardó y partió hacia sus líneas.

Dos horas más tarde, un oficial prusiano trasladaba a sus superiores varias cartas—a su juicio desprovistas de interés mi-

litar alguno, aunque reflejadoras de la característica y vana presunción francesa—dirigidas por el marqués Jacobo de Leray al soldado Enrique Laboulle, de ignorado regimiento; quedándose en la mano con una, muy breve, escrita por dicho soldado y que así decía:

"Mi María, mi novia—no sé cómo llamarte—, mi amor, mi amiga: si hasta ahora mal has pensado de mí, perdóname antes de escucharme. No me hagas la injuria, siquiera un instante, de poner en duda lo que voy a decirte. Mi voz te llega de donde no se vuelve más. Los muertos no mienten.

"Al ser movilizado me dije que debiendo ser tú feliz, a otro hombre tocaría darte la felicidad. El día de mi partida, cuando, desesperado, aunque tú quizá no pudiste adivinarlo, te devolví tu palabra, yo no sólo sabía que no regresaría, sino hasta creía poder precisar la fecha de mi próximo fin, pues que los primeros en llegar al frente son siempre los primeros en caer.

"Semejante decisión, ¿acaso no era suprema prueba de amor a ti? La amargura de pensar que podías creerme ingrato, despreciarme y olvidarme, ¿no era a su vez, por otra parte, la suprema prueba de devoción a la patria que tanta abnegación exige?

"Sin embargo, tan recta concepción del deber no me dió el valor necesario para lograr mis empeños; ni siquiera para consolarme. Cuando me llegaron aquellas cuatro palabras trazadas con tanta firmeza, aquel *A pesar de todo*—confesión y perdón, reproche y esperanza—, estuve a punto de enviarte el corazón, que se me partía a pedazos, y pedirte que lo pisoteases si de mi afecto hubieres dudado, o de lo contrario con el tuyo me lo devolvieses, recosido con tus lágrimas.

"Asombrado de ir viviendo, mes tras mes he vuelto a copiar estas líneas. Sin variar mis sentimientos no podía variar su expresión. Parto tan satisfecho de haber cumplido con mi patria, como descontento de no haberte podido evitar la pena de recordarme. Y es mi sincero deseo que mi último pensamiento, chispazo de tristeza, llegue hasta ti al abandonarme, y antes de perderse en la nada, roce, ligero, este pensamiento, el recuerdo de sueños que pudieron realizarse!

Enrique."

El oficial se dirigió a un subalterno. Mientras le daba una orden, arrugaba inconscientemente entre sus dedos, estrujaba, comprimía la carta con su sobre. Cuando calló, tenía una bola de papel en la mano. La arrojó sobre la trinchera. Y el viento se la llevó.

WILLY DE BLANCK.

FIN

AFINIDADES PSÍQUICAS (*)


L quebranto de salud—que hace días hizo presa en mi organismo físico y aún no me suelta—no ha sido óbice al placer que me produjo la lectura de los cinco artículos con los cuales expone usted y analiza, aunque someramente, las relaciones mentales que usted, como otros críticos de actualidad, ha creído hallar entre la obra literaria del ilustre Ernesto Renán y la del ilustre José Enrique Rodó.

Digno de ambos próceres del pensamiento y del estilo es el estudio que, a grandes rasgos y a guisa de paralelo, ha hecho su donosa pluma. Penetra usted en la torre grecolatina de Renán y en el mirador iberoamericano de Rodó, como si entrara al hogar de las musas o al templo de Minerva y cree haber dado con el hilo de oro que comunica el mirador con la torre. Para usted es innegable la influencia que la luz intelectual del autor de los *Orígenes del Cristianismo* ha ejercido sobre el luminoso espíritu del autor de *Ariel* y *Motivos de Proteo.*

¿Influencia de fondo y perdurable? Claro que no! Oportunamente fija usted límites al fenómeno. Tal influencia, ni es absoluta ni es permanente. Ni le quita un ápice de su valor in-

(*) Estas páginas van dirigidas al renombrado escritor dominicano Federico García Godoy, corresponsal de CUBA CONTEMPORÁNEA en Santo Domingo. El ilustre autor de ellas acaba de ser objeto en su patria de un hermoso homenaje, con motivo de haber cumplido cincuenta años de constante dedicación a los asuntos públicos de su país; homenaje al que esta Revista se adhiere no sólo por los lazos que ligan a Cuba con la República Dominicana y con el fraternal amigo de Martí, sino por la significación de él y por los grandes merecimientos del Dr. Federico Henríquez y Carvajal.

trínseco, de su originalidad de fondo y forma, a la obra personalísima del ecuánime pensador y estilista rioplatense.

Ciertamente que negar es más difícil que afirmar la influencia atribuída a los optimates del verbo, del estilo o del plectro, sobre las obras de sus coetáneos. Es evidente que, por etapas más o menos definidas, se produce en el mundo intelectual una renovación de valores mentales y que circulan ideas generatrices y expresiones novedosas, troqueladas de nuevo, que corresponden sin duda a estados de alma en vasos de elección a veces únicos. En ocasiones culmina en un representativo de la ciencia o del siglo: en un próvido sembrador de ideas morales o en un feliz iluminador de la razón y la conciencia colectivas. Tales fueron—entre otros—a su hora y en diversos grados: Alighieri, Lulio, Bacon, Cervantes, Shakespeare, Kant, Rousseau, Bolívar, Gœthe, Comte, Emerson, Hugo, Sarmiento, Renán, Montalvo, Hostos, Ibsen, Tolstoi, Martí... y el mismo Rodó.

Todavía más efectiva y más visible resulta la influencia que en ciertos cultivadores de las bellas letras ejerce su autor favorito. O sus autores. Viene de perlas el recordar ahora cómo saltaba a los ojos la que solía recibir, en sus mocedades de lector asiduo, un intelectual que en breve llegó a ser distinguido literato y periodista. ''Está leyendo a Hugo''... ''Ahora lee a Cervantes''... Esas y otras frases subían a los labios de quienes, en acabando de leer algunas páginas suyas, echábamos de ver aquel fenómeno de impresiones psicológicas.

Eso respondía a su temperamento impresionabilísimo. El fenómeno era efímero. De ahí el que a poco obtuviera el dominio de sí mismo, con una orientación definida, y que el hombre apareciese tal cual era en su esmerado y esmerilado estilo. Y fué uno de los buenos escritores de su tiempo, no obstante la penuria de su hogar y el número no escaso de preocupaciones de su vida, como se ve en su apreciable labor de periodista y en las páginas de un volumen, escrito por él, que no todos han leído. Son páginas selectas, a escoger, dignas de figurar en los fascículos de la futura *Antología dominicana*....

Basta con este ejemplo para comprobar la sugestión o la influencia que se atribuye generalmente a los próceres del estilo y los magos de la lira.

Empero suele ocurrir que la influencia, directa o indirecta, no pase de la superficie y sea menos real que aparente. Nótanse, en cambio, en sendas obras de dos escritores de talla, meras coincidencias de emociones o de ideas. Frecuentes son ciertas analogías de fondo cuando los liga el misterioso lazo de algunas afinidades del espíritu. Esas afinidades existen, en veces, sin que coexistan con ellas las ''sugestiones magistrales perdurables'' que se resuelven al cabo en influencias. Merchán—el docto crítico cubano, que perdió la razón cuando recobró patria y solar nativo—opina que no la hubo en cuanto se refiere al poeta germano del despecho y la ironía y al poeta sevillano del dolor y las añoranzas; aunque no son pocos los que rastrean analogías y aun semejanzas entre el difusivo cantor de los *lieder* y el cantor efusivo de la *rimas*. La divergencia de opiniones y de juicios al respecto no es cosa rara y se explica fácilmente. Es que existe entre el poeta ironista del dolor escéptico y el poeta rimador de la pena erótica—no obstante las diferencias de temperamento y de estados de alma que los distingue—cierta afinidad emotiva, de melancolía, que late en el ritmo de sus cantos.

Paréceme que tal ocurre también en los egregios estilistas de la prosa: el biólogo de *Jesús* y el psicólogo de *Ariel*. Acaso lo que Gallinal—el crítico compatriota del segundo—estima como ''sugestiones eficaces y magistrales'' sólo sean simples manifestaciones de afinidades psíquicas. El mismo escritor porteño se apresura a poner un límite de ''relación menos íntima'', o sea de grado menor, a las sugestiones o influencia que haya podido ejercer la obra de Ernesto Renán, el escéptico, sobre la obra de José Enrique Rodó, el optimista.

Entiendo pues, hasta donde se me alcanza, que el fenómeno psíquico de las afinidades es compatible con las características que definen y aislan, a la manera de raros montes, la personalidad de los escritores geniales. Es tanto o más compatible que el fenómeno de las sugestiones de un alto espíritu sobre otro de no menor altura. Entiendo que existe la doble afinidad mental y estética entre Rodó y Renán—aunque en grado mínimo o en ''relación menos íntima''—no obstante las líneas generales que caracterizan y distancian el amable escepticismo helénico del

escritor francés y el aún más amable optimismo proteico del escritor uruguayo.

No niego con lo dicho la influencia, directa o no, que haya tenido en la obra de Rodó, aunque en grado menor, el sugestivo y sugerente espíritu de Renán. Antes lo dije y acaso no huelgue repetirlo: "Es evidente que, por etapas más o menos definidas, se produce en el mundo una renovación de valores mentales y circulan ideas generatrices, troqueladas de nuevo, que corresponden a estados de alma en vasos de elección a veces únicos."

Sea como fuere—sugestión, influencia, afinidad psíquica—ambos príncipes del pensamiento y del estilo conservan su propia personalidad, íntegra e inconfundible, y hay un punto de vista en el cual coinciden de continuo opiniones y conceptos, de críticos y lectores, luego de haber apacentado el espíritu en las obras magistrales de ambos pensadores eximios. Ese punto, culminante y luminoso, es el potísimo entendimiento de ambos poetas del pensamiento y del estilo, foco de luz solar, que llega hasta nosotros desde la torre áticolatina del uno y desde el mirador latinoamericano del otro, para iluminar la senda por donde han ido y van las almas ansiosas de verdad y de belleza.

Sólo que la luz de la torre ebúrnea—alzada en la cima de la ya vieja civilización cristiana—vacila a veces y se proyecta en áridos campos de soledad y misterio: los de la duda y el escepticismo; mientras la luz del mirador cristalino—erigido en la cumbre andina de la nueva tierra de promisión—se difunde siempre en fértiles campos de evolución y de vida: los del optimismo y el amor y la esperanza.

Esos y otros focos, sin embargo, para honra y beneficio de las generaciones, en devenir incesante, dejan al paso de los siglos estelas de altas ideas morales y ondas de puras emociones estéticas!

FED. HENRÍQUEZ I CARVAJAL.

Ciudad Primada, mayo de 1918.

RUSIA Y LA DEMOCRACIA (*)

V

N 1905, una violenta insurrección de los "letts", nativos de Livonia, destrozó el dominio de los barones alemanes y hubiera puesto fin al germanismo en las provincias bálticas, de no haber el gobierno ruso tomado en consideración las voces de llamada de los expirantes barones, enviando una fuerte expedición militar que los salvó de ser aniquilados y que volvió a poner a la población "letisca" y rusa bajo su poder.

Los peligros que amenazaron al germanismo dieron pábulo a una agitación en Alemania; se recogieron, mediante suscripción, fuertes sumas "para restaurar *Deutschtum* en las provincias germánicas del Báltico." Y allí fueron, procedentes de Alemania, campesinos y artesanos, inspectores y leñadores, y la garra teutónica se sintió más fuerte que nunca en las costas orientales del Báltico.

Dice Wesselitsky, a este respecto, que indudablemente existen alemanes de esta región unidos al Imperio Ruso por los lazos del interés y del sentimiento, quienes, valerosamente, están en el ejército ruso combatiendo contra los teutones; al principio de la guerra muchos ingresaron en el ejército como voluntarios. Pero, añade el autor, es motivo de perplejidad saber que otros muchos alemanes del Báltico se han unido tam-

(*) Véanse los números de CUBA CONTEMPORÁNEA de junio y noviembre, 1917, y enero y mayo, 1918, tomos XIV, XV, XVI *y* XVII, págs. 108-120, 241-250, 57-67 y 61-70, respectivamente.

bién, como voluntarios, a las filas germanas; dándose el caso de hermanos que pelean los unos contra los otros.

Añade el escritor que el año de 1910, en una entrevista que celebró con el Primer Ministro Stolypin, llamó la atención de éste acerca de las intenciones de Alemania en esa porción del Imperio. Stolypin le replicó que reconocía la gravedad del asunto, pero que en ese momento existía un peligro mucho mayor, con el cual el Gobierno tenía que enfrentarse: la emigración germana a las provincias del sudoeste, que presentaba los caracteres de una invasión sistematizada.

Se había redactado un proyecto de ley que sería presentado en la Duma, el cual, según esperaba Stolypin, ''se aprobaría sin demora teniendo en cuenta su extrema urgencia''.

Ese proyecto de ley ni siquiera llegó a discutirse en el seno de la Asamblea, y fué retirado por el inmediato sucesor del ya citado Ministro. Como se ve, tal era la influencia germana en cada partido, en el Parlamento y en las altas esferas del Gobierno. (1)

Esta guerra y el incesante clamoreo de la prensa obligaron a los burócratas a determinarse a redactar un nuevo proyecto de ley que prohibiera la adquisición de tierras por los alemanes. La relación que aparece en los periódicos demuestra, sin embargo, lo inefectivo que ha sido, y la oposición que aun en estos momentos de lucha encuentra el citado proyecto por parte de los germano-rusos, germanófilos y pacifistas que, a pesar de la traición de los colonos alemanes de Polonia, aun creen en la bondad de la colonización teutona.

En dos notas puestas al pie de estas páginas, dice el autor que, después de escrito lo que antecede, la firmeza del Gobierno, apoyada por una unánime corriente de opinión pública, logró romper la oposición, habiéndose proclamado un decreto mediante el cual se reduce considerablemente la posesión de tierra por los alemanes en Rusia.

Y refiriéndose al peligro de los colonos alemanes, añade que una incursión realizada por turcos al mando de oficiales alemanes cerca de Aperman, en la costa de la Bessarabia, fué

(1) Como sucede en Cuba con el clero español. (Nota de J. V.)

calurosamente saludada por los germanos residentes en colonias allí establecidas.

Pero no era solamente con el propósito de facilitar la invasión militar por lo que el Gobierno alemán estaba dirigiendo la corriente emigratoria teutona hacia Rusia. Planes más vastos y profundos han sido revelados por escritores pangermanistas.

Seleccionando entre muchos de ellos, podemos citar a Carlos Jentsch, quien, en septiembre de 1905, desde el periódico *Zukunft,* aconsejaba la compra sistemática por sindicatos alemanes de grandes porciones de tierras pertenecientes tanto a la nobleza como a las propiedades comunales de los campesinos. Una vez realizadas estas adquisiciones, los susodichos sindicatos podrían vender esos terrenos a ''mañosos e inteligentes cultivadores alemanes, quienes los labrarían científicamente valiéndose de la poco costosa mano de obra rusa.''

Como si eso no fuera bastante, sugería después que los comerciantes alemanes se establecieran en las pequeñas ciudades moscovitas haciendo de ellas prósperos centros de cultura teutona. A estos comerciantes seguirían los industriales, quienes a su vez levantarían enormes fábricas, aprovechándose en gran escala de la baratura del bracero ruso.

Y de esta suerte se expresaba el citado periodista alemán:

El vasto territorio que los rusos son incapaces de cultivar por ellos mismos, recibiría un gran impulso y un acrecimiento en valor, y de ese modo una Rusia regenerada sería una dependencia en la aglomeración de los estados centrales europeos dirigidos por Alemania. Esta última hallaría su recompensa en la tarea de implantar la cultura en Rusia, encontrando un inmenso campo en donde desarrollar las actividades de su población sobrante, que de ese modo no se perdería para la Madre Patria teniendo que emigrar a América.

Después ese escritor pargermanista agrega, a guisa de consejo, que para que la germanización de Rusia sea un completo éxito, es necesario que

los terratenientes alemanes sean menos ásperos e imperiosos de lo que fueron los Barones teutones en las provincias bálticas.

Y afirma Wesselitsky que este plan fué deliberadamente

adoptado por el Gobierno alemán, y puesto, en gran parte, en ejecución. Se llegaba al extremo de que cuando los colonos germanos deseaban regresar de nuevo a su país, eran llamados por sus cónsules, quienes tenían el encargo de decirles que su deber para con la Madre Patria era permanecer en Rusia y seguir trabajando por la causa alemana.

La incomprensible pasividad del Gobierno ruso y de la Duma envalentonaba a los teutones, quienes de año en año ganaban nuevas y positivas ventajas.

En 1911 estos colonos recibieron una nueva y poderosa ayuda: el Reichstag alemán aprobó la ley llamada ''de la conservación de la nacionalidad alemana'', completada por otra de 1913 llamada ''de doble ciudadanía'', que permite a todo descendiente de un súbdito alemán recobrar esa nacionalidad mediante una declaración privada ante los cónsules teutones.

Con asombrosa unanimidad—dice el autor ruso a quien venimos siguiendo—, los gobiernos de todos los países en donde habitan estos ''dobles súbditos o ciudadanos'', han ignorado esta ley que tan directamente los afecta.

Se dice que cientos de miles de individuos han hecho ''la declaración privada'' que exige la ley de su país de origen, y están cumpliendo secretamente sus obligaciones de súbditos alemanes para con la Madre Patria, cuya nacionalidad han vuelto a recobrar. Este procedimiento da la clave de muchos hechos ocurridos durante la actual guerra, sobre todo en los Estados Unidos.

Pero en ningún país del mundo pudo esa ley tener la importancia que para Rusia, en donde los alemanes han sido, durante las dos últimas centurias, la raza dominante y en la cual su influencia se ha hecho sentir, no tan solamente en las esferas de la administración, sino también en todos los centros comerciales e industriales.

Pasando por alto importantísimos detalles, diremos que inapreciables servicios han sido prestados a la causa del germanismo en Rusia por las escuelas alemanas, llamadas, con toda propiedad, ''fortalezas del germanismo''.

Tanto los educandos de origen teutón como los pupilos de pura cepa moscovita eran inoculados, en esos centros docentes,

con las ideas de adoración por Alemania y de desprecio a Rusia (2).

Y lo más notable del caso era que las más elevadas autoridades en materia de educación, que en muchas ocasiones intervenían vejaminosamente en las escuelas rusas, les permitían las mayores libertades a los planteles germanos, que estaban apoyados por los *Deutsche Schulvereine* en Rusia, los cuales actuaban de acuerdo con las instrucciones que recibían de la Dirección Central de Berlín (3).

Y en contraste con el sistema de lenidad, de *laissez aller* seguido con esos *Schulvereine*, se halla la constante oposición a los trabajos de las patrióticas sociedades rusas de los llamados ''eslavófilos.''

Uno de los éxitos más brillantes de la política germana, y el engaño más colosal llevado a cabo en Historia Universal, es el haber rotulado a esos infelices ''eslavófilos'' con el nombre de panslavistas, convirtiéndolos de ese modo en objeto de desconfianza y sospecha por parte de Rusia y de temor y odio en la Europa occidental.

Dice Wesselitsky que en realidad nunca han existido en Rusia los panslavistas, y que en ese país sólo se ha empleado tal calificativo cuando se hace referencia a citas de autores extranjeros.

No existen rusos que pretendan la reunión de otros estados eslavos a Rusia, y nunca se han hecho propagandas de esa clase en tierras eslavas por los rusos. Lo que los ''eslavófilos'' querían era preservar a las pequeñas naciones eslavas de la germanización. Este deseo por parte de ellos es lo que los ha convertido en criminales a los ojos teutones; y la astucia alemana ha tenido éxito durante mucho tiempo, porque los ingleses y franceses han considerado a estos defensores de las peque-

---

(2) Algo de lo que pasa en Cuba en los llamados "colegios de moda", en manos de extranjeros que nada sienten por la nacionalidad cubana, o que la desprecian profundamente. (J. V.)

(3) Algo semejante ocurre entre nosotros, en donde a los clérigos españoles, franceses y norteamericanos, no se les exige un título profesional obtenido o revalidado en Cuba; y los libros de texto son, por lo general, editados principalmente en España, cuyos anticuados procedimientos pedagógicos son los que se ponen en práctica.

Y no se olvide que por la escuela ha perdido Rusia su nacionalidad. (J. V.)

ñas nacionalidades como los peores enemigos de la civilización y de la humanidad.

Los ''eslavófilos'' tienen, en realidad, otra y aun más importante aspiración: *la defensa de la nacionalidad rusa y su liberación del yugo alemán.*

Su ilustre jefe, Iván Aksakoff, le decía al autor que venimos dando a conocer, lo siguiente:

Los ''eslavófilos'' eran injustamente censurados en Rusia por tomarse demasiado interés en los eslavos extranjeros; lo hacían, principalmente, para, al acentuar el origen eslavo del pueblo ruso, obtener su independencia nacional en casa, es decir, en su país.

Otro de los contrastes dignos de tomarse en consideración era la falta completa de restricciones para la agitación antirrusa emprendida por los órganos del pangermanismo en la propia nación, y, desde 1905, la estricta e impertinente supervisión seguida contra los periódicos nacionalistas de la prensa rusa.

El principal diario del germanismo en Rusia, órgano de la Embajada Alemana, llamado *Deutsche St. Petersburgo Zeitung,* gozaba del privilegio de insertar los anuncios y comunicados oficiales, lo que equivalía a una espléndida subvención. El lenguaje ardientemente germano y abiertamente antirruso empleado por ese periódico en los primeros dos meses de la guerra, obligó al Gobierno ruso a decretar su supresión en enero de 1915. Cualquier otro periódico moscovita que se hubiera atrevido a la más pequeña ofensa de esa naturaleza, hubiera sido inmediatamente clausurado.

Con el fin de que nuestros lectores puedan explicarse claramente a qué se ha debido el resonante derrumbe del Imperio de los Czares, vamos a darles a conocer en su totalidad esta importante parte del libro que lleva por título *Rusia y la Democracia,* obra que ha servido para disipar muchas de las nieblas de nuestro espíritu acerca de uno de los hechos más grandiosos de la presente contienda.

Dice el autor, que desde la restauración del Imperio Alemán la agitación pangermanista adquirió una gran intensidad en toda la nación moscovita; en cambio la lenidad y aun la connivencia de la administración, permanecieron inalterables. Los

sentimientos nacionalistas de los germanos en Rusia, ya fueran súbditos de Alemania o de la nación en que residían, también crecieron y se hicieron más concentrados, con algunas laudables excepciones.

La erección de una estatua a la memoria de Bismarck en el cementerio alemán de Moscou, se convirtió en un constante estímulo para el germanismo militante. Echados a perder por el constante favor oficial y por la impunidad de que gozaban, los teutones llegaron a creer que constituían una raza superior en Rusia.

Y ese sentimiento ha alcanzado su mayor intensidad en las provincias bálticas, en las cuales, desde los comienzos de la guerra, las demostraciones patrióticas de los rusos han sido consideradas como ofensivas a la nobleza alemana; con los mismos pretextos se ha impedido a la prensa nativa expresar sus opiniones. El idioma alemán, aunque hablado por una pequeña minoría, es el único que se emplea en la vida pública.

Debido al extraordinario apoyo de la Corte y del Gobierno, al igual que a la devoción de todos los elementos germanófilos de Rusia, la posición del embajador alemán en San Petersburgo había adquirido extraordinaria importancia. Miles de conductos distintos le tenían perfectamente informado de todo lo que ocurría, o llevaban sus instrucciones a todas partes del Imperio ruso.

En tiempo de Alejandro II, el embajador alemán, guiado, como él aseguraba, por su afecto personal al Emperador, le daba cuenta a éste, de supuestas, malévolas, y traidoras manifestaciones de rusos que ocupaban altos puestos, quienes, por lo general, resultaban poco amigos de Alemania.

En reinados subsecuentes, el embajador alemán se arrogó las funciones de una especie de censor de la prensa rusa. Todo artículo desfavorable a la política germana era objeto inmediatamente de una queja, en tanto que artículos grandemente insultantes, publicados en la prensa alemana contra el sentimiento ruso, se excusaban con el pretexto de la pretendida libertad de los periódicos teutones. Las autoridades rusas se excitaban tanto con estas quejas, que para tratar de evitarlas consideraron

como reprensible cualquier manifestación de desconfianza expresada contra Alemania o sus naturales.

Cuando, en 1898, el Mayor General Zolotareff, profesor de la Academia Militar de San Petersburgo, se refirió, en un discurso allí pronunciado, a la situación ventajosa y privilegiada de que gozaba Alemania en Rusia, un pelotón de soldados fué enviado inmediatamente a arrestarlo, y mucho trabajo les costó a otros prominentes jefes lograr que se revocara la orden. Sin embargo, este distinguido estratega se vió compelido a renunciar su cargo, y aun a salir del Ejército. Como puede verse, los teutones en Rusia eran intangibles.

En 1910, con motivo de unas conferencias que se pronunciaron en un club político de San Petersburgo—conferencias que se referían a las relaciones anglo-rusas, aunque sin mencionar para nada a Alemania—, el Embajador de esta nación hizo todo lo posible para que se prohibieran; y al no conseguir su objeto, advirtió al Ministro de Relaciones Exteriores y al Subsecretario para que no concurrieran al acto, y ambos funcionarios, que tenían planeado el hacerlo, estimaron prudente no concurrir.

Son incontables las tentativas que por la vía diplomática realizaron los alemanes para influir en la prensa rusa, ya halagando directamente a los escritores populares, ya por medio de indirectas ofertas de soborno.

Una cuantiosa renta se le ofreció a un prominente redactor de uno de los importantes e influyentes periódicos rusos, con el fin de que ''aguara'' los cables que, procedentes de Londres, recibía ese órgano de la opinión. Al propio corresponsal se le ofreció ''por sus simpatizadores'' el doble de paga, en el supuesto de que ''se diera un descanso'' y dejara de enviar sus correspondencias.

Y se llegó a emplear medios más eficaces y persuasivos para intensificar la propaganda germánica entre los elementos conservadores moscovitas: ''la necesidad de mantener la tradicional amistad teutona-rusa, para apoyar y salvar la monarquía'', lo que no era óbice para que la embajada alemana cultivara íntimas relaciones con los revolucionarios rusos, llegando hasta a fraguar planes de revolución que debían estallar en territorio de Rusia tan pronto como esta nación comenzara a guerrear

contra Alemania. (*) Estas conspiraciones fracasaron, al estallar la guerra en 1914, debido a que los propios revolucionarios no quisieron cooperar con los enemigos de su patria.

De todos es conocida la campaña que hicieron los elementos germanófilos contra la política rusa de acercamiento a Inglaterra; llegándose al extremo de que un antiguo embajador ruso, influido por sus sentimientos pro-germanos, dijera en plena Cámara Alta, después de hacer manifestaciones de lealtad a su soberano, que la única política razonable y acertada que Rusia podía seguir era aliarse con Alemania.

Después de conocer estas interioridades, nada de lo ocurrido en el antiguo Imperio de los Czares puede sorprender. Lo curioso es que Rusia, durante cerca de dos años y medio, pudiera, en esas condiciones, prestar la valiosa cooperación que ofreció al comienzo de la actual guerra.

JULIO VILLOLDO.

La Habana, agosto, 1918.

(*) Después de la destrucción de la Embajada Alemana en San Petersburgo, único acto de violencia popular realizado contra el imperio teutón, se encontraron en la habitación del Embajador, Conde Pourtales, 16,000 proclamas incitando al pueblo ruso a levantarse contra su gobierno. También se ha comprobado que la huelga general que estalló en la capital durante la visita del Presidente de la República Francesa, se debió a instigación de la susodicha Embajada. (N. de Wesselitsky.)

NOTAS EDITORIALES

"INTER-AMERICA" Y "CUBA CONTEMPORANEA."

El Sr. Peter H. Goldsmith, Director de la importante revista neoyorquina *Inter-América,* fundada a instancias de la Dotación Carnegie para la Paz Internacional, ha creado un Consejo Internacional colaborador de ella, o Junta Honoraria Internacional, formado por personas de significación en los Estados Unidos y otras naciones de América, con el fin de cooperar al mejor conocimiento y al mayor acercamiento de los escritores de cada país americano. A este efecto publica dos ediciones alternas mensuales: una en inglés, donde aparecen traducidos a este idioma escogidos artículos publicados en castellano, y otra en español, donde se insertan trabajos escritos originalmente en lengua inglesa. Y ha hecho al Director de CUBA CONTEMPORÁNEA el alto honor de incluir su nombre entre los de las personas que constituyen ese Consejo Internacional Colaborador.

Al agradecer públicamente tan señalada distinción, debemos anotar, como anotamos con gran complacencia, el hecho de haber sido traducido íntegramente al inglés, en el número de *Inter-América* correspondiente a junio último, el brillante artículo titulado *La República Civil,* de nuestro compañero el Dr. Julio Villoldo, publicado en CUBA CONTEMPORÁNEA el mes de marzo de este año; así como también han sido traducidos a dicho idioma muchos de los admirables pensamientos de Martí que CUBA CONTEMPORÁNEA publicó en varios números de este año, y la bella introducción que les puso su entendido compila-

dor D. Rafael G. Argilagos. Aparecen en el número de octubre último de *Inter-América,* donde también está traducido al inglés el valioso trabajo titulado *Mujeres antes que hombres,* de la ilustre escritora Aurelia Castillo de González, que CUBA CONTEMPORÁNEA publicó en su entrega de junio del año actual.

Esta Revista agradece mucho a su colega *Inter-América* el alto aprecio que ha hecho de esos trabajos, y felicita a los autores de ellos por el honor que han recibido al darse a conocer en la gran nación del Norte sus producciones vertidas al idioma inglés.

TRIUNFOS DE ESCRITORES Y ARTISTAS CUBANOS.

Dulce María Borrero de Luján, Bernardo G. Barros, Max Henríquez Ureña, Armando Menocal, Estéban Valderrama y Antonio Rodríguez Morey, cada uno de ellos por distinto motivo, merecen los plácemes calurosos que CUBA CONTEMPORÁNEA les da con íntima y gran satisfacción por sus triunfos. Porque triunfo es que la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes haya designado a la Sra. Borrero, valiosa colaboradora de esta Revista, para que se encargue de la dirección y del cuidado de dos importantes publicaciones de ese Departamento (la *Revista de Bellas Artes* y la *Revista de Instrucción Pública)* al frente del cual figura hoy un hombre que está imprimiéndole nuevos rumbos y desarrollando acertadas y útiles iniciativas, el Dr. Francisco Domínguez Roldán, quien ha querido premiar así el valer de la ilustre poetisa que asimismo ha triunfado obteniendo el primer premio para cincuenta de sus ochenta cantos destinados a los niños de las escuelas públicas, en el concurso convocado al efecto por dicha Secretaría.

Triunfo también es el hecho de que el nombramiento de Director del *Diario de Sesiones del Senado,* puesto vacante por la reciente y sensible muerte del distinguido periodista Rafael Pérez Cabello, haya recaído en escritor de tantos merecimientos como Bernardo G. Barros, muy estimado colaborador de CUBA CONTEMPORÁNEA. También es triunfo, y grande, el que acaba de

obtener el admirado y admirable pintor Armando Menocal, quien ha vencido en el concurso para las importantes obras de decoración pictórica de los salones del nuevo Palacio Presidencial, convocado por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, con la que ha firmado ya el renombrado artista un contrato por el cual llamará a colaborar en su obra a otros pintores de bien ganada fama. Triunfo también es el de Estéban Valderrama y el de Antonio Rodríguez Morey, artistas del pincel ambos, quienes acaban de ser nombrados por la misma Secretaría de Instrucción Pública, respectivamente, profesor de la Escuela de Pintura y Escultura de San Alejandro, y conservador del Museo Nacional. Y triunfo no menos señalado es el del redactor de Cuba Contemporánea, Dr. Max Henríquez Ureña, cuya elección unánime para Director de la Escuela Normal de Maestros, de Santiago de Cuba, ha sido recientemente aprobada por esa Secretaría a la cual, como al Presidente del Senado, sería injusto dejar de aplaudir por estos galardones con que han sabido estimular los esfuerzos y premiar el mérito de tan significados servidores de la cultura patria.

Y si a todo ello se añade que acaba de instalarse en una buena casa del Paseo de Martí la Asociación de Pintores y Escultores presidida por el entusiasta *amateur* don Federico Edelmann, donde el 24 de octubre último inauguró el inquieto Massaguer su nueva exposición caricaturesca de *Los 401,* fundados motivos tiene Cuba Contemporánea para recibir y anotar con júbilo todas esas buenas noticias reveladoras de que, al fin, artistas y escritores van ocupando en nuestra patria puestos y recibiendo recompensas que corresponden a quienes realizan labor de engrandecimiento nacional.

LAS AVENIDAS BOLIVAR Y WASHINGTON

En el número de octubre último publicamos una nota editorial titulada *Bolívar, Washington y Cuba,* que el diario *La Discusión* nos hizo el honor de reproducir y comentar favorablemente en su edición del 16 de dicho mes, en la cual excitábamos

de nuevo el celo de los concejales del Ayuntamiento de esta capital para que acordasen cambiar el 10 de octubre el nombre de las calles de Reina y Marina por los de Bolívar y Washington. La premura del tiempo impidió fijar esa fecha para la ceremonia del cambio de nombres; pero la víspera de ella, en sesión extraordinaria, el Consistorio de la ciudad de La Habana adoptó por unanimidad el acuerdo indicado por nosotros, y en breve esas calles ostentarán los nombres preclaros de tan insignes hijos de América.

Véase cómo *La Discusión,* al terminar la inserción de aquella nota nuestra, comenta el plausible acuerdo tomado por el Ayuntamiento habanero el día 9 del pasado mes:

Realmente hubiera sido muy hermoso que se llevase a la práctica en el glorioso 10 de octubre la idea sugerida en este último párrafo por el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA; pero el número de la revista en que fué publicada la nota editorial que acabamos de reproducir, apareció el día 3 de este mes y no había tiempo para preparar, con la solemnidad debida, la ceremonia del cambio de nombres . Sin embargo, el Concejal señor Lorenzo Fernández Hermo, dando pruebas de que no olvidaba secundar la bella iniciativa de nuestro compañero, obtuvo que la víspera del inolvidable cincuentenario del Grito de Yara, en la sesión extraordinaria que el día 9 del actual celebró el Consistorio habanero, se aprobase por unanimidad su loable moción encaminada a cambiar el nombre de la calzada de la Reina por el de ''Avenida Bolívar'' y el de la calle de Marina por el de ''Avenida Washington'', honrando así la capital de la República, aunque modestamente, el nombre de esas dos insignes figuras sin par en la historia de América, y de tan gran significación en la historia de Cuba.

En breve dispondrá el Alcalde de la Habana, nuestro distinguido amigo el doctor Manuel Varona Suárez, todo lo conducente a que se celebre con la mayor solemnidad posible el acto de poner los nombres de Washington y Bolívar a esas dos importantes vías de nuestra ciudad capital, invitando para él a cuanto vale y brilla entre los elementos que constituyen en la Habana las colonias americana y venezolana. Nuestro colega *El Mundo*, en su edición del 13 del actual, insinuaba que el ilustre doctor Rivas Vázquez, que tan brillante discurso pan-americanista pronunció el 10 de octubre en el teatro Payret, consumiera un turno en el acto de poner el nombre de Avenida Bolívar a la calle de la Reina; y *La Discusión* sugiere también al Alcalde de la Habana, por ser de justicia y de debido reconocimiento a quien lanzó la idea de honrar de este modo la memoria del Libertador por antonomasia, del inmenso Bolívar, que el día en que tome el nombre de éste la calle de

la Reina, consuma también un turno nuestro compañero Carlos de Velasco, miembro de la Academia de la Historia y Director de la más importante de las revistas que en Cuba se publican y una de las mejores de América.

La Discusión, diario cubano, aplaude calurosamente al Ayuntamiento de la Habana por ese acuerdo que honra no sólo la memoria de los dos próceres, sino a Cuba, que de esta manera sencilla y elocuente prueba que en nuestro pueblo están muy vivos y arraigados los sentimientos de gratitud, y que no olvida a cuantos de algún modo pensaron en libertarla o en trabajar por su libertad. Y en estos momentos, en que el mundo entero lucha por ella contra Alemania y sus aliadas, el gesto de nuestro Consistorio es aún más elocuente; porque Cuba está unida a la patria de Washington, cuna de la libertad en América, y honra también la memoria del grande hombre venezolano que libertó a medio Continente y quiso libertar a Cuba.

El Director de Cuba Contemporánea estima en alto grado las palabras que referentes a su persona y a esta revista estampa *La Discusión,* agradeciéndole en extremo la idea que sugiere al Alcalde de La Habana para el día de cambiar el nombre de la calzada de la Reina por el de Bolívar; pero se siente satisfecho con poder felicitar al Ayuntamiento de la capital de la República por ese acuerdo, y especialmente al autor de la moción aprobada en consonancia con sus deseos, señor Lorenzo Fernández Hermo.

EL MONUMENTO A SACO

Los lectores de Cuba Contemporánea no habrán olvidado que esta revista hizo suya una patriótica idea lanzada por el Dr. José Sixto de Sola, nuestro desaparecido compañero, en aquel brillante artículo que en ella publicó bajo el título de *José Antonio Saco, su estatua y los cubanos:* la de erigir en La Habana una estatua o un busto al famoso escritor bayamés, por subscripción pública que él y los demás redactores de Cuba Contemporánea iniciamos no hace aún cinco años. Pues bien: ya está en vías de realización el noble proyecto de honrar la memoria ilustre del incansable y valiosísimo publicista a quien Cuba debe esta prueba de respeto y estimación; ya está casi lista una

parte del sencillo, pero decoroso monumento que CUBA CONTEMPORÁNEA se propuso levantar en esta capital a José Antonio Saco.

El renombrado escultor venezolano D. Eloy Palacios, huésped de nuestra patria desde hace algún tiempo, fué por nosotros escogido para perpetuar en el bronce la severa efigie del célebre autor de la *Historia de la Esclavitud;* y a nuestra vista ha ido tomando forma día por día, hasta presentarnos maravillosamente las enérgicas líneas del rostro de José Antonio Saco, el barro con que el hábil escultor ha revivido a quien fué, y todavía es, el más vigoroso prosista cubano. Sólo falta ya tallar los mármoles y fundir en bronce las piezas principales del monumento que dentro de poco se elevará en algún sitio público de La Habana.

Hubiéramos querido que el primer pensamiento de nuestro malogrado compañero Sola se cumpliese, esto es, que fuera una estatua y no un busto el recuerdo que CUBA CONTEMPORÁNEA dedica al insigne hijo de Bayamo; pero, por una parte nuestro firme propósito de no recurrir, para acrecer la subscripción, a los fondos municipales, ni provinciales, ni del Estado, y por otra la dificilísima empresa, dadas las circunstancias excepcionamente penosas por que el mundo atraviesa desde hace más de cuatro años, de reunir $20,000 por subscripción pública en nuestro país, en el breve espacio de dos años fijado por nuestro compañero, nos hicieron aceptar la modificación que él mismo propuso a su proyecto, esto es: que si en el plazo dicho no fuera posible reunir la suma citada, se prorrogase a dos años el término, y si tampoco en éstos se llegare a cubrirla, entonces levantarle al eminente autor de los *Papeles sobre Cuba* un busto con lo que hubiese producido la colecta iniciada por los fundadores de esta Revista.

Y aunque todavía no está cubierta la suma que el escultor Palacios ha de recibir por su obra, el monumento a José Antonio Saso está ya ejecutándose por encargo nuestro, y confiamos en que en breve las personas designadas para recaudar fondos con destino a esta empresa patriótica se sirvan remitir al tesorero de la Comisión, Sr. Carlos de Zaldo y Beurmann, el importe de lo recolectado por ellas.

NUESTROS LIBROS DEL MES

La Sociedad Editorial Cuba Contemporánea acaba de poner a la venta en todas las buenas librerías, y en sus oficinas situadas en O'Reilly número 11, el primer volumen de la *Biblioteca "La Cultura Cubana"—Granos de Oro—,* constituido por admirables pensamientos de Martí seleccionados por Rafael G. Argilagos. Lleva el libro, cuidadosa y bellamente impreso, un buen retrato del Apóstol, y su precio es sólo de ochenta centavos.

A dicho volumen, y como segundo de la *Biblioteca de "Cuba Contemporánea",* seguirá en la primera quincena del actual otro titulado *Desde el Castillo de Figueras. Cartas de Estrada Palma (1877-1878),* formado con un interesantísimo e importante epistolorio histórico del primer Presidente de Cuba. Son, como lo indica su título, cartas escritas por D. Tomás Estrada Palma desde su prisión en España, y contiene una Introducción—que aparece en este número de Cuba Contemporánea—, un bosquejo biográfico y numerosas notas por Carlos de Velasco.

Luego, en este mismo mes, aparecerá un valioso libro del Dr. Enrique José Varona, quien ha seleccionado para él varios y muy importantes trabajos políticos. Se titula *De la Colonia a la República,* y será el segundo volumen de la *Biblioteca "La Cultura Cubana".*

También saldrá en este mes una obra de gran valor literario: *Rodó y Rubén Darío,* por el Dr. Max Henríquez Ureña; y, por último, antes de comenzar diciembre ya estará asimismo a la venta otro libro de mucha amenidad y actualidad, fuera de su indiscutible mérito intrínseco: *La Cuestión del Divorcio,* por Alejandro Dumas, hijo, de la cual se ha hecho una esmerada traducción castellana. En él se refutan y destruyen todos los argumentos de los enemigos de esta reforma recién implantada en Cuba.

Nuestra Sociedad Editorial, que antes de estar formalmente constituida lanzó ya en 1917 aquel admirable libro titulado *Pensando en Cuba,* inicia este año sus tareas con la publicación de las importantes obras citadas, que indudablemente serán del agrado del público lector; y seguirá en el próximo mes de diciembre con otros volúmenes no menos interesantes y valiosos.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO VI

Tomo XVIII. Habana, diciembre de 1918. Núm. 4.

LA LABOR TRIBUNICIA DE SANGUILY (*)



INSTANCIAS de algunos amigos, a que he deferido tras no pocas y justificadas vacilaciones, me decido a publicar una colección de varios discursos y conferencias recogidos entre los que he pronunciado en el espacio de más de un cuarto de siglo, ya en La Habana y otras ciudades de esta Isla, ya en reuniones de cubanos celebradas en tierra extraña; ora bajo la dominación española; ora fuera de su alcance; pero siempre alzada la visera al combatirla con verdadero convencimiento, sin flaqueza y sin hipocresía.

Por el influjo de nuestro ambiente social, el gusto predominante y las aficiones generales de una época ya por desgracia bastante remota, como arrastrado por la corriente, y sin haberlo siquiera deseado, empecé algo temprano a hablar ante un público de mi país. La primera vez fué en el Liceo de la

(*) CUBA CONTEMPORÁNEA agradece en alto grado al insigne Manuel Sanguily su atención de permitirnos dar publicidad, al mismo tiempo que sale de las prensas de la casa de Rambla y Bouza el primer volumen de los dos en que bajo la denominación de *Discursos y Conferencias* ha reunido gran número de sus valiosas filigranas tribunicias, a estas bellas y admirables páginas que aparecen, sin el título que aquí les hemos puesto, al principio del primero de dichos tomos. Es una brillante primicia que nuestros lectores sabrán apreciar en cuanto vale, y que, repetimos, agradecemos extraordinariamente. Al mismo tiempo, nos complacemos en anunciar que dentro de poco la Sociedad Editorial Cuba Contemporánea editará otro libro de tan ilustre compatriota, en el cual aparecerán sus más interesantes estudios históricos.

Habana, en una de sus llamadas ''Tertulias Dominicales'', que por turno presidían hombres eminentes y queridos, como José Manuel Mestre, Carlos Navarrete y Romay, Enrique Piñeyro, y en que se desarrollaban y discutían principalmente temas literarios y artísticos, o se leían y quilataban piezas dramáticas o cómicas y otras composiciones de diverso género en prosa o verso. Recuerdo que por designación del doctor Mestre me vi de improviso en el difícil trance de disertar sobre materia intrincada y comprometida para un principiante, cual era la debatida cuestión de las tres unidades dramáticas, y, lo que era más grave, defender, contra impugnadores hábiles y muy instruídos, mis puntos de vista personales, y especialmente la doctrina estética que los sustentaba, la que hoy desde luego no me atrevería a recomendar, pues que se inspiraba en un libro ya olvidado del célebre profesor Vicenzo Gioberti, que servía de texto o de consulta en la Universidad, y por consiguiente en el colegio donde me eduqué, a pesar de que por aquel mismo tiempo mi maestro Piñeyro, que seguía con entusiasmo las doctrinas estéticas de Hegel, declaraba que aunque escritor elocuente, no era Gioberti sino ''un pobre filósofo''; pero nunca he olvidado, siquiera por agradecimiento, que unos días después, al reseñar aquella sesión, que para tantos de sus concurrentes fué un mero pasatiempo mientras para mí casi fué una ordalia, tuvo la generosidad de celebrar mi discurso y su defensa el ilustre Rafael M. Merchán, por entonces redactor de *El Siglo,* en un largo suelto de la sección de fondo del famoso diario habanero que dirigía el Conde de Pozos Dulces; sin duda porque fué aquel suyo el primer elogio, tan halagüeño como inesperado, que recibía en mi incipiente carrera de estudiante, pronto interrumpida de golpe por la guerra. Ya enardecida aquélla, en el mes de diciembre de 1868, tuve ocasión de hablar en público por segunda vez, la última noche de los exámenes del Colegio del Salvador, fundado por don José de la Luz y dirigido desde 1862 por su esclarecido sucesor, don José María Zayas. Era costumbre antigua de la casa que, en tal ocasión, hablase juntamente con los viejos y autorizados maestros alguno de los discípulos, y aquel año el Director tuvo a bien señalarme un turno. Cabalmente acababa yo de saber que aquel mismo día habían embarcado en

La Habana rumbo a las Bahamas muchos jóvenes conocidos, y entre ellos mi propio hermano, para conducir al territorio sublevado un cargamento de armas y pertrechos de guerra—el primero de todos—que estaba preparado al efecto en la ciudad de Nassau, capital de la isla Providencia, y quise aprovechar la favorable coincidencia para referirme en mi discurso a un hecho de tanta significación, asegurando resueltamente, quizás sin mucha propiedad, que la juventud cubana, antes que indiferente a las doctrinas de Luz Caballero, estaba decidida a demostrar prácticamente en las horas de prueba su fidelidad y devoción, y que si era necesario padecer y combatir, serían el nombre y la memoria del amado Maestro el más poderoso talismán para conjurar el desaliento y el temor.

Ese discurso, así como los demás que aquella noche se pronunciaron, no llegó a publicarse, contra la práctica seguida durante muchos años, y el otro, el del Liceo, aunque de asunto puramente literario, tampoco vió nunca la luz, y ni siquiera he conservado notas de ninguno de ellos.

Unos días después salía yo furtivamente siguiendo la ruta de los primeros voluntarios, y en el mismo barquichuelo que los había transportado felizmente, tuve la fortuna de alcanzar pronto tierra rebelde de Cuba, con unos cuantos compañeros, mientras los demás que componían aquella segunda expedición caían prisioneros en el mar.

En el campo de la lucha las circunstancias no facilitaban frecuentemente el oportuno ejercicio de la palabra en público, a no ser en la fecha de la proclamación de la República, o alguna otra semejante; o en los debates de la Cámara de Representantes, que casi siempre efectuaba sus reuniones sin aparato ni ceremonias.

En cambio, incontables fueron las ocasiones en que tuve que hablar en los consejos de guerra, por de contado como defensor de algún jefe o soldado cubano, y muchas veces también de algún enemigo, como en la noche de "Palo Seco", en que para lograr la absolución y la libertad de varios oficiales y soldados españoles (1) que cayeron prisioneros en la gloriosa jornada,

(1) Entre ellos don Vicente Martitegui, que más tarde fué Ministro de la Guerra en Madrid.

uní mis esfuerzos a los nobles y eficaces de aquel generoso e infortunado Antonio Luaces que, prisionero a su vez, meses después era fusilado inexorablemente en Puerto Príncipe; y conservo como una de las más gratas memorias de mi vida revolucionaria la de aquella crítica y solemne sesión de un consejo extraordinario celebrado en Guáimaro un día de abril de 1869, bajo la presidencia del general Donato del Mármol, en que tuve la fortuna de salvarles la vida a ocho jefes y oficiales españoles, prisioneros del general Vicente García en el sangriento combate de "Río Blanco" (2).

Pocos días antes, en la misma población, había pronunciado por accidente mi primer discurso político. Fué en un momento de general entusiasmo y de ardoroso júbilo. Terminaba la sesión conmovedora de la Cámara de Representantes en que fueron investidos de sus nuevos cargos Carlos Manuel de Céspedes, como Presidente de la República, y Manuel de Quesada como General en Jefe, y habían dirigido a numerosos oyentes arengas inflamadas algunos compatriotas insignes. En la misma sala, después de aquel acto oficial, celebróse espontáneamente una reunión popular en que llegaron a las cimas de la elocuencia, o por la energía y el sentimiento, o por la oportunidad y el donaire, Ignacio Agramonte, Tomás Mendoza, y, superándolos a todos, Antonio Zambrana. Cada cual había escogido y tratado el tema que le pareció más adecuado. El mismo Roloff, recién llegado de las Villas, arrancó férvidos aplausos invocando en un español revesado la gloria y desventura de su patria lejana, la valerosa y esclavizada Polonia. Pero allí estaban también apiñados, como espectadores asombrados y conmovidos, muchos hombres de color, la mayor parte de los cuales acababa la Revolución de redimir de su lamentable esclavitud, y, sin embargo, nadie todavía les había dedicado alguna palabra de fraternal o piadosa simpatía. Terminaba su peroración uno de los oradores, entre grandes aclamaciones, a tiempo de hacerle yo a Ignacio Agramonte, al lado del cual me encontraba, la ob-

---

(2) El único escritor cubano que hizo referencia a este suceso fué don Francisco Javier Valmaseda, bien que incurriendo en algunas equivocaciones que a su vez reprodujo el historiador español don Antonio Pirala.

servación de que ninguno hasta entonces se había acordado de los hombres de color, y sin que hubiera podido intentar la menor resistencia, me plantó sobre la silla que servía de tribuna, diciéndome que subsanara yo mismo la distracción u olvido de los otros. No puedo recordar lo que entonces dije sin duda atropelladamente, aunque sí tengo muy presente que fué tan honda mi emoción como mi sorpresa, cuando al bajar de la silla me hicieron algunos amigos notar el visible enternecimiento de aquellos sencillos hombres de color.

Fueron en lo sucesivo incontables las defensas ocasionales, ya a campesinos de las líneas o zonas enemigas, apresados por nuestras tropas en tiempos en que las represalias eran severas, ya a soldados nuestros sujetos a causas disciplinarias; y de vez en cuando arengas a caballo, preparadas nuestras fuerzas para próximos asaltos, o discursos de patriótica propaganda, en tal cual modesto y fraternal agape; bien de carácter electoral, como al ampliarse en el Camagüey su primer gobierno revolucionario para transformarse en la que se llamó ''Asamblea de Representantes del Centro''; bien en fiestas de aniversario, siendo de éstas la que, a mi juicio, alcanzó mayor altura en la elocuencia, la efectuada el 10 de octubre de 1870 en el ''Cacaotal de Najasa'' un día lluvioso y triste en que, después de pasearse solemnemente la bandera, hablaron personas prominentes de la Cámara y del Gobierno, entre ellos Céspedes y alguno de sus Secretarios; pero en que sólo la brillante imaginación y el arte magistral de Zambrana pudieron salir airosos ante un concurso que había electrizado, en párrafos de deslumbrante efectismo, el acento inspirado del insigne y malogrado Rafael Morales.

Años adelante, en las postrimerías de guerra, con la mira de prevenir el desastre definitivo, como la última y suprema esperanza, salió de la Isla mi hermano, enaltecido por el Gobierno revolucionario con una comisión tan honorífica como escabrosa, de la cual fuí nombrado secretario. Llegados apenas a Jamaica, aunque estropeados por ruda navegación y debilitados por el paludismo, fué indispensable, sin embargo, hablar aquí y allí a grupos más o menos considerables de emigrados. El señor Néstor Ponce de León hizo imprimir en New York va-

rios de aquellos discursos (3); pero he decidido no publicar ninguno de ellos en esta colección, porque solos los del Jefe de la Comisión tienen algún valor como documentos históricos, pues en cuanto a los míos no hay por qué sacarlos de su merecido olvido, en razón a su mismo lirismo sentimental y candorosas teorías históricas, aun cuando los había inspirado el amoroso anhelo que, a la invocación de las angustias de una crisis mortal, se afanaba por reconciliar a compatriotas ya inexorablemente enemistados.

En el propio New York, y seguidamente en otras ciudades de los Estados Unidos—en Filadelfia, Baltimore, New Orleans y Cayo Hueso—, dondequiera que se reunían cubanos emigrados, tuve que hablar en solicitud de su óbolo a favor de nuestro designio de llevar armas y municiones a nuestros compañeros de Cuba y, sobre todo, siempre con el propósito de concordar intereses y corazones contrapuestos.

En aquellas excursiones y empresas patrióticas adquirí el malhadado hábito de improvisar más o menos repentinamente, que nunca mi natural desidia llevó tan lejos en mi daño como en los debates del Senado de la República. Todavía conservo, sin haberlos abierto nunca, numerosos sobres en que se guardan intactas las cuartillas de los taquígrafos, que jamás, por abandono o por indiferencia, me tomé el trabajo de revisar, corregir y devolver, con excepción de las de tres discursos que ahora se reimprimen, por habérmelos pedido entonces, para circularlos, dos distinguidos amigos que a la sazón dirigían sendos diarios políticos muy importantes y populares.

Durante el período, desde 1889 en que volví a Cuba des pués de la guerra, hasta 1895, en que estalló la última insurrección contra España, pronuncié algunos discursos sobre temas literarios o sociales, en conversaciones familiares de las tertulias del doctor José M. Céspedes, y en las de casa del doctor José A. Cortina, que se denominaron "Veladas de la *Revista de Cuba*".

Al convencimiento de que era inútil y a la postre perdido

(3) *Revolución de Cuba.—Discursos del mayor general Julio Sanguily y el coronel Manuel Sanguily a la Emigración Cubana.*—Imp. y librería de N. Ponce de León, 40 y 42 Broadway, New York.—Un folleto de 31 páginas.

el afanoso empeño del Partido Autonomista por modificar sustancialmente el régimen político y la torpe e irritante gobernación del país; de que antes bien era previsor y patriótico ir preparando los ánimos para los indefectibles conflictos de un futuro no muy remoto, a fin de que el pueblo cubano estuviera apercibido para próxima lucha y renovados sacrificios, obedecen casi todos los discursos y las conferencias mismas de aquel luminoso período de vitalidad política y entusiasmo generoso.

Sobrevino al fin aquella guerra inevitable, y fué mi deber ayudarla y activarla desde la emigración. Si fuí resuelto y decidido en mis discursos de aquella época, no creo, sin embargo, haber mostrado en ellos, estando yo fuera de la Isla, ni más energía ni mucha mayor franqueza, en otro escenario y circunstancias diversas, que las que había mantenido anteriormente, dentro de la Isla, en los discursos que en su oportunidad se publicaron en periódicos y revistas, y que casi todos se reproducen ahora, así como en los artículos de las *Hojas Literarias*, de marzo de 1893 a diciembre de 1894.

No sé si puede estimarse siquiera como el solo mérito de algunos de aquellos discursos, en la ocasión excepcional en que se pronunciaron, el hecho de que irritaron con exceso al Presidente del Consejo de Ministros de España, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, a extremo de hacerle perder los estribos y de haber querido vengarse de ellos hasta pretender abrumarme una vez con su olímpico desdén, bien que sólo recuerdo ahora de un incidente en sí mismo indigno de memoria, que lo hizo, si con maligna habilidad, con mucha gracia malagueña. Pero lo que no puede excusarse en modo alguno es que por seguir los impulsos de aquel sentimiento colérico hiciera víctima a mi hermano prolongando cuanto pudo su cautiverio. Habían anunciado oportunamente los periódicos de New York la reunión política de cubanos que debía efectuarse el 10 de octubre de 1896, y se insertaba mi nombre junto al de las demás personas que en ella tomarían parte. Temprano el día 9, si no estoy trascordado, me sorprendió un telegrama del doctor José Ignacio Rodríguez, que en Washington era el abogado de mi hermano, en que, invocando el interés de éste, me sugería la conveniencia de que me abstuviese de participar en la solemnidad anunciada. Como era procedente, le contesté sin pérdida

de tiempo por la misma vía expresándole que, si procediendo como él me indicaba quedaba asegurada la libertad del preso, desde luego defería a su insinuación; pero que, de lo contrario, no desatendería mis compromisos. Como ni aquel día, ni en todo el siguiente obtuve respuesta ninguna del doctor Rodríguez, no hubo motivo para rehusar mi cooperación en la velada. Ni tampoco pasada ésta me escribió el doctor Rodríguez, aunque no fuera sino para justificar su aviso telegráfico y calmar mi legítima ansiedad y natural inquietud, y nunca hubiera sabido las razones que tuvo para actuar como lo hizo, a no haber publicado meses adelante un libro (4) en que está la clave de lo que hasta entonces era para mí un enigma. En esa publicación, en que el doctor Rodríguez examina *el caso* de mi hermano con su innegable competencia, como su abogado que había sido, exponiendo las gestiones que practicó, a la vez que las grandes dificultades y graves complicaciones del asunto, refiere que—a fin de obtener buenamente del Gobierno español la libertad de su cliente, encerrado desde hacía cerca de dos años en una bóveda malsana de la fortaleza de la Cabaña—procuró interesar en su ayuda al Ministro de los Estados Unidos en Madrid, Mr. Hannis Taylor, y en comprobación reproduce la carta que con tal objeto le dirigió al eminente diplomático en 21 de julio de 1896 (5). El Ministro americano le contestó desde San Sebastián, el 14 de agosto del mismo año, expresándole que bajo la dirección del Departamento de Estado de Washington había hecho esfuerzos a favor de su cliente. Asimismo le refería que en una comida con el Ministro de Estado español le había leído la mencionada carta de Rodríguez, sobre el contenido de la cual hablaron extensamente de sobremesa, siendo el resultado de aquella entrevista que el Ministro de Estado le prometiera escribir con especial interés al Presidente del Consejo; y agregaba que hacía dos o tres días que el Ministro de Estado le había leído la respuesta de aquél, escrita in extenso de su mano, en la cual, en sustancia, declaraba que, aun cuando personalmente

---

(4) *The case of the arrest, trial and sentence in the City of Havana, Island of Cuba, of Julio Sanguily, a citizen of the United States of America,* by José Ignacio Rodríguez, Councel for the prisoner in the City of Washington.—Washington, D. C.—Press of W. F. Roberts.—1897.

(5) Páginas 60 y 61.

deseaba acceder a lo solicitado, le era imposible indultar a Sanguily, *mientras su hermano continuara siendo uno de los más peligrosos y sanguinarios entre los jefes revolucionarios* (6).

Y todo ello ¿por qué? Pues sencillamente porque rigiendo a Cuba con mano de hierro don Valeriano Weyler, enviado por Cánovas para maltratar a los cubanos y exterminar a los revolucionarios, yo le combatía como era procedente y necesario y honroso, y luego hablaba a este propósito ''del puñal del berberisco Cánovas'', de su escepticismo más o menos volteriano, de los caballos de Vicálvaro y otras menudencias históricas que por lo visto le desagradaron sobremanera. En cambio yo he permanecido tan tranquilo siempre, como lo estoy hoy mismo, en la serenidad de mi conciencia, seguro de que no pensarían de mí como el iracundo Presidente del Consejo de Ministros los jefes, oficiales y soldados españoles por mi esfuerzo arrancados al cautiverio y a la muerte en Guáimaro y en Palo Seco. En contraste, el propio doctor Rodríguez le llamaba la atención al Secretario de Estado, Mr. Olney, como proceder injusto del Gobierno español—tan contrario a los sentimientos amistosos hacia los Estados Unidos, y de benevolencia hacia un mísero prisionero, el hecho indefendible de hacer a éste sufrir, por los actos, como quiera que ellos fuesen, de un hermano suyo (7). Al fin, bien que enredándolo en un compromiso ridículo, sin legítima validez, y por lo mismo sin eficacia, fué puesto en libertad a los dos años de encierro en un calabozo, seguramente para evitar las graves consecuencias de la intervención del Senado de los Estados Unidos, el cual había asumido ya una actitud tan exigente y amenazadora, que el propio doctor Rodríguez—creyendo actuar en beneficio de su cliente—había procurado apaciguar. El doctor Rodríguez pondera la liberación del preso, por tal manera y al cabo de tanto tiempo, como un éxito extraordinario, y aprobaba que en un discurso lo hubiera yo calificado como ''el segundo rescate'', con referencia al primero que se debió al heroísmo sublime del general Ignacio Agramonte; porque a tenor de las palabras del ilustre jurisconsulto cubano, ''a no ser por este gigante que se llama el Gobierno americano, si por caso su Ejecutivo y el Departamento diplomático hubiesen estado en

(6) Página 62.
(7) Páginas 62 y 63.

otras manos, confiados a personas de menos suprema virilidad y honradez política que el Presidente Cleveland y su Secretario de Estado, Mr. Olney, el destino de Julio Sanguily hubiera sido muy diferente, pues gracias al valor de esos dos grandes americanos, no estaba él sumido en un calabozo de los españoles o cumpliendo una sentencia tan cruel como ignominiosa''. No veo muy claro ni el gran valor ni la hazaña que tanto admiraron al abogado de mi hermano; pero sí estoy seguro de que éste salvó la vida desde el principio por haber patentizado muy a tiempo su condición de ciudadano americano.

No sé si serán oportunas, ni si he debido refrescar, estas memorias más o menos personales, que seguramente a nadie hoy interesan; cuando, por otra parte, escritas para excusar la republicación de discursos viejos y sin mérito, pudieran—al contrario—confundirse con las palpitaciones de encubierta vanidad o presunción. Si fueren ellas impertinentes, me amparo de la benevolencia de los lectores asegurándoles que me he dejado adormecer y arrastrar por la complacencia, a veces un tanto ásperamente voluptuosa, con que a menudo evocamos el tiempo pasado, como si fuera mejor, sobre todo cuando resurge entre las desventuras y las angustias del presente. Después de la última guerra, y tras un período positivo y práctico de reorganización del Estado, la República, antes que consolidarse, desgraciadamente tres veces en corto espacio ha tropezado y caído por causa de las ambiciones desatentadas, y más todavía de pasiones sin dique y de sórdidos apetitos. Ahora mismo parece como si su propia esencia se esfumase en el desconcierto o la miseria de las almas. No hay que hablar ya de estos discursos, reunidos en colección y que no publico por mi propia voluntad, sino únicamente por haberlo solicitado algunos cubanos en el supuesto quizás de que reflejan la manera de pensar y de sentir de muchos compatriotas en épocas lejanas de enardecimiento, de idealidad y de esperanzas. Pero los otros—las soberbias oraciones de nuestros excelsos tribunos—, ¿qué son, qué queda de su espíritu y doctrinas, recordándolos ahora, en este día crepuscular en que vivimos desorientados? Ante los hechos lamentables engendrados en inesperada evolución de los espíritus, la elocuencia en Cuba parece haber sido ineficaz, cuando no—por ironía de las cosas—contraproducente. La

gran palabra de Montoro y los insignes oradores de su grupo no pudo convencer a España para fundar la verdadera autonomía evitando los sacrificios y la sangre de la última guerra; sino que más bien colaboró sin quererlo en la obra de los que fueron preparándola; como anteriormente, por modo análogo, la elocuencia evangélica de Luz Caballero, antes que afirmar con el mejoramiento moral de la sociedad cubana la paz de los espíritus, encendió los corazones para la protesta revolucionaria; como más adelante también, la predicación apostólica de Martí no logró afincar en la conciencia del país la fraternidad hermanada con la justicia, pues que ahora mismo acaba de confesar el insigne Varona la profunda tristeza con que contempla la caída de nuestras instituciones, ''reducidas a mero simulacro...'' Al cabo, Luz Caballero murió entre las amorosas y merecidas bendiciones de sus paisanos, y Martí cayó resplandeciente en la gloria inmaculada del ideal. Ninguno de ambos sintió el sagrado horror de presenciar cómo su amado pueblo cubano en esta hora de tinieblas anda a ciegas, sin rumbos y sin fe, alejándose cada vez más de los grandes días de abnegación, entusiasmo y heroísmo, víctima y juguete de aventureros empedernidos; mientras, apagada la generosa inspiración de los tribunos, como el gemido de las víctimas y los gritos triunfales de la lucha, la Historia impasible reconcilia, en extraña comunión de intereses mezquinos, a los antiguos enemigos, amasando en el misterio insondable una sociedad nueva en cuya alma se destiñen y desvanecen, entre brumas espesas, las sagradas glorias del pasado.

Calentemos, no obstante—siquiera como última ilusión del buen deseo—, la alentadora esperanza de que no resultará en definitiva vana y perdida la enseñanza de los grandes maestros de la tribuna cubana; de que ni ellos sembraron en la arena, ni nosotros, sus modestos discípulos, hemos sido los servidores inútiles de que habla la Escritura; sino que, bajo el suelo removido por los sacudimientos políticos, bulle en inmortales gérmenes de bondad y de virtud la ardiente savia de más noble y vigorosa vida nacional!

MANUEL SANGUILY.

Habana y septiembre de 1918.

CAUSAS DEL DERRUMBAMIENTO DE RUSIA

LA obra del notable escritor ruso Gregorio Alexinsky, denominada *Rusia y Europa,* tiene por objeto demostrar que Rusia se había europeizado. A pesar de la erudición, de su elevado criterio y de la lógica que el distinguido escritor ha empleado y del mérito y gran interés de su obra, parece que el resultado obtenido es bastante incompleto.

Si la europeización de Rusia se hubiese realizado, ese país no habría llegado a la situación irremediable en que hoy se encuentra. Con los ejemplos de Inglaterra y de la misma Alemania, los hombres políticos y los intelectuales habrían debido consagrarse al establecimiento de una Federación o de una Confederación de todos los pueblos y naciones que constituían Rusia. Pero no se pensó en eso porque Rusia estaba muy lejos de la europeización. Los que habían adoptado las ideas europeas eran unos pocos hombres; el resto del país no tenía ni nociones de la vida de Europa.

Alexinsky y, con él, algunos otros escritores pronosticaban un cambio radical en Rusia el día que cayese el zarismo. Y bien, el pronóstico no se ha cumplido. El zarismo era el soporte del Estado ruso, y no se vió que al arrancarle ese apoyo, Rusia se desplomara. Eso sucedió y a esa conclusión conduce *Rusia y Europa* estudiándola con la calma que merece.

En este trabajo se trata de demostrar que el resultado de la política de Rusia, del estado y del carácter del pueblo ruso, era y no podía ser otro que el que estamos presenciando, en oposición a la tesis sostenida por Alexinsky.

La prueba se ha buscado en *Rusia y Europa,* tomando los datos más útiles, dándoles la forma e interpretación adecuadas al propósito de este trabajo. Se ha recurrido y citado al mismo tiempo, a opiniones y datos de Driault, Sorel, Rivet y algunos otros autores.

El interés de este trabajo consiste en que hallándose resumidos muy brevemente los acontecimientos y las causas de la situación actual de Rusia, las personas que no pueden ocuparse de hacer un estudio extenso y comparativo, se encuentran en situación de apreciar la catástrofe y sus antecedentes.

La importancia trascendental de los sucesos rusos está evidenciada por la conmoción que produjo en toda Europa. Basta recordar la proyectada Conferencia internacional de Estocolmo y la que pretendió sustituirla en Berna, así como las graves deliberaciones a que se vieron obligados los Gobiernos de la Entente.

La división hecha permite al lector conocer la historia primero, y en seguida su interpretación, facilitándole la formación del juicio propio.

PRIMERA PARTE

LOS ACONTECIMIENTOS INICIALES DE LA HISTORIA RUSA SON: *la fundación de los primeros principados—y el bautismo de Rusia.*

Según la leyenda, fatigados de la anarquía en que vivían los rusos en el siglo IX, llamaron a los príncipes noruegos y les dijeron: ''Nuestra tierra es grande y fecunda, pero falta el orden en ella. Sed nuestros príncipes y venid a gobernarnos''. Tres príncipes *varegues* o noruegos aceptaron, fundaron tres principados y crearon la ciudad de Kiev.

El príncipe Vladimiro el Santo, descontento del paganismo, invitó a los sacerdotes de los cultos europeos a concurrir a Kiev; y después de oirlos, optó por la iglesia ortodoxa bizantina que se hizo la iglesia ortodoxa rusa.

Resalta aquí que los extranjeros fueron llamados al Gobierno y a la Iglesia por el príncipe ruso y que el sistema se mantuvo siempre aun a expensas del indígena.

A fines del siglo IX y principios del X las hordas tártaras invaden Europa y se posesionan de la Rusia meridional, sepa-

rando a la Rusia septentrional de los principados de Galicia y de Volynia (del sudoeste) durante los siglos X a XIII.

El comercio se ejerce primero por los príncipes varegues o noruegos, que eran, a la vez, salteadores y comerciantes. Siguen a éstos las ciudades hanseáticas alemanas, con las que entran en concurrencia los ingleses, y con ambos, más tarde, los holandeses.

Estudiando la acción de Pedro el Grande y su gobierno sobre la gran industria, se constata que:

ella consistió en medidas en que el estímulo se unía a la coerción para atraer los capitales comerciales (de los rusos) a la producción industrial, por medio de privilegios y monopolios a los fundadores de fábricas, encargos del Estado para el ejército y la marina, etc. Estas relaciones estrechas entre el gobierno y el gran capital industrial, que han durado desde Pedro el Grande hasta nuestros días, son uno de los rasgos más característicos de Rusia y que han sido tan fértiles en consecuencias. Tales relaciones hicieron pesar siempre gravemente sobre la alta burguesía rusa la mano del Estado, que tomó el hábito de intervenir en la vida económica de la nación y de resolver directamente los problemas nacionales. El principio *laisser faire, laisser passer* no ha sido nunca el del Estado ruso, que maneja constantemente empresas diversas, explotando como un particular caminos de hierro, destilerías, minas, fábricas, florestas, etc. Creo que en ninguna parte se ve un Estado tan industrial y tan comerciante como el ruso.

Por un úkase de 1722, Pedro el Grande prohibió que fueran entregados a sus señores los siervos fugados y que se habían hecho obreros de la industria creada por él. Pero cediendo a los antiguos hábitos, y en parte a la oposición de los señores y antiguos industriales, el 18 de enero de 1721 el Zar había dictado otro úkase autorizando a los comerciantes propietarios de fábricas para comprar campesinos, a condición de que fuese por aldeas enteras y que cada aldea estuviese ligada, no a la persona del fabricante, sino a la empresa industrial.

Una ley de 1762 prohibió a las personas extrañas a la nobleza comprar siervos y emplearlos en los talleres y en las fábricas; ley que fué el coronamiento lógico de una serie de medidas tendientes a restablecer la supremacía de la nobleza en el dominio de la industria y de tomar así una dirección opuesta a la que prevalecía en Europa, en donde se adelantaba a grandes

pasos el régimen burgués. De este modo los nobles acapararon pronto las ramas principales de la industria; lo que tuvo efectos funestos, pues

si los siervos eran malos obreros industriales, los nobles eran deplorables organizadores. Habituados a vivir del trabajo gratuito de sus siervos, los nobles no poseían la energía y la iniciativa nacesarias a un buen industrial... No teniendo que temer la concurrencia, nada los estimulaba a mejorar la técnica de su producción.

Pedro el Grande se empeñó en realizar el plan de algunos de sus antecesores, especialmente de Iván el Terrible—el de *abrir una ventana sobre el Báltico,* que pusiera a Rusia en comunicación directa con los Estados de la Europa Occidental, apoderándose de los puertos de Livonia, Curlandia y Finlandia—, para desarrollar sus relaciones económicas y políticas. Para obtener este resultado tuvo que guerrear durante veinte años.

Aleccionado por lo que le había sucedido a Iván el Terrible, el cual venció a los tártaros, pero fué vencido por los europeos, y escarmentado por las derrotas que sufrió él también al principio de su reinado, resolvió reorganizar su ejército y el régimen interior de su país, adoptando para ambos las formas de los países de Occidente.

El pueblo no comprendía el sentido y el alcance de los cambios que le eran impuestos; no tenía tampoco el tiempo de reflexionar acerca de ellos. Durante casi todo el reinado se prosiguió una guerra muy onerosa. Las continuas levas de hombres, el aumento ininterrumpido de los impuestos no presentaban al pueblo la obra de Pedro sino por su lado malo y fué todo lo que vió de la obra. De ahí su odio al Zar y las leyendas que se esparcieron en el imperio y representaron a este novador como un enemigo de sus propios súbditos, como un extranjero, un impostor y aun como el Anticristo.

La política interior de Pedro el Grande, bajo el aguijón de la guerra, tomó la apariencia de una carrera vertiginosa, de una catástrofe y de una revolución. Ahora bien ; si el pueblo acepta generalmente con placer la revolución de que es autor, rehusa, en general, su simpatía a la de *arriba.* Las coyunturas en que operaba Pedro, su sistema de proceder por la violencia, *manu militari,* exasperaron al pueblo, colmando su descontento. Cuando el Zar murió, la voz pública pretendió que no habría podido vivir más largo tiempo porque *el pueblo lo había maldecido.*

La guerra de 1812 no fué como las de Iván el Terrible y Pedro

el Grande. Las que sostuvieron estos dos Zares fueron *para mantener la ventana abierta* sobre el Báltico, con el fin de favorecer el desenvolvimiento económico de Rusia; pero obra gubernativa con la que el pueblo, que no la entendía, no simpatizaba y la maldecía. La de 1812 la sostuvo el pueblo, el cual no vaciló en abandonar sus hogares, refugiarse en los bosques y quemar cuanto tenía a la aproximación del enemigo.

Pasada la guerra, comprendiendo el pueblo que era él quien había salvado a Rusia, encontró demasiado dura la opresión que sufría de la nobleza.

Los soldados que habían sostenido la lucha, decían. ''Hemos vertido nuestra sangre y se nos hace sudar sobre los campos de los señores; hemos libertado a nuestra patria del tirano y somos tiranizados por nuestros señores.''

De la guerra nació la oposición a la servidumbre, que se hizo más viva cada año; y al cabo de unos cuantos, comenzó una serie de turbulencias rurales que continuaron a intervalos, hasta la abolición de la institución en el año 1861.

La guerra de 1812 conmovió al mundo de la inteligencia y ''exaltó de una manera extraordinaria el alma del ejército ruso, y sobre todo de los oficiales jóvenes.'' La permanencia en el extranjero los impresionó inmediatamente.

> Durante su marcha por Alemania y Francia, los jóvenes rusos aprendieron a conocer la civilización europea y compararla con lo que veían en Rusia a cada paso: la servidumbre de la gran mayoría, la crueldad de los jefes con sus subordinados, la arbitrariedad y los abusos del poder.

Recorriendo los países organizados según el modelo de las instituciones francesas, los oficiales rusos se sentían humillados por la tiranía reinante en su patria; observaron tronos derribados y restaurados, y que, no obstante, las instituciones revolucionarias eran conservadas y reconocidas buenas, deduciendo de ahí que hay revoluciones benéficas.

Esos mismos militares trabaron relaciones con liberales franceses y se apropiaron su manera de pensar y su gusto por las instituciones representativas. Se iniciaron en la literatura política y las ideas francesas. Trabaron relaciones con los revolucionarios, con los *sospechosos,* y estudiaron la formación y los estatutos de las sociedades políticas secretas.

En este estado de ánimo llegaron a Rusia, en donde el régimen reaccionario mataba todas las aspiraciones. El choque de las ideas produjo el estallido revolucionario llamado *decembrista* por haberse producido en diciembre de 1825. Algunos oficiales que habían tomado parte en las campañas de 1812 a 1814, tentaron una insurrección militar para establecer una Constitución, pero la insurrección fué sofocada.

En su empeño de europeizar a Rusia, Pedro el Grande creó un Senado que "debía tener la vigilancia general y la dirección superior de los negocios del Estado." Pero cuatro años después, en 1715, se vió obligado a someter el Senado a la vigilancia de un *revisador general* encargado de asistir a las sesiones para denunciar al Zar los miembros que faltaban a su deber. Cinco años más tarde, otro funcionario tuvo la misión de velar para que en el Senado todo marchara convenientemente y no hubiera conversaciones, gritos y *otras cosas.* Por último, nombró un *procurador general* que tenía el derecho de arrestar a los senadores que usaban un lenguaje inconveniente o injurioso para sus colegas.

Según Pedro el Grande, el Senado

jugaba a la ley como a las cartas y minaba la fortaleza de la justicia, dedicándose sin cesar al robo, a las intrigas y a las querellas. Oyendo la relación de las infidelidades del Senado, ordena publicar, inmediatamente, un úkase en virtud del cual sería colgada toda persona que hubiera robado al Estado una suma que llegara al costo de una cuerda. Su favorito Yagujinsky, procurador general del Senado, le observó entonces: "¿Quiere Vuestra Majestad quedar solo, convertirse en Emperador sin súbditos? Todos robamos; sólo que uno roba más y no tan discretamente como el otro."

El general Kuropatkine, estudiando las causas de la derrota de Rusia en la guerra de Crimea, entre otras causas señala ésta:

Los soldados eran tratados cruelmente, su alimentación era mala y los robos de todas clases eran fenómenos habituales.

Los gobernadores de las provincias seguían el ejemplo del Senado: robaban a la población y al Tesoro. Los generales y oficiales que viajaban por las provincias, pillaban y azotaban a

las poblaciones. Y el pueblo, empobrecido por las guerras, los impuestos y las rapiñas, huía a las estepas y a las florestas y formaba bandas de foragidos.

Este desorden persistió y aumentó durante el reinado de los sucesores de Pedro I el Grande, a pesar de haber realizado él el ideal de la autocracia absoluta.

En 1613 el primer Romanov fué *elegido* Zar por los representantes de la población, y la corona se trasmitió en seguida por herencia. Pedro I rechazó los dos principios de la elección y de la herencia, y publicó un úkase atribuyendo al Emperador el derecho de nombrar su sucesor. En una de sus leyes anteriores proclamó que "Su Majestad es soberana, autócrata y no debe cuentas a nadie en el mundo." Destruyó las fuerzas que le oponían obstáculos: las antiguas familias de los señores fueron exterminadas; el patriarcado reemplazado por una cancillería eclesiástica (Santo Sínodo) subordinada a un funcionario civil. La vigencia del *cuadro de los rangos* significaba que las precedencias dependían exclusivamente del escalón ocupado en la burocracia por la voluntad del Zar o de sus mandatarios, y no de los orígenes de la persona. Se dió el título de Emperador y se hizo el jefe supremo del ejército, de la iglesia y de la jerarquía burocrática. Sin embargo, el absolutismo no impidió las intrigas de la Corte, de sus favoritos y los motines de la Guardia, que dieron por resultado usurpaciones, crímenes y la anarquía, hasta concluir con la dinastía y con el Gobierno instituído.

A los seis años de la muerte de Pedro I, Ana Ivanovna ocupó el trono a consecuencia de una conspiración. Pero

deconfiando de los rusos, se puso bajo la guardia de un grupo de extranjeros llevados de Mitau y de varios lugares de Alemania. Los alemanes se esparcieron por Rusia, se instalaron en la Corte y se apoderaron de todos los puestos lucrativos de la administración... Toda esta banda—reclutada en particular entre curlandeses y livonianos—se hartaba y llevaba vida alegre con el dinero sacado al pueblo, a palos.

Ocupó el trono después el duque de Holstein con el nombre de Pedro III, y éste germanizó de tal modo el Gobierno ruso, que Emilio Vandervelde pinta la situación creada, con estas palabras:

Rusia es la democracia más grande del mundo, dirigida por una pequeña colonia alemana.

Los burócratas alemanes que, según Klutchevsky, ''tomaron posición alrededor del trono como gatos hambrientos alrededor de un plato de leche'', aplicaron al imperio los peores medios de opresión: las ejecuciones, la deportación, la tortura, las dragonadas... ''La invasión tártara se reproducía; sólo que esta vez no salía de las estepas meridionales sino de la capital rusa.''

Las sociedades patrióticas que se fundaron en Rusia con el fin de adoptar las ideas de gobierno europeas y de dar una Constitución al país—después de 1815—excluyeron hasta los nombres alemanes de las asociaciones y no figuró en ellas ningún alemán.

Entre los adversarios de los reformadores, de los liberales, es decir, entre los aristócratas y reaccionarios, los nombres alemanes son numerosos. La primera agitación de la Guardia Imperial la provocó la odiosa brutalidad del coronel alemán Schwarz. La insurrección decembrista del 14 de diciembre de 1825 fué quebrantada por manos alemanas. Cuando los insurrectos se reunieron en la plaza del Senado, y después de reclamar una Constitución iniciaron el ataque a mano armada, los generales rusos no supieron qué hacer.

Entonces, el príncipe Eugenio de Wurtemberg, *el más leal de los alemanes,* tomó el mando de las tropas lanzadas contra la insurrección. En el momento de perplejidad de los generales rusos, los oficiales bálticos, por consejo del barón Iol, abrieron fuego de artillería contra los conjurados. Pokrovsky se muestra impresionado de la abundancia de nombres bálticos (alemanes) que figuran combatiendo a los decembristas:—los Benckendorf, los Grünwald—, los Fredericks, los Kaulbars, brillan entre los campeones de la causa absolutista rusa.

Extinguidas las veleidades liberales de Alejandro I y ahogada en sangre la revolución decembrista, se inició la reacción durante los últimos días de este Zar.

Su sucesor, Nicolás I, dió la mayor expansión a sus concepciones asiáticas sobre el Gobierno. Para conservar intacto el poder omnímodo que había heredado, se esforzó en levantar

una barrera infranqueable entre Rusia y la civilización occidental, y el procedimiento que halló digno de ser seguido fué el régimen policial y militar de Prusia. Fundó colonias militares en las cuales los campesinos vivían en casas iguales y pintadas del mismo color; estaban divididos en secciones al mando de un jefe que dirigía el trabajo y empleaba el *knout* asiático y el prusiano. A veces, se aplicaba la pena de muerte en esta forma: se hacía pasar al condenado entre dos filas de soldados provistos de *knouts,* con los que lo azotaban hasta que moría, yendo delante de él dos soldados para impedirle correr, y detrás un trineo con un ataúd, que le impedía retroceder. De este modo se alejaban los rusos del Occidente europeo.

Cuando el desastre de Crimea demostró que era imposible continuar el antiguo régimen, Rusia buscó el remedio en la civilización Occidental. Las reformas de 1860 a 1875, fueron, pues, una faz de la europeización.

Un publicista noble y reaccionario, comprendiéndolo así, la combatió argumentando:

Cada *cantón* es gobernado por un Parlamento; cada *distrito* tiene un Parlamento; en los *Gobiernos* habrá, probablemente, la misma cosa—dice con indignación—y para concluir, el centro del Estado debe transformarse de la misma manera. Así, por sistema de administración se toma la centralización, que tiene por consecuencia el parlamentarismo. El medio necesario a este gigante lo tenemos también: la justicia aplicada públicamente, el procedimiento oral, la división de los poderes y, para colmo, el jurado. *En una palabra, en lugar de Rusia parece un Estado occidental.* Señores, pregunta—¿no habréis ido demasiado lejos por la vía de las transformaciones?

Los partidarios de las *transformaciones,* responden:

En Inglaterra, el pueblo y el Gobierno, la sociedad y el derecho se desarrollan juntos. Resulta de eso que estos factores concuerdan y colaboran y la ley es un producto común y un bien común. En cuanto a nuestra sociedad, no había participado de nada, estaba aletargada.

Y respondiendo a los que querían moderar el movimiento, el mismo autor agrega:

Al contrario, es preciso hacer las transformaciones más pronto y más resueltamente: la lentitud en las reformas es siempre dañosa, el concurso

de todos les es necesario. Las medias medidas jamás conducen al fin; son funestas casi siempre. Es preciso transformar todo a la vez. Por consiguiente, si el antiguo régimen no es bueno, es necesario suprimirlo totalmente y no en parte; no hay que mezclar lo viejo con lo nuevo...

Respecto al jurado, un senador lo combatía de la manera siguiente:

El jurado remonta a la época de Enrique III (de Inglaterra) en el tiempo que el rey confirmó la Carta Magna para hacer cesar la revuelta. Nacido en una época tan turbulenta, el *jury* fué mirado, sin duda, no como un medio de mejorar el régimen judicial solamente, sino como un arma para proteger los intereses del pueblo contra las usurpaciones del poder supremo. Y, como Rusia es una autocracia, añadía, el jurado estará en contradicción absoluta con las leyes fundamentales del Estado.

En 1862 nombró el Gobierno una comisión para que estudiase en Europa, particularmente en Francia e Inglaterra, la organización de la justicia, con el propósito de reorganizar la de Rusia—que debe establecerse, dice el rescripto—"según las enseñanzas de la ciencia y la experiencia de los Estados europeos." Esta es la reforma que ha tenido más éxito en Rusia y, en parte, se debe a que la burguesía se había desarrollado en el país y apoyaba el cambio porque favorecía y regularizaba las relaciones económicas. Se implantaron algunas otras de importancia insignificante, porque los señores falsearon completamente el carácter de las reformas.

Durante el reinado de Alejandro III se produjo una reacción y las reformas desaparecieron. La contra-reforma reconoce, parcialmente, por causa la declinación de la actividad económica, ocasionada por la concurrencia de los trigos norteamericanos, que eliminó de los mercados europeos los cereales rusos.

La solución que se encontró a esta crisis consistió en volver al sistema político antiguo. La restauración señorial alcanzó su apogeo en 1889, por la institución de los jefes de la tierra,—funcionarios reclutados en la nobleza e investidos del poder administrativo y del poder judicial sobre los campesinos. Era un restablecimiento parcial de la servidumbre.

Los alemanes no permanecieron ajenos a esta reacción de fines del siglo XIX. El conde Palen, junker báltico, protes-

tante, ocupó el ministerio de la justicia, cuyo nombramiento tenía, según otro conservador

el sentido de un correctivo al exceso de liberalismo aportado por las nuevas instituciones judiciales.

El general Grünwald, jefe del "haras" imperial, se opuso tenazmente a la reforma del ejército ruso y al servicio militar obligatorio y general, porque mezclando los jóvenes instruídos a los simples hijos del pueblo, podían ilustrarlos; contribuyó, por fin, a aclimatar en Rusia la escuela clásica disciplinada a la prusiana. Más tarde, los talentos de organización que poseen los alemanes, más bien para la reacción que para la revolución, brillaron en la persona de Plehve, asesinado por los terroristas después de haber empleado su policía en aterrorizar a todo el imperio.

Muerto violentamente Alejandro II, su sucesor, Alejandro III, siguiendo los consejos de su amigo Poviedonostzev, hizo sufrir a Rusia un régimen autocrático y policial cada vez más acentuado.

Un cuarto de siglo más tarde se inició muy imperfectamente el parlamentarismo en Rusia, por la Carta de 30 de octubre de 1905, conocida con el nombre de *Manifiesto sobre las libertades*...

Las peores disposiciones de la Constitución actualmente en vigor son copiadas del modelo prusiano. Tal es el sistema de las *curias* que separa a los electores por clases como caballos aislados cada uno en su box: es el del Landstag de Prusia.

Acerca de otros puntos, el régimen representativo de Rusia se asemeja al de Prusia y contrasta con el verdadero parlamentarismo occidental.

La diferencia principal entre un Estado europeo y otro sometido al despotismo asiático,consiste en que el primero puede expresar sus votos y su voluntad y el segundo está obligado a callar... Un senador ruso ha dicho: "El pueblo ruso es mudo y no puede, absolutamente, reaccionar contra los abusos."

La revolución de 1905 y la convocación de la Duma de 1906

pusieron fin al mutismo de Rusia. Creada la representación nacional, apareció que las masas populares rusas eran mucho más conscientes y estaban mucho más preparadas para el régimen constitucional, de lo que se había creído.

Cuando la prensa independiente insistía sobre la necesidad de este régimen en Rusia, los reaccionarios objetaban siempre que las demandas de reformas no emanaban del pueblo, sino que eran un producto artificial elaborado en el cerebro de razonadores extraños al pueblo. El pueblo, aseguraban los reaccionarios, no pensaba en ninguna modificación del régimen político y no tenía ninguna necesidad de garantías constitucionales. Pero los principios, la iniciación de la Duma, han dado un mentís abrumador a estas afirmaciones, por la publicación de documentos que quedaron casi desconocidos del público europeo, y que tienen, sin embargo, una gran importancia para el estudio de la mentalidad política del pueblo ruso, pues permiten reconocer si es bárbara o asiática, o europea y progresiva.

Los documentos aludidos son los *nakasy.* Lo mismo que en Francia, en 1789, para las elecciones de los Estados Generales el pueblo consignó en sus cuadernos sus necesidades y sus quejas y dió instrucciones a sus representantes, la población del imperio ruso en 1906 y 1907, en las elecciones de las dos primeras Dumas, armó a los diputados con estos *nakasy* o memorándums de sus quejas y de sus deseos. Tanto los autores de los *nakasy* como los diputados que los recibían, fueron perseguidos por la policía y acusados. En un pedido de autorización para acusar a cincuenta y cinco diputados demócratas, presentado por Stolypine a la segunda Duma, se acusa a los diputados de

haber recibido *nakasy* de cuerpos de tropa de guarnición en Vilna y en Petrogrado y de haber recogido las reivindicaciones revolucionarias de las clases más pobres de la población.

Del Duina septentrional y del Cáucaso, de las regiones del Báltico y del Ural, de las márgenes del Volga y de la lejana Siberia, los miembros de la izquierda en las dos primeras Dumas recibieron un número inmenso de telegramas, de cartas de felicitación y de misiones enviadas por el aldeano y por el proletario de la gran ciudad, por el artesano y por el empleado de comercio, por el deportado político y por el cosaco del Don,

por el soldado y por el marino: de todos lados las reivindicaciones populares y las reclamaciones cayeron como una granizada sobre la Duma.

Los *nakasy* hacen una apreciación muy severa del estado de cosas creado en Rusia por la incuria y la malevolencia de la burocracia y por el egoísmo de la aristocracia. Se hacen notar la arbitrariedad y la violencia; describen la situación particularmente penosa de los campesinos, a quienes los grandes propietarios tratan como perros a los que se arrojan restos de pan para que no gruñan y para que no rabien de hambre; algunos obreros refieren que se tuvieron que reunir a deshoras de la noche en una cabaña casi oscura para redactar el mandato enviado a sus diputados.

Lo primero que pedían los mandatos, con la mayor urgencia, era la amnistía para los deportados y para los presos políticos, la liberación de esos campeones enterrados vivos. La amnistía no es considerada como acto de clemencia con un *culpable,* sino como un derecho legítimo de hombres víctimas de la ilegalidad y de la arbitrariedad de una reacción despótica. Pedían que el Estado restituyese los libertados a sus casas a expensas del Tesoro público y que les acordase socorros temporales.

Reclamaban al mismo tiempo la abolición de la pena de muerte. Pero unos decían: ''los campeones de la libertad no serán libertados sino cuando el pueblo haya puesto fin a la autocracia''; otros agregaban: ''desembaracémonos de esta iniquidad (la pena de muerte) y de los asesinos, de los miembros de esté gobierno ávido, despótico, embustero y enemigo de la humanidad.''

La abolición de las clases era indicada. Por la abolición de todas las limitaciones de clase impuestas *a la persona y a la propiedad de los campesinos,* así como de todos los pagos y cargas establecidos sobre la diferencia de clases, se pronuncian algunos. Otros sostenían que los campesinos deben gozar de derechos iguales a los de todas las otras clases. El Estado no debe atender más que a los méritos y a las facultades personales de los ciudadanos, sin distinción de origen.

Son requeridas reformas en interés de los trabajadores de la industria: reducción de horas de trabajo, elevación de los

salarios, mejoramiento de las condiciones legales y de las condiciones de higiene del trabajo, seguros obreros a expensas del Estado y del patrón, Bolsas del trabajo, tribunales para juzgar las diferencias industriales, etc.

Entran igualmente la separación de la Iglesia y del Estado, tolerancia completa y autonomía de todas las confesiones. Respecto a las nacionalidades, se expresan de la misma manera: entera igualdad de derechos para todas las naciones que habitan Rusia y libertad completa para desarrollarse; ciertos mandatos preconizan el principio de una federación, con la más completa autonomía para cada una.

Demandan la escuela, pero no la escuela oficial que mata las aspiraciones a la luz y a la libertad—sino la escuela libre, cuya libertad debería acordarse a la iniciativa privada tanto como a la pública.

Después de anunciar su vivo deseo de libertad política y democratización del Estado, los electores señalan con frecuencia, en sus mandatos, el procedimiento que deben emplear sus elegidos, prometiéndoles sostenerlos en todo terreno si el Gobierno usa la violencia para librarse de ellos.

La lengua rusa

La lengua de un pueblo refleja toda su evolución histórica, y eso sucede con la lengua rusa.

La lengua popular y la lengua literaria de Rusia se han constituído de una manera muy diferente. En la popular se reconocen el movimiento de la población, la colonización de la gran llanura oriental por tribus eslavo-rusas y su contigüidad con otros pueblos—los mongoles, los fineses, los polacos, los lituanos, etc. Los tres dialectos principales de la lengua rusa—el gran ruso, el pequeño ruso o ukraniano y el blanco ruso—conservan las trazas de estos contactos.

Sólo el gran ruso tiene una lengua literaria, pues los blanco rusos—limítrofes de Lituania y Polonia—no han desarrollado bien su literatura para tener su medio de expresarla, y los Ukranianos el medio de que disponen está en formación todavía y se aproxima más a la lengua popular que al gran-ruso literario.

La formación de la lengua literaria *gran-rusa* ha tenido una base firme y bien definida, y esa formación puede dividirse en tres fases principales, de las cuales dos proceden de dos factores exteriores distintos.

La primera fase comienza en la evangelización de Rusia, que realizó Bulgaria, o mejor Macedonia, de donde le vinieron el clero y los primeros libros religiosos y eclesiásticos. La lengua literaria rusa fué, al principio, la de la religión, y se la conoce con el nombre de *lengua eslava de Iglesia.* Era enteramente extraña a la del pueblo y poco comprensible para éste. Sin embargo, penetró la lengua popular en la literaria, y en esta mezcla están escritas las primeras crónicas históricas y los primeros actos jurídicos del principado de Kiev.

Después de transferida la capital de Moscou, una lengua urbana nació, diferente de la lengua rural, y que, cuando Moscou aumenta y se transforma en gran ducado, se hace la lengua del Estado.

Las cancillerías gubernamentales deben hablar de Moscou con toda Rusia una lengua comprensible. Así nace una lengua de cancillería simple, precisa, acabada, perfeccionada, pintoresca y con fuerza de expresión... Pero esta lengua no dura... A partir del siglo XVIII la lengua se destaca de su base, cambia al azar y acumula sin miramientos los materiales brutos de los conceptos y de los términos extranjeros. Llega un momento en que los escritores rusos prefieren recurrir a las lenguas extranjeras para expresarse con arte y precisión. El velo de uniformidad arrojado sobre la literatura por el estilo elaborado en el siglo XVI, desaparece como por encanto.—P. Milukov.

La evolución de la lengua literaria en Rusia sigue la del país. La invasión lingüística europea en Rusia y la tentativa de europeización rusa de Pedro I a principios del siglo XVIII son contemporáneas. Los cambios comerciales, la adopción de las prácticas militares y las instituciones gubernamentales, todos de origen europeo, exigían términos adecuados para la designación de las mercancías, de las órdenes militares y de las instituciones políticas. De ahí viene la invasión de los vocablos europeos en la lengua rusa.

Pero a fines del siglo XVIII la penetración de Europa en la lengua rusa no se limita ya a los términos técnicos y a los vocabularios comercial, industrial y gubernamental; entonces com-

prende las expresiones que hacen los fenómenos intelectuales propios a los hombres ilustrados, las ideas abstractas y los movimientos del espíritu y del corazón.

Karamzine, favoreció este movimiento y contribuyó a él. No encontrando en la lengua literaria rusa lo necesario para pintar la vida interior de sus personajes, creó un gran número de palabras procediendo por analogía, siguiendo el modelo de las lenguas latinas. Europeizó así la sintaxis, en la que implantó giros más flexibles y más agradables.

Esta lengua era en el momento de su formación, y ha continuado siendo, la que emplea el mundo del pensamiento y es extranjera para el pueblo. La europeización lingüística, como la europeización en general, no ha tocado todavía a todas las masas. Si el hablar de los habitantes de las ciudades se aproxima mucho a la lengua escrita, el rudo y pesado idioma usado corrientemente por los *moujiks* está muy lejos de él todavía.

La literatura popular y la literatura sabia en Rusia

Desde que nacieron la poesía popular y la tradición oral, la influencia extranjera fué muy sensible, particularmente en las obras escritas. En la literatura escrita se reconoce claramente la imitación voluntaria de los elementos extranjeros apropiados, que en la literatura popular es inconsciente. Las fuentes y las vías de penetración de la inspiración extranjera, de las dos literaturas, son distintas: la poesía oral en ruso es, en general, hija del Oriente; las obras escritas proceden de Occidente; para ellas, Asia cede el puesto a Europa. Este movimiento fué gradual, pues la literatura rusa permaneció bajo la égida de la Iglesia bizantina y de sus asuntos ascéticos, que mataban la fantasía poética.

A principios del siglo XVI los eslavos meridionales—búlgaros, serbios y dálmatas—introdujeron la literatura europea en Rusia, produciendo la primera revolución espiritual. Esta tarea les fué facilitada por la comunidad del alfabeto inventado por San Cirilo.

Las novelas eslavo-romances—o sea las versiones eslavas de los diversos romances de caballería (*Tristán e Isolda, La Bella Elena,* etc.) se esparcen en Rusia y engendran un mundo

nuevo de ideas, de sentimientos y de simpatías. Los temas amorosos, sobre todo, eran una novedad para los rusos, sometidos a la ética bizantina que se esforzaba—siguiendo la enseñanza de la Iglesia—en representarles la mujer como un *ser malo*, un *vaso diabólico*, mientras los cuentos y las poesías de Occidente la idealizaban y proclamaban abiertamente el culto de la belleza y del amor.

En el siglo XVII la Rusia moscovita percibe los ecos de la literatura europea por intermedio de sus parientes y vecinos más próximos, los polacos y los ukranianos. En la misma época conoce también las escenas alegres de los famosos chistes abundantes en Occidente, los romances franceses y los episodios del *Decameron* de Bocaccio. Esta revelación, dice Veselovsky

produjo un cambio definitivo en los gustos y en los juicios del lector, libertando las aspiraciones eternas, la pasión, el amor, la risa, los sueños, todo lo que estaba oprimido por la doctrina de la abstención y del falso pudor.

Europa no dió a Rusia modelos de lengua y de composición solamente, sino que se apoderó de su mentalidad, y las corrientes europeas de los siglos XVIII y XIX, desde el clasicismo hasta el simbolismo, se extendieron hasta ella.

De los grandes hombres de Europa que ejercieron una influencia predominante, verdaderamente extraordinaria en la literatura rusa, marcando una época en su historia, Shakespeare es el principal, sin que niguno haya igualado su prestigio.

Exponiendo las razones que tiene para disentir de Lirondelle en el juicio que éste emite acerca del carácter de la poesía de Shakespeare y de Byron y de su influjo sobre la literatura rusa, juicio en el que Lirondelle afirma que Pouchkine, al contacto de Shakespeare "no corrió el peligro que le hizo correr Byron atrayéndolo hacia una subjetividad exagerada"..., Alexinsky dice lo que sigue:

Desde luego, no comprendo porqué el byronismo podía o habría podido ser más *peligroso* para nuestros escritores rusos que el *hamletismo* shakesperiano, tan poderosamente marcado en nuestras letras. El *hamletismo* es el escepticismo de un espíritu superior, pero privado de toda fuerza moral, de toda potencia de acción. Estos rasgos de carácter pre-

dominan entre los *intelectuales* rusos en ciertas épocas del siglo último y son indicados frecuentemente por nuestros escritores.

En cuanto al byronismo, la falta de voluntad, tan característica del hamletismo, le es extraña. Y durante el primer período de su difusión en Rusia, el byronismo fué adoptado por nuestros pensadores sobre todo como una defensa revolucionaria, *de la individualidad contra las viejas fuerzas sociales y políticas* que lo oprimían. Byron para los rusos, fué no solamente el poeta de *Don Juan* y de *Childe Harold,* sino también de la insurrección griega y de la libertad en general. Es de observar que de las tres corrientes principales del romanticismo occidental, no es la alemana con sus baladas fantásticas, ni la francesa con su conservatismo y su misticismo, sino la inglesa la que ha dominado en Rusia. No son los escritores y los letrados los culpables de que el ambiente nacional no les haya permitido transportar a la vida real su impulso byroniano, que los empujaba hacia la libertad y hacia la verdad. No es culpa de ellos si este impulso, quebrado por el régimen social y político, cayó en un hamletismo pasivo.

Dostoïevsky, siguiendo la oposición que se hizo en Rusia al byronismo, lo criticó en una forma hiriente. Pero más tarde Dostoïevsky rectificó su opinión, y en el *Diario de un escritor* formuló el juicio siguiente:

Ante todo—dice—me parece que no se debe emplear la palabra *byroniano* como una injuria. El byronismo no ha sido más que un fenómeno momentáneo, pero que tuvo su importancia y que vino a su hora. Apareció en una época de angustia y desilusión. Después de un entusiasmo desenfrenado por un ideal nuevo, nacido a fines del siglo XVIII en Francia (y Francia era entonces la primera nación europea), la humanidad se repuso y los acontecimientos que siguieron se asemejaron tan poco a lo que se había esperado, los hombres comprendieron tan bien que se habían burlado de ellos, que hubo pocos momentos tan tristes en la historia de la Europa occidental. Los viejos ídolos yacían derribados cuando se manifestó un poeta poderoso y apasionado. En sus cantos resonó la angustia del hombre y él lloró su decepción. Era una musa desconocida todavía—la de la venganza, de la desesperación y de la maldición. Los gritos byronianos tuvieron un eco en todas partes. Ningún talento un poco intenso podía evitar entonces pasar por el byronismo. En Rusia muchas cuestiones dolorosas permanecían en suspenso y Pouchkine tuvo la gloria de descubrir, en medio de hombres que apenas lo comprendían, una salida a la triste situación de la época: *la vuelta al pueblo.*

Las ideas en general

Europa no sólo invadió los dominios económico y político de Rusia, sino que contribuyó a formar la mentalidad y la conciencia nacional rusa.

En el siglo XVII aparece el primer *zapadnik* ruso—(*zapadnik* significa partidario de las ideas occidentales, admirador de Europa). Fué éste el príncipe Ivan Khvorostinine, campeón del occidentalismo. "Era un libre pensador forrado de catolicismo", que atacó las costumbres moscovitas y la religión ortodoxa; y la impresión recibida de Europa era tan grande que ya no podía sentir simpatía por la vieja Rusia.—Voïne Ordine Nachtchokine fué el segundo *zapadnik* que sintió una gran afección por las luces occidentales y aversión por su patria atrasada. Apareció más tarde Kotochikhine, quien, pintando la barbarie rusa, termina—en una obra sensacional que publicó—así:

> Los rusos no envían sus hijos a instruirse en el extranjero, porque temen que conociendo la religión, las costumbres y la buena libertad de los otros países, abandonen su religión y abracen otra, sin preocuparse de volver a sus hogares al lado de sus parientes.

Los *zapadniki* fueron perseguidos por la iglesia y por el Gobierno, que los encarceló y los obligó a abjurar. Pero al mismo tiempo se presentó otro enemigo: el *eslavismo*. Los eslavófilos reprochan a los *zapadniki* su odio a la vieja Rusia, oponiéndoles al moralista Ioury Krijanitch.

Krijanitch, de origen eslavo, croata, educado en un seminario de Viena, fué a Rusia impulsado por su amor a los eslavos, en el siglo XVII. Buscaba entre ellos un pueblo que no se hubiera desnacionalizado todavía. Comprendía que no se podían restablecer los pueblos eslavos germanizados en ese momento, y "que sólo por medio de los libros se les podría abrir los ojos del espíritu para que aprendieran a comprender por ellos mismos su dignidad y pensaran en su independencia." Rusia debe libertarse de la *xenomanía* o manía por los extranjeros.

> Hay dos pueblos—dice Krijanitch—que tientan a Rusia de diferente manera: los *Niemtzy* (europeos) y los griegos, que están de perfecto acuer-

do sobre el fin capital de sus seducciones; y su acuerdo es tal que se podría creer en una conspiración contra nosotros.

Y agrega (extracto):

Los Niemtzy nos recomiendan las novedades, queriendo que abandonemos nuestras antiguas instituciones y adoptemos sus leyes y costumbres. Los griegos condenan toda novedad, reputándola un mal. Pero dice la razón que nada es malo o bueno por ser nuevo, pues lo bueno y lo malo comenzaron por ser una novedad.

Los Niemtzy nos aconsejan que hagamos accesibles a los *moujiks* las ciencias filosóficas. Los griegos condenan la ciencia y nos aconsejan la ignorancia. La razón dice que hay que evitar al diablo, pero que la ignorancia no conduce al bien.

Los Niemtzy colocan por encima de todo el sermón y la lectura del Evangelio, y nos provocan a la discusión. Los griegos han oprimido enteramente, y condenado, la predicación y las discusiones y los conclaves.

Los Niemtzy nos aconsejan abandonarnos a los placeres corporales y nos enseñan a despreciar la vida monástica, las vigilias y la mortificación de la carne. Los griegos aconsejan la templanza cristiana, pero propagan géneros especiales de piedad falsa y de superstición farisaica.

En la política los griegos nos aconsejan seguir, en todo, el ejemplo de la corte turca. Los Nietmzy reprueban las costumbres, leyes e instituciones turcas, por bárbaras e inhumanas.

Los Niemtzy afirman, apoyándose en el Evangelio, que no se debe condenar a nadie por causa de religión. Los griegos deducen de otros pasajes del Evangelio que a ellos solos se debe escuchar y creerles sin discusión.

Los griegos nos adulan exagerando la antigüedad del Estado ruso, del cual se mofan, y han llamado a Moscou la tercera Roma, concibiendo la idea ridícula de que el Estado ruso era un estado romano con derecho a las insignias del imperio romano. Los Niemtzy tratan de probar que el Estado ruso no es más que un simple principado y sus soberanos grandes príncipes.

Por todo lo que precede—concluye Krijanitch—se ve claramente la diversidad y el peligro de las tentaciones a que nos exponen los Niemtzy y los griegos dándonos, además, consejos diametralmente opuestos. En efec-

to, los primeros quieren contaminarnos con sus novedades; los segundos condenan toda novedad, en bloc, y bajo la cubierta de una falsa antigüedad nos comunican sus aberraciones. Unos siembran herejías; los otros, que nos han enseñado la verdadera religión, mezclan en ella el cisma. Los unos ofrecen una mezcla de las ciencias verdaderas con las diabólicas; los otros glorifican la ignorancia y tienen las ciencias por herejías. Los unos alimentan la vana esperanza de salvarse por el sermón únicamente; los otros desprecian el sermón y prefieren el mutismo completo. Los unos, partidarios de toda licencia, nos llevan por el camino del peligro; los otros, usando de la superstición farisaica y de la devoción exagerada, nos trazan un camino más estrecho aún que el camino difícil y verdadero de la salud. Los unos miran todas las instituciones del Estado turco como bárbaras, tiránicas e inhumanas; los otros pretenden que todo es en él bello y digno de elogio. Los unos encuentran que no se puede juzgar a nadie; los otros afirman que se puede condenar sin oír. Los unos rehusan a Rusia los honores que le son debidos; los otros le atribuyen honores ficticios, vanos, absurdos e imposibles. Así, en desacuerdo sobre casi todo, se entienden de una manera perfecta para odiar igualmente a nuestro pueblo, despreciarlo, denigrarlo y anonadarlo con las peores calumnias e incriminaciones.

Krijanitch, aunque considerado el padre espiritual del eslavismo, es bastante duro con el bizantinismo. Si reconocía ventajas a Rusia sobre el Occidente, recomendaba que se tomase como modelos a Inglaterra y a Holanda para el desarrollo y valorización de las fuerzas económicas rusas, y a Francia para la legislación.

Por otra parte, Krijanitch pone de manifiesto numerosos defectos del carácter y de la vida rusos. Reprueba, por ejemplo, muy enérgicamente la *horrible embriaguez* esparcida en Rusia, *la pereza y la prodigalidad, la falta de instrucción,* etc.

Finalmente quería un *poder intermediario* para cambiar un gobierno riguroso y una tiranía en un gobierno moderado. Encontraba la solución en una monarquía ilustrada, apoyada en clases privilegiadas dotadas de libertades, que era, según él, lo que sucedía en Francia y en España, en donde los grandes gozaban de ciertas libertades por su nacimiento, y gracias a las cuales los reyes no están expuestos allí a ultrajes del pueblo ni del ejército.

Triunfo de las ideas europeas

La vía intermedia propuesta por Krijanitch no fué preferida. A mediados del siglo XVII el populacho, excitado por los sacerdotes y otros representantes del conservatismo bizantino, hizo sufrir a los extranjeros de Moscou un verdadero *pogrom*. Bajo el gobierno del zar Miguel Fedorovitch se demolieron las iglesias luteranas de la ciudad, se prohibió a los rusos el uso del traje europeo y se confinó a los extranjeros en una zona de residencia, prohibiéndoles tener servidores rusos, y se expulsó a los comerciantes ingleses de las ciudades.

Pero como Rusia no podía privarse del concurso europeo, la intransigencia nacionalista concluyó en el reinado de Alejo Mikhaïlovitch, que trató de mantener cierto equilibrio entre la reacción indígena y el progreso europeo.

Sin embargo, no había término medio posible. El nacionalismo militante de la Iglesia Ortodoxa sostenía que no se debía alterar nada, que se debía conservar todo como existía desde hacía siglos. Durante la primera mitad del siglo XVII los occidentalistas debieron buscar un refugio en Europa contra las persecuciones de los conservadores bizantinos; en la otra mitad y comienzo del siguiente, los conservadores huyen de los golpes de los novadores a las florestas del Norte o a las estepas del Sur.

Si en el siglo XVII un ruso europeizado era considerado por sus compatriotas como un hereje, a fines del XVIII era conocido con el nombre de *volteriano* y, a veces, de franc-masón.

Klutchevsky describe el volterianismo ruso, y entre otras cosas dice:

Bajo Isabel, *zarina alegre,* el impulso europeo tuvo un carácter más bien estético: Rusia adoptaba lo que podía embellecer la vida en el sentido enteramente material. Bajo Catalina II, al deseo de embellecer la vida se agrega el de adornar el espíritu. En el reinado de Isabel, la sociedad aprendió el francés y adquirió el gusto de las bellas letras; la zarina había entablado relaciones con los grandes escritores de Francia. Catalina, desde su juventud, fué seducida por las obras maestras francesas y, elevada al trono, se apresuró a entrar en relaciones directas con

sus autores; y arrastrada en cierta medida por la corriente general, Catalina obedecía así a consideraciones diplomáticas: trataba de ganar la buena voluntad de estos señores de la opinión, porque acordaba una gran importancia al sufragio de París; su correspondencia con Voltaire lo demuestra.

La alta sociedad rusa participaba del entusiasmo de la Corte y la nobleza media seguía el impulso; y no pudiendo hacer más, se contentaba con los libros. Las obras francesas se esparcieron libremente y en abundancia en todas las provincias, y eran muy traducidas.

Bajo su acción se modificaron las relaciones entre la sociedad rusa y Europa. Durante el reinado de Pedro I, los nobles iban al extranjero a estudiar el arte de la guerra o la navegación; más tarde, para aprender el buen tono. Este reinado de las letras y la filosofía francesas marca la última fase de la revolución intelectual y moral atravesada por la sociedad rusa desde la muerte de Pedro I: el gentil hombre a la moda, artillero o marino en la época de Pedro, petimetre en tiempos de Isabel, se hizo, en el reinado de Catalina, hombre de letras librepensador, francmasón o volteriano.

¿Qué ha quedado en Rusia de esta impresión occidental? Para comprenderlo es preciso recordar que el enciclopedismo francés fué la primera vuelta *contra el orden basado sobre la tradición feudal y católica,* a la que oponía la multitud de sus concepciones lógicas y de sus sistemas. Esta filosofía se apoderó de los espíritus ilustrados en Rusia, en donde *el feudalismo* propiamente dicho *y el catolicismo no existían.* En Francia las teorías enciclopédicas manifestaban las pretensiones muy reales y concretas del *tercer Estado,* que aspiraba a aplicarlas. Sus adeptos rusos, al contrario, no les reconocían ningún alcance práctico; (porque eran dirigidas a un pueblo, a un estado político y social muy distintos): no veían en él más que dogmas hechos para quedar en el dominio de lo absoluto, no para regir efectivamente las relaciones de los hombres. La sensibilidad, la filantropía de estos *amateurs* eran puramente verbales; bajo este ropaje guardaban intactos su egoísmo, su dureza, el conjunto de sus hábitos morales. Un noble, volteriano, versificador y declamador, instituyó tribunales en sus dominios, pero conservó

la tortura. La princesa Dachkov, elevada a la Presidencia de la Academia de Ciencias Rusa, era apasionada de Bayle, Voltaire y Rousseau. Terminó su carrera aislándose en Moscú, en donde mostró su naturaleza. Era indiferente a la suerte de sus hijos, azotaba a sus servidores. Lo único que la conmovía profundamente era cualquier percance que le ocurriera a alguna de las ratas que había domesticado.

Es que la nobleza vivía de una injusticia política y en la inacción social. De las manos de un chantre, el noble ruso pasaba a las de un director francés, concluyendo su instrucción en el teatro italiano; seguía la moda aprendida en los salones de la capital, y terminaba sus días en su gabinete de Moscú o en la campiña leyendo a Voltaire. Maneras, hábitos, nociones y sentimientos que se había apropiado, la lengua misma en que pensaba, todo era extranjero, importado de Europa. Ningún lazo vivo ni función orgánica lo unía a las poblaciones que lo rodeaban; no tenía ningún trabajo serio en la administración local, subordinada a los gobernadores, ni en la explotación de sus tierras, fundada en la labor de los siervos. En la sociedad era un inútil—*una superfluidad histórica,* como llama Klutchevsky a esta clase de hombres.

El escritor político Herzen se expresa sobre el mismo tema, de este modo:

> El siglo XVIII produjo en Occidente una generación admirable, sobre todo en Francia, con todas las debilidades de la Regencia y todas las fuerzas de Esparta y de Roma. Estos Faublas, que eran Régulos al mismo tiempo, abrieron de par en par las puertas de la Revolución y se precipitaron por ella los primeros, empujándose, para salir por la ventana de la guillotina. Nuestro siglo no produce ya estas naturalezas vigorosas y de una sola pieza; el siglo pasado, al contrario, las suscitaba en todas partes, aun en donde eran superfluas, en donde no podían desarrollarse sino por una anomalía. En Rusia, aquellos sobre quienes había soplado este gran viento occidental no llegaron a ser grandes figuras históricas sino originales. Extranjeros en su patria y fuera de ella, espectadores pasivos, mimados en Rusia por sus prejuicios occidentales, y por el Occidente por sus hábitos rusos, aparecen como una *superfluidad inteligente,* extraviada en una vida artificial.

Según Klutchevsky, los volterianos rusos eran indiferentes a la oposición entre sus ideales y la realidad ambiente; las

ideas francesas no los arrebataban. Herzen les atribuye burlas perversas y alejamiento de todos,—consecuencia del choque de dos cosas tan enemigas como el siglo XVIII europeo y la vida rusa. Sin embargo, se recuerda el ejemplo de Opotchinine, señor de Iaroslaf que se suicidó, declarando en su testamento que

su repugnancia por la vida rusa (por su educación europea) era la que lo inducía a decidir espontáneamente de su suerte.

Reacción nacionalista

Además de la resistencia popular, las ideas europeas han encontrado siempre grandes dificultades para penetrar en Rusia, combatidas por la policía y por los reaccionarios que les negaban importancia y las consideraban perniciosas.

El príncipe Chtcherbatov sostiene que la reforma de Pedro I fué un mal y que depravó las costumbres rusas porque fué una transformación precipitada y forzada de la antigua Rusia en Estado europeo; que Pedro I fué demasiado pronto y lejos en la vía de las reformas, queriendo alcanzar en algunos años resultados que debieron obtenerse por una evolución normal y natural al cabo de tres generaciones. Otros escritores siguieron la misma vía. La Revolución francesa produjo este efecto.

La Revolución tuvo una acogida favorable en los primeros momentos. Hubo aristócratas jacobinos y grandes duques que se declaraban republicanos, mientras en Petrogrado se festejaba la toma de la Bastilla.

Pero Catalina II comprendió que la entrada de los principios revolucionarios franceses era peligrosa para su monarquía y su nobleza, y comenzó a combatirlos, empezando por prohibir la venta de cualquier libro francés; prohibición agravada por Nicolás I, que proscribió de Rusia todos los libros extranjeros.

Los únicos franceses que tuvieron entrada libre en Rusia fueron los realistas y los jesuitas, cuya propaganda católica comenzó obteniendo gran resultado momentáneo, pues se hizo moda convertirse al catolicismo.

La influencia de la Revolución francesa sobre los partidos rusos se ha mantenido hasta hoy; un hombre político ruso puede ser juzgado por sus opiniones acerca de la Revolución. El dipu-

tado Markov, leader de la extrema derecha de la Duma, dijo en la tribuna de la misma, en el año 1909: "la Revolución francesa es el acto más odioso y más despreciable de la historia moderna" y "República quiere decir reinado de hombres y de *mujeres públicas.*" Pero los demócratas, al contrario, aman a Francia porque ella encarna la tradición revolucionaria. La gran Revolución es objeto de un verdadero culto de su parte. Se ha llegado a decir que para los rusos "la revolución no es un pasado muerto, ya distante, sino una actualidad viva."

Influencia católica en Rusia

En 1830, las sociedades literarias de Moscú seguían divididas entre la *eslavofilia* y el *occidentalismo.* Se mezcló en ellas un nuevo pensador: Tchaadaev, occidentalista, pero cuyas ideas se asentaban en el catolicismo.

Tchaadaev sostiene que Rusia está espiritual y moralmente aislada del mundo y hace la siguiente demostración:

> Nosotros estamos por descubrir todavía las verdades que son triviales en los otros pueblos. Es que no hemos marchado con los otros pueblos, no pertenecemos a ninguna de las grandes familias humanas. No somos de Occidente ni de Oriente y no tenemos la tradición de ninguno de los dos. Colocados fuera del tiempo, la educación del género humano no ha llegado hasta nosotros.

La comparación histórica no favorece a Rusia:

> En todos los pueblos—dice—hay un tiempo de agitación violenta, de inquietud apasionada, una edad de grandes emociones y de grandes empresas en que los pueblos se agitan con vehemencia, sin motivo aparente, pero no sin fruto para la posteridad. Nosotros no hemos pasado por esos períodos. Una barbarie brutal primero; en seguida una superstición grosera; después una dominación extranjera feroz, envilecedora, cuyo espíritu ha sido legado al poder nacional... una existencia sombría, sin vigor, sin energía...
>
> Dirigid una ojeada a los siglos que hemos atravesado y al territorio que ocupamos—no encontrareis un recuerdo que vincule, un monumento venerable que os hable de los tiempos pasados, que os los retrace de una manera vivaz y pintoresca. Vivimos en el presente más estrecho, sin pasado y sin porvenir, en una calma absoluta.

Pasados nuestros primeros años en un embrutecimiento inmóvil, no han dejado ninguna traza en nuestro espíritu y no tenemos nada individual sobre que asentar nuestro pensamiento; aislados, por un destino extraño, del movimiento universal de la humanidad, no hemos recogido nada tampoco de las ideas tradicionales del género humano. Es sobre estas ideas, no obstante, que se funda la vida de los pueblos; es de estas ideas que deriva su porvenir y que proviene su desarrollo moral.

Tchaadaev atribuye estos males al cisma griego, que arrancó la familia eslava a la fraternidad universal y dejó aislada a Rusia de la unidad del pensamiento humano que constituía la tendencia europea, así como del Renacimiento.

Replegándose en la antigüedad pagana—agrega—el mundo cristiano había vuelto a encontrar las formas de lo bello que le faltaban todavía. Relegados a nuestro cisma, nada de lo que pasaba en Europa llegaba hasta nosotros.

Como se le increpase por falta de patriotismo—de parte de los reaccionarios cuyo portavoz oficial y gubernamental era entonces el conde Ouvarov—respondió:

El samoyeda que ama las nieves natales, causa de su miopía—la choza ahumada en que permanece encerrado la mitad de sus días—la grasa rancia de sus renos, que lo rodea de una atmósfera nauseabunda—no ama a su país, seguramente, de la misma manera que el ciudadano inglés, orgulloso de las instituciones y de la alta civilización de su isla gloriosa. Existe algo mejor que el bello amor de la patria: el amor de la verdad. No es por el camino de la patria, sino por el de la verdad, que se sube al cielo.

Y agregaba, dirigiéndose a sus adversarios:

Amo a mi país, creedme, más que cualquiera de vosotros; pero no he aprendido a amarlo con los ojos cerrados, la frente inclinada y la boca cerrada. Amo a mi país como me enseñó a amarlo Pedro el Grande. No tengo ese patriotismo beato, perezoso, que se arregla para ver todo color de rosa, que se adormece sobre sus ilusiones. Pienso que si hemos venido después de los otros, es para hacer algo mejor que los otros.

Medio siglo más tarde aparece otro filósofo católico, Soloviev, que piensa de Rusia lo mismo que Tchaadaev, aunque no con tanto pesimismo. Cree que el atraso de Rusia se debe a la Iglesia Ortodoxa y que ésta debe unirse a la Iglesia Católica, y

así la Iglesia Ortodoxa y toda Rusia con ella adquirirían la posibilidad de participar en la gran obra de la *Encarnación del Verbo,* de la perfección de la naturaleza humana y de la sociedad.

Soloviev compara las dos iglesias, Ortodoxa y Católica, y las asimila a la leyenda popular rusa de los santos Nicolás y Casiano.

San Nicolás y san Casiano, enviados del Paraíso para visitar la tierra, hallaron un día en su camino a un pobre campesino cuyo carro, cargado de heno, estaba profundamente atascado y que hacía esfuerzos infructuosos para hacer adelantar su caballo.—Vamos a ayudar a este hombre, dijo san Nicolás.—Me guardaré muy bien, respondió san Casiano: temo manchar mi clámide.—Espérame entonces, o sigue solo tu camino, dijo san Nicolás, y, metiéndose resueltamente en el fango, ayudó vigorosamente al campesino a sacar su carro. Cuando san Nicolás terminó la tarea y se reunió a su compañero, estaba todo enlodado y su clámide manchada y desgarrada, asemejándose al vestido de un pobre.

Grande fué la sorpresa de san Pedro al verlo llegar en ese estado a la puerta del Paraíso, y le preguntó ¿quién te ha puesto así? San Nicolás refirió el hecho. Y tú, preguntó san Pedro a san Casiano, ¿no lo ayudaste en la tarea?—No, porque no tengo el hábito de mezclarme en los asuntos ajenos y, ante todo, no he querido empañar la blancura inmaculada de mi clámide.—Bien, dijo san Pedro: tú, san Nicolás, por no haber tenido temor de mancharte sacando de apuros a tu prójimo, serás festejado dos veces por año y serás considerado como el más grande de los santos después de mí por todos los campesinos de la santa Rusia. Tú, san Casiano, conténtate con el placer de tener una clámide inmaculada y serás festejado los años bisiestos solamente.

El Oriente ruega y el Occidente ruega y trabaja, dice Soloviev.

Soloviev hace notar, además, que la Iglesia ortodoxa no tiene autoridad espiritual; está bajo la dependencia del Estado, apareciendo como una cancillería colosal en la que se usa el burocratismo alemán con la falsedad que le es inherente. Y en el recinto de la Iglesia, en lugar de ángeles guardando las entradas y las salidas, se ven gendarmes e inspectores de policía, que vienen a ser los guardianes de los dogmas ortodoxos y los directores de la conciencia rusa.

Pero ni Tchaadaev ni Soloviev, a pesar de toda la potencia de su originalidad, han podido apoderarse del pensamiento ruso, que quedó muy alejado de la ruta seguida por estos dos filósofos

notables, encerrados como están los rusos en la inanidad de su ortodoxia.

La filosofía alemana en Rusia

Ahogadas violentamente las aspiraciones políticas rusas por el quebrantamiento del movimiento decembrista, se abrió en Rusia una época de especulaciones abstractas y nebulosas: la del hegelianismo ruso o sea, del culto de Hegel y de la filosofía idealista alemana en general. A las sociedades políticas secretas que discuten las constituciones francesa, inglesa, española y americana, suceden círculos filosóficos que matan el tiempo discutiendo los problemas más complejos de la metafísica.

De la pléyade de escritores que figuró de 1830 a 1850, el que mejor representa su época es Visarión Bielinsky.

Bielinsky era, en sus primeros tiempos, un cultor entusiasta de la filosofía de Hegel, Fichte y Schelling. Según él,

cada pueblo desempeña en la gran familia del género humano su papel particular que le es destinado por la Providencia.

Conservador, Bielinsky esperaba el progreso de las altas capas sociales, pues los dignatarios célebres, auxiliares del Zar, muestran a la juventud rusa

la vía que conduce a la civilización basada en la ortodoxia, la autocracia y el espíritu nacional.

Notando el desacuerdo existente entre sus fantasías y la realidad, acudió a la filosofía de Fichte y le decía a Bakounine en una carta que, ilustrado por Fichte, ha comprendido que

la vida ideal es precisamente la vida real, positiva y concreta, mientras que lo que se llama la vida real no es más que una negación, un fantasma, una futilidad, una nada.

Acerca de la libertad a acordar al pueblo ruso, decía que era como concedérsela a un niño: era perderlo. No sería al Parlamento a donde iría el pueblo ruso, *sino a la taberna.*

Como todo conservador ruso, se mostró enemigo de Francia. Explicaba que la libertad se desarrolla en el Estado por la ins-

trucción basada en una filosofía especulativa. La filosofía de los franceses—decía—basada en la experiencia, es un contrasentido; los franceses se han apoderado de los alemanes, pero no los han comprendido, porque no pueden elevarse nunca hasta la universalidad. Pues que el diablo se lleve a los franceses. Alemania—he ahí la Jerusalén de la humanidad moderna.

En otra faz de su vida filosófica y literaria, Bielinsky escribía que el hegelianismo

le había revelado un mundo nuevo. La fuerza es el derecho y el derecho es la fuerza. Ha sido una revelación. Comprendí la caída de los reinos—que no hay fuerza material salvaje, dominación de la bayoneta y de la espada—, que no existe lo arbitrario. El papel de mi patria me aparece bajo un nuevo aspecto. La palabra *realidad* se ha convertido para mí en sinónimo de la palabra Dios.

Alexinsky considera errónea esta interpretación; pero, hay que confesarlo, agrega:

la filosofía histórica de Hegel podía ser interpretada en el sentido que le atribuía Bielinsky. Hegel dice: *todo lo que es real es razonable y todo lo que es razonable es real.* Eso significa que todo lo que existe puede ser explicado por la razón, es decir, *tiene causas razonables.* De la misma manera, lo que la razón prevé como una nacesidad lógica de la evolución, es *real,* es decir, será realizado en lo futuro. Resulta de ahí que todo lo que existe hoy puede y debe perecer para dar vida a algo nuevo. Toda cosa presente encierra el germen de una cosa futura; cada tesis supone una antítesis. Pero si Bielinsky cometió el error de no ver más que un lado de la fórmula—*todo lo que es real es razonable*—, el error es excusable, pues Hegel daba a su filosofía histórica esta interpretación (a lo menos, oficialmente) y aprobaba el régimen prusiano porque era razonable.

Hombre sincero, Bielinsky trató de ponerse de acuerdo con la vida real; y, sin atemorizarse por las consecuencias, aceptó la espada, la bayoneta, las violencias y bajezas, esforzándose en demostrar que todo lo que existía en su país era *razonable.* Sostuvo que el Estado es una emanación de la divinidad y que el poder autocrático no nació de una elección o de un contrato; este poder, encerrando en sí todas las voluntades individuales, es una transformación de la monarquía de la razón eterna. Las necesidades y los deseos de los individuos no deben ser tomados

en consideración, porque un mundo objetivo debe vencer a un mundo subjetivo. Todo *es razonable y necesario.*

A fines de 1839, Bielinsky abandonó Moscú para establecerse en Petrogrado; y observando la realidad rusa en sus peores estados, debida al bizantinismo militarizado de Nicolás I, escribió:

Petrogrado tiene un don extraordinario para ofender todo lo que hay de santo en un hombre... Cuanto más vivo y pienso, más íntimo se hace mi amor por Rusia; pero comienzo a comprender que mi afección por ella va a su esencia, mientras que su modalidad tangible empieza a desesperarme: es sucia, repugnante, escandalosa e inhumana.

Poco después abjura definitivamente su antigua filosofía:

Maldigo mi abominable tendencia a la conciliación con la abominable realidad. La personalidad humana está hoy, para mí, por encima de la historia.—La realidad es un verdugo. La negación constituye nuestro derecho histórico... y sin él toda la historia de la humanidad se convertiría en un mar estancado y fétido. Y las enormidades que yo vomitaba contra los franceses, ese pueblo generoso y enérgico que vierte su sangre por los derechos más sagrados de la humanidad!... Los franceses no comprenden lo absoluto en el arte, ni en la religión, ni en la ciencia—ni les corresponde hacerlo. Alemania es una nación de absoluto, pero es un Estado vergonzoso. Bien entendido, en Francia hay muchos gritones y frasistas, pero en Alemania hay muchos filisteos, salchicheros y otros reptiles.

En 1841 corrige su hegelianismo:

Sospechaba, hace largo tiempo ya, que la filosofía de Hegel no es más que un factor, aunque grande; pero el carácter absoluto de sus deducciones no vale nada; vale más morir que adoptarlas. Lo subjetivo en Hegel no es un fin en sí, sino un medio momentáneo de manifestar lo objetivo; y este objetivo aparece en él, en sus relaciones con lo subjetivo, como una especie de Moloch, pues después de una corta permanencia en él, lo abandona como si fuera un pantalón viejo. La suerte de lo subjetivo, del individuo, de la personalidad es, para mi, más importante que los destinos del Universo, es decir, de la *Allgemeinheit hegeliana.*

En un apóstrofe burlesco a Hegel, continúa:

Saludo a vuestro bonete filosófico; pero, con la estima que conviene a vuestra filosofía filistea, tengo el honor de declararos que si yo tuviera la suerte de subir hasta el grado más elevado de la escala de la evolución, os pediría cuenta, aun allí, de todas las víctimas de la vida y de la histo-

ria. De otra manera, me precipitaría de lo alto de la escala. No quiero la dicha si no estoy tranquilo por todos mis hermanos de sangre.

Después explica la diferencia esencial entre el pensamiento francés y el pensamiento alemán:

Buscando un fin, nos habíamos precipitado ávidamente en la encantadora esfera de la contemplación alemana y esperábamos crearnos un mundo agradable, lleno de calor y de luz, un mundo de vida interior. No comprendíamos que este subjetivismo contemplativo *tiene un interés objetivo para la nacionalidad alemana,* que para los alemanes es lo mismo que el sentimiento social para los franceses. La realidad nos ha despertado: ¿Qué me importa que lo universal viva si el individuo sufre? ¿Qué me importa que en la tierra el genio habite las cimas si la multitud se revuelca en el fango? ¿Qué me importa que yo comprenda la Idea, que el mundo de la Idea se me revele en el arte, en la religión, en la historia, si yo no puedo hacer participar de todo eso a los que deberían ser mis hermanos por la humanidad... pero que me son extraños y hostiles por su ignorancia? ¿Qué me importa que la felicidad exista para una clase selecta, si la mayoría no sospecha siquiera la posibilidad de la dicha? ¡Aléjese de mí la felicidad si ha de ser un bien exclusivamente mío entre los millares de hombres! No la quiero si no en comunidad con mis hermanos!

Bielinsky mira el espíritu de crítica, de insumisión y de negación como el don más precioso del alma rusa; y, con respecto a sus antiguos homenajes a la realidad, dice:

¿Lo que existe es razonable? Pero un verdugo existe también y su existencia es razonable y real; no obstante, es abominable y repulsivo... La negación, he ahí mi Dios. En la historia, mis héroes son los destructores de lo antiguo: son Lutero, Voltaire, los Enciclopedistas, los terroristas franceses, Byron, etc. La razón es ahora para mí superior a lo razonable; es por ésto que coloco las blasfemias de Voltaire por encima de toda obediencia a la autoridad, a la religión, a la sociedad. (Bielinsky escribía ésto para Rusia.)

Juzgándose a sí mismo, se expresaba en estos términos:

Soy una naturaleza rusa; no quiero ser ni francés, aunque amo y estimo a la nación francesa más que a las otras. La personalidad rusa no es hasta aquí más que un embrión, pero ¡cuánta amplitud y fuerza contiene! cuán sofocantes y espantosas le parecen toda mediocridad y toda estrechez!

El célebre anarquista revolucionario Bakounine sufrió la misma crisis que Bielinsky; antes de ser anarquista había sido ultraconservador y, por consiguiente, francófobo. Comparando la historia de los alemanes y la de los franceses, demuestra su germanofilia, reprobando "las escenas sangrientas y furiosas de la Revolución" y complaciéndose en reconocer que "el profundo sentimiento religioso y estético del pueblo alemán lo ha salvado del huracán abstracto que sacudió a Francia y estuvo a punto de aniquilarla."

Pero en donde pone bien de manifiesto sus opiniones es en la carta dirigida a sus padres, en su juventud, y es como sigue:

Los rusos no son franceses. Aman a su patria y adoran a su monarca: su voluntad es una ley para ellos. No se encontrará un solo ruso que no esté dispuesto a sacrificar todos sus intereses por la felicidad del soberano y la prosperidad de la patria.

La lucha entre las filosofías europeas dió nacimiento y sometió a su atracción a las dos grandes corrientes del pensamiento ruso: la *eslavofilia* y el *occidentalismo.*

El eslavismo tuvo por principal profeta a Constantino Axakov—"el militante de vanguardia de este movimiento."

Para Axacov, la historia rusa tiene el valor de una historia santa, pues la historia del pueblo ruso es la historia del único pueblo cristiano en el mundo. En Occidente el pueblo está sometido al Estado; en Rusia está apasionado de un ideal moral. La democratización del Estado no da buenos efectos:

La República—dice—es una tentativa hecha por el pueblo para ser él, el pueblo, Estado, para transformarse, en su conjunto, en Estado: Ha ensayado, pues, abandonar definitivamente el camino de la libertad moral, el camino de la libertad interior para entrar en las vías exteriores, estatistas.

En los Estados Unidos, en lugar de pueblo, encuentra una máquina estatista hecha de hombres, con un orden exterior brillante, pero superficial; reina un orden hermoso, pero es el orden de una máquina.

Axakov odiaba a Pedro el Grande porque había cambiado la vida interior rusa y aconsejaba que se volviese al sistema antiguo.

Es preciso volver a los principios del país natal. La vía de Occidente es falsa, es vergonzoso seguirla. Los rusos deben ser rusos, tomar un camino ruso: el camino de la fe, de la sumisión, de la vida interior. Hay que libertarse por completo del Occidente, de sus principios lo mismo que de su orientación, de sus hábitos, de sus costumbres... en una palabra, de todo lo que lleve la marca de su espíritu.

Al Gobierno acordaba poderes de Estado ilimitados, al pueblo plena libertad moral. Al Gobierno el derecho de obrar y de legislar; al pueblo el derecho de juzgar, y, en consecuencia, de hablar.

Se nos dirá, escribía, que el pueblo y el poder pueden traicionarse el uno al otro y que una garantía es necesaria. No, no hay necesidad de garantía! Una garantía es un mal. En donde una garantía es necesaria, no hay bien. Es preferible que la vida desaparezca allí donde el bien no exista.

A su pesar, sus opiniones encerraban algunos rasgos democráticos. Proclamaba la libertad de palabra como el derecho principal del pueblo, porque nada puede ser más dañoso que la intrusión de la fuerza bruta en los problemas morales cuya única arma es la palabra. El simple pueblo es la base de todo el edificio social del país y la fuente del bienestar, de la potencia exterior, de la fuerza y de la vida interiores y, en fin, la idea nacional se encuentran en el simple pueblo.

Axakov señala una escisión entre los rusos, entre la parte que llama *público* y está formada de la sociedad instruída y europeizada, y el *pueblo,* división debida a las reformas de Pedro el Grande. Caracteriza al *pueblo* y al *público* de la siguiente manera:

El *público* hace venir del otro lado del mar ideas y sentimientos, mazurcas y polcas; el *pueblo* busca su vida en la fuente indígena. El *público* habla francés; el *pueblo* habla ruso. El *público* lleva un traje extranjero, el *pueblo* tiene uno ruso. El *público* desprecia al pueblo; el *pueblo* perdona al público. El *público* tiene ciento cincuenta años; el *pueblo* tiene años innumerables. El *público* pasa; el *pueblo* es eterno. En el *público* y en el *pueblo* hay oro y fango; pero en el *público* el fango está en el oro; en el *pueblo* el oro está en el lodo. Alejandro II leyó este artículo y encontró que *estaba concebido con una mala intención.*

El eslavismo no es un fenómeno puramente ruso. La historia intelectual de Europa establece que casi ningún país estuvo exento, en su tiempo, de un movimiento análogo al eslavismo. Lo hubo en Alemania, sobre todo, en donde, asociando sus esfuerzos, la poesía romántica y la filosofía prepararon todas las fuerzas del movimiento germanófilo: la idealización del pasado, fortificada por el culto de sus recuerdos. El predominio del principio religioso en las leyendas dió su prestigio a la piedad enfermiza y al misticismo; la fe en la misión providencial, que es la razón de ser del pueblo alemán, exaltó el principio del nacionalismo orgulloso introduciendo el hábito de condenar todo lo que no está de acuerdo con este principio... Se sabe a qué tristes fines vinieron a parar los románticos, de qué fanatismo religioso y político se penetraron, haciéndose los fieles servidores de todo gobierno reaccionario y los inspiradores de todas las persecuciones ejercidas contra el pensamiento moderno que no se encorvaba ante sus teorías arcaico-nacionalistas. Entre la filosofía romántica alemana y el eslavismo ruso los puntos de contacto y las semejanzas son numerosos. De Fichte, los eslavófilos sacaron la oposición de la verdad interior a la verdad exterior; de Schelling han tomado una especie de desprecio por la ciencia, a la cual oponía Schelling la intuición artística y a la que los eslavófilos opusieron la profundidad de la intuición de los Padres de la Iglesia original, inaccesible a los espíritus europeos, ''viviente e integral'', intuición conservada por la iglesia ortodoxa y por el simple pueblo. En Hegel encontraron el dogma del pueblo elegido por Dios y predestinado a una obra superior—sólo que, mientras Hegel reservaba este privilegio al pueblo alemán, los eslavófilos lo reclamaban para el pueblo ruso. Hay que agregar que los principales representantes del eslavismo, aun prefiriendo *la verdad interior rusa* a *la verdad exterior* europea, no sentían un odio ciego por Europa.

Kiresvsky, teórico del eslavismo, presenta esta síntesis de la verdad rusa y de la verdad europea:

El amor por la civilización europea, lo mismo que el amor por la civilización rusa, se mezclan en el último punto de su desarrollo y viene a ser el mismo amor, la misma aspiración a una civilización viva, completa, abrazando a toda la humanidad y verdaderamente cristiana.

El mundo oficial y gobiernista se mezcló en la lucha de los occidentalistas y de los eslavófilos, para sacar provecho de ella.

El gobierno de Nicolás I temía el ejemplo de Europa. El conde Ouvarov decía que los pueblos occidentales cambian las condiciones de su existencia, pero Rusia es joven y virgen todavía y no debe gustar las agitaciones sangrientas. Hay que prolongar su juventud, declaraba: "Si consigo mantener a Rusia alejada, durante cincuenta años, de lo que le preparan las teorías, consideraré mi deber cumplido y moriré tranquilo."

Las doctrinas del conservatismo *verdaderamente ruso* tienen su expresión más completa en Constantino Lontiev, que inauguró una doctrina del bizantinismo ruso, concretada en estas palabras: En moral el individuo debe una sumisión absoluta a la Iglesia ortodoxa. Para él, el cristianismo no es el amor y la caridad, sino *el temor* de Dios. La naturaleza humana es mala y corrompida. Sólo un temor saludable, una disciplina severa y penas, pueden corregirla.

Es mentir—agrega—el representar la idea de Dios como la del amor. La fe en Dios es un yugo que debe ser soportado, humildemente. La autocracia es una institución divina y el poder del Zar debe inspirar el mismo temor a sus súbditos que el poder de Dios a los creyentes.

El nihilismo

El poeta Nekrasov ha dicho del intelectual ruso que "lo que le diga el último libro le quedará en la *superficie* del corazón." Esto quiere decir que se enamora siempre de la última idea que ha conocido y olvida fácilmente las precedentes. A pesar de la exactitud de la afirmación, pues las corrientes de ideas se desalojan unas a otras, no se puede negar que algo queda de ellas siempre. Eso sucedió con el occidentalismo que mató al eslavismo, experimentando el occidentalismo o *zapadniquismo* una evolución, siendo su primera etapa el *nihilismo.* En el fondo, el nihilismo es una lucha en regla de las ideas europeas contra los viejos principios y las antiguas formas de la vida rusa.

El nihilismo tuvo tres protagonistas: Dobroluvov, Pissarev, Cavrilovitch Tchernychevsky. Los tres eran occidentalistas convencidos. Pero de Dobroluvov se ha dicho que no era un verdadero nihilista, un *negador,* puesto que la negación era la carac-

terística de la escuela. Estas calificaciones convienen a Pissarev. ¿En qué consiste su nihilismo?

En primer lugar rechaza el rasgo más prominente de los zapadniki de la generación anterior a 1860: la filosofía idealista y la estética. En sus esfuerzos por destruir la estética llega a afirmar que Beethoven tiene el mismo valor social que un hábil jugador de ajedrez o de billar. Negando que las sonatas de Beethoven ennobleciesen, invocaba este hecho:

Cada uno de mis lectores conoce, sin duda, muchos conocedores profundos de música que, a pesar de todo su amor por el gran arte y toda la profundidad de su saber, continúan siendo seres frívolos, infelices e inútiles.

Censurando a algunos que negaban las ventajas de la Constitución inglesa, o que la querían aplicar a cualquier país de Europa, observaba que

era preciso denunciar enérgicamente las enfermedades sociales de Inglaterra, en la cual veían un Paraíso los doctrinarios. Pero poner un país continental cualquiera por encima de Inglaterra, sería caer en una paradoja muy perjudicial y peligrosa.... Para convencerse bastará lanzar un golpe de vista sobre la plaga más grande de Inglaterra: sobre su pauperismo. (Escrito por el año 1860.)

Me ha sucedido, a veces, oír y leer disertaciones sobre la indiferencia que experimenta por los derechos y las garantías políticas un hombre que muere de hambre. Estas disertaciones son exactas si el hombre muere *literalmente* de hambre o de algún otro mal: hidropesía o tisis, por ejemplo. En este caso no se interesa, en efecto, por una Constitución, ni por mitines, ni por el *habeas corpus,* ni por la libertad de la prensa. Pero para un hombre que vive y está relativamente sano, que se agita como un pez bajo el hielo, que hace todos los esfuerzos para mejorar su situación y salir de una pobreza abrumadora, las leyes y las costumbres del país en que debe vivir y actuar tienen una gran importancia.

El pasaje que sigue prueba que Pissarev nunca fué anarquista:

Despertar la opinión pública y formar dirigentes conscientes del trabajo popular, es abrir a la mayoría *que trabaja* la ruta del desenvolvimiento intelectual amplio y fecundo. Pero, para llenar estas dos tareas, de las cuales depende todo el porvenir del pueblo, es preciso obrar exclusivamen-

te sobre las clases cultivadas de la sociedad. La suerte del pueblo no se regla en las escuelas primarias, sino en las universidades.

Pissarev lucha contra la estética en favor de la ciencia positiva y del utilitarismo social:

Tratamos de aniquilar la estética para concentrar la atención y las fuerzas intelectuales de la sociedad sobre el mínimo de objetivos imperiosos e ineludibles, de una importancia primordial. Son, de una parte, la destrucción de toda rutina y de todos los prejuicios; de la otra, la elevación material y moral de las masas. Todo eso puede ser cumplido con el concurso de las ciencias positivas y naturales.

Canta un himno al naturalismo científico y espera que la estética se transforme en una dependencia de la fisiología y de la higiene, como la alquimia se transformó en química y la astrología en astronomía. Asienta su concepción realista de la ciencia en este pensamiento de Pedro Leroux:

De un punto de vista elevado, los poetas son los que, de época en época, señalan los males de la humanidad, lo mismo que los filósofos son los que se ocupan de su curación y de su salud.

Desarrollando este pensamiento, Pissarev agrega que es preciso

atraer siempre la atención de la sociedad sobre las cuestiones económicas y sociales y combatir y reprobar sistemáticamente todo lo que desvía de su misión las fuerzas intelectuales de las personas ilustradas. Si en el número de los objetos que las distraen se encuentran el arte en general o ciertas partes del arte, debe ser bien entendido que el arte debe ser también combatido y reprobado.

Tchernychevsky adopta, particularmente, esta máxima de Hegel: ''que no existe verdad abstracta'', que ''la verdad es concreta'' y que ''no se pueden juzgar el bien y el mal sin tener en cuenta las circunstancias en que se produce un fenómeno determinado.'' Pero se apoya, sobre todo, en Feuerbach a quien dice que recurre para la solución de diversos problemas.

La principal de las bases establecidas por Feuerbach

es la unidad del ser humano, que implica el rechazo de la antigua concepción dualista que separa el alma del cuerpo, el elemento espiritual del ma-

terial. Para Tchernychevsky, como para su maestro, no hay más que una sola naturaleza humana, real y única, y la vida espiritual del hombre no es más que el lado subjetivo de ciertos hechos objetivos y materiales.

Tal constatación ha tenido consecuencias capitales para el pensamiento ruso, pues ha asestado un golpe terrible a la fe bizantino-ortodoxa, que ve en el hombre dos factores: uno celeste, santo, espiritual; otro terrestre, diabólico, material: fundamento del ascetismo, de la sumisión a la voluntad divina, al poder de Dios y de sus representantes sobre la tierra, es decir, de las autoridades espirituales y temporales.

El nihilismo ha salido, en parte, del positivismo inglés—afirma Alexinsky—, y un nihilista era casi siempre darwinista, y el libro de Buckle era uno de los guías del nihilismo. Por consiguiente, no tenía nada de excepcional que hubiese adquirido gran parte de sus ideas de la filosofía inglesa.

De todas las ciencias sociales, Pissarev no admitía como necesarias más que la antropología, la geografía y la estadística. Por la filosofía tenía un soberbio desprecio y el mismo materialismo de Feuerbach le parecía inútil y superfluo, que sólo sirve para los que quieren construir un edificio con una veintena de ladrillos.

Tchernychevsky no participaba de esta opinión, pero estaba de acuerdo con Pissarev acerca de la tarea de los sabios y de los escritores rusos. Según él, en Occidente se tiene el derecho de servir a la ciencia pura y al arte puro.

Bacon, Descartes, Galileo, Leibnitz, Newton, Humboldt, Liebig, Cuvier y Faraday, trabajaban y trabajan con el solo cuidado de la ciencia en general y no del que tiene necesidad cierto país, su patria, en un momento dado; e ignoramos si amaban a su patria.

Cita también a Shakespeare, Ariosto, Corneille, Gœthe.

Sus nombres, dice, evocan méritos adquiridos para el arte, pero no la consagración especial y predominante a la patria.

Las cosas son muy diferentes en Rusia:

Por el momento un ruso no tiene más que una sola manera de servir bien las ideas elevadas de verdad, de arte, de ciencia: trabajar para

esparcirlas en su patria. Vendrá el tiempo en que entre nosotros también, como en otras partes, pensadores y artistas se consagrarán exclusivamente a la ciencia y al arte; pero mientras no estemos al mismo nivel de las naciones más avanzadas, otra obra deberá ser más interesante para cada uno de nosotros: contribuir, según sus fuerzas, a agrandar lo que Pedro el Grande comenzó. Esta obra ha reclamado hasta aquí, y reclamará todavía probablemente, durante largo tiempo, todas las fuerzas intelectuales y morales que poseen los hijos mejor dotados de nuestra patria.

El socialismo en Rusia

La producción literaria de Tchernychevsky está estrechamente ligada a la historia del socialismo ruso. Sin embargo, Kropotkine cree que el socialismo tiene su origen en la Revolución francesa, que fué la fuente de todas las concepciones comunistas, anarquistas y socialistas de nuestro tiempo. Otros pretenden justificar las reivindicaciones comunistas y socialistas por la doctrina cristiana. Tolstoi invoca a Cristo para combatir la propiedad privada. Varias sectas religiosas rurales toman el Evangelio por base de su comunismo agrario. Dostoïevsky recomienda inclinarse ante la fe ortodoxa de los moujiks, que encuentra idéntica al principio de la justicia social.

Algunos autores rusos aconsejaban que se aprovecharan las ideas del pueblo para derribar la situación política existente. Herzen aconsejaba a los hombres ilustrados que contaran con las ideas religiosas de los campesinos rusos. Lenine, en un folleto sobre la cuestión agraria, proponía a los marxistas aprovechar la convicción religiosa de los campesinos rusos:

Los socialistas deben servirse de esta fe ingenua para tratar de persuadir a los campesinos de que es necesario confiscar toda la propiedad de la tierra y efectuar la nacionalización de la misma.

Un pequeño grupo de socialistas rusos quiso erigir el socialismo en religión. El jefe publicó dos volúmenes para demostrar que el socialismo es una doctrina religiosa, que las agrupaciones socialistas forman una nueva Iglesia universal, que Karl Marx y Federico Engels son continuadores de los profetas de Israel y de Jesucristo y que el dogma del proletariado debe reemplazar al de Dios.

Esto muestra que el socialismo y la religión están separados en Rusia por un abismo tal, que ninguna tentativa para aproximarlos es seria. El *nihilismo* ha dejado un fermento de positivismo y de materialismo tan vigoroso, que los pensadores acogen muy mal cualquier ensayo de reintroducción de los prejuicios religiosos. En Rusia no se encuentra, como en el resto de Europa, la aproximación del socialismo y de la religión; en Rusia no se citan ni aun casos individuales de socialismo unido a la creencia en Dios: *un socialista ruso es siempre un ateo.*

En el socialismo ruso no se constata la filiación revolucionaria de la Francia de 1789, que establece Kropotkine. Los rusos instruídos se volvieron al socialismo porque la tradición revolucionaria francesa corriente en Rusia se limitaba a la política. Herzen, que experimentó personalmente esta reacción, relata la penetración en Rusia de las ideas sansimonianas, punto de partida, según él, del socialismo ruso:

El liberalismo infantil de 1826, según la concepción francesa, que preconizaban Laffayette y Benjamín Constant y que cantaba Béranger, perdió para nosotros su potencia de seducción después de la caída de Polonia. Una parte de la juventud se dedicó al estudio profundo de la historia rusa y otra al de la filosofía alemana. Yo y Ogariov, que sentimos conmoverse nuestra fe en las revoluciones hechas en la mesa, a lo Béranger, buscábamos otra cosa. Mientras nuestro espíritu se agitaba así entre las conjeturas, los esfuerzos para comprender las dudas que nos espantaban, cayeron en nuestras manos algunos escritos de los sansimonianos y conocimos sus predicaciones, sus procesos. Nos conmovieron... Proclamaban la nueva fe; tenían algo que decir; tenían títulos para citar ante su tribunal al viejo orden de cosas que quería juzgarlos según el código Napoleón y la religión orleanista.

De una parte la liberación de la mujer, su acceso al trabajo común, la devolución de su destino propio, la unión con ella como con un igual; de otra parte, la redención, la rehabilitación de la carne.

Estas grandes fórmulas encerraban un mundo de relaciones nuevas entre los hombres, de salud, de belleza, naturalmente moral y, por consiguiente, un mundo moralmente puro... Un nuevo mundo golpeaba a la puerta; nuestras almas, nuestros corazones se abrieron a él. El sansimonismo se plantó en la base de nuestras convicciones y quedó en ellas para siempre *en lo que tenía de esencial.*

Lo esencial para Herzen no es lo mismo que para los sansimonianos... La constitución social y religiosa del sansimonismo

no despierta la admiración de Herzen. Los nihilistas de la generación siguiente se manifestaron con energía contra el sansimonismo a causa de su religiosidad.

Tchernychevsky reprueba la tentativa de los sansimonianos de asentar un nuevo orden social en una autoridad divina:

La autoridad, dice, reina en los prejuicios y la rutina, es decir, en cosas en las cuales no participa la razón. La razón conoce hechos, se convence por pruebas, pero no acepta nada por autoridad... Pensar de otra manera, creer en la posibilidad de una autoridad a la cual se sometiera libremente una razón formada, he ahí lo que sólo es capaz de hacer un fanático inflamado por una creencia injustificada en los antiguos beneficios del papado.

Tchernychevsky no acepta tampoco el amor como base de la sociedad nueva, porque el amor no domina a los hombres sino en los raros momentos de exaltación, mientras que, de ordinario, los hombres obedecen al cálculo, a los usos, a las costumbres. Por eso considera que los sansimonianos son reformadores de salón.

Sin embargo, Tchernychevsky agrega:

Para el apaciguamiento de la sociedad es necesario que la existencia material y moral de la clase más numerosa y más pobre sea mejorada lo más rápidamente posible, y que todo buen ciudadano y todo hombre honrado debe consagrar sus fuerzas a esta tarea.

El encuentra que la idea fundamental del sansimonismo es simple y pura.

El economista ruso Toughan Baranovsky, por su parte, cree que San Simón es el pensador más genial de los tiempos nuevos, que ha dado bases sólidas al edificio científico y que las ideas de San Simón alcanzan a la filosofía de la historia, la sociología, la economía política y hasta la jurisprudencia. Piensa también que Compte ha sacado su filosofía positivista de San Simón, y debe ser considerado San Simón, con más razón que Marx, el creador de la ciencia social moderna.

A pesar de estos homenajes, el sansimonismo no ejerció ninguna acción en el movimiento socialista ruso que debió su impulso a las ideas de Fournier y de Roberto Owen.

En un romance titulado *¿Qué hacer?,* Tchernychevsky se

ocupa de desarrollar y de prolongar la tesis de Fournier. Su crítico asegura que Tchernychevsky sólo hizo conocer en Rusia las deducciones conocidas en Occidente desde mucho tiempo, sin proponer nada nuevo. Tchernychevsky fué el primer socialista ruso que se representó la futura sociedad socialista organizada sobre una técnica muy desarrollada y de una producción en *grande* escala, en empresas gigantescas. Algunos de sus sucesores creyeron, al contrario, erróneamente, que el porvenir estaría en una federación de pequeñas comunas y de empresas enanas. Pero si el socialismo es una forma *superior* de la organización económica, deberá servirse de las conquistas científicas hechas por el mundo capitalista, y no volver a las formas de la pequeña burguesía y pre-capitalistas. Error inevitable en Rusia, país de pequeña burguesía y comunal, país de las pequeñas explotaciones rurales.

Tchernychevsky, de acuerdo con Herzen y algunos eslavófilos, hace notar que, lo que en Occidente es una aspiración todavía, en Rusia es una realidad—en el Mir. La comuna rural rusa consigue conciliar la conservación de la individualidad con los intereses de la colectividad. En Rusia la masa popular piensa que la tierra es un bien común, y la concepción individualista de la propiedad no está arraigada en el pueblo. En Occidente la disolución de la comuna rural engendró el pauperismo: debemos, pues, mantener la comuna. En Rusia no existe tampoco el obstáculo jurídico y moral del hábito de ejercer sobre su propiedad un derecho sin restricción.

Los socialistas utópicos, franceses e ingleses, entre ellos Blanc y Owen, incitaron a los primeros socialistas rusos a buscar la forma práctica de instaurar en Rusia el *nuevo orden social;* y como no existía proletariado industrial, por no estar bien desarrollada la explotación capitalista, no encontraron otro medio que el Mir y la población rural.

Algunos socialistas de Occidente y Proudhon alaban la comuna rural rusa. Proudhon consideraba que

esta posesión es esencialmente igualitaria: en Rusia, la comuna, única tenida por propietaria, debe procurar a cada familia una cantidad de tierra laborable; si el número de familias aumenta, se rehace la partición

de manera que nadie sea excluído, y esta regla ha sido mantenida en Rusia por el decreto de emancipación de 1861.

Si Proudhon influyó en Tchernychevsky, mucho más influyó Owen, por el carácter y el espíritu razonador de éste, menos accesible a las tentaciones de la fantasía.

Plekhanov confirma que la fuente principal del nihilismo se encuentra en la filosofía y en el socialismo ingleses. Pero las ideas de Roberto Owen no habían podido recibir una aplicación *práctica* en la Rusia de entonces como en la Inglaterra industrial. Es hoy que guían la acción efectiva de ciertos socialistas rusos, notablemente de los que colaboran en el movimiento cooperativo.

Toughan Baranovsky afirma que la acción de Owen es

una página instructiva y gloriosa de la historia social de la Inglaterra moderna... Todo el movimiento cooperativo de hoy ha salido de la propaganda de Owen... Millones de obreros en Inglaterra y en el mundo entero, que sacan actualmente ventajas económicas reales de la cooperación, no deben agradecer a nadie más que al ingenuo soñador Owen, acribillado de burlas, en su tiempo, por los representantes del pretendido sentido común, demasiado clarividentes para sus ventajas inmediatas, pero completamente incapaces de penetrar con la mirada el porvenir.

En el siglo XIX se observa un cambio significativo en las tendencias de los occidentalistas rusos. Entre 1830 y 1850 son las ideas abstractas de la filosofía y de la metafísica las que cautivan más. El nihilismo da la preferencia a las ciencias naturales. Se entabla una lucha entre el *narodnitchestvo* (populismo) y el *marxismo,* que ocupa a la sociedad instruída rusa durante el fin del siglo último y tiene por objeto los problemas históricos, sociológicos y económicos.

Máximo Kovalevsky explica este entusiasmo por la falta de debates políticos; y mezclándose la moda, todo el mundo se ha hecho economista o sociólogo: el mismo fenómeno que en Francia, cuando el Dr. Quesnay apasionaba por sus doctrinas de libertad comercial y de leyes económicas naturales... Las nuevas generaciones rusas están penetradas de la convicción de que una nueva era social va a abrirse próximamente, y se creen llamadas a facilitar su desarrollo por el empleo juicioso de los re-

sultados científicos y de la experiencia social adquiridos por el Occidente europeo.

La explicación que da Kovalevsky en cuanto a Rusia, no es suficiente. No es exacto que se haya apasionado por la economía porque el gobierno no permitía tocar la política. Las preocupaciones económicas se han impuesto por dos razones. Primero, porque después de la supresión de la servidumbre, en 1861, Rusia entró en un período de actividad comercial, industrial y financiero muy intenso, que no podía dejar de atraer la atención de los perspicaces. Después, porque las cuestiones económicas eran inseparables de las cuestiones políticas. A un cierto sistema político se relaciona siempre un cierto sistema económico, y el adepto de uno adhiere necesariamente al otro. Un *narodnik* pertenece a una escuela económica y al mismo tiempo a una escuela política. El nombre *marxista* designa no solamente a un partidario de la doctrina del *materialismo económico* de Karl Marx, sino también a un miembro de la democracia socialista.

Estas dos creencias, el populismo (narodnitchestvo) y el marxismo, acapararon, literalmente, el espíritu de los demócratas rusos antes del movimiento de 1905. Las cuestiones abstractas que los dividían tenían gran importancia práctica, porque los partidarios políticos reglaban sus programas y táctica según la solución que les daban. Así, entre 1870 y 1885, en las opiniones y en la acción de los revolucionarios se notaban las características de las gentes instruídas, entre las cuales se reclutaban exclusivamente: racionalismo extremo e idea exagerada del papel de la *personalidad* en la vida social.

Estos mismos hombres adoptan la tesis de Bakounine sobre la mentalidad comunista de las masas populares rusas. Por consiguiente, son ellos los portadores conscientes del ideal comunista innato, por así decir, en la población rusa. No les queda, pues, más que descender a las masas del pueblo y hacer propaganda en él, repartir folletos y sembrar la revuelta. Pero el resultado fué nulo o contrario. En vano los *intelectuales,* mezclados al pueblo, llamaban a los campesinos a la revolución. Salvo raras excepciones, los campesinos a quienes los agitadores atribuían un *cráneo colectivista,* no se movían absolutamente o se sublevaban

contra los propagandistas, les ligaban las manos y los *presentaban* a las autoridades.

La campaña fracasó no por incomprensión o indiferencia política del pueblo. Herzen escribía a Linton que si la revolución rusa debía estallar, no sería para reemplazar la tiranía de un Zar por la de un Presidente o de un Parlamento burgués, sino para obtener una libertad *verdadera* y completa. Otros decían, siguiendo a Proudhon y a Bakounine, que las masas laboriosas no tienen que hacer con la política y los cambios de gobierno. Los bakounistas creían que el pueblo ruso, de mentalidad comunista, había comprendido la vanidad de las transformaciones políticas y no aceptaría sino una revolución social.

Los marxistas, que atacaron esta perversión anarquizante del populismo, han podido demostrar fácilmente que la realidad no responde a las fantasías de los *propagandistas,* y que en todas partes de Europa el movimiento comunista nació de la resistencia de los obreros al régimen capitalista, mientras los campesinos rusos viven todavía en el estado pre-capitalista. Además, el campesino que acoge de buena gana la idea de una *repartición justa* de la tierra cuando se trata *de la que pertenece a los grandes propietarios,* no la acepta de ninguna manera cuando se trata de la suya. Por otra parte, posesión *comunal* del suelo no significa de ningún modo comunismo, porque poseedores de las tierras en común, los campesinos las cultivan individualmente; y es individualmente también que gozan del producto de su trabajo. No hay que contar entonces con el *cráneo colectivista* del moujik para hacer una revolución social. Esta revolución debe esperarse del proletariado industrial. El fracaso del *descenso* de los intelectuales a la campaña ha demostrado que los marxistas tenían razón.

De 1870 a 1880 no era bastante numeroso y fuerte para realizar las reivindicaciones que esperaban los pensadores rusos. Entonces éstos resolvieron tomar el camino más corto de la conspiración y el terror. El diario revolucionario *A rebato* proclama el sistema de una revolución centralista bajo forma de golpe de Estado:

En Occidente como entre nosotros, publica este diario, notamos dos corrientes: una puramente utópica: federalista y anarquista; la otra rea-

lista: centralizadora y estatista. Si el poder gubernamental no es tomado por la fuerza por el partido revolucionario, ningún cambio radical y durable es posible en el orden social existente.

La incapacidad del pueblo para tomar el poder se solucionaba así:

Se sobreentiende que cuanto más débil es la capacidad revolucionaria del pueblo, más pequeña debe ser su participación en el cumplimiento de la *revolución social* y más grandes deben ser el poder, la acción y la influencia de la minoría revolucionaria... Esta, después de haber libertado al pueblo del temor que le inspira el gobierno, le dará la posibilidad de manifestar su poder revolucionario destructor... La minoría revolucionaria, aprovechando la potencia destructora del pueblo, aniquilará a los enemigos de la revolución y, sometiéndose al ideal positivo del pueblo en su espíritu general (es decir, por sus fuerzas conservadoras), planteará los fundamentos de un nuevo orden social razonable.

La desconfianza de la minoría respecto al pueblo era tal, que declaraba:

ni hoy ni en lo futuro el pueblo abandonado a sí mismo será capaz de hacer una revolución social. La minoría, sola, puede y debe hacerla.

El marxismo probó que ésta era doctrina de los jacobinos y de Augusto Blanqui, y por eso se la llama el *blanquismo ruso,* con la diferencia de que Blanqui esperaba la oportunidad y los blanquistas rusos no.

El pueblo, aseguraban éstos, está siempre pronto para la revolución... ¿Esperar? ¿Tenemos el derecho de esperar? No sufrimos ningún retardo... No podemos ni queremos esperar... Que cada uno tome lo que tenga más a mano y se ponga en marcha.

La política terrorística y de conspiraciones resultó ineficaz. El fin del reinado de Alejandro II se marcó por los complots y atentados contra el Zar, que sucumbió a uno el año 1881; pero la autocracia salió reafirmada de esta crisis, en lugar de salir debilitada. Veinte años más tarde los socialistas revolucionarios vuelven a emplear el terrorismo con el mismo resultado negativo—después de crear *organizaciones de combate* y *destacamentos volantes* que daban caza a los grandes duques, ministros, gober-

nadores de provincia, etc. Así perdió muchos de sus mejores hombres y concluyó por ser un juguete de la policía secreta, bajo la vigilancia y dirección de un célebre agente provocador de la misma, llamado Asev.

En 1909 algunos socialistas revolucionarios propusieron el abandono del sistema del terror, porque habiéndose convertido la lucha política en una lucha de clases, el terrorismo es inadmisible puesto que un acto de terror individual no puede cambiar el sistema social. Pero la mayoría decidió conservar el terror, en principio, a lo menos.

Hay que decir que el terror individual se adapta bien a la mentalidad de los llamados *intelectuales*. Un intelectual que no está comprendido directamente en el mecanismo material de la vida económica y no depende de ella, siente muy poco el lazo que lo liga al conjunto social, se ve arrastrado a oponer su *personalidad* a la sociedad y considera los fenómenos sociales como manifestaciones de voluntades individuales. Viendo en la sociedad una combinación de individuos, llega a creer fácilmente que la sociedad puede ser cambiada por la supresión de un individuo.

El sentido político del *intelectual* ruso está bien expresado por los escritores que han formulado la filosofía social y moral del *narodnitchestvo* (populismo), sobre todo Pedro Lavrov y Nicolás Mikhaïlovsky:

> ¿Cómo marchaba la historia? pregunta Lavrov. ¿Quién la empujaba hacia adelante? Las personalidades aisladas... Hombres enérgicos, fanáticos, que arriesguen todo y estén prontos a sacrificar todo, son necesarios. Se necesitan mártires, cuyas cualidades reales y méritos efectivos serán embellecidos por la leyenda. Se les atribuirá un vigor que no tenían. Se pondrá en sus labios el mejor pensamiento, la mejor expresión de sentimiento que habrán elaborado sus discípulos. Serán para la multitud un ideal inaccesible, irrealizable. Pero su leyenda inspirará a millares de hombres la fuerza necesaria para la lucha... El número de los que perecen no tiene importancia. La leyenda lo multiplicará al extremo... Todo el progreso social depende de las personalidades aisladas.

La teoría que hace de la historia la obra de las personalidades, se pretende que es especialmente aplicable a Rusia. Los *narodniki* afirman que en Rusia el rol o papel de una *personalidad consciente* puede ser mucho más importante que en Eu-

ropa, porque el medio ruso es más uniforme y menos variado.

La controversia de los *narodniki* y de los marxistas recayó especialmente sobre la manera de concebir el rol de la personalidad en la historia, que está vinculado estrechamente a la filosofía de la historia en general. Los *narodniki* aseguraban que el método *objetivo y determinista,* propuesto por el marxismo para explicar y juzgar los fenómenos históricos, no es suficiente y hay que reemplazarlo por el método subjetivo o ético. Un historiador debe ser al mismo tiempo moralista, según Mikhaïlovsky.

Existe un dualismo que se encuentra también entre los nihilistas. Materialistas en las ciencias naturales, eran espiritualistas en historia y en sociología.

Los marxistas rusos, al contrario, creen deber mantener el principio materialista y aplicarlo a las ciencias sociales y a la filosofía de la historia. Piensan que los ideales no son más que una previsión de la necesidad histórica, y que toda tentativa para construir un ideal social fuera de esta previsión, es vana. Los ideales humanos son determinados por las condiciones sociales y por los intereses de clase. Los ideales son justificables y progresivos cuando pertenecen a las clases progresivas. Y, siendo el proletariado industrial una clase del porvenir, la fuerza más progresiva, es su ideal el que debe ser aceptado y defendido por todos los que quieren contribuir al progreso de la humanidad. Pero, como el proletariado industrial se desarrolla, se hace siempre más numeroso, fuerte y consciente, a medida que se desenvuelve el capitalismo, un verdadero partidario del progreso y de la revolución no puede defender ninguna medida ni sostener ninguna institución que ponga obstáculo a este desarrollo.

Esta es la razón por la cual los marxistas se pronunciaron contra toda tentativa de conservar artificialmente el *Mir,* mientras los *narodniki* reclamaban una legislación especial en su favor. Los marxistas tienen por ilusorias las esperanzas socialistas de los *narodniki* en los campesinos; han demostrado fácilmente que los campesinos no forman una clase social única, que en el interior de la comuna rural se han producido divergencias económicas y que una lucha social está en marcha en ella. Niegan también que los *intelectuales* constituyan un grupo social aparte, y afir-

man que entre ellos también reina la mentalidad de clase y repercuten los conflictos de clase.

En la violenta polémica mantenida, los *narodniki* acusaron al determinismo económico de los marxistas de admiración del capitalismo, y a sus partidarios de amigos de los explotadores.

Durante el movimiento de 1905 y después, el *narodnitchestvo* se dividió en tres corrientes diferentes.

Sus miembros más avanzados, creyendo que la *personalidad crea* la historia y que las leyes de la evolución capitalista no son aplicables a Rusia, se inclinan a una especie de anarquismo y defienden la teoría *maximalista,* según la cual Rusia, inmediatamente y *sin esperar,* puede realizar el programa máximo del partido socialista, es decir, hacer una revolución social y saltar del régimen autocrático y semifeudal directamente al Paraíso socialista. Los maximalistas comenzaron a hacer la revolución social invitando a los obreros a tomar posesión de las fábricas y de las usinas y formando grupos que se consagran a los actos terroristas y a las *expropiaciones.* Este movimiento degeneró rápidamente en un simple bandidaje.

Los moderados del *narodnitchestvo,* al contrario, se han convertido en una especie de partido rural, poco socialista, pero muy democrático por su programa político. El grupo *trabajista* de la Duma y el grupo de los *socialistas populares* representan sus tendencias.

El centro del *narodnitchestvo,* formado por las organizaciones oficiales del partido socialista revolucionario, ha quedado como guardián de la ortodoxia. Su programa es una mezcla ecléctica de federalismo comunal, medio bakounista y medio centralista-estatista; reúne la fe ingenua en el *comunismo* de los miembros del *Mir* rural y los desiderata del proletariado industrial.

El partido *socialista-demócrata* permanece mucho más unido, en cuanto a la teoría, que el *narodnitchestvo;* pero está agitado también por movimientos interiores. Antes de la revolución de 1905, algunos marxistas rusos (socialistas demócratas) que habían aceptado la doctrina marxista consideraron necesario *revisarla.* Renunciaron al materialismo histórico y volvieron a las concepciones metafísicas: unos a las de Kant y otros a las de

Nietzsche. Varios jefes del movimiento liberal en Rusia (Pedro Struve, fundador del partido *cadete,* o constitucional demócrata) compusieron el sistema actual, revisando el marxismo. Después de la revolución de 1905, la doctrina marxista fué sometida a una nueva revisión fundada en las teorías del físico vienés Ernesto Mach; pero la renovación tuvo muy poco éxito.

El marxismo demócrata socialista ha adquirido posiciones muy fuertes en el medio obrero. Pero el marxismo y la democracia socialista rusos no son idénticos a los de los alemanes.

Los marxistas rusos se complacen en decir que el verdadero marxismo revolucionario es una síntesis de tres elementos: de la filosofía dialéctica alemana, de la práctica revolucionaria francesa y de la historia de la evolución económica inglesa.

Actualmente, los revolucionarios y los socialistas rusos se dividen, en cuanto a la táctica, en dos escuelas: la de los que quieren *hablar alemán,* es decir, los que preconizan una lenta organización y un oportunismo reformista; y al lado los que quieren *hablar francés,* es decir, que prefieren el impulso revolucionario de las masas populares decidiendo ellas mismas sus destinos. Los partidarios del *método francés* están en mayoría entre el elemento consciente.

Debe notarse que el marxismo ruso, aun para la teoría, no se encierra en los cuadros de la filosofía alemana: busca apoyo en el pensamiento francés. Sus ideas filosóficas y sociales penetran no solamente en la doctrina misma de Marx, sino también en el racionalismo francés del siglo XVIII, en la escuela histórica francesa de la Restauración y en el socialismo utópico francés.

SEGUNDA PARTE

El resumen histórico precedente conduce a esta conclusión: los acontecimientos acaecidos en Rusia, después de la revolución realizada en este país en 1917, constituyen un fenómeno que debía producirse necesariamente, si una evolución más o menos lenta, como la que se produjo en el Japón, no modificaba la situación política, transformando el sistema gubernamental, el

económico, el social y la situación de las diversas nacionalidades que formaban lo que se llamaba Rusia.

Era indispensable empezar a crear una verdadera historia de ese Estado, de la cual careció siempre; por esa falta, al destruir los resortes del Gobierno autocrático, que era la fuerza de atracción que mantenía unidos aparentemente a los pueblos que formaban Rusia, el caos se produjo y el Estado desapareció.

Rusia no tiene historia, si por tal se debe entender el estudio de la marcha de un pueblo organizado que se desarrolla siguiendo un plan, persiguiendo un fin, adaptándose a las épocas, que contribuye, en resumen, a la obra de la civilización humana.

En la ''Conclusión'' de su obra, Alexinsky pone estas palabras:

> Hemos seguido el desenvolvimiento de las relaciones entre Rusia y Europa y la penetración europea en los diversos dominios de la vida material, social, política e intelectual del pueblo ruso.

Desgraciadamente para el mundo, su misma historia y los hechos demuestran que ninguna de esas afirmaciones se ha realizado.

Rusia no era una nación, sino una reunión de naciones. No era un verdadero Estado, puesto que no existía una organización política real; sólo existía un autócrata, de estilo asiático, y una multitud de pueblos expoliados por los favoritos del Zar. Hay muchas iniquidades que referir, pero ninguna contribución a la historia de la civilización general.

Once siglos después de aquel en que el pueblo ruso llamó a los príncipes extranjeros para que lo gobernasen, Rusia se vuelve a encontrar en una situación semejante. Son los extranjeros quienes hablan y se ocupan de restaurar el Estado y de establecer un orden nuevo. A pesar de esa decena de siglos en que los rusos han estado en relaciones más o menos constantes o directas con Europa, las ideas europeas no han penetrado en Rusia. Algún grupo, ínfimo por su número, llegó a conocer la vida, las costumbres y los adelantos de la Europa occidental, obligados unos por las relaciones oficiales del Imperio y otros para imponerse en la sociedad; pero, exceptuando uno que otro,

la generalidad no sintió nunca la impresión de la civilización de Occidente.

Variadas son las causas que han influído para mantener ese estado excepcional—único en la historia de la humanidad—de un pueblo que no se ha modificado en mil años, mostrando no ya su estancamiento, sino los rasgos de un atavismo pronunciado, apenas se le deja en libertad de manifestar sus sentimientos y aspiraciones.

Unicamente se señalarán de una manera muy sucinta las causas más generales y que han ejercido una influencia más profunda.

LAS RAZAS

Los príncipes extranjeros llamados por los rusos para gobernarlos, habían fundado las ciudades de Novgorod y de Kiev, que se hicieron centros de un gran comercio y servían para comunicar a Rusia con Europa. Bizancio sostenía relaciones con el norte de Europa por Novgorod, y los otros países del occidente las tenían con Kiev. Por estas vías Rusia se relacionaba con Bizancio, con los países escandinavos y con el occidente europeo.

Rusia, por su situación geográfica y su naturaleza física—llanura ámpliamente abierta que se extiende hasta el centro de Asia, sin límites determinados por oriente, occidente y sur—estuvo expuesta a las cabalgatas de los pueblos de ese Continente, y las bandas de Gengis Khan recorrieron las estepas hasta que se hallaron detenidas por los Cárpatos y por las florestas de Moscú, en donde no podían entrar sus caballos.

Establecieron, por tres siglos, el centro de su poderío, después de quemar Kiev, en el Volga medio, alrededor de Samara en el Campo de la Horda de Oro. Moscú le pagó tributo y sus príncipes fueron vasallos del Khan; pero las selvas de Moscovia fueron el refugio de los campesinos que huían de las estepas, llevando sus bienes más preciosos que ponían al abrigo de los muros de Moscú, y los iconos y las campanas de las aldeas que guardaron en el Kremlin.

La invasión tártara cortó las comunicaciones de los rusos con los principados de Volynia y de Galicia, los más europeizados, y los aisló de Bizancio. La impresión dejada por esta invasión no se borró jamás. El despotismo ruso se formó durante la dominación de los invasores asiáticos, en el largo período en

que los príncipes de Moscovia estuvieron sometidos al yugo del Khan.

Del lado del noroeste, otros pueblos—fineses, letones y estonios—se establecieron en las provincias bálticas, a lo largo de las costas del Océano Glacial, por el país de los samoyedas, y conservaron, particularmente Finlandia, notable originalidad y aspiraciones a la independencia que han sabido hacer respetar. En el Cáucaso se encuentran armenios y en el Vístula un número creciente de polacos que, aunque eslavos también, la diferencia de religión los hizo siempre enemigos de los rusos. A todas estas razas hay que agregar la judía, que ha estado mezclada, pero no confundida, y ha sido víctima siempre del odio de los ortodoxos.

De esta agrupación de razas que vivieron esclavizadas las unas a las otras y todas al tirano y a su corte, sin fundirse nunca, sumidos en la ignorancia más completa, no podían sacarse elementos para una verdadera historia de una sociedad que sólo ha existido en la forma de agrupación rudimentaria; y nada podía esperarse tampoco de una reunión de pueblos sujetos a tales condiciones el día que fueran llamados a gobernarse libremente y por su cuenta.

Alejandro II declaró que no tenía nada que observar al régimen constitucional, pero que no quería ser responsable de haberlo introducido en Rusia. Esta anomalía aparente no lo era quizás ante la realidad. Las razas que formaban el imperio ruso habían sido incorporadas a Rusia por la conquista y se las mantenía unidas por la fuerza, sin que nunca se tratase de unirlas por un vínculo permanente. Pesaba sobre ellas el yugo de la autocracia y, peor que eso, el de la nobleza burocrática.

El día en que el régimen constitucional se estableciese, desaparecería el mutismo característico de los pueblos gobernados al estilo asiático y cada raza reivindicaría su independencia o una autonomía absoluta, que causarían el dislocamiento de Rusia. En esa situación había un detalle alarmante: el verdadero pueblo ruso, el de la Gran Rusia, era el que se encontraba con una civilización rudimentaria que no era ni asiática ni europea; por consiguiente, el pueblo dominador se hallaría en peores con-

diciones que los subyugados, en condiciones geográficas, políticas y sociales inferiores a las de los otros.

Antes de estallar la revolución, los polacos reclamaban ya su independencia o su autonomía y, caído el imperio, los otros pueblos reclaman y obtienen su independencia. Es el derrumbamiento de un gran Estado por el absolutismo de su Gobierno y por la incapacidad política de sus clases dirigentes. Ni el uno ni las otras se ocuparon de crear un lazo de unión entre los pueblos educándolos en la vida política; la catástrofe se hizo inevitable, fatal.

Los tártaros se hallaron detenidos por los Cárpatos y por las selvas de Moscovia y se establecieron en el centro de Rusia. Impusieron tributos a los príncipes moscovitas, sin llegar a dominarlos por completo. Tuvieron que luchar siempre, hasta que fueron dominados a su vez, siéndoles imposible independizarse porque se habían separado definitivamente de su centro en Asia.

Apenas vencidos los mongoles, Rusia recibió otro ataque de un pueblo de su misma raza, aunque mucho más civilizado: de los polacos. Los polacos habían comenzado a introducir la civilización occidental en Rusia, y cuando pasó el peligro que la raza amarilla había hecho correr a todos los eslavos, los polacos consideraron que ellos podían someter la Moscovia y los nuevos súbditos a su Estado.

Invadieron los polacos la Moscovia, penetraron en sus famosas selvas, se apoderaron de Moscú e impusieron un rey a los moscovitas. Sin embargo, como Polonia estaba gobernada por el régimen feudal, en el que faltó siempre la unidad de propósitos y de acción, los polacos fueron desalojados del poder y arrojados de Rusia.

Estos éxitos fueron obtenidos por los Romanof, que no se detuvieron ahí. Encontrándose aislados de la Europa occidental, pensaron establecer una comunicación con ella. Así nació el proyecto de *abrir una ventana sobre Europa* por la cual Rusia saldría de su aislamiento. Pedro el Grande sostuvo una guerra de veinte años con Suecia para alcanzar este objeto; al fin lo logró y Rusia se hizo dueña de Finlandia, Livonia, Estonia y Curlandia.

El triunfo sobre los asiáticos, de religión completamente distinta a la ortodoxa, coronado por la derrota y expulsión de los polacos católicos y la liberación de Moscú, ciudad santa por haber sido el refugio seguro de sus reliquias e iconos, dió a los zares el poder religioso reconociéndolo por único jefe de la Iglesia Ortodoxa rusa. Poder omnímodo por la interpretación que la Iglesia griega había enseñado de la Escritura al pueblo ruso, interpretación según la cual el jefe del Estado era el de la Iglesia y que los creyentes no podían discutir los libros santos.

Las guerras incesantes sostenidas por Rusia daban al zarismo un poder militar y civil tan absoluto como el religioso. Apoyado en esas ideas, Pedro el Grande pudo decir, sin temer una contradicción, que no debía cuentas a nadie de sus actos.

La autocracia se fundó teniendo por base el sentimiento religioso del pueblo ruso y con su apoyo. Para mantenerla era necesario que ese apoyo persistiera. Si dicho sentimiento desaparecía, la autocracia no podía seguir existiendo porque le faltaba el cimiento.

Destruído el fundamento del zarismo, al caer éste se derrumbaría también el imperio ruso, pues uno constituía la razón de ser del otro. Las nacionalidades seguían formando parte de Rusia, porque el Zar contaba con la fuerza del pueblo ruso; pero cuando cesó de actuar esta fuerza, la unión desapareció.

Por las condiciones en que se produjo la disolución, era un acontecimiento que debía consumarse fatalmente. Sólo una educación política avanzada, arraigada en una tradición nacional histórica, podía haber resuelto el problema de una manera diferente. El pueblo ruso carece de esa cualidad y de ese antecedente.

La lengua y la literatura

La lengua rusa que se emplea en la literatura, es decir, una verdadera lengua, no es usada más que por un grupo selecto del pueblo ruso: por los literatos, los hombres de ciencia y los directores políticos. El resto del pueblo no la conoce, ni aun el

de las ciudades; la europeización de la lengua ha tenido la misma suerte que la europeización de la vida política, social y filosófica; sólo ha alcanzado a un grupo reducido.

El pueblo ruso sigue expresando sus ideas, manifestando sus sentimientos, como en los tiempos anteriores a Pedro el Grande, con leves diferencias impresas por el sistema industrial sobre los obreros y por los *zemtsvos*. Los dialectos de las naciones que formaban la masa rusa han persistido y, resistiendo a las influencias exteriores, han seguido manifestando sus tendencias en la vida interna propia de cada nación, sin confundirse—y sin interesarse, por consiguiente—en la vida de la agrupación general llamada Rusia.

Este estado de cosas era favorecido por el zarismo. Después que los Romanof salvaron a los rusos de los tártaros, sometiéndolos, y de los polacos, a quienes rechazaron de las selvas de Moscovia, y libertaron la ciudad santa—Moscú—, asumiendo todos los poderes, se hicieron tan absolutos como los monarcas teocráticos de Oriente.

Semejante absolutismo no podía ser favorable ni a una instrucción profunda del pueblo, que le permitiera comprender el régimen más liberal de los países europeos, ni a una unión de las razas que poblaban el imperio, porque tal unión, suprimiendo las divergencias nacionales, podía despertarles la conciencia de su fuerza, lo que disminuiría el absolutismo zarista, si no lo anulaba. Fenómeno análogo—en el caso de producirse—al que ocurrió en Inglaterra cuando los sajones se unieron a los normandos, en seguida de la derrota de Juan Sin Tierra, para oponerse a la tiranía de los reyes normandos, que la ejercían contra conquistados y conquistadores, sometidos al mismo régimen en esa época.

En la literatura pasa algo semejante. La literatura escrita revela la imitación voluntaria de los elementos extranjeros de Occidente, introducidos en el país a principios del siglo XVI por búlgaros, serbios y dálmatas. La imitación de la literatura popular es inconsciente y se inspira en Oriente.

La iglesia ortodoxa bizantina condenaba el amor, el entusiasmo y la alegría, incitando a la pasividad, al aislamiento y a la vida monástica. Las versiones eslavas de los romances

de caballería, la publicación de las obras de Bocaccio y los famosos cuentos y chistes franceses—en los siglos XVII y XVIII —cambiaron la opinión extendida por la Iglesia, que presentaba a la mujer como un *ser malo,* un *vaso diabólico,* del que había que huir. Se la idealizó entonces y se hizo un culto del amor y del placer.

Pero el pueblo, que no conocía más que la poesía oral y sufría la influencia del Oriente, no participaba de esta transformación y, al contrario, afirmaba las ideas en que lo había imbuído el bizantinismo.

Pero ni aun este adelanto notable de cierta parte de la población podía tener una influencia decisiva en favor de la transformación de Rusia, por el carácter de los intelectuales y por la manera de propagar las ideas.

Herzen era uno de los hombres selectos de Rusia y un admirador entusiasta de Europa, apasionado por las ideas de San Simón, mientras permaneció en su patria. Cuando visitó el Occidente cambió de sentimientos y de modo de pensar. Las causas, expuestas por él, fueron éstas:

> Confieso que antes de partir para Europa no la conocía y la había embellecido con *colores miríficos.*

Tenía para él el atractivo del *fruto prohibido.* Viendo a Europa en la realidad, se decepcionó. Lo que más lo impresionó e indignó fué el aniquilamiento del movimiento obrero de 1848 en Francia, y sus ideas sufrieron un cambio completo. ¿Por qué? Porque, como lo dice Dostoïevsky, *lo que para un sabio europeo no es más que una hipótesis, para un joven ruso es un axioma.*

El poeta Necrasov dice del intelectual ruso que *lo que le diga el último libro le quedará en la superficie del corazón.* Esto quiere expresar, según Alexinsky, que se enamora siempre de la última idea que conoce y que olvida con facilidad las precedentes.

Interesa, igualmente, recordar los dos casos citados por Alexinsky de dos personajes rusos célebres, un hombre y una dama.

El hombre, un aristócrata que en su entusiasmo declamatorio

de una obra francesa llegó a hacerle verter sangre del brazo a uno de sus oyentes por la violencia con que se lo oprimía. Pues este señor tan conocedor y amante de la vida europea, que llegó a establecer tribunales en sus dominios, impuso la tortura.

Ella, era una dama que retirada a la soledad después de haber ocupado la presidencia de la Academia rusa, sufría cruelmente de cualquiera molestia que padecieran unas ratas que había domesticado, y miraba con indiferencia la muerte de sus hijos.

La idiosincrasia de los rusos los ha hecho funestos a su patria; su vigorosa inteligencia y sus entusiasmos no han dado otro resultado que afirmar la atroz tiranía reinante y llevar el Estado a la disolución, por el criterio particular con que juzgaban los hechos.

Muchos de los intelectuales rusos más influyentes han pertenecido a la escuela materialista; sin embargo, vivían en el mundo de la metafísica pura, puesto que querían hacer pasar a Rusia, de un salto, del régimen prusiano-bizantino-asiático a la más perfecta democracia o al comunismo. Era la doctrina de lo absoluto más riguroso la que rechazaba el principio de la relatividad adoptado por todas las escuelas a las relaciones sociales, puesto que lo absoluto suprime la relación, imponiendo un principio infranqueable.

Ciertos hombres, de los más enemigos del régimen caído y revolucionarios, como Bielinsky y Bakounine, comenzaron por ser ardientes conservadores, apologistas del zarismo y, después de haber gastado una parte de su vida y de su ciencia en una obra tan nefasta, reniegan de ella y se hacen revolucionarios; pero cuando habían propagado ya la filosofía y el absolutismo alemanes.

Otros proceden en sentido inverso y pasan del occidentalismo más acendrado al eslavismo nacionalista, al sistema conservador, o se hacen escépticos. Ejemplos de ello dieron Herzen, Chtchervatov, Caramsine, Dostoïevsky y algunos otros.

Faltaba la unidad de ideal, porque no había unidad en el Estado. No existía tradición y, por consiguiente, no había historia. De ahí vino que el ideal colectivo fuera sustituído por un personalismo iracundo, antisocial y disolvente.

Los intelectuales rusos, arrebatados por la fantasía, no observaron que si ciertas doctrinas habían fracasado, como el sansimonismo en Francia, era porque Francia tenía una historia, tenía una tradición brillante, deslumbradora, que no se podría destruir sin suprimir a Francia; y que es preciso modificar esa tradición, esa historia—nunca destruirla—, si se quiere conservar a Francia.

Propaganda tan incoherente y tan contradictoria no podía ejercer ninguna influencia benéfica sobre un pueblo que carecía completamente de tradiciones, que vivía en una especie de claustro inmenso, sometido al ascetismo por su religión y a la esclavitud y al vicio por sus señores.

Las luchas contra los tártaros, polacos y franceses, no merecen citarse como tradiciones nacionales. Son luchas a que los conducen presentándoles sus adversarios como enemigos de su religión; pero la religión sola no constituyó jamás la tradición de un pueblo, nación o Estado.

Y aun eso mismo puede negarse ante los acontecimientos que disolvieron el Estado ruso. El pueblo ruso continúa siendo ortodoxo, y los revolucionarios son materialistas o son librepensadores que no aceptan ninguna religión. Los alemanes y los austriacos con quienes fraternizaron antes de hacer la paz con ellos, son protestantes los primeros y católicos los segundos, ambos enemigos de la iglesia ortodoxa.

> Este pueblo recién nacido a la civilización europea—dice Charles Rivet—posee en suma, en el momento de su liberación, una mentalidad hecha de resignación y de disimulo que le ha impreso la servidumbre a que lo sometieron sus destinos, durante largo tiempo. Su régimen político no le ha inculcado sino virtudes pasivas, deformando una naturaleza generosa y atrofiando bellas disposiciones... El Mir, que hacía del moujik un miembro de la comunidad de la aldea, no un campesino libre viviendo sobre SU TIERRA, anuló en él el espíritu de iniciativa.

Cuando los pueblos que forman un Estado no tienen una lengua común que los ponga en comunicación—necesitando un intermediario para sus relaciones—, tal Estado no tendrá nunca solidez, puesto que le falta la unidad de ideas.

El mantenimiento de la lengua de cada pueblo, sin un idioma común difundido por la enseñanza, tiene que originar la

ignorancia de la vida de los otros pueblos regidos por el mismo gobierno y obligarlos a ser extraños e indiferentes unos a otros.

La literatura siente, la primera, la influencia de la lengua; cada pueblo tendrá una literatura propia que difícilmente será favorable a la unión. Cada pueblo cantará y glorificará sus actos particulares y sus tradiciones; y la acción centrífuga irá haciéndose más intensa con el tiempo.

Es el hecho que se ha presenciado al estallar la revolución. Las razas conservaron sus tradiciones porque les faltaron los elementos constitutivos de la unión; y uno de los primeros era una lengua común que les permitiera comunicarse sus pensamientos y aspiraciones y los vinculase, si eso era posible.

La europeización alcanzó a la lengua gran-rusa o lengua literaria de la Rusia septentrional; pero los que la conocían eran los hombres de estudio, la Corte y una parte de la nobleza. El pueblo la ignoraba. Las otras nacionalidades no conocían sino su propio idioma. Así se fueron acentuando las diferencias que contribuyeron a la ruina del imperio.

Burocracia y burguesía

Pedro el Grande, con el objeto de atraer los capitales a la industria, acordó privilegios y monopolios a los fundadores de fábricas, a los cuales se concedía el aprovisionamiento del Estado—ejército, marina y demás ramas del Gobierno.

Para favorecer la formación de obreros industriales, prohibió devolver a sus señores los siervos fugados y que trabajan en las fábricas. Autorizaba, además, a los propietarios de fábricas para comprar campesinos con tal que fueran todos los de una aldea. Sin embargo, la ley de 1762 dispuso que sólo los nobles podían comprar siervos y emplearlos en la industria.

Con este sistema se mató la libertad industrial, como se habían anulado todas las otras libertades. Al mismo tiempo se aniquiló a la burguesía, que desapareció a mediados del siglo XIX.

El Estado, que era el iniciador de la transformación económica realizada con un fin militar, se hizo industrial, comerciante y gestor de empresas de todo género. La dirección de

las industrias y la administración de los negocios públicos y particulares fué confiada a los señores, a la aristocracia, que formó una burocracia sin igual en el mundo por el monopolio absoluto de las funciones de todo orden que ejerció en el Estado.

El ejército, la marina y las funciones públicas, primero, que Pedro el Grande exigió de la nobleza, y el manejo y dirección de las industrias y del comercio, que les concedió después, dieron a esta clase un poder extraordinario que era empleado y dirigido por el Zar.

El primer Romanof fué elegido Zar por los representantes del pueblo y la Corona siguió trasmitiéndose por herencia.

Pedro el Grande anuló los principios de elección del zar, decretando que el zar tenía el derecho de nombrar su sucesor. Así impedía que se despertasen las ambiciones de su sucesor, y la misma burocracia se sentía interesada en conservar al emperador reinante. Era una razón más para su absolutismo.

La aristocracia de todos los grados se sometió a la imposición de Pedro el Grande, quien declaraba que *no debía cuentas a nadie de sus actos,* porque ese era el sistema más apropiado para dominar y esquilmar al pueblo.

La nobleza vivía de la usurpación y en la inacción social. Se hacía instruir por maestros franceses, adquiría las modas y la vida de los salones de los países europeos. No la unía a las poblaciones ningún vínculo, puesto que las administraciones locales eran confiadas a los gobernadores y a otros funcionarios.

La tierra que se habían apropiado era cultivada por los campesinos siervos. En la industria sucedía lo mismo, el trabajo servil se empleaba en la producción. Los progresos industriales no eran posibles por la falta de iniciativa de los propietarios y la carencia de instrucción técnica de los obreros siervos.

Su único afán era mantener la red en que habían encerrado estrechamente a las otras clases del país, para disponer libremente, y sin control, de todas las fuerzas, de todas las posiciones y de todos los recursos del pueblo para el logro de sus insaciables ambiciones. Fundaron así esa burocracia sin par, que llevó el Estado a la disolución y el país a la ruina.

Pedro el Grande había igualado la situación económica de los nobles y de los capitalistas industriales, permitiendo a am-

bas clases emplear la mano de obra servil. Con este sistema la nobleza no podía monopolizar la industria porque los capitalistas industriales le hacían la competencia.

Pero en el reinado de Catalina II, por ley de 1762, se prohibió a las personas ajenas a la nobleza que compraran siervos para emplearlos en las usinas y en las fábricas. En estas condiciones era imposible competir con la nobleza, teniendo ésta la mano de obra gratis casi, mientras los otros fabricantes tenían que emplear el trabajo libre, que era remunerado y sujeto a ciertas restricciones que no podían oponer los siervos, debiendo agregarse que el número de obreros libres era muy reducido allí en esa época.

Con esa ley la nobleza consiguió hacerse dueña de la industria y al mismo tiempo arruinó a la burguesía. Dueños de todas las funciones públicas, antes de Catalina II, y de la industria y del comercio desde 1762, los nobles se apoderaron del país, al que manejaron a su capricho desde entonces.

La nobleza se convierte en una burocracia para tener siempre al pueblo bajo su dependencia; burocracia absoluta, porque lo abarca todo y no permite la entrada a ella sino a muy contados elementos que vienen a descargarlos de las tareas y a perfeccionar el despotismo.

Así vivió Rusia más de un siglo, derrochando locamente, echando mano de sus recursos naturales y del trabajo de los siervos. Su industria se estacionó y se hizo tributaria y dependiente de la de Europa, que modificaba sus procedimientos industriales, transformaba la maquinaria de talleres y fábricas y aumentaba la producción en escala asombrosa.

En Occidente, la burguesía produjo estos cambios. La lucha entre el pueblo y la aristocracia indujo a los hombres que estaban fuera de las clases privilegiadas a consagrarse al trabajo en la industria, el comercio y las profesiones, que los hacían independientes porque formaban la clase productora e instruída de cada país y les daba una fuerza capaz de derribar o de neutralizar a la aristocracia.

Monopolizando la producción de todos los países y, en consecuencia, los grandes capitales necesarios para el desenvolvimiento de cada pueblo, a la vez que poseedora de la instrucción en

todos sus grados y manifestaciones, esa clase popular imprimió su carácter, en gran parte, a la sociedad de los tres últimos cuartos del siglo XIX.

Era la burguesía que triunfaba del régimen feudal y del aristocrático de todo origen. Este nuevo orden es grosero en su comienzo, es avaro, es egoísta y la suerte de los desheredados le es indiferente; el destino que a él le habían impuesto en nombre de un derecho divino, él trata de aplicarlo a sus infortunados compañeros de ayer en virtud del poder del dinero.

Sin embargo, por más antipática que se haya hecho esa manera de proceder la burguesía, hay que reconocer que fué la forma única que se les presentó a los pueblos para luchar por su libertad contra los privilegios de las clases usurpadoras de la soberanía popular. Los capitales reunidos por las clases trabajadoras colocaron a las otras clases bajo su dependencia y aseguraron el triunfo de la democracia.

En Rusia, la burocracia arruinó a la burguesía cuando se apoderó de la industria y del comercio, como se había apropiado todas las funciones públicas, y con sus procedimientos parasitarios le impidió renacer.

Pero, a mediados del siglo XIX la burguesía volvió a aparecer. El aumento del intercambio entre Rusia y Europa, los descubrimientos industriales, las aplicaciones cada día más variadas y en mucha mayor escala de los minerales, de la hulla y del petróleo, como también la división del trabajo, dieron vida y amplitud al capitalismo ruso.

Una parte de los capitales empleados en la explotación de las riquezas naturales rusas era perteneciente a rusos, pero la mayoría era de empresas extranjeras, y Rusia quedó bajo la dependencia de los capitales del exterior.

Por esa razón, por la situación política en que se hallaba Rusia y por su índole propia, la burguesía no les prestó al pueblo y a los intelectuales el concurso necesario para reaccionar contra el régimen oprobioso dominante.

He aquí como la describe Rivet:

La burguesía de reciente formación se componía de elementos muy desemejantes y con distintas tendencias: de hijos de campesinos que ingresan en las universidades y se hacen *habitantes de ciudad*; de la pe-

queña nobleza creada en la administración del Estado o en el servicio militar; y de los comerciantes de primero o segundo rango (campesinos enriquecidos en el comercio).

Esta burguesía varía en su nivel intelectual como en sus tendencias. Los universitarios mostraban ideas avanzadas; las otras clases al contrario: los funcionarios por interés casi siempre, y los comerciantes, por sus tradiciones rurales, se colocaban al lado de los conservadores.

El comerciante ruso de la burguesía no tomaba parte en la política ni en las reivindicaciones de las otras clases, atento a la prosperidad de sus negocios, su único cuidado. Duro con sus antiguos compañeros, era complaciente con los poderosos, sin preocuparse del infortunio de aquéllos ni del brillo deslumbrador de éstos.

La burguesía rusa, lo mismo que la de todos los países, esquivaba las responsabilidades y los riesgos de la política, pero aprovechaba los beneficios resultantes de ella, fuera cual fuere el gobierno o partido que los proporcionara. Para ella no existe gobierno malo si los resultados pecuniarios son buenos.

El pueblo, en vez de hallar en esta clase, salida de él, un auxiliar y un defensor, no halló más que un nuevo elemento de despotismo, aliado, voluntaria o involuntariamente, a la burocracia constituida por la nobleza.

Entonces se explica porqué el pueblo, lejos de seguir las instigaciones de los intelectuales para que se sublevara contra la tiranía, atacaba a los promotores y los entregaba a las autoridades.

El pueblo no veía en los intelectuales sino miembros de la burguesía salida de su seno y que, junta con la alta nobleza, lo sacrificaba. Los intelectuales habían cometido varios errores al contar con el pueblo para derribar la burocracia y el zarismo.

El pueblo ruso no podía tener y no tenía un cerebro colectivista. Ligado a la tierra desde siglos, su única aspiración era poseerla, porque era lo único que conocía y que sabía hacer producir para atender a las necesidades de su existencia primitiva y miserable. Era colectivista con respecto a la tierra de los otros, que, forzosamente, debía mirar con envidia.

Esperar que comprendiera el ideal que trataban de alcanzar los hombres de estudio, era utópico. Un pueblo que vivió una decena de siglos sometido a un servilismo asiático, embo-

tado por el uso del alcohol y embrutecido por la religión ortodoxa, no era capaz de discernir entre la tiranía oficial y los ideales de un grupo de intelectuales.

Los acontecimientos obligan a creer que Lenine comprendió mejor al pueblo ruso que todos los intelectuales. Acostumbrado a la sumisión, ese pueblo acepta al que lo manda con energía. Son las clases ilustradas las que deben resolver el problema, y el pueblo se somete a ellas como se sometía a la autocracia.

En Francia, el campesino libertado del despotismo monárquico y de la sumisión a los señores de la nobleza, y propietario de la tierra que se le había adjudicado, se consagró a defenderla con fe y entusiasmo, pues esa tierra era para él el símbolo de su libertad y la consagración de su derecho.

En Inglaterra, con los descubrimientos científicos e industriales y las aplicaciones de la hulla, la clase popular va creando riquezas nuevas que acumula y adquiere una fuerza que se acentúa diariamente hasta llegar a dominar a la antigua y muy famosa clase aristocrática, produciendo una evolución admirable hacia la democracia, que sólo un rival puede encontrar: la democracia francesa.

Los rusos no presentan ningún fenómeno social análogo a los indicados, en once siglos de vida. Durante ese largo período, en el cual desaparecieron pueblos y sistemas políticos para dar paso a otros nuevos, se descubrieron, poblaron y civilizaron Continentes; Rusia permaneció inmutable, sierva de cuantos señores llamó o se le presentaron.

Sus clases dirigentes siguieron el mismo camino que el campesino: primero los boyardos o antiguos señores feudales, que dominaron al pueblo hasta que Pedro el Grande los aniquiló como clase y los diezmó; después son los señores de la nobleza que forma el mismo Pedro el Grande, los cuales constituyen una casta, la burocracia, que no es capaz de introducir la más leve modificación en sentido progresivo a las instituciones, ni de agregar una gloria a la patria en el período de dos siglos.

Circunstancias especiales hicieron de Inglaterra un país excepcional para la libertad.

Conquistado este país por los normandos, célebres por su

espíritu caballeresco y su avanzada civilización, los conquistadores dirigieron sus empresas a dominar a Francia. Juana de Arco los contuvo la víspera de la realización de su intento.

Encerrados en la isla, se dedicaron a subyugarla. Los monarcas quisieron hacerse absolutos, aun con sus propios compañeros de conquista. Había tres víctimas: los señores y el pueblo sajones y los señores normandos. Los oprimidos se unieron sin distinción de raza, entre sí y con el pueblo conquistado, para resistir al despotismo monárquico apoyado por una parte de la nobleza. La nobleza, que luchaba contra el absolutismo, se veía obligada a reconocer derechos y hacer concesiones al pueblo.

Posteriormente, Inglaterra acepta parcialmente la Reforma religiosa y se la ataca por estas ideas. Entonces el país entero adopta el protestantismo como principio de independencia y de defensa nacional, declarando que su Iglesia no podía ser gobernada por un jefe extranjero, el Papa, sino por el jefe del Estado. Nobleza y pueblo luchan unidos por la defensa de esa doctrina.

Desde la derrota de Juan Sin Tierra, el pueblo inglés adquirió conciencia de su derecho y poco a poco lo fué afirmando y extendiendo hasta declararse único soberano. Pero pueblo y aristocracia ingleses han inscripto en la historia de Inglaterra glorias imperecederas.

La nobleza francesa se distinguió por su carácter batallador y por su refinamiento, que sólo tuvo igual en la Corte de los Médicis. Siempre estuvo pronta para luchar por la grandeza de su patria, y la historia de Francia y de toda Europa están llenas de sus hazañas.

El pueblo dió hombres insignes en las ciencias, en las artes y la industria; y la cultura de sus escritores, que sabían censurar los defectos y vicios de la Corte con tal genio, que la Corte aplaudía, se difundió entre el pueblo y se extendió por el mundo.

Las guerras en que el pueblo tomaba parte en el extranjero, lo instruían acerca de las costumbres y leyes de los otros países y podía formar juicio propio cuando se le predicabán teorías nuevas. Pasado el vértigo revolucionario del siglo XVIII,

el pueblo francés entregó a la humanidad una obra grandiosa de regeneración que aún no está completamente realizada y por la cual se lucha hoy.

Con las glorias conquistadas desde tiempo inmemorial hasta el presente, Francia desborda la historia con sus proezas, por su genio en todas las manifestaciones de la inteligencia, por su altruismo—cualidades que han hecho su fama inmortal. En esa obra grandiosa han colaborado todas las clases.

La clase noble rusa no presentó nunca rasgos semejantes. Las aristocracias francesa e inglesa han cedido el puesto a la democracia, porque su época había pasado ya; pero han contribuido a elaborar una civilización. La aristocracia rusa fué un parásito de su patria, destruyó lo que otros habían creado; cayó con todas las abominaciones imaginables, sin dejar ninguna traza honrosa de su existencia.

La burguesía no pensó, en el corto período de su existencia, más que en enriquecerse rápidamente, aprovechando las calamidades sociales.

Eran, pues, la nobleza y la burguesía rusa, dos factores que contribuían al derrumbamiento de Rusia.

La influencia alemana

La influencia alemana se manifestó en formas variadas, contribuyendo a ejercerla desde el simple agricultor hasta el Kaiser, y desde tiempos remotos.

Iván el Terrible vió malograrse sus aspiraciones de comunicar a Rusia con el Occidente abriendo "una ventana sobre Europa", en el Báltico, por la habilidad y pericia de los europeos, a quienes trató de imitar.

Prohibió que se vendieran los prisioneros, y a todos los que tenían un oficio los hizo emplear en el imperio. En Moscú creó un barrio especial para los extranjeros, el cual adquirió gran importancia porque concedió privilegios a todos los que se dedicaban a una profesión u oficio, y exenciones a los que se ocupaban de comerciar. Casi toda la población de este barrio era alemana.

Pedro el Grande se consagró a abrir la ventana tan desea-

da y necesaria, lográndolo al cabo de veinte años de guerra, en los que consiguió vencer a una de las principales potencias militares de esa época, Suecia. Este triunfo lo debió al aprendizaje hecho por los rusos durante los primeros años de su reinado, a costa de muchas derrotas, durante las cuales se familiarizó con los métodos de organización de sus enemigos. Conquistó Riga, Reval y toda la costa del Báltico, en donde se encontraban muchos alemanes cuyas ideas se habían expandido, siendo dominadas casi todas esas regiones por barones con un sistema feudal.

Vencida Suecia, Rusia empezó a figurar, inmediatamente, en la política europea formando alianzas con los Estados y de familia. Pedro el Grande casó a todas sus sobrinas con príncipes alemanes, quienes, por esta vía, empezaron a penetrar en la Corte rusa.

Uno de sus sucesores se casó con una princesa alemana, que llegó a ser la célebre Catalina II. La famosa emperatriz, viendo las consecuencias que traía a los déspotas la aplicación de las ideas de la Revolución francesa, despidió del imperio a todos los liberales de esa nacionalidad, renegó de sus ideas y siguió el régimen prusiano. Durante su reinado no fué la Corte sola que vió aumentar el número de los alemanes, sino también la campaña.

Para dar más vida a la industria, al comercio y a la agricultura, Catalina II invitó a los extranjeros a establecerse en Rusia—por el úkase de 1763—, prometiéndoles: libertad religiosa y subvención a su culto; exención perpetua del servicio militar; exoneración de impuestos por cierto tiempo; autonomía comunal, administrativa y policial, pudiendo elegir los administradores, creándose un órgano superior para dirigir las relaciones entre los inmigrados y el Estado; y una jurisdicción especial para los asuntos entre inmigrados.

De 1764 a 1766, un gran número de renanos y de westfalianos fundaron aldeas en las márgenes del Volga, gobiernos de Saratova y de Samara. En 1783, otra ola de menonitas, secta protestante, compuesta de alemanes y holandeses, se estableció en Yekaterinoslav, sobre los bordes del Dnieper, y fundaron colonias; y en 1803 un numeroso grupo de familias menonitas

nitas se estableció en el Cáucaso. Más tarde, otros colonos alemanes se fijaron en el Sudoeste.

Alemania realizaba, pues, la penetración de Rusia por diferentes medios. La igualdad de sistema político de Prusia y Rusia, como la vecindad de sus Estados, la favorecía.

Los alemanes no perdieron su tiempo en Rusia. Ocupaban posiciones de la mayor importancia en la administración pública, lo que se ha visto en los nombres que figuraron en los ministerios, el ejército y la policía.

Muchos adoptaron la nacionalidad rusa, y entre las poblaciones ocupadas sobre el Báltico se desarrolló la rusofilia, que no fué más que aparente y para disimular el trabajo de germanización que se hacía disimuladamente. Para probar que la asimilación a la patria de adaptación era ficticia, se citan los dos casos notables siguientes:

Una familia que ha dado numerosos dignatarios a Rusia, la de los barones Mengden, establecida en Livonia, en 1915 veía a su último vástago distribuir proclamas alemanas a los campesinos de sus dominios. Von Schwanebach, ministro ruso de instrucción pública, hacía sus relaciones secretas en dos ejemplares. Un ejemplar era para el Zar y el otro para el Emperador de Alemania. (Ch. Rivet. *El último Romanof.*)

En 1912 la prensa francesa llama la atención del Gobierno ruso acerca de la germanización de Varsovia y de Cracovia. Un número constantemente mayor de alemanes se instalaba en esas ciudades, y al cabo de cierto tiempo se hacían súbditos rusos; cuando lo habían logrado, entraban en la administración local, valiéndose de las influencias de la Corte e iban apoderándose del gobierno de esas regiones.

El censo ruso de 1897 dió la suma de 158,103 inmigrados alemanes; pero, además de éstos, hay otros súbditos rusos de origen alemán y que siguen siendo alemanes, pasando de dos millones los que se encuentran en las provincias bálticas, en el Volga, el Cáucaso y la Rusia meridional.

El número parece reducido comparándolo a la enorme población rusa; sin embargo, no es así. Dichos alemanes ocupaban una posición, poseían una situación privilegiada, política, administrativa y económica. Eran propietarios de porciones con-

siderables de tierra y gozaban de libertades; los campesinos rusos no habían conocido ninguno de esos beneficios.

Los rusos desempeñaban el papel de siervos; los alemanes con libertades y privilegios, siguiendo los planes que les indicaban de Prusia, protegidos y secundados por sus compatriotas influyentes ante el Zar y la burocracia, representaban una fuerza viva, muy activa, que podía hacer vacilar a los autócratas cuando querían realizar alguna reforma que trastornase los planes germánicos.

Por eso Nicolás II debió desistir de acordar las reformas prometidas a Polonia. El general Skalvo observaba al conde polaco Tiszkievickz: ''Tenéis contra vosotros al emperador Guillermo, que vendrá a obligaros a entrar en razón.'' Y Markof II decía a la izquierda de la tercera Duma: ''Olvidáis, señores revolucionarios, que Guillermo II está ahí, para volveros a vuestro sitio con un golpe de su puño férreo.'' —Rivet.

En la Corte, en el Ministerio de Negocios Extranjeros, en el de Finanzas y en el del Interior, pululaban los funcionarios alemanes. Polonia tuvo una serie numerosa de gobernadores alemanes, y en las otras provincias sucedió lo mismo. Para demostrar hasta dónde había llegado la penetración alemana en Rusia, se refiere este hecho: Alejandro III, revistando un día un regimiento de la Guardia, se dirigió al corneta que estaba al frente y le preguntó cuál era su nacionalidad: *alemán,* le contestó; pasando al segundo, tercero y cuarto cornetas, todos le respondieron: *alemán.* Alejandro, indignado, terminó la revista.

En cuanto a la influencia de la filosofía y de la literatura alemanas, si bien parece que el criterio de los intelectuales rusos, en general, es infantil y versátil, según sus críticos, es imposible dejar de considerar la forma en que algunos escritores reputados renunciaron a las teorías alemanas y en que esas doctrinas, rechazadas por los liberales, eran acogidas y aplicadas por los reaccionarios burócratas.

Se ha visto que la mayor parte de los que profesaban las doctrinas de Hegel, Fichte y Schelling, las rechazaron renegando de ellas por la repulsión que les producían sus consecuen-

cias después que las estudiaron a fondo y vieron los fines políticos que se proponían sus autores.

Algunos no aceptaron las ideas francesas tampoco, pero no porque las creyeran malas, funestas y diabólicas como las alemanas, sino porque no las habían visto triunfar al ser aplicadas.

Otros que aceptaron las ideas autocráticas alemanas, han dejado sospechas sobre la sinceridad de su conversión por las violencias y persecuciones de que fueron víctimas.

Nunca ejerció Alemania una influencia benéfica, favorable a la libertad, al desarrollo de la idea del derecho y al progreso en Rusia; su acción fué siempre retrógrada.

En los primeros tiempos buscó la satisfacción de ambiciones personales; luego tiende a influir en la política exterior rusa, y por último, cuando a principios del siglo XIX se despierta la idea de la hegemonía de Prusia—preparada por Hardenberg, favorecida indirectamente por Stein y por Federico List y extendida por Hegel en sus concepciones filosóficas—, entonces la intervención de los alemanes en Rusia tiende a mantener a este país bajo un régimen análogo al de Prusia.

Con este sistema los vínculos que unen a Prusia y Rusia se estrechan, ambos Estados se solidarizan por su política, y la unión no puede dejar de existir. Si un obstáculo se opone a la realización de tales planes, los alemanes prestan su concurso para destruirlo.

Obedeciendo a ese propósito, cuando Pablo I no secundó y entorpeció esos proyectos, se le eliminó asesinándolo; y el primer golpe que recibió el Emperador se lo asestó un jefe prusiano, según lo asegura Sorel.

La revolución decembrista fracasó por la intervención y el concurso de los alemanes, en el momento en que los jefes rusos vacilaban para combatirla. Y en la policía rusa, que ha sido una inquisición de carácter político—sin un fanatismo que la explique—, los alemanes tuvieron una buena figuración.

Rusia, amiga de Prusia, era un auxiliar de primer orden para ésta, puesto que la manejaba y la sabía explotar, militar y económicamente, paralizando a los Estados balcánicos y a Francia.

Enemiga, Rusia no sería muy temible, porque conociendo

Prusia sus planes podía desbaratarlos, para lo cual contaba con los alemanes hechos súbditos rusos y los rusos de origen alemán, quienes entorpecerían toda operación que preparasen o iniciasen los rusos.

Es poco menos que imposible separar enteros los huesos que forman el cráneo. La dificultad se salva llenando éste de porotos o garbanzos y metiéndolo en el agua; pasados unos días, hinchándose los garbanzos, desarticulan el cráneo y cada uno de los huesos que lo componen queda libre. Los alemanes, poniendo en juego los elementos que tenían en Rusia, han producido el mismo efecto que las judías en un cráneo: la descalabraron; y así como es imposible volver a articular un cráneo, será igualmente imposible reconstituir a Rusia.

Y no es el único mal que han causado. La Gran Rusia, que es el verdadero pueblo ruso, se reorganizará algún día transformándose. Se calcula su número en cien millones aproximadamente.

Pero su territorio, muy rico en productos naturales, está enclavado. Ahora bien; cuando ese pueblo reorganizado se vea tributario de todos los Estados vecinos, ¿no sentirá renacer las ideas de Iván el Terrible y de Pedro el Grande, de ''abrir una ventana sobre Europa'', sobre el Mediterráneo o sobre el Asia? ¿No será esa la causa de la futura guerra?

El socialismo puede ser el que resuelva el problema y el que evite esa guerra, si no es el socialismo mismo quien la provoca, yendo por otra vía y a otro destino.

Se ha repetido mucho que esta guerra era la bancarrota del socialismo. Parece lo contrario. El socialismo ha suspendido la lucha por instinto, pues ha comprendido que el triunfo del germanismo equivaldría al aniquilamiento de todas las libertades, a la esclavitud de la humanidad, realizada por una oligarquía militar a la que se verían sometidos todos los pueblos, oligarquía que no reconocería más derecho que el de la fuerza.

Pero no ha renunciado a sus ideas y a sus planes. Trabaja sin restricción y lucha heroicamente en los campos de batalla; pero salva sus derechos o pretensiones—que van haciéndose ilimitados—, discute con soberanos, jefes de Estado y ministros; pide, exige explicaciones y amenaza desembozadamente.

¿Está en bancarrota una agrupación que tiene en sus manos la producción y las armas? Sin embargo, no es ese el socialismo que gobierna a Rusia. Los rusos no son capaces de comprender el socialismo ni ninguna doctrina; su ignorancia típica se lo impide.

Los que la gobiernan invocan el socialismo, porque necesitan un escudo y un pretexto para tener el apoyo del populacho. El día del agotamiento de los recursos, y que sea necesario encauzar al pueblo, el prestigio de los aventureros que la manejan morirá.

Pero Alemania ha conseguido su objeto; destruyó un enemigo poderoso, quedó libre para dirigir todos sus recursos contra sus enemigos del Oeste y se hizo señora del Báltico.

Conclusión

Con la exposición muy sucinta, pero completa, que precede, el lector comprenderá el cambio radical que se ha operado en Rusia y podrá explicarse los acontecimientos futuros que sean su consecuencia.

La caída de un imperio que contaba siglos de existencia, con una población de doscientos millones de habitantes, aproximadamente, y el dislocamiento del Estado en tres días, estando el emperador al frente de unos tres millones de soldados, es un suceso único en la historia de la humanidad.

Mirarlo con indiferencia parece que sería un error funesto contra el cual hay que prevenirse, y el pueblo debe conocerlo tanto como los gobernantes.

La prensa europea se sigue ocupando mucho de la situación rusa desde la caída del zarismo, prestando gran atención a la acción de la Okrana o policía política rusa, a la influencia de Raspoutine y a otros detalles análogos. Sin embargo, no es posible explicarse los fenómenos que se observan, por ese y otros personajes semejantes, ni por tal institución o tal otra, que no son más que productos y efectos especiales de causas generales, y no se alcanzarán tampoco las consecuencias posteriores.

De un día para otro, el imperio se desploma, ese imperio que según Nicolás I no necesitaba parlamento, justicia y mi-

nistros responsables—porque estaba perfectamente gobernado por los treinta mil funcionarios que lo regían—, el mismo imperio en que Raspoutine fué árbitro de su política externa e interna.

Para acertar con la solución de la caída enigmática de un emperador que es destronado en medio de un ejército inmenso, que hasta el momento de conocerse la revolución de Petrogrado lo obedecía ciegamente, llamándolo todavía el *padrecito,* como en los tiempos de la liberación de los tártaros se designó a los Romanof; para descifrar ese enigma es preciso conocer la psicología del pueblo ruso formada por la iglesia ortodoxa griega y secundada por el respeto impuesto por los Romanof salvadores del pueblo ruso y de su religión.

Todos los escritores que se han ocupado de Rusia, desde Krijanitch hasta Rivet, constatan que el abuso del alcohol ha sido una plaga de ese país, y lo han corroborado los revolucionarios apoderándose de los depósitos de alcohol de Petrogrado y embriagándose. Este vicio era sostenido por el zarismo, dando el monopolio del alcohol a sus favoritos, los cuales fomentaban la embriaguez para hacer más productivo su monopolio.

El anonadamiento que le inculcó su religión, la sumisión que le imponían sus soberanos y la degeneración que le producía el alcoholismo, habían suprimido, absolutamente, el espíritu de iniciativa en el pueblo, dispuesto siempre, por esas causas, a seguir al primero que lo mandaba con energía.

Por su degeneración estaba preparado para dejarse dominar por los farsantes audaces. De este modo, Raspoutine llegó a dominar en Rusia tanto como Nicolás II.

El verdadero nombre del célebre personaje era Gregorio Efimovitch; Raspoutine es un apodo que significa *disoluto.* Originario de una aldea siberiana poblada por forzados y criminales de todas clases, Raspoutine había sufrido condenas y azotes por delitos cometidos. Su cinismo se revelaba de esta manera, entre otras: *Raspoutine* (disoluto) *soy,* decía, *y Raspoutine continuaré siendo.*

Su audacia no tenía límites y consiguió penetrar en la Corte, a pesar de su indigna conducta, de su ignorancia, de sus maneras groseras y de su desaseo, pues jamás usaba cubiertos,

comiendo con los dedos. En el palacio se seguía su capricho; los miembros de la familia imperial se vieron alejados por él; hacía nombrar ministros y destituirlos, sobreseer causas criminales, y llegó hasta hacer canonizar a un antiguo compañero de fechorías.

En el reinado de Alejandro III vivió en Rusia un monje célebre, Juan de Cronstadt, que creó la secta de los Joanitas, violadores de doncellas jóvenes.

Raspoutine lo superó. Se atribuía el poder, la gracia divina de redimir los pecados, y para las mujeres tenía esa doctrina particular. "La contrición, decía, es el medio más seguro de obtener la salvación; pero para que haya contrición es necesario que exista el pecado." Aconsejaba a las mujeres que pecasen sobre su honra, diciéndoles: peca conmigo, que poseo la gracia divina para redimirte, y te salvarás. Las pecadoras acudían en gran número a buscar su redención.

Ese tipo monstruoso de depravación no podía ser el causante de ningún trastorno social: la justicia o un hombre de honor cualquiera habrían concluído con el apóstol de la corrupción y con su doctrina. Él era un producto de la sociedad.

Una sociedad manejada por una clase que sólo aspiraba a la satisfacción de los goces de la vida material exclusivamente, sin hábitos de trabajo ni aspiraciones nobles, con el único deseo de alcanzar honores y grandes fortunas, crea esos tipos y fomenta esas teorías, porque ellas les permiten realizar sus ambiciones con una complacencia o con un disimulo.

Caído el imperio, el pueblo siguió luchando mientras se le ordenó que lo hiciera; pero cuando se le dijo que podía elegir sus directores y vió que no había temor de represión, entonces abandonó las armas, abrazó a sus enemigos de la víspera y les permitió que se posesionaran de su país, ocupándose él de apoderarse de los depósitos de víveres y de alcohol.

Fuera del ejército, los obreros abandonaron el trabajo y dispusieron de las fábricas, bancos, casas de comercio y aun particulares, sin pensar en otra cosa que en vivir de lo ajeno. Era la orgía popular que seguía a la orgía de la burocracia.

En su inconsciencia de once siglos de esclavitud, el pueblo ruso no entendía nada de lo que constituye la vida de un Esta-

do, ni sabe distinguir un hombre honrado de un pillo, porque no tiene ni una idea remota de los regímenes políticos. En la misma ignorancia han vivido hasta hoy respecto al estado de los otros pueblos y de la participación consciente que han tenido en la civilización actual.

Se asegura que la República Rusa es una república socialista. Este es uno de los espejismos que hay que hacer desaparecer. El pueblo ruso siguió a Lenine porque éste le ordenó que no luchase más, ni obedeciese a nadie, autorizándolo, al mismo tiempo, para que dispusiera de todo lo existente en Rusia, pues el pueblo es el verdadero señor y dueño de toda Rusia.

Inculta e incapaz de establecer una diferencia entre el patrimonio nacional y el particular, entre lo usurpado y lo ganado legítimamente, la masa rusa entró a saco, sin preocuparse, ni saber hacerlo, de si sus directores eran demócratas, socialistas, comunistas o anarquistas, o si eran unos ambiciosos comunes que aprovechaban su ignorancia y la confusión dominante para ver colmadas sus esperanzas.

Los más eminentes representantes del socialismo de los Estados de la Europa occidental se mostraron admirados de la transformación de Rusia y de su conversión al socialismo. Celebraron conferencias con los dirigentes de Petrogrado, pronunciaron discursos en los Soviets para explicar sus ideas y llegar a un acuerdo general, y concluyeron por convenir en concurrir a una Conferencia internacional socialista que se reuniría en la capital de Suecia por indicación, por exigencia casi de los rusos.

Le Temps de París, del 1º de abril, hace un extracto de un artículo de la publicación inglesa *Fortnightly Review,* en el cual se demuestra que Lenine era un protegido de la Okrana o policía secreta rusa, la cual le ayudó a elegir para la Duma a dos amigos suyos, Malinovsky y Briandinsky, ambos espías de la policía. Malinovsky, espía e íntimo amigo de Lenine, fué el *leader* de los maximalistas en la Duma; y los discursos que pronunciaba en ella, así como los artículos que publicaba en el diario ruso *Pravda,* eran corregidos por Lenine, por Zinovief, o por Makarof, ministro del Interior.

Los hechos enunciados se comprobaron por las denuncias hechas en la Duma, por los documentos encontrados en el ministerio del Interior y por las investigaciones hechas por el nuevo Gobierno de Rusia.

Sorprende que los directores socialistas europeos aplaudieran la actitud del maximalismo, consintieran en tratar con ellos y que, hasta cierto punto, se colocaran bajo su dirección.

La ignorancia de lo sucedido podía justificar su conducta. También pudo suceder que los eminentes representantes creyeran que había llegado el momento del triunfo del socialismo en la humanidad y que ésta debía acelerar su modificación, considerando la calidad de ciertos personajes como accidentes que podían despreciarse ante la magnitud de la obra.

Sean cuales fueren las razones que se hayan tenido presentes, lo que interesa notar es que en Rusia no se ha impuesto el socialismo por ser una convicción del pueblo—puesto que carecía de una convicción cualquiera—, ni tampoco como un ideal de su jefe, desde que se ha probado que éste era un protegido del zarismo.

Lo que puede asegurarse es que el pueblo ruso ha sido víctima de su religión, de su régimen de gobierno, de la clase dirigente, de la política alemana y de sus falsos libertadores, que lo han vuelto a entregar a Alemania.

Queda la esperanza de que el pueblo ruso se reforme y llegue a constituir un Estado poderoso y útil a la humanidad, pues cuenta con elementos materiales y está formado por una raza vigorosa y de una inteligencia viva y potente.

JUAN GADEA.

Londres, mayo de 1918.

Este valioso e interesantísimo trabajo, que llegó a nuestras manos con notable retraso, ve la luz en instantes oportunos y cuando la paz alborea ya de nuevo sobre el mundo conmovido. En él hay enseñanzas y ejemplos dignos de tenerse en cuenta. Su autor, a quien agradece CUBA CONTEMPORÁNEA muy cordialmente la cortesía de haberle enviado tan brillante colaboración, es el Dr. Juan Gadea, primer Secretario de la Legación del Uruguay en Londres, y jurisconsulto distinguido, que ha hecho notar su pluma en periódicos tan combativos de la capital de su país

como *La Razón* y *El Heraldo*. El ilustre fundador de la *Revista de América*, Francisco García Calderón, lo presentó a los lectores de ella como jefe de importantes diarios montevideanos, y afirmó que "austero, independiente, extraño a las camarillas palaciegas, predicaba, desde elegante cátedra, moderación, cultura, idealismo, a la audaz democracia oriental". Sin duda estas nobles prédicas fueron la base del aprecio que le tuvo siempre su eminente compatriota José Enrique Rodó, de quien fué gran amigo y admirador.

LA CONTRIBUCIÓN EN CUBA

> ...fuera de la indigencia absoluta, todo el mundo debe ser sujeto a la honrosa obligación de contribuir a los gastos públicos.
>
> LEROY-BEAULIEU.

Por primera vez—decía el Presidente de la República, don Tomás Estrada Palma, en el mensaje presentado al Congreso con el primer proyecto de presupuesto—hacemos uso los cubanos del más importante de los derechos que puede disfrutar un pueblo: el de regular libremente sus ingresos y sus gastos, y ello tiene que ser para todos motivo de verdadera complacencia, por cuanto fué una de nuestras más ardientes aspiraciones que hoy, después de cruentos sacrificios, vemos realizada. El Gobierno se congratula de contribuir por su parte a que se normalice la vida económica del Estado, proponiendo al Poder Legislativo las asignaciones para el sostenimiento de los servicios públicos y los ingresos que se estiman necesarios para cubrirlos.

He ahí, en esas palabras memorables, la hermosa afirmación de que la facultad de imponer tributos es símbolo de soberanía.

Como consecuencia de este derecho, consagrado en las constituciones de todos los pueblos, viene la obligación, el deber de cada ciudadano de aportar su parte correspondiente en esos ingresos destinados al sostenimiento de los públicos servicios. Deber que encontramos estatuído en nuestra Carta Fundamental de esta manera: *Todo cubano está obligado a contribuir para los gastos públicos en la forma y proporción que dispongan las leyes,* y que se hace extensivo a los extranjeros.

Pero esta obligación no es nueva, por cierto, entre nosotros. Fué trasmitida a América al tiempo de la colonización. Así podemos comprobarlo acudiendo a las célebres Leyes de Indias, recopiladas por la voluntad del rey Carlos II.

En el título 15, libro IV de aquellas leyes, se trata de "Las Sisas, Derramas y Contribuciones".

El establecimiento de toda contribución no podía hacerse, en aquellos tiempos, sin el Real conocimiento, excepto—así lo vemos en las referidas Leyes—en los casos de "Repartimientos" que no pasaren de doscientos pesos en oro, los cuales podían ser consentidos por las Audiencias, y los que no excedieren de quince mil maravedíes, que eran permitidos por la justicia ordinaria. De los "Repartimientos" y "Derramas" estaban relevados los indios.

Antes de entrar de lleno en nuestro trabajo, creemos oportuno dejar sentado el concepto de *Contribución,* señalando seguidamente algunas definiciones de tratadistas conocidos.

Contribución o Impuesto son en el fondo una misma cosa, y responden siempre a idéntico fin: el sostenimiento de alguna carga pública. En otros términos: es un recurso económico para la realización de un fin del Estado, la provincia o el municipio.

Esto no obstante, en la práctica ha sido lo corriente usar el primer vocablo para expresar este concepto, y se entiende por impuestos los recursos eventuales para fines del momento, o del pago de Empréstitos; tal como sucede ahora al hablarse de la ley de 31 de julio.

Para Duprat, el Impuesto es

aquella cuota, parte de las prestaciones personales y de contribuciones de todas clases, que todo ciudadano debe dar a la comunidad, en cambio de los servicios que recibe.

Flora lo define:

la cuota, parte del coste de producción de los servicios públicos indivisibles, coactivamente exigida por el Estado sobre la riqueza de todos sus miembros.

Este autor hace perfecta distinción entre el Impuesto y la Tasa.

Geffcken dice:

es aquella parte de los ingresos de los particulares que el Estado toma coactivamente para aplicarla a los fines públicos.

Laveleye:

el descuento impuesto a la renta de los contribuyentes,

y agrega que

a este precio compran los ciudadanos las ventajas del orden social.

Leroy-Beaulieu:

la contribución exigida a cada ciudadano por su parte en los gastos del Gobierno.

El Impuesto—dijo Mirabeau a la Constituyente—es una deuda común de los ciudadanos, una especie de indemnización y el precio de las ventajas que la sociedad les procura.

Montesquieu, refiriéndose a este punto en *El Espíritu de las Leyes,* expresa que

las rentas del Estado son una porción de sus bienes que cada ciudadano da para tener la seguridad de lo que le resta o gozar de ello de una manera más agradable.

Proudhon:

Aquella cuota parte que todo ciudadano debe pagar por el gasto de los servicios públicos.

Posada, de acuerdo con Geffcken, llama impuesto a

ciertas prestaciones económicas, calculadas según un criterio general, exigidas por el Estado para realizar sus fines, y constituyendo su cumplimiento un deber civil de todos los ciudadanos.

Por último, ha dicho Thiers que el impuesto viene a ser

la ejecución de un contrato sinalagmático o premio de un seguro, con el cual el contribuyente paga la protección concedida por el Estado a la fortuna que el particular posee.

Sucintamente expuestas las anteriores definiciones, agregaremos como último detalle, para seguir adelante, la definición que de *Contribución* nos ofrece el *Diccionario de la Administración Española,* por Martínez Alcubilla:

Se da el nombre de *Contribución*—dice—a las cuotas o cantidades que se imponen directa o indirectamente sobre la propiedad o sus productos, sobre la industria y el comercio, sobre los sueldos o rentas, sobre el con-

sumo, etc., con objeto de subvenir a las cargas o gastos públicos, sean del Estado, la provincia o el municipio.

Tiene para nosotros esta definición, para nuestro estudio sobre la *Contribución en Cuba,* la importancia práctica de que está basada en la legislación positiva española, que fué la nuestra hasta hace menos de dos décadas y bajo cuya influencia está aún la que hoy nos rige.

EL SISTEMA TRIBUTARIO DURANTE LA ÉPOCA COLONIAL

Confuso y complicado sería el estudio detallado y sistematizado de la tributación a través de toda la dominación española en Cuba. Ardua labor que nuestra reducida esfera de conocimientos y la escasez de fuentes nos harían casi inabordable, y a la que, por tanto, renunciamos de antemano. Más modestos en nuestra pretensión, nos limitaremos a una breve reseña de las distintas fuentes de ingresos imponibles, creadas, ya por necesidades reales y verdaderas, ya por otras causas de menos justificación.

Buscando en las ya mencionadas Leyes de Indias, hemos encontrado, en su título 5 del libro VI, el establecimiento de los ''Tributos y tasas de los indios'', que data del año de 1523. La razón de ser de esos Tributos y Tasas la encontramos en la Ley I (1523, 73 y 1680) de aquel título, donde se dice que ''por ser cosa justa y razonable'' que los indios pacificados y reducidos á obediencia y vasallaje sirvieran y dieran tributo al Rey, se mandaba que se les persuadiera de que por esta razón acudieran ''con algún tributo en moderada cantidad de los frutos de la tierra''.

Mas, para la mejor realización de nuestro empeño, hemos de venir unos años más adelante; haciendo, al propio tiempo, una ligera relación histórica, tan breve cuanto sea posible, de los principales arbitrios.

Fué en febrero de 1765 cuando quedó establecida en La Habana la Administración General o Real Aduana, reglamentada y regida por diferentes disposiciones. Clasificadas las rentas del Estado en ''Marítimas'' y ''Terrestres'', estaban ambas reunidas bajo una misma Administración. Y en esta forma se man-

tuvieron por espacio de treinta años; hasta que, por disposición superior, se declararon separadas en 1º de enero de 1802. Pero ambas Administraciones no quedaron definitivamente organizadas, en completa independencia, hasta el año de 1829.

En los derechos de Aduana de los primeros tiempos se pueden distinguir dos formas: la Alcabala y el Almojarifazgo. De las Alcabalas había dos clases: la de ''Registro de Entrada'' y la de ''Internación''. Esta última era la que se cobraba en los puertos de Indias para el tráfico interior; y fué suprimida en 1823.

El ''Almojarifazgo'', que pasó a España con los moros, era el derecho que pagaban los géneros, frutos y efectos introducidos o exportados. Era el verdadero derecho de Aduana.

Los anteriores y otros numerosos impuestos antiguos, al fin de constantes evoluciones y refundiciones, fueron a caer dentro del más moderno sistema de Aranceles, bajo la denominación de ''Importación'' y ''Exportación''.

El primitivo sistema se hacía impracticable; y, para la mayor facilidad del comercio exterior, fué preciso acudir a la formación de Aranceles. En 1809 se hizo la primera gestión en este sentido: se nombró una comisión que los redactara; y en 1819 se llevó a cabo el primer ensayo. Cinco años más tarde, en 1824, quedaban ya formalizados.

Desde entonces, como es natural, estuvieron siempre sujetos esos Aranceles a rectificaciones precisas y, por así decirlo, justas, aconsejadas por la experiencia y por la buena armonía de los diferentes intereses del Estado, de la Agricultura, el Comercio, etc.

Así las cosas, quedaban siendo las rentas marítimas los derechos que, en las Aduanas de la Isla, pagaban los frutos y efectos por su entrada o salida. Derechos que esencialmente se reducían a tres: de ''Importación'', de ''Exportación'' y de ''Puerto y Navegación''.

Los conceptos por los cuales recaudaban las Aduanas sus rentas eran:

(a) ''Importación directa, Importación procedente del depósito, y Exportación''. Ingresos de la mayor importancia, que, tras las consiguientes vicisitudes, vinieron a quedar fijados en

el Arancel que empezó a regir en esta Isla en enero de 1847, con algunas modificaciones posteriores.

(b) ''Almacenaje''. Derecho del 4% sobre el valor principal de los efectos manifestados a examen o sin facturas, o por no haber sido declarados dentro del plazo de las cuarenta y ocho horas señaladas en las Instrucciones de Aduanas.

(c) ''Abanderamiento de buques extranjeros.''

(d) ''Balanza''. Uno por ciento deducido del producto de los derechos exigidos a la importación o exportación de todos los frutos, géneros y efectos, excepto los no señalados con derecho fijo en el Arancel.

(e) ''Avería''. Derecho de 1% sobre todos los géneros, frutos y especies de Importación o Exportación que no tuvieren señalado derecho fijo en el Arancel.

(f) ''Aumento a la Exportación''. Sobre el azúcar en medio peso a cada caja, y el tabaco en dos reales fuertes a cada quintal en rama o millar torcido, sobre lo ya fijado en el Arancel.

(g) ''Aumento a la Importación''. Consistente en el uno y medio por ciento sobre los derechos fijados en el Arancel a la Importación extranjera, y el uno por ciento a la nacional, con excepción de la sal.

(h) ''Faros y Fanales''. Concepto por el cual se cobraba un cuartillo de real por tonelada a los buques nacionales y medio real a los extranjeros, siempre que no entraran en lastre o por arribada forzosa, o fuesen de cabotaje, o trajeren carbón mineral en determinadas condiciones.

(i) ''Interpretación''. Por este concepto se pagaban $4 por manifiesto que se tradujera, y $2 o 3 por factura, según fuera procedente de los Estados Unidos o de Europa.

(j) ''Toneladas''. Derecho de 12 reales por tonelada a los buques extranjeros y 5 a los españoles.

(k) ''Sanidad''. Estaba comprendido por los derechos de ''Visita de Entrada'', de ''Visita de Cuarentena'', de ''Expurgo'' y ''Patentes''. Se cobraba a los buques de travesía.

(l) ''Registro''. Cobrábase por este concepto: $5 y medio a cada buque cargado que entraba en los puertos de la Isla; otro tanto a su salida; igual cantidad por cada día de descarga, y

cuatro reales por cada hoja de extracto. Por exportación se pagaba $8, a más del papel de Ilustres que se invertía en el registro; lo que venía a representar para cada salida la suma de $13. Los de lastre pagaban $2.60. Los cargados con carbón de piedra y los de arribada forzosa estaban exentos de pago.

(m) "Habilitación de bandera". Derecho del 6% sobre los frutos, géneros y efectos que se cargaban en los puertos no habilitados y se exportaban al extranjero o la Península. Lo pagaban también los buques extranjeros al descargar en esos puertos no habilitados.

(n) "Atraque a los muelles de La Habana, Cienfuegos, Cuba, Gibara, Guantánamo, Nuevitas y Trinidad."

(o) "Pontón". Derechos que se cobraban en el puerto de La Habana a razón de un real y cuartillo, primero, y más tarde un real y tres cuartillos por tonelada a buques de más de 50 de travesía. Los costeros pagaban de cuatro reales a diez fuertes, según su tonelaje. En Matanzas se cobraba un real y tres cuartillos por tonelada a todo buque, nacional o extranjero, sujeto a arqueo.

(p) "Depósito mercantil en La Habana y Cuba".

(q) "Depósito de Pólvora". Dos por ciento sobre el avalúo de $18 el quintal.

(r) "Salinas". El impuesto de este nombre quedó fijado el año 1835 en 20 reales por fanega de 8 @.

(s) "Arbitrios municipales". Cobrábase sobre la Importación, la Exportación, etc., con destino a alguna obra pública para los respectivos municipios, en Remedios, Sagua la Grande, Santiago de Cuba, Guantánamo y Matanzas. En Nuevitas se cobraba para el sostenimiento del presidio correccional de Puerto Príncipe.

(t) "Reducción de Pesetas". Aumento del medio por ciento a los derechos de Importación, por razón de la indemnización a los poseedores de pesetas recogidas en 1841 con motivo de un ruidoso agio. En 1850 se aumentó al 1%.

(u) "Recargo al Tránsito". Derecho del uno y medio por ciento, a más del de Importación, sobre los géneros y efectos manifestados de tránsito, cuando los interesados, pasados los

cuatro días señalados en la "Instrucción de Aduana", solicitaban introducirlos al consumo.

Tales eran los principales arbitrios que las Aduanas de aquella época colonial recaudaban; tales los conceptos por los cuales contribuían los particulares al Estado en la forma de "Rentas Marítimas".

Réstanos ahora examinar en igual forma, de análoga manera, lo que, dentro de la clasificación administrativa ya señalada, se comprende con el nombre de "Rentas Terrestres", y los conceptos por los cuales se satisfacía la contribución.

Bajo el nombre de "Rentas Terrestres" se comprendían todos los recursos económicos de que disponía el Gobierno, fuera de los que ya hemos enumerado como "Rentas Marítimas". Entraban, por consiguiente, no sólo las contribuciones, sino también todas las demás fuentes de ingresos. Nosotros haremos referencia solamente a aquellas "Rentas" provenientes de la tributación, las de origen contributivo.

Confesamos que el rápido examen que vamos a emprender sobre los distintos ramos de tributación carece de toda amenidad; pero, dada la índole de nuestro trabajo, lo consideramos de capital importancia y no lo desdeñamos.

Ramos de Contribución

I.—"Alcabalas y Alcabalillas". Es uno de los derechos más antiguos establecidos en Cuba. Fué introducido en España por los moros en 711. Estaba establecido sobre el precio o valor en los contratos de venta. Era el 6% que se cobraba en toda traslación de dominio de fincas rústicas y urbanas y esclavos, imposiciones e hipotecas que devengaren réditos, arrendamiento de fincas por más de diez años, ventas de ganado consignadas en escritura pública, enajenación de embarcaciones a extranjeros, y demás casos enumerados en el reglamento alcabalario de 1849.

Lo pagaban también las especies vendidas en remate, excepto los efectos comerciales que lo fueren en las vendutas de la Real Hacienda y en las públicas. Este derecho lo pagaba el vendedor; mas, cuando por estipulación lo pagaba el comprador (lo que representaba aumento en la cosa vendida) se au-

mentaba el 6% del importe de la Alcabala. Este aumento era lo que se conocía con el nombre de "Alcabalilla". Él derecho de Alcabala se conoció en Cuba en 1758.

II.—"Renta de Diezmos". Pertenecían a la Corona, por razón del patronato Real, los diezmos según el pormenor de la Ley XLI, título 7, libro 1º de la Recopilación y leyes del título 16, libro 1º de la misma, dictadas en 1501, 1523, y otras. Se pagaba este diezmo entregando "de cada diez uno, sea en montón, medida, pieza o porción, bien fueren frutos, yerbas o animales." Del azúcar clarificado se pagaba por diezmo el 5%, y de las demás especies el 4. La ley XXIII, título 16, libro primero, señalaba la repartición de estos diezmos.

III.—"Zanja Real". El arbitrio de "Sisa de Zanja" fué aprobado por Real Cédula de 1562, y, tras sucesivas variaciones, vino a consistir en el pago de 3 reales por cabeza de ganado mayor del consumo de La Habana y sus inmediaciones, y un real por cerdos, y cuatro reales por cada cajón de velas procedente de Veracruz. En 1832 se refundió este derecho, con el de Sisa de Piragua y otros, en el de "Consumo de Ganado".

IV.—"Estanco de Gallos". Fué creado en virtud de Real Cédula de 12 de febrero de 1739. Se exigían dos reales fuertes por cada pelea de pico y tres por la de cuchilla. Este ramo lo administraba la Real Hacienda o se remataba en pública subasta.

V.—"Derecho único y fijo de Almacenes y Tiendas". Conocido en su origen con el nombre de "Composición de Pulpería", fué establecido en la América española por la ley XII, título 8, libro 4º de la Recopilación, señalando la cuota de 30 a 40 pesos anuales a los establecimientos que existieran fuera del número de los de ordenanza. Éstos eran, según la Real Orden de 30 de agosto de 1776, seis en La Habana, dos o tres en Cuba y uno para las demás ciudades o villas. En 1803 se señalaron las cuotas, variables entre 40 y 10 pesos, según la importancia del lugar. En mayo de 1848 quedaron refundidos esos derechos en el denominado "Único y fijo de Almacenes y Tiendas"; y por acuerdo de la Junta Superior Directiva de Hacienda se fijó en 30 pesos anuales en La Habana y 25 en extramuros, haciéndose la reducción de la sexta parte en los demás pueblos de la Isla.

En 30 de octubre de 1848 la Administración General de Rentas Terrestres formó la "instrucción" consignando las formalidades y disposiciones que siguieron rigiendo.

VI.—"Amortización". Con el preciso fin de extinguir los Vales Reales emitidos con motivo de las frecuentes guerras sostenidas por España durante el siglo XVIII, se expidieron dos Reales Decretos, en 1795, imponiendo un 15% a los bienes que se vinculasen y a los que pasaren a manos muertas; disponiéndose que se hicieran extensivas a Ultramar por Reales Cédulas de septiembre y noviembre de 1796. Por Real Decreto de 13 de octubre de 1815 se aumentó este derecho al 25%.

VII.—"Gracias al sacar". Este derecho estaba sujeto al Arancel establecido en la Real Cédula de 3 de agosto de 1801.

VIII.—"Montepío Militar.". Fundado en época de Carlos III para atender a las viudas y a los huérfanos de militares; consistía en el descuento de ocho maravedíes por peso a todos los oficiales, desde subtenientes, para fondo de Montepío, y otro tanto para inválidos. Los Capellanes, sargentos, cabos y soldados pagaban sólo este último descuento. Además pagaban una mesada del primer sueldo y las diferencias en los ascensos. Fué suprimido en 1º de marzo de 1857.

IX.—"Montepío de Oficinas". Descuento de 12 maravedíes por peso a todas las clases comprendidas en su reglamento, y seis mesadas de incorporación. Fué suprimido en 8 de agosto de 1845.

X.—"Manda pía forzosa". Por Decreto de las Cortes, de 3 de mayo de 1811, se estableció este arbitrio con el fin de aliviar a los desgraciados en la guerra de independencia española y a sus familiares. Consistía en $3 que pagaban los herederos por testamento o abintestato que recibían algunos bienes, y los sucesores de Mayorazgos y Vínculos.

XI.—"Vestuario de Milicias". Así se llamaba el arbitrio de un real por cabeza de ganado que se consumiera en Trinidad, Sancti-Spíritus, Sagua la Grande y Villaclara, aplicado al armamento y vestuario de las milicias blancas de las cuatro villas. Fué suprimido en 1825; pero continuó cobrándose.

XII.—"Medias anatas Eclesiásticas". Todas las pensiones y beneficios cuyas rentas llegaban a 300 ducados, pagaban este

impuesto. Consistía en el descuento de una mensualidad hasta los 600 ducados, y dos mensualidades de 600 en adelante. Aunque suprimido en 1852, siguió cobrándose lo que se adeudaba.

XIII.—"Medias anatas Seculares". Impuesto de la mitad del sueldo del primer año, con más la diferencia del sueldo anterior en caso de ascenso, a los empleados. Se agregaba además el 18% de las cantidades descontadas, por el quebranto que pudieran sufrir en su conducción a la Península. Los empleados sujetos a este impuesto lo satisfacían en cuatro años. Cesó para todos los empleados civiles, por Real Orden circular de 8 de agosto de 1845; pero quedó subsistente para las concesiones de honores y de empleos de las carreras civiles.

XIV.—"Títulos de Corredores por servicios de estas plazas". Por acuerdo de la Junta Superior Directiva de Hacienda, de 13 de diciembre de 1832, se cobraba $1,000 fuertes en La Habana y $500 en Matanzas, Trinidad, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, pagaderos por mitad al recibir el título y al cumplir el primer año, a los corredores de número que se nombrase.

XV.—"Pertenencia de Minas". Consistía este derecho, según lo fijado en el Real Decreto e Instrucción de 4 de julio de 1825, hecho extensivo a esta Isla por Real Orden de 3 de enero de 1830, en el pago de 1,000 reales de vellón por cada pertenencia de mina.

XVI.—"Impuesto sobre costas procesales para la población blanca". Era la exacción del 4% sobre las tales costas procesales. Fué establecido por la Junta de Población para cubrir el vacío, por así decirlo, que ocasionó la extinción del comercio negrero, y, por tanto, del impuesto de $6 que pagaba cada negro que se introducía. Comenzó en 1832.

XVII.—"Impuesto sobre Propios y Arbitrios". Consistía en el 4 o el 2%, según la población, exigido del producto los "Propios" y "Arbitrios" establecidos en esta Isla. Fué suprimido en 12 de diciembre de 1853.

XVIII.—"Impuesto sobre Lanzas de Títulos de Castilla". Establecido sobre las sucesiones de esos títulos, fué sustituído en 1846 por el de "Especial sobre Grandezas y Títulos", gravando la sucesión y creación de toda Grandeza y Título español o extranjero; quedando regido y regulado por Real Decreto de 28

de diciembre de 1846 y por la Real Orden e Instrucción de 14 de febrero de 1847.

XIX.—''Privilegios''. Tanto por ciento que satisfacían aquellos a quienes se concedía algún privilegio de invención o introducción, con arreglo a lo dispuesto en la Real Cédula de 30 de julio de 1833.

XX.—''Consumo de Ganado''. Impuesto de $3 y medio por cabeza de ganado vacuno, dos reales y medio por arroba de cerdos vivos y tres reales por carnero o chivo. En él se refundieron los conocidos con los nombres de ''Sisa de Zanja'', ''Sisa de Piragua'', y ''Alcabala, Consumo y Tráfico de Ganado''.

XXI.—''Derechos de hipotecas''. Medio por ciento que se exigía del precio de las cosas inmuebles al venderse o permutarse. Comenzó a regir en abril de 1830.

XXII.—''Policía''. Derechos por documentos. Se satisfacían por la expedición de los documentos de policía (pasaportes, boletas de desembarco, licencias anuales de tránsito, pases para viajar, pases de animales, boletas de domicilio, licencias para venta ambulante, establecimientos, y para establecer líneas de carruajes, espectáculos y demás autorizaciones propias de la policía) sujetándose a una tarifa prefijada.

XXIII.—''Portazgo''. Se cobraba para La Habana en los lugares y la cuantía fijados en su Arancel.

XXIV.—''Fondo de Emancipados''. Cantidad que debía satisfacer cada consignatario de emancipados por cada uno de éstos. Estaba regulado por la Ordenanza aprobada por Real Orden de 6 de agosto de 1855.

XXV.—''Acueducto de Fernando VII''. En La Habana. Cada vecino pagaba 20, 35 ó 40 pesos, según las líneas de las plumas. En 1885 pasó a ser administrado por el Excmo. Ayuntamiento.

XXVI.—''Matrículas de Escuelas especiales''. Por este concepto pagaba cada alumno $17 por matrícula en cada curso.

XXVII.—''Real Universidad''. Estaba regida por el Reglamento de 1842, donde se fijaban los derechos por facultades.

XXVIII.—''Vendutas y Almonedas públicas''. Concepto por el cual se pagaba el 5% por todo género, efecto, provisión, caldos y frutos del país, etc., etc., que se remataran en dichas

Vendutas o Almonedas. Cuando el remate era de fincas, buques, esclavos o animales, el derecho era del 2 y medio por ciento.

XXIX.—"Giro de Caudales". Tanto por ciento utilizado por el Estado en los giros hechos en la Tesorería General con casas de comercio, para trasladar fondos de otras depositarias, o remitirlos a ellas.

XXX.—"Telégrafos electro-magnéticos". Este ramo estaba regido por el Reglamento de 2 de marzo de 1857, donde se contiene la tarifa.

XXXI.—"Timbres". Bajo este título se comprenden:

(a) "Bulas". Producto de la expedición de estos documentos.

(b) "Cédulas para esclavos". Creado por el Real Decreto de 22 de marzo de 1854 el derecho de "Capitación" a los esclavos, se establecieron las "Cédulas de seguridad" que debían llevar consigo los esclavos, o sus conductores, y por la expedición de las cuales se pagaba un real fuerte para las urbanas y un peso fuerte para las rurales.

(c) "Cédulas para colonos". Creado el Registro de colonos por el Decreto arriba mencionado, de 22 de marzo de 1854, se dispuso la expedición de "Cédulas", por las que se cobraban dos reales fuertes.

(d) "Cédulas de emancipados". Derecho de medio peso que se pagaba por las "Cédulas" que se expidieren, conforme a la disposición del Gobierno y Capitanía General, de 28 de diciembre de 1854, y acorde con el último tratado de abolición del comercio negrero.

(e) "Cédulas para libres de color". Concepto por el que se cobraba, para la expedición de dichas cédulas, medio real por las de los menores de 7 años, un real hasta 15 años, 4 hasta 60, y medio real de 61 en adelante. Fué establecido este impuesto en 1857.

(f) "Documentos de Giro". Impuesto gradual sobre dichos documentos en letras de cambio, libranzas a la orden, pagarés y cartas órdenes de crédito por cantidad fijada. Fué establecido en España por ley de 26 de mayo de 1835, hecha extensiva a Cuba en 1837.

(g) "Papel sellado". Fué establecido por ley de 28 de di-

ciembre de 1638, y, tras dificultades y dudas sobre su uso, quedó regulado por la Real Cédula de 12 de febrero de 1830, que estableció seis clases de sellos: de Ilustres, de Primero, de Segundo, de Tercero, Cuarto de oficio y de pobres, determinando su uso y aplicación y fijando el derecho de 64 reales para el pliego de Ilustres, 48 para el de Primero, 12 el de Segundo, 4 el de Tercero y medio real para el Cuarto de Oficio y el de Pobres.

(h) ''Papel de Multas''. Creado por Reales Decretos de 26 de octubre y 5 de noviembre de 1851 para el pago de multas o condenaciones pecuniarias. Empezó a regir en esta Isla el 1º de enero de 1852.

(i) ''Sellos de Correo''. Sujeto este derecho a la Tarifa de 13 de septiembre de 1858. Primeramente se pagaba, para la Península, el porte de tarifa de 2 reales fuertes por carta sencilla y en proporción las dobles. Reformado poco a poco el sistema, vino a pagarse el franqueo en sellos; hasta que vino a hacerse obligatorio previamente en la ya mencionada tarifa.

(j) ''Derechos o Sellos Judiciales''. Creados por disposición del Gobierno de esta Isla en 12 de enero de 1856, para el pago de los derechos de los jueces y fiscales, que debía ingresar en las cajas públicas. Eran sellos engomados de 2, 5, 10 y 100 reales.

*

Claro está que el proceso de evolución y refundiciones que hemos venido observando en el curso de esta reseña, que alcanza hasta poco más de la primera mitad del siglo XIX, continuó obrándose. Y vino al fin la importantísima reforma del año 1867.

La mencionada reforma y la llevada a cabo por el Gobierno Interventor Norteamericano son las dos más importantes que se han obrado en nuestro sistema tributario. Ambas han marcado orientaciones precisas de indiscutible trascendencia.

El Real Decreto de 12 de febrero de 1867, que inicia esta reforma, suprimió: Las ''Alcabalas'' de esclavos, de fincas, de ganados y de remates; el derecho de ''Vendutas'', el de ''Diezmos''; la ''Manda pía forzosa''; el ''Impuesto sobre Salinas''; los ''Portazgos''; el ''Derecho único y fijo de almacenes y tiendas''; las ''Medias anatas seculares''; el ''Estanco de gallos''; el derecho de ''Consumo de Ganado''; las ''Costas procesales'',

y los derechos de "Exportación". Siendo reemplazados todos estos Impuestos con el producto del 10% sobre las rentas líquidas procedentes de la riqueza rústica, pecuaria y urbana; con un impuesto sobre las utilidades de la Industria, las Artes, las profesiones y el Comercio, por cuotas arregladas a tarifas fijas o proporcionales según los casos. Se dispuso siguieran cobrándose las rentas de "Efectos timbrados" y los "ingresos procedentes del registro de hipotecas".

Tocando ya a su fin la dominación secular de España en esta Isla, tenemos el "Presupuesto de Ingresos y Gastos" para el ejercicio de 1897 a 1898, en el cual encontramos fijados los conceptos de tributación al Estado en la siguiente forma:

1º—Impuesto de Derechos reales;
2º—Idem sobre pertenencias mineras;
3º—Contribución sobre fincas urbanas al 12%;
4º—Idem sobre rústicas sin distinción de cultivo, al 2%;
5º—Idem sobre la Industria, Comercio, Artes y Profesiones, con cinco tarifas;
6º—Impuesto sobre cédulas personales;
7º—Idem sobre bebidas;
8º—Patentes de expendición de licores;
9º—Anualidades eclesiásticas;
10º—Recargo del 10% sobre tarifa de viajeros;
11º—Impuesto sobre el tabaco;
12º—Idem sobre el consumo de petróleo;
13º—Idem del 1% sobre todos los pagos hechos por la Administración.

Conceptos que constituyen la primera sección de aquel Presupuesto, denominada "Contribuciones e Impuestos".

La segunda Sección, denominada "Aduanas", está formada así:

1º—Derechos de Importación e impuesto transitorio de 15%;
2º—Impuesto transitorio de 10% sobre artículos de comer, beber y arder;
3º—Derechos de Exportación;
4º—Idem de carga y descarga, con la modificación establecida en el artículo 2º de la ley de 20 de febrero de 1895;
5º—Derechos sobre embarco y desembarco de pasajeros;
6º—Depósito mercantil, intereses de pagarés y multas;
7º—Impuesto especial sobre el fósforo.

La sección tercera comprende:

1º—Efectos timbrados. } Rentas Estancadas.
2º—Correos.

Los ingresos de que trata el citado Presupuesto en las tres secciones siguientes, que completan su "Estado letra B", emanan de otras fuentes que no son la tributación (Loterías, Bienes del Estado, e Ingresos eventuales); por lo que nos concretamos a mencionarlos sencillamente.

Los ingresos que en forma de tributación percibía la Real Hacienda, y que ya dejamos tratados, ascendían en aquel Presupuesto a la siguiente suma:

Por contribuciones e Impuestos. . . .	$ 7.049,500.00
Por Aduanas.	11.890,000.00
Por Rentas Estancadas.	2.174,659.87½
Total.	$ 21.104,159.87½

Si restamos esta suma del total de los Ingresos, que llegaban a $24.755,759.87½, aportados por las demás fuentes, tendremos $3.651,600.00, o lo que es igual, menos de la sexta parte.

La *Contribución,* como se hace ver por las cifras, era pues, incuestionablemente, la principal fuente de Ingresos; y ella es la que sigue predominando en todos los Presupuestos de Cuba; como también en los de las diferentes naciones del orbe.

Las provincias tenían basada su vida económica en el contingente que, en forma proporcional, cobraban de los presupuestos municipales.

Los municipios cobraban: Un recargo del 25% de la cuota que se pagaba al Estado por Industria, Comercio, profesiones y Artes, y un 18% de la que se pagaba al propio Estado por la riqueza territorial amillarada; por plumas de agua, caballos, sillas en los paseos, ganados de lujo; sobre consumo de madera y leña, carbón vegetal, anuncios y letreros, expedición de licencias para abrir establecimientos, consumo de ganado, construcciones, repartimientos, venta de bebidas espirituosas o fermentadas, etc.

A partir del ejercicio de 1867 a 1868, respondiendo a la reforma económica iniciada con el mencionado Real Decreto de 12 de febrero de 1867, se ordenó que cesaran los Impuestos del 2 y

4% sobre las rentas rústicas y urbanas, y todos los arbitrios y gravámenes sobre la propiedad y la Industria, las profesiones y el Comercio, a no ser que fueren objeto de una declaración especial para mantenerlas en lo sucesivo. En su lugar se autorizó a los Ayuntamientos para votar "Céntimos Adicionales", sobre las cuotas del Estado, del 10% sobre las que pudieran exceder del 20% en todos los conceptos, con excepción de las urbanas, en que el límite era del 40%.

Durante el Gobierno Interventor Americano

La concertación del Tratado de París, de 10 de diciembre de 1898, trajo consigo el cese de la soberanía española en Cuba. Quedaba esta Isla, en su virtud, abandonada; y fué entonces cuando sobrevino la ocupación militar por los Estados Unidos de Norteamérica.

La *Gaceta* de 1º de enero de 1899 registra en los anales de la Isla de Cuba la proclama "Al Pueblo Cubano", suscrita por el Mayor General del Ejército de los EE. UU. John R. Brook, anunciando que había asumido la dirección de los intereses públicos, y ordenando que quedaran en fuerza y vigor los Códigos Civil y Criminal existentes antes del cese de la soberanía secular de España.

Mas esa declaración no impidió la reforma y abolición de algunas leyes, especialmente en el orden tributario; y así vemos cómo, en sus comienzos, la Intervención promulgó un nuevo Arancel de Aduana, formado por bando de la Secretaría de Guerra de los EE. UU., de 13 de diciembre de 1898, y más tarde modificado por la Orden 198 de 1900.

La característica de esos Aranceles es la supresión de la "columna diferencial" que constituía la protección reservada a lo nacional en la época de España.

Quedaron suprimidas las Diputaciones Provinciales, y con ello relevados los Ayuntamientos del contingente con que antes acudían a aquellos organismos. Condonáronse las contribuciones atrasadas, por el Decreto de 10 de febrero de 1899; y se dictó la Orden de 25 de marzo del mismo año, modificada más tarde, entre otras, por la 254 de 1900 y la 112 de 1902.

La mencionada Orden de 25 de marzo viene a iniciar la segunda importantísima reforma en nuestro sistema tributario, de que hemos dejado hecha mención, junto con los Aranceles publicados el año anterior; y se caracteriza por la abolición de los repartimientos municipales (Impuesto que gravaba con 4 y cuarto centavos por kilo el consumo de carne), los arbitrios que gravaban los artículos de primera necesidad, o sean, los de comer, beber y arder. Las contribuciones directas sobre fincas rústicas y urbanas y el subsidio industrial, fueron transferidos íntegramente a los municipios.

El Poder Central atendía a los gastos públicos con los derechos de Aduana y las ''Rentas Interiores'', entre las que se encontraban el ''Impuesto de Derechos Reales y Trasmisión de Bienes''.

En nuestra era republicana y libre

Llegó por fin el día tan anhelado por todos los corazones cubanos, la memorable fecha de 20 de mayo de 1902, y el Gobierno Militar Interventor hizo entrega del Poder Ejecutivo al primer Presidente electo por la soberana voluntad popular.

El primer ''Presupuesto Fijo y del año Fiscal'' fué el establecido para el ejercicio de 1904 a 1905, pero retrotrayendo sus efectos al 10 de febrero de 1904.

Su ascendencia en los gastos fué de quince millones de pesos, y de diez y seis millones en los ingresos.

Los créditos de ingresos autorizados fueron:

1º—Aduanas;
2º—Derechos Consulares;
3º—Comunicaciones;
4º—Impuesto de Derechos Reales y Trasmisión de Bienes;
5º—Contribuciones a Bancos y Sociedades.

Completándose estos ingresos con los Productos Diversos, entre los que figuraban: Los derechos de matrículas en los Institutos y la Universidad, Inmigración y Cuarentena, licencias de armas para caza y pesca, inscripción de vehículos y tránsito de los mismos por las carreteras.

Así quedó fijada la tributación en aquella ley económica para el ejercicio ya referido, sujeta siempre, como es natural, a variaciones en los consecutivos períodos.

La segunda Intervención

La segunda Intervención norteamericana, venida por razón de la revuelta de agosto de 1906, fundamentalmente no modificó en nada nuestro sistema tributario; si acaso alguna modificación en los Aranceles de Aduana; pero, en términos generales, podemos decir que en este aspecto las cosas continuaron lo mismo. Sin embargo, debemos hacer notar que durante su gobierno fué promulgada la nueva ley de Impuestos Municipales, que apareció por decreto de 22 de septiembre de 1908, bajo el número 928 de los de aquel año.

Esa ley de impuestos la constituye la reunión, en un solo cuerpo, de leyes anteriores, y desenvuelve el plan económico municipal establecido en el artículo 216 de la ley orgánica municipal, contemporánea de la de Impuestos. Una y otra empezaron a regir en 1º de octubre de 1908. Este año marca el inicio de una época, en punto al régimen local, como la que señalaron las leyes político-administrativas que implantaron en Cuba, en 1878, otro régimen municipal que, aunque con el carácter de provisional, sobrevivió por más de treinta años, y algunos más después del régimen colonial en América.

La nueva República

La segunda Intervención norteamericana duró poco más de dos años, reinstaurándose la República en 1909. Los Presupuestos, de entonces a la fecha, han enumerado poco más o menos los mismos ingresos; y por esta razón acudiremos para su examen al último, aprobado para el ejercicio de 1917 a 1918.

En dicho Presupuesto encontramos los siguientes ingresos emanados de la tributación:

Rentas de Aduana,
Derechos y mejoras de Puertos,
Rentas Consulares,

Idem de Comunicaciones,
Contribuciones a Bancos y Sociedades,
Impuesto de Derechos Reales y Trasmisión de Bienes,
Impuesto del Empréstito de los 35 millones,
Concesiones mineras,
Derechos sobre marcas y patentes,
Idem sobre marcas de ganado,
Derechos de Matrícula de segunda enseñanza y superior,
Idem de licencias para portar armas, de caza y pesca,
Idem de Inspección de vehículos y tránsito de Carreteras.
Inmigración y Cuarentena.

Las "Rentas de Aduana" están constituídas por los derechos de Importación (según el Arancel vigente), de tonelaje, por ocupación de muelles, de pasajeros, de certificados, de inspección y reconocimiento de ganado, de inspección y reconocimiento de buques; cuarta parte de los derechos de practicaje, y derechos de inspección particular y servicios extraordinarios.

Los Aranceles que hoy rigen este ramo son los puestos en vigor por el Gobierno Interventor, con algunas modificaciones; siendo la más importante el establecimiento de los recargos de 15, 20, 25 y 30% sobre los derechos que a su entrada en Cuba satisfacen las mercancías extranjeras, según el Decreto número 44 de 1904, y que fué autorizado por Ley de 16 de enero del mismo año, con algunas excepciones, para suplir las bajas que pudiera originar el Tratado de Reciprocidad concertado con los Estados Unidos. Posteriormente han aumentado o disminuído algunos recargos.

No obstante haber insistido los señores Presidentes, en sus mensajes al Congreso, sobre la conveniencia de reformar las vigentes tarifas aduaneras, no sólo por resultar inadecuadas para el desarrollo industrial y mercantil, sino por la necesidad de reducir los derechos fijados a algunos artículos, particularmente ciertos de primera necesidad, es lo cierto que hasta el presente el Congreso no ha respondido.

Las "Rentas de Comunicaciones" están constituídas por las ventas de sellos, giros postales y alquileres de apartados.

Fuera de la idea de tributación, completan los ingresos señalados en las rentas de "Aduana" y de "Comunicaciones",

las multas y comisos en las primeras, y las multas por infracción del Código Postal en las segundas.

La contribución a Bancos y Sociedades tiene su origen en la Orden 463 de 1900, y a ella están sujetos los Bancos de Emisión y Descuento, Sociedades por acciones, Ferrocarriles, Empresas destinadas a la Navegación y Compañías de Seguro.

Por la ley de 27 de febrero de 1903, modificada luego por la de 25 de enero de 1904, se autorizó al Ejecutivo para la contratación de un Empréstito de $35.000.000, destinado al pago de los haberes del Ejército Libertador; estableciendo para su pago un impuesto especial permanente sobre fabricación, expendio o consumo de los artículos siguientes: Bebidas alcohólicas, nacionales y extranjeras; fabricación y consumo de fósforos, aguas y bebidas artificiales, nacionales y extranjeras; elaboración de tabaco; fabricación de azúcar (este impuesto aún no ha sido utilizado), y fabricación y consumo de naipes.

En lo que hace a la Provincias, la actual ley orgánica de las mismas establece en su artículo 63, reformado por la ley de 15 de febrero de 1911, que los Consejos, a más de los productos que por sus bienes propios corresponden a la Provincia, podrán establecer los ingresos necesarios para cubrir los gastos consignados en sus Presupuestos; cuyos ingresos, que se declararán compatibles con el sistema tributario del Estado, se calcularán, como recargos, sobre algunos o todos los Impuestos detallados en el Presupuesto municipal en ejercicio, en una proporción que en ningún caso excederá del 4% sobre el Impuesto a la propiedad territorial en La Habana, y en las demás provincias del 20% sobre las fincas urbanas y el 15% para las rústicas. Sobre los demás Impuestos el recargo podrá ascender hasta el 25% en todas las Provincias.

El canon de minas existía por leyes del tiempo de la dominación española; quedó en suspenso por una ley de Presupuesto de la propia época colonial, y ratificada dicha suspensión por la Orden militar 145 de 1901, cuyo artículo 3º dice: "El impuesto Canon de minas no está abolido, pero su cobro está en suspenso hasta nueva resolución". Como dato curioso anotaremos que la resolución presidencial de 3 de octubre de 1903 anuló el Impuesto de "explotación de minas" que, con las mismas ba-

ses de aquella legislación secular, pretendía establecer en su provincia el Consejo.

Respecto de lo municipal, tenemos en nuestra vigente ley orgánica de los Municipios lo estatuído en su artículo 216, esto es, que "a más de los productos que por sus bienes propios corresponden al municipio y de los que por cualquier otro medio legítimo obtuvieren", podrán establecerse los arbitrios siguientes:

(a) Impuesto sobre el producto líquido de la propiedad urbana, que no excederá del 12%;

(b) Impuesto sobre la renta líquida de la propiedad rústica, que no excederá del 8%, sobre las fincas donde se muela caña cultivada en sus terrenos propios, 6% sobre las fincas donde se cultive caña, tabaco, café, cacao, piña o varios de esos frutos a la vez, y el 4% sobre las dedicadas a cualquier otro cultivo o explotación. Las fincas donde se muela, además, caña ajena o sólo de esta procedencia, pagarán un impuesto que no excederá del 2% sobre el producto líquido de la caña, sin perjuicio del tanto por ciento sobre la caña propia que molieren;

(c) Impuesto sobre el ejercicio de la Industria, el Comercio, profesiones, Artes y oficios, que no excederá de los tipos que señalan por clases y epígrafes las tres primeras tarifas anexas a la Ley de Impuestos Municipales, y regulado libremente por el Ayuntamiento en cuanto a las demás tarifas;

(d) Impuesto sobre la industria de flote y navegación, ya se trate del tráfico o servicio interior de los puertos o ríos, ya de la conducción de carga y pasajeros por cabotaje. Este impuesto no excederá de los tipos señalados en la tarifa anexa a la ley antes citada;

(e) Impuesto, que no excederá del 5%, sobre el producto bruto de los cementerios, cuando éstos no pertenezcan al municipio, una vez deducido lo que se cobre por las ceremonias del culto relacionadas con el enterramiento;

(f) Impuesto, que no excederá del 8%, sobre las utilidades líquidas de las Compañías o sociedades que operen con fondos que sus asociados aporten de una vez, o bien periódica o accidentalmente. Cuando en sus estatutos o reglamentos tuvieren cláu-

sulas penales por falta de pago u otras de análoga naturaleza, pagarán no más del 8% sobre sus ingresos brutos.

Este impuesto será pagado al municipio donde la compañía tuviere su domicilio legal.

Se exceptuarán:

(a) Las cajas de ahorro, los montes de piedad y las compañías mineras; las de seguro y los Bancos de emisión y descuento que en virtud de otra ley tributen al Estado;

(b) Aquellas compañías o sociedades que en cualquier concepto resulten comprendidas en las tarifas anexas a la ley de impuestos municipales, o en las tarifas que regulen libremente los Ayuntamientos y que, como empresas industriales, tributen a los municipios.

(g) Impuesto de patente íntegra y anual por la expedición de licencias para el consumo inmediato de vinos, licores y aguardientes, y en general, sobre bebidas espirituosas o fermentadas, regulado libremente por el Ayuntamiento;

(h) Impuesto sobre matanza de ganado, que no excederá de $2 por cabeza de ganado vacuno, y un peso por cabeza de ganado de cerda, lanar o cabrío;

(i) Impuesto sobre expedición de licencias para construcción y reparación de edificios y otras obras, regulado libremente por el Ayuntamiento;

(j) Impuesto por la apertura de establecimientos, no benéficos, regulado libremente por el Ayuntamiento;

(k) Impuesto por expedición de certificaciones, regulado libremente por el Ayuntamiento;

(l) Impuesto por la comprobación de pesas y medidas, en la forma que determina la ley de impuestos municipales;

(m) Impuesto sobre conducción de carne, regulado libremente por el Ayuntamiento;

(n) Impuesto sobre industrias de transporte terrestre, exceptuando:

(a) Los ferrocarriles pertenecientes a sociedades anónimas, y los de uso público que, por tal concepto, contribuyan al Estado;

(b) El ferrocarril que un dueño de finca tenga dentro de ésta, para el arrastre de sus propios frutos;

(c) Los tranvías que, por recorrer más de dos términos municipales, tributen al Estado.

Este impuesto será regulado libremente por los Ayuntamientos, sobre la base de la unidad de transporte, excepto en ferrocarriles y tranvías, en que se tomarán como base los kilómetros de vía utilizados dentro de cada término municipal;

(o) Impuesto sobre objetos de lujo, comodidad o molestos al vecindario, conforme a las cuotas que acordare cada Ayuntamiento;

(p) Impuesto sobre enterramiento en los cementerios municipales, regulado libremente por el Ayuntamiento;

(q) Impuesto sobre espectáculos y bailes públicos, regulado libremente por el Ayuntamiento.

(r) Impuesto sobre juegos permitidos y sobre apuestas autorizadas en los mismos, regulado libremente por el Ayuntamiento.

El último Impuesto Especial

En la edición extraordinaria de la *Gaceta Oficial de la República*, de 1º de agosto último, apareció la ley estableciendo el nuevo empréstito de $30.000.000 y creando los impuestos estimados necesarios ''para el pago de los intereses, y del principal en su día, de los bonos del Tesoro—autorizando al Ejecutivo por dicha ley—y para dotar el presupuesto de ingresos, en vista del estado actual de guerra y de las necesidades del Tesoro.''

Los Impuestos que se mencionan son los siguientes:

I.—Un Impuesto de Timbre, que se satisfará en sellos, para:

(a) Las operaciones de Bolsa y contratación de valores, efectos públicos, domiciliados en Cuba;

(b) Las copias autorizadas de las escrituras otorgadas ante Notarios públicos, o de ciertos documentos protocolados en sus archivos;

(c) Los recibos privados que pasen de $25;

(d) Los pedidos y facturas comerciales y actos realiza-

dos en el territorio de la República, con motivo de contratos y operaciones;

(e) Las pólizas o documentos en que se consignen contratos de afianzamiento por las compañías de fianza, para garantizar servicio, obligación o responsabilidad entre particulares, y las pólizas de seguros de todas clases, excepto las de vida;

(f) Las escrituras matrices al protocolizarse por los Notarios, y los libros de los registros de la propiedad, mercantiles y de embarcaciones;

(g) Las libretas de cuentas corrientes de los Bancos y banqueros;

(h) Las letras de cambio, libranzas, pagarés a la orden, vales, documentos de giros en general y comprobantes de todas clases;

(i) Los títulos académicos expedidos por la Universidad, y los demás títulos o diplomas o certificados de aptitud;

(j) Los expedientes de contratos y subastas nacionales, provinciales y municipales, y las hojas de adeudo de las obras o tareas en Obras Públicas;

(k) Las instancias, exposiciones o memorias solicitando certificaciones, y éstas;

(l) Licencias de caza y uso de armas;

(m) Los pasajes al extranjero, y

(n) Licencias para circulación de automóviles, carretones y carretas.

II.—Un impuesto sobre el azúcar.

III.—Otro sobre Sociedades y Empresas a que se contrae la Orden militar 463 de 1900, extensivo a todas las sociedades de derecho común, industriales o mercantiles, para cultivo y exportación del azúcar y el tabaco.

IV.—Otro sobre la producción de miel de purga.

V.—Otro sobre el cuero.

VI.—Otro sobre explosivos que se depositen en los polvorines del Estado.

VII.—Y otro, finalmente, sobre los artículos ya gravados en los apartados 25 y 26 de los Aranceles de Aduana.

Para la administración y cobranza de estos impuestos especiales, el Presidente de la República ha firmado, a propuesta del Secretario de Hacienda, el reciente reglamento de fecha 28 de agosto, puesto en vigor el primero de septiembre de este año.

La gestión administrativa de estos impuestos y de los que antes cobraba el Estado bajo la denominación de ''Rentas Terrestres'', se ha encomendado a la nueva organización de las oficinas de Hacienda, a que se contrae el Decreto Presidencial número 1125, de 17 de agosto de este año.

Diversas opiniones sobre los sistemas tributarios en general

Leroy-Beaulieu sostiene que el Impuesto debe ser pagado por todos los ciudadanos, sin otra excepción que los indigentes. Refiriéndose a los sistemas, opina que el más justo, el ideal, sería el de la ''Especialidad de las Contribuciones'', esto es, que cada cual pagara al Estado por cada servicio en proporción de la utilidad por éste traída. Señala, sin embargo, las grandes dificultades con que en la práctica tropieza, y menciona el gasto del interés y amortización de la deuda pública, que no se presta a este método. Considerando la clasificación en ''proporcionales'' y ''progresivos'', se pronuncia decididamente en contra de los segundos, en los que encuentra, a más de los muchos inconvenientes prácticos, ''el germen de la expoliación''. Sobre si el Impuesto debe ser único o múltiple, opina ''que el Impuesto ''único'', no teniendo ningún contrapeso, sería de todos el más inicuo''; hace notar sus dificultades en la aplicación, y recomienda el impuesto ''múltiple''. Respecto a la base que debe tomarse, patentiza todas las ventajas de la exacción sobre la renta. Sostiene que ningún Estado puede pasarse sin las dos formas de imposición: ''directa'' e ''indirecta''. Y, finalmente, advierte que la reforma de los impuestos debe tener por base un régimen de rigurosa economía que deje disponibles los excedentes que en los tiempos de prosperidad producen las contribuciones al Estado.

Emilio Laveleye, en su *Economía Política,* dice:

cuando el Impuesto es moderado, bien organizado y bien empleado, no hay gasto más provechoso a la nación ni más útil a los menos acomodados.

Para disminuir en lo posible los inconvenientes, indica las reglas siguientes:

1º—El Impuesto debe estar en proporción de los recursos de los contribuyentes; 2º, debe ser completamente determinado en todos sus detalles por anticipado, como su cantidad y modos y formas de pago; 3º, no debe atacar a los agentes de la producción, sino al producto obtenido; 4º, debe percibirse en el momento en que el contribuyente esté en mejor disposición de pagar; 5º, en lo posible debe reportar al Estado lo que cuesta a los ciudadanos; 6º, debe ser moderado, y no elevarse nunca hasta el punto de descorazonar para el trabajo; 7º, nunca debe proceder de fuente inmoral. Para fijar la cuota del contribuyente nunca se debe deferir al juramento de los interesados, porque esto sería conceder una prima al perjurio; 8º, no conviene que se pueda escapar nadie del Impuesto engañando al fisco, porque si no se fomenta el fraude.

Observa que "la acción de la mayor parte de los impuestos repercute, y su carga se distribuye"; y concluye:

Si se puede, suprímanse todos los impuestos que sea posible, comenzando por los más malos; pero evítese andar dándoles vueltas.

Sobre la aplicación de la contribución indirecta, se manifiesta su enemigo en teoría, y, aceptando la realidad, propone la siguiente Regla General:

Pérdónense los consumos de primera necesidad, como el pan y la sal, y cárguense fuertemente los consumos superfluos o nocivos, como el aguardiente y el tabaco.

Nosotros objetaremos a esta regla que, por ejemplo, en Cuba el tabaco es, después del azúcar, la mayor riqueza, y, cargando sobre su consumo, ¿no se ahogaría su industria? ¿no sería una fuente de riqueza que perecería o al menos mermaría considerablemente? Debe siempre tenerse en cuenta las condiciones de productividad de cada país.

Adolfo Posada, después de citar, con Helferich, seis distintas clasificaciones de los impuestos, señala como la de mayor importancia en las legislaciones positivas la que los distingue en "directos" e "indirectos"; y concluye que se está muy lejos de alcanzar el ideal del "impuesto único, directo y repartido en

justa razón de los medios de cada uno'', enunciado por Azcárate.

Lassalle opinaba que con el impuesto indirecto

la clase rica vuelve a adquirir, en realidad, especialmente en la época del predominio del capital mueble, la exención tributaria formalmente desaparecida y abolida legalmente.

Y lo atribuye a la influencia decidida de la burguesía sobre la legislación del Estado. Era partidario de la imposición directa.

Wagner, considerando la anterior clasificación, distingue los impuestos directos en tres grupos: 1°, sobre los productos e ingresos (productos de las tierras y de los fabricantes, y renta del capital), sobre las industrias (profesiones), que comprende el de minas, y sobre ganancias, sueldos o salarios; 2°, Personales (de capitación, o personal puro, y de clase); 3°, General sobre los bienes (riqueza, capital).

Llama indirectos a los que se exaculan de ciertas categorías de contribuyentes; los que, merced a la repercusión, resarcen su desembolso a costa de los contribuyentes efectivos. Son directos, según su concepto, ''los que quedan a cargo del que paga'', como dice Flora.

Flora, después de examinar las diferentes teorías, viene en afirmar que el mejor sistema es el de la coexistencia de ambas imposiciones: la directa y la indirecta.

Y así al menos se confirma observando los sistemas de todas las naciones del mundo civilizado. Únicamente en Noruega tenemos noticias de que existiera sola la imposición indirecta.

Respecto del impuesto gradual, podemos dejar anotado que últimamente, no hace dos meses todavía, las Cámaras francesas aprobaron su fijación sobre la renta, al cabo de diez años de discusiones.

*

La *Contribución*, que tanto los cubanos como los extranjeros están obligados a pagar, tiene su fundamento legal, como ya se ha dicho, en un precepto constitucional. Otro precepto de la propia Carta Fundamental limita el pago de esas contribuciones e impuestos a lo que establezcan las leyes. Y el Código pe-

nal castiga al que las perciba sin estar autorizado al efecto. Preceptos éstos encaminados a impedir que nadie que no tenga atribuciones para ello ejerza funciones inherentes a los poderes Legislativo y Judicial, que son los que regulan la Hacienda Pública.

La razón de convivencia en el Estado, en la provincia y en el municipio, impone cargas públicas, como lo son: la del desempeño de ciertos puestos; la de defender la Patria con las armas, en los casos y formas que determinen las leyes (que se contrae a los nacionales) ; y la de contribuir al sostenimiento de los gastos públicos. Principios fundamentales, y, por lo tanto, ineludibles.

La forma, las modalidades, la cuantía de esas contribuciones e impuestos, constituyen materia que viene tratándose a través de los siglos, y continuadamente, por hacendistas y economistas, buscándose siempre fórmulas que concilien entre sí unos y otros intereses: los públicos y los particulares.

Nuestra red tributaria participa de las dos formas de contribución: directa e indirecta; si bien no se clasifican así expresamente en nuestros presupuestos, como no se hacía tampoco en tiempos de la dominación española. Pero en distintos lugares hemos acentuado la idea de que nuestra legislación aún se desenvuelve dentro del espíritu de la española; y, en tal inteligencia, ofrecemos el siguiente cuadro, tomado de un Presupuesto español, el de 1892-93, que Posada presenta en uno de sus tratados de Derecho Administrativo:

Sección Primera

Contribuciones directas

—Contribución de Inmuebles,
—Impuestos de Derechos Reales y trasmisión de Bienes,
—Cultivo y ganadería,
—Idem industrial y de Comercio,
—Impuesto de minas,
—Idem sobre grandezas y títulos de Castilla,
—Idem de cédulas personales,
—Idem sobre sueldos y asignaciones de los empleados del Estado, provinciales, municipales, sobre las cargas de

justicia y sobre los honorarios de los registradores de la propiedad;
—Donativos del Clero y de Monjas;
—Impuestos de pagos del Estado, provinciales y municipales;
—Arbitrios de los puertos francos de Canarias.

Sección Segunda

Contribuciones indirectas

Renta de Aduanas:

—Derechos de Importación,
—Idem de Exportación,
—Impuesto de Carga,
—Idem de Descarga,
—Idem de viajeros,
—Derechos menores,
—Idem de Cuarentena y Lazareto,
—Parte de la Hacienda en multas y en las mercancías abandonadas,
—Impuesto sobre los derechos que se satisfagan en pagarés,
—Ingresos eventuales.

—Derechos obvencionales de los Consulados,
—Impuesto de Consumo,
—Idem especial de consumo de aguardiente, alcoholes y licores;
—Idem sobre el azúcar de producción extranjera, ultramarina y nacional peninsular;
—Idem especial de consumo sobre artículos coloniales;
—Idem sobre tarifa de viajeros y mercancías.

Timbres del Estado

—Sellos de correos y telégrafos,
—Los demás efectos timbrados.

Este cuadro y la clasificación en él contenida, dan una idea de nuestro sistema tributario.

Al menos, si no en detalles, en lo esencial y básico.

Uno de los problemas más difíciles con que han tropezado en Cuba los poderes públicos es la variación del sistema; al extremo de poder afirmarse que, salvo algunos detalles y cuantía,

está vivo aún el espíritu que informó el antiguo régimen colonial. Hoy, como ayer, se perciben en Cuba: Derechos fiscales de Aduana, Impuestos del Timbre, Derechos Reales, Contribución sobre la propiedad urbana y sobre la rústica (sirviendo de tipo regulador la renta), y el Subsidio Industrial, que grava el Comercio, las Artes, las industrias y las profesiones.

Un régimen de tributación único, que se fundara sobre el capital y sobre las ganancias, sería justo. Pero en la práctica —no cabe negarlo—se encuentran grandes dificultades y cuantiosos gastos para la percepción de esos impuestos.

Ante la gravedad del problema, es lo indicado que nuestros poderes públicos vayan variando gradualmente el sistema, empezando por la reducción, hasta llegar a la total supresión, del Impuesto llamado "Subsidio Industrial" y del de los artículos de primera necesidad, gravados, el primero por los Ayuntamientos y por el Estado el otro. Esto sería en beneficio del proletariado, que lo constituye más de la mitad de nuestra población.

Como medio para realizar tal fin, es necesaria la formación de estadísticas de no pocos hechos sociales y económicos, como fuente de información práctica y segura.

MARIO E. PEREIRA.

La Habana, septiembre, 1918.

Este interesante estudio, aunque somero y circunscrito a los límites que su inteligente autor tuvo que fijarle para presentarlo como tesis en nuestra Universidad Nacional, plantea el problema de la tributación en Cuba, que ahora ha de sufrir, como en el mundo entero, transformaciones radicales cuyo estudio es preciso ir haciendo aquí, para que no nos sorprendan los acontecimientos y nos aflijan graves dificultades económicas. Agradecemos al señor Pereira la atención de haber remitido a CUBA CONTEMPORÁNEA estas oportunas páginas.

RUSIA Y LA DEMOCRACIA (*)

VI

(*Conclusión*)

Wesselitsky intitula *Período de Progreso* el capítulo X de su obra, y lo hace abarcar los años de 1905 a 1915.

Dice que el primer acto de iniciativa personal de Nicolás II fué su resonante propuesta—que formará época—de llevar a efecto la Conferencia de La Haya. Al principio, esta convocatoria produjo gran asombro y sobresalto en todos los círculos.

Para los liberales europeos el Emperador pertenecía a los suyos, y su proyecto fué celebrado con grandes muestras de entusiasmo, siendo considerado como un gran paso humanitario. La mayoría de los Gobiernos lo acogieron favorablemente y se mostraron dispuestos a secundarlo. Uno de ellos, que alimentaba designios de agresión, opuso, persistentemente, obstáculos y dificultades.

El autor ruso a quien venimos siguiendo, cree que no es este el momento más oportuno para rendir justicia a ese movimiento pacifista. Sin embargo, a juicio de él, debe reconocerse que la creación del Tribunal de La Haya es el único acto concreto, realizado en favor de la paz, que ha sido en muchos casos de gran utilidad práctica y que si, como se espera, esta guerra remueve el principal obstáculo para una paz duradera, toda futura manifestación de relaciones internacionales tendrá que estar de

---

(*) Véanse los números de CUBA CONTEMPORÁNEA de junio y noviembre, 1917, y enero, mayo y noviembre de 1918, tomos XIV, XV, XVI, XVII y XVIII, págs. 108-120, 241-250, 57-67, 61-70 y 361-369, respectivamente.

acuerdo con los principios generales desenvueltos en la primera Conferencia de La Haya.

Wesselitsky afirma que él está convencido de que el emperador Nicolás, al seguir los nobles impulsos de su corazón, no hacía otra cosa que interpretar los más íntimos sentimientos del pueblo ruso, que siempre había sido opuesto a la guerra y gran partidario del mantenimiento de la paz. La referida convocatoria fué el primero y más importante acto de la política nacional inaugurada en este reinado.

Era lógico y natural suponer que un soberano que ansiaba promover la paz entre todas las naciones, estuviera lleno de ansias de asegurarla en su propio país. Los sentimientos liberales y humanitarios, el calor y la sinceridad con que impresionó a los que a él se acercaban, hallaron su expresión en el Manifiesto de 1903, el cual contenía una clara exposición de los más equitativos y liberales principios de gobierno.

Si estos principios hubieran sido aprendidos y rectamente aplicados por los ministros del Czar, muchos de los subsecuentes conflictos se hubieran evitado.

Desgraciadamente, la burocrática camarilla de intrigantes hizo todo lo que estuvo en su poder para evitar la aplicación de esas sanas doctrinas de gobierno, apoyada y estimulada en su desastrosa tarea por las intrigas e influencias germanas, que prevalecían dentro y fuera de la nación moscovita.

Las decisiones de Nicolás II, sin embargo, fueron siempre hondamente maduradas e inspiradas por lo que sagaces observadores de sus actos han denominado "su sentido histórico". Esto puede comprobarse por la extraordinaria afición del Emperador hacia todo lo relacionado con la Historia; preferencia que se demuestra, por ejemplo, en la ayuda que prestaba a todas las investigaciones históricas y, en particular, por el interés con que presidía las sesiones de la Sociedad de la Historia. Y probablemente no se erraría al atribuir al constante estudio e interpretación que de la historia hacía el Emperador, sobre todo de historia rusa, la profundidad y firmeza de sus acuerdos (1).

Las leyes orgánicas promulgadas en octubre de 1905 han me-

(1) Reciente la trágica muerte del Czar Nicolás II, resulta muy interesante conocer estos aspectos de su vida de hombre de estudio. (*N. de J. V.*)

recido la censura, tanto de los conservadores como de los liberales, y puede que las tales leyes sean muy imperfectas; pero, pregunta Wesselitsky, ¿quién puede negar que produjeron en la situación de Rusia un inmenso progreso?

Restablecieron, en forma adaptada a las condiciones modernas, algunos de los aspectos del antiguo régimen destruído por Pedro el Grande. El Consejo del Imperio, una mitad de cuyos miembros es elegida por los Zemstvos y las Municipalidades, es una Duma Boyarskaia mucho más adelantada, y es un organismo más democrático que muchas de las Cámaras altas de la Europa occidental, desde el momento en que el elemento hereditario figura en muy pequeña proporción. La Duma del Imperio hace recordar el "Zemsky Sabor", si bien difiere de él por su carácter más democrático. Ofrece, ciertamente, el aspecto de la asamblea más popular de Europa, pues en ninguna otra tienen las clases proletarias una tan grande representación; de tal manera, que muchos de sus miembros usan la indumentaria del campesino. Este Parlamento ofrece el caso único, tratándose de una gran potencia, de que los representantes asiáticos y mahometanos se sienten junto a sus compañeros europeos y cristianos, gozando de iguales derechos y privilegios.

Los radicales y socialistas del Oeste, que niegan o no saben comprender la magnitud del cambio operado en Rusia, no se dan cuenta, evidentemente, de que antes de las llamadas leyes de octubre, el hecho de que una persona hubiera sido sospechosa de ser socialista, sería objeto de persecución; en cambio que, después de esas leyes, existe legalmente constituído un grupo de socialistas-demócratas, que son miembros de la Duma y expresan libremente sus doctrinas y puntos de vista (2). El derecho de interpelación en la Duma, al igual que la libertad de la prensa, están ejerciendo un saludable efecto en todas las ramas de la administración. Tanto los más altos burócratas como los más humildes, relatan a sus amigos y parientes, con grandes y profundos suspiros, lo difícil que se les hace, debido a las investigaciones de los periódicos y a las interpelaciones de ese cuerpo le-

(2) No hay que perder de vista los cambios ocurridos en Rusia en estos últimos meses. (*N. de J. V.*)

gislativo, que se les otorguen aquellos ilegales favores y mercedes que con tanta profusión se les distribuía (3).

Mejor dominio de la administración y el cambio operado en la actuación del Gobierno, en general, son razones para que se intervenga poco en el desarrollo de las empresas privadas y en los negocios de todas clases. Esta abstención permite que se desenvuelva la actividad privada, estimula sus esfuerzos, da pábulo al ahorro, y ha contribuído de hecho a un maravilloso resurgimiento económico. Rusia no tan sólo se ha restablecido rápidamente de las grandes pérdidas sufridas con ocasión de una guerra desastrosa (la ruso-japonesa) y de las turbulencias internas, sino que ha alcanzado un grado de prosperidad con que jamás soñó.

Fué desde la implantación del nuevo régimen cuando se puso en vigor una reforma de la mayor trascendencia económica, social y política a la vez; esta reforma fué el traspaso, a los campesinos, de la propiedad comunal a la individual.

Cuando los siervos fueron emancipados, la tierra no se repartió entre ellos individualmente, sino a la comunidad de la aldea, institución ésta que se pierde en la noche de los tiempos. Para la mayoría de los rusos, "la comuna" parece ser una institución de pura cepa moscovita, una parte de su nacionalidad.

Para realizar esta transformación se requería una profunda seguridad de la conveniencia de esta reforma para llevarla a la práctica y un manejo muy hábil e inteligente para ponerla en vigor con éxito.

La comuna no fué abolida; tan sólo se dió a escoger a sus componentes entre permanecer en ella o convertirse en terratenientes individuales, caso éste en que el Estado les prestaría su apoyo. Las inmediatas consecuencias de la mejora demostraron su utilidad.

La posesión de su propia tierra ejerce una saludable influencia sobre el campesino; lo transforma en una unidad independiente y trabajadora, en un ser emprendedor, que se domina a sí mismo y que progresa.

Es fundado creer que esa gran medida fué debida a la

(3) ¿Sabría Wesselitsky algo de lo que ocurre en Cuba a este respecto? (*N. de J. V.*)

iniciativa personal de Nicolás II, quien siempre demostró un ardiente interés por la prosperidad de los aldeanos, quienes constituyen la clase más numerosa de la población rusa.

Dice Wesselitsky que, de acuerdo con los últimos informes recibidos por él de centros autorizados, los campesinos, con la asistencia del Ministerio de la Organización Territorial, están ansiosamente, como en Irlanda, comprando por mutuo consentimiento las tierras de las clases superiores, quienes, como la mayor parte de ellas viven en las grandes ciudades, no tienen oportunidad ni de cuidar ni de cultivar esos terrenos. Debido a este cambio, se está formando en el país una clase de pequeños terratenientes que constituirá un precioso elemento para el desarrollo de la nación rusa, dándole un aspecto verdaderamente democrático que hace recordar aquellas primitivas comunidades de eslavos.

El propio Ministerio al cual acabamos de referirnos está ocupándose en la colonización de Siberia, haciendo tantas concesiones de tierras como inmigrantes hay en condición de labrarlas. El número de estos colonizadores provenientes de la Rusia europea, llegó, en los últimos años, a medio millón anualmente; en 1913 llegó al millón completo.

Si se compara la repoblación de Siberia con la de otro país que a su vez está creciendo rápidamente, Canadá, se ve que, en tanto que la población de esta floreciente colonia inglesa era mayor que la de Siberia en 1906, la de esta última aumentó, en 1911, a dos millones más que el Canadá, y el aumento se ha sostenido desde entonces.

La explicación se encuentra no tan sólo en la proximidad de Siberia a un centro de población tan grande como la Rusia europea, sino también en la manera hábil y consistente en que se cumple la voluntad del Emperador por su Ministro de Fomento, M. Krivosheine, cuya fructífera labor, según el autor ruso que nos ocupa, ha escrito una bella página en la historia de la administración rusa.

*

Como es sabido, Pedro el Grande abrigó el grandioso proyecto (lo que muchos llaman su "testamento no escrito") de realizar una alianza con Francia e Inglaterra. Alejandro III

laboró grandemente para realizar esta idea, y sus trabajos fueron completados en el reinado al cual venimos refiriéndonos: el de Nicolás II, su hijo.

Afirma Wesselitsky que la Triple Entente puede considerarse como el grupo más pacífico de Poderes que nunca ha existido. Pudo habérsele llamado con toda justicia "La Entente Pacífica".

Nada podía igualarse, en verdad, a su facilidad en aceptar las más falaces garantías de sus agresores, a pasar por alto hechos que parecían desmentir estas seguridades, y a hacer toda clase de concesiones con el fin de conservar, por lo menos, una paz formal.

Y fué el destino de Rusia sobrepasar aún a sus aliadas en mansedumbre para con Alemania. Se sometió, en 1909, a una demanda tan insolente como nunca la había recibido desde que sacudió el yugo mongólico; en aquel entonces se dijo que en el Consejo de Ministros presidido por el emperador Nicolás, sólo él aconsejó la resistencia, y que con la mayor repugnancia firmó el acuerdo tomado por sus consejeros. Rusia soportó pacientemente los impudentes y públicos alardes de Guillermo II acerca de "la brillante armadura de Alemania". El tratado de 1911, acuerdo que tan sólo beneficiaba a una de las partes contratantes y por el cual Rusia reconocía la línea de Bagdad como una empresa del Gobierno alemán, y se comprometía a su vez a construir un ferrocarril que facilitara la competencia germánica con el comercio ruso en Persia, fué el colmo de un pacifismo al que jamás se había llegado por ninguna nación poderosa del mundo.

El sometimiento de la Triple Entente a la demanda de Austria (la creación del estado de Albania y el excluir a Serbia de la costa del Adriático) fué la causa directa de la segunda guerra entre las naciones balkánicas.

La exaltada confianza que en sí propios tienen los poderes teutónicos, los determinó, bajo un falso pretexto—el asesinato de los archiduques austriacos, atribuído a los pan-serbianos—, a tratar de subyugar a Serbia y establecer su dominación en toda la Península Balkánica.

Esto puso de manifiesto que a pesar de la política conciliado-

ra y sumisa de la Entente Pacífica, se la llevó a un extremo que, a pesar de todos sus esfuerzos, la condujo a la conflagración que por todos los medios había tratado de evitar.

Para Wesselitsky este resultado tuvo la inestimable ventaja de poner de manifiesto, ante la conciencia universal, *quién* quiso la guerra y el *porqué* la contienda había estallado. Y agrega estas proféticas palabras, de extraordinario alcance en estos momentos:

> Alemania y Austria se convirtieron en la presa de los dioses, de esos dioses que ciegan a aquellos a quienes desean perder y destruir.

La declaración de guerra por Alemania provocó un cambio completo de actitud en el Gobierno moscovita. En rápida sucesión, una detrás de otra, fueron adoptadas radicales decisiones por parte del Soberano, medidas que fueron acogidas con el mayor entusiasmo por toda la nación.

La rapidez de esta actuación no debe inducir a la creencia de que fué ejecutada en virtud del acicate de los acontecimientos del instante. Ese proceder había sido largamente madurado por el gobernante de Rusia, y mantenido en suspenso en espera del momento propicio. Todos esos planes tenían un carácter profundamente histórico y estaban basados en un perfecto conocimiento de la historia rusa; daban la solución de problemas que estaban pendientes desde hacía más de doscientos años. Y aunque universalmente conocidos, su gran importancia hace necesaria una reseña para poner de relieve el sentido de cada uno de ellos.

Rusia había tenido un estado de guerra, alternativamente, con Prusia y con Austria, y, en una ocasión, en 1812, con todos los estados germánicos juntos; sin embargo, ninguna de estas contiendas pudo considerarse, en esencia, como una campaña ruso-germana. Los rusos tomaron parte en la guerra de los Siete Años como aliados de uno de los principales contendientes, al igual que en la campaña de 1812 los alemanes actuaron únicamente como simples aliados de Napoleón. En la mayoría de las guerras de Rusia contra estados europeos, estaba aliada a uno o a todos los poderes teutones y combatía, principalmente, en su defensa o por sus intereses. Ahora, por la primera vez, Rusia

y Alemania combaten entre sí, en una guerra de vida o muerte.

Este hecho ha sido comprobado de manera enfática por una abierta ruptura entre la Casa reinante de Rusia y las dinastías alemanas, las cuales, durante más de dos siglos, habían estado ligadas por los más estrechos vínculos de relaciones y amistad.

Según el autor, este rompimiento ha sido acogido con el mayor júbilo por todos los rusos, quienes ven en este acontecimiento el fin de las reales o supuestas influencias germanas en las altas esferas oficiales, influencias que durante tanto tiempo los habían atormentado. El pueblo ruso se siente ahora más ligado a su dinastía nacional, y su afecto hacia ella ha aumentado en igual grado (4).

Esta liberación de Rusia, de la influencia germana, hace al fin posible la declaración de una verdadera política rusa nacional. Es la de esos eslavófilos, por tanto tiempo incomprendidos y víctimas de persecuciones.

El Manifiesto Imperial de Guerra expresamente establecía que Rusia estaba a punto de combatir no por ella únicamente, sino por sus otros hermanos, los demás eslavos. Rusia había hecho lo mismo en otras ocasiones, si bien nunca en documentos oficiales, pues el Gobierno moscovita, por consideraciones a Alemania, lo evitaba cuidadosamente.

El propio Wesselitsky afirma que en octubre de 1876, oyó, en unión de otras muchas personas con quienes se encontraba en un salón del Palacio Imperial de Moscou, una alocución de Alejandro II a la Nobleza de esa ciudad. Al ensalzar en ella a los voluntarios rusos que peleaban en Siberia, decía: ''los cuales, al verter su propia sangre, demuestran su devoción por la causa eslava''. Los burócratas se aterraron con el discurso de su Emperador, y temerosos de que la frase ''Causa eslava'' pudiera ofender a Alemania, la suprimieron de todos los despachos en que se daba cuenta de la visita imperial a Moscou.

Una guerra por la libertad de todos los eslavos no podía ser mantenida por Rusia de manera consistente, en tanto que

(4) Los acontecimientos posteriores, que culminaron en la caída, prisión y muerte del Czar, demuestran lo aventurado que resulta hacer juicios para lo porvenir. (*N. de J. V.*)

permanecía subyugada la clase más numerosa de los eslavos que no eran rusos.

La proclama del General en Jefe de las fuerzas moscovitas, garantizando a los polacos su unidad nacional y su autonomía, fué el primer paso dado en el camino de esa liberación. Los eslavófilos siempre habían abogado para que se le concediera a Polonia no tan sólo la autonomía, sino la independencia. Los propios polacos, sin embargo, se oponían a esto último, pues les representaba la pérdida del vasto mercado ruso para su floreciente industria, lo cual significaba la ruina económica de su país.

El gran obstáculo para la reconciliación había sido siempre la reclamación que los políticos polacos hacían de las provincias que pertenecieron a Polonia antes de su repartición, pero en las cuales sólo la Nobleza era polaca. Sin embargo, parece que ya es un hecho cierto que los polacos no pretenden imponer su nacionalidad a poblaciones que no tienen esa procedencia. Sus representantes en la Duma han declarado, sin restricciones ni reservas, que ''los polacos estarán con los eslavos''.

Mientras dure la guerra, la mayor parte de los polacos están dispuestos a no hacer peticiones de ninguna clase; se sabe, sin embargo, que en manifestaciones privadas, hechas por sus más conspicuos representantes, ellos se mostrarán satisfechos si todos los distritos con más del 50% de población polaca se incluyen en la Polonia autónoma (5).

*

Todas las demás consideraciones en que entra Wesselitsky al referirse a Polonia y Finlandia, huelgan después del sesgo que han tomado últimamente los acontecimientos en Europa.

El tratado definitivo de paz será el que dará la solución de estos problemas de nacionalidades, tanto en Rusia como en Austria y Hungría.

Como nota curiosa daremos a conocer a nuestros lectores (muchos de los cuales nos han puesto de manifiesto el interés tan grande que les han proporcionado estos aspectos, en su mayor parte desconocidos, de la situación rusa) algunos detalles más,

---

(5) Todo esto se decía y escribía antes de la ocupación germana y de la revolución rusa. (*N. de J. V.*)

relacionados con la influencia germana en el Imperio que, al igual que el alemán y el austro-húngaro, acaban de hundirse tan estrepitosamente.

El cambio de nombre de San Petersburgo por el de Petrogrado, fué uno de los acuerdos imperiales para rusificar el nombre de la capital y simbolizar el cese de la influencia germana en Rusia y el comienzo de un nuevo período en la historia nacional.

Pero dice Wesselitsky que éste ha sido el primer paso para desgermanizar a Rusia, pues es más fácil derrotar a los ejércitos teutones, romper con su poderío, que acabar con los numerosos eslabones de germanismo que se han incrustado en el cuerpo social de Rusia, al igual que los tentáculos de un pulpo, enroscados alrededor de su presa. Uno de los más caracterizados jefes del pensamiento nacional le escribió al autor que comentamos, diciéndole:—"Estamos aún viviendo en "Russlandia", "Rossia"; es decir, Rusia, está todavía por crear!"

Este punto de vista del patriota ruso, tiene, desgraciadamente, su justificación por la mayor o menor disfrazada resistencia que encuentra el Gobierno, ardorosamente apoyado por la opinión pública, por parte de ciertos elementos burocráticos, financieros, comerciales y otros círculos cuyos intereses dependen de la continuación de la influencia germana.

Extirpar las consecuencias de la pacífica penetración alemana no es tarea fácil, ni aun en aquellos países en donde se ha comenzado a hacerlo de manera metódica desde la fecha de la restauración del imperio germano. En Rusia tiene que tropezar con infinitas dificultades, pues esa penetración dió comienzo desde los tiempos de la llamada "Reforma" de Pedro el Grande; desde hace más de doscientos años los alemanes vienen ocupando puestos prominentes en la Corte y en el Gobierno, creyéndose y siendo tratados como raza superior, con derecho a todos los privilegios que se les niega a los demás componentes del Imperio.

Rusia puede ser desgermanizada sólo por una determinada, inflexible y sistemática acción del Gobierno, apoyada por una enérgica y organizada cooperación de todos los ciudadanos rusos. La completa desgermanización de Rusia es la única eficiente salvaguardia contra el retorno de la influencia teutona, la cual pon-

dría en peligro no sólo la independencia nacional de Rusia, sino también la de toda Europa (6).

Wesselitsky da fin a este capítulo de su obra haciendo referencia a una reforma que él califica de carácter higiénico y sociológico: la total supresión del uso de bebidas alcohólicas, con los inmensos beneficios morales que tal reforma ha reportado. Atribuye al propio Czar Nicolás la iniciativa de esta trascendental innovación que no sabemos si perdurará en medio del caos que reina en Rusia.

*

El capítulo XI, último de la obra *Rusia y la Democracia,* lleva por título *Recapitulación y Conclusiones.*

Dice el autor que en la breve reseña que hace de diez siglos y medio de historia rusa, es decir, al través de toda la evolución de ese país, se observan dos principios predominantes: Democracia y Monarquía.

Fué por su propio deseo que la Democracia rusa fundó la Monarquía cuando se dirigió a Rurik para que asegurara el orden y la paz en el país. Fué de igual modo por su voluntad que el pueblo ruso restauró la Monarquía cuando eligió como Czar a Miguel Romanoff.

Nunca han existido en Rusia conflictos entre la Monarquía y la Democracia (7). Todos los movimientos populares se hicieron en nombre del Czar y en contra de la especie de muro divisorio que se levantaba entre él y su pueblo, interesándole tanto a éste como al Czar derribarlo.

En su más oscura servidumbre fué siempre consolado por el Ideal que emanaba de la conciencia popular de un *Czar del Pueblo,* de quien esperaba obtener libertad y justicia.

Ese muro o tabique medianero estaba formado, durante el llamado período de Moscou, por la aristocracia. Pedro el Grande, que lo derribó por completo, hubiera podido llegar a ser un verdadero Czar del Pueblo. Desgraciadamente su genio lo impulsó a buscar para Rusia una rápida obtención de poder y pros-

---

(6) La aplastante derrota que acaba de sufrir Alemania hace desaparecer ese peligro. (*N. de J. V.*)

(7) No se pierda de vista que el autor escribió su libro en los comienzos de la guerra que acaba de terminar. (*N. de J. V.*)

peridad al precio de un inmediato cambio obligatorio que modificó por completo su primitiva estructura. Materialmente considerado, el éxito coronó su labor, pues el Imperio que él fundó llegó a ser rápidamente fuerte, vasto y populoso. Pero, al propio tiempo, perdió el espíritu vivificante de la nacionalidad.

En el llamado período de San Petersburgo, los emperadores fueron separados de su pueblo por un nuevo y más formidable muro: la burocracia germanizada. Esta burocracia actuó de manera arbitraria y no permitió que la voz del pueblo llegara hasta el Soberano. Estos burócratas favorecieron firmemente la penetración de Rusia por los alemanes, los invistieron con las facultades de una raza dominadora y pusieron el poderío del Imperio ruso al servicio de la causa alemana, hasta que sobrevino la unidad de Alemania y esta nación se convirtió en el poder dominante de Europa.

El resurgimiento nacional de Rusia empezó por el movimiento literario que despertó la conciencia nacional y creó la opinión pública. Ambas corrientes, la liberal y la nacionalista, eran esencialmente democráticas y lucharon contra la burocracia empeñada en mantener al soberano alejado del pueblo. Sin embargo, a despecho de las precauciones de los burócratas, los Czares se enteraron de la verdadera situación y tomaron la iniciativa de las reformas que el pueblo reclamaba.

Alejandro II puso amplias bases para la democratización del Estado ruso; Alejandro III rusificó la política exterior de Rusia; Nicolás II llevó a vías de hecho los planes de su abuelo y de su padre. Y al permitir que los deseos del pueblo llegaran hasta sus oídos por medio de las voces de los representantes electos, así como por medio de la prensa libre, el Emperador se colocó en comunicación directa con sus súbditos y, prácticamente, derribó el tabique divisorio.

En ningún otro país de Europa el elemento aristocrático es más débil que en Rusia. No existe la dignidad de Par y la clase aristocrática no tiene representación en la Cámara Alta. No existe el derecho de primogenitura; y cuando ocurre la muerte del padre, la fortuna es igualmente dividida entre sus hijos, las hijas reciben una parte más pequeña (que en la práctica suele ser igual a la de los hijos). Los títulos se heredan por los

descendientes de ambos sexos, lo cual hace que se multipliquen tanto que su uso no implica una posición superior.

La Nobleza rusa no apareja una directa conexión agraria, y desde la emancipación de los siervos y los últimos disturbios de hace diez años, la mayoría de los nobles vive en las ciudades.

La nobleza hereditaria se adquiere automáticamente con el grado de coronel en el ejército y el de *Conseiller de Collège* en el Servicio Civil. Hay, además, una numerosa nobleza "personal", adquirida por grados o títulos más inferiores (tchins).

Dice el autor que nada asombra tanto a los rusos que viajan por los países de la Europa occidental como la posición tan importante que ocupa la aristocracia aun en aquellas naciones que se consideran democráticas; por ejemplo, Francia republicana posee una nobleza más consistente que Rusia.

La clase más importante de Rusia es la formada por los aldeanos, que constituye más de un noventa por ciento de la totalidad de la población. Los campesinos, que saben que, por culpa de la clase aristocrática habían caído en servidumbre de la cual fueron libertados por el Czar, y que, además, han sido desde entonces objeto de la especial solicitud imperial, están devotamente unidos al Emperador y constituyen una de las más sólidas bases de la Monarquía Rusa (8). Una completa lealtad al Gobierno es patrimonio general de todas las otras clases.

Es cierto que la opinión pública demanda un desarrollo consistente de las instituciones moscovitas, indispensable para convertir a Rusia en un estado de factura moderna, y censura acerbamente a la burocracia por no poner en vigor las medidas liberales emanadas del Emperador; la prensa, en particular, se queja de la marcada parcialidad mostrada por los burócratas en favor de los elementos germanos residentes en Rusia. Sin embargo, la confianza inspirada por el vigoroso impulso de conjunto que el Emperador ha sabido darle a la política adoptada, le imprime al movimiento progresivo un carácter firme y moderado.

Y Wesselitsky pasa después a ocuparse de un extremo en el

(8) Este es un aspecto muy interesante de la cuestión rusa, casi desconocido entre nosotros. (*N. de J. V.*)

cual los hechos posteriores se han encargado de darle el más rotundo mentís.

El ''llamado'' movimiento revolucionario ruso nunca ha sido popular. Estaba circunscrito a grupos de intelectuales que operaban bajo la influencia de los socialistas alemanes, de escritores y agitadores anarquistas. Cuando esos revolucionarios querían incitar a las masas a que ejercieran actos de violencia contra la propiedad inmueble, redactaban proclamas apócrifas en nombre del Czar, mandando al pueblo a que procediera de ese modo.

La mira de esos elementos es suprimir la propiedad individual y destruir la actual organización social; ellos combatirían, con igual saña, una república que no fuera socialista. Los atentados criminales perpetrados en las personas que ocupan altos puestos, hechos que han excitado la universal animadversión, se han debido en gran parte a la instigación y ayuda de los enemigos de Rusia como nación.

Con motivo de la declaración de guerra por Alemania, ha venido circulando la especie de que los cabecillas revolucionarios se negaron a oir las proposiciones que les hacía el embajador alemán en Petrogrado, quien los incitaba para que promovieran grandes revueltas y alzamientos, y que los jefes, lejos de seguir tan antipatrióticas sugestiones, rompieron toda conexión con el enemigo de su patria.

.Lo cierto fué que la misma noche en que se conoció en la capital rusa la susodicha declaración de guerra, los obreros que estaban formando parte de una manifestación sediciosa, espontáneamente empezaron a cantar ''Dios salve al Czar'', y todos los huelguistas reasumieron el trabajo al siguiente día.

Y el autor sigue diciendo que cualquiera que sea la conducta de algunos individuos, lo cierto es que una enorme ola de patriotismo rueda por encima de la inmensa mayoría de los agitadores, quienes a una, como los demás rusos, concentran todos sus pensamientos en su afán de victoria para Rusia.

La tarea del presente reinado está aún muy lejos de haber sido completada. No se puede realizar ningún progreso substancial en muchas reformas de imperiosa necesidad, en tanto que no termine la Gran Guerra. Sin embargo, las reformas ya san-

cionadas o iniciadas constituyen una maravillosa y coordinada serie de grandes actos propios de un gran reinado. Y el autor lleva su entusiasmo hasta asegurar

que el *Ideal* que el pueblo ruso había guardado en su corazón por tantos siglos, *está al fin realizado: los rusos han encontrado el Czar del Pueblo!* (9)

Asevera después que, por sus últimas decisiones, el emperador Nicolás II ha unido todos los partidos y nacionalidades del Imperio como no lo habían estado jamás. Para él ya no hay en Rusia ni reaccionarios, ni revolucionarios: únicamente rusos.

Este hecho es de la más trascendental importancia, no sólo para Rusia, sino también para sus aliados, para los resultados de la presente contienda y para el futuro destino de Europa.

Y Wesselitsky termina el último capítulo de su obra diciendo que el Presidente de la Duma estaba lleno de razón cuando dijo en memorable asamblea: ''Esta es la voluntad de Rusia''.

Todo lo que se ve y escucha fortifica el convencimiento de que toda la nación rusa está firmemente resuelta a continuar la guerra hasta obtener que todos los eslavos estén libertados, hasta que se resuelva la cuestión del libre acceso de Rusia al mar abierto, y hasta que el legítimo deseo de sus Aliados esté satisfecho.

La enérgica medicina de la guerra está curando rápidamente a Rusia del virus germano, que durante dos siglos ha envenenado el organismo del Imperio.

La Democracia Rusa—añade Wesselitsky—*está, al fin, volviendo a ser lo que era. Su unión con la Monarquía está indisolublemente cimentada y consagrada por la sabia dirección del Gran Czar Eslavo.*

*

No termina aquí el interesante e instructivo libro de G. de Wesselitsky, esa obra que, con el título de *Rusia y la Democracia* y el subtítulo de *La úlcera maligna alemana,* nos ha ser-

(9) ¡Pobre Czar del Pueblo, tristemente fusilado en una población de la Siberia, hace tan sólo unos pocos meses! (*N. de J. V.*)

vido para darnos exacta cuenta de las causas que han provocado la caída de la nación moscovita y su caótico estado social.

En Europa y en los Estados Unidos—en donde por lo visto se conocía muy mal la historia y el desenvolvimiento de Rusia—, se abrigaba el temor de que, una vez obtenida la victoria por los Aliados, Rusia ofrecería grandes peligros para el futuro del mundo, desde el momento en que por su extensión y poderío estaba llamada a ser la sucesora de Alemania.

Parece ser que un escritor inglés, amigo de Rusia, y cuyas opiniones tiene en gran estima Wesselitsky, le hizo reparos en este sentido, a los cuales contesta el autor en un *Postscriptum.*

En él afirma que está dispuesto a disipar esos temores y dudas, pero que encuentra su labor simplificada a consecuencia de una autorizada e impresionante aseveración de un gran estadista inglés, que hace superfluo asegurarle al público británico el amor que siempre ha sentido Rusia por la paz, tanto en el pasado como en el momento presente.

El estadista inglés de referencia es Lloyd George, quien, en un discurso pronunciado en Bangar, afirmó que él era de los que dudaba que Rusia nunca había hecho una guerra agresiva a sus vecinos europeos; y agregaba después:

Rusia deseaba, antes que nada, paz. Quería paz, necesitaba de la paz, hubiera tenido paz, si no se la hubiera provocado. Estaba en los comienzos de un gran desarrollo industrial, y ambicionaba la paz con el fin de obtener los frutos de sus esfuerzos. Había sufrido con frecuencia verdaderas insolencias de parte de Alemania, y consentido esas humillaciones, todo por la paz, y únicamente por la paz. Nunca se ha conocido una nación más inclinada a la paz, de lo que lo ha sido Rusia.

Afirma Wesselitsky que este testimonio encierra tanta importancia, que no necesita corroboración ni admite controversia alguna. El único aspecto que podría tomarse en consideración es si Rusia, ''aumentados su poder y prestigio'', caería en la tentación de imitar a Alemania.

*

Vencida Rusia, reinando en ella el caos y la anarquía, por muy amenas e interesantes que resulten las razones que aduce el autor, huelga tomarlas en consideración.

El porvenir de Rusia, a nuestro juicio, está en las manos de Francia, Inglaterra, los Estados Unidos e Italia, de esos vencedores de la autocracia y del despotismo prusianos, como lo serán de la anarquía y del desgobierno que parecen querer entronizarse en los que fueron los temidos imperios alemán, austro-húngaro y ruso.

La Democracia, es decir, el orden, el respeto y la libertad, será lo que gobierne al mundo.

Julio Villoldo.

La Habana, 17 de noviembre de 1918.

LA "RESOLUCION" DE SU SANTIDAD EL PAPA BENEDICTO.

INTRODUCCIÓN



UANDO se recibió con inmenso regocijo en La Habana, el 7 de noviembre de este año que señala en la historia de la humanidad el fin de la tremenda guerra que ha azotado al universo durante casi un lustro, la anticipada noticia de haber sido firmado el armisticio que Alemania solicitó de los Aliados; noticia que el día 11, ya verdadera y confirmada oficialmente, llenó de júbilo indescriptible el corazón de los cubanos y de cuantos en el mundo entero simpatizan con la noble causa de los pueblos de la Entente y ayudaban a ésta—como Cuba la ha ayudado de todo corazón y en no escasa medida—a vencer, a reducir completa y definitivamente a sus enemigos los imperios centrales de Europa, pensé escribir algún trabajo que sintetizara los sentimientos exteriorizados por mis compatriotas en esos días de inusitados desbordamientos de alegría popular; que reflejara, si bien pálidamente, algunos aspectos del gozo inefable que en toda Cuba produjo la esperada y ansiada nueva del triunfo absoluto y aplastante logrado por los ejércitos a las órdenes del glorioso mariscal Foch, y que presentara, al propio tiempo, un resumen de ciertos importantes aspectos de la contienda, desde su principio hasta el día inolvidable en que el iris de paz dejó ver su luz en el horizonte.

Labor difícil, ciertamente, sobre todo en el último extremo apuntado; pero no tanto en relación con los primeros. Había ya puesto manos a la obra, cuando en la segunda quincena de noviembre llegó a mis manos el número del 16 de octubre, 1918,

de la revista Mercure de France. *Llamó mi atención el título del primer trabajo que contiene* (La "resolución" de Su Santidad el Papa Benedicto), *leí ese trabajo, y desde que gusté las brillantísimas y admirables páginas que hoy ofrezco a los lectores de* Cuba Contemporánea, *hice el propósito de traducirlas y publicarlas. Ellas presentan un cuadro bastante completo, pintado con los más exactos y vívidos colores, del martirio de Bélgica y de los sufrimientos de Francia; de la incalificable conducta de quienes violaron los más altos principios humanos; de la actitud de Inglaterra, Italia y Grecia, combatiendo, fraternalmente unidas a la patria del rey Alberto y a la cuna de los derechos del hombre, por estos mismos derechos que hollaron sus enemigos; de la gallarda y noble conducta de los Estados Unidos de la América del Norte, apartándose de su tradicional política para colocarse decididamente al lado de las naciones a cuya cabeza figuraban sus antecesores y sus auxiliares en la obtención de la libertad: Inglaterra y Francia; del movimiento de reprobación casi unánime que en los pueblos del orbe produjeron las depredaciones de las hordas obedientes a quien se decía el Señor de la Guerra; y del ambiguo, desairado e incomprensible papel que ha hecho en medio del estupendo conflicto el actual representante supremo del Supremo Hacedor.*

Proféticas son estas notabilísimas páginas del escritor francés cuyo seudónimo de Ezequiel *las hace todavía más picantes y curiosas; porque, escritas varios días antes de la firma del armisticio, revelan la más absoluta seguridad de triunfar en brevísimo plazo, y en las mismas condiciones en que la victoria se ha obtenido: desbaratando a Alemania, inutilizando a Turquía, dividiendo al imperio austrohúngaro y rindiendo a Bulgaria; porque exponen con rara clarividencia el porvenir del Papado, natural y merecida resultante de su pasividad, de su vacilación, de su ineptitud para presentarse ante el mundo como depositario de la más alta fuerza, del más alto poder que se atribuye y le atribuyen los fieles, abandonados a millares por él en este espantoso cataclismo del cual ha de salir un mundo nuevo al cesar el estruendo de los cañones y el batir de las espadas, para ser substituido por el choque de las ideas y la aspiración a una vida mejor.*

Por singular coincidencia terminé la traducción de este sugerente y hermoso artículo, en que al cabal conocimiento de los hechos históricos une su autor la más adecuada propiedad en el lenguaje empleado y en las palabras que pone en labios de los personajes a quienes evoca, así como la más honda emoción al describir en las bellísimas preces de Francia y de Bélgica los dolores y violencias que han soportado valerosamente ambas durante cuatro interminables años; por singular coincidencia, repito, acabé la traducción el 21 de noviembre de 1918, el mismo día en que Benedicto XV cumplió sesenta y cuatro años de edad, y escribo estas líneas el 22, fecha en que triunfalmente—como reivindicación solemnísima de la justicia y del derecho escarnecidos por el pueblo violador—hace su entrada en Bruselas, capital de Bélgica la mártir, el Rey Caballero.

Que él reciba, entre los vítores y aclamaciones de sus valerosos compatriotas, el voto de otro pueblo también pequeño, pero grande como el suyo en heroismo, que de él sabrá tomar ejemplo de fortaleza de ánimo en sus tropiezos y que debe aprender de él cómo el derecho y la justicia, cuando las virtudes y la decisión de hacerlos resplandecer están en el corazón de los hombres, pueden hacer intangibles a las naciones pequeñas y débiles. Es el voto de Cuba.

Carlos de Velasco.

*

He aquí, ahora, el artículo de referencia:

LA "RESOLUCION" DE SU SANTIDAD EL PAPA BENEDICTO

Su Santidad el Papa Benedicto reza en su oratorio del Vaticano:

La plegaria de S. S. el Papa Benedicto

¡Oh, Dios mío! He aquí que comienza el quinto año de la guerra. El fin del horrible azote que extiende sus devastaciones sobre el universo entero, no aparece en el horizonte del tiempo. Vengo, en este aniversario, a pedirte que me inspires,

que me hagas conocer tus designios, que me dictes la conducta que debo observar.

Desde que soy depositario del formidable poder que antaño confiaste al apóstol Pedro, me he agotado en esfuerzos, sin cesar renovados, para intentar poner fin al conflicto que ensangrienta a Europa. Con este objeto he multiplicado las tentativas, sin dejarme nunca desalentar por los reveses. Mas, lejos de aplacarse, a medida que el tiempo transcurre, el incendio se propaga de un punto a otro. Al presente, el universo entero está ardiendo.

Si yo hubiera encontrado siempre en frente de mí naciones tan favorables a mis proyectos como Alemania, y, sobre todo, como Austria, habría llevado a cabo la tarea pacificadora que me impuse. Los emperadores que gobiernan estos países han acogido mis proposiciones de paz con una evidente satisfacción y un ardiente deseo de verlas realizadas.

Pero, tú lo sabes ¡oh Dios mío!, el fracaso de mis tentativas es imputable a los pueblos de la *Entente*. Ellos acogieron con sonrisas mis ofrecimientos mediadores. Han parecido creer que yo, al hacer esas proposiciones, había servido de emisario a los imperios centrales con el objeto de favorecer los designios de éstos. En fin, me han reprochado no haberme puesto abiertamente de su parte, en la lucha contra sus enemigos.

Al confiarme la dirección de tu Iglesia, Señor, me has dado el gobierno de los intereses espirituales de los fieles del mundo entero, sin distinción de nacionalidades. Soy su padre común. No tengo por qué entrar en sus diferencias políticas o nacionales. En el curso de los años los gobiernos han reprochado bastante a mis predecesores el haber intervenido en las luchas políticas, para que yo no deba ponerme escrupulosamente en guardia contra toda tentación de recaer en los errores del pasado!

Por lo mismo que soy el padre común de todos los fieles, no debo tomar partido entre mis hijos. Si me inclino hacia uno, estoy forzado a condenar al otro. Procediendo así, me saldría de mi papel de padre, es decir, de protector. Por lo demás, si yo mismo hubiera tenido el poder y la voluntad de hacerlo, ¿cómo hubiese podido distinguir a los culpables, cuando estos pueblos se lanzan recíprocamente a la cara contradictorias acusaciones?

¿Cómo podría yo, sin temor de equivocarme, reconocer de qué lado están las culpas, en particular las primeras culpas?

Si me fuera posible presentar, a los ojos de aquellos que me censuran, la inmensidad de los esfuerzos que he desplegado para poner fin al conflicto, o para procurar hacer menos crueles los procedimientos empleados en el curso de estas luchas espantosas, el mundo quedaría sorprendido de mi obra. Por pequeños que sean los resultados obtenidos, tengo la conciencia tranquila. Todo lo que he realizado, los pueblos lo sabrán más tarde y la posteridad me hará justicia.

Sin embargo, ¡oh Dios todopoderoso! ¿será posible que yo no haya hecho todavía lo bastante para corresponder a tu esperanza? ¿Será posible que no estés satisfecho del sentido y de la dirección de mis esfuerzos? En el momento en que empieza este nuevo año, te pido que me inspires, que me aconsejes, que me guíes, a fin de que en el transcurso de estos doce meses más, durante los cuales comenzamos a recorrer el ciclo, pueda yo, por las intervenciones más juiciosas, por los esfuerzos mejor dirigidos, obtener esta paz que ansía ardientemente mi corazón de padre, horriblemente desgarrado. *Da servis tuis, Domine, illam quam mundus dare non potest, pacem! Amen.*

Su Santidad cae en seguida en profunda meditación, durante la cual oye plegarias que suben al Altísimo y voces que se dirigen a él personalmente.

La oración de Francia

Padre nuestro que estás en los cielos, yo tenía, tú lo sabes, apariencias de una nación indiferente y frívola. Mis hijos, hijos de un siglo escéptico, no creían en la guerra. Poco a poco sentía adormecerse en mí el ardor guerrero de mi juventud. Mientras me amodorraba en la quietud, desde hace años, agazapado en la sombra, el enemigo hereditario preparaba contra mí la más ruin, la más odiosa de las agresiones. Una tarde, por siempre memorable y que será maldita hasta la consumación de los siglos, los germanos se arrojaron bruscamente sobre mí. En un instante todos mis hijos se pusieron en pie y se estrecharon

alrededor de su madre para defenderla. Mientras, confiada en la fe debida a los tratados, yo aguardaba su asalto por el lado de nuestras comunes fronteras, los alemanes violaron a Bélgica para herirme por la espalda. Vacilé bajo el golpe. En pocos días, una gran porción de mi tierra fué la presa de los Bárbaros. Se abalanzaban destruyéndolo todo a su paso. He sido horriblemente destrozada en mi carne y he sentido pasar sobre mí el estremecimiento de la muerte.

Desde hace cuatro años, la más hermosa parte de mi territorio, y la más rica seguramente, es la presa de los germanos. En esas comarcas antes prósperas, ellos lo han saqueado todo, lo han destruído todo. Han quemado las aldeas por millares, talado todos los árboles frutales, arrasado los bosques y los montes; han transformado el país en un desierto, a tal punto, que los pájaros del cielo no pueden vivir y han huído de esas tierras desoladas. Para hacer a mi pueblo por siempre miserable, han detrozado los arados y han robado todos los instrumentos de trabajo. Las antiguas ciudades que eran adorno y orgullo de mis provincias del norte y del este, ricas por sus tesoros de arte—más ricas aún, colmenas laboriosas por el trabajo de sus habitantes—, las han aniquilado de tal suerte que allí no queda piedra sobre piedra. Se han ensañado en tus iglesias, desde las más suntuosas hasta las más pobres; en las catedrales magníficas que la fe de los antepasados te había erigido ¡Señor!, y en las cuales, durante siglos, se han elevado hacia ti las preces y los himnos de acción de gracias. Por todas partes han asesinado a millares a los hombres, a los ancianos; han ultrajado odiosamente a las mujeres y atrozmente mutilado a los niños. Han arrastrado al destierro a poblaciones enteras, reduciéndolas a la esclavitud.

En estas pruebas terribles ¡oh Señor!, tú no me has abandonado. Has permitido que por dos veces, sobre el Marne, mis ejércitos victoriosos contuvieran y rechazaran al invasor. Uno a uno, los pueblos libres han venido a colocarse a mi lado. Mi hermana Bélgica se sacrificó por mí. La soberbia Albión fué la primera en prestarme el auxilio de su inmenso poderío naval; ha puesto a mi disposición sus riquezas infinitas. Golpeó con el pie su suelo y el suelo de sus colonias, e hizo surgir innu-

merables legiones. Trajo consigo a su fiel aliado el Japón. Mi otra hermana, Italia, a la cual me ligan lazos muy estrechos y muy gratos, no tardó en unirse a mí para la defensa de la civilización latina amenazada en mi persona por la barbarie tudesca. Portugal, Grecia, madre de las letras y de las artes, cuna de la cultura antigua, han reivindicado el honor de unir sus banderas a las mías.

Y he aquí que, sublevado por los atroces e innumerables crímenes de mis feroces enemigos, comprendiendo que si yo era vencida por los Bárbaros, si el germanismo quedaba triunfante, la humanidad toda entera peligraba y el mundo estaba a punto de ser reducido a la esclavitud, el Presidente Wilson, resuelto a asegurar entre los pueblos el triunfo de la libertad y del derecho, echó a la batalla los inmensos recursos de la gran República de los Estados Unidos. A su voz, las Américas se irguieron en un gran estremecimiento de entusiasmo. Desde entonces, por meses y meses, franqueando sin cesar la inmensidad del Océano, innumerables buques desbordaron en mis puertos, noche y día, guerreros magníficos que venían a defender la libertad del mundo.

Eres tú, ¡oh, Señor! quien ha permitido todo esto. En tu sabiduría infinita, has querido que el derecho fuera respetado sobre esta tierra. Y para que la Barbarie no reinara como soberana dueña, contra los pueblos de presa tú has dispuesto la coalición de los pueblos libres.

¿Ha sido preciso que en esta lucha espantosa que ha enfrentado a los Hijos de la Luz y a los Hijos de las Tinieblas, ha sido preciso que el Vicario de tu Hijo, el jefe de tu Iglesia, tu representante en la tierra, haya permanecido indiferente? ¿Por qué no ha distinguido entre las víctimas y los verdugos? ¿Por qué no ha estigmatizado a los criminales?

Permaneciendo impasible en medio del Universo en llamas, el papa Benedicto pretende, para excusar su conducta, que los pueblos en disputa son sus hijos; que él los ama con amor igual, y que, sin faltar a los deberes de la paternidad, no puede tomar partido por el uno contra el otro. Pero, ¿son sus hijos el búlgaro y el turco? Y tú, ¡oh Dios mío! cuando tu pueblo de Israel faltó a sus deberes, ¿no lo castigaste, y numerosas veces repetidas, para hacerlo volver al camino recto?

Tu hijo ha dado a su Vicario el poder de unir y desunir, así en la tierra como en los cielos. Y, en manos de los papas de tiempos pasados, las armas espirituales, rudamente manejadas, derribaron tronos, conmovieron imperios e impresionaron de terror a los pueblos.

¿Por qué el papa Benedicto, como sus predecesores no dejaron de hacerlo en caso semejante, no ha denunciado solemnemente, *Urbi et Orbi*, la infamia de los Hijos del Mal? ¿Por qué, en razón de sus crímenes sin cuento, no los ha expulsado de la Santa Iglesia, como ellos se han excluído a sí mismos de la Humanidad?

Los santos Pontífices que se han sucedido en el trono de San Pedro, a causa del afecto que les consagré y con motivo de la antigüedad y del gran número de mis servicios, me llamaron la Hija mayor de la Iglesia. A través de los años me prodigaron los testimonios de su amor, amparándome sin cesar con su protección. Y, sin embargo, después de cuatro largos años, el último de ellos asiste al martirio de su hija sin que de su boca paternal una sola palabra de reprobación haya salido para condenar a los feroces verdugos de ella.

Pero si aquel que debió defenderme no lo ha hecho, tú, ¡oh Dios mío!, tú me has sostenido sin cesar, porque la justicia llena tu diestra.

¡Dios todopoderoso! Tú que me hiciste bella, noble y grande, tú sabes bien que si yo desapareciese de la superficie de la tierra, sería hacer desaparecer todo lo que hay de bello, de noble y de grande en este mundo que has creado a tu semejanza. Tú has querido, para bien de la humanidad, que yo continúe viviendo. Tú curarás mis llagas. Tú sanarás mis heridas, ¡oh divino Padre! Tú me devolverás la salud y la fuerza. Tú has templado tan fuertemente mi alma, la has hecho de un metal tan noble y tan puro, que ella ha soportado, sin ceder, los choques más terribles. Con la Esperanza y la Fe, me has dado la Fuerza y la Voluntad de vencer. Y yo te doy infinitas gracias, porque he aquí que en el horizonte has hecho lucir para mí el alba de la Victoria. ¡Que tu santo nombre sea bendecido!

LA ORACIÓN DE BÉLGICA

¡Oh Padre todopoderoso!, mi pueblo, desde su nacimiento, se entregó a los trabajos y a las artes de la paz. Raza piadosa, de nuestras catedrales, de nuestras iglesias, de nuestros monasterios, sobre toda mi tierra, la oración de las multitudes, mezclada a la voz de las campanas, se elevaba de continuo hacia Ti. La ley de Dios estaba en el corazón del rey Alberto; la verdad estaba en su boca; la justicia regulaba todas sus acciones. Juntos marchábamos en la paz y en el trabajo. Él llevaba a mi pueblo por la senda del honor. El acuerdo de las grandes naciones nos había asegurado que los horrores de la guerra serían evitados a nuestro territorio. Vivíamos en la calma y en la seguridad.

Una de las potencias que había asistido a mi nacimiento y que había garantizado la inviolabilidad de mis fronteras, pidió un día a mi rey que diera libre paso a sus ejércitos para asesinar a Francia certeramente. Los germanos llegaron a mí, mansos como corderos, cuando eran lobos rapaces. No tardé en conocerlos por sus actos. Comenzaron por exponerme propósitos pacíficos, mientras la rabia rugía en el fondo de sus corazones. Y porque mi rey se opuso a sus injustas pretensiones, porque quiso defender mi honor, los Bárbaros se lanzaron sobre mí. En pocos días, sobre mis ciudades florecientes, sobre mis ricas campiñas, hicieron cernerse la desolación, el terror y la muerte. Ellos, en su cólera, me pisotearon; me aplastaron en su rabia; se cubrieron de mi sangre; sus manos y sus rostros están enrojecidos. Golpearon al pastor y dispersaron el rebaño. Mis hijos, cual ovejas descarriadas, huyeron al destierro. Hoy en día, en playas extranjeras, lloran la patria perdida, como antaño, sentados a las orillas del río de Babilonia, los hebreos desterrados vertían lágrimas al evocar el recuerdo de Sión. Los que han quedado en la tierra natal sufren desde hace cuatro largos años los más indignos tratamientos. Los infortunados viven en la más dura y la más abyecta de las esclavitudes. No hay en el mundo suerte peor que la de ellos.

En el pavoroso desastre que ha pasado sobre mí, me queda-

ba mi alma, llama pura que continuaba brillando sobre las ruinas de la patria. Los germanos quisieron arrebatármela. Intentaron soliviantar, los unos contra los otros, a mis hijos de Flandes y de Valonia, esperando desgarrar el corazón de la nación como habían despedazado su carne. Sus criminales esfuerzos fueron impotentes.

Desde hace cuatro largos años, ¡oh Señor!, he ahí cuál es mi suerte. Para mí el sol se ha convertido en tinieblas y la luna en un globo de sangre. ¡Oh, vosotros todos los que pasáis por los caminos de este mundo, deteneos y decid si hay un dolor comparable a mi dolor!

Al relato de mis desventuras, de mis infortunios inmerecidos, el Universo se ha estremecido de cólera. Hasta los confines más apartados del mundo civilizado, todos, del más grande al más humilde, han comprendido que en mi persona habían sido odiosamente pisoteadas las reglas más imperiosas de la justicia, hollados los sagrados derechos sobre los cuales descansan la vida y la existencia de las naciones. Y de todas partes, en todos los continentes, los pueblos estigmatizaron a mis agresores y se levantaron en mi defensa.

En medio del Universo desbordante de indignación, sólo aquel que representa sobre esta tierra el más alto poder moral que existe, el Vicario de Cristo, no ha dicho nada. Ha permanecido impasible, sabiendo bien que si atendía mis lamentos y si aceptaba conocer de la querella, estaría obligado a condenar a mis verdugos.

Entonces, deseando enternecer su corazón, el Gran Pontífice de Flandes se abrió paso por entre las multitudes enemigas para ir a arrojarse a los pies del Padre de todos los fieles. Le contó el horror de las violaciones, de las matanzas y de los asesinatos. Le mostró, en las calles, los cadáveres de sacerdotes fusilados, los cuerpos de religiosas, ensangrentados y ultrajados, pudriéndose en las encrucijadas. Le pintó el horror de los incendios, le representó el aniquilamiento de todo un pueblo, el degüello de toda una nación.

De la boca de aquel que tiene el poder de unir y desunir, no ha salido una sola palabra de reprobación. Ni una palabra de conmiseración se ha recogido de sus labios. Su Santidad el

Papa Benedicto ha temido, si hubiera compadecido en alta voz a la víctima, si le hubiera manifestado abiertamente su piedad, que su actitud pudiera interpretarse como un reproche dirigido a los verdugos. Y, desesperado, el Pastor tuvo que volver a Flandes sin haber podido traer a su diezmado rebaño otra cosa que frases de trivial consuelo. Desde ese instante, con el corazón hecho pedazos, pero con el alma invencible, el gran Cardenal se encierra en obstinado y huraño silencio mientras llega la hora.

¡Santísimo Padre!, de la boca de mis enemigos, tú lo sabes, no sale sino la mentira. Su lengua no ha servido nunca sino para la traición. Sus manos están manchadas de crímenes, y de sus dedos gotea la sangre. Pero, yo soy un lirio puro y sin mancha. Ellos me han perseguido con sus iniquidades. Han destruído mi hogar. Han arrasado mi heredad. Me han dado por alimento la hiel y por bebida el vinagre. Me tienen bajo sus pies, desnuda y sangrando. Se ríen de mi agonía. ¿Por qué no vienes en mi socorro?

¡Oh Dios mío!, si tu Vicario ha apartado sus miradas de la más joven de sus hijas en la prueba dolorosa, entre todas, que ha soportado con valor y resignación, Tú, tú tendrás piedad de ella. ¡Confían en ti los que conocen tu nombre, Señor! Tú no abandonas a los que te ruegan. ¡Cantad, oh mis hijos, al Señor que vive en el cielo, porque *él* no desdeña las súplicas de los desgraciados!

¡Señor!, creador de todas las cosas, Dios terrible y fuerte, justo y misericordioso, tú el solo bueno, tú el único rey, todopoderoso y eterno, reconfórtame en medio de mis tribulaciones. Tú has probado mi corazón y lo has hallado puro y sin debilidad. Estoy errante en medio de las sombras de la muerte, pero soporto mis males con ánimo, porque sé que estás conmigo. No dejes perderse mi alma en medio de los impíos. Sustráeme al contacto de los hombres sanguinarios. Sus manos están cargadas de iniquidades, y yo, yo marcho envuelta en mi vestidura de inocencia.

Sé mi juez, ¡oh Dios mío! Discierne mi causa de la de la nación impía. No apartes tu vista de tu hija desgraciada. Acógela prontamente. Mantén mis ojos abiertos, ¡oh Dios mío!, a

fin de que no me duerma en la nada, porque ya el frío de la muerte ha penetrado hasta mi médula. Vela sobre mí como sobre la pupila de tus ojos. ¡Protégeme con la sombra de tus alas!

¡Oh pueblo mío!, el Dios que juzga a los vivos y a los muertos se levanta. Tus enemigos serán sobrecogidos de terror. Huirán al sonido de su voz aquellos que te martirizan. La diestra del Señor se ha extendido sobre mí. No moriré. Viviré, y hasta el fin de los siglos cantaré la Gloria de Dios!

El procurador de Judea

El año 785 de la fundación de la Ciudad, yo era procurador de Judea por Tiberio César Augusto, emperador. Un día, los príncipes de los sacerdotes de Jerusalén me trajeron a un hombre que había sido condenado a muerte, pidiéndome que confirmara la sentencia y la hiciera ejecutar. Vuelto a Lithostrotos, donde estaba el asiento de mi jurisdicción, me acomodé en mi tribunal e hice conducir ante mí al condenado. En el momento en que yo comenzaba el examen de la causa, mi mujer me mandó decir que de ningún modo me ocupara del asunto; que un sueño le había advertido que nada bueno resultaría de ello para mí. Se debería escuchar siempre a las mujeres; tienen ellas, frecuentemente, más sentido que nosotros. Desatendí los consejos de la mía, y me fué mal. No tardé en convencerme de que el condenado no era culpable de los crímenes de que había sido acusado. Si él hubiera sido ciudadano romano, yo lo habría absuelto. Pero era judío; sus jueces nacionales lo habían condenado. Temí, si no autorizaba la ejecución de la sentencia, ponerme a mal con los jefes del gobierno de Judea, y para evitarme disgustos dejé matar a un inocente.

Escucha, sin embargo, lo que voy a decirte, y utilízalo en tu beneficio en caso necesario: porque, un día, tuve un momento de debilidad; porque, una vez, toleré que se cometiese una injusticia; porque, a propósito de un asunto que en sí me parecía fútil, no supe ni discernir mi deber, ni aceptar mis responsabilidades, mi memoria es, desde hace diez y nueve siglos, objeto del desprecio de los hombres.

San Gervasio

Hace ya siglos, los habitantes de Lutecia, que me veneraban grandemente, elevaron a Dios, bajo mi advocación, una iglesia de gran belleza. En este santuario, de continuo frecuentado en el curso de los años, los fieles adoraban al Señor y cantaban las primitivas melodías instauradas por el Papa Gregorio.

El emperador de los germanos, cuyos ejércitos han invadido el norte de la Galia, hizo preparar una ballesta de extraordinaria potencia para lanzar a muy grandes distancias sobre Lutecia masas de hierro de un peso considerable.

En el aniversario de la muerte de Cristo, en el instante mismo en que él rendía su espíritu; en el momento en que, en todas las iglesias, la numerosa muchedumbre de los fieles acudía a adorar al Salvador del mundo, el malvado emperador da la orden de tirar sobre la ciudad. Un enorme bloque de hierro, que encerraba fuego, hendió las bóvedas de mi santuario y se rompió en millares de pedazos, esparciendo la muerte en las hileras de fieles piadosamente arrodillados. Hombres, mujeres y niños fueron muertos o heridos por centenares.

Se me ha dicho que tú no has vituperado al emperador de los germanos por haber cometido en tal día, en hora semejante, tan abominable sacrilegio. Se me ha dicho también que no has expresado, públicamente al menos, al obispo y a los fieles de la diócesis, el horror que ha debido producirte tal crimen. Se me ha afirmado, asimismo, que has dejado partir a las piadosas víctimas sin que una palabra de bendición saliera de tu boca en favor de aquellos que fueron muertos al pie de los santos altares cuando adoraban al Altísimo.

Antiguamente los papas fulminaban condenaciones terribles contra quienes ultrajaban la casa de Dios. ¿Por qué no has castigado al rey bárbaro por haber profanado tan odiosamente mi santuario? Se dice que, recientemente, has escrito un muy extenso y muy erudito libro sobre derecho canónico. ¿No contendrá ninguna pena contra los miserables que destruyen las iglesias del Señor?

Parece que el emperador de los germanos es un tirano te-

mido por el mundo entero. Se pretende que es todavía más cruel que Nerón. Éste era, sin embargo, un tirano bien horrendo. Por su orden, mi hermano Protasio y yo sufrimos el martirio. En nuestro tiempo, tú lo sabes, no temíamos a los malvados. Denunciábamos sin piedad sus crímenes, sabiendo bien que al hacerlo nos exponíamos a sufrir las más horribles torturas. Veo que los tiempos han cambiado.

El papa Gregorio

Desconfía de ellos, hermano mío. Conozco a los Bárbaros de más allá de los montes. Sé de su ansia desenfrenada de dominación. Toda mi vida luché contra ellos para defender los derechos de San Pedro, que habían reducido a la nada. Por la sola fuerza de las armas espirituales, humillé hasta la tierra la frente orgullosa del más insolente de los emperadores germánicos. Como había rehusado obedecerme, le retiré el gobierno de toda la Alemania y de Italia. Vino a mi castillo de Canosa el emperador Enrique. Vino descalzo, en camisa, humilde y desesperado, para implorar su perdón. Tres días, tiritando en la nieve, aguardó a que me dignase admitirle a mi presencia. Y años después murió en Espira, abandonado de todos, porque yo le había condenado.

Durante siglos los emperadores germánicos, que se creen herederos de los Césares de Roma, han tendido a la dominación universal. Siempre han soñado con avasallar al Papado para hacer de él un instrumento de gobierno. Yo, el primero de los papas, tuve que hacerles frente. Y los forcé a retroceder. Después de mí la lucha ha proseguido. Y no se acabará hasta que las otras potencias tomen la defensa de la Iglesia contra los proyectos de los germanos.

Helos aquí, atacados de un nuevo acceso de locura, a los Bárbaros de más allá de los montes. Una vez más han entrado en guerra para sojuzgar al mundo. Los francos y los italianos, que ellos querían aniquilar, fueron siempre los más sólidos apoyos de los papas. Tratando con miramientos a los germanos, que son nuestros enemigos de todos los tiempos, y enajenándote los hombres de la Galia y de la Italia, que son nuestros más

fieles servidores, vas contra todas las tradiciones, contra los más sagrados intereses de los sucesores del Apóstol. Y forjas tú mismo las cadenas que tendrán cautivos a los Pontífices del porvenir.

Desde hace cuatro años el emperador germánico inunda la tierra bajo torrentes de sangre. Ha hecho desbordar la copa de las iniquidades. ¿Por qué no has marcado la frente del monstruo? ¿Por qué no has denunciado sus crímenes al universo?

Estás colocado por Dios sobre los pueblos y los reinos. Es a ti a quien se aplica la palabra del profeta: "Te he puesto por encima de los pueblos y de los reinos para que arranques y destruyas, y también para que edifiques y plantes." Es a ti a quien fué dicho: "Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto unas en la tierra será unido en el cielo". ¿Quién es el que dirige a toda la familia? Es el sucesor de Pedro. Está en el centro, entre Dios y el hombre; menos grande que Dios, pero más grande que el hombre. Nada de lo que pasa en el universo debe escapar a la atención y al examen del Soberano Pontífice.

¿Qué uso has hecho del poder que Dios te ha confiado?

El papa Urbano

En el corazón de la Francia de entonces, en el concilio de Clermont, yo, el Papa Urbano, prediqué la cruzada. A mi voz, para ir a libertar la Tierra Santa, el mundo cristiano se levantó. Innumerables ejércitos, para obedecer la voluntad de Dios, se pusieron en marcha hacia Oriente. Y cuando mis ojos se cerraron a la luz del día, había llevado a la Jerusalén celeste la inmensa alegría de haber sustraído la tumba de Cristo a la dominación impura de los infieles.

Un siglo no había transcurrido aún, cuando los Santos Lugares recaían en poder de los musulmanes. Al saber la fatal nueva, murió de dolor el Pontífice que ocupaba entonces la silla de San Pedro. Desde aquel tiempo la cristiandad ha multiplicado en vano las cruzadas. Las sucesivas oleadas salidas de Occidente, fueron a morir una tras otra sobre las arenas del desierto o se destrozaron contra la dura roca de las fortalezas

sarracenas. Jerusalén, la cuna de la Fe, permaneció en poder del Islam.

Y he aquí que con la aurora del siglo el formidable suceso que bajo mi pontificado, hace más de ochocientos años, sacudió a toda la cristiandad con grandes estremecimientos de entusiasmo, acaba de reproducirse. Nuevos cruzados, los ejércitos cristianos han conquistado los Santos Lugares. Ellos han expulsado a los infieles. Por segunda vez el sepulcro de Nuestro Señor ha sido libertado. Los hijos de Cristo han hecho retumbar el Universo con sus gritos de triunfo. Y, en el fondo de sus heladas tumbas, los santos prelados y los piadosos caballeros se han conmovido de celeste júbilo.

Y es singular que tú, el Vicario de Cristo, tú, el representante de Dios sobre la Tierra, al saber esta esplendente victoria de la Fe hayas guardado silencio! ¿No has debido, para dar gracias al cielo por haber permitido que bajo tu Pontificado se haya consumado esta cosa inaudita que durante siglos de ardiente fe han perseguido los cristianos con esfuerzos repetidos sin cesar, este ensueño que generaciones piadosas han acariciado sin poderlo realizar, —la *Recuperación de la Tierra Santa*—, no has debido hacer estallar en todas las iglesias de la cristiandad los himnos de acción de gracias, el canto, mil y mil veces repetido, del *Te Deum laudamus,* y desatar en todos los campanarios del Universo los alegres repiques de las campanas?

Cuando comparezcas ante el Juez cuya majestad te hará temblar y que te preguntará por qué causas no has celebrado como convenía hacerlo, con todo el esplendor de un acontecimiento único como éste que él ha permitido, la *Liberación del Santo Sepulcro,* ¿qué responderás en tu defensa?

Leo en tu corazón, hermano mío. Si no has osado celebrar la victoria de la Cruz sobre la Media Luna; si no has colocado en el rango de las grandes fiestas religiosas el día de la entrada de los Aliados en Jerusalén; si no has expresado a los gloriosos vencedores el conmovido reconocimiento de toda la cristiandad; si tú, ante este acontecimiento de incalculable alcance, has guardado el silencio más completo y más absoluto, es porque el enemigo de la Fe, el feroz y cruel adversario de Cristo, el Turco,

es aliado del Germano, y porque has sido circunspecto con el Germano. Has procedido sinrazón. Deberías meditar en lo que acaba de decirte el Papa Gregorio. A través de las edades, la barbarie del Germano ha sido cada vez peor. En estos últimos días han llegado hasta mí. Los germanos han reducido a cenizas mi ciudad natal (1). Vinieron a insultarme porque fuí un Papa francés. De lo alto de la colina desde la cual la vista se extiende a lo lejos sobre el valle del Marne y las altiplanicies circunvecinas, he visto a los Bárbaros realizar su tarea. Sobre toda la comarca que mi alta diestra levantada protegía con su bendición, han esparcido la sangre a torrentes. Hasta los confines del horizonte he percibido el reflejo de los incendios. Y ahora que huyen hacia el Norte en una fuga desesperada, no hay a mis pies sino ruinas humeantes y pueblos asolados. Hijos malditos de Satán, juraron destruir a la dulce Francia, mi patria bien amada. ¡Oh, hermano mío!, si la Francia pereciera, puedes estar seguro de que sería el fin del Papado! ¡Los sucesores de San Pedro no serían sino fantoches bajo la mano de hierro de los emperadores germanos!

El papa León

¿Me reconoces, no es así? No hace muchos años que entré en la Eternidad. Bajo mi pontificado te educaste. Pareces, sin embargo, no haberte inspirado ni en mis doctrinas ni en mis lecciones.

Nada has comprendido, permíteme decírtelo, del conflicto que trastorna al mundo. ¿Crees, de buena fe, que entre las naciones que desde hace años se degüellan unas a otras, podrás, colocándote en medio de ellas, detenerlas y hacer que a tu voz, de hoy a mañana, se abracen como hermanas en un momento de sensibilidad?

Las causas del conflicto son demasiado complejas, demasiado profundas, los odios que ha engendrado son extremadamente tenaces, las ruinas amontonadas son harto irreparables para que

(1) El papa Urbano II nació en Châtillon-sur-Marne. Su monumental estatua se elevaba a la entrada de la pequeña ciudad, sobre una altura que dominaba el río. (*N. del autor.*)

la lucha pueda tener fin de otro modo que por el aniquilamiento definitivo y absoluto de una de las partes.

En vez de pasar tu tiempo buscando entre adversarios irreducibles un terreno de armonía que no es posible encontrar, ¿qué has debido hacer? Velar solamente por los intereses del Papado, que son los únicos que has debido considerar.

No se puede decir que hayas dirigido mal la barca de San Pedro. La verdad es que no la has dirigido absolutamente. La has dejado anclada. Y este es el reproche que te hago. En el momento en que el universo arde, en que aquellos que prendieron el incendio son conocidos, en que crímenes atroces han sido amontonados unos sobre otros por una de las partes contendientes, con una superabundancia que el espíritu no alcanza a representárselos, es extraño que tú, que representas la más grande potencia moral del universo, hayas permanecido mudo, como si estos delitos execrables que presencias desde hace cuatro años no te interesaran por ningún motivo.

Cuando tales horrores se cometen—la matanza sistemática de centenares de miles de armenios no es sino uno de los crímenes imputables a los Imperios Centrales y a sus acólitos—, cuando tales horrores se cometen, no es posible que la boca del Soberano Pontífice permanezca obstinadamente cerrada.

Cuando comparo tu conducta durante estos cuatro años, en el decurso de los cuales los imperiales se han manchado con todos los crímenes, con la de mi ilustre predecesor el Papa Pío IX en frente de sucesos infinitamente menos graves, me siento impulsado a hacer respecto de ti las más extrañas reflexiones. En la época del aplastamiento de la insurrección polaca de 1863, las potencias de Europa guardaron silencio. Durante una ceremonia que había atraído numeroso público llegado de todos los rincones del universo, el Papa exclamó: ''No, yo no quiero, cuando compareza ante el Juez eterno, tenerme que dirigir este reproche: *Væ mihi quia tacui*'' (2). ¡Qué abismo entre él y tú!

No has querido escuchar nunca las reclamaciones de los Aliados, en el momento en que, puede ser que sin sospecharlo, hacías

(2) El mismo hecho se refiere, en términos más o menos idénticos, por el Sr. Denys Cochin. Véase *Marne et Piave*, *Le Correspondant*, 10 agosto 1918, pág. 395. (*Nota del autor.*)

el juego a los imperiales. Últimamente fué necesario que el gobierno chino te llamase al orden, porque, en calidad de nuncio, le presentaste a uno de los mejores agentes del Kaiser.

De mí se ha dicho que fuí un papa diplomático. La verdad es que siempre tuve de mis funciones supraterrestres la más alta idea; que procuré siempre hacer más eminente el poder que Dios me había confiado.

En cuanto a eso, es preciso saber imponerse al mundo por sus actos, por sus palabras, por su política.

Cuando los principios de la moral son gravemente ofendidos, si la Potencia que representa la moral en su expresión más alta no interviene para hacer respetar las reglas violadas y señalar a los culpables, pierde toda autoridad por su propia abstención.

Ese es tu caso. ¿Crees tú que Francia, Bélgica y sus aliados te perdonarán nunca el haber amparado con tu silencio los crímenes de los germanos? Yo tuve que luchar frecuentemente contra Francia. No siempre me ha sido dable elogiar a sus directores. Pero los franceses son hombres de ingenio. Como saben entender sus intereses, está fuera de duda que un día por venir se reconciliarán con el Vaticano. Puedes darte golpes de pecho diciéndote que, por tu conducta en el curso de la guerra, habrás hecho muy difícil, antes de que pase largo tiempo, un acercamiento que habría podido casi seguramente realizarse cuando el reinado de la paz quede restablecido en la tierra.

¡Los Aliados! Tú los has irritado tanto como es posible irritar a los pueblos. No ignoras que Francia nada tiene de qué acusarse. No osarás nunca negar que Bélgica ha sido una infeliz víctima, un cordero indignamente degollado. Es la evidencia misma que los pueblos de Europa y de América, venidos en su socorro, procedieron sublevados por los crímenes de los imperiales e impelidos por consideraciones de justicia, porque los más sagrados principios del derecho y de la moral fueron hollados. Los Aliados, en el curso de esta guerra, han prestado a la Iglesia católica inmensos servicios; aunque no sean más que haber recobrado de los turcos, aliados de los emperadores, la Tierra Santa, y haber salvado el Sepulcro de Cristo; como lo es también el haber impedido que la dominación de los imperiales fuera establecida sobre el mundo, defendiendo así, por consi-

guiente, al mismo tiempo que todas las otras libertades, la libertad de la Santa Sede que hubiera perecido con lo demás. ¿Les has dirigido nunca una palabra de agradecimiento?

En frente de los Aliados, ¿a quién encuentras tú? Naciones que, en el pasado, han querido siempre sojuzgar a Europa. El Papa Gregorio acaba de repetirte cómo antaño los emperadores germánicos procedieron frente a los Papas. Déjame recordarte que si Rampolla no me sucedió, fué porque el emperador Guillermo tenía la sospecha de que amaba a Francia. Y entonces, por medio de los cardenales austriacos, sumisos lacayos a sus órdenes, hizo excluir a mi insigne amigo queridísimo; atreviéndose por este acto, despreciable cual ninguno lo fué nunca a los ojos de la Iglesia, a atacar la libertad del Cónclave, libertad que había sido hasta entonces respetada siempre.

Contra estas naciones sus crímenes se levantan por todas partes, horriblemente acusadores. Dirige un poco la vista hacia las provincias del norte y del este de Francia, sobre Bélgica. Mira a Serbia. Contempla los millones de armenios asesinados sistemáticamente con la complicidad del emperador Guillermo, si no por su orden. ¡Católicos, sin embargo!

Te vas a ver pronto en una situación terriblemente difícil. La victoria de los Aliados está próxima. Será total y absoluta. Los imperiales no tienen, a este respecto, ninguna duda. Saben que están irremediablemente perdidos. Eres quizá el único en el mundo que cree en el éxito de ellos. Cuando se abra el Congreso de la Paz, no creas que serás invitado a ocupar alrededor del verde tapete el lugar que pertenece de derecho a la Santa Sede. Te lamentas de que Italia se haya opuesto a tu admisión en la futura Conferencia. Si nuestros compatriotas, que son la fineza misma, han pedido tu exclusión, es que—mira—te conocen. Saben que has sido siempre condescendiente con los imperiales, que tiemblas delante de ellos. ¿Por qué han de dar entrada en el lugar, si no a un adversario declarado, que tú no lo eres, por lo menos a un personaje sospechoso de parcialidad hacia sus enemigos?

Si te has equivocado torpemente, debo reconocer que tus intenciones han sido siempre puras. Es por esto por lo que participarás de las beatitudes eternas. El deseo de todo cristiano es

el de aspirar a salir de este valle de lágrimas, para contemplar a Dios frente a frente. Así, no tomarás a mala parte lo que voy a decirte. Desde que ascendiste al trono de San Pedro, el Todopoderoso no ha podido abrirte los ojos. Para bien del Papado, será posible que él te los cierre pronto.

La segunda revelación de Juan el Teólogo

Yo, Juan el Teólogo, estaba en la isla de Patmos cuando un domingo oí detrás de mí una voz, estrepitosa como el sonido de la trompeta, que me decía:

Soy uno de los siete ángeles que están ante el trono de Dios. Ven, te mostraré la condenación de la gran prostituta que quiso subyugar la Tierra.

Y, en espíritu, me transportó a un desierto. Y vi a una mujer sentada sobre una bestia color de escarlata, llena de palabras de blasfemia. El animal tenía tres cabezas y diez cuernos.

Esta mujer estaba vestida de púrpura y de escarlata, adornada de oro, piedras preciosas y perlas; tenía en la mano una copa llena de abominaciones y de la mancilla de sus deshonestidades.

Y sobre su frente estaba escrita esta frase misteriosa: la gran Babilonia, madre de las impudicicias y de las abominaciones de la Tierra.

Vi a esta mujer embriagada con la sangre de millones y millones de muertos que ella había hecho degollar. Y, viéndola, fuí presa de un gran asombro.

Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te descubriré el misterio de la mujer y del animal que la sostiene.

Las tres cabezas sobre las cuales la mujer está asentada, son el Húngaro, el Búlgaro y el Turco.

Y los diez cuernos que le has visto al animal, son los pueblos aliados que aborrecen a la prostituta, que la tendrán desconsolada y desnuda, que comerán sus carnes y la tostarán al fuego.

Pues Dios les puso en el corazón el deseo de ejecutar lo que le place, y de tener igual designio. Y ellos combatirán juntos hasta que las palabras de Dios se hayan cumplido.

Y la mujer que has visto es la Germania, que quiso reinar sobre los reyes de la Tierra.

*

Después de esto, vi descender del cielo a otro ángel que tenía gran poder. Y la tierra se iluminó con su gloria.

Y exclamó con fuerza y en alta voz: Ha caído, ha caído la gran Babilonia. Ha venido a ser la morada de los demonios y la madriguera de todo espíritu inmundo y de todo pájaro inmundo, de los que inspiran horror.

Oí otra voz del cielo, que decía: Los pecados de Babilonia han llegado hasta el cielo y Dios se acuerda de sus iniquidades.

¡Oh pueblos que ella ha oprimido, naciones que ha pisoteado, hacedle algo parecido: devolvedle el doble de lo que os hizo! Hacedle vaciar con creces el vaso en que os quiso dar de beber.

Tanto como ella se enorgulleció y se encenagó en el crimen, hacedle sufrir lo mismo en tormento y aflicción; porque ella dijo en su fuero interno: Quiero ser la reina del mundo y dominar el Universo, y no veré duelo alguno.

Por eso es que sus plagas, la mortalidad, el duelo y el hambre, vendrán en un mismo día. Y ella será consumida por el fuego. Pues el Dios que la juzgará es poderoso.

¡Oh cielo!, regocíjate por su causa; y vosotros, Pueblos de la tierra, regocijaos, pues Dios ha ejecutado sus juicios sobre ella por vuestra causa.

*

Entonces un ángel poderoso tomó una piedra, grande como una de molino, y la arrojó al mar diciendo: Así Babilonia, esta gran ciudad, será precipitada con violencia y no se la encontrará jamás.

Y el son de tañedores de arpa, de músicos, de tocadores de flauta y de trompetas, no se escuchará más en tu seno. Ningún artesano, de cualquier oficio que sea, se encontrará. Y el ruido de la muela no se dejará oir.

La luz de las lámparas no brillará más y no se percibirá la voz del esposo y de la esposa, porque tus soldados y tus mercaderes pretendían ser los grandes de la tierra, y todas las naciones fueron seducidas por tus envenenamientos.

Y es que en esta ciudad ha sido hallada la sangre de millones de hombres que ella hizo morir para satisfacer sus ambiciones.

*

Oí después de eso una gran voz que parecía la de los Pueblos

de la tierra, y que decía: ¡Aleluya!, la salvación y la gloria, el honor y el poder pertenecen a Dios nuestro Señor.

Pues sus juicios son verdaderos y justos, porque él ha juzgado a la gran prostituta que corrompió la tierra con su impudicicia y ha vengado la sangre de sus servidores, derramada por su mano.

Y ellos dijeron por segunda vez: ¡Aleluya! Y su humo se elevará por los siglos de los siglos.

*

Soy yo, Juan, quien ha oído y visto estas cosas. Y te las refiero para que las anuncies a la Ciudad y al Mundo.

A-Ω

Yo soy el Alfa y Omega, el Principio y el Fin, AQUEL QUE ES, Y QUE ERA Y QUE SERÁ, el Todopoderoso.

La voz de los Pueblos oprimidos ha subido hasta mí. Jamás, desde que creé el sol, su luz había iluminado en tan pocos días tantas ruinas, tantos incendios y crímenes. Jamás se había derramado tanta sangre.

Al relato de estas abominaciones, los cielos se han conmovido de horror. Es extraño que en medio de la tierra trastornada, ante el espectáculo de los innumerables crímenes cometidos por los Pueblos de presa, hayas permanecido mudo. ¿No has sido colocado por mí sobre las naciones y los reinos para arrancar, destruir, arruinar y dispersar?

¡Ten cuidado! Si continúas amparando con tu silencio las execrables felonías de los Hijos del Mal, podrás manchar tu blanca veste con todo el oprobio de sus iniquidades.

*

¡Escuchad mi voz, oh pueblos míos! Abrid vuestros oídos a las palabras de mi boca. He aquí que el invierno ha pasado. La primavera se aproxima y, con ella, el sol de la esperanza.

Soy el salvador de los pueblos justos. Los llenaré con mi hálito. Los que han sembrado lágrimas recogerán alegría. Sean cuales fueren las tribulaciones de que se quejen a mí, yo los acogeré. Y seré eternamente el Señor para ellos.

*

He aquí que la hora se aproxima. La alborada del triunfo va a lucir para los Pueblos justos. Y he aquí que llega para los Hijos del Mal el día del castigo.

Pronunciaré un fallo inmisericorde contra aquellos cuyo corazón no ha conocido la misericordia.

Vengaré la sangre de los justos que ha sido vertida injustamente. Golpeàré las mandíbulas del impío y le arrancaré su presa de entre los dientes; devolveré septuplicados, a las naciones sanguinarias, los males que han hecho.

El árbol maldito no puede dar buenos frutos. El árbol que no da buenos frutos, debe ser cortado y arrojado al fuego. Anonadaré a los pueblos orgullosos; los haré desaparecer de la haz de la tierra, de modo tal que no quedará ni el recuerdo de ellos. Desaparecerán como si jamás hubieran existido. Venidos al mundo, serán como si jamás hubieran nacido. Y sus hijos con ellos.

*

Que el ángel Gabriel vaya a decir a los cuatro ángeles a quienes ha sido encomendado hacer el mal sobre la tierra y sobre los mares (3): "¡Esto es demasiado!"

"Seréis precipitados en el tanque de fuego y azufre y seréis atormentados día y noche por los siglos de los siglos."

Después el ángel irá a la Gran Babilonia y le dirá: "Aún cuarenta días, y serás destruída."

Los hombres perecerán por el hierro. Las mujeres y los niños morirán de hambre. Escucharás innumerables lamentos elevarse de las casas desoladas.

Los reyes que han vivido con ella en las delicias y que se mancillaron con ella, llorarán sobre ella y se golpearán el pecho cuando vean la humareda de su hoguera.

Se mantendrán lejos por temor de su suplicio, y dirán: ¡Ay, ay!, Babilonia, gran ciudad, ciudad poderosa, ¿cómo tu condenación ha venido en un momento?

---

(3) La existencia de estos cuatro ángeles fué revelada por San Juan (*Apocalipsis*, VII, 2.)... *Et clamavit* [*angelus*] *voce magna quatucr angelis, quibus datum est nocere terra et mari, dicens*... Los cuatro ángeles designados por San Juan son: el Germano, el Huno o Húngaro, el Búlgaro y el Turco. (*Nota de un exégeta.*)

Y el humo de Babilonia se elevará por los siglos de los siglos.

*

Dichosos los Pueblos que han seguido el camino recto y que han marchado bajo mi ley. Ellos florecerán como los lirios de Sarón y como las rosas de Jericó. Echarán raíces como los cedros del Líbano. Serán poderosos sobre la Tierra y haré reinar sobre ellos la paz.

La segunda oración de S. S. el Papa Benedicto

Fragmentos

Miserere mei, Deus, secumdam magnam misericordiam tuam. Munda cor meum... Non reminiscaris delicta mea... sana animam meam quia graviter peccavi... clementiam tuam... quam ego indignus. . . . .

. . . .

. . . .

Anathema... Germanis, sociisque... in æternum maledictio... sub nexis interdicti. . . . .

omnes terras. . . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Christus qui diligit Francos. . . . .

Pax Domini, sit semper cum illis... Amen!

*

Entonces, Aquel que ha recibido el poder de unir y desunir en la tierra como en los cielos, Aquel que fué puesto por Dios más alto que las naciones y los reinos, para arrancar, destruir, arruinar y dispersar, el Vicario de Cristo sobre la Tierra, Su Santidad el Papa Benedicto, se levantó...

EZEQUIEL.

NOTAS EDITORIALES

EL COMITÉ CUBANO "FRANCE-AMÉRIQUE".

El 16 de noviembre último quedó constituido en La Habana el Comité Cubano "France-Amérique", rama de la institución que con este nombre preside en Francia el insigne historiador Gabriel Hanotaux, y que tan eminentes servicios ha prestado durante la guerra y viene prestando desde hace años por medio de la difusión de la cultura francesa en varios pueblos de América, y haciendo conocer en Francia a muy distinguidas personalidades americanas.

A invitación del senador Dr. Cosme de la Torriente, comisionado al efecto por el señor Hanotaux, reunióse en la biblioteca de la Academia de Ciencias gran número de amigos y simpatizadores de Francia, y fué nombrado un Directorio constituido por las siguientes personas:

Presidentes de Honor: El Presidente de la República y el Ministro de Francia en Cuba.—Presidente: Dr. Cosme de la Torriente.—Vicepresidentes: Dr. Enrique José Varona, ex Vicepresidente de la República; Ldo. Alfredo Zayas, ex Vicepresidente de la República; Dr. Ricardo Dolz, Presidente del Senado; Ldo. Manuel Sanguily, ex Secretario de Estado; Ldo. Emilio Ferrer y Picabia, Magistrado del Tribunal Supremo; Dr. Juan Santos Fernández, Presidente de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales; Dr. Fernando Sánchez de Fuentes, profesor de la Universidad.—Secretario: Sr. René Dussacq.—Vicesecretario: Dr. José M. Collantes, miembro de la Cámara de Representantes.—Tesorero: Sr. Sebastián Gelabert.—Vicetesorero: Dr. Antonio Díaz Albertini.—Representante en París: Ldo. Manuel Tejedor, Primer Secretario de la Legación de Cuba en Francia.—Miembros del Directorio: señores: Manuel Ajuria, Rafael María Angulo, José A. Barnet, Raimundo Cabrera, Julio de Cárdenas, Raúl de Cárdenas, Ramón A. Catalá, José Lorenzo Castellanos, Manuel M. Coronado, Alfredo Carnot, Francisco Domínguez Roldán, Gustavo G. Duplessis, Juan F. Edelmann, Francisco Etchegoyhen, Armando Etchegoyhen, Alberto Falcón, Domingo Figarola-Caneda, Carlos Fonts Sterling, Porfirio Franca, Wifredo Fernández, Leopoldo Figueroa, Ezequiel Gar-

cía, Justo García Vélez, Fermín Goicoechea, Armando Godoy, Juan de Dios García Kohly, Pedro Lamothe, Marcel Le Mat, Jorge Le-Roy, Mario Lamar, Manuel Márquez Sterling, Juan J. Maza y Artola, Fernando Méndez Capote, Gastón Mora, Vidal Morales, Luis Montané, Rafael Montoro, Guillermo Patterson, Antonio Gonzalo Pérez, Ernesto Pérez de la Riva, Luis Marino Pérez, José A. Presno, Alfredo Porta, Miguel A. Quevedo, Evelio Rodríguez Lendián, Manuel Rodríguez Fuentes, Antonio Rodríguez Morey, Salvador Salazar, Antonio Sánchez de Bustamante, Eduardo Sánchez de Fuentes, Guillermo M. Tomás, Regino Truffin, Oscar Ugarte, Manuel Varona Suárez, Ciro de la Vega, Carlos de Velasco, José R. Villaverde, José Ramón Villalón, Manuel Yero Sagol, Teodoro de Zaldo y Laura G. de Zayas Bazán.

Los señores Torriente, Tejedor, Sánchez de Fuentes, Zayas y Varona pronunciaron discursos. Los dos primeros, explicando el alcance y los fines de la nueva asociación; el tercero, para expresar sus deseos de un mayor acercamiento entre Cuba y Francia, y los señores Zayas y Varona para dar las gracias por sus respectivos nombramientos y para expresar cuánto debe nuestra patria a la patria de Víctor Hugo. El discurso del señor Varona, especialmente, fué un himno a la libertad, a Bélgica y a Francia, dicho con el sentimiento y la emoción de quien siempre halla oportunidad para presentar elocuentemente a sus compatriotas altos ejemplos históricos, que sirvan a los cubanos para no perder nunca de vista los ideales que les llevaron a tomar las armas contra España.

El Director de Cuba Contemporánea agradece la distinción que se le ha hecho designándole miembro del Directorio del Comité Cubano ''France-Amérique'', y desea a éste muchos éxitos; al par que felicita al senador Torriente por el éxito brillante de su gestión.

ÍNDICE DEL TOMO DÉCIMOCTAVO

(SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1918)

POR MATERIAS

POR AUTORES

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041848242